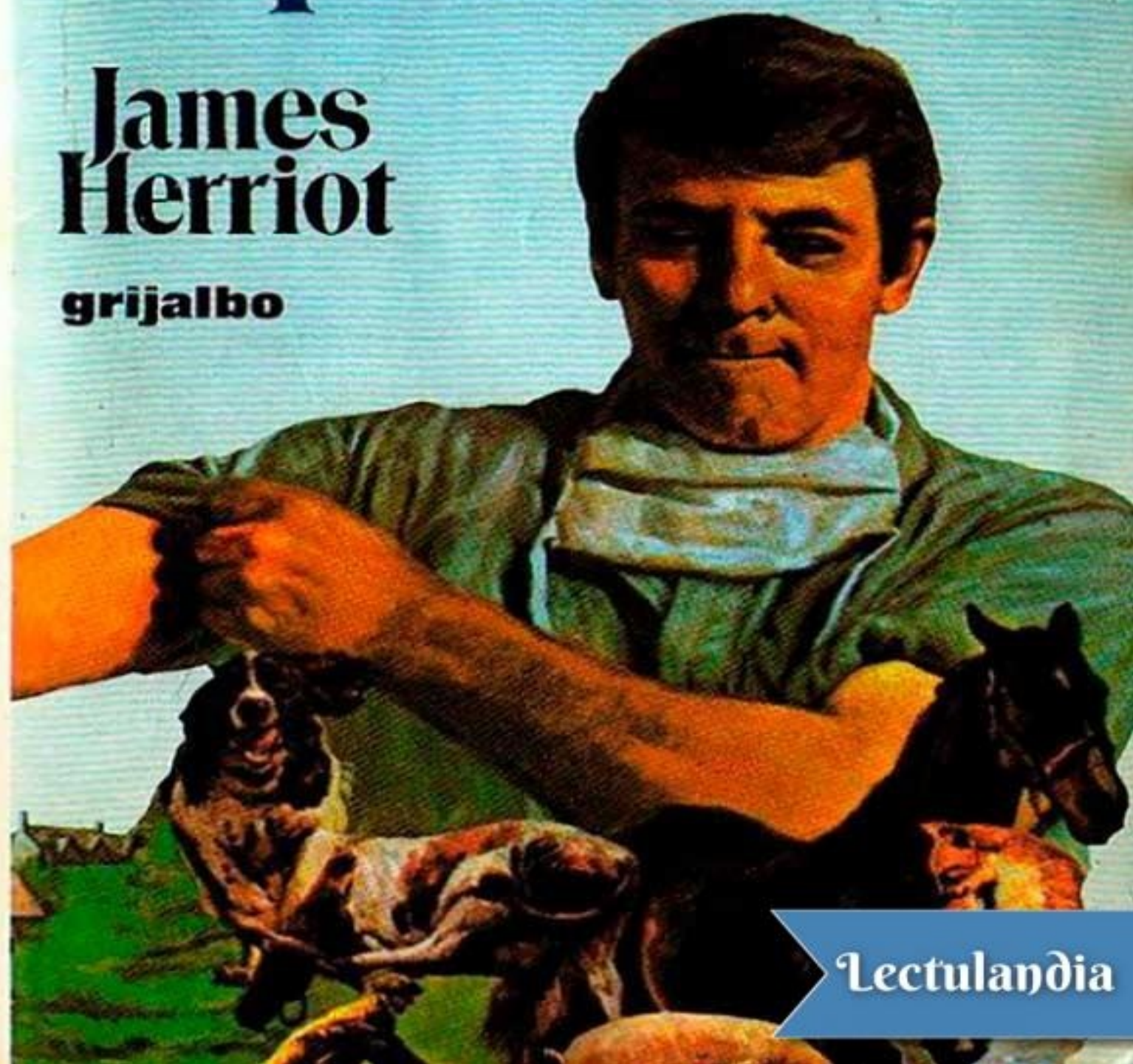


Todas las Criaturas Grandes y Pequeñas

de

James
Herriot

grijalbo



Lectulandia

Un libro delicioso en el que un joven veterinario rural relata el comienzo de su carrera profesional en Inglaterra. Novela autobiográfica de James Herriot, quien narra sus experiencias como aprendiz en la consulta de un excéntrico veterinario. Llena de humor y de anécdotas sencillas y simpáticas, esta «microhistoria» de la veterinaria en los años treinta nos abre una ventana a la vida de personas normales, con sus defectos y virtudes, con una visión positiva de la vida, y muestra a un profesional que ama su profesión, salpicada de pequeños éxitos y fracasos.

James Herriot

Todas las criaturas grandes y pequeñas

ePub r1.0

Titivillus 30-11-2020

Título original: *All creatures great and small*
James Herriot, 1972
Traducción: Amparo García Burgos

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A
EDDIE STRAITON
con gratitud y afecto
y a
DONALD y BILL SINCLAIR
todavía amigos míos

Todas las cosas brillantes y hermosas, todas las criaturas, grandes y pequeñas, todas las cosas sabias y maravillosas, todas las hizo el Señor Nuestro Dios.

Cecil Frances Alexander, 1818-1895

1

No decían nada de esto en los libros, pensé, cuando la nieve entraba soplando por la puerta, abierta de par en par, y venía a caer sobre mi espalda desnuda.

Estaba echado de bruces sobre un suelo empedrado de guijarros en un charco de barro indecible, el brazo profundamente hundido en el interior de la vaca a punto de parir, y los pies tratando de hallar un punto de apoyo entre las piedras. Iba desnudo hasta la cintura y la nieve se mezclaba con la suciedad y la sangre reseca que me cubrían el cuerpo. No veía nada fuera del círculo de luz temblorosa que arrojaba la lámpara de aceite humeante sostenida por el granjero sobre mi cabeza.

No, los libros no decían una palabra de tener que buscar cuerdas e instrumentos en las sombras, de intentar mantenerse limpio con medio pozal de agua tibia, y de que las piedras se te clavaran en el pecho. Ni tampoco del lento entumecimiento de los brazos, de la creciente parálisis de los músculos, así como de los dedos que intentaban trabajar a pesar de los poderosos esfuerzos expulsivos de la vaca.

En ningún lado se mencionaba el agotamiento gradual, la sensación de futilidad y el susurro interior de una vocecilla: el pánico.

Mi memoria volvía una y otra vez al grabado del libro de obstetricia. Una vaca, de pie sobre un suelo brillante, mientras un veterinario muy esbelto con bata inmaculadamente blanca, insertaba su brazo a una distancia cortés. Parecía relajado y sonriente, el granjero y sus ayudantes sonreían también; incluso la vaca sonreía. No había suciedad, ni sangre ni sudor, por ninguna parte.

Aquel hombre del grabado acababa de terminar un almuerzo excelente y se había trasladado a una casa vecina para asistir al parto de una vaca solo por puro placer, como una especie de postre. No había salido temblando de la cama a las dos de la madrugada para recorrer en coche un camino infame de dieciséis kilómetros de nieve helada, mirando soñoliento hacia adelante hasta que la granja solitaria apareciera a la luz de los faros. No había trepado un

kilómetro de terreno resbaladizo y empinado hasta el granero sin puertas donde yacía su paciente.

Intenté abrirme camino unos centímetros más en el interior de la vaca. El ternero venía al revés y yo trataba de introducir penosamente con la punta de los dedos una cuerda fina con un lazo al extremo para llegar hasta su mandíbula inferior. Cada pocos minutos el brazo me quedaba aplastado entre el ternero y la pelvis huesuda. A cada esfuerzo de la vaca la presión se hacía casi insoportable, luego se relajaba y yo introducía la cuerdecita un par de centímetros más. Me pregunté cuánto tiempo podría seguir adelante con ello. Si no agarraba pronto aquella mandíbula, jamás conseguiría sacar el ternero. Gruñí, apreté los dientes y estiré el brazo de nuevo.

Entró soplando otra racha de nieve y casi pude oír cómo se derretían los copos sobre mi espalda sudorosa. También tenía la frente bañada en sudor que me caía en los ojos mientras seguía empujando.

Siempre hay un momento en un mal parto de vaca en que uno empieza a preguntarse si llegará a ganar esa batalla. Y yo había llegado a ese punto.

Algunos consejitos empezaron a revolotear en mi cerebro: «Tal vez sería mejor matar a esta vaca. Tiene una pelvis tan pequeña y estrecha que no me imagino a un ternero saliendo por ella», o bien: «Es un animal muy gordo, y creo que la carne sería realmente tierna, así que, ¿no crees que sería mejor llevarla al matadero?», o, quizás: «Esto se presenta muy mal. En una vaca grande no sería difícil conseguir que la cabeza del ternero diera la vuelta, pero en este caso resulta prácticamente imposible».

Naturalmente, podía haber sacado al ternero con una embriotomía: pasándole un alambre por el cuello y cortándole la cabeza. Muchas ocasiones como esta terminaban con el suelo lleno de patas, montones de intestinos y la cabeza. Había incluso libros de texto muy gruesos dedicados a explicar los muy diversos modos de cortar en trozos a un ternero.

Pero nada de todo aquello me servía en este caso porque el ternero estaba vivo. En mi último esfuerzo había llegado a tocarle con la punta de los dedos la comisura de la boca y había descubierto un débil movimiento de la lengua de aquella criaturita. Algo inesperado, ya que los terneros en esa posición suelen estar muertos, asfixiados por la aguda flexión del cuello y la presión de las poderosas contracciones de la madre. Pero a este aún le quedaba una chispa de vida y, si salía, tendría que ser de una pieza.

Me incliné sobre el pozal de agua, ahora fría y llena de sangre, y me enjaboné los brazos silenciosamente. Luego me eché de nuevo sintiendo contra mi pecho las piedras del suelo, más duras que nunca. Afirmé bien los

dedos de los pies entre las piedras, me sacudí el sudor que venía a caerme en los ojos y, por centésima vez, metí un brazo que parecía un espagueti dentro de la vaca, junto a las patitas secas del ternero, que eran como papel de lija contra mi piel; llegué a la curva del cuello y hasta la oreja y luego, con un dolor horrible, y tanteándole la cara, hasta la mandíbula inferior que se había convertido en la meta más importante de mi vida.

Casi no podía creer que llevara ya dos horas metido en el trabajo, luchando al límite de mis fuerzas para introducir un pequeño nudo corredizo en torno a aquella mandíbula. Había intentado todo lo demás: empujar una pata, hacer tracción con un instrumento romo en la órbita del ojo; pero había vuelto al lazo corredizo.

Y la sesión había resultado deprimente en verdad. El señor Dinsdale, el granjero, era un hombre alto, triste y silencioso, de pocas palabras, y siempre con cara de esperar que sucediera lo peor. Tenía un hijo alto, triste y silencioso, y los dos se habían limitado a observar mis esfuerzos con creciente melancolía.

Pero lo peor de todo había sido el tío. Cuando llegué yo a aquel granero en la ladera de la colina me sorprendió ver a un hombrecillo ya viejo, de ojos brillantes, con un sombrero de piel de cerdo, cómodamente instalado en una paca de paja. Estaba llenando la pipa y aguardando, sin duda, un rato de diversión.

—Hola, jovencito —gritó con el acento nasal de los del oeste del Yorkshire—. Soy el hermano del señor Dinsdale. Mi granja está en Listondale.

Dejé el equipo e incliné la cabeza:

—Encantado. Mi nombre es Herriot.

El viejo me escudriñó:

—Mi veterinario es el señor Broomfield. Supongo que habrá oído hablar de él; todo el mundo lo conoce, creo. Un hombre maravilloso, Broomfield, especialmente con los terneros. ¿Sabe?, aún no lo he visto derrotado ni una sola vez.

Conseguí ofrecerle una débil sonrisa. En cualquier otra ocasión me habría encantado saber cuán bueno era mi colega, pero la verdad ahora no, ahora no. En realidad aquellas palabras pusieron en marcha una campana de duelo en mi interior.

—No, me temo que no conozco al señor Broomfield —dije, quitándome la chaqueta y sacándome también, aunque de mala gana, la camisa por la cabeza—. Pero aún no llevo mucho tiempo por aquí.

El tío se quedó atónito:

—¿Que no lo conoce? Bueno, pues debe ser el único. Puedo asegurarle que todos tienen una gran opinión de él en Listondale —se hundió en un malhumorado silencio y aplicó la cerilla a la pipa; luego lanzó una mirada a mi torso, todo él en carne de gallina—. Cuando se quita la camisa, el señor Broomfield parece un boxeador. Jamás he visto músculos como los suyos.

Una ola de debilidad empezó a apoderarse de mí. De pronto me sentí torpe e inútil. En cuanto empecé a extender las cuerdas e instrumentos sobre una toalla limpia, el viejo habló de nuevo:

—Y, ¿cuánto tiempo hace que obtuvo el título, si me permite que se lo pregunte?

—Unos siete meses.

—¡Siete meses! —El tío sonrió con indulgencia, apretó el tabaco y lanzó una nube de humo azul—. Bueno, no es mucha experiencia en realidad, diría yo. El señor Broomfield lleva más de diez años haciendo su trabajo y de verdad que sabe de qué se trata. No, no me venga con sus libros. A mí deme siempre la experiencia.

Eché un poco de antiséptico en el cubo y me enjaboné los brazos cuidadosamente. Me arrodillé junto a la vaca.

—El señor Broomfield siempre se pone primero aceite lubricante especial en los brazos —dijo el tío, fumando satisfecho—. Dice que se infecta el seno materno si solo se usa agua y jabón.

Hice mi primera exploración. El peor momento por el que pasan todos los veterinarios cuando meten por primera vez las manos en una vaca. En pocos segundos sabría si volvería a ponerme la chaqueta a los cinco minutos o si me esperaban horas y horas de duro trabajo.

Esta vez no tenía suerte; el asunto se presentaba muy feo: venía del revés y con muy poco sitio además; más parecía una novilla sin desarrollar que una vaca en su segundo parto. Y estaba seca hasta los huesos; debía de haber «roto aguas» hacía horas. Había estado corriendo por los campos e iniciado el parto una semana antes de su hora; por eso habían tenido que meterla en aquel granero medio en ruinas. De todas formas, pasaría mucho tiempo antes de que yo volviera a acostarme.

—Bien, y ahora, ¿qué ha encontrado, jovencito? —La voz penetrante del tío cortó el silencio—. Del revés, ¿eh? No tendrá muchos problemas entonces. He visto hacerlo al señor Broomfield..., le da la vuelta en redondo al ternero y lo saca con las patas por delante.

Ya había oído antes estupideces parecidas. Mi escaso tiempo en la práctica me había enseñado que todos los granjeros son expertos con el ganado de los demás. Cuando sus propios animales estaban enfermos corrían a llamar por teléfono al veterinario pero, con los de sus vecinos, se sentían confiados, llenos de sabiduría y buenos consejos. Y otro fenómeno que también había observado era que, generalmente, todos consideraban sus consejos más valiosos que los del veterinario. Como ahora, por ejemplo. Bien claro se veía que el tío era un sabio acreditado y que los Dinsdale escuchaban con deferencia todo cuanto decía.

—Otra solución, en un caso así —continuó el tío— es traer a unos cuantos chicos fuertes con cuerdas y sacarlo incluso del revés.

Inspiré profundamente mientras me abría camino.

—Me temo que es imposible darle la vuelta en redondo a un ternero en ese espacio tan reducido. Y sacarlo sin darle la vuelta a la cabeza rompería indudablemente la pelvis de la madre.

Los ojos de los Dinsdale se estrecharon. Sin duda pensaban que me echaba atrás en vista de la sabiduría suprema del tío. Y ahora, dos horas más tarde, la derrota estaba a la vuelta de la esquina. Yo estaba casi deshecho. Me había estado arrastrando y dando vueltas sobre las asquerosas piedras mientras los Dinsdale me observaban en hosco silencio y el tío seguía su interminable cadena de comentarios. Aquel rostro rudo brillaba de gozo y le relucían los ojillos; no había pasado una noche tan feliz en muchos años. El largo viaje colina arriba le había sido pagado con creces. No disminuía su vitalidad y seguía disfrutando cada minuto del proceso.

Mientras yo continuaba luchando con los ojos cerrados, el rostro lleno de suciedad reseca y boqueando, el tío, con la pipa en la mano, se inclinó sobre su asiento de paja.

—Está casi derrotado, jovencito —dijo, con profunda satisfacción—. Bien, jamás he visto derrotado al señor Broomfield, pero, claro, él tiene mucha experiencia. Y lo que es más: es fuerte, realmente fuerte. Un hombre incansable.

La rabia me inundó como una corriente de alcohol. Per supuesto lo que debía hacer era levantarme, lanzar el pozal de agua ensangrentada a la cabeza del tío, correr colina abajo y largarme en el coche, lejos del Yorkshire, de aquel viejo, de los Dinsdale, de la vaca.

En cambio, apreté los dientes, afirmé las piernas, empujé con toda la fuerza que me quedaba, y, con una sensación de incredulidad, noté que el lazo corredizo se deslizaba sobre el agudo y pequeño incisivo y caía en la boca del

ternero. Cautelosamente, murmurando una plegaria, tiré de la cuerdecita con la mano izquierda y sentí que el nudo se apretaba. Ya lo tenía bien cogido.

Al fin pude empezar a hacer algo.

—Sostenga esta cuerda, señor Dinsdale, solo con una ligera tensión. Voy a empujar al ternero y, si usted tira suavemente al mismo tiempo, la cabeza dará la vuelta.

—¿Y si se sale la cuerda de su sitio? —preguntó el tío, ilusionado.

No le contesté. Apoyé una mano en el hombro del ternero y empecé a empujar contra las contracciones de la vaca. Sentí que el cuerpecito se alejaba de mí.

—Ahora tire un poquito, señor Dinsdale, sin sacudidas —dije. Y rogué en mi interior: «Señor, no permitas que se salga de su sitio».

La cabeza estaba dando la vuelta. Primero sentí que el cuello se enderezaba contra mi brazo, luego la oreja me rozó el codo. Solté el hombro y agarré el pequeño morro. Apartando con la mano los dientes del ternero de la pared vaginal guie la cabeza hasta que quedó apoyada donde debía estar, sobre los miembros anteriores.

Rápidamente extendí el nudo corredizo hasta pasarlo por detrás de las orejas.

—Ahora, tire de la cabeza cuando la vaca haga fuerza.

—¡No, ahora debería estirar de las piernas! —gritó el tío.

—¡Tire de esa maldita cuerda, repito! —aullé con todas mis fuerzas y me sentí muchísimo mejor cuando el tío se retiró ofendido a su paca de paja.

Con la tracción salió la cabeza y el resto del cuerpo le siguió con facilidad. El animalito quedó inmóvil sobre las piedras, sus ojos apagados y mortecinos, la lengua azulada y muy hinchada.

—Está muerto, claro, tenía que ser —gruñó el tío volviendo al ataque.

Le limpié la mucosidad de la boca, soplé fuerte por la garganta e inicié la respiración artificial. Tras unas cuantas presiones en las costillas el ternero exhaló un poco de aire y los párpados le temblaron. Luego empezó a inspirar y movió una pata.

El tío se quitó el sombrero y se rascó la cabeza, incrédulo.

—Señor, pues está vivo. Había dado por sentado que tenía que estar muerto después de todo lo que usted lo ha zarandeado.

Había perdido su energía, y la pipa le colgaba, vacía, de los labios.

—Sé lo que necesita este pequeño —dije.

Cogí el ternero por las patas anteriores y lo arrastré hasta la cabeza de la madre. La vaca estaba tendida de lado, la cabeza apoyada cansadamente sobre

el duro suelo. Jadeaba, con los ojos cerrados; ya no le importaba nada de nada. De pronto sintió el cuerpo del ternero junto a su rostro y hubo una transformación. Se le abrieron los ojos de par en par y su morro inició la exploración de aquel objeto. Creció su interés conforme lo olfateaba, y luchó por incorporarse, tanteando y husmeando el cuerpecito metido bajo su pecho. Luego empezó a lamerlo metódicamente. La naturaleza ha dispuesto el mejor masaje estimulante para una situación como esta, y la criaturita empezó por arquear el lomo mientras las rudas papilas de la lengua materna le corrían por la piel. Un instante después agitaba la cabeza y trataba de incorporarse.

Sonreí. Esta era la parte que más me gustaba. El milagrito. Comprendí que era algo que jamás me parecería rutinario por muchas veces que lo viera. Limpié toda la sangre seca y toda la suciedad que pude de mi cuerpo. La mayor parte se me había incrustado en la piel, y ni siquiera podía quitármela con las uñas. Tendría que esperar hasta el baño caliente en casa. Al meterme la camisa sobre la cabeza me dio la impresión de que había recibido una paliza prolongada y con un palo muy fuerte. Me dolían todos los músculos. Tenía la boca seca; los labios se me pegaban.

Una figura alta y de aire tristón apareció a mi lado.

—¿Qué le parece si bebe algo? —preguntó el señor Dinsdale.

Sentí que mi rostro aún sucio se abría en una sonrisa de incredulidad. La visión de una taza de té caliente, bien cargado de *whisky*, se alzó ante mí:

—Muy amable de su parte, señor Dinsdale. Me encantaría beber algo. Han sido dos horas muy duras.

—No —dijo el señor Dinsdale, mirándome firmemente—, si yo decía la vaca.

Empecé a tartamudear:

—¡Oh, sí, claro, naturalmente, no faltaba más! Dele de beber. Debe tener mucha sed. Le hará bien. Desde luego, desde luego, dele de beber...

Recogí todo el equipo y salí a tientas del establo. En la colina aún era de noche y un viento helado barría la nieve y me hería los ojos. Mientras iniciaba la bajada, la voz del tío, estridente e invencible, llegó a mí por última vez.

—El señor Broomfield no cree que sea bueno dar de beber después del parto. Dice que enfría el estómago.

2

Hacía calor en el autobús pequeño y desvencijado y yo viajaba en el lado peor orientado, donde el sol de julio caía a plomo en las ventanillas. Me agité incómodo en el interior de mi mejor traje y pasé el dedo por el interior del cuello, que me ahogaba. Iba estúpidamente vestido para este tiempo pero, a pocos kilómetros, me esperaba mi futuro y yo tenía que dar una buena impresión.

Mucho dependía de esta entrevista: haberse graduado como veterinario en este año de 1937 era lo mismo que figurar en una cola ante un establecimiento de caridad. La agricultura atravesaba un período de depresión debido a toda una década de negligencia del gobierno y el caballo de tiro, que fuera el soporte principal de la profesión, desaparecía rápidamente. Fácil era predecir fatalidades cuando los jóvenes que salían de las facultades, después de cinco años de lucha, se enfrentaban con un mundo indiferente a su entusiasmo y a sus impresionantes conocimientos. Por lo general se anunciaban dos o tres vacantes cada semana en el *Record*, y había unas ochenta solicitudes por cada una.

Casi no podía creerlo cuando me llegó una carta de Darrowby, en los valles de York. El señor Siegfried Farnon, M. R. C. V. S.^[1] deseaba verme el viernes por la tarde. Había de ir a tomar el té con él y, si nos poníamos de acuerdo, podría quedarme como ayudante suyo. Me había agarrado a aquel salvavidas con cierta incredulidad: tantos amigos de los que se graduaron conmigo estaban sin empleo o trabajando en tiendas, o como obreros en los muelles, que ya había abandonado yo toda esperanza de un futuro mejor.

El conductor pisó el acelerador de nuevo al lanzarse a otra pendiente.

Llevábamos subiendo sin parar más de veinte kilómetros, acercándonos a la mole azulada y distante de los Peninos. No conocía yo el Yorkshire, pero ese nombre siempre me había hecho pensar en una región tan pesada y tan poco romántica como el pastel que lleva su nombre. Iba preparado para una tierra fuerte, monótona y totalmente carente de encanto. Pero, mientras el autobús seguía ascendiendo entre gruñidos del motor, empecé a dudar.

Aquellas alturas informes se convertían en colinas cubiertas de hierba y valles amplios. En el fondo de los valles corrían los ríos entre los árboles y se alzaban granjas de sólida piedra gris entre islas de tierra cultivada que formaban como escalones de verdor que subían por las laderas de las colinas hasta la oscura masa de los brezos que bajaban de las cumbres.

Había visto cómo vallas y setos daban paso a sólidos muros de piedra que bordeaban los caminos, encerraban los campos y trepaban incansablemente sobre los páramos a su alrededor. Esos muros estaban en todas partes; kilómetros y kilómetros que enmarcaban las verdes tierras.

Pero, al acercarme a mi destino, las historias de horror seguían abriéndose camino en mi mente, historias que traían a las aulas veteranos endurecidos y amargados tras unos meses de práctica. Los ayudantes no eran más que una porquería que había que alimentar y a los que sus jefes, hombres viciosos y sin corazón, hacían trabajar hasta morir. Me acordé de Dave Stevens, encendiendo un cigarrillo con mano temblorosa: «Y ni una noche libre, ni media jornada. Me hacía lavar el coche, cavar el jardín, cortar el césped, hacer la compra de la familia. Pero, cuando me ordenó que le deshollinara la chimenea, me marché». O de Willie Johnstone: «El primer trabajo que me mandó fue que le introdujera el tubo estomacal a un caballo. Se lo metí por la tráquea en vez de por el esófago. Un par de suspiros y el animal se fue al suelo más muerto que una momia. Entonces fue cuando me salieron estas canas». O aquella historia horrible que circulaba sobre Fred Pringle. Fred había trocarizado a una vaca con timpanismo y el granjero había quedado tan impresionado por el gas que salía silbando del abdomen que Fred, sin saber lo que hacía, había aplicado el encendedor a la cánula. Surgió una llama vibrante que fue a caer sobre unas balas de paja, quemando el edificio hasta los cimientos. Fred se había ido inmediatamente a las colonias... Las islas Leeward, ¿no?

Oh, diablos, eso no podía ser verdad. Maldije a mi imaginación febril e intenté desoír un rumor infernal, los mugidos del ganado al que llevaban a lugar seguro. No, no podía ser tan malo. Me froté las sudorosas palmas en el pantalón y traté de concentrarme en el hombre que iba a conocer.

Siegfried Farnon. Un nombre muy extraño para un veterinario de los valles de York. Probablemente un alemán que estudiara en este país y decidiera establecer aquí su práctica. Al principio no se habría llamado Farnon; probablemente Farrenen. Sí, Siegfried Farrenen. Ya empezaba a tomar forma en mi mente: bajo, grueso, un tipo rollizo de ojos alegres y risa contagiosa. Pero al mismo tiempo me amenazaba la imagen superpuesta de un

teutón tosco, de ojos fríos y cabeza cuadrada, más en consonancia con la idea popular del jefe.

Advertí que el autobús recorría una calle estrecha que acababa en una plaza en la que nos detuvimos. Sobre el escaparate de una tienda sin pretensiones leí: «Sociedad Cooperativa de Darrowby». Habíamos llegado.

Bajé y quedé en pie junto a mi maleta, bastante maltratada, mirando a mi alrededor. Notaba algo extraño, y no podía deducirlo al principio. Luego comprendí lo que era: el silencio. Los otros pasajeros se habían dispersado ya, el conductor había apagado el motor y no se advertía sonido ni movimiento por ningún lado. El único signo visible de vida era un grupo de viejos sentados en torno a la torre del reloj, en el centro de la plaza, pero lo mismo podían haber sido figuras de piedra.

No se concedía mucho espacio a Darrowby en las guías turísticas pero, si lo mencionaban, siempre lo describían como una población pequeña y vulgar sobre el río Darrow, con una plaza adoquinada y apenas nada de interés aparte de dos puentes antiguos. Pero al llegar allí el lugar era hermoso, colgado sobre el río, y las casas elevándose muy apretadas sobre las laderas más bajas del Herne Fell. Por todas partes en Darrowby, desde las calles, a través de las ventanas de las casas, se podía ver el Fell alzando su mole serena y cubierta de verdor a más de seiscientos metros sobre los tejados.

El aire era tan límpido, había tal sensación de espacio y libertad, que me hizo sentir que había abandonado algo para siempre en el llano, a más de treinta kilómetros. El confinamiento de la ciudad, la mugre, el humo... todo eso parecía alejarse de mí.

Trengate era una calle tranquila que partía de la plaza, y allí tuve mi primera visión de la Skeldale House. Supe que era el lugar indicado incluso antes de estar lo bastante cerca para leer: «S. Farnon M. C. R. V. S.», en la anticuada placa de bronce que colgaba, ligeramente torcida, sobre la verja de hierro. Lo supe por la hiedra que trepaba en confusión sobre los gastados ladrillos hasta las ventanas superiores. Así la había descrito la carta: la única casa con hiedra, y tal vez fuera en ella donde yo trabajara por primera vez como cirujano veterinario.

Ahora que estaba allí, exactamente ante la puerta, me sentí sin aliento, como si hubiera llegado corriendo. Si conseguía el puesto, en él llegaría a saber si yo valía o no. Quedaban muchas cosas por demostrar.

Pero me gustaba el aspecto de aquella casa vieja. Era de estilo georgiano con una puerta hermosa pintada de blanco. También las ventanas eran blancas, amplias y graciosas en el piso bajo y en el primero, pero pequeñas y

cuadradas las que sobresalían bajo las tejas allá arriba. La pintura empezaba a desconcharse y el cemento parecía ruinoso entre los ladrillos, pero había una elegancia inmutable en el lugar. No tenía jardín delantero y solo la verja separaba la casa de la calle, a pocos metros.

Hice sonar la campanilla e instantáneamente quedó alterada la paz de la tarde por unos aullidos distantes, como procedentes de una manada de lobos hambrientos. La parte superior de la puerta era de cristal y, cuando me incliné a mirar, toda una jauría de perros se acercaba corriendo desde el ángulo de un largo pasillo y se lanzaba con aullidos frenéticos contra la puerta. Si no hubiera estado acostumbrado a los animales habría salido huyendo, temiendo por mi vida. Como lo estaba, me eché atrás cansadamente y observé a los perros cuyas cabezas aparecían ante mí, en ocasiones dos a la vez, saltando como locos con los ojos brillantes y las mandíbulas babeantes. Al cabo de unos minutos conseguí distinguirlos y comprendí que mi primera cuenta —yo había calculado unos catorce— era exagerada. En realidad no había más que cinco: un enorme galgo de pelo castaño que era el que con más frecuencia aparecía ante mí, pues su tamaño le permitía llegar a más altura que los otros, un cocker spaniel, un perro escocés, un lebel y un pequeño terrier de patas cortas. A este se le veía muy poco, ya que el cristal estaba demasiado alto para él, pero, cuando llegaba, el ladrido que soltaba antes de desaparecer era aún más rabioso que el de los demás.

Me hallaba pensando en tocar la campanilla de nuevo cuando vi aparecer en el corredor a una mujer de aspecto imponente. Pronunció bruscamente una sola palabra y el escándalo cesó como por arte de magia. Al abrirme la puerta los perros giraban a su alrededor con aire humilde y suntuoso, mostrando el blanco de los ojos y agitando el rabo. Nunca había visto una jauría con aspecto más servil.

—Buenas tardes —dije con mi mejor sonrisa—. Mi nombre es Herriot.

Aquella mujer aún parecía más grande con la puerta abierta. Tendría unos sesenta años pero los cabellos, lisos y retirados de la frente, apenas estaban manchados de gris. Asintió y me miró con una mezcla de severidad y benevolencia, pero por lo visto esperaba más información. Era evidente que mi nombre no le decía nada.

—El señor Farnon me espera. Recibí una carta suya pidiéndome que viniera hoy.

—¿El señor Herriot? —dijo pensativamente—. La consulta es de seis a siete. Si es que va a traer un perro, esa sería la mejor hora.

—No, no —dije, sin perder mi sonrisa—. Es que vengo a solicitar el puesto de ayudante. El señor Farnon me dijo que viniera a la hora del té.

—¿Ayudante? Vaya, eso está bien —las líneas de su rostro se suavizaron un poco—. Soy la señora Hall, ama de llaves del señor Farnon. Es soltero, ya sabe. No me dijo nada de su llegada, pero no importa; entre y tome una taza de té. Él ya no debe tardar.

La seguí entre los muros escalados, mis zapatos resonando sobre las baldosas. Giramos al fin a la derecha y entramos en otro corredor, y ya empezaba a preguntarme hasta dónde llegaría aquella casa cuando me hizo pasar a una habitación inundada de sol.

Había sido construida con gran estilo, era muy amplia, tenía un techo elevado, y una enorme chimenea flanqueada por unos nichos formando arco. Todo un muro era un ventanal transitable que daba a un jardín, amplio también, rodeado por un muro elevado. Vi el césped falto de cuidados, una rosaleta y muchos árboles frutales. Un gran macizo de peonías alzaba sus corolas al calor del sol y en el extremo más alejado graznaban las cornejas sobre las ramas de un grupo de corpudos olmos. Sobre todo ello, y más allá, se alzaban las verdes colinas con sus campos escalonados.

Muebles de aspecto vulgar estaban esparcidos acá y allá sobre una alfombra muy gastada. En las paredes colgaban unos grabados de caza y había libros por todas partes, algunos en los estantes de los nichos, pero otros apilados en los ángulos, en el suelo. Una jarra de peltre ocupaba un lugar prominente en un extremo de la repisa de la chimenea. Era un cacharro muy interesante. Habían ido metiendo en él cheques y billetes de banco hasta el punto de que ya rebosaban y algunos habían ido a caer en el hogar. Me hallaba estudiando atónito aquel cuadro cuando entró la señora Hall con la bandeja del té.

—Supongo que el señor Farnon estará ocupado con un caso —dije.

—No, se ha ido a Brawton a visitar a su madre. Realmente no puedo decirle cuándo volverá —contestó; y me dejó con el té.

Los perros se repartieron pacíficamente por toda la habitación y, a excepción de una breve disputa sobre el sillón entre el escocés y el cocker spaniel ya no quedaban huellas de su conducta violenta de antes. Estaban tumbados mirándome con un aburrimiento amistoso y luchando al mismo tiempo contra el sueño. Pronto cayó la última cabeza y un coro de pesadas respiraciones llenó la habitación.

Pero yo no conseguía relajarme como ellos. Me dominaba una sensación de abandono. Había venido dispuesto para la entrevista y me dejaban

plantado. Esto era muy extraño. ¿Por qué había de solicitar un ayudante, fijar la hora de la visita y luego irse a visitar a su madre? Y otra cosa: si al fin me contratara yo tendría que vivir en esta casa; sin embargo el ama de llaves no había recibido instrucciones de prepararme una habitación. En realidad, ni siquiera había oído hablar de mí.

Interrumpió mis pensamientos el sonido de la campanilla, y los perros, como movidos por una descarga eléctrica, saltaron al aire ladrando como locos, y se lanzaron en masa por la puerta. ¡Ojalá no se tomarán su deber tan en serio! No había ni señal de la señora Hall, de modo que me dirigí a la puerta principal, donde los perros repetían de nuevo su espectáculo de violencia.

—¡A callar! —grité, y aquello hizo su efecto. Los cinco perros se acurrucaron abyectamente en torno a mis tobillos, poniéndose casi de rodillas. El galgo fue el que me hizo más efecto, ya que encogió los labios y dejó los dientes al descubierto en una sonrisa de disculpa.

Abrí la puerta y vi un rostro redondo y anhelante. Su dueño, un hombre regordete con botas altas, se apoyó confiadamente contra la verja.

—Hola, hola. ¿Está el señor Farnon?

—En este momento, no. ¿Puedo ayudarle?

—Sí, dele un recado cuando vuelva. Dígale que Bert Sharpe, de Barrow Hills, tiene una vaca que quiere cascar.

—¿Que quiere qué?

—Sí, que solo tiene a punto tres cilindros.

—¿Tres cilindros?

—Sí, y si no hacemos algo pronto, perderá el depósito.

—Probablemente.

—No lo queremos demasiado lleno, ¿verdad?

—Claro que no.

—De acuerdo, dígaselo. Hasta la vista.

Volví pensativamente al salón. Era desconcertante, pero había escuchado mi primer historial sin entender ni una sola palabra.

Apenas me había sentado cuando la campanilla sonó de nuevo. Esta vez lancé un aullido de aviso que dejó helados a los perros cuando ya estaban por el aire. Lo entendieron y volvieron muy humillados a sus sillas.

Resultó ser ahora un caballero de aire solemne, la gorra muy ajustada y hundida hasta las orejas, una bufanda exactamente sobre la nuez y una pipa de barro colgando exactamente en el centro de la boca. Se quitó la pipa y habló con un acento inesperadamente irlandés.

—Mi nombre es Mulligan y deseo que el señor Farnon prepare alguna medicina para mi perro.

—Oh, ¿qué le ocurre a su perro, señor Mulligan?

Alzó las cejas con aire dubitativo y se llevó una mano al oído. Lo intenté de nuevo, gritando con todas mis fuerzas.

—¿Qué le pasa al perro?

Me miró tristemente por un momento:

—Está vomitando, señor. Vomitando mucho.

Ahora sí que me sentí en terreno seguro y mi cerebro se lanzó a buscar el mejor procedimiento para un diagnóstico:

—¿Vomita después de comer o pasa algún tiempo?

De nuevo la mano en el oído.

—¿Cómo?

Me incliné hacia el oído, inflé los pulmones y rugí:

—¡Que cuándo vomita! Repito: vomita.

La comprensión apareció lentamente en el rostro del señor Mulligan. Me ofreció una amable sonrisa.

—¡Ah, sí, vomita! Vomita mucho, señor.

No quise prolongar mis esfuerzos, así que le dije que me ocuparía de ello y le pedí que volviera más tarde. Sin duda pudo leer en mis labios, porque pareció satisfecho y se alejó.

De nuevo en el salón me hundí en un sillón y me serví una taza de té. Apenas había tomado un sorbo cuando sonó de nuevo la campanilla. Esta vez una dura mirada de mis ojos fue suficiente para que los perros se enroscaran en su sitio. Me satisfizo que hubiesen aprendido tan rápidamente.

Ante la puerta principal vi a una muchacha encantadora, de cabellos rojos. Sonrió, mostrando una hilera de dientes muy blancos.

—Buenas tardes —dijo con voz un poco aguda pero bien educada—. Soy Diana Brompton. El señor Farnon me invitó a tomar el té.

Tragué saliva y me cogí a la puerta.

—¿Que *le* invitó a tomar el té?

La sonrisa parecía ahora un poco estereotipada.

—Sí, eso es —dijo, pronunciando las palabras cuidadosamente—. Me invitó a tomar el té.

—Me temo que el señor Farnon no está en casa. No puedo decirle cuándo volverá.

Desapareció la sonrisa.

—Oh —dijo, y creí adivinar mucho en esa palabra—. De cualquier forma, ¿no cree que podría entrar?

—Oh, claro, entre, lo siento —tartamudeé, repentinamente consciente de que llevaba un rato mirándola con la boca abierta.

Abrí de par en par y ella pasó ante mí sin una palabra. Conocía el camino porque, cuando llegué al primer ángulo del corredor, ya había entrado en el salón. Pasé de puntillas ante la puerta y luego eché a correr, un galope de unos treinta metros o más por un corredor tortuoso que me llevó a una cocina enorme de piedra. La señora Hall estaba guardando los cacharros y yo corrí hacia ella.

—Hay una jovencita ahí, una tal señorita Brompton; ha venido a tomar el té además —y sentí el impulso de tirarle de la manga como un chiquillo.

El rostro de la señora Hall era inexpresivo. Yo creo que había llegado a temer que se me pusiera histérica, pero ni siquiera pareció sorprendida.

—Vaya, dele conversación y yo llevaré unas cuantas pastas más —dijo.

—Pero ¿de qué diablos voy a hablar? ¿Cuánto va a tardar el señor Farnon?

—Vamos, hable un ratito con ella. No creo que sea mucho —dijo serenamente.

Retrocedí pasito a pasito hasta el salón y, cuando abrí la puerta, la chica se volvió rápidamente, iniciando otra generosa sonrisa. No intentó ocultar su disgusto al comprobar que solo se trataba de mí.

—La señora Hall cree que él volverá pronto. Tal vez quiera tomar una taza de té conmigo mientras espera.

Me lanzó una rápida mirada en la que captó desde mi pelo alborotado a mis zapatos viejos. Comprendí repentinamente lo sucio y sudoroso que estaba tras el largo viaje. Luego se encogió de hombros y se volvió hacia el jardín. Los perros la miraban apáticamente. Un pesado silencio reinó en la habitación.

Serví una taza de té y se la alargué. Ella me ignoró y encendió un cigarrillo. Aquello iba a ser difícil, pero tenía que intentarlo.

Me aclaré la garganta y hablé con tono ligero:

—Yo también acabo de llegar. Espero ser el nuevo ayudante.

Esta vez ni se molestó en mirarme. Solo dijo:

—Oh —y otra vez creí notar un disgusto terrible en aquel monosílabo.

—Una parte encantadora del mundo, esta —dije, volviendo al ataque.

—Sí.

—Yo nunca había estado en el Yorkshire, pero me gusta lo que he visto.

—Sí.

—¿Conoce al señor Farnon desde hace tiempo?

—Sí.

—Creo que es muy joven..., unos treinta años.

—Sí.

—Un tiempo magnífico.

—Sí.

Continué con valor y tenacidad unos cinco minutos más, buscando algo original e ingenioso que decir, pero, al fin, la señorita Brompton, en vez de contestar, se quitó el cigarrillo de la boca, se volvió hacia mí y me miró fijamente durante largo rato. Comprendí que aquello era el fin, y me hundí en el silencio.

A partir de ese momento siguió mirando por el ventanal, fumando desesperadamente y estrechando los ojos cuando el humo ascendía de sus labios. Para ella yo no estaba allí.

Pude, pues, observarla a mi gusto, y resultó interesante. Nunca en la vida me había tropezado con la imagen típica de las revistas de sociedad. Un traje fresco de algodón, una chaqueta de aspecto caro, piernas elegantes, y aquel magnífico cabello rojo cayéndole sobre los ojos.

Sin embargo, había algo más, y fascinante. Ella seguía allí sentada, anhelando positivamente la presencia de un pequeño veterinario alemán. Aquel Farnon debía tener algo.

Al fin terminó aquel cuadro plástico cuando la señorita Brompton se puso en pie, lanzó rabiosamente el cigarrillo contra la chimenea y salió de la habitación.

Me levanté nerviosamente. Empezaba a dolerme la cabeza cuando salí al jardín. Caminé lentamente entre la yerba que me llegaba a la rodilla y luego me dejé caer sobre ella, apoyando la espalda en una acacia enorme. ¿Dónde demonios estaba Farnon? ¿Me esperaba en realidad o me había hecho objeto de una broma pesada? Súbitamente me dominó el pánico. Había empleado mis últimas libras en llegar hasta allí y, si había algún error, yo estaba en apuros.

Pero, miré a mi alrededor y empecé a sentirme mejor. La luz del sol caía sobre mí, devuelta por el elevado muro, y las abejas zumbaban entre las brillantes masas de flores. Una brisa suave agitaba los capullos blancos de una magnífica vistaria que casi cubría la parte posterior de la casa. Había paz...

Apoyé la cabeza contra el tronco y cerré los ojos. Entonces vi a *Herr* Farrenen, con el mismo aspecto con que yo le imaginara, de pie ante mí. Se

mostraba muy ofendido.

—¿Qué me ha hecho, señórrr? —Gruñó, con sus gruesas mandíbulas temblando de rabia—. Entrrrra en mí casa con prrrextos falsos, insulta a *Fraulein* Brompton, se toma mi té. ¿Qué más ha hecho, señórrr? Quizás ha rrobadado también las cucharrillas. Habla de un ayudante, pero yo no quierro un ayudante. Serrrá mejor que llame a la policía.

Herr Farrenen cogió el teléfono con una mano muy gruesa. Hasta en sueños me pregunté cómo podía hablar con un acento tan rudo. Oí su voz ronca que decía:

—¡Hola!, ¡hola!

Al abrir los ojos alguien decía: «¡Hola!», pero no era *Herr* Farrenen. Un hombre alto y delgado estaba apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos, y como riéndose de algo. Cuando me puse en pie, se apartó del muro y extendió la mano.

—Siento que tuviera que esperar. Soy Siegfried Farnon.

Creo que era el hombre de aspecto más inglés que he visto en la vida. Un rostro alargado, jocosos, de mandíbulas fuertes. Un bigote pequeño y aseado, cabellos rubios y desordenados. Llevaba una vieja chaqueta de *tweed* y unos pantalones informes de franela. El cuello de la camisa estaba algo rozado y la corbata muy mal anudada. No creo que perdiera mucho tiempo ante el espejo.

Al estudiarlo comencé a sentirme mejor a pesar del dolor que tenía en el cuello, en el punto en que había descansado contra el árbol. Agité la cabeza para abrir del todo los ojos y me cayeron del pelo unas hojitas de yerba.

—Vino una tal señorita Brompton —logré decir—. A tomar el té. Le expliqué que le habían llamado de alguna parte.

Farnon quedó pensativo, pero no parecía disgustado. Se frotó la barbilla lentamente.

—Mmm... Sí, bien, no importa. Pero le ruego me perdone por haber estado fuera cuando usted llegó. Tengo una memoria terrible y se me olvidó.

También era la voz más inglesa que oyera en la vida. Farnon me lanzó una mirada escudriñadora y sonrió.

—Entremos. Quiero enseñarle la casa.

3

El ala posterior de la casa había sido dedicada al servicio en las épocas de esplendor. Aquí todo era oscuro, estrecho y ahogado, en deliberado contraste con la parte principal del edificio.

Farnon me dirigió a la primera de las muchas puertas que se abrían a un corredor donde el olor del éter y el ácido fénico llenaban el aire.

—Esto —dijo con un brillo secreto en los ojos, como si estuviera a punto de descubrir los misterios de la cueva de Aladino— es el dispensario.

El dispensario era un lugar importante en los días anteriores a la penicilina y las sulfamidas. Filas de brillantes botellas se alineaban en los muros blancos, del suelo al techo. Saboreé los nombres familiares: espíritu de nitro, tintura de alcanfor, clorodina, formol, cloruro de amonio, urotropina, azúcar de plomo, linimento, percloruro de mercurio, vejigatorios. Las filas de etiquetas resultaban tranquilizadoras.

Me sentía como un iniciado entre viejos amigos. Me los había aprendido penosamente, descifrando sus secretos a través de los años. Conocía sus orígenes, su efecto y usos, y su dosificación, enloquecedoramente variada. Aún oía la voz del que me examinaba: «Y, ¿cuál es la dosis para el caballo?... ¿Y para la vaca?... ¿Y para la oveja?... ¿Y para el cerdo?... ¿Y para el perro?... ¿Y para el gato?...».

Los estantes suponían todo el armamento del veterinario contra las enfermedades y, en un banco, bajo la ventana, pude ver el instrumental para componerlos: los vasos y probetas graduadas, los morteros y los trituradores. Y debajo, en un armario abierto, las botellas de medicina, pilas de tapones de todos tamaños, cajas de píldoras, polvos...

Mientras lo examinábamos todo, los modales de Farnon fueron haciéndose más y más animados. Le brillaban los ojos y hablaba con rapidez. En ocasiones acariciaba una botella en su estante o levantaba un electuario, le daba un golpecito cariñoso al frasco y lo volvía a dejar con toda ternura.

—¡Mire esto, Herriot! —gritó de pronto—. ¡Adrean! Este es el remedio por excelencia para los gusanos rojos de los caballos. Un poco caro, verá, diez

chelines el paquete. Y estos supositorios de violeta genciana... Si mete uno de ellos en el útero de una vaca después de una hemorragia, le da un color muy bonito. Realmente parece como si uno hiciera algo. Y, ¿ha visto este truco?

Colocó unos cuantos cristales de yodo sublimado en un plato de cristal y añadió una gota de trementina. Nada sucedió por un segundo, luego una densa nube de humo púrpura se alzó pesadamente hasta el techo. Farnon lanzó una carcajada ante mi rostro atónito.

—Como brujería, ¿verdad? La utilizo para las heridas en las pezuñas de los caballos. La reacción química hace que el yodo entre profundamente en los tejidos.

—¿De verdad?

—Bueno, no lo sé, pero esa es la teoría y, de todas formas, tiene que admitir que resulta impresionante. Deja convencido al cliente más difícil.

Algunas de las botellas de los estantes no cumplían con las normas que nos dieran en la escuela. Como la que llevaba la etiqueta «Purga para el cólico» y un dibujo muy bien conseguido de un caballo con fuertes retortijones. El rostro del animal, vuelto hacia arriba, tenía una expresión de angustia humana. Otra decía «Medicina universal para el ganado», con unas letras muy floridas: «Soberano remedio para toses, enfriamientos, neumonía, fiebre láctea, inflamación de la ubre y cualquier forma de indigestión». Al final de la etiqueta, con letras mayúsculas de un negro brillante, se afirmaba con seguridad: «Remedio infalible».

Farnon iba haciendo comentarios sobre la mayoría de las drogas. Las había ido catalogando a lo largo de cinco años de práctica de la profesión; todas tenían su encanto, su mística peculiar. La mayoría de las botellas tenían una forma preciosa, con pesados tapones de cristal y sus nombres latinos grabados en la superficie, nombres familiares a los médicos durante siglos y que se habían ido convirtiendo en leyenda a través de los años.

Los dos contemplábamos aquellas filas brillantes sin tener la menor idea de que casi todo era inútil, y que los días de esas medicinas antiguas estaban a punto de expirar. Pronto se hundirían en el olvido ante el avance atronador de los nuevos descubrimientos y nunca más volverían.

—Aquí es donde guardamos los instrumentos —ahora me mostraba otra habitación. El equipo para los animales pequeños estaba colocado sobre un estante de bayeta verde, todo muy aseado e inmaculadamente limpio. Había jeringas hipodérmicas, fórceps, instrumentos para quitar el sarro a los dientes, instrumentos de exploración, sondas y, en un lugar prominente, un oftalmoscopio.

Farnon lo alzó amorosamente de su caja negra.

—Mi última adquisición —murmuró acariciando la suave superficie—. Algo maravilloso. Vamos, mire mi retina.

Hice girar el foco y examiné con interés el tejido brillante y coloreado del fondo de su ojo.

—Muy bonito. Podría darle un certificado de buena salud.

Se rio y me dio una palmada en el hombro.

—Estupendo; me alegro de oírlo. Siempre temí tener cataratas en este ojo.

Empezó a mostrarme el instrumental para los animales grandes que colgaban de unos ganchos en las paredes. Hierros para cortar y cauterizar, castradores, cuerdas y trabas para sujetar a un animal, garfios y las cuerdas para los terneros que venían mal. Un embriotomo nuevo, de plata, colgaba en el lugar de honor, pero la mayor parte de los instrumentos, como las drogas, eran piezas de museo. Especialmente las lancetas y tubos para la sangre, reliquia de los tiempos medievales pero que aún se utilizaban para que la sangre fuera a caer en un cubo.

—Nada mejor que eso para la despeadura —declaró Farnon seriamente.

Terminamos en la sala de operaciones con sus muros blancos y desnudos, la mesa elevada, el aparato de anestesia y de oxígeno, y un pequeño esterilizador.

—No hay mucho trabajo con los animales pequeños en este distrito —dijo Farnon pasando la mano por la mesa—, pero yo trato de animarlo. Resulta una variación muy agradable después de estar echado sobre el estómago en un establo de vacas. La cuestión es que hay que hacer bien el trabajo. Aferrarse al aceite de castor y el ácido prúsico ya no sirve de nada. Probablemente usted sabrá que los viejos maestros no se dignaban mirar a un perro o un gato, pero la profesión ha de cambiar.

Fue a un armario del rincón y abrió la puerta. Contemplé unos estantes de cristal en los que había escalpelos, fórceps para las arterias, agujas de sutura y botellas de cuerdas de tripa en alcohol. Sacó el pañuelo y lo pasó por un auroscopio antes de cerrar las puertas cuidadosamente.

—Bien, ¿qué opina de todo esto? —preguntó cuando salimos al pasillo.

—Magnífico —contesté—, tiene aquí casi todo lo que necesita. Estoy realmente impresionado.

Pareció temblar visiblemente. Sus flacas mejillas enrojecieron y murmuró algo para sí mismo. Luego se lanzó a cantar a grito pelado con voz de barítono siguiendo el ritmo de nuestros pasos.

De vuelta en el salón le hablé de Bert Sharpe.

—Habló de cascar a una vaca que solo estaba a punto en tres cilindros. Habló de su depósito lleno... No lo entendí.

Farnon se echó a reír.

—Crea que puedo traducírselo. Quiere una operación de Hudson en una mama bloqueada, para evitar la mastitis.

—Ah, gracias. Y vino un irlandés sordo, un tal señor Mulligan.

—Espere un momento —levantó la mano—. Déjeme adivinar... Vómitos.

—Sí, «vomita mucho, señor».

—De acuerdo, le prepararé otro medio litro de carbonato de bismuto. Juzgo más adecuado un tratamiento a largo plazo para ese perro. Parece un airedale, pero es tan grande como un burro y bastante melancólico. Ha tirado al suelo a Joe Mulligan más de una vez, y parece que le gusta preocuparle cuando no tiene nada mejor que hacer. Pero Joe lo adora.

—¿Y los vómitos?

—No quieren decir nada. La reacción natural por comerse toda la porquería que encuentra. Bien, será mejor que vaya a casa de Sharpe. Y hay unas cuantas visitas más... ¿Qué le parece si me acompaña y le enseño parte de la región?

Fuera de la casa Farnon me señaló un Hillman bastante estropeado y, cuando me dirigía al asiento del pasajero, lancé una mirada atónita a los neumáticos gastados, a las manchas de orín en la carrocería, al parabrisas opaco de polvo y con una red de estrías en el cristal. Lo que no observé fue que el asiento del pasajero no estaba unido al suelo sino suelto y colocado simplemente sobre unos canales. Al sentarme en él caí hacia atrás, aterrizando de cabeza en el asiento posterior, los pies contra el techo. Farnon me ayudó a levantarme, se disculpó con amabilidad, y partimos.

Una vez fuera de la plaza del mercado la carretera bajaba repentinamente y pudimos ver todo el valle alargándose ante nosotros bajo el sol del atardecer. El perfil de las elevadas colinas aparecía suavizado con esta luz y a trechos se veía la cinta de plata del Darrow que corría por el valle, allá abajo. Farnon era un conductor muy poco ortodoxo. Cautivado al parecer por la escena conducía lentamente colina abajo, con los codos apoyados en el volante y la barbilla hundida entre las manos. En el fondo de la colina salió de su ensueño y partió a cien kilómetros por hora. El viejo coche se bamboleaba locamente por el estrecho camino y mi asiento móvil iba también de un lado a otro mientras yo afirmaba los pies contra el suelo.

De pronto pisó el freno, me señaló a unos Shorthorns de la mejor raza en un campo y arrancó de nuevo. Nunca miraba al camino ante él, dedicaba toda

su atención a los campos a su alrededor e incluso tras él. Y esto último era lo que me preocupaba, porque se pasaba la mayor parte del tiempo conduciendo y mirando a la vez por encima del hombro.

Dejamos al fin la carretera y nos metimos en un terreno cercado. Mis años de prácticas me habían enseñado a actuar rápidamente y con elegancia ya que a los estudiantes se les adiestraba, en primer lugar, como máquinas para abrir y cerrar las puertas. Farnon, sin embargo, me daba las gracias gravemente en cada ocasión y, una vez pasada la sorpresa, lo encontré delicioso.

Paramos ante la granja.

—Un caballo cojo —dijo Farnon.

Sacaron a un Clydesdale castrado y ambos observamos atentamente mientras el granjero lo hacía caminar de un lado a otro.

—¿Qué pata cree que es? —preguntó mi colega—. ¿Esa delantera? También yo lo creo. ¿Quiere examinarla?

Metí la mano bajo la pezuña notando que estaba mucho más caliente que la otra. Pedí un martillo y golpeé en el casco. El caballo se encabritó un poco, alzó la pata y la sostuvo temblando unos segundos antes de colocarla cuidadosamente en el suelo.

—Me parece que hay pus.

—Apuesto a que tiene razón —dijo Farnon—. De paso, le diré que por aquí lo llaman «grava». ¿Qué sugiere que hagamos?

—Abrirle la planta y sacar el pus.

—De acuerdo —sacó un cuchillo a propósito—. Observaré su técnica.

Con la incómoda sensación de que estaba a prueba cogí el cuchillo, alcé la pata y la coloqué entre mis rodillas. Sabía lo que tenía que hacer: encontrar la señal oscura en la planta por donde había entrado la infección y seguirla hasta descubrir el pus. Rasqué primero toda la suciedad y encontré no una, sino varias marcas. Después de algunos tanteos más para hallar la zona del dolor elegí un lugar adecuado y empecé a cortar.

Aquella callosidad parecía más dura que el mármol y apenas conseguía arrancar unas débiles láminas a cada corte del cuchillo. El caballo se mostraba feliz de no tener apoyado en el suelo aquel miembro enfermo y, agradecido, dejaba caer todo su peso sobre mi espalda. No había estado tan cómodo en todo el día. Gemí, y le golpeé en las costillas con el codo y aunque eso le hizo cambiar de posición por un segundo pronto estuvo apoyado en mí otra vez.

La marca se hacía más y más débil y después de un golpe final con el cuchillo desapareció del todo. Juré en voz baja y empecé en otra señal. Con la espalda a punto de rompérsese y el sudor bañándome los ojos comprendí

que, si esta fallaba también, tendría que soltar la pezuña y tomarme un descanso. Y, con Farnon allí mirándome, no era lo que yo quería.

Me eché atrás con un dolor terrible y, mientras hacía más profundo el agujero, las rodillas empezaron a temblarme de modo indomitable. El caballo se apoyaba feliz sobre mí, descargando toda su mole en este ser humano tan generoso. Empezaba a preguntarme lo muy estúpido que parecería si al fin me caía bruscamente de narices, cuando vi bajo el cuchillo una bolsita de pus que goteaba un poco.

—Ahí está —gruñó el granjero—. Ahora notará gran alivio.

Agrandé el agujero y dejé caer la pezuña. Me costó mucho tiempo enderezarme y cuando al fin lo logré tenía la camisa pegada a la espalda.

—Bien hecho, Herriot. —Farnon me quitó el cuchillo y se lo deslizó en el bolsillo—. No es nada fácil con un caballo tan duro como ese.

Le di al caballo una inyección de antitoxina, luego se volvió al granjero:

—¿Querrá sostener la pezuña un segundo mientras desinfecto la cavidad?

El hombrecillo agarró la pata entre las rodillas y miró con interés mientras Farnon llenaba el agujero con cristales de yodo y añadía un poco de trementina. Luego desapareció tras una cortina de humo púrpura.

Observé fascinado cómo subía y se extendía la nube. Solo podía localizar al granjero por los ruidos ahogados y la tos que salían de su centro.

Cuando el humo empezó a aclararse aparecieron un par de ojos redondos y asustados:

—Por Dios, señor Farnon, por un minuto no supe qué diablos había pasado —dijo el granjero, tosiendo aún. Contempló el agujero ennegrecido en la pezuña y habló con reverencia—: ¡Qué cosas maravillosas puede hacer la ciencia en estos tiempos!

Hicimos dos visitas más, una a un ternero con un corte en una pierna, que yo cosí y vendé, y luego a la vaca con la mama obstruida.

El señor Sharpe nos esperaba con aire ansioso. Nos llevó al establo y Farnon me hizo un gesto hacia la vaca.

—Vea qué puede hacer por ella.

Me arrodillé y palpé la mama, sintiendo la masa de tejido endurecido hacia la mitad. Habría de quitarlo con un instrumento de Hudson, de modo que empecé a colocar la pequeña espiral metálica por la mama. Un segundo más tarde me hallaba sentado en el estiércol y luchando por respirar con la huella de una pezuña en la delantera de la camisa, justo sobre el plexo solar.

Resultaba embarazoso, pero nada podía hacer más que seguir allí sentado, luchando por recuperar el aliento, abriendo y cerrando la boca como un pez

fuera del agua.

El señor Sharpe se cubrió la boca con la mano, su cortesía innata luchando con el gozo natural de ver a un veterinario en apuros.

—Lo siento, joven, pero debía haberle dicho que esta es una vaca muy amistosa. Le gusta dar la mano.

Luego, vencido por su propio ingenio, apoyó la frente en el lomo de la vaca y se entregó a un largo paroxismo de risas ahogadas.

Me llevó mi tiempo recuperarme, luego me levanté con toda dignidad. Al fin, con el señor Sharpe reteniéndola por el morro y Farnon alzándole la cola, conseguí pasar el instrumento por la masa fibrosa y con unos cuantos tirones aclaré la obstrucción, pero aunque las precauciones frenaron un poco su energía, la vaca aún logró darme algunos golpes en brazos y piernas.

Cuando hube terminado el granjero tanteó la mama y lanzó un largo chorro de espuma blanca en el suelo.

—¡Magnífico! Ahora funcionarán sus cuatro cilindros.

4

—Volveremos a casa por otro camino —Farnon se inclinó sobre el volante y limpió el parabrisas estriado con la manga—, por el Paseo de Brenkstone y Sildale. La diferencia no es mucho mayor y me gustaría que lo viera.

Cogimos un camino inclinado y lleno de curvas que subía más y más mientras, a nuestro lado, la colina bajaba casi a pico sobre un oscuro abismo por donde una corriente de agua saltaba entre rocas hacia el valle inferior. Ya en la cumbre bajamos del coche. A la luz de un crepúsculo estival, un panorama salvaje de barrancos y cumbres se extendía a lo lejos perdiéndose en los tonos rojos y dorados del cielo del oeste. Hacia el este, una montaña negra e inmensa parecía ir a caer sobre nosotros, amenazadora en su desnuda mole. Cantos rodados de gran tamaño llenaban las laderas más bajas.

Silbé suavemente al mirar en torno. Esto era muy distinto de la región de pequeñas colinas que había visto al acercarme a Darrowby.

Farnon se volvió hacia mí:

—Sí, uno de los lugares más salvajes de Inglaterra. Un sitio terrible en invierno. Yo he visto este paso cortado por la nieve durante semanas y semanas.

Inspiré y llené profundamente mis pulmones con aquel aire tan puro. Nada se movía en la inmensidad; solo un chorlito dejó escapar un grito y escuché el rugir distante del torrente a cientos de metros más abajo.

Era de noche cuando subimos al coche e iniciamos el largo descenso a Sildale. El valle se hundía en las sombras pero unos puntos de luz me indicaban los lugares en que las granjas solitarias se aferraban a las laderas.

Llegamos a un pueblo silencioso y Farnon echó los frenos con violencia. Sin poder evitarlo sentí resbalar sobre el suelo aquel asiento móvil y fui a dar con el parabrisas. La cabeza despertó un eco de vidrios estriados en el cristal, pero al parecer Farnon ni lo advirtió.

—Hay una taberna estupenda aquí. Entremos a tomar una cerveza.

Aquella taberna fue una novedad para mí. Era sencillamente una gran cocina, cuadrada y con muros de piedra. Una chimenea enorme y un fogón

negro y antiguo cogían todo un lado. La tetera silbaba sobre el fuego y un tronco muy grande siseaba y crepitaba llenando la habitación con su aroma resinoso.

Una docena de hombres poco más o menos estaban sentados en sillas de respaldo alto alineadas junto a las paredes. Ante ellos se erguían unas mesas de roble, cuarteadas por el tiempo, sobre las que dejaban sus jarras de cerveza.

Todos estaban en silencio cuando entramos. Luego alguien dijo: «Vaya, aquí está el señor Farnon», no con entusiasmo pero sí cortésmente, y esto inició una serie de gruñidos amistosos e inclinaciones de cabeza de la concurrencia. Eran principalmente granjeros, o trabajadores de las granjas, que se divertían sin bullicio ni excitación. La mayoría estaban muy quemados por el sol y los más jóvenes, sin corbata, mostraban un cuello y un pecho musculosos. Se escuchaba algún murmullo proveniente de un grupo que jugaba al dominó en una esquina.

Farnon me guio a una mesa, pidió dos cervezas y se volvió mí:

—Bien, puede tener este empleo si quiere. Cuatro libras a la semana y pensión completa. ¿De acuerdo?

Fue tan inesperado que me dejó sin habla. ¡Ya lo había conseguido! ¡Y cuatro libras a la semana! Recordaba los anuncios patéticos en el Record: «Cirujano veterinario con toda experiencia, trabajará por la manutención». La B. V. A^[2] había tenido que presionar al editor para impedirle que publicara aquellos gritos salidos del corazón. No resultaba agradable comprobar que algunos miembros de la asociación ofrecían sus servicios gratis. Cuatro libras a la semana era toda una fortuna.

—Gracias —dije, tratando con dificultad de ocultar mi triunfo—. Acepto.

—Estupendo —Farnon se tomó un sorbo rápido de cerveza—. Déjeme que le hable de la práctica. Me la traspasó hace un año un viejo de ochenta y tantos. Un tipo que aún practicaba, no crea; un auténtico carácter. Pero ya no estaba para levantarse a medianoche, lo cual es bastante corriente. Y, naturalmente, en muchas otras cosas se había abandonado un poco... Seguía dependiendo por completo de las ideas antiguas. Algunos de esos instrumentos clásicos que ha visto eran suyos. Entre unas cosas y otras apenas había clientela y ahora estoy intentando crearla de nuevo. De momento aún no hay muchos beneficios pero, si seguimos al pie del cañón durante unos años, confío en que aquí tengamos un buen negocio. Los granjeros se alegran de ver que un joven viene a ocupar el cargo, y acogen con gusto los tratamientos y operaciones más modernas. Pero hay que educarlos para que se olviden de la

tarifa de tres chelines y seis peniques que el viejo solía cobrar, y eso es una pelea muy dura. Los hombres del valle son maravillosos, y llegará a apreciarlos, pero no les gusta separarse de su dinero a menos que se les demuestre que consiguen algo a cambio.

Se lanzó a hablar con entusiasmo de sus planes para el futuro; ambos seguíamos bebiendo y el ambiente de la taberna se caldeaba por instantes. Además, seguía llenándose como si los habituales del pueblo entraran en manadas. El ruido y el calor fueron aumentando y, casi a la hora de cerrar, me hallé separado de mi colega y en el centro de un grupo que reían y que parecían viejos amigos míos.

Había un tipo extraño que se mostraba ansioso de situarse ante mi campo de visión, un hombrecillo viejo con un sombrero blanco de paja y un rostro moreno y amable, y tan marcado por el tiempo como una vieja bota. Se movía por el borde del grupo saludando y guiñando.

Comprendí que se proponía hablarme, de modo que me levanté y le dije que me llevaría a un asiento en un rincón. Él se sentó frente a mí, apoyó las manos y la barbilla en la parte superior del bastón y me miró bajo unos párpados pesados.

—Bueno, jovencito, tengo algo que decirle. Yo he estado entre bestias toda la vida y voy a enseñarle algo.

Empezó a encogérseme el estómago. Ya me habían pescado así otras veces. Muy al principio de mi carrera había descubierto que todos los viejos habitantes del mundo agrícola compartían la idea de que tenían algo inapreciable que compartir. Y generalmente les costaba mucho tiempo soltarlo. Miré a mi alrededor alarmado, pero me había dejado atrapar. El viejo acercó aún más su silla y empezó a hablar en un susurro conspiratorio. Su aliento cargado de cerveza me daba en el rostro, apenas a unos centímetros del suyo.

No había nada nuevo en su historial: el recital habitual de las curas milagrosas que había conseguido, de los remedios infalibles solo conocidos por él, y divagaciones sobre las personas poco escrupulosas que habían tratado en vano de sonsacarle su secreto. Solo se detenía para tomar unos sorbos rápidos y expertos de su jarra; aquel cuerpo tan pequeño parecía capaz de contener una cantidad sorprendente de cerveza.

Pero se estaba divirtiendo y dejé que continuara. En realidad lo animé, mostrándome asombrado y admirado ante sus éxitos.

El pobre jamás había tenido un público así. Era un pequeño terrateniente retirado y habían pasado años desde que alguien le demostrara el aprecio que

merecía. En su rostro resplandecía una sonrisa maliciosa y sus ojos acuosos relucían amistosamente. Pero de pronto se puso serio y se incorporó rígidamente.

—Ahora, antes de que se vaya, jovencito, voy a decirle algo que no sabe nadie más que yo. Podía haber ganado muchísimo dinero con esto. La gente ha ido tras de mí durante muchos años para que se lo dijera, pero nunca lo he hecho.

Aún rebajó en varios centímetros el nivel de su jarra, luego estrechó los ojos hasta que apenas fueron dos rayitas.

—Es una cura para el muermo y los tumores de los caballos.

Me incorporé bruscamente en la silla como si el techo amenazara con desplomarse sobre mí.

—No puede hablar en serio —dije atónito—. ¡No querrá decir el muermo! El viejo parecía satisfechísimo.

—¡Ah, pues ya lo creo que sí! Todo lo que tiene que hacer es frotar con un ungüento mío, y el caballo seguirá caminando completamente sano. —Su voz se alzó en un débil grito e hizo un gesto violento con el brazo, lanzando la jarra casi vacía al suelo.

Lancé un silbido largo de incredulidad y pedí otra jarra.

—Y, ¿me va a decir de verdad el nombre de ese ungüento? —susurré.

—Sí, jovencito, pero con una condición. No tiene que decírselo a nadie. Ha de guardárselo; así nadie lo sabrá más que usted y yo —sin el menor esfuerzo se metió otro cuarto de litro de cerveza entre pecho y espalda—. Solo usted y yo, jovencito.

—De acuerdo, se lo prometo. No se lo diré a nadie. Ahora, ¿de qué se trata?

El viejo pasó furtivamente los ojos por la abarrotada habitación. Luego inspiró profundamente, me puso la mano en el hombro y acercó los labios a mi oído. Hipó con aire solemne y habló en un susurro:

—Ungüento de malvavisco.

Le cogí la mano y se la estreché en silencio. El viejo, muy conmovido, se derramó el resto de la jarra por la barbilla. Pero Farnon me hacía señas desde la puerta. Era hora de irnos. Salimos con nuestros nuevos amigos formando un pequeño círculo de luz y sonido en la tranquila calle del pueblo. Un joven de cabellos revueltos y en mangas de camisa abrió la puerta del coche con cortesía natural y, dando las últimas buenas noches, me metí en él. Esta vez el asiento se volcó con más rapidez que de costumbre y me caí hacia atrás

viniedo a descansar la cabeza entre unas botas de agua y quedándome las rodillas incrustadas bajo la barbilla.

Una fila de rostros curiosos y sorprendidos me examinaron por la ventanilla trasera, pero pronto hubo muchas manos dispuestas a levantarme y el maldito asiento quedó colocado de nuevo sobre sus vías. Me pregunté cuánto tiempo llevaría así, y si mi jefe habría pensado alguna vez en arreglarlo. Nos hundíamos a toda prisa en la oscuridad y me volví a mirar al grupo que nos decía adiós. Aún pude ver al hombrecillo, su sombrero brillante cual si fuera nuevo bajo la luz de la puerta. Se llevaba el dedo a los labios.

5

Los últimos cinco años de mi vida habían sido la preparación de un solo momento, y este no había llegado todavía. Llevaba ya veinticuatro horas en Darrowby y aún no había hecho una visita solo.

Transcurridas veinticuatro horas yo seguía dando vueltas por allí con Farnon. Tenía gracia pero, para un hombre que parecía descuidado, olvidadizo y algunas cosas más, Farnon se mostraba terriblemente cauto en lo referente a dar alas a su ayudante.

Habíamos estado hoy en Lidderdale y había conocido más clientes, granjeros corteses y amistosos que me recibían con gusto y me deseaban éxito. Pero trabajar bajo la supervisión de Farnon era como estar de nuevo en las aulas bajo la mirada vigilante del profesor. Comprendí que mi carrera profesional no empezaría hasta que yo, James Herriot, saliera a atender a un animal enfermo sin ayuda y sin supervisión.

Sin embargo, el momento no podía estar ya muy lejano. Farnon se había ido a Brawton a ver a su madre otra vez. Un hijo muy devoto, pensé maravillado. Y había dicho que volvería tarde, de modo que la vieja señora tenía un horario algo extraño. Pero eso no importaba... Lo interesante era que me había quedado al frente de todo.

Me senté en un sillón de tapicería algo raída y miré por el ventanal las sombras que el sol de la tarde lanzaba sobre el césped. Tenía la impresión de que había de hallarme en esa situación con cierta frecuencia.

Me pregunté vagamente cuál sería mi primera llamada. Probablemente un anticlímax después de tantos años de espera. Tal vez un ternero con tos, o un cerdo con estreñimiento. Aunque quizás eso no fuera mala cosa... empezar con algo que pudiera remediar fácilmente. Estaba enfrascado en esos pensamientos tan cómodos cuando el teléfono empezó a sonar furiosamente en el pasillo. El clamor insistente resonaba de modo alarmante en la casa vacía. Alcé el receptor.

—¿Señor Farnon? —Era una voz profunda, con un acento raro. No local, probablemente alguien del sudoeste.

—Lo siento, está fuera. Soy su ayudante.

—¿Cuándo volverá?

—Creo que muy tarde. Lo siento. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No sé si podrá hacer algo por mí o no —la voz adopta un tono fanfarrón—. Soy el señor Soames, el administrador de la granja de lord Hulton. Tengo un caballo de caza muy valioso con cólico. ¿Sabe usted algo sobre el cólico?

Experimenté cierto enojo.

—Soy cirujano veterinario, de modo que creo que he de saber algo al respecto.

Hubo una pausa larga y la voz gruñó de nuevo:

—Bien, supongo que tendrá usted que servir. En cualquier caso, yo sé la inyección que necesita el caballo. Traiga algo de arecolina. Es lo que utiliza el señor Farnon. Y, por el amor de Dios, no tarde toda la noche. ¿Cuánto le costará llegar hasta aquí?

—Salgo en este momento.

—Bien.

Lo oí colgar bruscamente. Me ardía el rostro al alejarme del teléfono. De modo que mi primer caso no iba a ser cosa fácil. Los cólicos eran algo muy peliagudo y, para colmo, tendría a mi lado a un Soames sabelotodo y agresivo.

En el viaje de doce kilómetros hasta la granja fui repasando de memoria la obra clásica *Cólicos comunes del caballo*, de Caulton Reeks. La había leído y vuelto a leer tan a menudo en mi último año que podía recitar trozos como poemas. Las páginas tan releídas se alzaban ante mí como visiones mientras conducía.

Esto sería probablemente una impacción suave, o un espasmo. Tal vez se debiera a un cambio de comida, o a una yerba rica en exceso. Sí, sería eso; la mayoría de los cólicos se debían a lo mismo. Una rápida inyección de arecolina y tal vez algo de cloruro para aliviar el dolor, y todo iría bien. Recordaba los casos con los que había tropezado en mis prácticas. El caballo de pie y quieto, menos cuando se aliviaba el peso de una pierna o torcía la cabeza. Nada importante en verdad.

Estaba deleitándome con este cuadro feliz cuando llegué. Entré en un patio de grava, inmaculadamente limpio. Vi a un hombre que me aguardaba a pie firme: hombros anchos, figura sólida, muy elegante con su gorra y chaqueta, calzones de montar bien cortados y botas brillantes.

Paré el coche a unos treinta metros de él y, cuando salí, aquel hombre, lenta y deliberadamente, me dio la espalda. Crucé el patio tomándome mi

tiempo, esperando que se volviera, pero él permaneció inmóvil, con las manos en los bolsillos y mirando en otra dirección.

Me paré a un metro y ni entonces se volvió. Después de largo tiempo, y cuando me había cansado de mirarle la espalda, hablé:

—¿Señor Soames?

Al principio no se movió, luego giró lentamente. Tenía un cuello grueso y rojizo, un rostro duro y ojos pequeños y fieros. No contestó, pero me examinó cuidadosamente de pies a cabeza, fijándose en la gabardina vieja, en mi juventud y mi aire de inexperiencia. Cuando hubo terminado su examen apartó la vista de nuevo.

—Sí, soy el señor Soames —acentuó el «señor» como si eso significara mucho para él—. Soy gran amigo del señor Farnon.

—Mi nombre es Herriot.

Al parecer no lo había oído.

—Sí, muy listo el señor Farnon. Somos grandes amigos.

—Creo que tiene un caballo con cólico —lamenté que mi voz sonara tan aguda y temblorosa.

La mirada de Soames estaba clavada en el cielo. Silbó una tonadilla antes de contestar.

—Ahí —dijo, moviendo la cabeza en dirección a uno de los establos—. Uno de los mejores caballos de caza del lord. Necesita la asistencia de un experto, creo —dio gran énfasis a lo de «experto».

Abrí la puerta y entré: quedé clavado en el suelo como si hubiera tropezado con una pared. Era un establo muy grande, profusamente cubierto de musgo de pantano. Un caballo bayo estaba girando como obsesionado en el círculo que las paredes le permitían, y ya había hecho un surco profundo en el musgo. El sudor bañaba todo su cuerpo del morro a la cola, tenía los ollares muy dilatados y los ojos miraban como sin ver. Agitaba la cabeza de un lado a otro a cada paso y, entre sus dientes apretados, regueros de espuma caían en el suelo. Una pequeña nube de vapor se alzaba de su cuerpo, como si hubiera estado galopando.

Yo me notaba la boca seca y experimentaba cierta dificultad al hablar. Cuando lo hice fue casi en un susurro:

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Oh, empezó con un poco de dolor de estómago esta mañana. Le he estado dando esas píldoras negras todo el día; bueno, este tipo lo ha hecho. No me sorprendería que lo hubiera acabado de estropear, como hace con todo.

Vi que había alguien de pie en la sombra del rincón, un hombre grande y con una collera en la mano.

—Se las hice tragar, seguro que sí, señor Soames, pero no le han servido de nada —parecía asustado.

—Y te crees un entendido en caballos —dijo Soames—. Yo mismo podía haberlo hecho. Esperaba que ahora estuviera ya mejor.

—Se necesitarían más que píldoras para ayudarle —dije—. Esto no es un cólico corriente.

—Y ¿qué demonios es entonces?

—Bien, no puedo decirlo hasta haberlo examinado, pero un dolor continuo y tan intenso como este podría significar una torsión..., una torsión intestinal.

—¡Y un cuerno! Tiene un poco de dolor de tripas, eso es todo. No ha comido nada en todo el día y necesita que lo animen. ¿Se ha traído la arecolina?

—Si esto es una torsión, la arecolina sería lo peor que podría darle. Ahora sufre mucho, pero eso lo volvería loco. Ya sabe que contrae los músculos de los intestinos.

—Condenación —gruñó Soames—, no me largue una maldita conferencia. ¿Va a hacerle algo por fin al caballo o no?

Me volví al hombre del rincón:

—Póngale esa collera y lo examinaré.

Puesta la collera, el caballo se vio obligado a detenerse y quedó muy quieto temblando y gimiendo mientras yo le pasaba las manos entre las costillas y codillos buscando el pulso. No podía ser peor: un latir rápido y amenazador. Le abrí un párpado: la membrana mucosa era de un rojo ladrillo oscuro. El termómetro reveló una temperatura de cuarenta grados.

—¿Podrían traerme un cubo de agua caliente, jabón y una toalla, por favor? —pedí a Soames.

—¿Para qué diablos? ¿Aún no ha hecho nada y ya quiere tomar un baño?

—Quiero hacer un examen del recto. ¿Quiere traerme el agua, por favor?

—Dios nos asista, jamás había visto nada así. —Soames se pasó la mano por los ojos con gesto de cansancio y se volvió en redondo al otro hombre—. Bueno, vamos, no te quedes ahí. Tráele el agua y tal vez así haga algo.

Cuando regresó me enjaboné el brazo y lo inserté suavemente en el recto del animal. Pude advertir claramente el desplazamiento del intestino pequeño en el lado izquierdo y una masa tensa y timpánica que no debería haber estado allí. Al tocarla, el caballo tembló y gimió de nuevo.

Mientras me lavaba y secaba los brazos el corazón me latía violentamente. ¿Qué hacía ahora? ¿Qué podía decirle? Soames iba de un lado a otro por el establo murmurando en voz baja mientras el animal, loco de dolor, se retorció y contorsionaba.

—¡Sujétalo! —gritó al otro hombre, aferrado a la collera—. ¿Qué es lo que te propones hacer?

El otro no respondió. No tenía ninguna culpa, y se limitó a mirar fríamente a Soames.

Inspiré profundamente.

—Todo indica una cosa. Estoy convencido de que el caballo tiene una torsión.

—De acuerdo entonces, como quiera. Tiene una torsión. Solo que, por amor de Dios, ¿quiere hacer algo? ¿Vamos a estar aquí toda la noche?

—No se puede hacer nada. No existe cura para esto. Lo importante es hacer que deje de sufrir lo más rápidamente posible.

Soames se enfureció.

—¿Que no hay cura? ¿Qué hay que hacer para que deje de sufrir? ¿Qué majaderías dice? ¿Qué es lo que se propone?

Me afirmé sobre los pies.

—Le sugiero que me deje acabar con él inmediatamente.

—¿Cómo? —Se había quedado con la boca abierta.

—Le digo que hay que pegarle un tiro ahora mismo, inmediatamente. Tengo un arma en el coche.

Soames me miró como si fuera a estallar.

—¿Matarlo?, ¿es que se ha vuelto completamente loco? ¿Sabe usted lo que vale ese caballo?

—No me importa en absoluto lo que valga, señor Soames. Ha vivido un infierno todo el día y ahora se está muriendo. Debería haberme llamado hace tiempo. Tal vez viviera unas cuantas horas más, pero el fin sería el mismo. Y está sufriendo, horrible y constantemente.

Soames se cogió la cabeza entre las manos.

—Oh, Señor ¿por qué tenía que pasarme esto? El lord está de vacaciones, de lo contrario lo llamaría para que tratara de meterle un poco de sentido común. Si su jefe hubiera estado aquí, seguro que le habría dado una inyección a este caballo y lo habría puesto bien en media hora. Mire, ¿no podemos esperar hasta que el señor Farnon vuelva esta noche y le eche una mirada?

Algo en mi interior se regocijó ante esa idea. Darle una inyección de morfina y salirme del caso. Dejar la responsabilidad a otro. Sería muy fácil. Miré al caballo. Había iniciado de nuevo su ciego circular por el establo, tropezando una y otra vez en su desesperado intento por librarse de un dolor horrible. Mientras le observaba alzó la temblorosa cabeza y soltó un quejido débil. Un sonido desolado que revelaba incompreensión. Aquello fue suficiente para mí.

Salí rápidamente y cogí el arma del coche.

—Sujétele la cabeza —dije al otro hombre, y metí el cañón entre los ojos tan brillantes. Hubo un breve estampido y las patas del caballo temblaron. Cayó sobre el musgo y quedó inmóvil.

Me volví a Soames, que miraba incrédulo el cadáver:

—El señor Farnon vendrá por la mañana y le hará la autopsia. Me gustaría que lord Hulton tuviera la confirmación de mi diagnóstico.

Me puse la chaqueta y me dirigí al coche. Al poner en marcha el motor Soames abrió una portezuela y metió la cabeza. Hablaba en voz baja pero furiosa:

—Voy a informar al lord de lo que ha hecho esta noche. Y al señor Farnon también. Le haré saber con qué clase de ayudante se ha mezclado. Y déjeme que le diga algo más: esa autopsia de mañana demostrará que usted se ha equivocado y entonces le demandaré —cerró de un portazo y se alejó.

De nuevo en la clínica decidí esperar levantado a mi jefe y me senté allí, tratando de librarme de la sensación de haber echado a perder mi carrera, incluso antes de iniciarla. Pero, pensándolo detenidamente, sabía que no podía haber hecho otra cosa. Por muchas veces que lo repasara, la conclusión era siempre la misma.

Ya era la una de la madrugada para cuando volvió Farnon. La noche pasada con su madre lo había estimulado. Sus flacas mejillas tenían muy buen color y olía bastante a ginebra. Me sorprendió ver que llevaba traje de etiqueta que, aunque de corte anticuado y haciéndole arrugas sobre su flaco cuerpo, aún conseguía darle el aspecto de un embajador.

Escuchó en silencio mientras le hablaba del caballo. Iba a hacer un comentario cuando sonó el teléfono.

—¡Qué horas de llamar! —susurró—. ¡Oh!, es usted, señor Soames —me hizo un gesto y se sentó en la silla. Estuvo largo tiempo diciendo: «Sí... Comprendo». Luego se incorporó con toda decisión y empezó a hablar.

—Gracias por llamar, señor Soames. Me parece que el señor Herriot hizo lo único posible en esas circunstancias. No, no puedo estar de acuerdo con

usted. Habría sido cruel dejarlo vivir. Una de nuestras obligaciones consiste en impedir el sufrimiento. Bien, lamento que opine así, pero considero al señor Herriot un cirujano veterinario eminentemente capacitado. Si yo hubiera estado allí, no tengo la menor duda de que habría hecho lo mismo. Buenas noches, señor Soames. Le veré por la mañana.

Me dominó un alivio tan grande que estuve a punto de lanzarle todo un discurso de gratitud, pero al fin solo pude decir:

—Gracias.

Farnon se acercó a un armarito de puertas de cristal sobre la chimenea, y sacó una botella de *whisky*. Me llenó medio vaso con aire ausente y me lo acercó. Él se sirvió poco más o menos lo mismo y se hundió en el sillón.

Tomó un trago largo, miró durante unos segundos al fluido ambarino del vaso y luego alzó los ojos con una sonrisa.

—Bien, realmente se vio usted metido en un buen lío esta noche, muchacho. ¡Su primer caso! Y tenía que ser Soames, además.

—¿Le conoce bien?

—Oh, sé muchas cosas acerca de él. Un tipo bastante desagradable y capaz de sacar a cualquiera de sus casillas. Créame, no es amigo mío. En realidad corren algunos rumores sobre su falta de honradez. Dicen que ha estado preparándose su nido durante mucho tiempo a expensas del lord. Un día tendrá algún tropiezo, supongo.

Aquel *whisky* puro bajaba como un reguero ardiente hasta mi estómago, pero comprendí que lo necesitaba.

—No me gustarían demasiadas sensaciones como la de esta noche, pero supongo que la práctica de un veterinario no siempre será así.

—Bueno, no del todo —contestó Farnon—, pero uno nunca sabe lo que le espera. Es una profesión graciosa la nuestra, ya sabe. Muchas oportunidades para que uno quede como un idiota.

—Claro que mucho dependerá de la habilidad del veterinario.

—Hasta cierto punto. Por supuesto, cuanto más se sepa tanto mejor, pero, aunque uno sea un auténtico genio, la humillación y el ridículo le aguardan a la vuelta de la esquina. Una vez traje aquí a un eminente especialista de caballos para que hiciera una operación, y el animal dejó de respirar a la mitad. La visión de aquel hombre agitándose frenéticamente sobre las costillas de su paciente me enseñó una gran lección: que a intervalos regulares, y a lo largo de toda mi carrera, yo parecería tan idiota como él.

Me eché a reír.

—Entonces será mejor que me resigne a eso desde el principio.

—Esa es la idea. Los animales son algo imprevisible, así que toda nuestra vida es también imprevisible. Una larga historia de pequeños triunfos y desastres; y uno ha de tener verdadera vocación para seguir adelante con ello. Hoy fue Soames, y mañana será algún otro. Ahora, eso sí, no es una vida aburrida. Vamos, tomemos un poco más de *whisky*.

Tomó otro trago, y luego algunos más y charlamos. No advertí el paso del tiempo hasta que el tronco oscuro de la acacia empezó a delinearse contra la luz grisácea tras el ventanal, un mirlo lanzó unas cuantas notas tímidas y Farnon sirvió con pena las últimas gotas de la botella en el vaso.

Bostezó, se soltó el lazo de la corbata y miró el reloj.

—Bien, las cinco en punto. ¿Quién lo habría creído? Pero me alegro de que tomáramos juntos una copa... Lo más adecuado para celebrar su primer caso. Estupendo...

6

Dos horas y media de sueño era una ración muy pequeña pero yo me había propuesto estar en pie a las siete y media, afeitado, lavado y desayunado para las ocho.

Pero desayuné solo. La señora Hall, mientras me servía impasible un plato de huevos revueltos, dijo que mi jefe había salido hacía tiempo para la autopsia del caballo de lord Hulton. Me pregunté si se habría llegado a acostar.

Acababa la última tostada cuando Farnon irrumpió en la habitación. Ya me había acostumbrado a su modo de entrar y apenas me impresioné cuando casi arrancó la manilla y se plantó en medio de la alfombra. Parecía animado y de buen color.

—¿Queda algo en la cafetera? Tomaré una taza con usted. —Se dejó caer en una silla que gimió—. Bien, no tiene por qué preocuparse. La autopsia reveló una torsión clásica. Varias vueltas de intestino, negro y tenso. Me alegro de que acabara en seguida con el pobre animal.

—¿Vio a mi amigo Soames?

—Oh, estuvo allí, claro. Intentó lanzar unas cuantas insinuaciones sobre usted pero le hice callar. Solo le indiqué que había esperado demasiado tiempo para llamarnos, y que lord Hulton no se sentiría muy satisfecho cuando supiera lo que el caballo había sufrido. Lo dejé meditando en eso.

Aquellas noticias me animaron notablemente. Me fui a la mesa y cogí la agenda.

—Aquí están las llamadas para esta mañana. ¿Qué prefiere que haga?

Farnon seleccionó una serie de visitas, escribió la lista en un trozo de papel y me lo entregó.

—Ahí tiene —dijo— unos cuantos casos agradables y sin problemas que le mantendrán ocupado.

Me volvía para salir cuando me llamó.

—¡Ah! Hay algo más que me gustaría que hiciera. Mi hermano menor viene hoy de Edimburgo haciendo *autostop*. Asiste allí a la Escuela de

Veterinaria, y el curso terminó ayer. Cuando llegue a una distancia prudente para que vayamos a recogerlo nos dará una llamada. ¿Le importaría ir a buscarlo?

—En absoluto, lo haré con mucho gusto.

—A propósito, se llama Tristán.

—¿Tristán?

—Sí, claro, debería habérselo dicho. Le habrá extrañado también mi nombre, tan raro. Cosas de mi padre, un gran amante de Wagner, un amor que dominó toda su vida. No teníamos más que música a todas horas, sobre todo de Wagner.

—A mí me gusta mucho también.

—Por supuesto, pero usted no la tuvo que oír por la mañana, por la tarde y por la noche como nosotros. Y luego, tener que aguantar un nombre como Siegfried... De todas formas podía haber sido peor... Wotán, por ejemplo.

—O Pogner.

—¡Por Jove, que tiene razón! Me había olvidado del viejo Pogner. Supongo que aún habré de estar agradecido.

Era ya bastante tarde cuando llegó la llamada que esperaba. La voz sonaba extrañamente familiar.

—Soy Tristán Farnon.

—Caray, habla usted igual que su hermano.

Me contestó una risa agradable:

—Todos lo dicen... Si fuese tan amable de su parte... Me encantaría que me recogieran. Estoy en el Café Holly Tree, en la carretera principal del Norte.

Después de la voz yo esperaba una edición más joven de mi jefe, pero la figura pequeña y de rostro infantil, sentada sobre una mochila, no podía ser más distinta. Se levantó, se retiró el pelo oscuro de la frente y extendió la mano. La sonrisa era encantadora.

—¿Tuvo que caminar mucho? —pregunté.

—Pues sí, pero necesitaba el ejercicio. Anoche tuvimos una fiesta de fin de curso por todo lo alto.

Abrí la portezuela del coche y él lanzó la mochila a la parte trasera. Al poner yo en marcha el motor se instaló cómodamente en el asiento como si fuese un sillón de lujo, sacó un paquete de Woodbines, encendió uno con tierna concentración y se tragó el humo ansiosamente. Luego sacó el *Daily Mirror* de un bolsillo lateral y lo abrió con aire satisfecho. El humo, que se tragara mucho tiempo antes, empezó a salirle de la nariz y la boca.

Me dirigí hacia el oeste desde la carretera principal y el estruendo del tráfico se desvaneció pronto a nuestras espaldas. Miré a Tristán.

—¿Acaba de examinarse? —pregunté.

—Sí; patología y parasitología.

Casi rompí una de mis reglas más estrictas al ir a preguntarle si había aprobado, pero me detuve a tiempo. Ese es un tema muy peligroso. Pero, en cualquier caso, no hubo falta de conversación. Tristán tenía algo que comentar de casi todas las noticias y de vez en cuando leía en voz alta un extracto y lo discutía conmigo. Poco después yo estaba ya convencido de que me hallaba en presencia de una mente más rápida y vivaz que la mía. El tiempo pareció volar hasta que nos detuvimos ante Skeldale House.

Siegfried estaba fuera cuando llegamos, y era casi de noche cuando volvió. Entró por la salita, me saludó amistosamente y se lanzó a un sillón. Había empezado a hablar de uno de sus casos cuando entró Tristán.

El ambiente de la habitación se transformó como si alguien hubiera dado la vuelta a una llave. La sonrisa de Siegfried se volvió sarcástica, y lanzó a su hermano una mirada larga y escudriñadora. Gruñó un «hola», luego se levantó y empezó a pasar el dedo por el lomo de los libros del estante. Se concentró en esto durante unos minutos y yo advertí claramente cómo aumentaba la tensión. La expresión de Tristán había sufrido un cambio notable: su rostro era totalmente inexpresivo, y había temor en sus ojos.

Siegfried localizó al fin el libro que estaba buscando, lo sacó del estante y empezó a ojearlo apresuradamente. Luego, sin alzar la vista dijo en voz baja:

—Bien, y ¿qué tal los exámenes?

Tristán tragó saliva cuidadosamente e hizo una profunda inspiración.

—Muy bien en parasitología —contestó con voz monótona. Siegfried no pareció haberlo oído. Por lo visto había encontrado algo interesante en el libro, de modo que se puso a leer. Le costó bastante terminar lo que fuera, luego devolvió el libro al estante e inició de nuevo la comedia de repasar los títulos. Aún de espaldas a su hermano, habló con la misma voz suave:

—¿Y la patología?

Tristán estaba ahora en el borde de la silla, como dispuesto a salir corriendo. Los ojos pasaban de su hermano a los libros, y otra vez a él.

—No la aprobé —dijo casi en un susurro.

No hubo reacción aparente por parte de Siegfried. Continuó su búsqueda paciente, sacando de vez en cuando un volumen, mirándolo y dejándolo en su sitio cuidadosamente. Luego abandonó la tarea, se sentó de nuevo en el sillón, los brazos colgando casi hasta el suelo, y miró a Tristán.

—De modo que te suspendieron en patología —dijo en tono normal.

Quedé sorprendido al oír mi voz, vacilante y algo histérica:

—Bueno, no está del todo mal, ya sabe. Así entra en el último curso y podrá aprobar la patología en Navidad. No le supone una pérdida de curso y, después de todo, es una asignatura muy difícil.

Siegfried se volvió a mirarme con ojos fríos.

—De modo que no está del todo mal, ¿eh? —Hubo una pausa y un largo silencio que fue roto por un aullido totalmente inesperado al dirigirse a su hermano—. ¡Pues yo no opino lo mismo! ¡Yo creo que sí está condenadamente mal! ¡Una vergüenza, sí señor, eso es lo que es! ¿Qué diablos has estado haciendo en todo este curso? Emborrachándote diría yo, y persiguiendo a las chicas, y gastándote mi dinero; cualquier cosa menos trabajar. ¡Y ahora tienes la cara dura de entrar aquí y decirme que te han suspendido en patología! Eres un vago, esa es la cuestión. Naciste ya vago e inútil.

Casi no conseguía reconocerlo. Su rostro estaba rojo y alterado y le relampaguearon los ojos. Otra vez se lanzó salvajemente contra su hermano:

—¡Pero ya he aguantado bastante! ¡Estoy harto de ti! No voy a matarme a trabajar para que tú estés allí perdiendo estúpidamente el tiempo. Se ha terminado. Estás despedido, ¿me oyes? ¡Despedido de una vez por todas! Así que sal de aquí... No quiero verte más en esta casa. ¡Vamos, fuera!

Tristán, que había conservado cierto aire de dignidad injuriada, se retiró rápidamente.

Temblando de apuro, miré a Siegfried. En él se revelaba la tensión de la entrevista. Tenía el rostro encarnado, murmuraba entre dientes y sus dedos repiqueteaban nerviosamente en los brazos del sillón.

Sentía vergüenza de haberme visto obligado a presenciar su estallido, y me alegré cuando me envió a una visita y pude salir de la habitación.

Era casi de noche cuando volví y llevé el coche a la parte trasera, al patio junto al jardín. El rumor de las puertas del garaje turbó a las cornejas escondidas en los olmos cuya altura sobrepasaba la del edificio. Allá en la oscuridad se escuchó el rumor de alas, unos graznidos y luego el silencio, otra vez. Mientras yo seguía en pie escuchando, advertí el perfil de una figura en la oscuridad, alguien que, desde la puerta del patio, contemplaba el jardín. Cuando volvió el rostro hacia mí vi que era Tristán.

El apuro me dominó de nuevo. Yo era un intruso inoportuno, pues el pobre chico habría salido allí para meditar a solas.

—Lamento todo lo ocurrido —dije tímidamente.

El cigarrillo se encendió como un ascua cuando Tristán dio una larga chupada.

—No, no, si no pasa nada. En realidad podía haber sido mucho peor.

—¿Peor? Pues fue bastante malo, ¿no? ¿Qué va a hacer ahora?

—¿Hacer? ¿Qué quiere decir?

—Bueno, le han echado, ¿no? ¿Dónde dormirá esta noche?

—Veo que no entiende —dijo Tristán; se quitó el cigarrillo de la boca y, al sonreír, sus dientes brillaron muy blancos en la oscuridad—. No debe preocuparse. Dormiré aquí, y bajaré a desayunar por la mañana.

—Pero ¿y su hermano?

—¿Siegfried? ¡Oh!, se le habrá olvidado todo para entonces.

—¿Está seguro?

—Completamente seguro. Siempre me está echando, y luego se olvida. Después de todo, el problema se resolvió bastante bien. Lo que más me costó fue hacerle tragar lo de la parasitología.

Contemplé aquel rostro en sombras, a mi lado. Otra vez se escuchó un rumor cuando las cornejas se agitaron en los árboles; luego quedaron en silencio.

—¿La parasitología?

—Sí; en realidad, lo único que dije fue que yo lo había hecho muy bien. No aclaré nada más.

—Entonces, quiere decir...

Tristán se echó a reír suavemente y me dio un golpecito en el hombro:

—Eso es. También me suspendieron en parasitología. Me suspendieron en las dos. Pero no se preocupe. Las aprobaré en Navidad.

7

Me arrebujé entre las mantas cuando el estridente *ring-ring-ring-ring* del teléfono despertó ecos en la vieja casa. Hacía tres semanas de la llegada de Tristán y la vida en Skeldale House seguía un ritmo bastante regular. Todos los días empezaban más o menos igual: el teléfono sonaba repetidamente entre las siete y las ocho, en cuanto los granjeros habían echado una primera ojeada a su ganado.

Solo había un teléfono en la casa y estaba sobre una repisa en el pasillo de abajo. Siegfried me había dicho repetidas veces que yo no tenía que levantarme por esas llamadas a primera hora; que había delegado ese trabajo en Tristán: la responsabilidad sería buena para él. Siegfried se había mostrado muy enfático al respecto.

Escuché el teléfono. El timbre seguía sonando... y cada vez se le oía más fuerte. No había el menor sonido ni movimiento en la habitación de Tristán, así que aguardé el acta segunda del drama diario que llegó como siempre. Se oyó un violento portazo y luego Siegfried salió corriendo al descansillo y bajó las escaleras de tres en tres.

A esto siguió un largo silencio y me lo imaginé temblando en el pasillo lleno de corrientes de aire, los pies desnudos helándose sobre las baldosas mientras escuchaba el relato prolongado que hacía un granjero de los síntomas del animal. Luego el clic del teléfono al ser colgado y otra vez una loca carrera cuando Siegfried se dirigía a toda prisa a la habitación de su hermano.

Una puerta que se abre violentamente de par en par; luego un aullido de rabia, pero con una nota de triunfo: eso quería decir que había pescado a Tristán en la cama, victoria definitiva para Siegfried, que no solía resultar victorioso. Por lo general Tristán explotaba al máximo su técnica de vestirse en un vuelo y se enfrentaba con su hermano totalmente vestido. Era toda una ventaja psicológica el estar anudándose la corbata cuando Siegfried aún estaba en pijama.

Pero esta mañana Tristán se había pasado; al tratar de agotar los segundos se había dejado pescar aún entre las sábanas. Escuché los gritos:

—¿Por qué no contestaste a ese maldito teléfono, como te dije? ¡No me digas que eres sordo, además de inútil! ¡Vamos, levántate, levántate!

Pero yo sabía que Tristán recuperaría terreno enseguida. Cuando lo sorprendían en la cama generalmente se marcaba unos puntos de ventaja, estando ya a mitad del desayuno, antes de que entrara su hermano.

Más tarde observé el rostro de mi jefe cuando entró en el comedor y vio a Tristán mordisqueando la tostada con aire de contento, el *Daily Mirror* apoyado en la cafetera ante él. Siegfried tenía cara de dolor de muelas.

Todo eso enrarecía el ambiente, de modo que me alegré cuando los dejé para ir a recoger mis cosas y atender a las visitas de la mañana. Bajé por el estrecho pasillo con su olor familiar y apasionante de éter y ácido fénico y salí al jardín rodeado de un muro elevado que daba al patio, donde estaban los coches.

Cada mañana contemplaba las mismas cosas, pero siempre experimentaba una sensación de sorpresa. Cada vez que salía al sol y me llegaba el aroma de las flores era como si lo hiciera por primera vez. El cálido aire limpio traía el aliento de los brezales cercanos y, después de haber vivido encerrado en una ciudad durante cinco años resultaba difícil acabárselo de creer. Nunca me apresuraba en esa hora del día. Quizás me aguardara un caso urgente, pero yo me lo tomaba con calma. Recorría el camino estrecho entre el muro cubierto de hiedra y el edificio principal por el que trepaba la vistaria introduciendo sus capullos hasta las mismas habitaciones. Luego seguía hasta donde el jardín roguero daba paso al césped, mal cuidado, abandonado, pero dando cierto aire de frescura al muro ruinoso. En sus bordes crecían flores en desordenada profusión, luchando con un ejército de malas hierbas.

Y así hasta la rosaleda y más allá, hasta donde crecía un macizo de espárragos cuyos dedos carnosos se erguían muy apretados; y más allá se veían moras y fresas y árboles frutales por todas partes, con sus ramas bajas colgando sobre el sendero: melocotones, peras, cerezas y ciruelas se alineaban contra el muro del sur, donde luchaban con los rosales para obtener más espacio.

Las abejas zumbaban entre las flores y el canto de los mirlos y los zorzales competía con el graznido de las cornejas allá en los olmos.

La vida me parecía espléndida. Había muchas cosas que descubrir, y otras tantas que demostrarme a mí mismo. Transcurrían rápidamente los días, cada uno un nuevo desafío, apremiantes con sus mismas novedades. Pero todo se

detenía aquí, en el jardín. Todo parecía haberse detenido en él hacía mucho tiempo. Miré hacia atrás antes de cruzar la puerta que daba al patio y fue como si hubiera tropezado casualmente con un grabado en un libro antiguo: el jardín salvaje y vacío y la casa, alta y silenciosa, al fondo. Nunca acababa de creerme que estaba allí y que yo era parte de ella.

Y la sensación aumentaba al pasar al patio. Era cuadrado y empedrado de grandes guijarros y la hierba crecía, espesa, entre las piedras. Había pequeños edificios a los lados: los dos garajes, las antiguas cocheras, un establo y un cuarto para las sillas de montar, y una pocilga. Junto a la pared había una antigua bomba de agua sobre un abrevadero de piedra.

Encima del establo había un henil, y sobre uno de los garajes un nido de tórtolas. Y, además, el viejo Boardman. También parecía ser un legado de mejores tiempos, renqueando de acá para allá y sin hacer nada en particular.

Me daba los buenos días desde el cubículo en que guardaba unas cuantas herramientas y aperos de jardín. En torno a él, sobre la pared, sus recuerdos de la guerra: una hilera de grabados en color de Bruce Brairnsfather. Los había clavado allí al volver a casa en 1918 y allí seguían aún, manchados por el polvo y enroscados en las esquinas, pero hablándole del kaiser Guillermo, de los agujeros de granada y de las trincheras llenas de barro.

Boardman lavaba el coche a veces, hacía algunas cositas en el jardín, pero se contentaba con ganar una libra o dos y volver a su patio. Pasaba la mayor parte del tiempo sentado en el cuarto de las sillas de montar. A veces miraba los ganchos vacíos donde solían colgar los arneses y entonces se frotaba la palma de la mano con el puño.

Con frecuencia me hablaba de días mejores.

—Aún me parece ver al viejo doctor de pie, en el escalón superior, esperando que le trajeran su carruaje. Era un tipo alto, muy elegante. Siempre llevaba sombrero de copa y chaqué, y lo recuerdo, siendo yo todavía un chico, poniéndose los guantes y colocándose bien el sombrero mientras esperaba.

Sus rasgos se suavizaban y una luz aparecía en sus ojos, como si hablara más para sí mismo que para mí.

—La casa era diferente entonces. Había un ama de llaves, seis criados... y todo por el estilo. Y un jardinero fijo. Ni una hoja de hierba fuera de lugar en aquellos tiempos, y las flores todas en fila, y los árboles bien podados y aseados. Y este patio... era el lugar favorito del viejo doctor. Venía y me miraba desde la puerta cuando yo estaba sentado aquí limpiando los arneses y trabajando con tranquilidad. Era un auténtico caballero, pero había que tener

cuidado y no impacientarlo. Unas motas de polvo en cualquier sitio y se volvía loco.

«Pero la guerra terminó con todo ello. Ahora todo el mundo va corriendo de un lado para otro. Ya no les importa nada. No tienen tiempo, no, para nada».

Entonces miraba, incrédulo, a las losas salidas de sitio, las puertas del garaje descascarilladas y colgando de sus goznes. Y el establo vacío, y la bomba, de la que ya no corría agua. Siempre se mostraba amistoso conmigo, pero con aire indiferente. Sin embargo, con Siegfried parecía recobrar su antigua personalidad, pues se ponía rápidamente en pie y repetía: «Muy bien, señor», saludando una y otra vez con un dedo. Era como si reconociera algo en él, algo de la fuerza y autoridad del viejo doctor, y reaccionara como buscando los viejos tiempos.

—Buenos días, Boardman —dije, al abrir la puerta del garaje—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Así así, muchacho, así así.

Se acercó cojeando y me observó mientras yo ponía el motor en marcha e iniciaba la segunda parte de la rutina diaria. El coche que me habían dado era un pequeño Austin, de una cosecha casi olvidada ya, y uno de los deberes voluntarios de Boardman consistía en empujarlo cuando no quería arrancar. Pero esta mañana, con sorpresa de ambos, el motor empezó a cobrar vida al sexto intento.

Mientras corría sobre un ángulo del césped trasero tuve la impresión, como cada mañana, de que aquí era realmente donde empezaba el día. Los problemas y la tensión de mi trabajo me estaban aguardando allá fuera, y de momento tenía muchos. Había llegado a los valles en mala época, creo. Los granjeros, tras una generación de constante negligencia, habían presenciado la llegada de un profeta, el maravilloso veterinario nuevo: el señor Farnon. Era para ellos como un cometa con la cola brillante de sus ideas nuevas. Era capaz, enérgico y de trato encantador, de modo que lo recibieron como una doncella recibiría a su amante. Y ahora, en plena luna de miel, yo tenía que abrirme camino en escena y, de momento, nadie me quería.

Empezaba a acostumbrarme a las preguntas: «¿Dónde está el señor Farnon?». «¿Está enfermo?». «Yo esperaba al señor Farnon». Resultaba molesto observar cómo se ensombrecían sus rostros al verme llegar a sus granjas. Generalmente miraban esperanzados a mis espaldas y algunos incluso se acercaban a examinar el interior del coche para ver si el hombre que realmente deseaban estaba allí oculto.

Y era un trabajo sobrehumano examinar al animal cuando su propietario rumiaba su disgusto a mi lado, deseando de corazón que yo fuera otra persona.

Pero había que admitir que eran justos. La bienvenida no era efusiva y cuando empezaba a decirles mi opinión del caso escuchaban con un escepticismo evidente, pero descubrí que, si me quitaba la chaqueta y me ponía a trabajar en serio, poco a poco se fundía el hielo, y eran hospitalarios. Aunque les desilusionara mi llegada me invitaban a entrar en su casa. «Pase y tome algo», era una frase que oía a diario. A veces me alegraba de aceptarlo y recuerdo algunas comidas memorables.

También en ocasiones me dejaban subrepticamente media docena de huevos o una libra de mantequilla en el coche al marcharme. Esta hospitalidad era tradicional en los valles y yo sabía que harían lo mismo probablemente con cualquier visitante, pero me demostraba los sentimientos amistosos enterrados bajo el exterior a veces grave de aquellas personas, y eso ayudaba.

Iba conociendo ya a los granjeros y lo que descubría me gustaba. Tenían una firmeza y una actitud filosófica que me resultaba nueva. Desgracias que harían que el habitante de la ciudad deseara darse de golpes contra la pared se aceptaban con un «Bueno, son cosas que pasan».

Iba a ser otro día de calor, así que bajé las ventanillas del coche todo lo posible. Me dirigía a hacer una prueba de tuberculina. El plan nacional estaba empezando a dejar su impronta en los valles y los granjeros progresistas pedían esas pruebas. Y este no era un ganado corriente. Los Galloways del señor Copfield eran famosos en su estilo. Siegfried me había hablado de ellos.

—Son las más difíciles de la región. Hay ochenta y cinco, y ninguno ha sido atado jamás. En realidad apenas les ha tocado una mano humana. Viven en las quebradas, allí se reproducen y crían a sus terneros, al aire libre. No es frecuente que se les acerque alguien; de modo que, prácticamente, son animales salvajes.

—Y, ¿qué hacemos si hay que tratarlos? —había preguntado yo.

—Bueno, hay que contar con Frank y George, los dos hijos de Copfield. Se han criado con ese ganado desde que eran unos bebés, lucharon con los terneros en cuanto pudieron andar, y luego con los grandes. Son casi tan salvajes como los Galloways.

La casa de Copfield estaba en una de las partes más agrestes. Mirando los pastos escasos, casi en la cumbre, con los brezos, era fácil comprender por qué había elegido el granjero una raza más dura que el ganado habitual en la

localidad. Pero esta mañana el áspero panorama estaba suavizado por el sol, y había una paz desértica en aquella extensión de tonos verdes y marrones.

Frank y George no eran como yo había esperado. Los hombres que me ayudaban en mi trabajo diario solían ser morenos y delgados, con músculos de acero, pero los Copfield eran chicos de pelo rubio y piel suave, guapos, jóvenes, de mi edad poco más o menos; con todo, su cuello macizo y sus hombros amplios hacían que la cabeza pareciera pequeña. No eran altos pero tenían un aspecto formidable con las mangas de la camisa enrolladas descubriendo unos brazos de luchador. Los dos llevaban zuecos.

Habían conducido el ganado a los edificios, y los animales llenaban todos los lugares disponibles. Había unos veinticinco en un largo pasadizo junto a los corrales, y vi la fila de cabezas sobre el borde metálico, y sus cuerpos despidiendo vapor. Otros veinte llenaban un viejo establo, y dos lotes más de veinte animales cada uno estaban situados en establos individuales.

Contemplé aquellos animales negros y sin domesticar y ellos me devolvieron la mirada, con sus ojos enrojecidos brillando entre el áspero flequillo que les caía sobre el testuz. Las colas seguían agitándose, amenazadoras.

No iba a ser fácil darles una inyección subcutánea. Me volví a Frank.

—¿Podrá sujetarlos? —pregunté.

—Bien, al menos lo intentaré —contestó serenamente, lanzándose un roncal sobre los hombros. Él y su hermano encendieron un cigarrillo antes de meterse en el pasadizo donde las bestias más grandes estaban apretadas. Los seguí e inmediatamente descubrí que los rumores que oyerá sobre los Galloways no habían sido exagerados. Si me acercaba por delante venían contra mí con sus cabezas grandes y peludas, y, si iba por detrás me coceaban con la mayor naturalidad.

Pero los hermanos me dejaron maravillado. Uno de ellos lanzaba el roncal sobre una bestia, le metía los dedos en el morro y era zarandeado sin piedad cuando el animal salía como un cohete. Pero, por mucho que los maltrataran, ellos no soltaban su presa. Las dos cabezas rubias resultaban algo incongruentes entre los lomos negros, y lo que más me fascinaba era que, a pesar de todas las contorsiones, el cigarrillo no se les caía de los labios.

El calor fue aumentando hasta que aquello se convirtió en un horno, y los animales, cuyas tripas andaban algo sueltas por la dieta a base de hierba, lanzaban heces de color marrón verdusco como poderosos geysers.

El asunto se llevó a cabo con espíritu deportivo, animando con gritos al hombre en acción: «Pásamelo, Frank». «Córrelo, George». En momentos de

tensión los hermanos maldecían suavemente y sin ira: «Apártate de mi maldito pie, hijo de perra». Luego dejaron de trabajar y se rieron sin el menor disimulo cuando una vaca me dio en el rostro con el rabo empapado de porquería; y otra cosa que les hizo mucha gracia fue cuando yo estaba llenando la jeringuilla con las dos manos alzadas y un toro, apartándose alarmado del ronzal, metió todo el trasero contra mi diafragma. Quedé sin respiración, solté un hipo, y entonces el animal decidió dar la vuelta en aquel estrecho pasadizo y me estrujó como una mosca contra la pared. Los ojos casi se me saltaron de las órbitas cuando él pasó corriendo. No sabía si aquel crujido provenía de mis costillas o de la madera a mis espaldas.

Terminamos con los terneros más pequeños, que fueron los más difíciles de manejar. Aquellas criaturas temblorosas pateaban, retrocedían, se lanzaban al aire, pasaban bajo nuestras piernas e incluso trataban de trepar por las paredes. En ocasiones los hermanos habían de lanzarse sobre ellos y sujetarlos contra tierra antes de que yo pudiera inyectarlos, y cuando los terneros sentían la aguja sacaban la lengua y gemían de modo ensordecedor. Fuera, las madres ansiosas respondían en coro.

Era mediodía cuando salí de los edificios. Me parecía como si hubiera pasado un mes allí, bajo el calor sofocante, el estruendo continuo y las malolientes heces.

Frank y George sacaron una cubeta de agua y un buen cepillo y me hicieron una limpieza a fondo antes de que me fuera. A un kilómetro y medio de la granja me salí del camino, bajé del coche y me dejé caer sobre la tierra fresca. Abriendo los brazos hundí los hombros y la camisa empapada de sudor en la hierba y dejé que la brisa suave me acariciara. Con el sol dándome en el rostro, miré con ojos entrecerrados el cielo de un azul turquesa.

Me dolían las costillas y sentía en las piernas el efecto de una docena de coces. Tampoco olía muy bien. Cerré los ojos y sonreí ante la idea ridícula de que acababa de dirigir unas pruebas de tuberculina. Un modo muy extraño de llevar a cabo un procedimiento científico; un modo muy extraño, en realidad, de ganarse la vida.

Pero, claro, podía haber estado en una oficina con las ventanas bien cerradas contra la humareda de gasolina y el ruido del tránsito, con la luz de la mesa brillando sobre columnas de cifras, y el sombrero hongo colgado en la pared.

Más tarde abrí los ojos de nuevo y observé una nube que pasaba sobre la cumbre de una colina muy verde, al otro lado del valle. No, no... No me quejaba.

8

Apenas observaba el paso del tiempo mientras recorría los caminos bordeados de brezales en mis rondas diarias, pero el distrito empezaba a tomar forma ante mis ojos, e iba conociendo y distinguiendo a la gente en su auténtica personalidad. Casi todos los días tenía un pinchazo. Los neumáticos estaban prácticamente desgastados hasta el límite en todas las ruedas; lo que me maravillaba era que pudiesen llevarme a cualquier parte.

Uno de los pocos refinamientos del coche era su techo descapotable. Rechinaba melancólicamente cuando lo retiraba pero casi siempre conducía sin techo, con las ventanillas bajas y en mangas de camisa, gozando del aire tan puro que me rodeaba. En los días húmedos apenas servía de nada correr el techo porque la lluvia entraba por las juntas formando riachuelos en mi regazo y en los asientos.

Llegué a tener gran habilidad para zigzaguear alrededor de los charcos, ya que conducir en línea recta era una gran equivocación porque el agua fangosa ascendía hasta mí por los agujeros del suelo del coche.

Pero era un verano magnífico y las largas jornadas al aire libre dieron a mi piel un tono moreno que rivalizaba con el de los granjeros. Ni siquiera me molestaba tener que cambiar una rueda en aquellos caminos abiertos sin vallas, sin más compañía que los chorlitos y el viento cargado con el perfume de las flores y árboles de los valles. Y todavía hallaba más excusas para salir y sentarme sobre la hierba fresca y contemplar los tejados del Yorkshire. Era como ganar tiempo a la vida. Tiempo para ver las cosas en su debida perspectiva y evaluar mis progresos. Era una vida tan diferente de la anterior que en ocasiones me sentía confundido. Vivir en el campo después de haber recorrido durante años las calles de la ciudad; la sensación de alivio tras los años de estudios y exámenes... y el trabajo, que suponía un desafío constante. Y, además, mi jefe Siegfried Farnon se lanzaba al trabajo con una energía constante y vehemente de la mañana a la noche, y a menudo yo me preguntaba qué lo impulsaba a hacerlo. No era el dinero, ya que lo trataba con muy poco respeto. Cuando se cobraban las facturas metía el dinero en aquel

jarro sobre la repisa de la chimenea, y de allí lo cogía a puñados cuando lo necesitaba. Jamás lo vi utilizar una cartera; llevaba el bolsillo lleno de monedas sueltas y de billetes arrugados. Al sacar el termómetro, algunos salían revoloteando en torno como copos de nieve.

Después de una semana o dos de actividad constante desaparecía, a veces una tarde, en ocasiones toda la noche, y con frecuencia sin decir a dónde iba. La señora Hall servía la comida para dos pero, cuando me veía comiendo solo, se llevaba el otro plato sin comentarios.

Preparaba a tal velocidad la lista de visitas cada mañana que a veces yo me iba corriendo a una dirección equivocada, o a hacer lo que no debía. Cuando le contaba más tarde mis momentos de apuro, él se reía a gusto.

Hubo una ocasión en que él mismo se vio involucrado. Acababa yo de recibir una llamada del señor Heaton, de Bronsett, que pedía la autopsia de una oveja.

—Me gustaría que vinieras conmigo, James —dijo Siegfried—. Todo está muy tranquilo aquí esta mañana y creo que puedes aprender mucho con esta autopsia. Quiero verte en acción.

Entramos en el pueblo de Bronsett y Siegfried giró el coche hacia la izquierda metiéndose sobre un césped vallado.

—¿Dónde vas? —dije—. Heaton vive al otro lado del pueblo.

—Pero dijiste Seaton...

—No. Te aseguro...

—Mira, James, yo estaba exactamente junto a ti cuando hablabas con él. Te oí repetir su nombre, y con toda claridad.

Abría la boca para discutir pero el coche seguía cruzando el césped y Siegfried apretaba firmemente los dientes. Decidí dejarlo que descubriera por sí mismo su error.

Nos detuvimos ante la granja con un chirrido de frenos. Siegfried había saltado del asiento y registraba el maletero aun antes de que el coche estuviera totalmente inmóvil.

—¡Demonios! —exclamó—. No llevamos el cuchillo para la autopsia. No importa, pediré algo prestado en la casa —cerró de golpe y corrió hacia la puerta.

Abrió la esposa del granjero y Siegfried le lanzó su mejor sonrisa.

—Buenos días, señora Seaton. ¿Tiene un cuchillo de trinchar?

La buena señora alzó las cejas.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Un cuchillo de trinchar, señora Seaton; un cuchillo de trinchar, y muy afilado además, por favor.

—¿Que quiere un cuchillo de trinchar?

—¡Sí, eso, un cuchillo de trinchar! —gritó Siegfried, con sus escasas reservas de paciencia empezando a agotarse—. Y a ver si se da prisa, por favor. No tengo mucho tiempo.

Desconcertada, la mujer se retiró a la cocina, donde la oí murmurar y hablar en susurros. A intervalos se asomaban desde allí unas cabezas infantiles para echar una ojeada a Siegfried, que pateaba irritado en el escalón de la entrada. Al cabo de algún tiempo una de las hijas avanzó tímidamente, sosteniendo en las manos un cuchillo largo, de aspecto formidable.

Siegfried se lo arrebató bruscamente y le pasó el pulgar por el filo.

—¡Esto no sirve de nada! —gritó exasperado—. ¿Es que no entienden que quiero algo afilado de verdad? Tráiganme una piedra de afilar.

La chica regresó corriendo a la cocina y hubo más rumores inquietos. Pasaron unos minutos antes de que otra jovencita saliera por aquella puerta a empujones. Apenas se acercó a Siegfried; extendió el brazo todo lo que pudo para entregarle la chaira y volvió corriendo a lugar seguro.

Siegfried se enorgullecía de su habilidad para afilar un cuchillo. Era algo con lo que realmente disfrutaba. Al empezar a pasar el cuchillo por la piedra se fue caldeando por el trabajo y al fin rompió a cantar. No se escuchaba sonido alguno procedente de la cocina; solo el sisear del acero contra la chaira acompañaba a su voz algo desafinada. Había intervalos de silencio cuando probaba el filo, luego comenzaba el ruido de nuevo.

Una vez terminado el trabajo a su entera satisfacción se acercó a la otra puerta.

—¿Dónde está su marido? —gritó.

No hubo respuesta, de modo que entró a zancadas en la cocina agitando la hoja brillante ante él. Lo seguí y vi a la señora Seaton y sus hijas apiñadas en el ángulo más alejado y mirando a Siegfried con los ojos muy abiertos y aterrados.

Él hizo un gesto con el cuchillo.

—¡Bueno, vamos, que ahora ya puedo empezar!

—¿Empezar qué? —susurró la madre, apretando aún más a su familia en torno a ella.

—Quiero hacer la autopsia de esa oveja. Tiene una oveja muerta, ¿no?

A esto siguieron largas explicaciones y disculpas.

Más tarde Siegfried me corrigió gravemente por haberlo enviado a una dirección equivocada.

—Tienes que ser un poco más cuidadoso en el futuro, James —dijo muy serio—. Estas cosas dan muy mala impresión.

Otra cosa que me apasionaba de mi nueva vida eran las visitas femeninas y constantes a Skeldale House. Todas pertenecían a la clase superior, la mayoría eran muy hermosas y tenían una sola cosa en común: su gran interés. Venían a tomar una copa, a tomar el té, a cenar, pero la verdadera razón era poder mirar a Siegfried, al que contemplaban con la misma ansia con que los viajeros perdidos y agotados por la sed en el desierto contemplan un oasis.

Resultaba altamente desmoralizador para mi propio ego que sus ojos pasaran sobre mí sin el menor reconocimiento ni interés, para ir a clavarse ansiosamente en mi colega. No me sentía envidioso pero sí desconcertado. En ocasiones lo estudiaba a hurtadillas, tratando de comprender el secreto de su atractivo, y al ver la chaqueta vieja que caía en pliegues desde sus delgados hombros, el cuello de la camisa rozado y la corbata vulgar, me veía obligado a deducir que las ropas nada tenían que ver con ello.

Había algo atractivo en aquel rostro largo y huesudo, y en los ojos azules cargados de humor, pero casi siempre parecía tan agotado y con las mejillas tan hundidas que yo me preguntaba si estaría enfermo.

A menudo veía a Diana Bromptom en la cola y en esas ocasiones tenía que ahogar el impulso de meterme bajo el sofá. Me era difícil reconocer a la belleza impertinente de mi primera tarde en esta criatura que miraba derretida a Siegfried, pendiente de sus palabras y riéndose como una colegiala.

Me daba escalofríos la idea de que Siegfried pudiera elegirla entre todas y casarse con ella. Me preocupaba porque sabía que me vería obligado a marcharme precisamente cuando empezaba a disfrutar de todo en Darrowby.

Pero Siegfried no daba señales de ir a casarse con ninguna de ellas y la procesión continuaba esperanzada. Al fin me acostumbré a ello y dejé de preocuparme.

También me acostumbré a los violentos cambios de táctica de mi jefe. Una mañana bajó Siegfried a desayunar pasándose la mano cansadamente por los ojos enrojecidos.

—A las cuatro de la mañana —gruñó, untándose las tostadas con mantequilla—, y, aunque me molesta tener que decirlo, todo por tu culpa, James.

—¿Por mi culpa? —pregunté, asustado.

—Sí, chico, por tu culpa. Una vaca con una inflamación estomacal. El granjero había estado tratándola mal que bien durante días; medio litro de aceite de linaza un día, un poco de bicarbonato y ginebra al siguiente... y a las cuatro de la madrugada decide que es hora de llamar al veterinario. Cuando le indiqué que podía haber esperado unas cuantas horas más, me dijo que el señor Herriot le había advertido que nunca vacilara en llamar, que él iría a cualquier hora del día o de la noche.

Empezó a quitar la cáscara al huevo como si el esfuerzo fuera demasiado para él.

—Bueno, está muy bien que seas tan concienzudo y todo eso, pero, si una cosa ha esperado varios días, igual puede esperar hasta la mañana siguiente. Estás malcriando a estos tipos, James, y yo soy el que lo paga. Estoy harto y cansado de que me saquen de la cama por majaderías.

—Lo siento muchísimo, Siegfried. Te digo de verdad que no deseaba fastidiarte. Quizás sea solo mi inexperiencia. El caso es que, si yo no fuera, me preocuparía por si el animal llegara a morir. Si lo dejara para la mañana siguiente y se muriera, ¿cómo me sentiría yo?

—Pues muy bien —gruñó Siegfried—. No hay nada como un animal muerto para que estos tipos recobren el sentido común. La próxima vez nos llamarían más pronto.

Me tragué ese consejito e intenté actuar de acuerdo con él. Una semana más tarde Siegfried dijo que quería decirme unas palabritas.

—James, sé que no te importará que te lo diga, pero el viejo Sumner se me ha quejado hoy. Dice que te llamó la otra noche, y que te negaste a ir a ver a su vaca. Es un buen cliente, ya sabes, y un hombre estupendo, pero estaba realmente molesto. No me gustaría perder a un cliente así.

—¡Pero si no era más que una mastitis crónica! —dije—. Un poco de espesamiento de la leche, eso es todo. Llevaba una semana tratándola él mismo con algún remedio casero. La vaca comía bien; así que pensé que lo mismo daría dejarlo para el día siguiente.

Siegfried me puso la mano en el hombro y una expresión de paciencia infinita cubrió todo su rostro. Me preparé para ello. No me importaba su impaciencia; ya estaba acostumbrado y podía soportarla. Pero la paciencia resultaba muy difícil de aguantar.

—James —dijo con voz amable—, hay una regla fundamental en nuestro trabajo, más importante que todas las demás y voy a decírtela: *Has de ir enseguida*. Esa es, y debe estar escrita en tu alma con letras de fuego —alzó un índice impresionante—. *Has de ir enseguida*. Recuérdalo siempre, James,

porque es lo más fundamental. No importa cuáles sean las circunstancias, si llueve o hace sol, si es de noche o de día, cuando un cliente te llama, has de ir, e ir de buena gana. Dices que no te pareció un caso urgente. Bueno, después de todo solo puedes guiarte por la descripción del propietario, y él no está equipado con los conocimientos suficientes para decidir si es urgente o no. No, muchacho, tienes que ir. Aunque hubieran estado tratando al animal, podía haber sufrido una crisis y empeorado repentinamente. Y, no te olvides —agregó, agitando solemnemente el índice—, incluso podía haber muerto.

—Pero creo que tú dijiste que no había nada como un animal muerto para que estos tipos recobren el sentido común —dije, quejumbrosamente.

—¿Cómo dices? —Gruñó Siegfried, realmente atónito—. Jamás oí una estupidez semejante. No hablemos más de ello. Pero recuerda: *Tienes que ir enseguida.*

A veces me daba consejos sobre cómo debía tomarme las cosas. Como cuando me encontró cogido al teléfono que acababa de colgar de golpe, mirando a la pared y jurando en voz baja.

Sonrió irónicamente.

—Vamos, James, ¿qué ocurre?

—Acabo de tener unos diez minutos infernales con Rolston. ¿Recuerdas aquel brote de neumonía entre los terneros? Bien, me pasé horas con aquellos animales, los atiborré de drogas carísimas. No hubo una sola muerte. Y ahora se queja de la factura. Ni una palabra de gratitud. Cielos, no hay justicia.

Se me acercó y me pasó el brazo por los hombros. De nuevo rebosaba paciencia.

—Mi querido muchacho —arrulló—, contéplate a ti mismo. El rostro escarlata, todo tenso... No te agobies de este modo; has de intentar relajarte. ¿Por qué crees que tantos profesionales van cayendo por todo el país con ataques al corazón y con úlceras? Porque se dejaron agobiar en exceso por naderías sin importancia, lo mismo que tú. Sí, sí, sé que estas cosas resultan molestas, pero has de tomarlas con calma. Tranquilo, James, tranquilo. No vale la pena... Quiero decir que de aquí a cien años seguirá pasando lo mismo.

Pronunció este sermón con una sonrisa serena, dándome golpecitos sedantes en el hombro, como un psiquiatra que calmara a un paciente violento.

Estaba yo escribiendo una etiqueta en un jarro de vejigatorio pocos días después cuando Siegfried entró como una catapulta en la habitación. Debíó

haber abierto la puerta de una patada porque al abrirse esta y tropezar violentamente contra el taco de goma retrocedió contra él dándole casi en el rostro. Corrió a la mesa donde yo estaba sentado y empezó a dar puñetazos en ella. Le brillaban los ojos extraordinariamente en un rostro de un rojo subido.

—¡Acabo de estar con ese inmundo cerdo de Holt! —estalló.

—¿Te refieres a Ned Holt?

—¡Sí, eso es lo que quiero decir, maldita sea!

Quedé sorprendido. El señor Holt era un hombrecillo que trabajaba en las carreteras, pagado por el concejo del condado. Aparte de ello tenía cuatro vacas y nunca se había sabido que pagara una receta a un veterinario, pero era un tipo amable, y Siegfried le había prestado servicios gratis durante años sin la menor objeción.

—Es uno de tus favoritos, ¿no? —dije.

—Por Dios, lo era, lo era —gruñó—. He estado tratando a su Muriel. Ya sabes, esa vaca roja y grande, la segunda empezando por el fondo. Tenía timpanismo recurrente; todas las noches regresaba muy hinchada del campo. Lo he probado todo con ella sin hallar remedio. Luego se me ocurrió que podía ser actinobacilosis de la retícula. Le metí un poco de yodo sódico en la vena y, cuando la vi hoy, la diferencia era increíble: estaba allí de pie comiendo y tan pimpante. En el momento en que me felicitaba por aquel diagnóstico, ¿sabes lo que dijo Holt? Que tenía la seguridad de que hoy estaría mejor porque anoche le había dado un cuarto de kilo de sulfato de magnesia con el salvado. Eso era lo que la había curado.

Sacó algunas cajas de cartón y frascos vacíos de los bolsillos y los lanzó furiosamente a la papelera. Empezó a gritar de nuevo.

—¿Sabes?, durante la quincena pasada he estado desconcertado, preocupado, y casi he llegado a soñar con esa vaca. Luego encuentro la causa del problema, le aplico el tratamiento más moderno y el animal se recupera. Y, ¿qué sucede? ¿Acaso el propietario me da las gracias por mi habilidad? ¡Y un cuerno! Todo el mérito se lo atribuye a ese cuarto de kilo de magnesia. Mi tratamiento fue una pérdida de tiempo.

Dio otro furioso golpe en la mesa.

—Pero lo asusté, James —dijo, brillantes los ojos—. ¡Por Dios que lo asusté! Cuando me salió con esa idiotez de la magnesia le grité: «¡Cabrón!», y fui a cogerlo. Creo que lo hubiera estrangulado, pero se metió a toda prisa en la casa y allí se quedó. Ya no lo vi más.

Se lanzó a una silla y empezó a mesarse los cabellos.

—¡Sulfato de magnesia! —Gruñó—. ¡Oh, Dios mío! Esto es bastante para desesperar a uno.

Pensé decirle que se relajara, indicándole que todo seguiría igual dentro de cien años, pero mi jefe aún conservaba en la mano una botella de suero vacía. Descarté la idea.

Luego vino el día en que Siegfried decidió restaurar mi coche. Llevaba tiempo gastando casi un litro de aceite al día, y él no lo había juzgado excesivo, pero cuando llegó a más de litro y medio diario pensó que había que hacer algo. Lo que le decidió probablemente fue el comentario de un granjero en el día del mercado; dijo que siempre sabía cuándo llegaba el veterinario joven porque se veía la nube de humo azul a varios kilómetros.

Cuando el pequeño Austin volvió del garaje, Siegfried lo repasó por todos lados con el aire de una vieja solterona.

—Ven aquí, James —me llamó—. Quiero hablarte.

Comprendí que de nuevo se mostraba paciente y me preparé para ello.

—James —dijo, dando vueltas en torno al viejo vehículo y quitando motitas de polvo de la pintura—, ¿ves este coche?

Asentí.

—Bueno, pues ha sido restaurado, James, restaurado a costa de mucho dinero, y de eso quiero hablarte. Ahora tienes en tus manos lo que casi es un coche nuevo —abrió con un esfuerzo sobrehumano la cerradura y el capó se levantó entre una lluvia de polvo y porquería. Señaló el motor, negro y aceitoso, con pedazos de tubos sueltos y colgando por todas partes como guirnaldas—. Tienes aquí un motor precioso y quiero que lo trates con respeto. Te he visto conducir de un lado a otro como un maníaco, y eso no puede ser. Has de cuidar esta máquina durante cinco o seis mil kilómetros más. Cincuenta kilómetros por hora ya es velocidad suficiente. Creo que es criminal el modo en que algunos abusan de un motor nuevo; habría que encerrarlos. De modo que recuerda, muchacho, nada de tonterías o tendrás que vértelas conmigo.

Cerró el capó con cuidado, limpió el parabrisas estrellado con el puño de la chaqueta y se marchó.

Aquellas palabras me causaron tal impresión que fui a mis visitas durante todo el día casi más despacio que a pie. Aquella misma noche estaba a punto de subir a acostarme cuando entró él. Lo acompañaban dos trabajadores de una granja que sonreían estúpidamente. Un fuerte olor a cerveza llenó la habitación.

Siegfried habló con dignidad, separando las palabras cuidadosamente.

—James, me encontré con estos caballeros en el Toro Negro esta tarde. Lo hemos pasado estupendamente jugando al dominó, pero, por desgracia, han perdido el último autobús. ¿Quieres sacar el Austin, por favor, y los llevaré a casa?

Llevé el auto a la puerta principal y se metieron los granjeros uno delante y otro detrás. Miré cómo Siegfried se introducía con cierta dificultad en el asiento del conductor y decidí acompañarlos. Subí detrás.

Los dos jóvenes vivían en una granja allá en los brezales del norte y, cinco kilómetros fuera de la ciudad, dejamos la carretera principal y los faros iluminaron un sendero que subía retorciéndose por la ladera de la oscura colina.

Siegfried tenía prisa. Mantenía el pie clavado en el acelerador, el motor gemía como torturado y el pequeño coche seguía hundiéndose en la oscuridad. Sosteniéndome en equilibrio con dificultad me incliné hasta poder llegar al oído de mi jefe.

—¡Recuerda que este es el coche que acaba de ser restaurado! —le grité en aquel estruendo.

Se volvió con una sonrisa indulgente.

—Sí, sí, lo recuerdo, James. ¿Por qué te preocupas? —Mientras hablaba, el coche se salió del camino y empezó a saltar sobre terreno sembrado a noventa por hora. Todos nos vimos agitados como corchos hasta que de nuevo regresó a la carretera. Imperturbable, continuó a la misma velocidad. La estúpida sonrisita se había borrado del rostro de los granjeros, ahora muy rígidos en sus asientos. Nadie decía nada.

Los pasajeros bajaron ante una granja silenciosa e iniciamos el viaje de vuelta. Como todo el camino era cuesta abajo, Siegfried descubrió que aún podía ir más aprisa. El coche saltaba como loco sobre la superficie desigual, con el motor gimiendo. Hicimos varias visitas breves y emocionantes a los brezales inmediatos, pero llegamos a casa.

Un mes más tarde Siegfried tuvo ocasión de hacerse acompañar de nuevo por su ayudante.

—James, muchacho —me dijo con pena—, eres un buen chico, pero ¡Señor!, qué duro eres con los coches. Mira el Austin. Recién restaurado, en perfectas condiciones, y míralo ahora, bebiéndose el aceite. No sé cómo lo hiciste esta vez. ¡Eres terrible!

9

—El primero, por favor —dije, asomándome a la sala de espera. Había una señora vieja con un gato en una caja de cartón, dos muchachos que intentaban sujetar a un conejo y alguien a quien no reconocí al principio. Luego lo recordé: era Soames.

Cuando fue su turno entró en la clínica, pero era un tipo muy distinto del que yo conociera. Sonreía para congraciarse conmigo. Inclina repetidamente la cabeza al hablar. Irradiaba deseos de complacerme. Y lo más interesante: tenía el ojo derecho hinchado, cerrado y rodeado de un área extensa de carne azulada y negra.

—Espero que no le importe que venga a verlo, señor Herriott —dijo—. La verdad es que he abandonado el empleo con el lord y busco otro puesto. Me preguntaba si usted y el señor Farnon dirían una palabrita en mi favor si supieran de algo.

Estaba demasiado atónito ante aquella transformación para poder hablar. Contesté brevemente que haríamos lo que pudiéramos, y Soames me dio las gracias efusivamente y salió entre inclinaciones.

Me volví a Siegfried una vez que estuvimos solos.

—Bien, ¿qué opinas de eso?

—Oh, estoy enterado de todo —me miró con una sonrisa amarga—. Ya recordarás que te dije que ese hombre estaba haciendo algunas cositas sucias por allí... vendiendo sacos de grano, o cincuenta kilos de fertilizantes de vez en cuando. Se aprovechaba de todo, pero no podía durar. Un día tuvo un descuido y lo echaron a patadas antes de que supiera lo que había sucedido.

—¿Y ese ojo negro?

—Ah, eso fue Tommy. Sin duda lo viste cuando estuviste allí. El que cuida de los caballos.

Mi mente recordó aquella noche tan desagradable y el hombre tranquilo que sostenía la collera del caballo.

—Lo recuerdo: un tipo grande y gordo.

—Sí, un tipo bien grande que no me gustaría que me diera un puñetazo en el ojo.

Soames le había amargado la vida y, en cuanto Tommy se enteró del despido, le hizo una visita para ajustar las cuentas.

Ahora ya estaba cómodamente adaptado al estilo de vida en Skeldale House. Al principio me preguntaba dónde encajaba Tristán. ¿Se suponía que estaba haciendo prácticas, o de vacaciones, o qué? Pero pronto quedó claro que era un factótum que preparaba y entregaba medicinas, lavaba los coches, contestaba al teléfono e incluso, en caso de emergencia, hacía una visita.

Al menos ese era el plan de Siegfried, que tenía todo un repertorio de trucos encaminados a no dejarlo vivir en paz. Como regresar inesperadamente, o entrar en la habitación de repente con la esperanza de hallarlo ocioso. No parecía advertir la cuestión tan patente de que las vacaciones habían terminado y que Tristán debía estar de vuelta en la escuela. Llegué a la conclusión, a lo largo de los meses siguientes, de que Tristán debía tener ciertos arreglos bastante cómodos con las autoridades de la escuela porque, para ser estudiante, pasaba muchísimo tiempo en casa.

Él interpretaba su papel bajo un punto de vista bastante distinto del de su hermano y, mientras residía en Darrowby, dedicaba gran parte de su aguda inteligencia al empeño de hacer lo menos posible. En realidad se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo en un sillón. Cuando le dejábamos preparando algo al salir hacia nuestras rondas Tristán seguía un proceso invariable. Llenaba media botella de litro con agua, añadía unas onzas de clorodina y un poco de ipecacuana, metía el corcho y se la llevaba a la sala, dejándola junto a su sillón favorito. Era un sillón estupendo para su propósito: anticuado, con respaldo alto y orejeras.

Sacaba el Daily Mirror, encendía un Woodbine y se instalaba a dormir hasta que venía alguien. Si entraba Siegfried, cogía la botella y empezaba a agitarla como un loco inspeccionando el contenido a intervalos. Luego entraba en el dispensario, acababa de llenar la botella y la etiquetaba.

Era un sistema sólido e irreprochable, pero tenía una pega. Nunca sabía si era Siegfried o no cuando se abría la puerta y yo entraba a menudo y lo encontraba incorporado en el sillón mirándome con ojos asustados y agitando la botella.

Casi todas las tardes, al anochecer, me lo encontraba sentado en un taburete en el bar Las Armas de Drovers, conversando sin esfuerzo con la camarera. En otras ocasiones salía con alguna de las enfermeras jóvenes del hospital de la localidad, que sin duda consideraba una agencia apta para

proporcionarle compañía femenina. En conjunto se las arreglaba para tener una vida muy llena.

Era un sábado por la noche, hacia las diez y media, y yo estaba escribiendo mis visitas cuando sonó el teléfono. Lancé una maldición, crucé los dedos y lo cogí.

—Hola. Herriot al habla.

—Oh, es usted —gruñó una voz con el característico acento del Yorkshire—. Bueno, pues quiero hablar con el señor Farnon.

—Lo siento; está fuera. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Así lo espero, pero preferiría contar con su jefe. Soy Sims, de Beal Close.

(Oh, no, por favor, no Beal Close, y el sábado por la noche. Kilómetros colina arriba y luego un camino asqueroso, con más de ocho puertos de montaña).

—Sí, señor Sims, ¿qué ocurre?

—Bueno, le diré, es algo grave. Tengo un caballo de concursos aquí. De gran tamaño. Tiene un corte profundo en la pata trasera, justo sobre el jarrete. Quiero que se lo suturen inmediatamente.

(¡Dios del cielo! ¡Sobre el jarrete! ¡Qué lugar tan delicioso para darle unos puntos a un caballo! A menos que se esté muy quieto, va a ser toda una fiesta).

—¿Es muy grande la herida, señor Sims?

—¿Grande? Unos treinta centímetros, y sangrando sin parar. Y el caballo es más escurridizo que una anguila. Podría acertar con una coza en el ojo de una mosca. Ahora es imposible acercarse a él. Se sube literalmente por las paredes en cuanto ve a alguien. Le digo que el otro día se lo llevé al herrero y el pobre tipo se quedó aterrado. Un caballo que no para, sí señor.

(Maldito sea usted, señor Sims, maldito Beal Close, y maldito ese caballo que no para).

—Bien, iré enseguida. Trate de conseguir algunos hombres por si tengo que acostarlo.

—¿Acostarlo? ¿Acostarlo? Jamás acostará a ese caballo. Primero lo matará. De todas formas no tengo a nadie aquí, así que habrá de arreglárselas solo. Sé que el señor Farnon no necesitaría muchos hombres para que lo ayudaran.

(Ah, qué bien, qué bien. Esto será digno de recordarse).

—Bien, salgo ahora, señor Sims.

—¡Ah!, casi se me olvidaba. El camino quedó cortado con la riada de ayer. Tendrá que recorrer a pie los últimos tres kilómetros. Así que salga ya y no me tenga esperando toda la noche.

(Esto ya es demasiado).

—Mire, señor Sims, no me gusta nada el tono en que me habla. Le dije que salía ahora. Ya llegaré ahí en cuanto pueda.

—Con que no le gusta este tono, ¿eh? Bien, pues a mí no me gusta que unos jóvenes aprendices inútiles vengan a hacer prácticas con mi magnífico ganado, de modo que no le admito impertinencias. De todas formas usted no sabe nada de este trabajo.

(Esto era el límite).

—Ahora escúcheme a mí, Sims. Si no fuera por el caballo, me negaría a ir en absoluto. Pero, vamos a ver, ¿quién se ha creído que es? Si alguna vez vuelve a hablarme de ese modo...

—Vamos, vamos, Jim, serénate. Tómalo con calma, muchacho. Te va a estallar una vena si sigues así.

—¿Quién diablos...?

—Eh, eh, tranquilízate, Jim. Ese genio tuyo... Vas a tener que vigilarlo.

—¡Tristán! ¿Desde dónde diablos llamas?

—Estoy en la cabina telefónica ante la taberna. Me he tomado casi tres litros de cerveza y ando un poco mareado. Pensé en llamarte...

—¡Cielos, un día acabaré por matarte si no dejas estas bromas! Me estás haciendo viejo. De vez en cuando no está mal, pero es la tercera vez esta semana.

—Ah, pero esta fue la mejor de todas, Jim. Realmente estupenda. Cuando empezaste a ponerte en tu sitio... casi me morí de risa. ¡Señor, ojalá hubieras podido oírte! —Y lanzó una carcajada que ya no podía aguantar.

Y luego, mis débiles intentos de vengarme. Una entrada subrepticia, temblorosa, en una solitaria cabina telefónica.

—¿El señor Farnon, el joven? —Con un gruñido natural—. Bien, aquí Tilson, de High Woods. Quiero que venga inmediatamente. Es un caso terrible de...

—Perdona que te interrumpa, Jim, pero algo les ocurre a tus amígdalas. Bueno, bueno, ya hablaremos de eso que me estabas contando, chico. Parece interesante.

Solo que una vez no fui yo el único en sufrir. Era martes —mi medio día libre— y a las 11,30 de la mañana tuvimos una llamada. Una eversión en el

útero de una vaca. Uno de los casos peores en la práctica en el campo y me entró el miedo de siempre.

Sucede cuando la vaca, después del parto, continúa haciendo fuerza hasta que se le sale todo el útero, que se le queda colgando hasta las corvas. Es un órgano enorme, y muy difícil de volver a meter en su lugar, principalmente porque la vaca, una vez que se ha librado de él, ya no desea admitirlo otra vez. Y, en la lucha entre el hombre y la bestia, todas las oportunidades están a favor de la vaca.

Los antiguos veterinarios, en un esfuerzo por arreglar las cosas, solían colgar a la vaca por sus miembros traseros y los más inventivos salían con toda suerte de artefactos como la valija uterina que se suponía reducía el órgano a un tamaño menor. Pero el resultado era generalmente el mismo: horas y horas de trabajo agotador.

La introducción del anestésico epidural lo hizo todo más fácil al privar al útero de sensibilidad e impedir que la vaca siguiera haciendo fuerza pero, aun con eso, cuando se oían por teléfono las palabras «eso se le ha salido» se borraba la sonrisa del rostro de un veterinario.

Decidí llevarme a Tristán, por si acaso necesitaba a alguien que empujara conmigo. Me acompañó, sí, pero demostrando muy poco entusiasmo ante la idea. Todavía se desilusionó más al ver a la paciente, muy gruesa y echada sin la menor preocupación en su lecho. Tras ella, una masa sangrienta, útero, placenta, barro y paja, llenaba todo el canal.

No se mostraba en absoluto deseosa de levantarse, pero ante la combinación de gritos y empujones se puso en pie con aire aburrido.

Resultaba difícil hallar el espacio epidural entre aquellos rollos de grasa, y yo no estaba seguro de haber inyectado toda la anestesia en el lugar correcto. Quité la placenta, limpié el útero y lo deposité sobre una sábana limpia que sostenían el granjero y su hermano. Eran hombres frágiles, y todo lo que podían hacer era sostener equilibrada aquella sábana. No podría contar con ellos para que me ayudaran.

Hice un gesto a Tristán. Nos quitamos las camisas, nos atamos unos sacos limpios a la cintura y cogimos el útero en brazos.

Estaba muy hinchado y nos costó una hora devolverlo a su sitio. Hubo un rato, al principio, en que no conseguíamos el menor progreso, y la sola idea de introducir aquel órgano enorme en un agujero tan pequeño parecía ridícula, como intentar enhebrar una aguja con una salchicha. Luego hubo unos minutos en los que pensamos que lo estábamos haciendo fabulosamente bien, hasta que descubrimos que lo estábamos embutiendo por un agujero de la

sábana (Siegfried me contó en una ocasión que se había pasado media mañana tratando de meterle el útero a una vaca por el recto; lo que más le preocupó, añadía, es que por poco lo consigue); y, al fin, cuando ya perdíamos toda esperanza, llegó el bendito momento en que aquello empezó a deslizarse en su interior y, aunque parezca mentira, desapareció de nuestra vista.

En algún momento, hacia la mitad, ambos nos detuvimos al mismo tiempo a tomar aliento. Estábamos en pie, respirando agitadamente, nuestros rostros muy próximos. Las mejillas de Tristán estaban manchadas de sangre en el punto en que le salpicara una arteria al romperse y, al mirarle a los ojos, leí en ellos un profundo disgusto por todo el caso.

Lavándome en el pozal, consciente del dolor en los hombros y espalda, miré a Tristán. Se metía la camisa por la cabeza al límite de sus fuerzas. La vaca, que mordisqueaba feliz un puñado de heno, había sido la que saliera mejor librada. Ya en el coche, Tristán gimió:

—Estoy seguro de que esto no puede ser bueno para mí. Me hace el efecto de que me ha aplastado una apisonadora. ¡Qué vida esta, demonios!

Después de comer me levanté de la mesa.

—Me voy a Brawton ahora, Triss, y, creo que vale más que te diga que a lo mejor aún no le has dicho adiós a esa vaca. Un caso tan grave como este suele sufrir una recaída, y puede darse el caso de que se salga otra vez. Si es así, en tus manos está, porque Siegfried no volverá en unas cuantas horas y nada va a impedirme que disfrute de mi medio día libre.

Por una vez le falló el sentido del humor. Palideció y pareció envejecer a ojos vista.

—No me hables siquiera de ello —gimió—. Estoy agotado... Otra sesión así me mataría. ¡Y solo! Sería el final de Tristán, te lo aseguro.

—Ah, bien —dije con sonrisa sádica—, no te preocupes. A lo mejor no ocurre.

Fue al ver la cabina telefónica junto a la carretera, a unos quince kilómetros de Brawton, cuando se me ocurrió la idea. Paré y bajé del coche. Me pregunto si seré capaz de conseguirlo aunque solo sea una vez, murmuré.

Ya en la cabina, la inspiración se apoderó de mí. Cubrí el auricular con el pañuelo, llamé a casa y, al oír la voz de Tristán, grité con todas mis fuerzas:

—¿Es usted el tipo que metió lo de mi vaca esta mañana?

—Soy uno de ellos —la voz de Tristán estaba muy tensa—. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Algo muy malo —gruñí—; lo ha sacado otra vez.

—¿Otra vez? ¿Otra vez? Pero ¿todo? —Casi chillaba histérico.

—Ah, es un lío terrible. Echando sangre, y parece el doble de grande que esta mañana. Le va a costar algún trabajo. —Hubo un largo silencio, y empecé a creer que se habría desmayado. Luego lo oí de nuevo, enojado pero resuelto—: Muy bien, iré enseguida.

Hubo otra pausa; entonces volví a oírlo casi en un susurro:

—Oiga, ¿está completamente fuera?

No pude resistirlo. Me venció aquella ansia en sus palabras, aquella insinuación de una loca esperanza de que el granjero quizás hubiera exagerado, de que solo se hubiera salido un poquito. Empecé a reírme. Me hubiera gustado jugar un rato más con mi víctima, pero me fue imposible. Me reí a carcajadas y quité el pañuelo del auricular para que Tristán me oyera.

Escuché durante unos segundos sus frenéticos juramentos; luego, con serenidad, colgué el receptor. Probablemente no volvería a vivir un momento como ese, pero había sido algo muy dulce, muy dulce.

10

—¿Busca al señor Herriot? Por supuesto, se la paso —Siegfried cubrió el auricular con la mano—. Vamos, James, aquí hay otro que te prefiere a ti —lo miré con cierta aprensión, pero sonreía. Estaba satisfecho.

Al coger el teléfono pensé en los chismes que habían llegado a mis oídos sobre esa otra clase de jefe: el hombre incapaz de soportar que lo derriben de su pedestal. Y pensé también en la diferencia que unas cuantas semanas habían supuesto en la actitud de los granjeros. Ya no miraban a mis espaldas confiando en que el señor Farnon me hubiera acompañado. Empezaban a aceptarme ya, y me ilusionaba pensar que sus invitaciones a «tomar algo con ellos» no se debían únicamente a las tradiciones de hospitalidad.

Lo cual significaba mucho para mí porque, con el paso del tiempo, también había aumentado mi afecto por las gentes de los valles, y comprendía plenamente todo el valor de su amistad duramente ganada. Y aún apreciaba más a los de las regiones más altas. En el fondo del valle, donde este se unía a la llanura, los granjeros eran como los de todas partes, pero la personalidad de aquellas gentes crecía en interés conforme se elevaban hacia las montañas, y en las aldeas y granjas aisladas, muy próximas a las cumbres, encontraba sus características más notables: sencillez y dignidad, una independencia fiera y una gran hospitalidad.

Este domingo por la mañana se trataba de los Bellerby, que vivían en la cumbre de Halden, una pequeña desviación del valle principal. Mi coche recorría a tumbos el último y más difícil kilómetro de una carretera de tierra sin asfaltar, llena de enormes cantos rodados cada pocos metros.

Bajé del coche y desde el punto elevado en que me hallaba pude contemplar las profundas fisuras de las colinas, las empinadas laderas surcadas por riachuelos que alimentaban al ruidoso Halden Beck, corriendo sobre un lecho de rocas mucho más abajo. Allá en el prado había árboles y algunos campos cultivados, pero inmediatamente a mis espaldas comenzaba la región salvaje en que se hallaba la granja. Halsten Pike, Alstang,

Birnside... Las amplias gargantas con sus nombres bárbaros estaban muy cerca.

Allá arriba parecían muy lejanos los convencionalismos de la civilización. Los edificios de las granjas habían sido construidos sólidamente de piedra hacía centenares de años, con el simple objeto de abrigar a los animales. Aquellos albañiles antiguos no se veían coartados por las regulaciones acerca de la luz y la ventilación, y el establo al que me dirigía era oscuro, de muros gruesos, casi sin ventanas. El suelo estaba hundido en muchos lugares, y unas tablas de madera medio podrida separaban a unas vacas de otras.

Entré casi tanteando el camino hasta que mis ojos se acostumbraron a la luz tenue. No había nadie allí, pero una vaca de color ruano tenía un letrero atado a la cola. Como esta era la costumbre para comunicarse con el veterinario, levanté la cola y leí: «Tetas bloqueadas».

Di la vuelta a la vaca y empecé a examinar las mamas posteriores. Estaba ya sacándole la leche incolora y espesa cuando una voz me habló desde la puerta:

—Ah, es usted, señor Herriot. Me alegro de que haya venido a vernos esta mañana. Podría hacernos un gran favor, si no le importara.

Alcé la vista y vi a Ruth Bellerby, una mujer hermosa de treinta y tantos años. Era el miembro más cultivado de la familia y tenía una mente despierta e inteligente. Creía firmemente en la capacidad de progreso para las gentes de los valles.

—Celebraré ayudarle en lo que pueda, señorita Bellerby. ¿Qué desea de mí?

—Bueno, señor Herriot, ya sabe que esta tarde cantan el *Mesías* en la iglesia de Darrowby y nosotros queríamos ir, pero es un trabajo ímprobo sacar el carro y el caballo, y además muy lento. Si pudiera bajarnos en su coche, sé que alguien nos volvería a casa. Sería una gran ayuda.

—Por supuesto que les bajaré —contesté—, y encantado de hacerlo. En realidad también yo voy a ir. No hay muchas ocasiones de oír buena música en Darrowby.

Me complacía tener la oportunidad de ayudar a estas personas tan amables. Siempre me habían fascinado los Bellerby. Eran como supervivientes de otra época, y su mundo tenía una cualidad inmutable. Nunca tenían prisa, se levantaban cuando era de día, se acostaban cuando estaban cansados, comían cuando tenían hambre y eran muy pocas las veces que tenían necesidad de mirar el reloj.

Ruth me acompañó a la casa.

—Solo vamos papá, mamá y yo. Me temo que Bob no está interesado en absoluto.

Quedé algo asombrado al entrar en la casa. La familia acababa de sentarse para la comida abundante del domingo, y todos seguían en traje de faena. Eché una mirada al reloj; las doce menos cuarto, y la actuación empezaba a las 2. Bien, probablemente aún quedaba tiempo.

—Vamos, joven —dijo el pequeño señor Bellerby—, siéntese y tome algo.

Siempre era un poco difícil rehusar tales invitaciones sin ofender, pero insinué que mi comida estaría dispuesta para cuando volviera y que sin duda la señora Hall se disgustaría si había de tirarla.

Comprendieron y aceptaron al punto esta excusa y se instalaron en torno a la limpia mesa de la cocina. La señora Bellerby sirvió un gran *pudding* del Yorkshire a cada uno, regado con una salsa espesa que sirvió con un cucharón de porcelana de litro. Había trabajado mucho aquella mañana, y el aroma delicioso que se alzaba de la salsa al correr sobre aquellos trozos tan doraditos era una dulce tortura para mí.

Pero me consolé con el pensamiento de que, al verme allí sentado, sin duda se darían prisa en concluir.

Devoraron el *pudding* en tranquilo silencio; luego Bob, un muchachote de unos veinte años y muy alto, empujó su plato vacío. No dijo nada, pero su madre le sirvió otro *poudding* y más salsa. Sus padres y hermana lo observaron con benevolencia cuando empezó metódicamente a demoler aquella masa espesa.

Luego surgió del horno un asado monumental y el señor Bellerby se puso a trinchar hasta que todos tuvieron un montón de gruesas rebanadas en los platos. Se sirvieron puré de patatas de un bol que parecía el barreño de la colada, y nabos, y la familia entró de nuevo en acción.

No había la menor señal de prisa. Comían con calma, serenamente, sin charlar. Bob se sirvió más patatas.

Todos los Bellerby se mostraban relajados y felices, pero no podía decirse lo mismo de mí. El hambre me devoraba las tripas y las saetas de mi reloj parecían volar.

Hubo un intervalo decente y entonces la señora Bellerby se dirigió al fogón en un ángulo de la cocina. Abrió la puerta del horno y sacó una tartera de lata con una humeante tarta de manzana. Procedió a dividirla en trozos, de unos treinta centímetros cuadrados, que repartió regados con algo así como un litro de natillas de otro enorme jarro de porcelana:

La familia se lanzó a comer como si aquello fuera el principio y de nuevo el silencio cayó sobre el grupo. Bob acabó el plato sin el menor esfuerzo y lo colocó sin decir nada en el centro de la mesa. Su madre ya tenía dispuesto otro gran rectángulo de tarta y una mayor libación de natillas.

No iba a sobrar mucho tiempo, pensé, pero sin duda esto sería el fin. Comprenderían que el tiempo volaba y empezarían a cambiarse. Pero, con gran consternación por mi parte, la señora Bellerby se dirigió lentamente al fuego y colocó allí la tetera, mientras su marido y Bob echaban atrás las sillas y estiraban las piernas. Los dos llevaban calzones de montar de pana con las correas sueltas y enormes botas claveteadas. Bob, después de registrarse los bolsillos, sacó un paquete de cigarrillos algo arrugado y se apoyó en la pared, feliz, como en estado comatoso, mientras su madre le servía una taza de té: El señor Bellerby sacó un cuchillo y empezó a desmenuzar un taco de tabaco para su pipa.

En el momento en que se colocaron de nuevo en torno a la mesa y empezaron a tomar a sorbos lentos el té caliente, descubrí que padecía todos los síntomas clásicos de la tensión. El pulso alterado, las mandíbulas muy apretadas y un principio de jaqueca.

Al terminar la segunda taza de té hubo algún signo de actividad. El señor Bellerby se levantó con un gruñido, se rascó el pecho y estiró los brazos con gusto.

—Bien, jovencito, nos lavaremos un poco y nos cambiaremos. Bob se quedará para darle conversación; él no viene con nosotros.

Corrió el agua con abundancia hasta salpicar el suelo junto al gran fregadero de piedra, en el extremo más alejado de la cocina, mientras procedían a sus abluciones, luego desaparecieron hacia el piso de arriba. Experimenté cierto alivio al descubrir que no les costaba mucho cambiarse. El señor Bellerby bajó pronto completamente transformado merced a un traje azul marino de sarga muy tieso y con un débil matiz verdoso. Su esposa y su hija lo siguieron casi inmediatamente con sus vestidos de algodón estampado.

—Bueno, ya estamos todos. Dispuestos, ¿eh? —Había un punto de histeria en mis comentarios—. De acuerdo, vámonos. Después de ustedes, señoras.

Pero Ruth no se movió. Estaba poniéndose un par de guantes blancos sin dejar de mirar a su hermano tendido en la silla.

—¿Sabes, Bob? ¡Eres una vergüenza, en realidad! —estalló al fin—. Aquí estamos todos dispuestos a oír esa música preciosa y tú ahí, hundido en el

estiércol y sin importarte nada. No tienes el menor interés por la cultura. Te importa tanto tu progreso como a los bueyes de ahí fuera.

Bob se removió inquieto ante ese repentino ataque, pero aún no había terminado.

Ruth dio una patada en el suelo.

—Es que me hierva la sangre solo con mirarte. Y sé que, en cuanto salgamos por esa puerta, estarás dormido. Sí, señor, ¡roncando toda la tarde como un cerdo! —Dio la vuelta y se enfrentó con la señora Bellerby—. ¡Madre! Está decidido. No voy a irme y dejar a ese ahí roncando. Tiene que venir con nosotros.

Sentí que el sudor cubría mi frente. Empecé a balbucear:

—Pero ¿no creen que quizás... quizás lleguemos un poco tarde...? Eso empieza a las dos en punto... y mi comida...

Pero mis palabras cayeron en el vacío. Ruth tenía a su presa bien cogida entre los dientes.

—¡Levántate de ahí, Bob! ¡Levántate inmediatamente y vístete! —Cerró la boca con decisión, sacando la mandíbula. Eso fue demasiado para Bob. Aquel devorador impresionante no tenía, por lo visto, ideas propias. Murmuró unas palabras con aire de enojo y corrió al fregadero. Se quitó la camisa y todos lo observaron en silencio y sentados hasta que se hubo, enjabonado el torso con un bloque de jabón y lavado la cabeza y el cuello dándole a la bomba a un lado de la pila. Le miraban con expresión feliz, satisfechos de que fuera con ellos, contentos por el convencimiento de que aquello sería bueno para él. Ruth observaba la escena con amor en los ojos y de vez en cuando me miraba como diciendo: «¿No es magnífico?».

Por mi parte apenas conseguía evitar el arrancarme el pelo a puñados. El impulso de ponerme en pie de un salto y pasear por la cocina como un loco, gritando con todas mis fuerzas, me decía que casi había llegado al límite de mi capacidad de dominarme. Luché contra ello cerrando los ojos, y sin duda los tuve cerrados mucho tiempo porque, al abrirlos, Bob estaba de pie a mi lado con un traje exactamente igual al de su padre.

No recuerdo gran cosa de aquel viaje a Darrowby. Solo tengo la vaga impresión del coche bajando por aquella empinada senda pedregosa a sesenta kilómetros por hora, de mí mismo mirando obsesionado al frente con ojos saltones, y de la familia, apretujada en los asientos pero alegres y disfrutando del viaje. Incluso la imperturbable señora Hall me recibió con los dientes muy apretados cuando entré como un rayo en la casa a las dos menos diez para salir inmediatamente tras haber devorado un magnífico almuerzo.

Llegué tarde al *Mesías*. La música había empezado ya cuando me deslicé en el interior de la iglesia recibiendo muchas miradas de desaprobación. Por el rabillo del ojo vi a los Bellerby muy tiesos en sus asientos, todos en fila. Y me pareció que también ellos me miraban con desaprobación.

11

Leí de nuevo el pedacito de papel en que llevaba apuntadas mis visitas. «Dean. Thompson Yard, 3. Un perro viejo y enfermo».

Había muchas de esas «yards» en Darrowby. Eran, en realidad, callecitas diminutas, como grabados de una novela de Dickens. Algunas de ellas se iniciaban en la plaza del mercado, y había muchas más tras las calles principales en la parte vieja de la ciudad. Desde fuera solo se veía el arco de entrada y siempre me resultaba sorprendente cruzar aquel pasaje estrecho y llegar de pronto a la vista de unas filas desiguales de casitas, todas distintas unas de otras, con sus ventanas casi tocándose.

Delante de algunas de ellas se había logrado tener la mínima expresión de jardín, en el que caléndulas y narcisos luchaban con las duras piedras, pero en el extremo más alejado las casas estaban ya en condición ruinosas y algunas incluso abandonadas, con las ventanas cegadas.

El número 3 estaba casi al final de ese extremo y parecía no poder resistir ya en pie por mucho más tiempo. Trocitos de pintura resquebrajada saltaron sobre la madera podrida de la puerta cuando llamé. Más arriba, la fachada se hinchaba peligrosamente a cada lado de una larga grieta.

Un hombre pequeño, de cabellos blancos, me abrió la puerta. Su rostro, viejo y arrugado, estaba animado por un par de ojos alegres. Llevaba una chaqueta de lana muy remendada, pantalones con parches y zapatillas.

—He venido a ver a su perro —dije, y el viejo me sonrió.

—Oh, me alegro de que haya venido, señor —dijo—. Estoy un poco preocupado por el pobre. Pase, por favor.

Me hizo pasar a la diminuta salita.

—Ahora vivo solo, señor. Perdí a mi esposa hace más de un año. Ella quería muchísimo al pobrecito perro.

La pobreza más patente se reflejaba en todas partes, en el linóleo desgarrado, en la chimenea sin fuego, en el olor mohoso de todo el lugar. El papel de los muros colgaba desde algunos manchones de humedad y sobre la

mesa estaba la cena del viejo solitario: un fragmento de tocino ahumado, unas patatas fritas y una taza de té. Eso era la vida con su pensión de jubilado.

En el rincón, sobre una manta, se hallaba mi paciente, un perro labrador de raza mezclada. Debía haber sido un perro grande y poderoso en su época, pero el tiempo había dejado sus huellas en los pelos blancos en torno al morro y en la luz mortecina en el fondo de sus ojos. Estaba muy quieto, y me miraba sin hostilidad.

—Un poco viejo, ¿no, señor Dean?

—Sí, sí, ya lo creo. Casi catorce años, pero ha estado corriendo por ahí como un cachorro hasta hace unas semanas. Un perro maravilloso para su edad, el viejo Bob. Nunca ha mordido a nadie en la vida. Los niños hacen lo que quieren con él. Ahora es mi único amigo... y espero que pueda curarlo.

—¿No quiere comer, señor Dean?

—Nada, y eso es muy extraño porque, ¡ya lo creo que podía comer! Siempre se sentaba a mi lado y me ponía la cabeza en las rodillas a las horas de las comidas, pero últimamente no lo ha hecho.

Miré al perro con creciente inquietud. El abdomen estaba muy distendido y yo advertía síntomas clarísimos de dolor, dificultad en la respiración, las comisuras de los labios retraídas, una expresión ansiosa y preocupada en los ojos.

Mientras hablaba su amo la cola se alzó y cayó dos veces sobre las mantas y un interés momentáneo brilló en su mirada, pero pronto desapareció, sustituida por aquella luz mortecina. Pasé la mano cuidadosamente por el abdomen del perro. La ascitis era pronunciada y se había reunido fluido hidrópico hasta hacer muy intensa la presión.

—Vamos, viejo —dije—, a ver si puedo darte la vuelta. —El perro no hizo resistencia alguna cuando lo ayudé a ponerse del otro lado, pero al quedarse quieto de nuevo gimió y miró en torno. La causa del problema quedaba ahora bien a la vista. Palpé suavemente. A través del músculo delgado del flanco comprobé la existencia de una masa dura y ondulada; desde luego un carcinoma esplénico o hepático enorme y completamente inoperable. Le acaricié la cabeza mientras trataba de ordenar mis pensamientos. Esto no iba a ser fácil.

—¿Va a estar enfermo mucho tiempo? —me preguntó el viejo, y de nuevo se agitó la cola un par de veces al sonido de la voz amada—. Me da tristeza que Bob no me siga por la rasa cuando hago cosas por ahí.

—Lo siento, señor Dean, pero creo que es algo muy grave. Mire esta hinchazón. Tiene un tumor que sigue creciendo.

—¿Quiere decir... cáncer? —preguntó débilmente.

—Eso me temo y ha avanzado demasiado para que podamos hacer nada. Ojalá pudiera ayudarle de algún modo, pero me es imposible.

El viejo parecía desconcertado y sus labios temblaban.

—Entonces..., ¿va a morir?

Tragué saliva con dificultad.

—Bueno, no podemos dejarle que muera así, ¿verdad? Ahora ya sufre, pero pronto será muchísimo peor. ¿No cree que sería mejor hacerlo dormir para siempre? Después de todo, ha tenido una vida muy buena. —Siempre trataba de decir aquellas cosas con naturalidad, pero los antiguos clichés sonaban ahora falsos.

El viejo quedó silencioso unos instantes; luego dijo:

—Un minuto —lenta y penosamente se arrodilló al lado del perro. No habló, pero le pasó la mano una y otra vez por el morro y las orejas mientras la cola seguía golpeando débilmente el suelo.

Estuvo arrodillado durante mucho tiempo mientras yo seguía en pie en la habitación, carente de alegría, captando cuanto me rodeaba: las fotografías desvaídas en los muros, las cortinas raídas y deshilachadas, el sillón con los muelles rotos. Al fin el hombre consiguió ponerse en pie y tragó saliva una o dos veces. Sin mirarme, dijo en voz baja:

—De acuerdo. ¿Quiere hacerlo ahora?

Llené la jeringuilla y dije lo que decía siempre:

—No tiene por qué preocuparse; no sufrirá absolutamente nada. Solo es una sobredosis de anestesia. En realidad es la manera más sencilla de conseguir que el pobrecillo descanse.

El perro no se movió al clavarle la aguja y, conforme el barbitúrico empezaba a circular por sus venas, aquella expresión ansiosa abandonó su rostro y los músculos fueron relajándose. Para cuando la inyección hubo terminado, había dejado de respirar.

—¿Ya está? —susurró el viejo.

—Sí, ya está. Ahora ya no sufre.

Él seguía inmóvil, pero abría y cerraba las manos nerviosamente. Cuando se volvió a mí, tenía los ojos muy brillantes.

—Es cierto, no podíamos dejarlo sufrir, y le agradezco mucho lo que ha hecho por él. Y ahora, ¿qué le debo por su servicio, señor?

—Oh, nada, señor Dean —dije rápidamente—. Nada en absoluto. La verdad es que pasaba por aquí... y no me supuso molestia alguna.

El viejo quedó atónito.

—¡Pero no puede hacer esto por nada!

—Bueno, no hablemos más de ello, por favor, señor Dean. Como le dije, dio la casualidad de que tenía que pasar por su puerta. —Le dije adiós y salí de la casa, crucé el pasaje bajo la arcada y llegué hasta la calle. A pesar del bullicio de la gente y del brillante sol, yo solo veía la pequeña habitación miserable, el viejo y su perro muerto.

Al dirigirme al coche sonó un grito a mis espaldas. El hombre corría hacia mí apresuradamente, tropezando a causa de las zapatillas. Sus mejillas estaban húmedas pero él sonreía. En su mano llevaba un objeto de color oscuro.

—Ha sido usted muy amable, señor. Y tengo algo para usted —levantó el objeto y lo miré. Estaba algo estropeado pero aún podía reconocérsele como una preciosa reliquia de alguna celebración ya lejana.

—Vamos, es para usted —dijo el viejo—. Tome este puro.

12

Fue una desgracia que a Siegfried se le ocurriera la idea de delegar en su hermano la tarea de llevar las cuentas, porque Skeldale House había disfrutado de un largo período de paz que yo hallaba estupendo.

Durante casi una quincena apenas había habido un grito una palabra de enojo a excepción de un desagradable intervalo cuando Siegfried entró en casa y descubrió a su hermano yendo en bicicleta por el pasillo. A Tristán le pareció incomprensible una reacción tan violenta: le habían encargado que pusiera la mesa y, como había tanta distancia de la cocina al comedor, juzgó la cosa más natural del mundo hacerlo en bicicleta.

Había llegado el otoño con el aire de un frío cortante, y por las noches el fuego ardía alegre en la gran sala, lanzando sombras temblorosas sobre los libros y hasta el techo tallado. Eran siempre unas horas felices cuando el trabajo del día había terminado y los tres descansábamos en los viejos sillones y extendíamos los pies hacia las llamas.

Tristán estaba ocupado con el crucigrama del *Daily Telegraph*, como todas las noches. Siegfried leía y yo estaba casi dormido. Me molestaba que me complicaran la vida con el crucigrama. Siegfried solía contribuir con alguna palabra apenas sin pensarla, pero Tristán podía tenerlo completamente resuelto para cuando yo aún luchaba con la primera definición. La alfombra, en torno a nosotros, desaparecía bajo los cinco perros, tendidos unos casi sobre otros, respirando con pesadez y recalcando el ambiente de camaradería y contento.

Sentí como si una brisa helada cortara el cálido aire de la habitación cuando Siegfried habló.

—Mañana es día de mercado y ya les hemos enviado las cuentas. Estarán todos en cola para entregarnos el dinero, así que quiero que tú, Tristán, te dediques a recibirlos. James y yo vamos a estar ocupados, de modo que te quedas a cargo de todo. Lo único que tienes que hacer es tomarles sus cheques, darles un recibo y apuntar sus nombres en el libro de cobros. Ahora bien, ¿crees que podrás arreglártelas para no hacer un maldito embrollo?

Cerré los ojos. Era la primera nota discordante en mucho tiempo y me alteraba los nervios.

—Creo que puedo arreglármelas con eso —respondió Tristán altivamente.

—Estupendo. Entonces, vámonos a la cama.

Pero al día siguiente parecía que Tristán estaba a la altura de las circunstancias. Situado tras la mesa, tomaba el dinero a puñados sin dejar de hablar. Pero no hablaba al azar. Tenía comentarios adecuados para cada tipo de persona. Con el metodista rígido hablaba del tiempo, del precio de las vacas y de las actividades del instituto del pueblo: Con el tipo rudo con la gorra a un lado y oliendo a cerveza intercambiaba los últimos chistes, que Tristán apuntaba en un sobre usado. Pero con las damas era cuando en verdad se lucía. Estaban de su parte desde el principio gracias a su rostro infantil e inocente, y cuando les dedicaba todo su encanto se le rendían por completo.

Sorprendido ante las risitas que me llegaban de aquella puerta, me alegré al ver que el muchacho lo estaba haciendo muy bien. Nada saldría mal esta vez.

Tristán se mostró satisfecho a la hora del almuerzo y algo presumido durante el té. Siegfried quedó también encantado con los ingresos del día que su hermano le presentó en una columna de cifras cuidadosamente sumadas al final.

—Gracias, Tristán, muy eficiente. Todo era armonía.

Al término de la jornada me hallaba yo en el patio lanzando los habituales frascos vacíos desde el maletero del coche al cubo de basura. Había sido un día muy ocupado y había usado más frascos que de ordinario.

Tristán salió con cara preocupada al jardín.

—Jim, ¡he perdido el libro de recibos!

—Siempre de broma y queriendo tomarme el pelo, ¿eh? —dije—. ¿Por qué no dejas descansar un poco tu sentido del humor? —Me reí de verdad y envié de una patada a una botella a estrellarse entre las otras.

Me cogió la manga.

—No es broma, Jim ¡créeme! He perdido de verdad ese maldito libro.

Por una vez su sangre fría lo había abandonado. Tenía los ojos muy abiertos y estaba pálido.

—Pero no puede haber desaparecido —dije—. Tiene que aparecer por algún lado.

—No aparecerá. —Tristán se retorció las manos paseando sobre las piedras—. ¿Sabes?, me he pasado dos horas buscándolo. He registrado a fondo toda la casa. ¡Te digo que ha volado!

—Pero no importa, ¿verdad? Ya habrás pasado todos los nombres al libro mayor.

—Esa es la cuestión, que no lo he hecho. Me proponía hacerlo esta noche.

—¿Eso quiere decir que todos los granjeros que te han entregado su dinero van a recibir la misma cuenta el mes que viene?

—Así parece. Solo puedo recordar los nombres de dos o tres de ellos.

Me senté pesadamente en el escalón de piedra.

—Entonces, que Dios nos ayude, y especialmente a ti. A estos tipos del Yorkshire no les gusta separarse de su dinero ni una vez, pero si se lo pides dos veces... ¡Oh, hermano!

Otra idea me vino de pronto y dije con cierta crueldad:

—¿Y Siegfried? ¿Ya se lo has dicho?

Un espasmo cruzó su rostro.

—No. Acaba de entrar. Voy a decírselo ahora.

Cuadró los hombros y salió del patio.

Decidí no seguirlo al interior de la casa. No me sentía lo bastante fuerte para la escena que sin duda se verificaría. De modo que salí por el patio y di la vuelta hasta la plaza del mercado, donde la entrada iluminada de la taberna parecía llamarme en la oscuridad.

Estaba sentado ante una jarra de cerveza cuando entró Tristán como si alguien le hubiera sacado dos litros de sangre.

—¿Cómo, fue? —pregunté.

—Oh, como de costumbre, ya sabes. Quizás un poco peor esta vez. Pero te voy a decir una cosa, Jim. No me apetece nada que llegue el mes que viene.

El libro de recibos jamás se encontró y un mes más tarde todas las facturas se enviaron de nuevo para que llegaran el día del mercado por la mañana.

La clínica estuvo muy tranquila aquel día en particular, y yo había terminado mi ronda para media mañana. Sin embargo no me atrevía a entrar en la casa porque, por la ventana de la sala de espera, pude ver filas de granjeros sentados en torno a la pared. Todos tenían la misma expresión ofendida, de dignidad ultrajada.

Me largué a la plaza del mercado. Cuando tenía tiempo me encantaba circular por entre los puestos que llenaban la vieja plaza. Se podía comprar allí fruta, pescado, libros de segunda mano, queso, vestidos, en realidad casi todo, pero el puesto de porcelana era mi favorito.

Lo administraba un caballero judío de Leeds, grueso, confiado, sudoroso y con una técnica de ventas que hipnotizaba. Nunca me cansaba de observarlo.

Me fascinaba. Y hoy estaba en su mejor forma, de pie en un claro rodeado por montones de loza mientras las esposas de los granjeros escuchaban su oratoria con la boca abierta.

—Yo no soy un hombre guapo —decía— ni listo, pero ¡por Dios que sé hablar! Puedo hablar hasta quitarle a un burro sus patas de atrás. Ahora, miren aquí —alzó una taza barata y la sostuvo en alto tiernamente, sujetándola entre el pulgar y el índice, el dedo meñique muy estirado—. Hermosa, ¿no? ¿No es hermosa? —Luego la colocó con reverencia en la palma de la mano y la mostró al público—. Yo les aseguro, señoras, que pueden comprar este mismo juego de té en Conners, Bradford, por tres libras y quince chelines. No bromeo, no, señoras; allí está y ese es su precio. Pero ¿y el mío, señoras? —Y aquí tomó un gran bastón con el mango roto—. ¿Mi precio por este hermoso juego de té? —Cogió el bastón por el extremo y lo hizo caer de golpe con un sonoro ¡pum! sobre una caja vacía. Nada de tres libras quince —¡pum!—. Nada de tres libras —¡pum!—. Nada de dos libras —¡pum!—. Nada de libra y media —¡pum!—. Vamos, vamos, ¿quién me da una libra? —Ni un alma se movió—. De acuerdo, de acuerdo, veo que hoy me han vencido. Vamos, diecisiete chelines y medio por todo.

Un golpe final y devastador y las damas empezaron a hacerle señas y a buscar dinero en sus bolsos. Un hombrecillo salió del fondo del puesto y comenzó a repartir juegos de té. El ritual se había observado al pie de la letra y todo el mundo estaba contento.

Aguardaba yo feliz la siguiente actuación de aquel virtuoso cuando vi a una figura gruesa con gorra de cuadros que me hacía señas muy nervioso a un lado de la multitud. Se metía la mano en el bolsillo de la chaqueta y yo sabía lo que estaba buscando. No vacilé y me escondí rápidamente tras un puesto de gamellas para cerdos y rollos de alambre. Pero apenas había salido de allí, y dado unos pasos cuando ya me llamaba otro granjero blandiendo un sobre en la mano.

Me sentí atrapado; luego creí ver el modo de escapar. Rodeando a toda prisa un mostrador de bisutería barata crucé la puerta de la taberna Las Armas de Drovers y, evitando el bar lleno de granjeros, me deslicé en la oficina del dueño. Ya estaba a salvo. En este lugar siempre era bien acogido.

El dueño se levantó de la mesa pero no sonreía.

—Mire —dijo, enfadado—, le llevé a mi perro para que lo viera hace semanas y, a su debido tiempo, recibí la cuenta —me encogí interiormente—. La pagué, y esta mañana me ha sorprendido mucho descubrir que me la envían por segunda vez. Tengo aquí un recibo firmado por...

No pude aguantar más.

—Lo siento, señor Brooke, pero ha habido una equivocación. Yo lo arreglaré. Por favor, acepte nuestras disculpas.

Esto se convirtió en un estribillo a lo largo de los días siguientes, pero fue Siegfried el que tuvo la experiencia más desafortunada; y en el bar de su taberna favorita, el Cisne Negro. Se le acercó Billy Breckenridge, un tipo amistoso y gracioso, uno de los mejores de Darrowby.

—¡Eh!, ¿recuerda aquella tres libras y seis peniques que pagué en su clínica? Me han mandado el recibo otra vez.

Mi jefe se disculpó cortésmente —ya tenía mucha práctica— y lo invitó a beber. Se separaron en buenos términos.

La pena fue que Siegfried, que casi nunca recordaba nada, tampoco se acordó de esto. Un mes más tarde, también en El Cisne, tropezó de nuevo con Billy Breckenridge. Esta vez Billy no se mostraba tan animado.

—¡Eh!, ¿recuerda la cuenta que me mandó dos veces? Bueno, pues la he recibido otra vez.

Siegfried hizo lo que pudo, pero su encanto rebotaba en aquel hombrecillo, ahora ofendido.

—De acuerdo, ya veo que no se cree que le pagara la cuenta. Tenía un recibo de su hermano, pero lo he perdido —echó a un lado las protestas de Siegfried—. No, no; solo hay un modo de arreglar esto. Yo digo que pagué tres con seis, y usted dice que no. De acuerdo, juguémoslo a cara o cruz.

Siegfried, acobardado, trató de evitarlo, pero Billy se mostró firme. Sacó un penique y, con gran dignidad, se lo puso en equilibrio sobre el pulgar.

—Vamos, diga.

—Cara —murmuró mi jefe; y cara salió. El hombrecillo no cambió de expresión. Con la misma dignidad entregó tres chelines y seis peniques a Siegfried.

—Tal vez así se considerará el asunto zanjado.

Y salió del bar.

Ahora bien, hay muchas clases de mala memoria, pero la de Siegfried era algo excepcional. El caso es que se le olvidó tomar buena nota de esta última transacción y, a fin de mes, Billy Breckenridge recibió una cuarta petición de la suma que ya había pagado dos veces. Por entonces fue cuando Siegfried cambió de taberna y empezó a ir a Las Llaves Cruzadas.

13

Conforme el otoño daba paso al invierno y las elevadas cumbres quedaban cubiertas con las primeras nieves, empezaban a dejarse sentir las incomodidades de la práctica en los valles.

Conducir durante horas con los pies helados; subir a los establos de la montaña bajo un viento cruel que endurecía y aplastaba la hierba a su paso; desnudarse una y otra vez en edificios llenos de corrientes; lavarse manos y pecho en pozales de agua fría utilizando jabón de fregar y a menudo un pedazo de saco como toalla...

Entonces descubrí lo que era en realidad tener las manos cortadas. Cuando había mucho trabajo, las manos nunca llegaban a estar secas del todo y las pequeñas fisuras rojas me subían casi hasta los brazos.

Y era en esos momentos cuando acogíamos como un delicioso alivio el trabajo con un animal pequeño, que suponía el abandono de la ruda rutina por algún tiempo, entrar en un salón caliente y no en un establo, y manejar algo menos formidable que un caballo o un toro. Y entre todos los salones cómodos no había ninguno tan acogedor como el de la señora Pumphrey.

La señora Pumphrey era una viuda ya anciana. Su difunto marido, barón de la cerveza, cuyas cervecerías y tabernas estaban repartidas por todo el Yorkshire, le había dejado una fortuna enorme y una casa muy hermosa en las afueras de Darrowby. Aquí vivía con gran número de sirvientes, jardinero, chófer, y Tricky Woo. Tricky Woo era un perro pequinés, y el ojito derecho de su ama.

De pie ante la magnífica puerta de entrada me froté furtivamente los zapatos en el pantalón y me soplé las manos heladas. Casi veía ya el sillón de orejas arrimado a las llamas, la bandeja de galletitas de cóctel, la botella de jerez excelente. Debido al jerez, siempre tenía el cuidado de calcular mis visitas una hora antes del almuerzo.

Una doncella me abrió la puerta, sonriéndome como a un huésped de honor, y me introdujo en el salón lleno de muebles caros, sobre los cuales

había revistas de modas y las últimas novelas. La señora Pumphrey, en el sillón de respaldo alto junto al fuego, dejó el libro con un grito de delicia:

—¡Tricki! ¡Tricki! ¡Aquí está tío Herriot!

Casi desde el principio me había nombrado «tío oficial» del perrito y, comprendiendo las ventajas de tal parentesco, yo no había hecho la menor objeción.

Cómo siempre, Tricki se enderezó en su almohadón, saltó al respaldo del sofá y me puso las patitas en los hombros. Luego procedió a lamerme toda la cara antes de retirarse exhausto; y se quedaba sin aliento muy pronto, ya que le daban el doble de la comida que necesitaba un perro de su tamaño. Y, además, comida que no era buena para él.

—¡Oh, señor Herriot! —dijo la señora Pumphrey contemplando ansiosamente a su cariñito—. ¡Estoy tan contenta de que haya venido! Tricki tiene flequitos en el culito otra vez.

Esta enfermedad, que nadie encontrará en ningún libro de texto, era el modo que ella tenía de describir los síntomas de las glándulas anales irritadas. Cuando esas glándulas anales se llenaban, el perro demostraba su incomodidad sentándose de pronto a medio paseo, y su dueña corría muy agitada al teléfono:

—¡Señor Herriot! Venga por favor. ¡Ya tiene flequitos otra vez!

Me llevé el perro a una mesa y, haciendo presión en el ano con un poco de algodón, evacué las glándulas.

Me sorprendía que el pequinés se sintiera siempre satisfecho de verme. Cualquier perro capaz de sentir aprecio por un hombre que lo cogía y le apretaba muy fuerte en el culo cada vez que se encontraban, había de tener una naturaleza muy generosa. Pero Tricki jamás me mostraba el menor rencor; en realidad era un animalito muy ecuánime, en cuyos ojos brillaba la inteligencia y yo lo quería de verdad. Era un placer ser su médico particular.

Terminada la operación alcé a mi paciente de la mesa observando su peso, siempre en aumento, y los rollos de carne sobre las costillas.

—Vamos, señora Pumphrey, otra vez le está haciendo comer demasiado. ¿No le dije que evitara tantos pasteles y le diera más proteínas?

—Oh, sí, señor Herriot —gimió ella—, pero ¿qué puedo hacer? Se cansa del pollo.

Me encogí de hombros; era inútil. Dejé que la doncella me acompañara hasta el cuarto de baño digno de un palacio donde siempre procedía al lavado de manos ritual después de la operación. Era una habitación enorme con todas sus piezas de tono verde, un tocador en el que no faltaba detalle, y filas de

estantes de cristal repletas de productos de tocador. Mi toalla particular colgaba cerca de la barra de jabón de la mejor calidad y de la marca más cara.

Cuando volví al salón ya estaba llena mi copa, de modo que me instalé junto al fuego para escuchar la charla de la señora Pumphrey. Aquello no podía llamarse una conversación porque ella era la que hablaba siempre, pero a mí me resultaba encantador.

La señora Pumphrey era muy apreciada por todos; siempre estaba dispuesta a colaborar en obras de caridad y a ayudar a todo el que estuviera en apuros. Era inteligente y divertida y tenía mucho encanto, pero la mayoría de la gente tiene su talón de Aquiles, y el suyo era Tricky Woo. Las historias que me relataba sobre su cariñito eran como un cuento de hadas y yo aguardaba con ilusión el capítulo siguiente.

—Oh, señor Herriot, tengo una noticia apasionante. ¡Tricky tiene ahora un corresponsal! Sí, él escribió una carta al editor del *Mundo de los Perros* incluyendo una donación y diciendo que, aunque descendía de una larga dinastía de emperadores chinos, había decidido rebajarse y mezclarse con los perros corrientes. Pedía al editor que buscara a alguien que deseara escribirle entre sus perros conocidos para que ambos pudieran mantener correspondencia en beneficio mutuo. Con este fin, Tricky dijo que adoptaría el nombre de Utterbunkum. Y, ¿sabe?, hoy ha recibido la carta más hermosa del editor (yo podía imaginarme a aquel hombre, muy práctico sin duda, saltando de gozo ante lo que juzgaría una posible mina de oro), diciéndole que le gustaría presentarle a Bonzo Fotheringham, un dálmata solitario a quien le encantaría mantener correspondencia con un nuevo amigo del Yorkshire.

Tomé el jerez. Tricky roncaba en mi regazo. La señora Pumphrey continuó:

—Pero estoy muy desilusionada con el nuevo invernadero. Como sabe, lo hice construir especialmente para Tricky, para que nos sentáramos allí juntos en las tardes de sol. Es un refugio tan bonito y tan rústico..., pero él le ha tomado una manía espantosa. ¡Es que lo odia...! Se niega en redondo a entrar. Debería ver la expresión horrorizada de su rostro cuando lo mira. ¿Y sabe cómo lo llamó ayer? ¡Ah!, apenas me atrevo a decirlo. —Miró en torno al salón antes de inclinarse hacia mí—. Lo llamó «esa maldita cabaña».

La doncella avivó el fuego y me volvió a llenar la copa. El viento ululaba en el exterior, lanzando puñados de nieve contra la ventana. «Esto es vida», pensé, y seguí escuchando a la señora Pumphrey.

—Hablando de otra cosa, señor Herriot, ¿sabe que Tricky volvió a ganar ayer? Yo estoy segura de que se estudia las columnas de las carreras, ya que

es tan buen juez. Bueno, me dijo que apostara por Canny Lad en la carrera de ayer de las tres en punto en Redcar y, como de costumbre, ganó. Apostó un chelín, y cobró nueve chelines.

Las apuestas se ponían siempre a nombre de Tricky Wou y yo pensaba compasivamente en la impresión y reacciones de los apostadores de la localidad. Los encargados de las carreras en Darrowby eran un puñado de hombres perseguidos. Montaban una agencia al final de una callecita animando a la población a invertir su dinero con Joe Downs y gozar de perfecta seguridad. Joe vivía unos meses al borde del abismo mientras se aguzaba el ingenio contra los ciudadanos más expertos, pero el final era siempre el mismo: ganaban de golpe unos cuantos favoritos y Joe desaparecía durante la noche llevándose el dinero con él. En una ocasión le pregunté a un habitante de la localidad por la partida repentina de esos nómadas sin suerte. Y él contestó sin emocionarse:

—Oh, es que los hicimos quebrar.

Perder chelines con toda regularidad, y por un perro, debía ser una cruz muy pesada para aquellos desgraciados.

—Tricky tuvo una experiencia tan terrible la semana pasada... —continuó la señora Pumphrey—. Estuve a punto de tener que llamarlo. El pobrecito se volvió completamente triquitraque.

Recordando los flequitos, añadí mentalmente esta dolencia a la lista de enfermedades caninas y pedí más información.

—Fue terrible. Me asusté muchísimo. El jardinero estaba tirando anillas para Tricky... Ya sabe que lo hace durante media hora cada día.

Yo había presenciado el espectáculo varias veces. Hodgkin, un viejo del Yorkshire, encorvado y rudo, que parecía odiar a todos los perros en general y a Tricky en particular, tenía que salir al césped a diario a lanzar pequeñas anillas de goma una y otra vez. Tricky corría tras ellas y las volvía a traer, ladrando furiosamente hasta que se repetía el lanzamiento. Las arrugas amargas del rostro del viejo se iban profundizando conforme avanzaba el juego. Sus labios se movían continuamente, pero resultaba imposible oír lo que decía.

La señora Pumphrey continuó:

—Bien, estaba jugando a las anillas, cosa que adora, cuando de repente, sin aviso, se volvió triquitraque. Olvidó por completo las anillas y empezó a correr en círculo ladrando y gimiendo de modo muy extraño. Luego se dejó caer de costado y se quedó tumbado como muerto. ¿Sabe, señor Herriot?, llegué a pensar que estaba muerto de verdad al verlo tan quieto. Y lo que más

me dolió fue que Hodgkin empezara a reírse. Lleva veinticuatro años conmigo y jamás lo había visto sonreír, y sin embargo, al mirar el pequeño cuerpecito, estalló en una risita extraña y aguda. Fue horrible. Ya iba a correr al teléfono cuando Tricki se puso en pie y echó a andar... Parecía perfectamente normal.

Histeria, pensé, provocada por la comida estúpida y por el exceso de excitación. Dejé la copa y obsequié a la señora Pumphrey con una mirada severa.

—Bueno, de eso precisamente me proponía hablarle. Si insiste en alimentarlo con todos esos caprichos tontos va a arruinarle la salud. Por mi parte insisto en que debe someterlo a una sensata dieta de perro, con una o, todo lo más, dos comiditas al día: carne y pan moreno o una galleta. Y nada entre comidas.

La señora Pumphrey, hundida en la silla era el vivo retrato de la más abyecta culpabilidad.

—Por favor, no me hable así. Le aseguro que trato de darle lo más adecuado, pero es muy difícil. Cuando me pide algún caprichito, no puedo negarme.

Se secó los ojos con un pañuelo. Pero yo me mostré inflexible.

—De acuerdo, señora Pumphrey, de usted depende, pero le aviso que, si sigue con lo que hace, Tricki se volverá triquitraque cada vez con más frecuencia.

Dejé aquel paraíso tan cómodo a disgusto, deteniéndome en el camino de grava para mirar a la señora Pumphrey que me decía adiós con la mano, y a Tricki, apoyado como siempre contra el cristal de la ventana, el rostro cortado en dos por la enorme boca abierta en generosa sonrisa.

En el camino a casa medité en las muchas ventajas de ser el tío de Tricki. Cuando se iba de vacaciones a la playa me enviaba cajas de salmón ahumado, y cuando maduraban los tomates en su invernadero me mandaba un kilo o dos cada semana. Latas de tabaco llegaban también con regularidad, a veces incluyendo su fotografía con una cariñosa dedicatoria. Pero cuando me llegó la cesta de Navidad, de Fortnum and Mason, decidí que había que colaborar un poco con aquella mina de oro. Hasta entonces me había limitado a llamar por teléfono y darle las gracias a la señora Pumphrey por sus regalos, aunque ella se había mostrado siempre un poco fría, indicándome que era Tricki el que los enviaba y que a él había de dar las gracias.

Con la llegada de aquella cesta vi con toda claridad que había cometido un grave error de táctica, por lo que me decidí a redactar y enviar una carta a

Tricki. Evitando la mirada sarcástica de Siegfried di las gracias a mi sobrino canino por su regalo de Navidad y por toda su generosidad en el pasado. Expresé mis sinceros deseos de que estos días festivos no estropearan su delicada digestión y le sugerí que, si experimentaba alguna molestia, recurriera a los polvos negros que siempre le prescribía su tío. La vaga sensación de vergüenza profesional se iba disolviendo rápidamente ante la idea de más salmón, más tomates y cestas de Navidad. Escribí en el sobre «señorito Tricki Pumphrey, Barlby Grange», y la dejé en correos con cierto sentimiento de culpabilidad.

En mi visita siguiente, la señora Pumphrey me habló en tono confidencial.

—Señor Herriot —susurró—, a Tricki le encantó su atenta carta y la conservará siempre, pero se sintió muy molesto por algo... Usted se dirigió a él como «señorito Tricki» y él insiste en que lo llamen «señor». Se mostró muy ofendido el principio, casi fuera de sí, pero cuando vio que la carta era de usted, pronto recuperó el buen humor. No comprendo por qué ha de tener esos pequeños prejuicios. Quizás porque es un perro único... y yo creo que un perro único desarrolla más prejuicios que otro de familia numerosa.

Entrar en Skeldale House fue como volver a un mundo más frío. Siegfried se cruzó conmigo en el corredor:

—¿A quién tenemos aquí? ¡Vaya, si es el querido tío Herriot! Y, ¿qué has estado haciendo, tío? Trabajando como un esclavo en Barlby Grange, supongo. ¡Pobrecito, debes estar cansado! ¿Crees realmente que vale la pena trabajar como un esclavo por otra cesta de Navidad?

Al recordarlo ahora, apenas me parece posible que pasáramos tantas horas preparando medicinas. Pero las drogas no nos llegaban ya preparadas adecuadamente y, antes de iniciar nuestras rondas, teníamos que llenar el coche con gran variedad de remedios cuidadosamente compuestos y bastante inútiles en su mayor parte.

Cuando Siegfried acudió a mí aquella mañana yo sostenía una botella de a litro ante mis ojos en la que iba echando jarabe de cocilana. Tristán, muy malhumorado, mezclaba polvos estomacales en un mortero, y solo detuvo su rápido girar al ver que su hermano clavaba la mirada en él. Estaba rodeado de paquetes de polvos y más allá, sobre un banco, había pilas ordenadas de supositorios que había hecho llenando cilindros de celofán con ácido bórico.

Tristán parecía industrioso y su brazo giraba furiosamente mientras molía carbonato amónico y nuez vómica. Siegfried sonrió con benevolencia.

Yo sonreí también. Me ponía nervioso que aquellos dos riñeran, pero resultaba fácil ver que esta iba a ser una mañana feliz. El ambiente había mejorado muchísimo desde Navidad, fecha en que Tristán se fue a la escuela como sin darle importancia para examinarse allí y regresar, como lo más natural del mundo, después de haber aprobado los exámenes. Pero hoy había algo más en mi jefe. Estallaba de satisfacción interior, como si supiera de seguro que nos esperaba algo bueno. Entró y cerró la puerta.

—Tengo una buena noticia que daros.

Metí el corcho en la botella.

—Bueno, no nos tengas en suspenso. Dínoslo.

Siegfried pasó la vista del uno al otro. Sonreía bobaliconamente:

—¿Te acuerdas de aquel enredo tan vergonzoso que organizó Tristán cuando se encargó de las cuentas?

Su hermano apartó la vista y empezó a moler aún más deprisa, pero Siegfried le puso una mano en el hombro en gesto afectuoso.

—No, no te preocupes. No voy a pedirte que lo hagas de nuevo. En realidad, nunca tendrás que volver a hacerlo porque, a partir de ahora, se

encargará de ese trabajo un experto —se detuvo y se aclaró la garganta—. Vamos a tener una secretaria.

Como lo mirábamos incrédulos continuó:

—Sí, la elegí yo mismo y la considero perfecta.

—Bueno, ¿cómo es? —pregunté:

Siegfried apretó los labios.

—Resulta difícil describirla, pero, fíjate, ¿qué necesitamos aquí? No necesitamos una jovencita ligera de cascos moviéndose de un lado a otro. No necesitamos una linda rubita sentada tras la mesa, empolvándose la nariz y guiñando el ojo a todo el mundo.

—¿Que no? —interrumpió Tristán, muy asombrado.

—¡No! ¡No, señor! —La ira de Siegfried cayó sobre su hermano—. Estaría soñando con su novio todo el día y, en el momento en que la tuviéramos entrenada a nuestro gusto, se largaría para casarse.

Tristán seguía mirándolo sin convencerse y eso parecía exasperar a Siegfried. Su rostro enrojeció:

—Y otra cosa: ¿cómo podríamos tener aquí a una jovencita atractiva con alguien como tú en la casa? ¡Nunca la dejarías en paz!

Tristán se picó.

—¿Y tú?

—¡Estoy hablando de ti, no de mí! —estalló Siegfried. Cerré los ojos. No había durado mucho la paz. Decidí intervenir.

—De acuerdo, hablemos de la nueva secretaria.

Con un esfuerzo consiguió dominar su cólera.

—Bien, tendrá unos cincuenta y tantos años y se ha retirado a vivir aquí después de estar treinta años con Green y Moulton, en Bradford. Era secretaria de la compañía, y cuento con las mejores referencias de la firma. Dicen que es un modelo de eficiencia, y eso es lo que aquí necesitamos: eficiencia. Somos descuidados en exceso. Es una gran suerte para nosotros que decidiera venir a vivir a Darrowby. De todas formas la conoceréis dentro de unos minutos; va a venir esta mañana a las diez en punto.

El reloj de la iglesia daba la diez cuando sonó la campanilla de la puerta. Siegfried corrió a abrir e hizo pasar a la sala a su gran descubrimiento con aire triunfal.

—Caballeros, quiero que conozcáis a la señorita Harbottle.

Era una mujer grande y de generoso seno, con un rostro redondo y saludable y gafas de montura de oro. Una masa de rizos incongruentes y muy

oscuros se le escapaban por debajo del sombrero. Parecían teñidos y no encajaban con sus ropas y sus zapatos severos.

Se me ocurrió que no tendríamos por qué preocuparnos de que se largara para casarse. No es que fuera fea, pero tenía una barbilla desafiante y un aire tal de dominio que haría salir corriendo a cualquier hombre.

Nos dio la mano y quedé atónito ante la fuerza de su apretón. Nos miramos y aguantamos aquella prueba de fuerza por unos minutos, luego ella aceptó feliz el empate y me soltó. Tristán no estaba preparado para ello en absoluto y la alarma se extendió por su rostro cuando la señorita Harbottle le estrechó una mano que soltó únicamente cuando los nudillos empezaron a crujir.

Inició la supervisión de nuestro despacho seguida de Siegfried, que marchaba tras ella frotándose las manos como un comerciante con su cliente favorito. La señorita Harbottle se detuvo ante la mesa sobrecargada de facturas, de notas de entrada y salida, de formularios del Ministerio de Agricultura, de circulares de firmas farmacéuticas, de cajas de píldoras y tubos de unguento para las ubres.

Registrando con disgusto entre todo aquel lío extrajo el libro mayor mordido por los perros y lo sostuvo entre el índice y el pulgar.

—¿Qué es esto?

Siegfried se acercó a toda prisa.

—Oh, es nuestro libro mayor. Copiamos en él las visitas de nuestro libro diario, que está aquí por algún lado —rebuscó en la mesa—. ¡Ah, aquí está! En este anotamos las visitas conforme vienen.

La señorita Harbottle estudió los dos libros durante unos minutos con una expresión de asombro que se resolvió en una muestra de su humor.

—Caballeros, tendrán que aprender a escribir si es que yo voy a cuidarme de sus libros. Hay tres escrituras distintas aquí, pero esta es, con mucho, la peor. Horrible. ¿De quién es?

Señalaba a una entrada consistente en una línea larga e ininterrumpida con alguna ondulación de vez en cuando.

—La verdad es que es mía —dijo Siegfried, restregando los pies en el suelo—. Sin duda tenía mucha prisa en ese día.

—Veo que siempre es así, señor Farnon. Mire aquí, y aquí, y aquí. Esto no puede ser, ya lo sabe.

Siegfried se puso las manos a la espalda y bajó la cabeza.

—Espero que tendrán papel y sobres —dijo ella, abriendo un cajón de la mesa. Parecía estar abarrotado de paquetes de semillas, muchos de los cuales

habían reventado ya. Unos cuantos guisantes y judías cayeron rodando desde la cima del montón. El siguiente cajón estaba lleno a reventar de cuerdas para sacar terneros que, no sé cómo, se nos había olvidado lavar. No olían demasiado bien, y la señorita Harbottle se apartó apresuradamente; sin embargo, no se dejaba vencer con facilidad, por lo que abrió esperanzada el tercer cajón. Se oyó un sonido musical y todos nos quedamos mirando la fila polvorienta de botellas vacías de cerveza que el cajón contenía.

La señorita Harbottle se enderezó y habló con toda paciencia:

—Y, ¿dónde, si me permiten que lo pregunte, está la caja del dinero?

—Bueno, lo metemos ahí, ya sabe. —Siegfried señaló la jarra de cerveza en el ángulo de la repisa de la chimenea—. No tenemos lo que podríamos llamar una auténtica caja para el dinero, pero esto hace su papel.

La señorita Harbottle contempló la jarra con horror.

—¿Que ustedes meten...? —Los cheques y billetes arrugados la desafiaban desde la jarra; algunos de sus compañeros habían ido a caer sobre la chimenea y hasta el suelo—. ¿Pretenden decir que meten y dejan el dinero ahí, día tras día?

—Nunca ha pasado nada —contestó Siegfried.

—¿Y la caja para los gastos menores?

Siegfried soltó una risita, algo inseguro.

—Todo está ahí. Todo el dinero. Para gastos menores y mayores.

El rostro saludable de la señorita Harbottle había perdido algo de color.

—Realmente, señor Farnon, esto es demasiado. No sé cómo han podido salir adelante de este modo. Sencillamente no lo sé. Sin embargo, confío en que podré enderezar las cosas muy pronto. Es indudable que no hay nada complicado en su negocio. Un sistema sencillo de tarjetas por orden alfabético sería lo mejor para las cuentas. Las otras cositas... —Miró, aún incrédula, a la jarra del dinero— las arreglaré rápidamente.

—Estupendo, señorita Harbottle, estupendo. —Siegfried se frotaba las manos con más ímpetu que nunca—. La esperamos el lunes por la mañana.

—A las nueve en punto, señor Farnon.

Cuando se fue hubo un silencio. Tristán había disfrutado con la visita y sonreía pensativamente, pero yo tenía mis dudas.

—¿Sabes, Siegfried? —dije—. Tal vez sea muy eficiente, pero ¿no te parece un poco dura?

—¿Dura? —Siegfried soltó una risotada que sonó a falsa—. En absoluto. Déjamela a mí. Yo sabré manejarla.

15

Había pocos muebles en el comedor, pero las nobles líneas y el mismo tamaño del lugar prestaban un encanto especial al largo aparador y a la modesta mesa de caoba donde Tristán y yo estábamos sentados, tomando el desayuno.

El gran ventanal estaba salpicado de hielo por el lado de la calle y los pasos de los transeúntes crujían sobre la nieve. Alcé la vista del hueco pasado por agua al oír detenerse un coche. Hubo una carrera en el pórtico, las puertas exteriores se cerraron de golpe y Siegfried entró en tromba en la habitación. Sin una palabra se dirigió al fuego y se incrustó en él, apoyando los codos en la repisa de mármol gris. Estaba envuelto casi hasta los ojos en el abrigo y bufanda, pero lo que se le veía del rostro estaba morado.

Volvió un par de ojos furiosos hacia la mesa.

—Hay fiebre láctea allá arriba, en la granja del viejo Heseltine, en uno de los establos más grandes. ¡Cielos!, aquello estaba helado y apenas podía respirar.

Cuando se quitó los guantes y agitó los dedos ateridos ante las llamas miró a su hermano. La silla de Tristán era la más próxima al fuego y este se hallaba disfrutando del desayuno como disfrutaba con todo, untándose de mantequilla las tostadas con aire feliz y silbando al cubrirlas de mermelada. Tenía el *Daily Mirror* apoyado en la cafetera. Casi se veían salir de él nubes de contento y felicidad.

Siegfried se apartó de mala gana del fuego y se dejó caer en una silla.

—Tomaré solo una taza de café, James.

Heseltine fue muy amable; me pidió que me sentara a desayunar con él. Me dio una tajada estupenda de tocino casero, un poco grueso quizás, pero ¡qué sabor! Aún tengo el gusto en la boca.

Dejó de pronto la taza.

—¿Sabes?, no hay razón para que tengamos que ir a la tienda a comprar tocino y huevos. Hay un gallinero en perfectas condiciones en el fondo del jardín y una pocilga en el patio, y una marmita para hacerles la comida a los

animales. Con todo lo que aquí se echa a la basura alimentaríamos a un cerdo. Probablemente lo conseguiríamos todo mucho más barato.

Se volvió hacia Tristán, que acababa de encender un Woodbine y doblaba el *Mirror* con el aire de placer inefable peculiar en él:

—Y sería un trabajo útil para ti. No me resultas muy rentable descansando ahí tu trasero todo el día. Un poco de trabajo con los animales te sentaría bien.

Tristán soltó el periódico como si la felicidad hubiera terminado para él.

—¿Cuidarme de los animales? Bueno, ya le doy de comer a tu yegua. — No disfrutaba nada con la montura de Siegfried porque, cada vez que la llevaba a beber al patio, ella le daba una buena coz en cuanto podía.

Siegfried se puso en pie.

—Sé que lo haces pero eso no te ocupa todo el día, ¿verdad? No vas a morirte por cuidar de las gallinas y los cerdos.

—¿Cerdos? —Ahora lo miraba asustado—. Creía que habías dicho «cerdo».

—Sí, cerdos. Lo he pensado bien. Si compramos una lechigada de cochinitos podremos venderlos luego, reservándonos uno para nosotros. Así nos saldrá gratis.

—Pero no sin trabajo, claro.

—¿Trabajo? ¿Trabajo? Ni siquiera sabes lo que significa esa palabra. Mírate ahí, echando humo como una chimenea. ¡Fumas demasiados malditos cigarrillos!

—Y tú también.

—Eso no importa. ¡Yo estoy hablando de ti! —gritó Siegfried.

Me levanté de la mesa con un suspiro. Había comenzado otro día.

Cuando Siegfried tenía una idea no le daba muchas vueltas. La acción inmediata era su lema. A las cuarenta y ocho horas una lechigada de diez cerditos tomaban residencia en la pocilga y doce pollitas *Light* Sussex se movían inquietas tras los alambres del gallinero. Él se sentía especialmente satisfecho con las pollitas.

—Míralas, James, a punto de poner y en muy buena forma además. Serán unos cuantos huevos al principio pero, una vez que cojan la marcha, nos inundarán con ellos. No hay nada como un huevo recién puesto, caliente del nido.

Se vio claro desde el principio que Tristán no compartía el entusiasmo de su hermano por las gallinas. Con frecuencia lo hallaba descansando ante el gallinero con aire aburrido e incluso tirándoles migas por encima de la alambrada. No le interesaban en absoluto las comidas regulares, ni la dieta

equilibrada que recomendaban los expertos. Como productoras de huevos las gallinas no le atraían, pero se interesaba un poco en ellas como personalidades. Un modo raro de cacarear, un aleteo peculiar... Eso le divertía.

Pero no veíamos un huevo y, a medida que fueron pasando las semanas, Siegfried se fue sintiendo más y más irritable.

—Espera hasta que vea al tipo que me vendió a estas gallinas. ¡Maldito embustero! A punto de poner... ¡un cuerno! —Era patético verlo explorando ansiosamente los ponederos vacíos cada mañana.

Una tarde pasaba yo por el jardín cuando Tristán me llamó:

—Acércate, Jim, esto es algo nuevo. Apuesto a que nunca habías visto nada parecido —me hizo alzar la cabeza y vi a un grupo de pájaros bastante grandes y de extraños colores en las ramas de los árboles. Había algunos más en los manzanos del vecino.

Miré asombrado.

—Tienes razón, jamás había visto nada semejante. ¿Qué son?

—¡Oh, vamos! —dijo Tristán, sonriendo divertido—. Seguramente te resultarán familiares. Echa otra mirada.

Levanté la vista de nuevo.

—No, nunca había visto pájaros tan grandes y con un plumaje tan exótico. ¿Qué es, una emigración de monstruos?

Soltó una carcajada.

—¡Son nuestras gallinas!

—Y, ¿cómo demonios subieron allí?

—Han huido de casa. Se han largado.

—Pero no veo más que siete. ¿Dónde están las demás?

—Solo Dios lo sabe. Echemos una mirada por encima de la valla.

Aquel muro, con el cemento bastante viejo, ofrecía muchos puntos de apoyo entre los ladrillos y así pudimos ver el jardín vecino. Las otras cinco gallinas estaban allí, picoteando felices entre las coles.

Nos costó mucho tiempo volverlas a meter todas en el gallinero y ese trabajo aburrido hubo de repetirse varias veces al día a partir de entonces. Era indudable que las gallinas se habían cansado de la vida al cuidado de Tristán y habían decidido que preferían vivir en el campo. Se convirtieron en nómadas, ampliando cada vez más su campo de acción y de comida.

Al principio los vecinos se rieron. Telefoneaban para decir que sus niños habían cogido las gallinas y que si queríamos ir por ellas pero, con el paso del tiempo, se acabaron las bromas. Al fin Siegfried se vio mezclado en algunas

entrevistas bastante penosas. Le dijeron que sus gallinas eran una molestia insufrible.

Después de una sesión especialmente desagradable decidió que las gallinas debían desaparecer. Fue para él un golpe muy amargo y, como de costumbre, descargó su furia sobre Tristán.

—Debo haber estado loco para pensar que unas gallinas a tu cuidado acabarían poniendo huevos. Vamos, ¿no es el colmo? Te encargo un trabajo sencillo que cualquiera habría pensado que ni siquiera tú podrías embrollarlo. Y mira a lo que hemos llegado solo en tres semanas. No hemos visto ni un solo huevo. Las malditas gallinas vuelan como pichones por todos los alrededores y los vecinos no dejan de amenazarnos. No has hecho un trabajo muy perfecto, ¿verdad? —El frustrado productor de huevos se revelaba en el tono airado de su voz.

La expresión de Tristán registraba únicamente su virtud herida, pero fue lo bastante atrevido para tratar de defenderse.

—La verdad es que yo creo que había algo raro en aquellas gallinas desde el principio —murmuró.

Siegfried perdió los últimos restos de dominio.

—¡Raro! —aulló—. ¡Tú eres el único raro, no las pobres malditas gallinas! ¡Tú eres el cabrón más raro que existe! Por el amor de Dios, ¡márchate, márchate de mi vista!

Tristán se retiró con dignidad.

Se necesitó algún tiempo para que murieran los últimos ecos de la aventura con los volátiles pero una quincena más tarde, sentado de nuevo en el comedor con Tristán, yo estaba seguro de que ya todo se había olvidado. Así que tuve una desagradable sensación de catástrofe inminente cuando Siegfried entró en el comedor y se alzó amenazador ante su hermano.

—Recuerdas las gallinas, supongo —dijo casi en un susurro—. Recuerdas que se las regalé a la señora Dale, esa vieja jubilada de la calle Brown. Bien, acabo de hablar con ella. Está encantada con las gallinas. Les da granos calientes por la noche y por la mañana y recoge diez huevos al día —su voz se convirtió en un chillido—. ¡Diez huevos!, ¿me oyes?, ¡diez huevos!

Bebí a toda prisa los últimos sorbos de té y me excusé con ellos. Salí corriendo por el pasillo hasta la puerta principal y recorrí el jardín hasta mi coche. Por el camino pasé ante el gallinero vacío. Tenía un aspecto abandonado.

16

—¡Jim! Ven aquí y mira a estos infelices. —Tristán se reía excitado, apoyado en la puerta de la pocilga.

Crucé el patio.

—¿Qué pasa?

—Acabo de darles la comida y está un poco caliente. ¡Míralos!

Los cerditos probaban aquello, lo dejaban caer y empezaban a examinarlo con suspicacia. Luego se acercaban poquito a poco, tocaban las patatas calientes con el hocico y retrocedían de un salto, muy alarmados. No se escuchaba el rumor habitual de las horas de las comidas, solo gruñidos de desconcierto.

Desde el principio Tristán había encontrado a los cerdos más interesantes que las gallinas; lo cual era magnífico, ya que había que reparar el lío que organizara con estas. Se pasaba mucho tiempo en el patio, dándoles de comer o limpiando la pocilga, pero sobre todo apoyado de codos en la puerta y observándolos.

Como ocurriera con las gallinas le interesaba más la personalidad de los cerdos que su habilidad para producir tocino o carne. Después de echar la comida en la artesa los observaba fascinado mientras los cerditos acudían corriendo. Pero, en sus gruñidos al tragar, pronto se advertían signos de inquietud.

Los animalitos empezaban a mirarse hasta que el ansia de descubrir por qué sus compañeros estaban disfrutando tanto se les hacía insoportable, y entonces empezaban a cambiar frenéticamente de posición, montándose uno sobre otro y cayendo en la comida.

El viejo Boardman colaboraba voluntariamente, pero sobre todo en su papel de consejero. Como todos los campesinos, se consideraba un sabio en la cría y enfermedades de los animales y, según resultó, los cerdos eran su especialidad. Hubo muchas conferencias en su cuartucho oscuro, bajo las fotos de guerra, y el viejo se animaba con sus descripciones de los enormes y hermosos animales que cuidara en otro tiempo en aquel mismo sitio.

Tristán lo escuchaba con respeto porque tenía buenas pruebas de la experiencia de Boardman por el modo en que este manejaba la vieja marmita de ladrillo. Tristán podía encenderla pero se apagaba en cuanto le daba la espalda; sin embargo, era dócil en manos de Boardman. A menudo vi a Tristán escuchando admirado el constante blub-blub-blub mientras el viejo revolvía la mezcla y el aroma delicioso de las patatas cocidas para los cerdos los envolvía a ambos.

Pero ningún animal se convierte más rápidamente en carne que un cerdo y, con el transcurso de las semanas, aquellas criaturas rosadas se transformaron con alarmante velocidad en diez animales muy serios. Su carácter se estropeó también. Perdieron todo su encanto. La hora de las comidas dejó de ser divertida y se convirtió en una batalla que, al ir haciéndose más y más grandes, casi siempre perdía Tristán.

Fácil resultaba ver la diferencia que aquello suponía en la vida de Boardman, el cual dejaba siempre lo que estuviera haciendo en cuanto veía que Tristán sacaba la comida de la marmita.

Disfrutaba observando la lucha diaria desde su asiento sobre la artesa de piedra. Primero Tristán se preparaba a la pelea al oír a los cerdos que empezaban a gruñir al sonido de la cubeta, luego soltaba unos gritos estentóreos para animarse, al fin quitaba el candado y se lanzaba entre los animales que gruñían y empujaban, morros anchos y ansiosos que se hundían en la cubeta, patas que le pisaban, cuerpos pesados que se enredaban entre sus piernas.

Yo sonreía, aun sin querer, al recordar el juego tan divertido que aquello era antes. Ahora no tenía gracia. Al fin Tristán tomó la costumbre de blandir un palo contra los cerdos antes de atreverse a entrar. Una vez dentro, su última esperanza de seguir en pie era hacerse un claro a su alrededor golpeándoles en el lomo.

Un día de mercado, cuando los cerdos casi habían alcanzado el peso necesario para la matanza, tropecé con Tristán tendido en su sillón favorito. Pero había algo extraordinario en este hecho: no dormía, ni había botella de medicina a su lado, ni Woodbines, ni Daily Mirror. Sus brazos pendían a ambos lados del sillón, tenía los ojos medio cerrados y el sudor le corría por la frente.

—Jim —susurró—, he tenido la tarde más infernal de mi vida.

Me alarmó su aspecto.

—¿Qué ha ocurrido?

—Los cerdos —gimió—. Se escaparon hoy.

—¡Sé escaparon hoy! ¿Cómo diablos lo consiguieron?

Se mesó los cabellos.

—Fue mientras yo estaba dando de comer a la yegua. Le di el heno y pensé que podía dar de comer a los cerdos al mismo tiempo. Ya sabes cómo se han portado últimamente; bien, hoy se volvieron locos. En cuanto abrí la puerta cargaron contra mí en bloque. Me lanzaron por el aire, con el cubo y todo, y luego pasaron por encima de mí. —Tembló y me miró con los ojos muy abiertos—. Te aseguro, Jim, que cuando estaba allí caído sobre las piedras, cubierto de patas y todos ellos pisoteándome, creí que había llegado mi fin. Pero no me mataron. Se largaron por la puerta del patio a todo galope.

—Entonces, ¿la puerta estaba abierta?

—Seguro que sí. Tenía que elegir este día para dejarla abierta.

Se incorporó y se estrujó las manos.

—Bueno, ya sabes, al principio pensé que todo acabaría bien. Mira, menguaron el paso al llegar al césped y se acercaron despacito hasta la calle, con Boardman y yo a sus talones. Allí formaron grupo. Por lo visto no sabían a dónde dirigirse. Yo estaba seguro de que podríamos encerrarlos de nuevo pero precisamente en ese instante uno de ellos se vio reflejado en el escaparate de Rohson.

Imitó de modo impresionante a un cerdo contemplándose en un espejo por unos momentos y echándose atrás de un salto con un gruñido de horror.

—Y eso fue todo, Jim. El maldito animal sintió pánico y se lanzó a la plaza del mercado a ochenta kilómetros por hora, y el resto tras él.

Abrí la boca horrorizado. Diez cerdos grandes sueltos entre los tenderetes y la muchedumbre de un día de mercado era algo difícil de imaginar.

—¡Oh, Señor, tenías que haberlo visto! —Tristán se dejó caer agotado en el sillón—. Las mujeres y los críos chillando. Los dueños de los puestos, la policía, todo el mundo maldiciéndome. Se organizó además un embotellamiento de la circulación... Miles de coches aullando como demonios mientras el policía del cruce se dedicaba solo a insultarme —se secó la frente—. ¿Conoces a ese comerciante que habla tan aprisa, ese de la tienda de loza? Bien, hoy lo vi sin habla. Balanceaba una taza en la palma de la mano, gritando como de costumbre, cuando uno de los cerdos se metió en su puesto y se enfrentó con él. Dejó de hablar como si se hubiera muerto de repente. En cualquier otro momento habría tenido gracia pero yo pensé que el maldito animal iba a destrozarle el puesto. El mostrador ya se tambaleaba cuando el cerdo cambió de opinión y se largó.

—Y ahora, ¿cómo están las cosas? —pregunté—. ¿Los has recuperado?

—He recuperado a nueve de ellos —contestó Tristán, echándose atrás de nuevo y cerrando los ojos—. Con ayuda de casi toda la población masculina del distrito, he conseguido recuperar a nueve. Al décimo lo vieron por última vez dirigiéndose hacia el norte a buen paso. Dios sabe dónde estará ahora. Ah, no te dije..., uno de ellos se metió en la oficina de Correos. Y se pasó algún tiempo allí —se cubrió el rostro—. Esta vez estoy acabado, Jim. Me veré en manos de la ley después de todo esto. No hay la menor duda.

Me incliné y le di un golpecito:

—Bueno, yo no me preocuparía tanto. No creo que hayan hecho daños graves.

Me contestó con un gemido.

—Pero es que hay algo más. Cuando al fin cerré la puerta después de meter a los cerdos en la pocilga, estaba al borde del colapso. Me apoyaba en la valla buscando aliento cuando vi que la yegua había desaparecido. Sí, desaparecido. Salí corriendo detrás de los cerdos y me olvidé de cerrar la puerta del establo. No sé dónde está. Boardman dijo que la buscaría por ahí... Yo no tengo fuerzas.

Con manos temblorosas encendió un Woodbine.

—Esto es el fin, Jim. Siegfried no tendrá piedad esta vez.

Mientras hablaba se abrió la puerta de golpe y entró su hermano.

—¿Qué diablos pasa? —rugió—. Acabo de hablar con el vicario y dice que mi yegua está en su jardín comiéndose su enredadera. Está como loco, y no lo culpo. ¡Vamos, maldito perezoso! No te quedes ahí, ¡vete a la vicaría en este mismo instante y vuelve con la yegua!

Tristán no se movió. Siguió inerte, mirando a su hermano. Sus labios se agitaron débilmente.

—No —dijo.

—¿Cómo? —gritó Siegfried, incrédulo—. ¡Levántate inmediatamente de ese sillón! ¡Vete por la yegua!

—No —contestó Tristán.

Sentí un escalofrío de horror. Esta rebelión no tenía precedentes. Siegfried se había puesto escarlata y me preparé para su estallido, pero fue Tristán el que habló.

—Si quieres tu yegua, puedes ir tú mismo a buscarla —su voz era serena, sin una nota de desafío. Tenía el aire de un hombre al que ya no le importa el futuro.

Incluso Siegfried comprendió que esta era una ocasión en la que Tristán había llegado al límite. Después de mirarlo amenazador unos segundos, dio

media vuelta y salió. Él mismo trajo la yegua.

No volvió a hablarse del incidente, pero llevamos a toda prisa a los cerdos al matadero y ya no los reemplazamos. El proyecto de criar nuestra propia comida había terminado.

Cuando entré, la señorita Harbottle estaba sentada, con la cabeza inclinada, ante la caja del dinero, ahora vacía; parecía totalmente desconcertada. Era una caja negra, brillante, nueva, con las palabras «Gastos menores» impresas sobre la tapa en letras blancas. En su interior había un libro rojo con las entradas y salidas anotadas pulcramente en dos columnas. Pero no había dinero.

Sus hombros poderosos se hundían con desolación. Levantó incrédula el libro rojo entre el índice y el pulgar y una moneda solitaria de seis peniques salió rodando de entre sus páginas y cayó en la caja.

—Ya lo ha hecho otra vez —susurró, sigilosa. Se oyeron unos pasos en el corredor.

—¡Señor Farnon! —gritó ella.

Y a mí:

—Es realmente absurdo el modo en que ese hombre intenta siempre deslizarse al pasar ante esta puerta.

Siegfried entró. Llevaba un tubo y bomba estomacales en una mano, botellas de calcio le rebosaban de los bolsillos de la chaqueta, y sostenía un castrador en la otra mano.

Sonrió alegremente, pero comprendí que se sentía incómodo, no solo por la carga que llevaba sino por su mala situación táctica. La señorita Harbottle había colocado la mesa en ángulo, en el rincón diagonalmente opuesto a la puerta, y Siegfried tenía que cruzar un largo trecho de alfombra hasta llegar a ella. Según el punto de vista de la señorita Harbottle, la situación era estratégicamente perfecta. Desde su ángulo podía ver todos los rincones de la habitación, el corredor cuando la puerta estaba abierta, e incluso la calle ante la casa desde la ventana a su izquierda. Nada se le escapaba. Era una situación de poder.

Siegfried contempló aquella figura regia y cuadrada tras la mesa.

—Buenos días, señorita Harbottle. ¿Qué se le ofrece?

Los ojos grises relampaguearon tras las gafas de montura de oro.

—Se me ofrece mucho, señor Farnon. ¿Puede explicarme por qué ha vuelto a vaciar mi caja de gastos menores?

—Oh, lo siento. Tuve que salir corriendo hacia Brawton anoche y me encontré algo escaso de fondos. En realidad no tenía otro sitio al que acudir.

—Pero, señor Farnon, en los dos meses que llevo aquí ya hemos pasado por esto una docena de veces. ¿De qué sirve que intente llevar las cuentas al céntimo en la clínica si usted insiste en cogerlo y gastárselo?

—Bueno, supongo que cogí esa costumbre en los viejos días de la jarra. No era un mal sistema, la verdad.

—No era un sistema en absoluto. Era pura anarquía. Así no se puede llevar un negocio. Pero esto ya se lo he dicho tantas veces, y en cada ocasión me ha prometido cambiar de costumbres, que creo haber llegado al límite.

—Oh, no tiene importancia, señorita Harbottle. Saque dinero del banco y métalo en la caja. Así arreglará las cuentas. —Siegfried recogió los extremos del tubo estomacal que llegaban hasta el suelo y se dispuso a salir, pero la señorita Harbottle se aclaró la garganta en tono de aviso.

—Hay un par de cositas más. ¿Quiere hacerme el favor de cumplir también esa otra promesa que me hizo de anotar las visitas en el libro cada día y ponerles su precio al hacerlo? Lleva casi una semana sin escribir nada en él. ¿Cómo puedo preparar las facturas para que salgan el día primero de cada mes? Esto es muy importante, pero ¿cómo espera que lo haga yo si usted no colabora?

—Sí, sí, lo siento, pero ahora tengo muchas visitas esperándome. No tengo más remedio que irme —llegaba ya casi a la puerta y el tubo empezaba a caérsele otra vez cuando oyó aquel carraspeo terrible a sus espaldas.

—Y algo más, señor Farnon. Sigo sin poder descifrar su letra. Los términos médicos ya son bastante difíciles, de modo que, por favor, tenga mucho cuidado y no escriba jeroglíficos.

—Muy bien, señorita Harbottle —se apresuró a cruzar la puerta y salió al corredor donde, al parecer, había para él seguridad y paz. Ya pisaba con aire satisfecho las baldosas cuando lo alcanzó el carraspeo familiar. La señorita Harbottle era capaz de proyectar ese sonido a sorprendente distancia solo con darle un poquito de énfasis, y era una llamada que había de ser obedecida. Le oí dejar cansadamente el tubo y la bomba en el suelo; las botellas de calcio se le debían estar clavando en las costillas porque oí que las dejaba también.

Se presentó de nuevo ante la mesa. La señorita Harbottle agitó un índice muy tieso ante su rostro.

—Y ya que está aquí, me gustaría hablarle de otra cuestión que también me molesta. Mire este libro diario. ¿Ve todos estos papelitos que salen de las páginas? Todos son dudas, debe haber docenas, y no puedo hacer nada hasta que me las aclare. Cuando se lo pido nunca tiene tiempo. ¿Puede repasarlas ahora conmigo?

Siegfried se retiró apresuradamente.

—No, no, precisamente ahora, no. Como dije, tengo muchas visitas urgentes esperándome. Lo siento mucho, pero tendrá que ser en algún otro momento. A la primera oportunidad que tenga, vendré y las repasaré con usted —tanteó la puerta a sus espaldas y, con una última mirada a la figura maciza y desaprobadora tras la mesa, dio la vuelta y salió huyendo.

Ahora ya contaba con seis meses de experiencia práctica muy dura. Había tratado vacas, caballos, cerdos, perros y gatos siete días a la semana, por la mañana, tarde y noche, y hasta en las horas en que el mundo dormía. Había ayudado a nacer a terneros y cochinitos hasta tener los brazos doloridos y con la piel desgarrada. Me había visto derribado, pisoteado y literalmente arrojado sobre toda clase de estiércol. Había visto ya gran parte de todas las posibles enfermedades de los animales. Y, sin embargo, allá en el fondo de mi mente había empezado a sonar una vocecita que me decía que no sabía nada, nada en absoluto.

Era extraño, ya que estos seis meses se habían acumulado a cinco años de teoría; una asimilación lenta y penosa de miles de hechos, un almacenamiento de fragmentos de conocimiento tan intenso y cuidadoso como el de la ardilla que almacena sus nueces. Empezando con el estudio de las plantas y formas más inferiores de vida, continuando con la disección en el laboratorio de anatomía y fisiología hasta llegar a abarcar el territorio vasto y hostil de la materia médica. Luego la patología, que desgarrara la cortina de la ignorancia y me dejara contemplar por primera vez sus profundos secretos. Y la parasitología, ese otro mundo prolífico de los gusanos, moscas y el arador de la sarna. Finalmente medicina y cirugía, la cristalización de mi conocimiento y su aplicación a las enfermedades diarias de los animales.

Y otras muchas cosas más, como la física, la química, la higiene; no nos habían perdonado nada. Entonces, ¿por qué empezaba a creer que no sabía nada? ¿Por qué empezaba a sentirme como un astrónomo que mirara a través del telescopio a una galaxia desconocida? Esta sensación de ir apenas tanteando en un espacio sin límites era deprimente. Y tenía gracia, ya que cuantos me rodeaban parecían saberlo todo sobre los animales enfermos. El muchacho que sostenía el rabo de la vaca, el vecino de la granja de al lado, los hombres en las tabernas, los jardineros, todos sabían de todo y eran muy liberales con sus consejos.

Intenté repasar mi vida. ¿Había habido algún momento en que hubiera sentido una fe profunda en mis propios conocimientos? Y entonces recordé.

Estaba en Escocia, tenía diecisiete años y caminaba bajo el arco de la Facultad de Veterinaria, en la calle Montrose, de Glasgow. Llevaba ya tres días como estudiante, pero solo esta tarde había sentido la emoción de la plena realización. Trabajar con la botánica y zoología estaba bien, pero esta tarde había disfrutado de lo auténtico: mi primera conferencia sobre el trato de los animales.

El tema había sido el estudio del caballo. El profesor Grant había colgado una lámina de un caballo de tamaño natural y lo había ido describiendo del morro a la cola indicando la cruz, la nuca, las articulaciones de las patas traseras, los jarretes y los demás términos equinos. Y el profesor había demostrado su experiencia para hacer más interesante la conferencia, pues había ido dándonos consejos prácticos como: «Aquí es donde encontramos la corvaza», «Aquí la aventadura». Había hablado de huesos salidos, de sobrehuesos, de inflamación de las patas, cosas que los estudiantes no habíamos de aprender sino hasta cuatro años más tarde, pero que ya nos parecían reales.

Las palabras seguían girando en mi cabeza mientras bajaba lentamente por aquella calle en pendiente. A esto era a lo que yo había venido. Me parecía haber pasado por una dura iniciación y ser ya miembro de un Club muy exclusivo. Ahora sí que sabía de caballos. Y llevaba un impermeable completamente nuevo con toda suerte de correas y hebillas que aleteaban contra mis piernas cuando di la vuelta a la esquina y entré en la bulliciosa Newton Road.

Apenas podía creer en mi suerte cuando vi el caballo. Estaba de pie ante la biblioteca, más allá de *Queen's Cross*, como un ser de otra época. Parecía colgar desanimado de los palos de un carro de carbón, como una isla entre la corriente intensa de coches y autobuses. Los transeúntes pasaban sin parar mientes en él, pero yo tuve la impresión de que la fortuna me sonreía especialmente a mí.

Un caballo. No solo un grabado, sino un caballo auténtico, genuino. Palabras sueltas de la conferencia flotaban en mi mente: el trabadero, la canilla, la corona del casco y todas las partes de sus miembros. Me detuve en la acera y examiné críticamente al animal.

Pensé que todos los transeúntes comprenderían que yo era un experto. No solo un curioso, sino un hombre que sabía y comprendía todo. Me rodeaba un aura invisible de sabiduría caballar.

Di unos pasos arriba y abajo, las manos muy hundidas en los bolsillos de mi impermeable nuevo, los ojos buscando fallos posibles en las herraduras, o una hinchazón en las piernas, o esparavanes. Tan completa fue mi inspección que le di la vuelta al caballo y me planté en medio del tránsito, con peligro para mi vida.

Estudié a la gente que pasaba con prisa. A nadie parecía importarle, ni siquiera al caballo. Era muy grande, al menos diecisiete palmos, y contemplaba con apatía la calle, aliviando alternativamente las patas, como aburrido. No me gustaba dejarlo, pero había terminado mi examen y era hora de irme. Sin embargo, creí necesario hacer un gesto importante antes de marcharme, algo que dijera al caballo que yo comprendía sus problemas, que ambos pertenecíamos a la misma hermandad. Me adelanté ligeramente y le di un golpecito en el cuello.

Como una cobra, el caballo echó la cabeza a un lado y me cogió por el hombro con sus dientes grandes y verdosos, alzó las orejas, sus ojos giraron maliciosamente y me levantó sobre mis pies. Quedé colgado, incapaz de hacer nada, suspendido como una marioneta. Me agité, intenté golpearlo, pero los dientes se habían clavado como garras en la tela de mi impermeable.

Ahora ya no había duda del interés de los transeúntes. La vista grotesca de un hombre colgado de la boca de un caballo los obligó a detenerse y toda una muchedumbre se reunió en torno, unos mirando por encima del hombro de los primeros y otros luchando en el fondo para ver qué pasaba.

Una señora gritaba horrorizada:

—¡Oh, pobre chico! Que alguien le ayude.

Algunos de los más valientes intentaron tirar de mí, pero el caballo se encabritó un poco y aún se agarró más fuerte. Por todas partes se oían consejos contradictorios. Con profunda vergüenza vi a dos muchachas muy atractivas, en primera fila, riéndose como locas.

Aterrado ante lo absurdo de mi situación empecé a removerme con furia. El cuello de la camisa me desgarraba la garganta, una corriente de saliva del caballo iba cayéndome por la parte delantera del impermeable. Comprendí que iba a ahogarme, y ya había abandonado toda esperanza cuando un hombre se abrió camino a empujones entre la gente.

Era muy pequeño. Unos ojos furiosos me contemplaron en un rostro ennegrecido por el carbón.

—¿Qué diablos es esto? —gritó. Una docena de respuestas cortaron el aire.

—¿Es que no podía dejar en paz al maldito caballo? —gritó ante mi rostro. No contesté, pues los ojos se me salían de las órbitas, estaba medio estrangulado y no tenía ganas de conversación.

El cochero descargó toda su furia sobre el caballo.

—¡Suéltalo, bastardo! ¡Vamos, suéltalo, déjalo ya!

Al no obtener respuesta le dio un golpe terrible en el vientre con el puño. El caballo lo entendió entonces y me soltó como un perro obediente que suelta un hueso. Caí de rodillas y me quedé un rato en la calzada hasta que pude respirar con más facilidad. Como a gran distancia me llegaban los gritos del hombrecillo.

Al cabo de algún tiempo me puse en pie. El carbonero seguía chillando y la multitud lo escuchaba encantada.

—¿A qué demonios cree que está jugando...? Deje en paz a mi maldito caballo... Voy a llamar a la policía...

Contemplé mi impermeable nuevo. El hombro estaba convertido en una masa húmeda. Comprendí que debía escapar y empecé a abrirme paso entre la gente. Había rostros preocupados, pero la mayoría sonreían. Una vez fuera me alejé a grandes zancadas y, al dar la vuelta a la esquina, aún me alcanzó el último y débil grito del carbonero.

—¡Y no se meta en lo que no entiende!

19

Repasé oficiosamente el correo de la mañana, el montón habitual de facturas, circulares, anuncios de brillantes colores de nuevas drogas... Lo de costumbre. Al término de unos cuantos meses se había pasado la novedad y apenas me molestaba en leerlos. Casi había llegado al fondo del montón cuando tropecé con algo distinto: un sobre de aspecto caro, de papel muy recio y dirigido a mí personalmente. Lo abrí y saqué una tarjeta impresa en oro que repasé rápidamente. Pude sentir que el rubor cubría mi rostro y me la metí en el bolsillo.

Siegfried terminó de comprobar la lista de llamadas y alzó la vista.

—¿Por qué tienes ese aspecto tan culpable, James? ¿Es que tu pasado ha caído sobre ti? Bueno, ¿qué es...? ¿La carta de una madre ultrajada?

—Está bien, ahí va —dije torpemente, sacando la tarjeta y entregándosela—. Ríete lo que quieras. Supongo que lo averiguarías de todos modos.

El rostro de Siegfried carecía de expresión mientras leía la tarjeta en voz alta: «Tricki solicita el placer de la compañía de tío Herriot el viernes 5 de febrero. Bebidas y baile». Alzó la vista y habló muy en serio:

—Bueno, ¿no es un encanto? Debe ser uno de los pequineses más generosos de Inglaterra... No le basta con enviarte salmón, tomates y cestas... También ha de invitarte a una fiesta en su casa.

Le arrebaté la tarjeta y la hice desaparecer.

—De acuerdo, de acuerdo, lo sé. Pero ¿qué se supone que debo hacer?

—¿Hacer? Lo que has de hacer es sentarte inmediatamente y escribir una carta dando las gracias y diciendo que estarás allí el cinco de febrero. Las fiestas de la señora Pumphrey son famosas. Montañas de comida exótica, ríos de champaña. No te lo pierdas, hazlo allí lo que hazlo.

—¿Habrá mucha gente? —pregunté, restregando incómodo los pies.

Siegfried se golpeó en la frente con la palma de la mano.

—¡Claro que habrá mucha gente! ¿Qué te creías? ¿Esperabas estar a solas con Tricki, tomaros unas cervezas juntos y bailar un foxtrot lento con él? La crema del condado estará allí de etiqueta, pero doy por sentado que no habrá

un invitado más agasajado que el tío Herriot. ¿Por qué? Porque la señora Pumphrey habrá invitado a los demás, pero Tricky es el que te ha invitado a ti.

—Está bien, está bien —gemí—. El caso es que no tengo una chica que me acompañe ni traje de etiqueta. No me apetece.

Siegfried se levantó y me puso la mano en el hombro.

—Mi querido muchacho, no te preocupes. Siéntate y acepta la invitación, y luego vete a Brawton y alquila un traje para esa noche. No estarás solo durante mucho tiempo... Las jovencitas se pelearán unas con otras por bailar contigo —me dio un golpecito final en el hombro al dirigirse hacia la puerta; antes de salir se volvió, y su expresión era grave—. Y recuerda, por el amor de Dios: no escribas a la señora Pumphrey. Dirige la carta al mismo Tricky o te has caído.

Mis pensamientos eran algo confusos cuando me presenté en la mansión Pumphrey la noche del 5 de febrero. Una doncella me hizo pasar al recibidor y vi a la señora Pumphrey recibiendo a sus invitados en la entrada del salón de baile, y más allá, a una muchedumbre elegante, todos en pie con la copa en la mano. Había un rumor suave de buena educación, un ambiente de riqueza. Me enderecé la corbata del traje alquilado, inspiré profundamente y aguardé.

La señora Pumphrey sonreía dulcemente al darle la mano a la pareja que iba delante de mí, pero al verme su rostro se puso radiante.

—¡Oh, señor Herriot! ¡Cuánto le agradezco que haya venido! Tricky quedó tan encantado al recibir su carta... En realidad debemos ir a verlo ahora —me hizo cruzar el recibidor.

—Está en la salita —susurró—. Entre nosotros, él encuentra estas cosas bastante aburridas, pero se pondría sencillamente furioso si no lo llevara allí un momentito.

Tricky estaba enroscado en un sillón junto a un fuego brillante. Cuando me vio saltó al respaldo del sofá ladrando de alegría, su boca enorme y riente cortándole en dos el rostro. Intentaba evitar que me lamiera toda la cara cuando alcancé a ver dos enormes boles de comida sobre la alfombra. Uno contenía casi medio kilo de pollo a trocitos; el otro era un pastel ya hecho migas.

—¡Señora Pumphrey! —troné, señalando los recipientes. La pobre mujer se llevó la mano a la boca y se apartó de mí.

—¡Oh, perdóneme! —gimió, y su rostro era la viva estampa de la culpabilidad—. Era algo especial porque él está solito esta noche. Y hace tanto frío además... —Se retorció las manos y me miraba abyectamente.

—Le perdonaré —dije con firmeza— si se lleva la mitad del pollo y todo el pastel.

Aturdida, como una niña cogida en una travesura, hizo lo que le dije.

Me separé con pena del pequeño pequinés. Había sido un día muy ocupado y estaba soñoliento por las horas que pasara trabajando de madrugada bajo un frío cruel. Esa habitación, con la chimenea y la luz suave, me parecía más acogedora que el brillo ruidoso del salón de baile, y hubiera preferido enroscarme allí con Tricky sobre las rodillas durante una hora o dos.

Pero la señora Pumphrey se disponía a organizarme la velada.

—Ahora tiene que venir y conocer a algunos de mis amigos.

Entramos en el salón de baile, donde las luces de tres candelabros de cristal tallado se reflejaban en los muchos espejos de los muros de tonos crema y oro. Pasamos de grupo en grupo mientras la señora Pumphrey iba presentándome, y yo me encogía de vergüenza cada vez que me describía como «el querido tío de Tricky». Pero, o bien eran personas de gran dominio propio, o bien estaban ya familiarizadas con la obsesión de su anfitriona, porque todas recibieron tal información con la más completa seriedad.

Junto a un muro, una orquesta de cinco músicos afinaba sus instrumentos, y unos camareros de chaqueta blanca pasaban presurosos entre los invitados, con bandejas de comida y bebida. La señora Pumphrey detuvo a uno de los camareros.

—François, champaña para este caballero.

—Sí, *madame* —respondió este, presentándome su bandeja.

—No, de estas no. Quiero las copas más grandes.

François se fue a toda prisa y volvió con algo semejante a un plato sopero con el pie tallado. Rebosaba de champaña.

—¿François?

—Sí, *madame*.

—Este caballero es el señor Herriot. Quiero que se fije bien en él.

El camarero volvió hacia mí un par de ojos tristes de spaniel y me estudió por unos momentos.

—Quiero que se cuide de él. Procure que su vaso esté siempre lleno y que coma mucho.

—Desde luego, *madame* —me hizo una inclinación y nos dejó.

Enterré el rostro en el champaña helado y, cuando levanté la vista, allí estaba François sosteniendo una bandeja de canapés de salmón ahumado.

Esa fue la tónica durante toda la noche. François parecía estar pendiente únicamente de mí, llenándome la enorme copa y trayéndome bocados

exquisitos. Todo resultaba encantador; los canapés salados me despertaban la sed, que saciaba con buenos tragos de champaña; luego tomaba otras cositas que volvían a dejarme sediento y François, sin el menor fallo, me llenaba la copa.

Era la primera vez que tenía oportunidad de beber champaña a litros, y la experiencia resultó insuperable. Me sentía consciente del aumento de mis facultades de percepción y de una ligereza de miembros deliciosa. Aquel mundo desconocido dejó de asustarme y empecé a disfrutar de él. Me dediqué a bailar con todas: jovencitas esbeltas, señoras maduras y hasta, en dos ocasiones, con una señora Pumphrey muy risueña y animada.

Hablé muchísimo y de modo muy ingenioso además. A mí mismo me asombraron mis observaciones tan agudas. En cierto momento me vi en un espejo: una figura distinguida con el vaso en la mano, el traje alquilado cayendo desde mis hombros con serena elegancia. Me quedé sin aliento.

Comiendo y bebiendo, charlando y bailando, la noche pasó a toda prisa. Cuando llegó la hora de irme, ya con el abrigo puesto y dándole la mano a la señora Pumphrey en el recibidor, François apareció de nuevo con un plato de sopa caliente. Parecía preocupado por si me desmayaba en el camino a casa.

Una vez tomada la sopa, la señora Pumphrey dijo:

—Y ahora tiene que venir y darle las buenas noches a Tricki. Nunca le perdonaría si no lo hiciera —entramos en su habitación y el perrito bostezó desde las profundidades del sillón y agitó la cola. La señora Pumphrey me puso la mano en la manga—. Mientras está aquí, ¿quiere, por favor, examinarle las uñitas? He estado un poco preocupada, por si acaso le crecen demasiado.

Alcé las patitas una a una y examiné las uñas mientras Tricki me lamía perezosamente la mano.

—No, no necesita preocuparse. Están muy bien.

—Muchísimas gracias, se lo agradezco de verdad. Por favor, venga a lavarse las manos.

En el cuarto de baño ya familiar, con sus piezas todo verde mar, con los peces de esmalte sobre los muros, el tocador y las botellas en los estantes de cristal, miré en torno mientras caía el agua muy caliente. Ahí estaba mi propia toalla junto al lavabo y, como siempre, la pastilla nueva de jabón, jabón que hacía espuma en un instante y dejaba un aroma a producto caro. Era el toque final más adecuado para una noche perfecta.

Habían sido unas cuantas horas de lujo y luminosidad cuyo recuerdo me llevaría a Skeldale House.

Una vez allí, me metí en la cama, apagué la luz y me tumbé de espaldas contemplando la oscuridad. Todavía la música seguía girando en mi espalda, y me sumergía de nuevo en el salón de baile cuando sonó el teléfono.

—Aquí Atkinson, de Beck Cottage —dijo una voz lejana—. Tengo una cerda que no consigue parir. Lleva en ello toda la noche. ¿Quiere venir?

Miré el reloj al dejar el teléfono. Eran las dos de la mañana. Me sentía muy torpe. ¡Una lechigada de puercos para rematar el champaña; el salmón ahumado y aquellas galletitas con su capa de caviar! Y en Beck Cottage, uno de los lugares más pobres del distrito. No era justo.

Adormilado aún, me quité el pijama y me puse la camisa. Al alargar la mano para coger los pantalones de pana tan rígidos que me ponía para trabajar, procuré no mirar el traje alquilado que colgaba en un ángulo del armario.

Bajé con torpeza hasta el jardín y el garaje. En la oscuridad del patio cerré los ojos, y volví a ver los candelabros brillantes y su reflejo en los espejos, y, sobre todo, volví a oír la música.

Solo había unos tres kilómetros hasta Beck Cottage. Estaba en un hueco profundo entre los valles y en invierno era un mar de barro. Dejé el coche y caminé tropezando en la oscuridad hasta la puerta de la casa. Nadie contestó a mi llamada, así que me trasladé al edificio fronterizo y abrí la media puerta del establo. El dulce y cálido olor bovino vino a mi encuentro mientras seguía el camino marcado por una luz muy débil hacia el extremo más alejado, donde había una figura en pie.

Pasé junto a la fila de vacas en sombras, con tablas divisorias carcomidas entre ellas, y junto a los montones de estiércol apilados tras los animales. El señor Atkinson no tenía demasiada fe en una limpieza excesiva y frecuente.

Tropezando sobre el suelo hendido, metiendo los pies en charcos de orina, llegué al fin al punto en que habían hecho una zahúrda, cerrando un ángulo con una verja de madera. Tan solo podía adivinar la forma de la cerda, un cuerpo pálido a aquella media luz, tumbada de lado. Habían colocado un lecho de paja bajo el animal que estaba muy quieto a excepción del temblor de sus flancos. Mientras la observaba aspiró e hizo fuerza durante unos segundos, se detuvo e inmediatamente comenzó otra vez.

El señor Atkinson me recibió sin entusiasmo. Era un hombre de mediana edad, con barba de una semana y un sombrero viejo cuyo borde le caía sobre las orejas. Estaba apoyado en la pared, con una mano hundida en el bolsillo del traje raído, la otra sosteniendo una lámpara de bicicleta cuya batería se agotaba por instantes.

—¿Es esta toda la luz que tenemos? —pregunté.

—Pues claro —contestó el señor Atkinson, indudablemente sorprendido. Pasó los ojos de la lámpara a mí como si dijera: ¿Y qué más quiere?

—Está bien —dirigí la luz hacia mi paciente—. Muy joven, ¿no?

—Seguro, una chiquilla. Su primera lechigada.

La cerda hizo fuerza otra vez, tembló y se quedó quieta.

—Hay algo que impide que salgan, supongo —dije—. ¿Quiere traerme un pozal de agua caliente, jabón y una toalla, por favor?

—No tengo agua caliente. El fuego está apagado.

—De acuerdo: tráigame lo que tenga.

El granjero se alejó, los zuecos resonando en el establo, llevándose la luz, y, con la oscuridad, la música volvió a mí de nuevo. Era un vals de Strauss y yo bailaba con *lady* Frenswick. Ella era joven y muy linda, y se reía mientras la llevaba en mis brazos de acá para allá. Veía sus hombros muy blancos y los diamantes que centelleaban y se reflejaban en los espejos.

El señor Atkinson volvió resoplando y dejó caer una cubeta de agua en el suelo. Metí el dedo: fría como el hielo. Y la cubeta había visto mejores días; tendría que vigilar para no herirme los brazos con aquel borde todo roto.

Quitándome rápidamente la chaqueta y camisa quedé aterido cuando una maldita corriente me recorrió la espalda.

—Jabón, por favor —dije con los dientes muy apretados.

—Está en la cubeta.

Hundí el brazo en el agua sin dejar de temblar y rebusqué por allí hasta encontrar un objeto más o menos redondo del tamaño de una pelota de golf. Lo saqué y lo examiné; era duro y rugoso como un guijarro de la playa. Con todo optimismo empecé a darle vueltas entre las manos y a subírmelo por los brazos, esperando a que se formara espuma. Pero el jabón se mostró impertérrito: nada.

Descarté la idea de pedir otro jabón para que no lo tomara como una queja más. Pero cogí la luz y salí del establo al patio, notando cómo se me metía el barro, a pesar de las botas de goma, y tenía la piel de gallina. Busqué en el maletero, sin dejar de oír el castañeteo de mis dientes, hasta que encontré un jarro de crema lubricante antiséptica.

De nuevo en la zahúrda me unté el brazo con crema, me arrodillé tras la cerda y metí suavemente la mano en la vagina. Al avanzar en mi inspección, y cuando la muñeca y el codo desaparecieron en el interior del animal, me vi obligado a tumbarme de lado. Las piedras estaban heladas y húmedas pero olvidé la incomodidad en cuanto mis dedos tocaron algo: un diminuto rabito.

Casi una presentación transversal y el cerdito más grande atascado allí como un corcho en una botella.

Utilizando un solo dedoforcé a los miembros traseros a retirarse hasta que pude cogerlos y sacar al cerdito.

—Este es el que causaba el problema. Me temo que ha muerto; lleva estrujado ahí demasiado tiempo. Pero puede que quede alguno vivo todavía. Lo intentaré otra vez.

Volví a engrasarme el brazo y lo metí de nuevo justo en el interior del os *uteri*, casi al final de mi brazo, encontré otro cerdito y estaba tanteándole el rostro cuando unos diente-cillos pequeños pero muy agudos se me clavaron en el dedo.

Solté un grito y alcé la vista hacia el granjero desde mi lecho de piedra.

—Por lo menos este sí está vivo. Pronto lo tendremos fuera.

Pero el cerdito tenía otras ideas. No mostraba el menor deseo de abandonar su cálido hogar y, cada vez que le agarraba una patita resbaladiza entre los dedos, conseguía soltarse. Cuando ya llevaba unos minutos metido en este juego sentí un calambre en el brazo. Me relajé echándome para atrás, descansando la cabeza en las piedras, con el brazo aún dentro de la cerda. Cerré los ojos e inmediatamente me hallé de nuevo en el salón de baile, en un ambiente acogedor de luces brillantes. Sostenía entre las manos aquella copa enorme mientras François me servía de la botella; luego estaba bailando, esta vez muy cerca de la orquesta, y el director, sin dejar de marcar el ritmo con una mano, se volvió y me sonrió, me sonrió y se inclinó, como si hubiera estado esperando mi presencia toda la vida.

Le devolví la sonrisa pero el rostro del director de orquesta desapareció y solo vi al señor Atkinson que me contemplaba inexpresivo, el rostro sin afeitar y las cejas peludas con un relieve siniestro merced a la luz que le llegaba de abajo arriba desde la lámpara de bicicleta.

Sacudí la cabeza y alcé la mejilla del suelo. Así no iba a ninguna parte. Me estaba durmiendo en pleno trabajo. O estaba muy cansado, o todavía llevaba dentro mucho champaña. Alargué el brazo de nuevo y cogí la patita firmemente entre dos dedos y esta vez, a pesar de la lucha, el cerdito salió al mundo. Una vez llegado pareció aceptar la situación y trotó filosóficamente hacia las tetas de su madre.

—La cerda no ayuda nada —dije—. Lleva tanto tiempo en esto que está agotada. Voy a darle una inyección.

Otra expedición helada a través del barro hasta el coche, una inyección de pituitrina en el muslo del animal y en unos minutos comenzó la acción con

fuertes contracciones del útero. Ahora no había obstrucción y pronto quedó depositado sobre la paja un cerdito rosado; luego otro y otro y otro.

—Ahora salen todos en fila y muy bien —dije. El señor Atkinson gruñó, satisfecho.

Ocho cerditos habían nacido ya, y la luz de la lámpara se agotaba rápidamente, cuando salió la masa oscura de la placenta.

Me froté los brazos helados.

—Bien, yo diría que aquí está todo el lote —súbitamente me sentía aterido. Ignoro el tiempo que permanecí allí de pie contemplando la maravilla que jamás se me hacía rutinaria: los cerditos luchando por ponerse en pie y dirigiéndose sin guía alguna hacia la fila larga y doble de las tetas; la madre, acabado su primer parto, dándose la vuelta para exponer sus mamas todo lo posible a las boquitas hambrientas.

Sería mejor que me vistiera a toda prisa. Probé de nuevo aquel jabón duro como el mármol, pero me derrotó como la vez anterior. Me pregunté cuánto tiempo lo habrían tenido en la familia. Mi mejilla derecha, mis costillas, todo el lado derecho de mi cuerpo estaba empapado de suciedad y mucosidad. Hice lo posible por quitarme algo con las uñas, luego me enjuagué con el agua fría del pozal.

—¿Tiene una toalla? —murmuré con dificultad.

Sin una palabra, el señor Atkinson me alargó un saco. Tenía los bordes rígidos por el estiércol y olía a moho por los cereales que contuviera hacía tiempo. Lo cogí y empecé a frotarme el pecho; unos granos podridos me espolvorearon la piel y las últimas burbujas de champaña me abandonaron para siempre huyendo por los agujeros de los ladrillos del muro y estallando tristemente en la oscuridad, más allá.

Me cubrí la espalda muy dolorida, comprendiendo que había vuelto a mi propio mundo. Me abroché la chaqueta, recogí la jeringuilla y la botella de pituitrina y salí de la zahúrda. Eché una última mirada antes de irme. La lámpara de bicicleta lanzaba un fulgor débil y postrero y tuve que asomarme sobre la verjita para ver la fila de cerditos mamando afanosamente, totalmente absortos. La cerda cambió cuidadosamente de posición y gruñó. Era un gruñido de profunda satisfacción.

Sí, había vuelto, y todo estaba bien. Conduje el coche sobre el barro y colina arriba, donde tuve que bajarme para abrir una verja, y el viento, con el olor frío y limpio de la hierba helada, me dio en el rostro. Estuve en pie por algún tiempo mirando los campos oscuros, rememorando la noche que

terminaba ahora. Recordé mis días en la escuela, y a un viejo caballero que hablaba a la clase sobre el porvenir. Nos había dicho:

—Si deciden hacerse veterinarios jamás serán ricos, pero tendrán una vida de interés y variedad constantes.

Me reí en voz alta en la oscuridad, y, al meterme en el coche, aún seguía riendo. Aquel tipo no bromeaba desde luego. Variedad. Eso era exactamente... Variedad.

Mientras comprobaba la lista de llamadas se me ocurrió pensar que esta vez Siegfried no parecía un colegial al enfrentarse con la señorita Harbottle. En primer lugar no había entrado directamente hasta colocarse en pie delante de la mesa. El efecto era desastroso y siempre parecía vencido antes de empezar. Ahora, en cambio, se había desviado en los últimos metros situándose de espaldas a la ventana. De este modo ella tenía que volver ligeramente la cabeza para mirarlo, y además Siegfried tenía la luz a su espalda.

Se metió las manos en los bolsillos y se apoyó contra el cristal. Su rostro tenía aquella expresión de paciencia infinita, la mirada era amable y la sonrisa beatífica. Los ojos de la señorita Harbottle se estrecharon.

—Quería hablar unas palabritas con usted, señorita Harbottle. Uno o dos puntitos que me gustaría discutir. En primer lugar, su cajita para gastos menores. Es una caja estupenda y creo que tuvo mucha razón al instituirla, pero usted será la primera en estar de acuerdo conmigo en que la función principal de una caja de dinero es contener fondos —soltó una risita—. Ahora bien, anoche atendí a unos cuantos perros en la clínica y los propietarios quisieron pagarme de inmediato. No tenía cambio, y fui a buscarlo a su caja... Estaba completamente vacía. Tuve que decir que ya les enviaría la cuenta, y eso no es un buen negocio, ¿verdad, señorita Harbottle? Como veo que no resulta, debo pedirle que tenga algo de dinero suelto en la caja.

—Pero, señor Farnon, usted la vació por completo para ir a la cacería en...

Siegfried alzó la mano y su sonrisa adquirió una cualidad la extraterrena.

—Por favor, escúcheme. Hay otra cosita sobre la que quiero llamarle la atención. Estamos a día diez, y las cuentas aún no han salido. Es una situación muy poco deseable y hay varios puntos que considerar aquí.

—Pero ¡señor Farnon...!

—Un momento más, señorita Harbottle, hasta que se lo explique. Es bien sabido que los granjeros pagan las cuentas con mejor disposición si las reciben a primeros de mes. Y hay otro factor, incluso más importante —la

hermosa sonrisa había abandonado su rostro, reemplazada por una expresión de gravedad dolorosa—. ¿Se ha detenido alguna vez a pensar todo lo que pierde esta clínica con tanto dinero sin cobrar por ahí porque usted se retrasa en enviar las cuentas?

—¡Señor Farnon...!

—Casi he terminado, señorita Harbottle, y crea que me duele tener que hablarle de este modo. Pero el caso es que no puedo permitirme perder dinero por una razón tan absurda —y abrió las manos en gesto de encantadora franqueza—. De modo que, si se dedica de verdad a este asunto, estoy seguro de que todo irá bien.

—Pero ¿quiere decirme cómo puedo enviar las cuentas si usted se niega a redactar los...?

—En conclusión, señorita Harbottle, permítame decirle esto: he estado muy satisfecho de sus progresos desde que se uniera a nosotros y estoy seguro de que, con el tiempo, llegará a comprender cuanto acabo de mencionar —su sonrisa era ligeramente maliciosa cuando echó la cabeza a un lado; los firmes dedos de la señorita Harbottle se cerraron apretadamente en torno a una pesada regla de ébano—. Eficiencia —siguió Siegfried con un guiño—, eso es lo que necesitamos... Eficiencia.

Dejé caer la aguja de sutura en la bandeja y me eché atrás para contemplar mi obra.

—Bien pensado, y, aunque sea yo quien lo diga, esto está muy bonito.

Tristán se inclinó sobre el perro inconsciente y examinó la limpia incisión con su fila de puntos iguales.

—Muy bonito, en verdad, muchacho. Ni yo mismo podría haberlo hecho mejor.

El perro, un gran labrador negro, estaba echado de lado pacíficamente en la mesa, con la lengua colgante, los ojos vidriosos y sin vista. Nos lo habían traído con un tumor sobre las costillas y yo había decidido que era un simple lipoma, muy benigno y capaz de ser extirpado. Y así resultó; el tumor había salido con una facilidad casi ridícula, redondo, intacto y brillante, como un huevo duro de su cáscara. Ni hemorragia, ni temor de recaída.

De aquel peligro oculto solo restaba esta cicatriz tan aseada que quedaría invisible en pocas semanas. Me sentía satisfecho.

—Será mejor que lo conservemos aquí hasta que despierte —dije—. Échame una mano para ponerlo sobre esas mantas —dejamos al perro muy cómodo delante de una estufa eléctrica y me fui a iniciar mi ronda de la mañana.

Durante el almuerzo fue cuando oímos por primera vez aquel sonido extraño, mezcla de gemido plañidero y de aullido, que se iniciaba suavemente hasta convertirse en un rugido antes de recorrer tembloroso toda la escala hasta el silencio.

Siegfried alzó, asustado, la vista del plato.

—En nombre de Dios, ¿qué es eso?

—Debe ser el perro que operé esta mañana —contesté—. De vez en cuando a uno le da por ahí al despertar de los barbitúricos. Espero que acabe pronto.

Me miró dubitativamente:

—Bueno, eso espero... No podré aguantarlo mucho. Me da escalofríos.

Pasamos a la clínica y examinamos al perro. Pulso fuerte, respiración profunda y regular, las membranas mucosas de buen color. Aún estaba tendido e inmóvil y la única señal de que fuera recobrando la consciencia era aquel aullido lastimero que se repetía sin fallo cada diez segundos.

—Sí, está perfectamente bien —dijo Siegfried—. Pero ¡qué maldito ruido! Salgamos de aquí.

Terminamos rápidamente el almuerzo en silencio, a excepción de aquel lamento incesante. Apenas se había tragado Siegfried el último bocado cuando ya estaba en pie.

—Bien, he de salir volando. Tengo mucho que hacer esta tarde. Tristán, creo que sería buena idea que te trajeras el perro a la sala y lo pusieras junto al fuego. Así podrías quedarte a su lado y vigilarlo.

Tristán quedó atónito:

—¿Pretendes decir que he de permanecer en la misma habitación con ese ruido infernal toda la tarde?

—Sí, eso es lo que quiero decir. No podemos enviarlo a casa tal como está, y no quiero que le suceda nada. Necesita cuidados y atención.

—¿Te gustaría, quizás, que le sostuviese la patita, o que le llevara en coche a dar una vueltecita por la plaza del mercado?

—No me vengas con frescuras. Te quedarás con el perro, y es una orden.

Tristán y yo transportamos al pesado animal por el pasillo, sobre las mantas, luego me fui a hacer las visitas de la tarde.

Me detuve por última vez a contemplar aquella mole negra junto al fuego y a Tristán lastimosamente encogido en su sillón. El ruido era atronador. Cerré la puerta a toda prisa.

Era ya de noche cuando regresé y la vieja casa se recortó ante mí, negra y silenciosa contra el cielo helado. Es decir, silenciosa a excepción de los gemidos que despertaban ecos en el pasillo y se filtraban pavorosamente hasta la calle desierta. Miré el reloj al cerrar la puerta del coche. Eran las seis en punto, de modo que Tristán había aguantado aquello durante cuatro horas. Subí corriendo los escalones y recorrí el pasillo y, al abrir la puerta de la sala, el ruido estalló en mi cabeza. Tristán estaba de pie, de espaldas a mí, contemplando a través del ventanal la oscuridad del jardín, con las manos hundidas en los bolsillos, y unos tapones de algodón rebosaban de sus oídos.

—Bueno, ¿cómo ha ido? —pregunté.

No hubo respuesta, así que fui a su lado y le di en el hombro. El efecto fue espectacular. Tristán pegó un salto en el aire y se volvió en redondo. Tenía el rostro ceniciento y temblaba violentamente.

—¡Dios me ayude, Jim! Casi me has matado del susto. No puedo oír nada con estos taponés... excepto al perro, claro. Eso no hay nada que lo impida.

Me arrodillé junto al labrador y le examiné. El estado del perro era excelente pero, a excepción de un débil reflejo en el ojo, no había señales de que recuperara el sentido. Y seguía con sus gemidos lastimeros y punzantes.

—Le está costando demasiado tiempo despertar —dije—. ¿Se ha pasado así toda la tarde?

—Exactamente así. No ha variado en lo más mínimo. Y no malgastes tu compasión con ese diablo aullador. Es tan feliz como un chiquillo junto al fuego... Él no se entera de nada. Pero ¿y yo? Tengo los nervios destrozados de escucharlo hora tras hora. Un poco más y tendrás que darme una inyección a mí también —se pasó la mano temblorosa por el pelo y un músculo empezó a agitarse en su mejilla.

Lo cogí del brazo.

—Ea, vamos a cenar. Te sentirás mejor si tomas algo.

Lo conduje sin resistencia al comedor.

Siegfried estuvo en excelente forma durante toda la cena. Su estado de ánimo parecía pleno de regocijo, y monopolizó la conversación, pero no se refirió ni por casualidad al concierto del cuarto vecino. Sin embargo, no había la menor duda de que Tristán sí lo percibía.

Cuando salimos del comedor, Siegfried me puso la mano en el hombro.

—Recuerda que tenemos esa reunión en Brawton esta noche, James. El viejo Reeves hablará de las enfermedades de las ovejas... y generalmente habla muy bien. Es una lástima que no puedas venir tú también, Tristán, pero me temo que habrás de quedarte con el perro hasta que vuelva en sí.

Tristán cerró los ojos como si lo hubieran golpeado.

—¡Oh, no! ¡Otra sesión con ese maldito animal no! Me está volviendo loco.

—Pero es que hoy no hay nadie más. James o yo nos hubiéramos ocupado de él esta noche, pero hemos de aparecer en la reunión. Estaría mal que no fuéramos.

Tristán regresó vacilante a la sala, y yo me puse el abrigo. Al salir a la calle me detuve un momento y escuché. El perro seguía aullando.

La reunión fue un éxito. Se efectuaba en uno de los mejores hoteles de Brawton y, como de costumbre, lo mejor fue la oportunidad de reunirse los veterinarios en el bar al término de la misma. Resultaba infinitamente consolador el escuchar los problemas y errores de los demás..., en especial los errores. Me divertía mirar en torno a la abarrotada habitación y tratar de

adivinar de qué hablaban los hombres. Aquel de allí, doblado en dos y barriendo el aire con una mano..., estaba castrando a un potro en situación erecta. Y aquel otro, con el brazo extendido, y sus dedos como si buscaran algo..., sí, era el parto de una yegua; probablemente estaba corrigiendo una flexión carpiana. Y sin demasiado esfuerzo además. La cirugía veterinaria era un juego de niños en un bar acogedor y con unas cuantas copas en el cuerpo.

Eran las once cuando nos metimos en los coches y nos dirigimos unos a nuestro agujero particular en el Yorkshire, otros a las grandes ciudades industriales del West Riding, aquellos a las playas de la costa oeste. Siegfried y yo corríamos agradecidos por el camino estrecho que se retorció entre muros de piedra hacia los Peninos norteños.

Pensé con sensación de culpabilidad que, durante las últimas horas, me había olvidado por completo de Tristán y su vigilia. Sin embargo, no podía haber sido tan malo esa noche. Sin duda el perro ya se habría tranquilizado para esa hora. Pero cuando bajé del coche en Darrowby, me quedé helado al escuchar un débil gemido que salía de Skeldale House. Era increíble; más de medianoche y el perro seguía igual. Y ¿qué sería de Tristán? No quería ni pensar en cómo iba a encontrarlo. Con cierto temor hice girar la manilla de la puerta de la sala.

La silla de Tristán era una pequeña isla en medio de un mar de botellas vacías de cerveza Magnet. El cajón de botellas estaba vuelto y apoyado contra la pared y Tristán estaba sentado en él, muy erguido y con aire solemne. Me abrí camino entre aquellos restos.

—Bueno, ¿ha sido muy duro, Triss? ¿Cómo te encuentras?

—Podía ser peor, muchacho, podía ser peor. En cuanto os fuisteis me marché a los Dovers a por un cajón de Magnet. Eso supuso una gran diferencia. Después de tomarme tres o cuatro, el perro dejó de molestarme; en realidad he estado coreando su aullido durante horas. Hemos pasado una noche muy interesante. De todas formas, ya está volviendo en sí. Míralo.

El perro había alzado la cabeza y leí el reconocimiento en sus ojos. También había cesado en sus lamentos. Me arrodillé, le di unos golpecitos en el lomo y el pobre animal trató de agitar la cola débilmente.

—Así está mejor, muchacho —dije—, pero vale más que ahora te portes bien. Le has dado un día infernal al tío Tristán.

El labrador respondió inmediatamente luchando por ponerse en pie. Dio unos cuantos pasos vacilantes y se cayó entre las botellas.

Siegfried apareció en la puerta y contempló con disgusto a Tristán, aún muy tieso y con expresión juiciosa, y al perro que vacilaba entre las botellas.

—¡Qué lío más espantoso! ¿Es que no puedes hacer nada sin convertirlo en una orgía?

Al sonido de su voz el labrador se enderezó y, en un exceso de confianza, intentó correr hacia él agitando el rabo débilmente. No llegó muy lejos y volvió a caer en un montón, enviando una botella vacía de Magnet rodando con suavidad hasta los pies de Siegfried.

Este se inclinó y le acarició la brillante cabeza negra.

—¡Qué animal más cariñoso! Yo diría que es un perro magnífico... en su estado normal, claro. Y estará recuperado por la mañana, pero el problema es: ¿qué hacemos ahora con él? No podemos dejarlo vacilante por aquí, podría romperse una pierna —miró a Tristán, que no había movido un músculo; seguía sentado, aún más erguido que antes, rígido e inmóvil como un general prusiano—. ¿Sabes?, creo que lo mejor será que te lo lleves a tu cuarto esta noche. Ahora que lo hemos curado no queremos que se haga daño ¿verdad? Sí, eso es, puede pasar la noche contigo.

—Muchas gracias, muchas gracias de verdad —dijo Tristán con voz monótona, sin dejar de mirar al frente. Siegfried lo estudió detenidamente por un momento; luego apartó la vista.

—De acuerdo entonces. Limpia toda esta porquería y vámonos a dormir.

Mi dormitorio y el de Tristán se comunicaban por una puerta. La mía era la habitación principal, enorme, cuadrada, con techo alto, una chimenea entre pilares y graciosos nichos como los de abajo. Siempre me sentía como un duque cuando estaba allí acostado.

La de Tristán había sido el antiguo vestidor y era larga y estrecha, con una cama pequeña metida en un rincón cual si tratara de ocultarse. No había alfombras sobre las tablas enceradas, de modo que coloqué al perro en un montón de mantas y hablé en voz baja al rostro agotado de Tristán sobre la almohada.

—Ahora está tranquilo; duerme como un bebé y espero que siga así. Ya verás cómo podrás gozar de tu merecido descanso.

Volví a mi cuarto, me desnudé rápidamente y me metí en la cama. Quedé dormido inmediatamente y sería incapaz de decir el momento exacto en que empezó el ruido en el cuarto vecino, pero de pronto me encontré súbitamente despierto y con un alarido de furia en los oídos. Luego hubo un resbalón y un golpe, seguido de otro grito de terror de Tristán.

Temblé a la idea de entrar en el vestidor —de todas formas no había nada que pudiera hacer—, así que me hundí profundamente entre las mantas y

escuché. Empezaba a dormirme de nuevo cuando me despertaron más golpes y gritos a través de la pared.

Al cabo de unas dos horas los ruidos empezaron a cambiar. El labrador parecía haber recuperado el dominio de sus patas y recorría la habitación de un extremo a otro, un constante cloc cloc cloc sobre el suelo de madera. Una y otra vez, y otra, y otra, sin descanso. A intervalos estallaban los gritos roncros de Tristán:

—¡Párate, por el amor de Dios! ¡Siéntate, maldito perro!

Sin duda caí en un sueño más profundo porque, cuando desperté, la habitación estaba gris con la fría luz de la mañana. Me puse de espaldas y escuché. Seguía oyendo el cloc cloc de las patas, pero irregular ahora, como si el labrador paseara tan solo en vez de ir ciegamente de un extremo al otro de la habitación. No se escuchaba el más leve sonido por parte de Tristán.

Salté de la cama; el aire helado de la habitación me hizo empezar a temblar y me puse la camisa y los pantalones. Fui de puntillas a abrir la puerta de comunicación y casi me vi arrojado al suelo cuando dos patas enormes se me plantaron en el pecho. El labrador estaba encantado de verme y parecía sentirse como en su casa. Sus magníficos ojos castaños brillaban de inteligencia y bienestar, y mostraba dos filas de dientes brillantes y una lengua roja e impecable en amplia sonrisa. Muy abajo, el rabo se agitaba extáticamente.

—Bueno, ya estás bien amigo —dije—. Déjame que te mire la herida.

Retiré aquellas patas poderosas de mi pecho y exploré la línea de puntos sobre las costillas. Ni hinchazón, ni dolor, ni reacción alguna.

—¡Estupendo! —grité—. Precioso. Ya estás como nuevo.

Le di una palmada en el trasero que inició un nuevo transporte de gozo. Saltó sobre mí, mordiendo y lamiendo. Luchaba por quitármelo de encima cuando oí un débil gemido procedente de la cama. Con aquella luz grisácea Tristán parecía moribundo. Estaba tumbado de espaldas, con las manos aferradas al edredón, y había una mirada salvaje en sus ojos.

—No he podido cerrar un ojo, Jim —susurró—, ni un segundo. Mi hermano tiene un magnífico sentido del humor al hacerme pasar toda la noche con este animal. Creo que se sentirá feliz cuando sepa por lo que he pasado. Tú obsérvalo... Apuesto lo que quieras a que se sentirá dichoso.

Más tarde, durante el desayuno, Siegfried se enteró de los detalles de la noche espantosa que pasara su hermano y se mostró muy comprensivo. Se condolió largamente con él y se disculpó por todas las molestias que el perro le había causado. Pero Tristán tenía razón. Sí que se sentía dichoso.

Al entrar en la sala de operaciones vi que Siegfried tenía un paciente sobre la mesa. Acariciaba pensativamente la cabeza de un terrier bastante viejo y más bien acabado.

—James —dijo—, quiero que lleves este perrito a Grier.

—¿Grier?

—El veterinario de Brawton. Era el que lo trataba antes de que el propietario se trasladara a nuestro distrito. Yo lo he visto un par de veces... Tiene piedras en la vejiga. Necesita una operación inmediata y creo que será mejor que lo haga Grier. Es un tipo muy susceptible y no quiero tropiezos con él.

—Ah, creo que he oído hablar de ese hombre —dije.

—Probablemente. Un tipo puntilloso de Aberdeen. Como practica en una ciudad elegante tiene unos cuantos estudiantes a su cargo y les da una vida de perros. Y esas cosas se saben —alzó el terrier de la mesa y me lo entregó—. Cuanto más pronto llegues, mejor. Puedes ver la operación y volver aquí después con el perro. Pero, cuidado..., no te enfrentes con Grier por nada del mundo o él se vengará de ti sea como sea.

A la primera visión de Angus Grier pensé inmediatamente en el *whisky*. Tendría unos cincuenta años, y a algo habría que echar la culpa de aquellas mejillas carnosas y llenas de manchas, los ojos vacilantes y la red de venas color púrpura que se perseguían unas a otras sobre su prominente nariz. Miraba siempre a su interlocutor como si este lo acabara de insultar.

No malgastó la menor cortesía en mí. Un gesto y un gruñido y me quitó el perro de los brazos. Luego señaló con un dedo a un joven delgado y rubio, de chaqueta blanca.

—Clinton..., estudiante del último año. ¿No cree que se nos están metiendo en nuestra profesión algunos tipos con aire de mariquita?

Durante la operación no hizo más que meterse con ese joven y, en un intento por distraerlo, le preguntó cuándo volvía a la escuela.

—A principios de la semana próxima —contestó.

—¡Ah, pero mañana estará en casa! —Gruñó Grier—. Perdiendo el tiempo cuando aquí podría lograr tanta experiencia.

El estudiante enrojeció.

—Bueno, he estado haciendo prácticas durante más de un mes, y creí que debía pasar un par de días con mi madre antes de empezar el trimestre.

—Oh, claro, claro. Todos lo mismo; no saben soltarse del delantal de mamá.

La operación fue sencilla y, en cuanto dio el último punto, Grier me miró.

—No querrá llevarse al perro hasta que haya vuelto de la anestesia, ¿verdad? Tengo un caso que visitar; puede venir conmigo para matar el tiempo.

No tuvimos lo que podría llamarse conversación en el coche. Fue un monólogo, un largo relato de los errores sufridos a manos de clientes malvados y colegas rapaces. La historia que más me gustó fue la de un almirante retirado que le pidió que examinara su caballo para darle un certificado de sanidad. Grier dijo que el animal padecía del corazón y no estaba en disposición de que lo montaran, a lo que el almirante estalló en cólera y llamó a otro veterinario para que examinara el caballo. Este dijo que no tenía nada en el corazón y le dio el certificado.

El almirante escribió una carta a Grier diciéndole cuanto pensaba de él con lenguaje de puente de mando. Una vez que se libró de su cólera se sintió mucho mejor y se fue a dar un paseo a caballo, durante el cual, en mitad de un galope desenfrenado, el caballo se cayó al suelo muerto y además sobre el almirante, que sufrió fractura doble en una pierna y rotura de la pelvis.

—¡Hombre! —exclamó Grier con profunda sinceridad—. ¡Hombre, le aseguro que me alegró enormemente!

Llegamos al patio de una granja, sobremanera sucio, y Grier se volvió a mí.

—Tengo aquí una vaca que limpiar.

—De acuerdo —dije—, muy bien —me eché atrás en el asiento y saqué la pipa. Grier se detuvo, ya con los pies en el suelo.

—¿Es que no va a venir a ayudarme?

Creí haber entendido mal. «Limpiar» a una vaca consiste simplemente en quitarle la placenta retenida, y es trabajo de un hombre solo.

—Bueno, no hay mucho que hacer, ¿verdad? —dije—, y tengo las botas y la ropa de faena allá en mi coche.

No entendí que se tratara de una visita en una granja. Probablemente me pondría hecho un asco por nada.

Inmediatamente comprendí que mis palabras habían sido erróneas. Sus mejillas enrojecieron más aún y me lanzó una mirada malévola antes de alejarse; pero a mitad del patio se detuvo y quedó unos momentos como perdido en sus pensamientos antes de volver al coche.

—Acabo de recordarlo. Tengo aquí algo que puede ponerse. Vale más que venga conmigo; podrá pasarme un supositorio cuando lo necesite.

Aquello me parecía una memez, pero bajé del coche y le di la vuelta. Grier rebuscaba en una gran caja de madera, dentro del maletero.

—Tome, póngase esto. Es un equipo para los partos que compré hace poco. No lo he utilizado demasiado porque lo encuentro pesado, pero le mantendrá limpio.

Miré en la caja y vi un traje de goma negra, gruesa y brillante. Levanté la chaqueta; relucía de cremalleras y hebillas y parecía más pesada que el plomo. Los pantalones aún resultaban más pesados, con muchos clips y correas. Todo aquello era una creación absurda, diseñada sin duda por alguien que jamás había presenciado el parto de una vaca, y con el inconveniente de que el que se lo pusiera quedaría prácticamente inmovilizado.

Estudié el rostro de Grier por un instante; aquellos ojos acuosos no me dijeron nada. Empecé a quitarme la chaqueta. Era una idiotez, pero no deseaba ofenderlo.

Y en verdad que parecía ansioso de meterme en el traje, porque me lo sostenía con deseos de ayudar. Y es que era una operación de dos hombres. Primero me metí los pantalones y subí las cremalleras delante y detrás; luego le llegó el turno a la chaqueta, una obra de arte que se ajustaba estrechamente en la cintura, con mangas cortas —unos quince centímetros— rematadas con elásticos que se me clavaban en los bíceps.

Antes de metérmela tuve que enrollarme las mangas de la camisa hasta el hombro; entonces Grier, con gran dificultad, consiguió enfundármela. Oí cómo cerraba hebillas y cremalleras, la última en la nuca, formando un cuello alto y rígido que me dejó la cabeza en actitud de súplica, con la barbilla muy alzada hacia el cielo.

Grier parecía poner todo su corazón en el trabajo. Como toque final sacó un gorro de goma negra. Me retiré y empecé a vocear todas las objeciones que el cuello me permitía, pero Grier insistió:

—Quédese quieto un poquito más. En realidad podemos hacer el trabajo completo.

Cuando hubo terminado se echó atrás con admiración. Yo debía ser una visión grotesca, cubierto de pies a cabeza de goma negra y brillante, con los

brazos desnudos hasta casi los hombros, formando ángulo recto con mi cuerpo. Él parecía muy satisfecho.

—Bueno, vamos, es hora de empezar el trabajo —se volvió y corrió hacia el establo y yo le seguí lentamente como un autómata.

Nuestra llegada al establo fue toda una sensación. Estaban presentes el granjero, dos vaqueros y una niña. La sonrisa de saludo de aquellos hombres se heló en sus labios cuando una figura amenazadora entró lenta y deliberadamente. La niña estalló en sollozos y salió corriendo.

«Limpiar» una vaca es un trabajo sucio y maloliente para el operador y un aburrimiento para los demás, que igual están de pie por allí veinte minutos o más sin poder ver nada. Pero esta fue una ocasión en que los espectadores no se aburrían. Grier trabajaba en el interior de la vaca sin dejar de hacer comentarios, pero nadie lo escuchaba. No apartaban los ojos de mí, que seguía a su lado rígido como una armadura apoyada en el muro. Estudiaban con asombro todas y cada una de las partes del traje. Yo sabía lo que pensaban: ¿Qué sucedería cuando este desconocido formidable entrara al fin en acción? Un hombre vestido de aquel modo debía tener alguna misión importantísima.

La intensa presión del cuello contra la laringe me impedía toda conversación, y sin duda eso se añadía a mi aire de misterio. Empecé a sudar dentro de aquel martirio.

La niña había conseguido recobrar el valor y había traído a sus hermanitos para que me vieran. Advertí una fila de cabecitas mirándome a hurtadillas desde la puerta y, girando penosamente la cabeza, intenté ofrecerles una sonrisa tranquilizadora, pero las cabezas desaparecieron instantáneamente y oí sus piecitos corriendo por el patio.

Ignoro el tiempo que estuve allí, pero al fin Grier terminó su trabajo y me llamó.

—De acuerdo, ahora estoy dispuesto para usted —el ambiente se electrizó repentinamente. Los hombres se enderezaron y me miraron con la boca abierta. Este era el instante que habían estado esperando.

Me separé de la pared y di la vuelta con cierta dificultad para dirigirme a la lata de supositorios vaginales. Solo eran unos metros, pero me pareció un largo trecho al aproximarme a ella como un autómata, con la cabeza alzada y los brazos rígidamente extendidos a cada lado. Cuando llegué a la lata tropecé con una dificultad: no podía inclinarme. Después de unas cuantas contorsiones hundí la mano en la lata; luego hube de quitar la envoltura del supositorio con una mano, otro purgatorio. Los hombres me observaban en

fascinado silencio. Tras quitarle la envoltura di la vuelta cuidadosamente y recorrí de nuevo el establo con paso medido. Cuando llegué junto a la vaca extendí el brazo rígidamente hacia Grier, que cogió el supositorio y lo insertó en el útero.

Entonces ocupé de nuevo mi posición contra la pared mientras mi colega se limpiaba. Contemplé por debajo de la nariz a los hombres; su expresión se había transformado en otra de total incredulidad. Seguramente la tarea de aquel hombre misterioso tenía que ser algo más... ¡No podía llevar aquel traje solo para entregar un supositorio! Pero cuando Grier inició el proceso complicado de abrir las hebillas y bajar las cremalleras comprendieron que el espectáculo había terminado y, de pronto, mezclada con la desilusión, se inició la juerga.

Mientras me frotaba los brazos entumecidos e hinchados, estrangulados tanto rato por los elásticos de las mangas, me vi rodeado de rostros sonrientes. Supuse que les resultaría difícil esperar el momento de irse a la taberna aquella noche y referir la historia. Haciendo acopio de toda la dignidad que me quedaba, me puse la chaqueta y me metí en el coche. Grier se quedó atrás para decirles unas cuantas cosas pero no conseguía retener su atención; todos estaban pendientes de mí, hundido en el asiento. ¡No podían creer que yo fuera un ser normal!

De nuevo en la clínica, el terrier volvía ya de la anestesia. Alzó la cabeza y trató de agitar la cola al verme. Lo envolví en una manta, lo cogí en brazos y ya iniciaba la marcha cuando vi a Grier por la puerta entreabierta de un pequeño almacén. Tenía la caja de madera sobre la mesa y sacaba de ella el traje de goma, pero había algo peculiar en su modo de hacerlo: como si sufriera una especie de ataque. Su cuerpo se agitaba, se retorció, el rostro lleno de manchas estaba extrañamente contorsionado, y un gemido ahogado salía de sus labios.

Me detuve asombrado. Habría dicho que era imposible; sin embargo, sucedía ante mis propios ojos. No quedaba la menor duda: Angus Grier se estaba riendo.

23

La fiebre láctea es una de las enfermedades más fáciles de diagnosticar pero, al mirar hacia el riachuelo a la luz débil del amanecer, comprendí que esta era una de sus manifestaciones más curiosas. La enfermedad había atacado inmediatamente después del parto y la vaca se había deslizado sobre el barro hasta caer en el agua. Estaba inconsciente cuando yo llegué, sus cuartos traseros totalmente sumergidos en la corriente, la cabeza descansando en un banco de rocas. El ternero, empapado y patético bajo la lluvia, temblaba a su lado.

Los ojos de Dan Cooper me miraban ansiosos cuando bajamos hasta allí.

—Creo que es demasiado tarde. Está muerta, ¿no es cierto? Yo no veo que respire.

—Me temo que está muy mal —contesté—, pero creo que aún le queda algo de vida. Si pudiera inyectarle calcio en la vena tal vez la haríamos volver en sí.

—¡Maldición! Eso espero —gruñó Dan—. Es una de mis mejores lecheras. Siempre les pasa algo a las buenas.

—Por lo menos la fiebre láctea sí. Vamos, sosténgame estos frascos.

Saqué la caja de las jeringuillas y elegí una aguja de buen calibre. Los dedos, ateridos por ese frío especial que se siente a primeras horas de la mañana, cuando la circulación aún está lenta y el estómago vacío, apenas podían sostenerla. El agua era más profunda de lo que pensé en principio, y al primer paso me cubrió las botas de goma. Luchando por respirar me incliné y clavé el pulgar en las arrugas sobre la yugular, en la base del cuello. Hallé la vena y, al meter allí la aguja, corrió la sangre cálida y oscura sobre mi mano. Saqué una válvula del bolsillo, introduje un frasco en un extremo e inserté el otro en la aguja. El calcio empezó a entrar en la vena.

Mientras seguía allí en pie sobre el arroyo de agua helada sosteniendo el frasco con los dedos ensangrentados y sintiendo como me bajaba la lluvia por la espalda, intenté alejar los negros pensamientos, intenté no pensar en aquellas personas que aún estaban en la cama y que solo se levantarían

cuando sonara el despertador, para luego leer el periódico durante el desayuno e ir en coche a sus despachos bien calientes en bancos u oficinas de seguros. Tal vez debía haberme hecho médico... Estos trataban a sus pacientes en habitaciones cómodas y abrigadas.

Saqué la aguja de la vena y lancé el frasco vacío sobre la orilla. No había la menor respuesta a la inyección. Tomé otro frasco y seguí metiéndole más calcio bajo la piel. Podía darle el tratamiento completo, aunque ahora me pareciera fútil. Precisamente al acabar con la inyección subcutánea fue cuando noté que un párpado temblaba.

Una sensación indescriptible de alivio me dominó. Miré al granjero y me eché a reír.

—Aún está con nosotros, Dan —pasé un dedo por los párpados y la vaca abrió los ojos de par en par—. Esperaremos unos cuantos minutos y luego intentaremos sentarla.

Al cabo de un cuarto de hora la vaca agitaba ya la cabeza de un lado a otro y comprendí que había llegado el momento. La cogí por los cuernos y tiré de ellos mientras Dan y su hijo la empujaban por los hombros. No es que progresáramos mucho con ello pero, tras varios impulsos concertados, la vaca dio la vuelta por sí misma y quedó sentada. Inmediatamente lo vimos todo bajo un prisma distinto; una vaca tumbada de costado siempre tiene el aspecto de la muerte.

Estaba bastante seguro de que se recuperaría, pero no podía irme y dejarla allí en el arroyo. Una vaca con fiebre láctea puede seguir sentada durante días y días; sin embargo, yo tenía la impresión de que esta se levantaría pronto y decidí quedarme un poco más.

Por lo visto no le agradaba demasiado su situación en aquella agua llena de barro y empezó a hacer decididos esfuerzos por levantarse, pero aún pasó otra media hora, y mis dientes castañeteaban sin freno alguno, antes de que al fin se pusiera en pie.

—Bueno, ¡qué pimpante está! —dijo Dan—. ¡Y yo que no pensé que la vería otra vez en pie! Debe ser muy bueno eso que le ha dado.

—Un poco más rápido que una bomba de bicicleta —dije riendo. Los efectos espectaculares del calcio intravenoso aún eran una novedad que me intrigaba. Durante muchas generaciones las vacas con fiebre láctea habían muerto. La inflación de la ubre había salvado después a muchas, pero el calcio era lo mejor... y cuando se levantaban una hora después, como esta, yo siempre me sentía un mago.

Guiamos a la vaca orilla arriba y, ya en el camino, toda la fuerza del viento y la lluvia cayó sobre nosotros. La casa estaba solo a unos cien metros y luchamos esforzadamente por llegar hasta ella, Dan y su hijo delante, sosteniendo el ternero en un saco colgado entre ambos. El animalito giraba de un lado a otro, mirando con ojos aterrorizados al mundo tan inhóspito en que había entrado. La madre lo seguía muy de cerca, ansiosa, vacilando aún sobre sus patas pero haciendo todo lo posible por meter el morro en el saco. Yo caminaba tambaleándome tras ellos.

Dejamos a la vaca hundida hasta los jarretes en un lecho de paja caliente y lamiendo vigorosamente a su ternero. En el pórtico de la casa los otros se quitaron las botas y yo hice lo mismo, sacando unos dos litros de agua de cada una. La señora Cooper tenía la fama de ser un sargento que gobernaba con mano de hierro a Dan y a su familia pero, por mis anteriores contactos con ella, yo tenía la impresión de que Dan no había elegido mal.

Eso mismo pensé al verla de nuevo, recia de cuerpo pero bien parecida, peinando las trencitas de una niña ya en camino a la escuela. El fuego crepitante se reflejaba en los cobres bruñidos de la chimenea y, aparte del olor a limpio de aquella granja, se percibía el aroma de tocino curado que se freía en aquel instante.

La señora Cooper envió a Dan y al muchacho al piso de arriba a cambiarse los calcetines, luego fijó su mirada tranquila en mis piernas, que dejaban charquitos en el suelo. Agitó la cabeza como si yo fuera un niño travieso.

—Vamos, fuera esos calcetines —dijo bruscamente— y la chaqueta, y enróllese los pantalones y siéntese ahí, y séquese el pelo con esto —una toalla muy limpia aterrizó en mi regazo, y la señora Cooper se inclinó sobre mí—. ¿Es que no se le ha ocurrido nunca llevar sombrero?

—No les tengo mucha afición —murmuré, y ella agitó la cabeza otra vez.

Eché agua caliente en un gran barreño y le añadió mostaza de una lata.

—Vamos, meta aquí los pies.

Había obedecido todas sus órdenes con rapidez, pero ahora solté un grito involuntario al tomar contacto con aquella mezcla explosiva. Me lanzó una fiera mirada, así que me cuidé mucho de sacar los pies del barreño. Seguí, pues, sentado, con los dientes muy apretados, envuelto en vapor, mientras ella me ponía en la mano un buen tazón de té.

Tratamiento anticuado, pero efectivo. Para cuando me había tomado medio tazón, un fuego ardiente me consumía. Aquel frío helado del arroyo era

una pesadilla que se desvaneció por completo cuando la señora Cooper acabó de llenar el barreño con más agua, que me escaldaba la piel.

Luego agarró silla y barreño a la vez y me hizo dar la vuelta en redondo hasta dejarme sentado ante la mesa con los pies en el agua. Dan y los chicos estaban ya desayunando y vi delante de mí un plato con dos huevos, un pedazo de jamón mal cortado y varias salchichas. Yo ya estaba familiarizado con el silencio de los habitantes de los valles durante las comidas. Cuando llegara por primera vez al distrito me había sentido en la obligación de dar un poco de conversación trivial a cambio de su hospitalidad, pero las miradas de extrañeza que cruzaban mis interlocutores me silenciaron para siempre. De modo que esta mañana atacé la comida sin preámbulos, pero al primer bocado casi olvidé la regla. Jamás antes había probado una salchicha casera del Yorkshire y me costó gran esfuerzo reprimir las alabanzas y enhorabuenas que hubieran sido lo más adecuado en otro ambiente. Sin embargo, la señora Cooper me había estado vigilando por el rabillo del ojo, y sin duda observó mi expresión de éxtasis. Como quien no quiere la cosa se levantó, acercó la sartén y dejó caer unas cuantas más en mi plato.

—Matamos un cerdo la semana pasada —dijo, abriendo la puerta de la despensa. Vi allí fuentes rebosantes de chuletas, de hígado, de carne picada, e hileras de tartas con la gelatina brillando sobre su corteza dorada y pálida.

Terminé la comida, me puse un buen par de calcetines que me prestara Dan, y mis zapatos secos. Estaba a punto de irme cuando la señora Cooper me metió un paquete bajo el brazo. Sabía que contenía un buen muestrario de la despensa, pero sus ojos me prohibían que dijera una sola palabra. Apenas murmuré un «gracias» y me dirigí al coche.

En el reloj de la iglesia daban las nueve menos cuarto cuando me detuve ante Skeldale House. Me sentía como nunca, caliente, con el estómago lleno y el recuerdo satisfactorio de la rápida recuperación de la vaca. Y además el paquete en el asiento de atrás. Siempre era un golpe de suerte aterrizar en una granja tras la matanza de un cerdo, y generalmente los granjeros hospitalarios te hacían un buen regalo, pero aquellas salchichas eran algo inolvidable.

Subí los escalones de un salto y recorrí a grandes pasos el corredor, pero, al llegar al ángulo, me detuve en seco. Siegfried estaba de pie allí, rígido, con la espalda clavada en el muro. Sobre sus hombros colgaba una sonda esofágica larga y flexible. Entre nosotros, la puerta entreabierta de la oficina me permitía ver a la señorita Harbottle sentada en su mesa. Saludé alegremente.

—¡Hola, hola! ¿Te ha dado un ataque?

El rostro de Siegfried se retorció de angustia y alzó una mano en gesto de aviso. Luego empezó a cruzar ante la puerta en equilibrio sobre las puntas de los pies, como el que camina por la cuerda floja. La había pasado ya y las líneas tensas de su cuerpo empezaban a relajarse cuando el extremo de latón de la sonda que se balanceaba sobre sus hombros tropezó con el muro y, como en respuesta, oímos el carraspeo familiar procedente del rincón de la señorita Harbottle. Siegfried me lanzó una mirada de desesperación, luego, con los hombros caídos, entró en el despacho.

Pensé, maravillado al observarlo, en cómo habían cambiado las cosas desde la llegada de la secretaria. Ahora era ya una guerra declarada y nos resultaba muy interesante, apasionante incluso, observar las tácticas de ambos lados.

Al principio pareció que Siegfried llevaba todas las de ganar. Era el jefe, tenía las riendas en su mano y la señorita Harbottle habría de ceder ante su estrategia obstructiva. Pero ella era una luchadora nata y con recursos, y había que descubrirse ante su estilo para utilizar las armas a su disposición. En realidad, durante la semana anterior había recuperado mucho terreno perdido. Había estado jugando con Siegfried como un pescador experto con un salmón, obligándolo a acudir una y otra vez ante su mesa para contestar preguntas desconcertantes. Aquel carraspeo suyo se había convertido en un ladrido furioso que conseguía atravesar la casa de un extremo a otro. Y disponía de un arma nueva: se había dedicado a escribir los errores de Siegfried en trozos de papel; faltas de gramática, de ortografía, errores en las sumas, entradas equivocadas..., todo lo copiaba fielmente.

Y utilizaba esos papelitos como municiones. Nunca sacaba uno cuando las cosas iban bien y su jefe trabajaba a gusto en la clínica. Los ahorraba hasta que Siegfried se hallaba bajo una fuerte presión; entonces le metía un papel bajo la nariz y decía:

—¿Y qué me dice de esto?

Su rostro era inexpresivo en esos momentos y resultaba imposible comprobar el placer que sentía al verlo retirarse ante ella como un animal apaleado. Pero el final siempre era el mismo: un murmullo de explicaciones y disculpas por parte de Siegfried mientras la señorita Harbottle, exudando autosuficiencia, corregía la entrada.

Cuando Siegfried entró en la habitación lo observé por la puerta entreabierta. Sabía que me aguardaban las visitas de la mañana, pero me retenía allí una curiosidad morbosa. La señorita Harbottle, muy animada y enérgica, señalaba una línea del libro con golpecitos repetidos de su pluma

mientras Siegfried, restregando los pies, se excusaba con un murmullo. En vano trataba de escapar y, al ir pasando el tiempo, advertí que había llegado al límite de su dominio. Tenía apretados los dientes y los ojos saltones.

Sonó el teléfono y contestó la secretaria. Su jefe se dirigía ya hacia la puerta cuando ella lo llamó con indudable alegría:

—Es el coronel Brent. —Como quien camina en sueños, Siegfried se volvió. El coronel, propietario de caballos de carreras, había sido siempre una espina en nuestra carne debido a sus quejas, sus preguntas y dudas constantes. Una llamada suya podía ocasionarnos un infarto.

Comprendí que así iba a ocurrir esta mañana. Pasaban los minutos y el rostro de Siegfried se iba poniendo más y más rojo. Pronunciaba las respuestas con voz aguda que fue convirtiéndose en un chillido. Al final colgó de golpe y se apoyó en la mesa respirando violentamente.

Luego, mientras yo observaba incrédulo, la señorita Harbottle empezó a abrir el cajón donde guardaba los papelitos. Cogió uno, tosió enfáticamente y lo sostuvo ante el rostro de Siegfried.

—¿Qué me dice de esto?

Resistí el impulso de cerrar los ojos y seguí mirando horrorizado. Por un instante nada sucedió y hubo un intervalo en que Siegfried estuvo casi inmóvil. Luego su rostro cobró vida, su brazo cortó el aire, arrancó el papelito de la mano de la secretaria y empezó a desgarrarlo con fiera intensidad. No dijo una palabra pero, mientras lo rompía, se inclinó sobre la mesa y sus ojos furiosos fueron aproximándose, implacables, a la señorita Harbottle, que lentamente empezó a retirar su silla hasta quedar contra la pared.

Era un cuadro horripilante. La señorita Harbottle recogida sobre sí misma, con la boca ligeramente entreabierta, los rizos teñidos agitándose por el miedo, y Siegfried, el rostro distorsionado y muy próximo al de ella, desgarrando con la fuerza de un loco el trocito de papel. La escena terminó cuando él, poniendo en acción todas sus fuerzas, como un lanzador de jabalina, arrojó el montón de fragmentos en la papelera. Cayeron suavemente como confeti, dentro y alrededor del cesto, y mi jefe, aún sin pronunciar una palabra, volvió a coger la sonda y salió a marchas forzadas de la habitación.

En la cocina, la señora Hall abrió el paquete y extrajo de él una tarta, un pedazo de hígado y una ristra de salchichas exquisitas. Me miró con ojos escudriñadores.

—Parece usted muy complacido consigo mismo esta mañana, señor Herriot.

Me apoyé contra el aparador de roble.

—Sí, señora Hall. Lo he pensado bien. Debe ser muy agradable ser el jefe de una clínica, pero ¿sabe?, no está mal del todo ser un simple ayudante.

El día había empezado mal. Tristán se había visto atrapado por su hermano a las 4 de la madrugada al volver de la Fiesta de los Campaneros.

Se celebraba anualmente. Un autobús, cargado con todos los campaneros de las iglesias del distrito, emprendía un viaje a Morecambe. Sin embargo se pasaban muy poco tiempo en la playa y cuando no se dedicaban a recorrer todas las tabernas era porque estaban dando fin a las latas de cerveza que habían llevado con ellos.

Al entrar de madrugada en Darrowby, la mayoría de los ocupantes del autobús estaban inconscientes. Tristán, huésped de honor de la fiesta, fue depositado cuidadosamente en la calle a espaldas de Skeldale House. Hizo un gesto vago de despedida al alejarse el autobús, pero no obtuvo respuesta alguna de los rostros adormilados de las ventanillas. Cuando se deslizaba sigilosamente por el sendero del jardín quedó horrorizado al ver luz en la habitación de Siegfried. No tenía posibilidad de escapar y, cuando su hermano le pidió explicaciones, intentó en vano y repetidamente pronunciar: «La fiesta de los Campaneros», sin conseguirlo.

Siegfried, viendo que perdía el tiempo, decidió ahorrar su ira hasta la hora del almuerzo. Entonces fue cuando Tristán me contó la historia..., justo antes de que su hermano entrara en el comedor y se lanzara contra él.

Pero como de costumbre la explosión agotó más a Siegfried, que se fue a su ronda ronco y cansado de gritar. Diez minutos más tarde encontré a Tristán tan feliz como siempre metido en el cubículo de Boardman, que escuchaba chistes nuevos apuntados en sobres viejos y asentía apreciativamente.

El viejo se había sentido mucho más animado desde que Tristán viniera a casa, y los dos pasaban largos ratos en aquella semioscuridad, a la luz de la ventanita que iluminaba las pilas de herramientas en mal estado, y las fotos y caricaturas que los contemplaban desde la pared. El lugar casi siempre estaba cerrado, y no se animaba a las visitas, pero Tristán era siempre bien acogido.

A menudo echaba una mirada al pasar y veía a Tristán fumando apaciblemente un Woodbine mientras Boardman hablaba: «Llevábamos seis

semanas en la línea de fuego. Los franceses estaban a nuestra derecha y los alemanes a la izquierda...». O bien: «¡Pobre Fred!, un instante estaba de pie junto a mí, y al siguiente había desaparecido. Jamás encontramos ni un botón de sus pantalones...».

Esta mañana Tristán me saludó jovialmente y yo me maravillé de nuevo ante su resistencia y su capacidad para doblarse como una espiga contra los vientos de la desgracia y volver a levantarse incólume. Sostenía dos entradas en la mano.

—Hay baile en el pueblo esta noche, Jim, y nadie nos impedirá ir. Las chicas de mi harén en el hospital van a ir, así que tendrás compañía. Y eso no es todo... Mira... —Entró en el cuarto de las sillas de montar, levantó una tabla suelta del piso y sacó una botella de jerez—. Podremos echar un trago entre los bailes.

No le pregunté de dónde había sacado las entradas o la botella. Me gustaban los bailes del pueblo. El salón abarrotado con una orquesta de tres músicos a un extremo —piano, violín y tambor— y en el otro las señoras mayores cuidando de los refrescos. Vasos de leche, montones de bocadillos, jamón, pan casero, pasteles cubiertos de crema...

Esa tarde Tristán me acompañó a mi última visita y en el coche solo hablamos del baile. El caso era bastante sencillo: una vaca con un ojo infectado, pero la granja estaba en una aldea en la parte superior del valle y, cuando terminamos, ya anochecía. Yo me sentía en buena forma y todo a mi alrededor destacaba muy claro y significativo: la carretera solitaria y gris, los últimos rayos rojos del sol, el púrpura oscuro de las gargantas que nos rodeaban. No había viento; apenas una suave brisa nos llegaba de los brezales serenos, dulce y fresca y cargada de promesas. Entre las casas, el olor de la madera ardiendo lo llenaba todo.

Cuando volvimos a la clínica Siegfried no estaba pero había dejado una nota para Tristán apoyada en la repisa de la chimenea. Decía sencillamente: «Tristán, vete a casa. Siegfried».

Esto ya había sucedido antes, pues en Skeldale House andaba todo muy escaso, en especial las camas y las mantas. Cuando llegaban visitantes inesperados Tristán había de irse a casa de su madre, en Brawton. Normalmente tomaba el tren sin comentarios, pero esta noche era distinto.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Viene alguien a pasar la noche y, naturalmente, todos esperan de mí, solo de mí, que desaparezca. Es mucha cara dura, digo yo. Y, ¡vaya una cartita encantadora! No importa que yo tenga

algún compromiso previo, ¡oh, no! Nadie va a preguntarme si me resulta conveniente. Solo «Tristán, vete a casa». Muy cortés y considerado, ¿no?

Resultaba extraordinario que se preocupara de este modo. Le hablé con suavidad:

—Mira, Triss. Quizás será mejor que dejemos este baile.

Apretó los puños.

—Y, ¿por qué he de dejarlo que me maneje de este modo? —rugió—. Soy una persona, ¿no? He de vivir mi propia vida, y te aseguro que no voy a irme a Brawton esta noche. He quedado en ir a un baile, y ¡que me cuelguen si no voy al baile!

Esto era hablar por hablar, pero sentí cierta aprensión.

—Espera un minuto; ¿y Siegfried? ¿Qué dirá cuando vuelva y te encuentre aquí?

—¡Al diablo con Siegfried! —chilló Tristán. De modo que así, lo dejamos.

Siegfried regresó a casa cuando estábamos arriba cambiándonos. Yo fui el primero en bajar y lo encontré sentado junto al fuego leyendo. Nada dije; me senté y esperé la explosión.

Unos minutos después entró Tristán. Había elegido con sumo cuidado entre su guardarropa, algo limitado, y estaba espléndido con un traje gris oscuro. Su rostro, muy lavado, brillaba bajo el pelo peinado cuidadosamente.

Siegfried montó en cólera al verlo entrar.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? Te dije que fueras a Brawton. Joe Ramage viene esta noche.

—No pude irme.

—¿Por qué no?

—No había trenes.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

—Pues eso: que no había trenes.

La discusión, como siempre, empezaba a ponerse tensa. El interrogador exasperado, su hermano inexpresivo, contestando en monótonos monosílabos; todo seguía el proceso habitual. Siegfried, con el rostro congestionado, pasaba del ataque a la defensiva con la habilidad de una larga experiencia.

Se hundió en la silla, sin palabras de momento pero mantuvo una mirada asesina sobre su hermano. El traje elegante, el pelo planchado y los zapatos brillantes parecían irritarlo todavía más.

—De acuerdo —dijo súbitamente—. Casi vale más que te hayas quedado. Quiero que hagas algo por mí. Puedes abrir ese tumor en la oreja del cerdo de

Charlie Dent.

Esto cayó como una bomba. La oreja del cerdo de Charlie Dent era algo de lo que ya no hablábamos.

Pocas semanas antes el mismo Siegfried había acudido a la pequeña propiedad, a mitad de una calle, en las afueras de la ciudad, a ver a un cerdo con la oreja hinchada. Se trataba de un tumor auricular y el único tratamiento posible era abrirlo pero, por alguna razón, Siegfried no había hecho el trabajo. Me había enviado a mí al día siguiente.

La orden me dejó un poco asombrado pero no por mucho tiempo. Al entrar en la pocilga, la cerda más grande que había visto en la vida se levantó de la paja, soltó un gruñido explosivo y cargó contra mí con la enorme boca abierta. No me detuve a discutir. Conseguí saltar por encima de la valla apenas unos centímetros delante de sus dientes y aterricé en el suelo. Allí me quedé meditando en la situación, mirando pensativamente unos ojillos sanguinarios y una boca ansiosa, de dientes largos y amarillos.

Generalmente no hacía mucho caso cuando los cerdos me gruñían, pero este animal iba en serio. Y mientras me preguntaba cuál debía ser el paso siguiente, la cerda soltó un rugido de furia, se puso en pie sobre sus patas traseras e intentó saltar la valla y caer sobre mí. Me decidí a toda prisa.

—Creo que no llevo los instrumentos adecuados, señor Dent. Volveré otro día y le abriré esa oreja. No es nada grave, un trabajito sin importancia... Adiós.

Así había quedado el asunto, sin que nadie se atreviera a mencionarlo hasta ahora.

Tristán quedó horrorizado.

—¿Pretendes decir que quieres que vaya esta noche? ¿Un sábado por la noche? Seguramente podrá ser cualquier otro día. Me voy al baile.

Siegfried sonrió amargamente desde la profundidad de su sillón.

—Ha de hacerse ahora. Es una orden. Puedes ir a ese baile después.

Tristán empezaba a decir algo, pero comprendió que había abusado demasiado de su suerte.

—De acuerdo —dijo—. Iré y lo haré.

Salió de la habitación con dignidad. Siegfried renovó su lectura y yo contemplé el fuego preguntándome cómo se las arreglaría Tristán con la cerda. Era un chico de infinitos recursos, pero esta vez habría de ponerlos todos a prueba.

Diez minutos más tarde estaba de vuelta. Siegfried lo miró con suspicacia.

—¿Has abierto esa oreja?

—No.

—¿Por qué no?

—No pude encontrar la casa. Debes haberme dado la dirección equivocada. Dijiste el número noventa y ocho.

—¡Número ochenta y nueve, y tú lo sabes tan bien como yo! Vuelve allí y haz el trabajo.

La puerta se cerró a espaldas de Tristán y yo seguí esperando. Quince minutos más tarde se abrió de nuevo y Tristán reapareció con aire triunfante. Su hermano alzó los ojos del libro.

—¿Hecho?

—No.

—¿Por qué no?

—Toda la familia está en el cine. Es sábado por la noche, ¿sabes?

—¡No me importa un pito dónde esté la familia! Métete en esa pocilga y ábrele la oreja. Ahora ¡fuera!, y esta vez quiero que hagas el trabajo.

Otra vez se retiró Tristán y se inició una nueva vigilia. Siegfried no decía una palabra, pero fácil era comprobar que la tensión aumentaba. Pasaron veinte minutos y Tristán estuvo de nuevo con nosotros.

—¿Has abierto esa oreja?

—No.

—¿Por qué no?

—Aquello está oscuro como boca de lobo. ¿Cómo quieres que trabaje? Solo tengo dos manos, una para el cuchillo y otra para la linterna. ¿Cómo puedo cogerle la oreja?

Siegfried se había dominado hasta ese momento, pero ahora no pudo contenerse más.

—¡No me vengas con malditas excusas! —rugió, saltando del sillón—. No me interesa cómo lo hagas, pero ¡por Dios que vas a abrirle la oreja a ese cerdo esta noche o yo acabo contigo! Ahora, ¡lárgate de aquí y no vuelvas hasta haber terminado!

Mi corazón se desgarraba por Tristán. Había tenido malas cartas, las había jugado con mucha habilidad, pero ahora ya no le quedaba nada. Permaneció en silencio unos segundos en el umbral, luego dio media vuelta y salió.

La hora siguiente se nos hizo muy larga. Siegfried parecía disfrutar con el libro e incluso yo intenté leer, pero no alcanzaba a descifrar el significado de las palabras y solo intentarlo me daba dolor de cabeza. Tal vez me habría sentido mejor paseando arriba y abajo sobre la alfombra, pero eso era prácticamente imposible en presencia de Siegfried. Acababa de decidir que

me excusaría con él y me iría a dar un paseo cuando oí que se abría la puerta exterior y escuché los pasos de Tristán en el corredor.

Un momento después entraba aquel ser predestinado, pero el olor penetrante de cerdo le precedió en la habitación y, al acercarse al fuego, oleadas poderosas de un aroma desagradable surgieron en torno suyo. Estiércol de cerdo cubría con liberalidad su hermoso traje, el cuello antes limpio, el pelo y la cara. Todavía llevaba más en el fondillo de los pantalones, pero, aun con ese aspecto desastroso conservaba su pose.

Siegfried retiró el sillón apresuradamente, pero no cambió de conversación.

—¿Has abierto esa oreja? —preguntó suavemente.

—Sí.

Volvió a su libro sin comentarios. Por lo visto daba por cancelado el asunto y Tristán, después de mirar brevemente la cabeza inclinada de su hermano, dio media vuelta y salió de la habitación. Aun después de haber desaparecido, el olor de la pocilga quedó pendiente en el aire como una nube.

Más tarde, en Las Armas de Drovers, observé a Tristán que tomaba una tercera jarra de cerveza. Se había cambiado y, si no tenía un aspecto tan impresionante como al principio de la noche, al menos estaba limpio y apenas olía. No había dicho nada aún, pero la luz animosa volvía a brillar en sus ojos. Me incliné sobre el bar y pedí mi segunda jarra y la cuarta de Tristán y, al dejarlas en la mesa, pensé que ya era hora.

—Bien, ¿qué sucedió?

Tomó un sorbo largo y satisfecho y encendió un cigarrillo.

—Verás, en conjunto, Jim, fue una operación bastante fácil, pero empezaré por el principio. Ya puedes imaginártelo; yo allí, de pie ante la pocilga, en la oscuridad, y aquel animal sediento de sangre gruñendo y rugiendo al otro lado de la valla. No me sentía nada bien, te lo aseguro.

»Lancé la luz de la linterna sobre la cara de aquello, que pegó un salto y corrió hacia mí con más furia que un león y enseñándome todos sus dientes sucios y amarillentos. Casi lo di por concluido de una vez por todas, pero tenía que pensar en el baile y, en un instante de decisión, salté la valla.

»Dos segundos más tarde estaba de espaldas. Había cargado contra mí, pero no veía lo suficiente para lograr morderme. Oí una especie de ladrido, luego un peso terrible contra mis piernas y me encontré en el suelo.

»Bueno, tiene gracia, Jim. Sabes que no soy un tipo violento, pero cuando me vi arrojado allí todo mi temor se desvaneció y solo sentí un odio implacable y frío contra aquel maldito animal. Lo vi como el origen de todos

mis problemas y, antes de saber lo que hacía, estaba en pie y llevándolo a patadas en el culo por toda la pocilga. Y, ¿sabes?, ni siquiera intentó pelear. Esa cerda era cobarde de corazón.

Yo seguía desconcertado.

—Pero, la oreja..., ¿cómo te las arreglaste para abrir aquel tumor?

—No hubo problemas, Jim. Todo se me dio hecho.

—No querrás decir...

—Sí —alzó la jarra ante la luz y estudió un cuerpecito extraño que flotaba en el fondo—. Sí, realmente tuve mucha suerte. En aquella pelea en la oscuridad la cerda se dio contra una pared y el tumor se abrió solito. Y además lo hizo muy bien.

Estaba muy lejos del comedor, pero aún podía oír a Siegfried.

Comprendí de pronto que la primavera había llegado. Estábamos a fines de marzo y había estado examinando unas ovejas en la ladera de una colina. Al bajar, y al socaire de una pequeña pinada apoyé la espalda contra un árbol y advertí de pronto el sol cálido sobre mis párpados cerrados, el clamor de las alondras, el sonido del viento en las ramas altas. Y aunque la nieve aún se amontonaba detrás de los muros, y la hierba no tenía vida y estaba amarilla por el invierno, experimenté la sensación de un cambio, casi de una liberación porque, sin saberlo, me había ido envolviendo como en un caparazón contra los meses de frío acerado e implacable.

No fue una primavera calurosa pero sí muy seca, con un viento fuerte que agitaba las campanillas blancas y doblaba las dalias en los jardines del pueblo. En abril, los bordes de los caminos estaban esmaltados con el fresco amarillo de las primaveras.

Y también en abril vinieron los corderos. El nacimiento de estos animalitos, la parte más vívida e interesante de todo el año de un veterinario, el zenit del ciclo anual, cayó sobre nosotros como una inundación y, como siempre, cuando estábamos más ocupados con otros trabajos.

En primavera el ganado experimentaba los efectos del largo invierno. Las vacas llevaban meses y meses en el espacio reducido de los establos y tenían auténtica necesidad de la hierba y del sol sobre sus lomos, mientras que los terneros tenían muy poca resistencia a las enfermedades. Y, justo cuando nos preguntábamos cómo íbamos a arreglárnoslas con los resfriados, neumonías y acetonemias, nos cogió la inundación.

Lo extraño es que, durante casi diez meses al año, las ovejas apenas entraban en el marco de nuestra vida. Eran solo cosas lanudas en las colinas. Pero, durante los otros dos, casi anulaban todo lo demás.

Primero venían los problemas previos: las toxemias del embarazo, los prolapsos. Luego, los partos de corderos en continuidad creciente, seguidos de las deficiencias de calcio, la mastitis gangrenosa y horrible, en la que la ubre se vuelve negra y se cae, y las enfermedades que atacaban a los corderitos en

sí: desviación del espinazo, riñones pulposos, disentería. Al fin iba menguando la inundación hasta quedar reducida al mínimo y, para finales de mayo, casi se había agotado. Las ovejas volvían a ser cosas lanudas en las colinas.

Pero en este primer año experimenté una fascinación por aquel trabajo que nunca me ha abandonado. Traer corderos al mundo encerraba para mí todo el interés y emoción de los terneros pero sin una labor tan dura. Generalmente era incómodo en el sentido de que se hacía al aire libre, o bien en refugios improvisados con pacas de paja y vallas, y casi siempre en los campos. Por lo visto a los granjeros ni se les ocurría que la oveja tal vez prefiriera tener a sus crías en un lugar caliente, o que el veterinario quizás no disfrutara estando de rodillas durante una hora, en mangas de camisa, bajo la lluvia.

Pero el trabajo en sí era coser y cantar. Después de mis experiencias para corregir una mala presentación de terneros, era una delicia manipular estas diminutas criaturas. Los corderos nacen generalmente de dos en dos, o tres, y en ocasiones hay un poco de lucha, un lío de cabezas y patas pugnando todos por ser el primero en salir, y el trabajo del veterinario consiste en irlos clasificando y decidir qué patas pertenecen a qué cabeza. A mí me encantaba. Por una vez resultaba agradable ser más fuerte y más grande que mi paciente, pero no me aprovechaba de esa ventaja. No se ha modificado mi opinión que formé entonces de que solo hay dos cosas a recordar en los partos de las ovejas: limpieza y suavidad.

Y los corderitos... Todos los animales pequeños resultan atractivos, pero al cordero se le ha concedido más encanto y gracia de lo habitual. Ahora me vuelve un recuerdo a la mente: una noche de frío intenso en que trajera al mundo unos gemelos en una colina barrida por el viento; los corderitos agitando la cabeza convulsivamente y, pocos minutos después, uno de ellos luchando por levantarse y dirigiéndose vacilante, entrechocando las rodillas, hacia la ubre, mientras el otro lo seguía resueltamente de rodillas.

El pastor, con su rostro púrpura y endurecido por el viento, casi oculto por el pesado capote que lo cubría hasta las orejas, soltó una risita:

¿Cómo diablos lo saben?

Lo había visto miles de veces y aún se extrañaba.

Y otro recuerdo de doscientos corderos en un redil en una tarde cálida. Estábamos inoculándolos contra la enfermedad de los riñones y no podíamos conversar debido a las furiosas protestas de los corderitos y el intermitente y constante bee bee de las casi cien madres que aguardaban ansiosamente fuera.

No me cabía en la cabeza que aquellas hembras pudieran distinguir siquiera a sus crías en aquella masa de criaturas casi idénticas. Se necesitarían horas...

Se necesitaron unos veinticinco segundos. Cuando terminamos de inyectarles abrimos la puerta del redil y los corderitos que salían a empujones fueron recibidos por una corrida en tropel de las madres preocupadas. Al principio el ruido fue ensordecedor pero se acalló rápidamente, con un balido ocasional, una vez salió el último. Luego madres e hijos juntos, el rebaño se dirigió serenamente al campo.

Durante todo mayo y principios de junio mi mundo fue más fácil y más caliente. Cesó el viento frío, y el aire, fresco como el mar, nos traía el aliento de miles de flores salvajes que esmaltaban los pastos. En ocasiones parecía injusto que me pagaran por mi trabajo, por salir en coche a primera hora cuando los campos tenían un verdor brillante bajo el primer sol pálido y la neblina pendía todavía de los árboles.

En Skeldale House la vistaria estalló en capullos malva que se nos metían hasta por las ventanas abiertas, y cada mañana, mientras me afeitaba, respiraba la fragancia de los ramilletes que caían junto al espejo. La vida era idílica.

Solo había una nota discordante: era la época del caballo. En los años treinta aún quedaban muchos caballos en las granjas, aunque los tractores ya habían lanzado su bocinazo de aviso. En las granjas al pie de los valles, donde había mucha tierra de labor, las filas de establos estaban medio vacías, pero todavía quedaban bastantes caballos para que mayo y junio fueran unos meses incómodos. Pues era entonces cuando se procedía a castrarlos.

Antes habían llegado los potros y era una cosa bastante común ver a una yegua con su potro trotando junto a ella o tendido en el suelo mientras la madre mordisqueaba la hierba. Hoy en día, la visión de una yegua y un potro en el campo me haría parar el coche para echar una mirada.

Estaba también todo el trabajo relacionado con los partos: la limpieza de las yeguas, cercenar las colas de los potros, tratar las enfermedades del recién nacido: una articulación fuera de sitio, retención del meconio. Resultaba difícil e interesante pero, conforme fue aumentando el calor, los granjeros empezaron a pedirnos que les castráramos los potros de un año.

Era un trabajo que no me gustaba, y como podía haber hasta cien a la espera, la tarea ensombreció nuestra vida en esta y muchas primaveras siguientes. Durante generaciones la operación se había llevado a cabo echando el caballo al suelo y atándolo como un pollo. Era un poco laborioso pero el animal quedaba completamente sujeto y uno podía concentrarse a sus

anchas en el trabajo, pero, para cuando yo me gradué, se había puesto de moda castrar al animal estando de pie. Consistía simplemente en aplicar un acial al belfo del potro, inyectar un poco de anestesia local en cada testículo y seguir adelante. No cabía duda de que era mucho más rápido.

El inconveniente era que los riesgos del operador y sus ayudantes se multiplicaban por diez; a pesar de ello el método se popularizó rápidamente. Un granjero de la localidad llamado Kenny Bright, que se consideraba de ideas muy avanzadas, tomó a su cargo la misión de introducirlo en el distrito. Contrató al mayor Farley, especialista en caballos, para que hiciera una demostración con uno de sus potros, y un grupo de granjeros acudió a presenciar el experimento. Kenny, muy pagado de sí mismo y dándose importancia, sostenía el acial y sonreía a la concurrencia mientras su protegido se disponía a desinfectar el lugar de la operación, pero en cuanto el mayor tocó el escroto con el antiséptico el caballo retrocedió y lanzó una coza a la cabeza de Kenny. Se lo llevaron sobre una camilla improvisada con parte de una valla; tenía el cráneo fracturado y pasó mucho tiempo en el hospital. Los otros granjeros estuvieron riéndose semanas y semanas, pero aquel ejemplo no los detuvo. La moda siguió siendo castrarlos de pie.

He dicho que era rápido. Naturalmente, cuando todo iba bien. Pero había ocasiones en que el caballo coceaba, o se lanzaba sobre nosotros, o se volvía loco. De cada diez casos nueve serían fáciles; el décimo un rodeo. No sé hasta qué punto asustaba este trabajo a los demás veterinarios, pero yo sí me sentía muy nervioso esas mañanas.

Por supuesto, una de las razones era que yo no era, ni soy ni seré jamás un buen caballista. Es difícil definir este término pero yo estoy convencido de que los buenos jinetes lo son de nacimiento o adquieren ese talento en la primera infancia. Y sabía que no servía de nada empezar pasados los veinte. Conocía a fondo las enfermedades de los caballos, creía estar capacitado para tratar con eficiencia a los caballos enfermos, pero ese poder que tiene el auténtico caballista para calmar, tranquilizar y dormir mentalmente a un animal, no estaba a mi alcance. Y no intentaba siquiera engañarme.

Lo cual es una desgracia, porque no podemos dudar de que los caballos lo saben. Es muy distinto con las vacas; a estas no les importa nada. Si a una vaca le apetece cocearte lo hará, sin importarles un rábano si eres experto o no. Pero los caballos sí lo saben.

De modo que en esas mañanas mi moral no estaba nunca muy alta cuando salía con el instrumental resonando y agitándose sobre la bandeja de porcelana en el asiento posterior. ¿Sería un animal salvaje o tranquilo? ¿Sería

muy grande? Había oído cómo mis colegas declaraban enfáticamente su preferencia por los caballos grandes; los de dos años eran mucho más fáciles, decían; se agarraban mejor los testículos. Pero para mí no había la menor duda: me gustaban pequeños y cuanto más pequeños mejor.

Una mañana, cuando la temporada estaba en su mejor momento y yo creía entender bastante de la raza equina, Siegfried me llamó al salir:

—James, hay un caballo con un tumor en el vientre en casa de Wilkinson, de *White Cross*. Ve y quítaselo; si es posible hoy, si no, decide tú mismo el momento. Lo dejo en tus manos.

Un poco resentido con el destino por darme esa tarea extra aparte del trabajo habitual de la temporada, herví el escarpelo, las cucharas para el tumor y la jeringuilla, y lo puse todo en la bandeja con anestésico local, yodo y antitoxina tetánica.

Me fui a la granja con la bandeja resonando lúgubrementemente a mis espaldas. Ese sonido siempre me parecía que anunciaba una catástrofe. Me puse a pensar en el caballo; quizás fuera solo de un año, a veces tenían esos tumores que los granjeros llamaban bayas. Durante los nueve kilómetros conseguí pintarme un delicioso cuadro de un caballito joven, de ojos suaves, con el abdomen hinchado y las crines largas; le había sentado mal el invierno y probablemente estaría lleno de lombrices... y temblorosas las piernas de debilidad.

En la granja de Wilkinson todo estaba tranquilo, el patio vacío a excepción de un chiquillo de unos diez años que ignoraba dónde estaba el jefe.

—Bueno, ¿y el caballo? —pregunté. Me señaló un establo.

—Está ahí.

En un extremo se alzaba un establo individual muy alto, con una reja metálica rematando las paredes de madera, y en su interior oí un relincho profundo y sonoro seguido de una serie de golpes tremendos contra las paredes laterales del establo. Un escalofrío me bajó por la espalda. No se trataba de un tierno potrillo.

Abrí la mitad superior de la puerta y dentro, alzándose sobre mí, vi un animal enorme. Jamás hubiera podido creer que los caballos llegaran a ser así de grandes: un semental castaño de cuello muy arqueado y cascos como tapas de alcantarilla. Los músculos reventaban brillantes en sus brazuelos y cuartos delanteros y, en cuánto me vio, echó atrás las orejas, me mostró el blanco de los ojos y pateó furiosamente la pared. Una astilla de casi treinta centímetros de longitud saltó por el aire bajo el furioso golpeteo de los cascos.

—¡Santo cielo! —dije en un suspiro, cerrando la media puerta a toda prisa. Me apoyé en ella de espaldas escuchando el latir desenfrenado de mi corazón.

Luego me volví al chico:

—¿Cuántos años tiene este caballo?

—Más de seis, señor.

Intenté pensar con calma. ¿Cómo manejar a semejante asesino? Nunca había visto nada semejante; debía pesar más de una tonelada. Sacudí la cabeza. Ni siquiera había echado una ojeada al tumor que se suponía debía quitarle. Alcé el cerrojo, abrí la puerta unas dos pulgadas y miré. Lo vi colgando limpiamente del vientre, probablemente un papiloma del tamaño de una pelota de críquet, con una superficie lobulada que le daba el aspecto de una pequeña coliflor. Se balanceaba suavemente de un lado a otro a cada movimiento del caballo.

No habría problema para extirparlo; tenía un cuello muy estrecho, unos cuantos centímetros de anestesia local y lo quitaría con toda facilidad.

Pero había una pega. Tendría que meterme debajo de aquel barril brillante que era su abdomen, al alcance de las poderosas patas, y clavarle una aguja en aquellos centímetros de carne. No me atraía la idea.

Había que pensar, sin embargo, en las cosas prácticas: un cubo de agua caliente, jabón y una toalla. Y necesitaría un hombre fuerte para el acial. Me dirigí hacia la casa.

No hubo respuesta a mi llamada. Lo intenté de nuevo. Tampoco. No había nadie en casa. Me pareció lo más natural del mundo dejarlo todo para otro día. La idea de recorrer edificios y campos hasta dar con alguien jamás me pasó por la cabeza.

Emprendí un galope vivo hacia el coche, le hice dar la vuelta chirriando los neumáticos y salí rugiendo del patio. Siegfried quedó sorprendido:

—¿Que no había nadie? Pues tiene gracia; estoy seguro de que te esperaban hoy. Bueno, no importa, está en tus manos, James. Llámales y dispón tú mismo la fecha lo antes posible.

Me resultó maravillosamente fácil olvidarme del semental durante los días y semanas que siguieron, menos cuando no estaba en guardia. Por lo menos una vez por noche invadía mi sueño con el morro dilatado y las crines al viento, con lo que adquirí la costumbre incómoda de despertarme de pronto a las cinco de la mañana y ponerme inmediatamente a operar al caballo. Creo que le quité aquel tumor unas veinte veces por término medio antes del desayuno de cada día.

Me decía a mí mismo que sería mucho mejor lanzarme a la tarea de una vez y acabar con ello. De todos modos, ¿a qué estaba esperando? ¿Es que había algo en mi subconsciente que me decía que, si lo posponía lo suficiente, sucedería algo que me librara de ello? El tumor podía desprenderse, o reducirse y desaparecer; incluso el caballo podía morir de repente.

Podía haberle pasado la tarea a Siegfried —él era muy bueno con los caballos— pero ya dudaba bastante de mí sin necesidad de eso.

Todas mis dudas se resolvieron una mañana cuando el señor Wilkinson me llamó por teléfono. No es que estuviera preocupado por el largo retraso, pero dejó bien claro que aquello no podía esperar más.

—Verá, tengo que vender este caballo, jovencito, y no puedo venderlo con esa cosita colgando, ¿verdad?

Mi viaje a la granja de Wilkinson no estuvo más animado por el sonido familiar de la bandeja en el asiento trasero. Me recordaba la última vez que fuera allí preguntándome qué me esperaba. Ahora lo sabía.

Al bajar del coche me sentía extraño, como si caminara a pocos centímetros del suelo. Me saludaron unos relinchos que despertaron ecos en el establo, los mismos relinchos y golpetazos furiosos contra la madera que oyera antes.

Intenté que mi rostro rígido se abriera en una sonrisa cuando se acercó el granjero.

—Mis chicos están poniéndole un cabestro —dijo, pero sus palabras se cortaron en seco ante el escándalo proveniente del establo y dos golpes tremendos contra las paredes laterales. Sentí que se me secaba la boca.

El estruendo se aproximaba; se abrieron de par en par las puertas del establo y el enorme caballo salió al patio como una catapulta arrastrando a dos hombretones a los extremos del cabestro. Las piedras soltaban chispas bajo las botas de estos mientras los dos trataban de afirmarse en el suelo e impedir que el semental reculara y embistiera. Creo que llegué a pensar que el suelo entero temblaba bajo mis pies al caer los cascos sobre él.

Al fin, después de muchas maniobras, los hombres consiguieron detener al caballo de costado contra el muro del establo. Uno de ellos clavó el acial en el belfo superior y tiró diestramente de él, el otro agarró firmemente el cabestro y se volvió hacia mí:

—Dispuestos cuando quiera, señor.

Clavé la aguja en la tapa de goma del frasco de cocaína, saqué el émbolo y observé cómo entraba el fluido: siete, ocho, diez centímetros cúbicos. Si pudiera meterle todo eso, el resto sería fácil; pero las manos me temblaban.

Me dirigí al caballo como si estuviera presenciando la acción en una película, como si no fuera yo el que lo hacía, y es que todo me parecía irreal. El ojo visible del caballo me miraba amenazadoramente cuando alcé la mano izquierda y la pasé por los músculos del cuello, por el flanco tembloroso y por el abdomen, hasta coger el tumor. Ahora tenía aquello en la mano, el lóbulo firme y duro bajo mis dedos. Tiré suavemente hacia abajo estirando la piel del cuello del tumor. Ahí iba a introducir el anestésico... y con generosidad. No sería tan difícil. El semental echó atrás las orejas y soltó un relincho de aviso.

Inspiré larga y cuidadosamente, cogí la jeringuilla con la mano derecha, puse la aguja contra la piel y apreté.

El golpe fue tan rápido que al principio solo me dominó la sorpresa de que un animal tan enorme se moviera con tanta rapidez. Aquello fue como un rayo. La coz más rápida que viera en la vida y el casco me dio en el muslo derecho lanzándome por los aires sin poder evitarlo. Cuando di en el suelo me quedé inmóvil, sintiendo tan solo un curioso entumecimiento. Al tratar de incorporarme un espasmo de dolor me recorrió la pierna.

Cuando abrí los ojos, el señor Wilkinson se inclinaba sobre mí.

—¿Está bien, señor Herriot? —preguntó con voz ansiosa.

—Creo que no —me asombraba el sonido normal de mis propias palabras, pero lo más extraño era la impresión que tenía de estar en paz conmigo mismo por primera vez en muchas semanas. Ahora estaba tranquilo y dominaba por completo la situación.

—Me temo que no, señor Wilkinson. Será mejor que vuelva el caballo al establo, de momento... Tendremos que intentarlo otro día. Y, por favor, llame al señor Farnon para que venga a recogerme. No creo que pueda conducir.

No tenía la pierna rota, pero sí un hematoma enorme en el punto del impacto. La pierna entera quedó como una paleta de pintor, un muestrario de colores, del naranja más delicado al negro más profundo. Caminaba todavía como un veterano de Crimea cuando, unos quince días más tarde, Siegfried y yo, junto con un pequeño ejército de ayudantes, volvimos y operamos al semental, cloroformizándolo para extirparle el pequeño tumor.

Tengo una cicatriz en el muslo que aún me recuerda ese día, pero obtuve cierto beneficio de aquel incidente. Descubrí que el temor es peor que la realidad, y el trabajo con los caballos jamás me ha preocupado tanto desde entonces.

La primera vez que vi a Phin Calvert, yo estaba en la calle, ante la clínica, hablando con el general de brigada Julian Coutts-Browne sobre sus perros de caza. El general era casi una versión teatral del aristócrata inglés, inmensamente alto, con una pronunciada inclinación de los hombros, rasgos de halcón y una voz profunda y lenta. Al hablar, el humo de su cigarrillo se le escapaba entre los labios.

Volví la cabeza al sonido de unas botas pesadas sobre la acera. Una figura gruesa venía rápidamente hacia nosotros, con las manos metidas en los tirantes del pantalón, la chaqueta vieja muy abierta para mostrar la camisa sin cuello, y un pelaje gris que le caía en flequillo bajo una gorra grasienta. Sonreía a todo el mundo y tarareaba para sí mismo.

El general lo miró.

—Buenos días, Calvert —saludó fríamente.

Phineas alzó la cabeza en satisfecho reconocimiento.

—¡Vaya, vaya, Charlie! ¿Cómo te va? —gritó.

Quedóse el general como si se hubiera tragado medio litro de vinagre. Se quitó el cigarrillo de la boca con mano temblorosa y contempló la espalda que ya se alejaba.

—¡El muy descarado! —murmuró.

Mirando a Phin nadie podría haber creído que era un granjero próspero. Me llamaron a su casa una semana más tarde y quedé sorprendido al encontrar una granja y edificios adjuntos magníficos y un excelente ganado pastando en los campos. Oí su voz incluso antes de bajar del coche.

—¡Hola, hola, hola! Y, ¿a quién tenemos aquí? El nuevo, ¿eh? ¡Ahora sí que aprenderemos algo! —Seguía con las manos metidas en los tirantes y sonreía con más alegría que nunca.

—Me llamo Herriot —dije.

—Ah, ¿sí? —Phin inclinó la cabeza y me examinó, luego se dirigió a tres jóvenes que aguardaban cerca—. ¿No tiene una sonrisa encantadora, chicos? ¡Es un auténtico «Harry el Feliz»!

Se volvió y me encaminó a través del patio.

—Vamos, pues, y a ver de qué está usted hecho. Espero que sepa algo de terneros, porque tengo aquí algunos que se portan de un modo muy raro.

Al entrar en el establo confié en poder hacer algo impresionante, quizás utilizar alguna de las nuevas drogas y sueros que traía en el coche. Necesitaría un éxito muy especial para dejar mi impronta ahí.

Había seis animales jóvenes y bien cuidados, de buen tamaño, y tres de ellos se comportaban de un modo muy extraño, enseñando los dientes, arrojando espuma por la boca y girando de un lado a otro como si estuvieran ciegos. Mientras los observaba, uno de ellos se dirigió en línea recta contra la pared y permaneció allí con el morro apretado contra la piedra.

Phin, al parecer nada preocupado, tarareaba para sí en un rincón. Cuando empecé a sacar el termómetro de la caja estalló en comentarios jocosos:

—Y ahora, ¿qué hace? ¡Ah, vamos, adelante con ello!

El medio minuto que el termómetro pasa en el recto del animal suele dedicarse a pensar a toda prisa. Pero esta vez no necesité ni ese tiempo para hacer mi diagnóstico que aquella ceguera facilitaba. Empecé a examinar los muros del establo; estaba oscuro y hube de acercar el rostro a las piedras. Phin habló de nuevo:

—Bueno, y ahora ¿qué ocurre? Está usted tan mal como los terneros, husmeando por ahí lo mismo que ellos. Pero ¿qué busca?

—Pintura, señor Calvert. Estoy casi seguro que sus terneros padecen de plumismo, envenenamiento por plomo. Phin dijo lo que todos los granjeros suelen decir en este caso:

—No es posible. He tenido aquí terneros durante treinta años y jamás antes han sufrido daño. De todas formas, aquí no hay pintura.

—Y esto, ¿qué es? —Me dirigí al ángulo más oscuro y cogí un madero suelto.

—Oh, eso no es más que un pedazo de madera que clavé ahí la semana pasada para tapar un agujero. Salió de un gallinero viejo.

Miré la pintura, con una antigüedad de más de veinte años, que colgaba en jirones, esas tiras sueltas que los terneros encuentran tan irresistibles.

—Esto es lo que ha hecho todo el daño —dije—. Mire, aún se pueden ver las marcas de los dientes donde han comido.

Phin estudió el tablón de cerca y gruñó, dudoso:

—De acuerdo, pero ¿qué hacemos ahora?

—Lo primero sacar de aquí todos esos maderos pintados y luego darles sulfato de magnesia a los terneros. ¿Tiene magnesia?

Soltó una carcajada.

—Seguro, tengo todo un saco lleno, pero ¿no puede hacer otra cosa mejor? ¿No va a inyectarlos?

Aquello era un poco embarazoso. Los antídotos específicos para el envenenamiento por metales aún no se habían descubierto y lo único posible, que en ocasiones resultaba, era darles sulfato de magnesia, lo que originaba la precipitación del sulfato de plomo insoluble. El término casero para el sulfato de magnesia es, naturalmente, la magnesia.

—No —dije—. Nada podemos inyectarles y ni siquiera puedo asegurar que las sales los curen. Pero me gustaría que les diera dos cucharadas soperas llenas tres veces al día.

—¡Demonios, eso les va a dejar el vientre muy suelto!

—Quizás, pero no hay otra cosa.

Phin dio un paso hacia mí hasta que su rostro, muy moreno y arrugado, quedó pegado al mío. Los ojos, castaños y muy agudos, me examinaron con detenimiento por unos segundos; luego se apartó rápidamente.

—De acuerdo —dijo—, entre a beber algo.

Se metió en la cocina de la granja delante de mí, echó atrás la cabeza y lanzó un grito que hizo temblar las ventanas:

—¡Mujer, aquí hay un tipo que quiere un vaso de cerveza! ¡Ven a conocer a «Harry el Feliz»!

Apareció la señora Calvert con velocidad mágica y colocó en la mesa vasos y botellas. Miré la etiqueta —Cerveza Nutty Brown, de Smith— y llené el vaso. Fue un momento histórico aunque yo lo ignoraba entonces: la primera de una serie increíble de botellas Nutty Brown que había de beber en aquella mesa.

La señora Calvert se sentó un instante, cruzó las manos sobre el regazo y sonrió animosamente.

—Entonces, ¿puede hacer algo por los terneros? —preguntó.

Phin se lanzó a hablar sin dejarme contestar.

—¡Oh, sí, los va a curar! Les va a dar sales de magnesia.

—¿Magnesia?

—Eso es, mujer. Cuando llegó le dije que veríamos algo auténticamente elegante y científico. Hay que dar paso a la sangre nueva, y a las ideas modernas —exclamó, y siguió bebiendo gravemente.

Durante los días siguientes los terneros fueron mejorando poco a poco, y dos semanas después comían con normalidad. El que estuvo más grave

mostraba aún síntomas de ceguera, pero yo confiaba en que todo acabaría bien.

No pasó mucho tiempo sin ver a Phin de nuevo. Era a primeras horas de la tarde y yo estaba en el despacho con Siegfried cuando la puerta exterior resonó y en el corredor se escuchó el ruido de unas botas claveteadas. Oí una voz que cantaba:

—Ta-ra-ra-ta-chum.

Phineas estaba de nuevo entre nosotros.

—¡Bien, bien, bien! —saludó alegremente a la señorita Harbottle—. ¡Pero, si es Flossie! Y, ¿qué hace mi cariñito en este día tan bueno?

No se alteraron los rasgos duros como el granito de la señorita Harbottle. Lanzó una mirada helada al intruso, pero ya Phin se volvía a Siegfried con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes amarillos.

—Vamos, jefe, ¿cómo van las cosas?

—Todo bien, señor Calvert —contestó Siegfried—. ¿En qué puedo servirle?

Me señaló.

—Ese es mi hombre. Quiero que venga a mi casa inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¿Los terneros otra vez?

—¡Maldición, no! Ojalá fuera eso. Es mi mejor toro. Resoplando como un fuelle. Yo creo que es neumonía, pero la peor que he conocido. Está en un estado terrible. Como si fuera a palmarla —concluyó, y por un instante parecía que había perdido su buen humor.

Yo había oído hablar de este toro, un Shorthorn de magnífica raza, ganador de concursos y el origen de todo su ganado.

—Será mejor que vaya delante, señor Calvert. Yo le seguiré inmediatamente.

—¡Buen chico! Entonces, me voy. —Se detuvo en la puerta, una figura curiosa, sin corbata, con la chaqueta informe, unos pantalones con auténticas bolsas en su trasero. Se volvió de nuevo a la señorita Harbottle, y contorsionó sus rasgos en burlona sonrisa—: ¡Adiosito, Floss! —gritó, y desapareció. Por un instante la habitación pareció vacía y quieta, a excepción del ácido comentario de la señorita Harbottle:

—¡Oh, ese hombre! ¡Horrible! ¡Horrible!

Llegué rápidamente a la granja y encontré a Phin esperándome con sus tres hijos. Los jóvenes parecían tristes, pero Phin aún no se daba por vencido.

—¡Aquí tenemos de nuevo a «Harry el Feliz»! —gritó—. Ahora todo irá bien. —Incluso consiguió tararear mientras nos dirigíamos hacia el toro pero, en cuanto miró sobre la puerta, hundió la cabeza en el pecho y sus manos tiraron nerviosamente de los tirantes.

El toro estaba de pie, como clavado en medio del recinto. La enorme caja torácica se alzaba y caía con la respiración más angustiada que yo había visto. Tenía la boca muy abierta y una espuma burbujeante le colgaba de los belfos y los ollares; los ojos, saltones y aterrorizados contemplaban el muro ante él. Esto no era neumonía; era una batalla frenética por respirar y parecía que la estaba perdiendo.

No se movió cuando le metí el termómetro y, aunque trataba de discurrir a toda velocidad, comprendí que aquel medio minuto no iba a bastarme esta vez. Había esperado una respiración acelerada, pero nada parecido a esto.

—Pobre amigo —murmuró Phin—. Me ha dado los mejores terneros que tengo y es más manso que una oveja además. Mis nietos pequeños han jugado bajo su vientre y ni les ha hecho caso. No puedo verle sufrir así. Si no puede curarle, dígamelo y cogeré el rifle.

Saqué el termómetro y lo leí. Cuarenta y tres grados. Esto era ridículo. Lo agité vigorosamente y se lo metí de nuevo en el recto.

Le di casi el minuto esta vez para poder pensar un poco más. La segunda lectura me dio lo mismo y experimenté la desagradable convicción de que, si el termómetro hubiera sido más largo, el mercurio aún habría llegado más arriba.

¿Qué era esto, Dios mío? Podía ser ántrax... debía serlo... y, sin embargo... Miré la fila de cabezas sobre la media puerta; todos esperaban que yo dijera algo, y su silencio acentuaba aún más aquella respiración fatigosa. Levanté los ojos hacia el recuadro de cielo azul y las nubes que corrían ante el sol. Quedó este a la vista un segundo después y un rayo vivísimo, me obligó a cerrar los ojos. Una campanita sonó en mi mente.

—¿Ha estado fuera hoy? —pregunté.

—Sí, ha estado comiendo allá en el prado todo el día. En aquel sitio tan amplio y al sol.

La campanita repiqueteaba ahora.

—Traigan aquí una manguera en seguida. Conéctela al grifo del patio.

—¿Una manguera? ¿Qué diablos...?

—Sí, lo más rápido que puedan. Tiene insolación.

La tuvieron colocada en menos de un minuto. La abrí al máximo y empecé a lanzar el fuerte chorro de agua fría por todo su cuerpo, la cabeza y

el cuello, las costillas, arriba y abajo de las patas. Continué así durante unos cinco minutos, pero me pareció que pasaba más tiempo mientras esperaba algún signo de mejora. Empezaba a creer que me había equivocado cuando el toro tragó saliva una vez.

¡Ya era algo!... Antes habría sido incapaz de tragar saliva en sus esfuerzos desesperados por introducir aire en los pulmones. Ahora sí empecé a advertir un cambio en el enorme animal. ¿No parecía menos alterado?... ¿No respiraba con más calma?

El toro se agitó, volvió la cabeza y nos miró. Uno de los jóvenes habló en un susurro:

—¡Por Dios, que sí funciona!

A partir de ese momento empecé a divertirme. No creo que haya vivido otro momento en toda mi vida de trabajo que me proporcionara más placer que el estar de pie en aquel establo dirigiendo el chorro salvador y observando cómo lo saboreaba el toro. Le gustaba sobre todo en la cara y, mientras yo subía el chorro por el rabo y por el lomo calenturiento, volvía el morro hacia el agua agitando la cabeza de un lado a otro y cerrando los ojos con alivio.

Al cabo de media hora parecía casi normal. Su pecho respiraba aún algo pesadamente, pero no estaba incómodo. Probé la temperatura de nuevo. Esta vez el termómetro había bajado a cuarenta.

—Ahora se pondrá bien —dije—, pero creo que uno de los chicos debe seguir echándole agua: otros veinte minutos más. Yo tengo que irme.

—¿Tiene tiempo para una copa? —Gruñó Phin.

En la cocina de la granja, a su grito le faltó un poco de su timbre habitual. Se hundió en una silla y contempló su jarra de Nutty Brown.

—Harry —dijo—, le aseguro que me ha dejado sin palabras esta vez —suspiró y se frotó la barbilla con aparente incredulidad—. No sé qué demonios decirle.

No era frecuente que Phin se quedara sin habla, y la recuperó de nuevo y muy pronto en la siguiente reunión de los grupos de discusión de los granjeros.

Un caballero muy sabio y deseoso de ayudar había estado hablando largo y tendido sobre las ventajas de la medicina veterinaria, recalcando que los granjeros debían esperar que su ganado fuera atendido como los doctores atienden a sus pacientes humanos, con las mejores drogas y procesos técnicos.

Aquello fue demasiado para Phin. Se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Ah, me parece que está diciendo muchas tonterías! Hay un tipo joven en Darrowby, que salió no hace mucho de la escuela, y no me importa si a

usted no le gusta, pero él no utiliza más que magnesia y una manguera de agua fría.

Precisamente durante uno de los ataques de eficiencia de Siegfried fue cuando la vaca del coronel Merrick se tragó un alambre. El coronel era amigo particular suyo, lo que aún hizo las cosas más difíciles.

Todos sufríamos cuando Siegfried padecía esos ataques. Generalmente le acometían tras haber estado leyendo una obra técnica o haber visto una película sobre cualquier proceso técnico moderno. Entonces se lanzaba con vehemencia a adoctrinarnos, obligándonos a todos a reformarnos y ser mejores. Durante algún tiempo le obsesionaba el ansia de perfección.

—Tenemos que actuar con más estilo en esas operaciones en las granjas. No basta con ir sacando unos cuantos instrumentos viejos de una bolsa y empezar a sajar al animal. Ha de haber limpieza, asepsia si es posible, y una técnica metódica.

Así que se sintió jubiloso cuando diagnosticó una reticulitis traumática (un cuerpo extraño en el segundo estómago) en la vaca del coronel.

—Ahora sí que vamos a enseñarle algo al viejo Hubert. Le presentaremos un cuadro de cirugía veterinaria que jamás olvidará.

Nos obligó a Tristán y a mí a actuar como ayudantes, y nuestra llegada a la granja fue realmente impresionante. Siegfried dirigía la procesión más elegante que nunca, con una chaqueta nueva de *tweed* de la que se sentía muy orgulloso. Tenía un aire cortés y afable al estrecharle la mano a su amigo. El coronel era un hombre jovial.

—Creo que vas a operar a mi vaca. Conque se ha tragado un alambre, ¿eh? Me gustaría ver cómo lo haces, si te parece bien.

—No faltaba más, Hubert, ya lo creo. Lo encontrarás muy interesante.

En el establo, Tristán y yo tuvimos que desarrollar gran actividad. Dispusimos unas mesas junto a la vaca y sobre ellas colocamos bandejas metálicas nuevas con hileras de instrumentos brillantes y esterilizados. Escalpelos, sondas, cánulas, fórceps para las arterias, jeringuillas hipodérmicas, agujas de sutura, gut y seda en frascos de cristal, rollos de algodón y varias botellas de alcohol y otros antisépticos.

Siegfried se afanaba de un lado a otro, feliz como un chiquillo. Tenía unas manos muy diestras y, como cirujano, valía la pena observarlo. Me era fácil adivinar lo que pensaba: esto, se decía, va a ser fantástico.

Cuando todo estuvo a su gusto se quitó la chaqueta y se puso una bata de brillante blancura. Entregó la chaqueta a Tristán y casi instantáneamente montó en cólera.

—¡Eh!, no la tires así sobre ese cubo metálico. Vamos, déjame a mí. Yo le encontraré un lugar seguro —sacudió el polvo de la chaqueta con ternura y la colgó en un clavo de la pared.

Mientras tanto, yo había afeitado y desinfectado el lugar de la operación en el flanco, y todo estaba dispuesto para la anestesia local. Siegfried sacó la jeringuilla e inyectó rápidamente.

—Aquí es donde vamos a cortar, Hubert. Espero que no seas melindroso.

El coronel sonrió.

—Oh, ya he visto mucha sangre. No tienes por qué preocuparte; no me desmayaré.

Con un rotundo giro del escalpelo Siegfried hizo una incisión en la piel, luego en los músculos y finalmente, con toda delicadeza, en el peritoneo brillante a nuestros ojos. La pared del rumen, el primer estómago, quedó expuesta a nuestra vista. Tomó ahora un escalpelo limpio y buscó el mejor lugar para cortar. Pero, mientras disponía la hoja, la pared estomacal empezó a salirse de pronto por la incisión de la piel.

—Extraño —murmuró—; probablemente un poco de gas —empujó con calma y suavemente la protuberancia y se dispuso de nuevo a hacer el corte pero, en cuanto quitó la mano, se salió detrás una masa rosada mayor que un balón de fútbol. Siegfried volvió a empujarla, e inmediatamente se le salió de nuevo, aumentando de tamaño en forma notable. Esta vez necesitó las dos manos para realizar el trabajo, y fue empujando y haciendo presión hasta que obligó a aquello a desaparecer una vez más. Se quedó en pie un momento, las manos dentro de la vaca, respirando pesadamente. Dos gotitas de sudor le bajaron por la frente.

Retiró cuidadosamente las manos. Nada sucedió. Por lo visto ya se había calmado. Daba Siegfried la vuelta para coger el escalpelo cuando, como algo vivo, el estómago volvió a salir de un salto. Parecía como si el órgano entero se hubiera escapado por la incisión, una masa resbalosa y brillante que siguió y siguió ascendiendo hasta quedar al nivel de sus ojos.

Ahora había abandonado todo simulacro de serenidad, y luchaba desesperadamente, los dos brazos en torno al balón, apretando hacia abajo con

todas sus fuerzas. Me adelanté a ayudarlo, y al acercarme susurró furioso:

—¿Qué diablos es esto? —Debía preguntarse, desde luego, si aquel montón vivo de tejido sería alguna parte de la anatomía bovina de la que jamás hubiera oído hablar.

En silencio empujamos la masa hacia abajo hasta que quedó bajo la piel. El coronel nos observaba sin parpadear. No había esperado que la operación fuera tan interesante. Sus cejas estaban ligeramente alzadas.

—Debe ser culpa del gas —dijo Siegfried, respirando agitadamente—. Pásame el escalpelo y retírate.

Lo clavó en el estómago e hizo un corte rápido hacia abajo. Me alegré de haberme retirado, pues por aquella incisión estalló un surtidor de alta presión con el contenido estomacal semilíquido: una cascada de color marrón verdoso, de un olor horrible, que eructaba de las profundidades de la vaca como movido por una bomba invisible.

El primer chorro cayó directamente sobre la cara de Siegfried. No podía soltar el estómago, pues este se hubiera retraído e introducido de nuevo en el abdomen y contaminado el peritoneo. De modo que se aferró a cada lado de la abertura mientras aquel torrente diabólico se derramaba sobre sus cabellos, le bajaba por el cuello y cubría su hermosa bata blanca.

De vez en cuando la corriente se alteraba con una repentina explosión que enviaba aquella salsa fermentada por encima de todo cuanto había en sus alrededores. Un minuto después las bandejas con sus brillantes instrumentos estaban totalmente cubiertas. Las pulcras hileras de esponjas de hilas, las niveas compresas de algodón, desaparecieron sin dejar huella; pero lo peor de todo fue cuando un surtidor más poderoso que los otros envió un buen chorro sobre la chaqueta nueva que colgaba en la pared. El rostro de Siegfried quedaba demasiado oculto a mi vista para notar en él cualquier cambio de expresión, pero en este desastre vi auténtica angustia en sus ojos.

Las cejas del coronel se alzaban ahora al máximo, y, con la boca abierta contemplaba incrédulo la caótica escena. Siegfried, todavía firmemente aferrado al corte, se hallaba en el mismo centro, hundido en un lago de porquería que le llegaba hasta el borde de las botas. Parecía un isleño de Fidji con el pelo empapado y tieso, los ojos muy blancos en el rostro manchado de suciedad marrón y verdosa.

Poco a poco el surtidor fue reduciéndose a un chorrito y luego se detuvo. Entonces pude coger yo los labios de la herida mientras Siegfried metía el brazo y se abría camino hasta el retículo. Lo observé rebuscar en el órgano alveolar, fuera de nuestra vista, contra el diafragma. Un gruñido de

satisfacción me dijo que había localizado el alambre y unos segundos después, lo había sacado.

Tristán había trabajado frenéticamente para rescatar y limpiar los materiales de sutura, y la incisión quedó cosida muy pronto. El heroico aguante de Siegfried no había sido en vano: no hubo contaminación del peritoneo.

En silencio y con toda precisión aseguró piel y músculos con puntos de retención y limpió la herida. Todo iba bien. La vaca seguía imperturbable; bajo la anestesia ni se había enterado de la lucha titánica con sus órganos internos. En realidad, liberada de la incomodidad del alambre que la atravesaba, parecía ya sentirse mejor.

Se necesitó bastante tiempo para limpiar todo aquello pero lo más difícil fue poner presentable a Siegfried. Hicimos todo lo posible por limpiarle con cubos de agua mientras él se dedicaba a frotar tristemente su chaqueta nueva con un cepillo. Pero no suponía diferencia alguna.

El coronel quedó satisfechísimo y nos dio la enhorabuena.

—Entra en casa, muchacho. Pasa y toma una copa. —Pero la invitación sonaba algo forzada y tenía buen cuidado de mantenerse al menos a tres metros de su amigo.

Siegfried se lanzó la chaqueta manchada sobre el hombro.

—No, gracias, Hubert, eres muy amable pero hemos de irnos —salió del establo—. Creo que esa vaca estará comiendo en uno o dos días. Volveré de aquí a un par de semanas a quitarle los puntos.

En el espacio confinado del coche, Tristán y yo no conseguíamos alejarnos de él tanto como nos hubiera gustado. Incluso con las cabezas fuera de las ventanillas, el olor era insoportable.

Siegfried condujo dos o tres kilómetros en silencio, luego se volvió hacia mí y su rostro agotado se abrió en una sonrisa. Había algo invencible en aquel hombre.

—Nunca sabe uno lo que le espera a la vuelta de la esquina en este trabajo, muchachos, pero pensad solo en esto: la operación fue un éxito.

Estábamos los tres en aquel patio tristón, Isaac Cranford, Jeff Mallock y yo. El único que parecía hallarse a su gusto era Mallock, lo cual no resultaba extraño ya que él era, por así decirlo, el anfitrión. Era el propietario de la fábrica de desechos y nos miraba con serenidad mientras estudiábamos el cadáver de una vaca que acababa de abrir.

En Darrowby, el nombre de Mallock sonaba muy mal. Él era la tumba del ganado, de las ambiciones de los granjeros, de las esperanzas de los veterinarios. Si alguna vez se agravaba un animal enfermo, no faltaba quien dijera: «Apuesto a que pronto se lo enviarán a Mallock para que lo descuartice», o bien: «Jeff Mallock acabará con él». Y en verdad que el lugar respondía a la idea que todos tenían de él: un grupo de edificios de ladrillo rojo que se alzaban algo retirados de la carretera, con una chimenea chata de la que salía siempre un humo negro y maloliente.

No valía la pena acercarse demasiado a menos que uno tuviera el estómago muy fuerte, de modo que las gentes de la ciudad evitaban el lugar. Pero si uno se aventuraba a ir y miraba por las puertas metálicas corredizas, se creía en un mundo de pesadilla. Había animales muertos por todas partes. La mayoría estaban desmembrados, y grandes piezas de carne colgaban ya en garfios, pero aquí y allá se veía a una oveja ensangrentada, o un cerdo verdoso e hinchado, que ni siquiera Jeff se decidía a abrir.

Cráneos y huesos secos se amontonaban hasta el techo en algunos puntos, y montones de color oscuro de carne ya preparada se alzaba en los ángulos. El olor siempre era malo, pero cuando Jeff hervía las reses muertas era indescriptible. La casa de la familia Mallock estaba en el centro de los edificios, y no es extraño que los desconocidos pensaran que allí había de vivir una colección de brujos. Pero Jeff era un hombre de rostro rosado y angélico a pesar de sus cuarenta y tantos años, y su esposa era regordeta, sonriente y muy linda. Tenían muchos hijos; la mayor era una chica de diecinueve años realmente preciosa, y el más pequeño un crío sanísimo de cinco años. Eran ocho pequeños Mallock en total y se habían pasado la vida

jugando entre pulmones tuberculosos y toda una gama de bacterias, desde la salmonella al ántrax. Y eran los niños más sanos del distrito.

En las tabernas se decía que Jeff era uno de los hombres más ricos de la localidad, pero todos admitían también, mientras se tomaban la cerveza, que desde luego su trabajo le costaba. A cualquier hora del día o de la noche se iba por el campo con la camioneta desvencijada para recoger una res muerta, llevarla a su fábrica y desmenuzarla. Un tratante de carne para perros acudía desde Brawton dos veces a la semana con su camión y compraba la carne fresca. Todo lo demás lo metía Jeff en la caldera para hacer un preparado de carne que tenía mucha demanda para mezclarla al alimento de cerdos y aves. Enviaba los huesos a una fábrica de fertilizantes, las pieles al curtidor, y el resto lo recogía un individuo de ojos enloquecidos al que todos llamaban el Cuervo. A veces, por variar, Jeff fabricaba también barras de un jabón de olor extraño que vendía muy bien para fregar los suelos de las tiendas. Sí, decía la gente, no cabía duda de que Jeff era rico. Pero, desde luego, su trabajo le costaba.

Mis contactos con Mallock eran bastante frecuentes. Aquel cementerio tenía mucha utilidad para un veterinario. Era como una sala de autopsias, bastante desagradable, donde podía comprobar su diagnóstico en casos fatales, y, en las ocasiones en que se sentía totalmente desconcertado, se revelaba el misterio bajo la cuchilla de Jeff.

Naturalmente los granjeros le enviaban a veces un animal que yo había tratado y pedían a Jeff que les dijera «qué le había pasado de verdad» y ahí era donde surgía cierta fricción. Porque Jeff gozaba de auténtico poder, y pocas veces resistía la tentación de demostrarlo. Aunque no sabía leer ni escribir era un hombre de gran orgullo profesional; no le gustaba que lo llamaran «descuartizador»; prefería que le dijeran «mercader de pieles». Tenía la convicción de que, después de veintitantos años desmenuzando animales enfermos, sabía más que cualquier veterinario, y lo más desagradable era que la comunidad de granjeros estaba plenamente de acuerdo con él.

Siempre me estropeaba el día cuando un granjero venía a verme a la clínica y me decía que Jeff Mallock había rechazado de nuevo mi diagnóstico. «¡Eh!, ¿recuerda aquella vaca que usted trató como un caso de deficiencia de magnesio? No se curó, y se la envió a Mallock. Bien, ¿sabe lo que le pasaba de verdad? Gusanos en el rabo. Jeff dijo que, si le hubiera cortado el rabo, esa vaca se habría puesto bien y estaría tan pimpante». De nada servía discutir y

afirmar que no existía nada semejante a gusanos en el rabo. Jeff lo sabía... y eso era todo.

Si Jeff hubiera aprovechado todas sus magníficas oportunidades para adquirir un conocimiento sensato, no habría sido tan malo. Pero, en cambio, se había inventado por su cuenta una patología absurda respaldada por remedios de magia negra derivados de sus contactos con los miembros más primitivos de la comunidad de granjeros. Solo creía en cuatro enfermedades tipo: paralización de los pulmones, gangrena, úlceras gástricas y piedras en el riñón. Era un cuarteto que hacía temblar a los veterinarios en un radio de varios kilómetros.

Otra cruz que estos habían de sufrir era su capacidad para echar una ojeada a un animal muerto en una granja y diagnosticar inmediatamente la causa de la muerte. Los granjeros, aterrados por sus poderes, siempre me preguntaban por qué yo no podía hacerlo. Pero me era imposible odiar a aquel hombre. Habría tenido él que ser sobrehumano para resistir la oportunidad de mostrarse importante, y no había malicia en sus acciones. Sin embargo, en ocasiones nos ponía las cosas muy difíciles, y a mí me gustaba estar presente cuando era posible. Especialmente tratándose de Isaac Cranford.

Este era un hombre duro, un hombre que había forjado su vida en un molde de austeridad férrea. Regateador agudo e incapaz de confesarse perdedor, era famoso además por su mezquindad en una región donde la generosidad y hospitalidad eran la regla: Tenía la mejor tierra en el valle inferior, su ganado Shorthorn ganaba premios con regularidad en los concursos, pero él no era amigo de nadie. El señor Bateson, su vecino por el norte, lo resumía así: «Un tipo que pelaría a una mosca por lo que pudiera valer su piel». El señor Dickon, su vecino por el sur, lo expresaba de otro modo: «Si agarra un billete de libra, ya no lo suelta en la vida».

La reunión de esa mañana se debía a lo ocurrido la víspera. Una llamada telefónica a media tarde del señor Cranford.

—Tengo una vaca muerta por un rayo. Está allá, en el campo.

Quedé sorprendido.

—¿Rayo? ¿Está seguro? No hemos tenido tormenta hoy.

—Tal vez ustedes no, pero aquí sí.

—Mm... de acuerdo. Iré y le echaré una ojeada.

Ya en camino a la granja, no sentía demasiado entusiasmo ante la entrevista inminente. Este asunto del rayo iba a darme mucho dolor de cabeza. Todos los granjeros estaban asegurados contra el rayo — generalmente formaba parte de la póliza de incendios— y, después de una

fuerte tormenta, era bastante corriente que nos inundaran de llamadas telefónicas con la petición de que acudiéramos a examinar los animales muertos.

Las compañías de seguros se mostraban bastante razonables. Si recibían un certificado del veterinario diciendo que, en su opinión, el animal había muerto por un rayo, pagaban, generalmente sin protestas. En casos de duda pedían la autopsia o la segunda opinión de otro veterinario. La dificultad consistía en que era muy difícil diagnosticarlo con una autopsia: a veces un magullamiento de los tejidos bajo la piel, pero muy poco más. Lo ideal era cuando se hallaba a la bestia con las señales reveladoras de los chamuscones partiendo de la oreja, bajando por la pata y llegar hasta tierra. Casi siempre se encontraba al animal bajo un árbol, también destrozado por el rayo. El diagnóstico era fácil entonces.

El noventa y nueve por ciento de los granjeros iban de muy buena fe y, si el veterinario descubría otra causa patente de la muerte, aceptaban su veredicto con filosofía. Pero el uno por ciento restante podía ser un problema.

Siegfried me había hablado del tipo que le llamara para comprobar una muerte por el rayo. Las marcas de la quemadura en el cadáver eran absolutamente clásicas y Siegfried, al contemplarlas, casi se había mostrado lírico:

—Hermosas, Charlie, hermosas. Nunca había visto unas marcas tan típicas. Pero hay una pega —dijo, pasándole el brazo por los hombros—: ¡qué lástima que dejaras que le cayeran sobre la piel tantas gotas de cera!

El hombre había examinado cuidadosamente su obra y se había dado con el puño en la palma de la mano.

—¡Maldita sea! Tiene razón, señor. Con lo que he trabajado... lo que me costó... Estuve en ello casi una hora —se alejó murmurando. No demostró vergüenza; solo disgusto por una técnica deficiente.

Pero esto, me dije mientras los muros de piedra pasaban volando junto a las ventanillas de mi coche, sería muy distinto. Cranford tenía la costumbre de salirse siempre con la suya, estuviera equivocado o no, y, si hoy no lo conseguía, habría jaleo.

Crucé las puertas de la granja y seguí el camino entre los campos. El señor Cranford estaba de pie, inmóvil en medio del patio, y de nuevo me asombró el parecido de aquel hombre con un gran pájaro de presa. Los hombros estrechos e inclinados, el rostro de perfil en punta, el abrigo oscuro que le colgaba en pliegues de su huesudo cuerpo. No me habría sorprendido que extendiera las alas y volara hasta el tejado del granero. En cambio me saludó con

impaciencia y se apresuró a pasitos cortos hacia un campo a espaldas de la casa.

Era un campo muy grande, y la vaca muerta estaba casi en el centro. No había árboles, ni setos, ni siquiera un matorral. Mi hermoso cuadro del cuerpo bajo un árbol cortado en dos se difuminó, dejando un vacío de ansiedad.

Nos detuvimos junto a la vaca y el señor Cranford fue el primero en hablar:

—Tuvo que ser el rayo; no pudo ser otra cosa. Una tormenta horrorosa, y esta buena bestia que cae al suelo muerta de repente.

Miré la hierba junto al animal. Había sido agitada, revuelta; se veían trozos de tierra desnuda.

—Pero no se cayó muerta de repente, ¿verdad? Murió entre convulsiones... Mire ahí, donde sus patas han levantado la hierba.

—De acuerdo, tuvo una convulsión, pero fue el rayo lo que la mató —dijo Cranford, cuyos ojillos fieros y punzantes iban y venían del cuello de mi camisa al cinturón del impermeable, a las botas... Nunca se decidía a mirar a nadie cara a cara.

—Lo dudo, señor Cranford. Una de las señales más claras del rayo es que la bestia cae sin lucha. Algunas incluso han llegado a tener hierba en la boca.

—Oh, ya sé todo eso —gruñó Cranford, enrojeciendo—. He vivido con el ganado durante medio siglo, y no es este el primer animal que veo en el suelo. Pero con todos no ocurre del mismo modo.

—Comprendo, pero, mire, las causas de esta muerte podrían ser otras muchas cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Bien, en primer lugar ántrax, deficiencia de magnesio, un ataque al corazón..., hay toda una lista. Realmente creo que deberíamos hacerle la autopsia para estar seguros.

—Vamos, ¿es que cree que estoy intentando hacer algo indebido?

—Nada en absoluto. Solo digo que quiero asegurarme antes de escribir un certificado. Podemos ir a ver cómo la abren en la fábrica de Mallock y, créame, si no hay otra causa clara de muerte, usted tendrá el beneficio de la duda. Los de seguros se portan muy bien a este respecto.

Aquellos rasgos de ave de presa se hundieron más aún en el cuello de la chaqueta. Se metió rabioso las manos en los bolsillos.

—He tratado con muchos veterinarios. Y veterinarios buenos y con experiencia —los ojillos relampaguearon en dirección a mi oreja izquierda—.

Y nunca han armado tanto jaleo. ¿De qué sirven tantas molestias? ¿Por qué ha de ser usted tan remilgado?

¿Por qué, en realidad?, me dije. ¿Por qué hacerme un enemigo de este hombre? Tenía mucho poder en el distrito. Jefe en el sindicato de granjeros de la localidad; miembro de todos los comités agrícolas en muchos kilómetros a la redonda. Era un hombre rico y de éxito y, si a la gente no le gustaba, al menos respetaban sus conocimientos y lo escuchaban. Podía hacer mucho daño a un veterinario joven. ¿Por qué no escribir el certificado e irme a casa? Es decir, certificar que había examinado al animal antes mencionado y que, en mi opinión, el rayo había causado la muerte. Habría sido fácil, y Cranford se hubiera quedado satisfecho. Con ello se acabaría el asunto. ¿Por qué despertar su antagonismo, crearme un enemigo en este personaje peligroso, y por nada? De todas formas, tal vez fuera realmente el rayo.

Me enfrenté con el señor Cranford, intentando en vano captar la mirada de aquellos ojos que siempre se me escapaban en el último momento.

—Lo siento. Tendremos que echar una mirada al interior de la vaca. Llamaré a Mallock y le pediré que la recoja y nosotros podemos acudir allí por la mañana. Me reuniré en la fábrica con usted a las diez en punto. ¿Le parece bien?

—¡Qué remedio! —Escupió Cranford—. Es una majadería, pero supongo que he de darle gusto. Sin embargo, permítame recordarle que esta era una vaca magnífica y que valía sus buenas ochenta libras. No puedo permitirme perder esa cantidad de dinero. Exijo mis derechos.

—Y estoy seguro de que los obtendrá, señor Cranford. Ahora, antes de que se la lleven, será mejor que yo tome una muestra de sangre para eliminar la posibilidad del ántrax.

El granjero había estado sometido a demasiada tensión. Como pilar de la capilla metodista, su vocabulario grosero era bastante restringido; de modo que se desahogó con una patada salvaje al cadáver. Pero la punta del pie entró en contacto con la columna vertebral, y empezó a saltar a la pata coja y dando vueltas por unos segundos. Luego se fue cojeando a la casa.

Cuando quedé solo hice un pinchazo en la oreja y tomé una muestra de sangre entre dos cristales. La sesión no había sido agradable, y la del día siguiente sería igual. Metí cuidadosamente la muestra en una cajita de cartón y partí hacia Skeldale House para examinar detenidamente los cristales bajo el microscopio.

De modo que no era un grupo muy alegre el que estaba reunido en el patio de la fábrica de desechos a la mañana siguiente. Incluso Jeff, aún con su

expresión habitual que le daba el aspecto de un Buda sereno, estaba profundamente ofendido. Cuanto me contara al llegar yo al patio eran apenas fragmentos de su choque con Cranford, pero yo podía imaginar el resto. Al saltar de su camioneta, Jeff había echado una ojeada al animal y lanzado su rápido diagnóstico de costumbre: «Paralización de los pulmones. Lo sé por esa mirada de sus ojos y por cómo le cuelga el pelo por el lomo», esperando con confianza los suspiros maravillados y las felicitaciones que siempre acompañaban a su *tour de force*.

Y el señor Cranford contestó, montando en cólera:

—¡Cierra esa boca estúpida, Mallock, que no sabes nada de esto! ¡A esta vaca la mató un rayo y será mejor que lo recuerdes!

Y ahora, inclinado sobre el cadáver, yo no conseguía encontrar una pista. Ni señales de quemadura al retirar la piel. Los órganos internos estaban limpios y normales.

Me enderecé y me pasé los dedos por el pelo. La caldera burbujeaba suavemente lanzando oleadas malolientes en un ambiente ya muy cargado. Dos perros se dedicaban a lamer una pila de preparado de carne.

De pronto un escalofrío de horror me dominó. Alguien les hacía la competencia a los perros. Un niño de rizos dorados metía el dedo en el montón asqueroso y se lo llevaba a la boca, chupando con delicia.

—¡Miren! —aullé.

El rostro del «descuartizador» se encendió de orgullo paternal.

—Ah —dijo feliz—, no solo les gusta la comida a los perros. Es muy buena..., muy alimenticia.

Restaurado por completo su buen humor, encendió una cerilla y empezó a dar chupadas con aire satisfecho en una pipa corta llena de huellas de su siniestro trabajo.

Volví mi atención a nuestra tarea.

—Corte el corazón ¿quiere, Jeff? —dije.

Abrió con destreza este gran órgano de arriba abajo e inmediatamente comprendí que mi búsqueda había terminado. Los aurículos y los ventrículos estaban casi completamente ocluidos por una masa lobulada que crecía entre las válvulas. Endocarditis verrugosa, común en los cerdos pero que raras veces se ve en el ganado vacuno.

—Eso es lo que mató a su vaca, señor Cranford —dije.

Este hundió la nariz en el corazón.

—¡Qué estupidez! No querrá decir que una cosita así mató a un animal tan grande.

—No es tan pequeño. Lo bastante grande para detener la marcha de la sangre. Lo siento, pero no hay la menor duda. Su vaca murió de fallo cardíaco.

—¿Y el rayo?

—No hay la menor huella. Puede verlo por sí mismo.

—Y ¿qué hay de mis ochenta libras?

—Lo siento de verdad, pero eso no altera los hechos.

—¡Hechos! ¿Qué hechos? He venido esta mañana y lo que me ha mostrado no me lleva a cambiar de opinión.

—Pues no hay nada más que pueda decirle. Es un caso clarísimo.

El señor Cranford aún se puso más rígido. Apretó los brazos contra el abrigo y los dedos y pulgares empezaron a girar nerviosamente, como acariciando los amados billetes de banco que se le deslizaban entre las manos. El rostro, muy hundido en el cuello de la chaqueta, parecía aún más picudo.

Luego se volvió y trató en vano de sonreír mientras sus ojos, fijos en mis solapas, se esforzaban valientemente por subir un poco más. Hubo un instante en que nuestros ojos se cruzaron; luego los suyos se apartaron, alarmados.

Me llevó a un lado y comenzó a hablar dirigiéndose a mi laringe. Era un susurro muy zalamero.

—Bueno, mire, señor Herriot, los dos somos hombres de mundo. Usted sabe, y yo también, que la compañía de seguros puede permitirse esta pérdida mucho mejor que yo, de modo que, ¿por qué no decir que fue el rayo?

—¿Aunque crea que no lo fue?

—Y ¿qué diablos importa? Puede decirlo ¿no? Nadie va a saberlo.

Me rasqué la cabeza.

—Se olvida de algo, señor Cranford. Yo sí lo sabría.

—¿Que lo sabría? —El granjero estaba atónito.

—Eso es. Y todo es inútil. No puedo darle un certificado por esa vaca y esta es mi última palabra.

Desaliento, incredulidad, frustración se reflejaron en los rasgos del señor Cranford.

—Bien, pues yo sí le diré algo más. No voy a dejar así el asunto. Veré a su jefe. —Dio media vuelta y señaló a la vaca—: Ahí no hay rastro de enfermedad. ¡Decirme que todo se debe a esas cositas del corazón! Usted no conoce su trabajo, ¡ni siquiera sabe lo que son esas cosas!

Jeff Mallock se quitó aquella pipa indescriptible de la boca.

—Pero yo sí lo sé y es lo que dije. Paralización de los pulmones causada por la leche que vuelve a meterse en el cuerpo. Al fin llega al corazón y eso

acaba con el animal. Eso que está mirando son coágulos de leche.

Cranford cayó sobre él.

—¡Cállate, grandísimo presumido! ¡Eres tan imbécil como este tipo! Fue el rayo lo que mató a mi buena vaca. ¡El rayo! —Su voz era un chillido. Luego se dominó y me habló con serenidad—: Esta no es la última palabra, señor sabelotodo, y aún voy a decirle algo más. No vuelva por mi granja —dio media vuelta y se alejó a toda prisa con sus pasitos cortos.

Me despedí de Jeff y subí, cansado, al coche. Bien, todo había salido como era justo. Si ser veterinario consistiera únicamente en tratar a los animales enfermos... Pero no era así. Había muchas cosas más. Puse en marcha el motor y me alejé de allí.

El señor Cranford no necesitó mucho tiempo para cumplir su amenaza. Vino a la clínica al día siguiente, poco después del almuerzo, y Siegfried y yo, que nos hallábamos en el salón disfrutando de un cigarrillo tras el café, oímos el ruido de la campanilla de la puerta. No nos levantamos, ya que la mayoría de los granjeros entraban directamente después de llamar.

Sin embargo, los perros iniciaron el escándalo habitual. Se habían dado un largo paseo por los brezales aquella mañana y acababan de lamer hasta el fondo los botes de comida. Cansados y deseosos de relajarse, estaban ahora en grupo roncando ya en torno a los pies de Siegfried. Nada deseaban más que diez minutos de sueño pacífico pero, como se habían nombrado a sí mismos fieros guardianes de la mansión, no vacilaron un segundo. Se levantaron de la alfombra de un salto, aullando como locos, y se lanzaron en tropel al corredor.

Muchos se preguntaban con frecuencia por qué tendría Siegfried cinco perros en la casa. Y no solo los tenía, sino que se los llevaba a todas partes. Cuando iba en coche a su ronda era difícil verlo entre las cabezas peludas y los rabos ondulantes, y todo el que se acercaba al coche se retiraba aterrizado ante los ladridos furiosos y los ojos amenazadores enmarcados por las ventanillas.

—No consigo comprender, a fe mía —declaraba Siegfried en ocasiones, golpeándose la rodilla con el puño cerrado—, por qué la gente tiene perros como simples animales de compañía. Un perro ha de cumplir alguna función útil, ya sea para el trabajo de la granja, o para la caza, o como guía; pero que los tengan molestando por la casa me desconcierta.

Solía declarar esto con frecuencia, sentado en el coche entre un revoltillo de orejas agitadas y lenguas colgantes. Su interlocutor miraba con extrañeza desde el enorme galgo al pequeño terrier, desde el spaniel al lebel y al escocés, pero nadie le preguntaba jamás para qué tenía él a sus perros. Imagino que la jauría vino a caer sobre el señor Cranford en el recodo del pasillo, y un hombre menos empecinado habría salido huyendo, pero lo oí

luchar tercamente por abrirse camino. Al atravesar la puerta de la sala se había quitado el sombrero y golpeaba con él a los perros. La idea no era muy acertada y los ladridos se alzaron hasta un tono mucho más agudo. Los ojos de aquel hombre nos miraban fijamente y sus labios se movían de continuo, pero no llegábamos a escuchar el menor sonido.

Siegfried, tan cortés como siempre, se puso en pie y le indicó una silla. También sus labios se movieron: sin duda expresaba unas amables palabras de bienvenida. El señor Cranford se desabrochó el abrigo, cruzó vacilante la alfombra y se sentó. Los perros se sentaron en círculo a su alrededor ladrándole al rostro. Generalmente se dejaban caer agotados tras su actuación, pero por lo visto había algo en el aspecto u olor del señor Cranford que les molestaba.

Siegfried se retrepó en el sillón, juntó los dedos y asumió una expresión juiciosa. De vez en cuando asentía comprensivamente o estrechaba los ojos, como si captara algún punto interesante en las palabras del otro. Era imposible oír prácticamente nada de lo que decía el señor Cranford; solo de vez en cuando nos llegaba una frase:

- ... Tengo que presentar una queja muy grave...
- ... Él no conoce su trabajo...
- ... No puedo permitírmelo... no soy un hombre rico...
- ... Estos perros furiosos...
- ... No quiero verlo más...
- ... ¡Abajo, perro! ¡Fuera de aquí!...
- ... No es más que un robo...

Siegfried, completamente relajado y sin parar mientes en aquel escándalo, escuchaba atentamente. Sin embargo, conforme pasaban los minutos, vi que la tensión empezaba a dejarse ver en el rostro de Cranford. Los ojos amenazaban con salirse de las órbitas y las venas del cuello se le hinchaban peligrosamente mientras intentaba comunicarnos su mensaje. Finalmente aquello fue demasiado para él; se puso en pie de un salto y la marea canina lo empujó hasta la puerta. Lanzó un último grito desafiante, volvió a golpearlos con el sombrero y desapareció.

Al abrir la puerta del dispensario, pocas semanas más tarde, descubrí que mi jefe se hallaba mezclando un unguento. Trabajaba con sumo cuidado, volviendo y revolviendo la masa pegajosa en un mortero de mármol.

—¿Qué haces? —pregunté.

Siegfried soltó la espátula y se enderezó.

—Un unguento para un verraco —su mirada pasó de mí a Tristán, que acababa de entrar—, y no sé por qué demonios tengo que hacerlo yo cuando hay personas aquí que no hacen más que descansar sobre el trasero —señaló la espátula—. Vamos, Tristán, ya puedes continuar. Cuando hayas terminado el cigarrillo, claro.

Su expresión se suavizó al ver que Tristán lanzaba apresuradamente el Woodbine y se ponía a trabajar en el mortero.

—Es un producto excelente. Pero hay que mezclarlo a fondo —dijo Siegfried con satisfacción, mirando la cabeza inclinada de su hermano—. A mí ya empezaba a dolerme el cuello.

Se volvió a mí:

—A propósito, te interesará oír que es para tu amigo Cranford. Para ese verraco suyo tanpreciado. Tiene una herida muy fea en el lomo y él está muy preocupado. Ha ganado mucho dinero con el animal en los concursos, y si le quedara alguna señal sería desastroso.

—Sí. Tiene gracia, pero no podemos quitárnoslo de encima. No me gusta perder clientes, pero te aseguro que haría una excepción con este tipo. No quiere que te acerques siquiera a su granja después de aquella cuestión del rayo, y es patente que tampoco tiene una opinión demasiado buena de mí. Dice que nunca trato bien a sus bestias; que estarían mucho mejor si jamás me hubiera llamado. Y se pone malo en cuanto recibe la cuenta. Me supone más molestias que beneficios, y, encima de todo, es un tipo que me da repeluzno. Pero no nos deja... No nos deja por nada del mundo.

—Sabe lo que le conviene —dije—. Tiene un servicio de primera clase, y todos esos gemidos no son más que comedia para que le rebajes algo.

—Tal vez tengas razón, pero ojalá hubiera algún modo sencillo de librarse de él —dio un golpecito a Tristán en el hombro—. Está bien, no te agotes. Ya basta. Mételo en esta caja de unguentos, y pon en la etiqueta: «Aplíquese con liberalidad sobre el lomo del verraco tres veces al día, dándole un masaje suave con los dedos», y envíasele al señor Cranford. Y, ya que estás en ello, envía también estas muestras de heces al laboratorio de Leeds para una prueba de la enfermedad de Johne —sostenía una lata llena de líquido diarreico y maloliente.

Era bastante corriente que recogiéramos tales muestras y las enviáramos para una prueba de Johne, un recuento de lombrices, etc., y todas las muestras tenían algo en común: eran muy grandes. Para la prueba no se necesitaban más que un par de cucharadas, pero los granjeros siempre se mostraban generosos en las cantidades. Parecían sorprendidos y encantados de que todo

lo que necesitara el veterinario fuera un poco de porquería recogida en el canal del establo, de modo que dejaban a un lado su preocupación natural y llenaban alegremente con aquello el recipiente más grande que tenían a mano. Y además rechazaban nuestras protestas; toda su actitud se resumía en un gesto de «coja más, tenemos mucha».

Tristán se apoderó de la lata y empezó a mirar en los estantes.

—Creo que no tenemos botellitas de cristal para las muestras.

—Es cierto, se nos han terminado —dijo Siegfried—. Pensaba pedir alguna más, pero no importa: ponle la tapa a esa lata y apriétala bien; luego envuélvela en papel fuerte y en abundancia. Así viajará hasta el laboratorio.

Apenas se necesitaron tres días para que el nombre del señor Cranford surgiera de nuevo. Abría Siegfried el correo de la mañana lanzando las circulares a un lado y formando un montoncito con las facturas y recibos cuando de pronto se quedó muy rígido. Parecía impresionado por una carta escrita en papel azul, y siguió sentado como una estatua hasta haberla leído entera. Al fin alzó la cabeza, el rostro inexpresivo.

—James, esta es la carta más venenosa que he leído en mi vida. Nos la envía Cranford. Ha terminado con nosotros para siempre y se propone demandarnos legalmente.

—¿Qué hemos hecho esta vez? —pregunté.

—Nos acusa de insultarlo groseramente y de poner en peligro la salud de su verraco. Dice que le enviamos una lata llena de caca de vaca con instrucciones de frotársela en el lomo tres veces al día.

Tristán, que estaba sentado y con los ojos semicerrados, se despertó de pronto. Ya tenía la mano en la manilla cuando la voz de su hermano tronó a sus espaldas.

—¡Tristán, vuelve aquí! Siéntate... que creo que tenemos algo de que hablar.

Tristán alzó la barbilla con resolución, esperando que estallara la tormenta, pero Siegfried empezó a hablar con una tranquilidad extraordinaria en él. Su voz era amable.

—De modo que has metido la pata otra vez. ¿Cuándo aprenderé que no se puede confiar en que llesves a cabo la tarea más sencilla? No era mucho pedir, ¿verdad? Dos paquetitos que enviar por correo... Nada difícil, diría yo. Pero el caso es que los cambiaste. Equivocaste las etiquetas, supongo.

Tristán se agitó, inquieto, en la silla.

—Lo siento. No comprendo cómo...

Su hermano alzó la mano.

—No, no te preocupes. Tu suerte habitual ha venido en tu ayuda. Con cualquier otro la confusión habría sido catastrófica, pero con Cranford..., es como la providencia divina —se detuvo un instante y una expresión soñadora apareció en sus ojos—. La etiqueta decía que había de darle un buen masaje con los dedos, creo recordar. Y el señor Cranford dice que abrió el paquete en la mesa del desayuno... Tristán, creo que has dado con el medio más adecuado. Con esto nos lo hemos quitado de encima.

—Pero ¿y la acción legal? —dije yo.

—¡Oh!, creo que podemos olvidarnos de ella. El señor Cranford tiene gran sentido de la dignidad. Piensa el efecto que esto haría en los tribunales... —arrugó la carta y la lanzó a la papelera—. Bien, pongámonos a trabajar.

Salía ante nosotros, pero se detuvo en seco en el corredor, donde se volvió para enfrentarse con los dos:

—Hay otra cosa, claro. Me pregunto qué pensarían en el laboratorio al hacer la prueba y buscar la enfermedad de Johnne en el ungüento...

Esta vez me sentía realmente preocupado por Tricki. Había detenido el coche al verlo en la calle con su dueña, y quedé aterrado por su aspecto. Se había puesto monstruosamente gordo y era como una salchicha con una patita en cada esquina. Los ojos, inyectados en sangre, miraban fijos ante él y la lengua le colgaba entre las mandíbulas.

La señora Pumphrey se apresuró a darme explicaciones.

—Está muy apático, señor Herriot. Parece que no tiene energías. Creí que sufría de desnutrición, así que le he dado algunos alimentos extra entre comidas para levantarle los ánimos. Un poco de gelatina de buey, malta, aceite de hígado de bacalao, un tazón de Horlick por la noche para que duerma... Poquita cosa en realidad.

—Y ¿le recortó los dulces, como le dije?

—Bueno, lo hice por algún tiempo, pero parecía tan débil... Tuve que ceder. Ya sabe cómo le gustan los pasteles de crema y los bombones. No sé cómo negárselos.

Miré de nuevo al perrito. Ahí estaba el problema. El único defecto de Tricki era la gula. Nunca se había visto que rechazara la comida; aceptaba lo que fuera y a cualquier hora del día o de la noche. Y yo pensaba en todas las cosas que la señora Pumphrey olvidaba mencionar: las galletitas untadas de paté, los pastelillos... A Tricki le encantaban.

—¿Le obliga a hacer bastante ejercicio?

—Bueno, da sus paseítos conmigo, como puede ver, pero Hodgkin ha estado enfermo con lumbago, de modo que últimamente no ha podido jugar con las anillas.

Intenté que mi voz sonara severa.

—Mire, voy a hablarle muy en serio. Si no le recorta la comida inmediatamente y lo obliga a hacer más ejercicio, va a ponerse enfermo de verdad. Ha de tener el corazón más duro y someterlo a una dieta muy estricta.

La señora Pumphrey se estrujaba las manos.

—¡Oh, sí! Señor Herriot, estoy segura de que tiene razón, pero es tan difícil, tan difícil...

Se alejó de mí, con la cabeza muy hundida entre los hombros, como decidida a poner el nuevo régimen en práctica inmediatamente.

Observé su marcha con preocupación creciente. Tricki caminaba a su lado con una chaquetita de *tweed*. Tenía un guardarropa muy completo de chaquetitas de *tweed* o de tartán escocés para el frío, e impermeables para los días húmedos. Luchaba por caminar tirando de los arneses. Pensé que no pasaría mucho tiempo antes de que la señora Pumphrey acudiera a mí de nuevo.

La llamada esperada llegó a los pocos días. La señora Pumphrey estaba preocupadísima. Tricki no quería probar bocado. Incluso rehusaba sus platos favoritos, y además vomitaba constantemente. Se pasaba todo el tiempo echado sobre la alfombra respirando con dificultad. No quería ir de paseo. No quería hacer nada.

Yo había hecho mis planes por anticipado. La única solución consistía en sacar a Tricki de la casa durante algún tiempo. Sugerí que lo hospitalizáramos una quincena a fin de tenerle bajo observación.

La pobre señora casi se desmayó. Jamás se había separado de su cariñito y estaba segura de que él se moriría de nostalgia si no la veía a diario.

Pero me mantuve firme. Tricki estaba muy enfermo y este era el único modo de salvarlo. En realidad, y pensándolo mejor, decidí llevármelo sin el menor retraso y, seguido por los gemidos de la señora Pumphrey, me dirigí al coche con el perrito envuelto en una manta en mis brazos.

Se convocó a todo el personal de la mansión y las doncellas corrieron de un lado a otro trayéndome su camita de día, su camita de noche, sus almohadones favoritos, los juguetes de goma, el bol del desayuno, el del almuerzo y el de la cena. Comprendiendo que no iba a caber todo en el coche, emprendí el camino. Cuando ya me alejaba, y con un grito de desesperación, la señora Pumphrey lanzó un puñado de chaquetitas por la ventanilla. Miré por el retrovisor antes de dar la vuelta al camino: todos lloraban.

Ya en la carretera contemplé a aquel animalito patético que luchaba por recobrar el aliento en el asiento vecino. Le di un golpecito en la cabeza y Tricki hizo un valiente esfuerzo por agitar la cola.

—Pobre chico —dije—, no te ocurre nada, pero yo conozco la cura.

En la clínica, los perros se lanzaron sobre mí. Tricki miró a la jauría escandalosa con ojos aburridos y, cuando lo dejé en el suelo, quedó inmóvil sobre la alfombra. Los otros, después de olfatearlo durante unos segundos,

decidieron que era un objeto muy poco interesante y ya no le hicieron más caso.

Le preparé un lecho en una caja de cartón, amplia y abrigada, junto al lugar donde dormían los otros. Durante dos días lo estuve vigilando sin darle nada de comida, aunque sí mucha agua. Al término del segundo día empezó a mostrar algo de interés por su nuevo alojamiento y al tercero se lanzó a ladrar animadamente al oír a los perros en el patio.

Le abrí la puerta y salió trotando, e inmediatamente se vio envuelto en el remolino formado por Joe, el galgo, y sus amigos. Después de zarandearlo de un lado a otro e inspeccionarlo a fondo, todos se fueron al fondo del jardín. Tricki los siguió, un poco vacilante por el exceso de grasa, pero intrigado sin duda.

Ese día estuve presente a la hora de la comida y observé cómo Tristán iba llenando los boles. Hubo la estampida habitual seguida del rumor de una masticación rapidísima. Cada perro sabía que, si perdía el paso, se vería atacado y robado de la última parte de su comida.

Cuando todos hubieron terminado Tricki se dio una vuelta por los boles ya brillantes lamiendo sin interés en uno o dos de ellos. Al día siguiente pusimos otro para él, y me sentí satisfecho al ver que se dirigía rápidamente a su pitanza.

A partir de ese instante el progreso fue rápido. No sufrió el menor tratamiento médico pero se pasaba el día corriendo con los perros y uniéndose a ellos en sus peleas amistosas. Descubrió el gozo de verse zarandeado, pisoteado y estrujado cada pocos minutos. Se convirtió en un miembro aceptado de la pandilla, una cosita extraña y sedosa entre los otros, más brutos, luchando como un tigre por su parte a la hora de las comidas y cazando ratas en el viejo gallinero por la noche. No se lo había pasado tan bien en la vida.

Durante todo ese tiempo la señora Pumphrey esperaba ansiosa, llamando por teléfono una docena de veces al día para que le diéramos el último boletín. Yo me hacía el sordo ante sus preguntas sobre si les daba la vuelta a los almohadones con regularidad, o si llevaba la chaquetilla más adecuada a la temperatura, y en cambio le repetía que el pobrecito estaba fuera de peligro y que su convalecencia era rápida.

La palabra convalecencia pareció influir enormemente en ella. Empezó a enviar huevos frescos, de dos en dos docenas, para reparar las fuerzas de Tricki. Durante un período de felicidad pudimos tomarnos dos huevos cada

uno en el desayuno pero, cuando empezaron a llegar las botellas de jerez, todas las posibilidades de la situación se nos hicieron patentes.

Eran de la misma cosecha deliciosa que yo conocía tan bien y las enviaba para reforzar la sangre del perrito. El almuerzo se convirtió en todo un ceremonial, con dos copas de aperitivo y varias durante la comida. Siegfried y Tristán se turnaban para hacer los brindis a la salud de Tricki, y los discursos fueron mejorando de día en día. Como maestro de ceremonias, siempre se me pedía que respondiera a ellos.

Apenas podíamos creerlo cuando llegó el coñac. Dos botellas de Cordon Bleu que habían de poner el toque final a la constitución de Tricki. Siegfried sacó unas copas enormes que pertenecían a su madre. Yo ni las había visto antes, pero durante unas cuantas noches estuvieron de servicio cuando sacábamos el magnífico licor, lo olíamos con reverencia, lo pasábamos en torno y nos lo bebíamos.

Fueron días de profunda dicha que comenzaban de modo espléndido con el huevo extra de la mañana, se prolongaban con el jerez a mediodía y terminaban con el coñac saboreado en abundancia en torno al fuego.

Era una tentación retener a Tricki como huésped permanente, pero yo sabía que la señora Pumphrey estaba sufriendo mucho, y dos semanas después me sentí obligado a telefonarle y decirle que el perrito ya se había recuperado y que esperaba que viniera a recogerlo.

Pocos minutos después unos diez metros de metal brillante frenaban ante la clínica. El chófer abrió la portezuela y apenas logré divisar la figura de la señora Pumphrey perdida en la inmensidad del coche. Tenía las manos muy apretadas ante el pecho, los labios temblaban.

—¡Oh, señor Herriot, dígame la verdad! ¿Está realmente mejor?

—Está estupendamente. No hay necesidad de que baje del coche. Yo iré a traérselo.

Crucé la casa y salí al jardín. Una masa canina gruñía hacia el fondo sobre el césped y, en su centro, con las orejas agitadas, moviendo locamente la cola, saltaba la figurita dorada de Tricki. En dos semanas se había transformado en un animalito de músculos duros que se llevaba muy bien con la jauría, compitiendo con ellos en los saltos, su pecho casi barriendo el suelo.

Lo llevé hasta la fachada de la casa. El chófer sostenía abierta la portezuela del coche y, cuando Tricki vio a su ama, saltó de mis brazos con fuerza tremenda y se lanzó al regazo de la señora Pumphrey. Ella soltó un par de asustados «¡Oh! ¡Oh!» y luego tuvo que defenderse, ya que Tricki no paraba en su ataque cariñoso, ladrando y lamiéndole insistentemente el rostro.

Durante la excitación ayudé al chófer a sacar las camitas, juguetes, almohadones, chaquetas y boles que no se utilizaron jamás. Cuando el coche iniciaba la marcha, la señora Pumphrey sacó la cabeza por la ventanilla. Había lágrimas en sus ojos y le temblaban los labios.

—¡Oh, señor Herriot! —sollozó—. ¿Cómo podré agradecerérselo? ¡Esto es un triunfo de la cirugía!

31

Me desperté violenta y repentinamente, el corazón latiéndome desordenadamente ante la insistente llamada del teléfono. Los teléfonos de mesilla de noche eran sin duda una ventaja sobre al antiguo sistema de correr al galope escaleras abajo y permanecer en pie temblando y con los pies desnudos sobre las baldosas del pasillo, pero una explosión así a pocos centímetros del oído en las horas de la madrugada, cuando el cuerpo estaba débil y bajada la guardia, era terrible. Yo estaba seguro de que aquello no era bueno para mí.

La voz al otro extremo sonaba ofensivamente alegre:

—Tengo una yegua a punto de parir y parece que no puede salir adelante con ello. Supongo que el potro viene mal. ¿Puede echarme una mano?

Se me contrajo el estómago como una pelotita. Esto ya era demasiado. Levantarse una vez a media noche era molesto, pero dos era injusto, pura crueldad en suma. Había tenido un día muy duro y me había sentido feliz al deslizarme entre las sábanas a media noche. A la una me habían llamado para un parto de vaca condenadamente difícil y no había regresado hasta casi las tres. ¿Qué hora sería ya? Las tres y cuarto. ¡Santo Dios, apenas había dormido unos minutos! Y una yegua; el doble de difícil que una vaca, por regla general. ¡Qué vida! ¡Qué maldita vida!

Murmuré en el receptor:

—De acuerdo, señor Dixon, iré en seguida.

Crucé la habitación y desperezándome, sintiendo el dolor en hombros y brazos. Miré el montón de ropas en la silla; me las había quitado, me las había puesto, me había vuelto a desnudar otra vez, y algo en mí se rebelaba al pensamiento de ponérmelas de nuevo. Con un gruñido de agotamiento cogí el impermeable colgado detrás de la puerta y me lo abroché sobre el pijama, bajé a buscar las botas de goma, ante la puerta del dispensario, y me las calcé. Era una noche templada, así que ¿para qué vestirse? Al fin y al cabo habría de quitarme otra vez parte de la ropa en la granja.

Abrí la puerta trasera y recorrí lentamente el jardín alargado, con mi mente, muy cansada, percibiendo apenas la fragancia que surgía en la oscuridad. Salí al fin al patio, abrí las dobles puertas que daban al césped trasero y saqué el coche del garaje. En la ciudad silenciosa los edificios eran fantasmas blancos ante los faros que barrían las fachadas herméticamente cerradas, las cortinas muy corridas. Todo el mundo dormía, todos excepto yo, James Herriot, que, amargado y exhausto, me dirigía a otro trabajo difícil. ¿Por qué demonios había decidido ser veterinario rural? Debía haber estado loco para elegir una profesión en la que uno trabajaba siete días a la semana y por la noche además. A veces sentía como si la práctica fuera un ser vivo y maligno que estaba en mi contra, que me presionaba más y más para ver hasta qué punto podía soportarlo sin caerme muerto.

Una reacción totalmente inconsciente me libró de aquel marasmo de autocompasión y me llevó a mirar el futuro inmediato con un poco de mi optimismo habitual. En primer lugar la casa de Dixon estaba al pie de los valles, justo al lado de la carretera principal, y además tenía el lujo extraordinario de luz eléctrica en los edificios. Además, yo no podía estar tan cansado, caray, a los veinticuatro años y con todas mis facultades en forma. Haría falta algo más para matarme.

Sonreí al fin y me abandoné a aquel estado de semivigilia que era lo normal en mí en estas ocasiones: todos los sentidos dormidos excepto aquella pequeña parte que necesitaba para el trabajo en sí. Durante los últimos meses muchas veces había salido de casa, ido en coche a algún lugar en el campo, realizado mi trabajo con eficiencia, y regresado a la cama sin haberme despertado del todo.

Tenía yo razón en lo de Dixon. La graciosa yegua Clydesdale estaba en su casilla, en un establo muy bien iluminado, y dispuse mis cuerdas e instrumentos con una sensación de profunda gratitud. Al echar antiséptico en la cubeta de agua muy caliente observé que la yegua hacía esfuerzos y agitaba las patas. Pero sus esfuerzos no daban resultado, no se veían aún las patitas saliendo por la vulva. Con toda seguridad que venía mal.

Haciendo todo lo posible por concentrarme me quité el impermeable y una risueña carcajada del granjero vino a despertarme de mis sueños.

—¡Que Dios nos ayude! ¿Qué es esto, un baile de disfraces?

Miré el pijama azul pálido con una raya roja muy ancha y atrevida.

—Esto, señor Dixon —contesté con dignidad—, es mi ropa de noche. No me molesté en vestirme.

—Ah, comprendo —los ojos del granjero brillaban de burla—. Lo siento, pero por un segundo pensé que me había equivocado de hombre. El año pasado en Blacpool vi un tipo exactamente igual... el mismísimo traje, solo que él llevaba además un sombrero a rayas, y un bastón. Actuaba de bailarín.

—Lamento no poder hacerle una demostración —dije con sonrisa cansada—, pero esta noche no estoy en forma.

Me quité la chaqueta, observando con interés los arañazos y rasguños causados por los dientes del ternero hacía un par de horas. Aquellos dientecitos habían sido como cuchillas de afeitar que me arrancaban rollitos de piel cada vez que mi brazo pasaba junto a ellos.

La yegua tembló cuando le metí el brazo. Nada, nada... luego una cola y los huesos de la pelvis, y el cuerpo y las patas traseras que parecían huir ante mis dedos. Venía de nalgas, una presentación fácil en una vaca para el que conoce su trabajo, pero muy peliaguda en una yegua debido a la tremenda longitud de las patas del potro.

Me costó una media hora de sudores y agotamiento, con cuerdas, con un garfio romo al extremo de una caña flexible, hasta darle la vuelta a la primera pata. La segunda se movió con más facilidad y la yegua pareció comprender que ahora ya no había obstrucción. Jadeó ansiosamente al tomar impulso y el potro salió con fuerza sobre la paja y sobre mí, que caí al suelo teniéndolo aún en mis brazos. Con gran delicia comprobé que aquella forma pequeña se agitaba convulsivamente. No había sentido movimiento mientras trabajaba y lo había juzgado muerto, pero el potro estaba más que vivo, moviendo la cabeza y expulsando entre furiosos resoplidos el líquido de la placenta que aspirara durante el parto prolongado.

Cuando hube terminado de lavarme y secarme me volví y vi al granjero, el rostro exageradamente serio, sosteniéndome la chaqueta como un criado.

—Permítame, señor —dijo gravemente.

—De acuerdo, de acuerdo —contesté riendo—. La próxima vez me vestiré de modo más correcto.

Mientras guardaba las cosas en el maletero del coche el granjero lanzó un paquete como al descuido en el asiento posterior.

—Un poco de mantequilla para usted —murmuró; al poner yo el motor en marcha se inclinó hacia la ventanilla—: Aprecio mucho a esa yegua y he deseado ardientemente tener un potro suyo. Gracias, chico, muchas gracias.

Agitó la mano cuando me alejaba y aún escuché su grito de despedida:

—¡Pero me sigue pareciendo un trovador de Kentucky!

Me eché atrás en el asiento y contemplé con los párpados semicerrados el camino vacío que se extendía a la luz pálida del amanecer. El sol había salido, una bola escarlata muy baja aún sobre los campos cubiertos de neblina. Me sentía feliz, satisfecho ante el recuerdo del potrillo tratando de incorporarse sobre sus patas absurdamente largas. Era magnífico que el pobre hubiera estado vivo después de todo... Siempre era desolador traer al mundo una criatura sin vida.

La granja de Dixon quedaba en la parte baja de la región, donde los valles se ensanchaban dando paso a la gran llanura de York. Tuve que cruzar el tramo de carretera que unía a West Riding con las regiones industriales del noroeste. Una humareda débil se elevaba desde la chimenea de un café que había allí abierto toda la noche y, al menguar la velocidad para tomar la curva, el olorillo penetrante a comida se me metió en el coche, ese olor siempre apetecible de salchichas, judías, tomate y patatas fritas, capaz de excitar cualquier imaginación.

Señor, tenía hambre. Miré el reloj, y vi que eran las cinco y cuarto. Aún faltaba mucho para el desayuno. Me introduje entre los camiones que llenaban el estacionamiento.

Cuando cruzaba a toda prisa hacia el edificio iluminado decidí no abusar. Nada exagerado: solo un buen bocadillo. Ya había estado allí varias veces; los bocadillos eran muy buenos y yo me merecía algo después de tan mala noche.

Entré en el café muy caldeado. Grupos de camioneros se hallaban reunidos ante unos platos abundantes pero, al cruzar yo la sala, las conversaciones cesaron en seco, reemplazadas por un silencio tenso. Un hombre gordo con chaqueta de piel quedó como en éxtasis, el tenedor lleno en camino a la boca, mientras su vecino, que agarraba una taza enorme de café con su sucia mano, miraba mis ropas con ojos saltones.

Se me ocurrió entonces que el pijama de rayas rojas y brillantes y las botas de goma quizás parecieran extrañas en aquel sitio, y me apresuré a abrocharme el impermeable que llevaba suelto al entrar. Aun cerrado era más bien corto y, por encima de las botas, se veía un buen palmo.

Me acerqué resueltamente a la barra. Una rubia inexpresiva cuyo seno casi se salía del delantal blanco, en cuyo bolsillo estaba escrito «Dora», me miró sin interés.

—Un bocadillo de jamón y una taza de Bovril, por favor —dije en voz baja. Cuando la rubia echó una cucharada de Bovril en una taza y la llenó con un chorro de agua caliente a presión, me di cuenta, con cierta incomodidad,

del silencio a mis espaldas y de la fusilada de miradas sobre mis piernas. A la derecha alcanzaba a ver al hombre de la chaqueta de piel.

Este se llenó la boca y masticó reflexivamente por unos instantes.

—Hay tipos de todas clases, ¿verdad, Ernest? —dijo en tono juicioso.

—Ya lo creo, Kenneth, ya lo creo —contestó su compañero.

—¿Dirías tú, Ernest, que eso es lo que los caballeros del Yorkshire van a llevar esta primavera?

—Es posible, Kenneth, es posible.

Escuchando a aquellos graciosos comprendí que debían ser los payasos oficiales del café. Lo mejor sería tomármelo todo rápidamente y largarme. Dora empujó el bocadillo bien relleno sobre el mostrador y habló con la animación de un sonámbulo:

—Será un chelín.

Me metí la mano bajo el impermeable... y encontré la chaqueta de franela sin bolsillos. ¡Santo cielo, tenía el dinero en los pantalones, allá en Darrowby! Una oleada de horror me inundó al iniciar una búsqueda frenética e inútil por todo el impermeable.

Contemplé ansioso a la rubia y vi que metía el bocadillo bajo el mostrador.

—Verá, he venido sin dinero. Pero ya he estado aquí antes... Usted sabe quién soy.

Dora agitó aburrida la cabeza.

—Bueno, no importa —balbuceé—. Entraré a pagarle la próxima vez que venga.

Su expresión no se alteró, pero alzó las cejas un centímetro. Y no demostró la menor intención de sacar el bocadillo de su escondite.

Salir de allí era ahora mi única idea. Desesperadamente me bebí aquel líquido, que me escaldó la garganta.

Kenneth apartó el plato y empezó a hurgarse los dientes con una cerilla.

—Ernest —dijo, como si hubiese llegado a una grave conclusión—, en mi opinión este caballero es un excéntrico.

—¡Excéntrico! —Ernest sorbió despectivamente el aire—. Un cochino chiflado, diría yo.

—Sí, pero no tan loco como para pagar la consumición.

—En eso tienes razón, Kenneth, ya ves.

—Seguro que sí. Está disfrutando de una buena taza de Bovril a la salud de la casa y, si no se le hubiera escapado aquello antes de tiempo, se habría

tomado el bocadillo también. Dora fue demasiado rápida para él... Cinco segundos más y se habría aprovechado del jamón.

—Cierto, cierto —murmuró Ernest, muy complacido con su papel de hombre honrado.

Kenneth retiró la cerilla, sorbió aire ruidosamente y se echó atrás en la silla.

—Claro que hay otra posibilidad en la que no hemos pensado. Podría andar huyendo.

—¿De la policía quieres decir, Kenneth?

—Claro que sí, Ernest, claro que sí.

—Pero esos tipos llevan unas flechas en el uniforme.

—Ah, algunos sí. Pero he oído decir no sé dónde que en algunas prisiones la moda son las rayas ahora.

Ya había tenido bastante. Tragándome las últimas gotas abrasadoras de Bovril me dirigí a la puerta. Al salir a la luz del sol aún me llegaron las últimas palabras de Kenneth.

—Probablemente estaría en trabajos forzados. Mírale las botas...

Comprendí que el señor Handshaw no creía una palabra de lo que yo decía. Miró la vaca y apretó los dientes en gesto de obstinación.

—¿La pelvis rota? ¿Está tratando de decirme que ya no se levantará? ¡Vamos, mírela ahí rumiando! Voy a decirle algo, jovencito: mi papá la habría levantado muy pronto si aún estuviera vivo.

Llevaba ya un año como veterinario y había aprendido algunas cositas. Una de ellas que los granjeros no eran fáciles de convencer..., especialmente los hombres de los valles del Yorkshire.

Y eso de su «papá»... El señor Handshaw tendría unos cincuenta años y supongo que resultaba conmovedor tanta fe en el arte y habilidad de su difunto padre. Pero yo me habría pasado muy bien sin ello.

Porque era un motivo más de irritación en aquel caso en el que ya creía tener bastantes problemas. Pocas cosas hay que ataquen más los nervios de un veterinario que una vaca que se niegue a levantarse. A un lego podrá parecerle extraño que un animal esté aparentemente curado de su enfermedad original y sin embargo no sea capaz de alzarse del suelo, pero así sucede. Y fácil resulta apreciar que una vaca lechera decidida a permanecer tumbada no tiene futuro.

El caso había empezado cuando mi jefe Siegfried Farnon, con su clínica en la pequeña ciudad de Darrowby, en los valles, me enviara a un caso de fiebre láctea. Esta deficiencia repentina de calcio ataca a los animales algo flojos justo después de haber tenido un ternero y origina el colapso y el coma progresivo. Cuando vi por primera vez a la vaca del señor Handshaw, estaba echada inmóvil de lado y tuve que mirar con cuidado para convencerme de que no estaba muerta.

Pero saqué las botellas de calcio con aire de confianza, pues había tenido la suerte de graduarme precisamente en la época en que la profesión había vencido al fin a esta enfermedad hasta entonces fatal. El primer remedio surgió muchos años antes: la inflación de la ubre, y yo todavía llevaba un aparatito para inflarla (los granjeros utilizaban bombas de bicicleta) pero, con

la llegada de la terapia mediante el calcio, uno se llenaba de gloria al arrancar a un animal de la muerte inminente en cuestión de minutos. El arte requerido era mínimo, pero parecía algo importante.

Para cuando le había inyectado las dos botellas, una en la vena y otra bajo la piel, y el señor Handshaw me había ayudado a girar la vaca hasta dejarla descansando sobre su pecho, la mejora era obvia. Miraba en torno y agitaba la cabeza como si se preguntara dónde había estado durante las últimas horas. Yo estaba seguro de que había llegado el momento de que se pusiera en pie, pero tenía otros trabajos esperándome.

—Llámeme por teléfono si no se ha levantado para la hora de la comida —dije, pero como un formulismo. Estaba seguro de que ya no volvería a verla.

Cuando el granjero llamó a mediodía para decir que todavía seguía en el suelo fue como un aviso. Algunos casos necesitaban una dosis extra... y se ponían bien. Fui y le inyecté de nuevo.

No estaba realmente preocupado cuando me enteré de que no se había levantado al día siguiente, pero el señor Handshaw, con las manos profundamente hundidas en los bolsillos y los hombros inclinados al mirar a la vaca, se mostraba desilusionado ante mi falta de éxito.

—Ya es hora de que esa perra se levante. No hace nada bueno echada ahí. Seguramente habrá algo que usted pueda hacer. Le metí una botella de agua por las orejas esta mañana, pero ni eso la ha levantado.

—¿Que hizo qué?

—Que le metí agua fría por las orejas. Mi papá solía hacerlo. Y era un hombre muy listo y muy sabio mi papá.

—No lo dudo —dije secamente—, pero creo que otra inyección será una ayuda mejor.

El granjero me miró aburrido mientras le metía otra botella más de calcio bajo la piel. Aquel procedimiento había perdido toda la magia para él.

Al guardar el aparato hice todo lo posible por mostrarme animado:

—Yo no me preocuparía. Muchas siguen en el suelo durante un día o dos... Probablemente se la encontrará paseando por ahí por la mañana.

El teléfono sonó justo antes del desayuno y el estómago se me contrajo al oír la voz del señor Handshaw. Rebosaba melancolía:

—Pues sigue igual. Echada allí y comiendo con ganas, pero sin intención de levantarse. ¿Qué hará usted ahora?

¿Qué podía hacer en realidad?, pensé al dirigirme en coche a la granja. La vaca llevaba en el suelo cuarenta y ocho horas... Aquello no me gustaba

nada.

El granjero se lanzó inmediatamente al ataque:

—Mi papá solía decir que tenían gusanos en el rabo cuando se quedaban así. Decía que el único remedio era cortarles el extremo del rabo.

Todavía se me hundió más el ánimo. Ya había tenido antes problemas con ese mito. Lo más insidioso era que la gente que seguía practicando esta reliquia de barbarie podía afirmar que a veces funcionaba porque, después de cortarles el extremo del rabo, el dolor del muñón al tocar el suelo forzaba a muchas vacas a luchar por ponerse en pie.

Eso de gusanos en el rabo es una fantasía, señor Handshaw —le dije—. Además, ¿no cree que es un poco cruel cortarle el rabo a una vaca? Oí que la sociedad protectora de animales llevó a un hombre a juicio la semana pasada por algo así.

Los ojos del granjero se estrecharon. Sin duda pensaba que yo tenía miedo.

—Bueno, y si no es eso, ¿qué diablos va a hacer? Hemos de levantarla de algún modo.

Inspiré profundamente.

—Bien, estoy seguro de que se ha recuperado de la fiebre láctea, porque come bien y parece contenta. Debe ser un poco de parálisis posterior lo que la retiene en el suelo. De nada sirve darle más calcio, así que voy a probar una inyección estimulante —llené la jeringuilla con sensación de fracaso. No tenía ni pizca de fe en la inyección estimulante, pero algo había de hacer. Habría echado mano de lo que fuera.

Me volvía para marcharme cuando Handshaw me llamó:

—¡Eh, oiga! Recuerdo otra cosa que solía hacer mi papá. Le pegaba un fuerte chillido en la oreja. Así levantó a muchas vacas. Yo no tengo demasiada voz, de modo que..., ¿por qué no prueba usted?

Era un poco tarde para refugiarme en mi dignidad. Me acerqué al animal y la cogí por una oreja. Llenando los pulmones al máximo me incliné y chillé como un loco en aquel hueco lleno de pelos. La vaca dejó de masticar por un instante y me miró como interrogándome; luego cerró los ojos y volvió feliz a su alimento.

—Le daremos otro día —dije cansado—. Si mañana sigue echada, tendremos que probar a levantarla. Podría llamar a algunos vecinos para que nos echaran una mano.

Mientras seguía mi ronda de visitas aquel día me dominaba un sentimiento de frustración total. ¡Maldito animal! ¿Qué diablos la retenía en

el suelo? Y, ¿qué podía hacer yo? Estábamos en 1938, y mis recursos eran limitados. Treinta años más tarde aún hay vacas con fiebre láctea que se niegan a levantarse, pero el veterinario está mucho mejor equipado si no lo consigue con el calcio. El excelente elevador de Bagshaw que se sujeta a la pelvis y levanta al animal de modo natural, las inyecciones de fósforo, incluso la puya eléctrica que, aplicada en la rabadilla, administra un choque suave que hace que cualquier vaca cómodamente sentada se ponga en pie de un salto y con un bramido de furia.

Como era de suponer, el día siguiente no trajo el menor cambio y, cuando bajé del coche en el patio del señor Handshaw, me vi rodeado por un grupo de vecinos. Se mostraban alegres, sonrientes, llenos de confianza y deseosos de ayudar con sus consejos, como ocurre siempre con los granjeros cuando se trata del ganado de los demás.

Hubo muchas risas y bromas mientras colocábamos sacos bajo el cuerpo de la vaca y toda una serie de sugerencias a las que yo intenté hacerme el sordo. Cuando al fin la levantamos entre todos el resultado no era difícil de predecir: la vaca se limitó a quedarse colgada plácidamente, temblorosas las piernas, mientras su propietario se apoyaba en la pared contemplándonos con melancolía profunda.

Entre resoplidos y gruñidos volvimos a dejar en el suelo el cuerpo inerte y todos me miraron esperando la orden siguiente. Me esforzaba desesperadamente por discurrir algo cuando el señor Handshaw habló de nuevo:

—Mi papá solía decir que un perro extraño puede servir de ayuda para levantar a una vaca.

Hubo murmullos de asentimiento de todo el grupo y surgieron ofertas inmediatas. Intenté señalar que con uno sería suficiente, pero había perdido mucha autoridad y además todos parecían ansiosos de demostrar la fuerza de sus perros en el levantamiento de vacas. Hubo un éxodo repentino y excitado, e incluso el señor Smedley, el tendero del pueblo, montó en su bicicleta y se fue a toda velocidad en busca de su terrier. En pocos minutos —o al menos así me lo pareció— el establo estaba lleno de animales que ladraban y gruñían pero la vaca no les hizo el menor caso. Se limitó a amenazar con los cuernos a los que se acercaban demasiado.

El clímax se registró cuando el perro del señor Handshaw regresó de los campos donde había estado colaborando en la recogida de las ovejas. Era una criatura pequeña y peluda, de rápidos reflejos y con bastante mal genio. Entró

con el pelaje erizado en el establo, echó una mirada al grupo de perros extraños en su territorio y se lanzó a la acción con furia silenciosa.

En cuestión de segundos se desarrollaba ante mí la mejor pelea de perros que viera en la vida. Me apoyé en el muro y contemplé la escena con la impresión de ser algo totalmente superfluo. Los gritos de los granjeros eran incapaces de dominar el coro de ladridos y aullidos. Uno de ellos, más intrépido, se lanzó al revoltijo y reapareció con un pequeño Russell aferrado con determinación a una de sus botas. El señor Reynolds, de Clover Hill, frotaba la cola de la vaca entre dos palos sin dejar de gritarle «¡jale!, ¡jale!» y, mientras yo le observaba sin saber qué hacer, un desconocido me tiró de la manga y susurró:

—¿Ha probado una cucharada de Jeyes en una pinta de cerveza pasada cada dos horas?

Parecía que todas las fuerzas de la magia negra habían entrado en acción para acabar conmigo, y que mis débiles recursos científicos eran incapaces de luchar contra ella. No sé cómo oí el sonido de rotura a pesar del estruendo; probablemente porque me inclinaba hacia el señor Reynolds tratando de persuadirle de que desistiera en su intento de darle masaje en el rabo. El caso es que la vaca cambió ligeramente de posición en aquel momento y yo lo oí claramente. Venía de la pelvis.

Me costó algún tiempo conseguir que me atendieran —creo que todos habían olvidado que yo estaba allí—, pero al fin separaron y ataron a los perros con un lío de cuerdas, dejaron de gritar, el señor Reynolds soltó el rabo y todos se volvieron a mirarme.

Me dirigí al señor Handshaw.

—¿Quiere traerme una cubeta de agua caliente, jabón y una toalla, por favor?

Se alejó gruñendo, como si no esperara mucho de aquella novedad. Mi reputación había llegado al punto más bajo. Quitándome la chaqueta me enjaboné los brazos y metí la mano en el recto de la vaca hasta sentir el hueso duro del pubis. Agarrándole a través de la pared del recto, miré al público.

—A ver, dos de ustedes, cójanla con firmeza por los cuernos y gírenla suavemente de un lado a otro.

Sí, ahí estaba otra vez, no había error. Podía oírlo y sentirlo a la vez... como un crujido débil, un rechinamiento, una relajación.

Me levanté y me lavé los brazos.

—Bueno, ahora sé por qué no se levanta la vaca. Tiene la pelvis rota. Probablemente se la rompió durante la primera noche, cuando vacilaba de un

lado a otro con fiebre láctea. Yo diría que los nervios están dañados también. No hay nada que hacer. —Aunque estuviera dando malas noticias, era un alivio haber encontrado algo lógico que decir.

El señor Handshaw me miró.

—¿Nada que hacer? ¿Cómo es eso?

—Lo siento —dije—, pero así es. La única salida es llevarla al matarife. No tiene fuerza en las patas traseras. Ya no volverá a levantarse.

Entonces fue cuando el señor Handshaw llegó realmente al límite e inició el largo discurso. No es que fuera desagradable ni insultante, pero señaló firmemente mis errores y volvió a dolerse del hecho lamentable de que su papá no estuviera allí para arreglarlo todo. Los otros granjeros, en círculo y con los ojos de par en par, disfrutaron de cada palabra del discurso.

Cuando terminó de hablar me fui. No podía hacer nada y, de todos modos, el señor Handshaw tendría que aceptar mi opinión. El tiempo demostraría que yo tenía razón.

Pensé en la vaca en cuanto me desperté a la mañana siguiente. No había sido un episodio feliz, pero al menos experimentaba un sentimiento de paz al comprobar que ya no había dudas. Sabía lo que estaba mal, y sabía que no había esperanza. Ya no tenía por qué preocuparme.

Me sorprendió oír la voz del señor Handshaw por teléfono y tan pronto. Se hubiera dicho que necesitaría dos o tres días para aceptar que él estaba equivocado.

—¿Es el señor Herriot? ¿Sí? Bueno, buenos días. Le llamo para decirle que mi vaca está en pie y con un aspecto magnífico.

Agarré el receptor con ambas manos.

—¿Cómo? ¿Cómo dice?

—Digo que la vaca está en pie. Me la encontré paseando por el establo esta mañana, tan pimpante. Se diría que jamás había estado enferma —calló por unos instantes y habló luego con grave deliberación, como un maestro que corrige a un mal alumno—. Y usted tuvo el valor de mirarme a los ojos y decirme que no volvería a levantarse...

—Pero..., pero...

—¡Ah!, ¿se pregunta cómo lo logré? Bueno, pues recordé por casualidad otro truquito de mi papá. Fui al carnicero, le pedí una piel de oveja recién muerta y se la puse en el lomo. En un instante la tuve en pie... Tendrá que venir a verla. ¡Qué hombre tan estupendo era mi papá!

Entré atontado en el comedor. Tenía que consultar esto con mi jefe. Siegfried, al que un parto hiciera levantar a las tres de la madrugada, parecía

mucho más viejo a sus treinta y tantos años. Escuchó en silencio mientras desayunaba, luego retiró el plato y se sirvió la última taza de café.

—Mala suerte, James. La piel de oveja, ¿eh? Tiene gracia... llevas más de un año en los valles y aún no habías tropezado con eso. Supongo que ahora se ha pasado un poco de moda pero ¿sabes?, tiene mucho sentido común, como la mayoría de los remedios antiguos. Comprende que el contacto de esa piel de oveja genera muchísimo calor y actúa como una gran cataplasma caliente en el lomo... Realmente lo pone a hervir al cabo de un ratito y, si la vaca sigue tumbada, suele ponerse en pie aunque no sea más que para librarse de ello.

—Pero ¡maldita sea!, ¿y la pelvis rota? Te digo que crujía y se bamboleaba.

—Bien, James, no eres el primero que se ha dejado coger por eso. A veces los ligamentos de la pelvis quedan sueltos durante unos días después del parto y hacen el efecto de que está rota.

—¡Oh, Señor! —dije mirando el mantel—. ¡Qué lío más estúpido he organizado!

—Oh, no, ¡qué va! —Siegfried encendió un cigarrillo y se retrepó en la silla—. Probablemente esa vaca andaba ya jugando con la idea de levantarse a dar una vuelta en el momento en que el viejo Handshaw le echó la piel en el lomo. Claro que podía haberlo hecho con la misma facilidad después de una de tus inyecciones, y entonces tú te habrías llevado todo el mérito. ¿Recuerdas lo que te dije cuando llegaste aquí? Hay una divisoria muy fina entre quedar como un auténtico veterinario por una parte y como un rematado idiota por otra. Esas cosas nos ocurren a todos, así que olvídalo, James.

Pero no fue fácil. Aquella vaca se convirtió en una celebridad en el distrito. El señor Handshaw se la mostraba con orgullo al cartero, al policía, a los comerciantes de granos, a los camioneros, al vendedor de fertilizantes, y a los funcionarios del Ministerio de Agricultura, y todos me lo comentaban con frecuencia y con sonrisas de satisfacción. La frase del señor Handshaw era siempre la misma, pronunciada, según decían, con voz cantarina y triunfante:

—¡Esta es la vaca que el señor Herriot dijo que ya no volvería a levantarse!

Estoy seguro de que no había malicia en la acción del granjero. Había vencido en un caso al veterinario, tan joven, tan listo, y no podía culpársele si presumía un poco. En cierto sentido, yo le hice algún bien a esa vaca, ya que alargué mucho su vida, pues el señor Handshaw la conservó mucho después de que dejara de serle útil, como una notoriedad. Cuando apenas daba unos

ocho litros diarios de leche aún seguía comiendo hierba, tan feliz en el campo, junto a la carretera.

Tenía un cuerno curiosamente retorcido y era fácil reconocerla. A menudo detenía el coche y me paraba a contemplar a la vaca que «ya no volvería a levantarse».

Siegfried dejó el teléfono; su rostro era inexpresivo:

—Era la señora Pumphrey. Quiere que vayas a ver a su cerdo.

—Perro, querrás decir.

—No, cerdo. Tiene un cerdito de seis semanas que quiere que examines para ver si está sano.

Me reí algo apurado. Mis relaciones con la viuda y su pequinés era un tema delicado:

De acuerdo, de acuerdo, no empecemos otra vez. ¿Qué es lo que quiere de verdad? ¿Es que el culito de Tricki Woo vuelve a molestarlo?

—James —dijo Siegfried gravemente—, no es normal que dudes de mi palabra de ese modo. Te repetiré el mensaje de la señora Pumphrey y luego espero que actúes inmediatamente y sin más preguntas. La señora me ha informado que ahora es propietaria de un cochinito de seis semanas y quiere que el animal sea examinado de pies a cabeza. Sabes cómo me interesan esos exámenes, y no quiero que el trabajo se haga a la ligera. Yo prestaría particular atención a su respiración: haz que dé una buena corrida por el prado antes de aplicarle el estetoscopio y, por el amor de Dios, no pases nada por alto, como la posibilidad de corvaza o sobrehuesos. Creo que lo mediría también, ya que estás en ello; puedes coger el metro...

Sus palabras me siguieron mientras corría por el pasillo. Esto ya se pasaba de la raya. Generalmente tenía que aguantar sus bromas desde que me convirtiera en el tío adoptivo del pequinés Tricki y empezara a recibir con regularidad cartas, regalos y fotografías firmadas por él, pero Siegfried no tenía costumbre de llevar las bromas a tales extremos. La idea de que la señora Pumphrey tuviera un cerdo resultaba inconcebible; no había lugar en su elegante mansión para esos animales. ¡Oh, sin duda se había confundido Siegfried!

Pero no. La señora Pumphrey me recibió con un gritito de gozo:

—¡Oh, señor Herriot!, ¿no es maravilloso? Tengo el cerdito más encantador del mundo. Fui a visitar a unos primos míos que tienen una granja,

y allí lo elegí. Será tan buena compañía para Tricky... Ya sabe lo mucho que me ha preocupado que sea un perro único.

Agité la cabeza totalmente desconcertado al cruzar el recibidor de paneles de roble. Mis visitas aquí siempre iban asociadas a cierto grado de fantasía, pero es que ahora ya empezaba a sentir que caminaba por las nubes.

—¿Pretende decirme que tiene al cerdo en casa?

—¡Pues naturalmente! —Parecía sorprendida—. Está en la cocina. Venga a verlo.

Había estado en esa cocina algunas veces y siempre me había impresionado su brillantez inmaculada, el aire de laboratorio que tenían muros y suelos, la superficie centelleante del fregadero, cocina y refrigerador que formaban toda una pieza. Hoy vi además una caja de cartón en una esquina y, en su interior, un cochinito, de pie sobre sus patas traseras, las delanteras apoyadas en el borde, mirando muy satisfecho su nuevo ambiente.

La cocinera, una mujer ya madura, le daba la espalda y no se volvió cuando yo entré. Partía zanahorias, lanzándolas sobre una fuente con lo que juzgué un vigor innecesario.

—¿No es adorable? —preguntó la señora Pumphrey; se inclinó y le acarició la cabeza—. ¡Resulta tan apasionante tener un cerdito! Señor Herriot, he decidido llamarlo Nugent.

Tragué saliva.

—¿Nugent? —La espalda de la cocinera se quedó inmóvil.

—Sí, por mi tío abuelo Nugent. Era un hombrecillo de piel rosada, chato y con unos ojitos pequeños. El parecido es notable.

—Comprendo —dije, y la cocinera se lanzó de nuevo a desmenuzar zanahorias.

Por unos instantes me sentí perdido. El hombre con ética profesional que había en mí se rebelaba ante lo absurdo de ponerse a examinar a aquella criatura patentemente sana. En realidad estaba a punto de decir que, en mi opinión, tenía un aspecto magnífico, cuando habló la señora Pumphrey.

—Vamos, Nugent —dijo—, sé buen chico y deja que te examine tu tío Herriot.

Con eso bastó. Ahogando mis mejores sentimientos, agarré aquel rabito y sostuve a Nugent casi cabeza abajo mientras le tomaba la temperatura. Luego le ausculté con toda seriedad el corazón y los pulmones, le examiné los ojos, pasé los dedos por sus patas y les hice flexión.

La espalda de la cocinera irradiaba su desaprobación más rotunda, pero yo proseguí tercamente. Había descubierto que tener un sobrino canino encerraba

muchas ventajas. No se trataba únicamente de los regalos frecuentes —y aún podía saborear los magníficos arenques que Tricki me enviara desde Whitby — sino el toque de suavidad en mi vida tan dura, el jerez antes del almuerzo, el calor y lujo de la chimenea de la señora Pumphrey... En mi opinión, y si ahora se me lanzaba a los brazos a un sobrino porcino, el tío Herriot sería el último en oponerse a los designios inescrutables de la suerte.

Terminado el examen, me volví a la señora Pumphrey, que aguardaba con ansiedad.

—Perfectamente sano —dije alegremente—. En realidad, aquí tiene un cerdo magnífico. Pero hay un problema: no puede vivir en la casa.

Por primera vez se volvió hacia mí la cocinera y leí la aprobación en su rostro. Fácil era comprenderlo, ya que los excrementos del cerdo son peculiarmente volátiles, e incluso un ejemplar tan diminuto como Nugent había añadido ya su propio aroma punzante al ambiente de la cocina.

La señora Pumphrey quedó aterrada al principio, pero cuando le aseguré que no cogería una pulmonía y que estaría más feliz y sano al aire libre, cedió.

Llamó a un ebanista, que construyó una pocilga palaciega en un ángulo del jardín. Tenía un apartamento abrigado para dormir con tablas elevadas sobre el suelo, y un paseo exterior. Vi a Nugent instalado en ella, felizmente enroscado en su lecho de paja limpia. Dos veces al día le llenaban la gamella con la mejor comida, y nunca le faltó alguna golosina extra, como una zanahoria o algunas hojas de col. Cada día lo sacaban a jugar, y se pasaba una hora corriendo por el jardín y disfrutando con Tricki.

En resumen, Nugent había conseguido un premio gordo, pero no podía haberle ocurrido a un cerdo más simpático porque, aunque la mayoría de sus congéneres son muy poco amistosos, el afecto se había desarrollado en Nugent en grado extraordinario. Le gustaba la gente y, en los meses siguientes, su carácter aún mejoró con el contacto con los humanos.

Con frecuencia lo veía paseando por el jardín con la señora Pumphrey, y en la pocilga se pasaba casi todo el tiempo de pie, con las patas delanteras apoyadas en la barandilla y aguardando ansiosamente a su siguiente visitante. Los cerdos crecen rápidamente y pronto dejó atrás su época de rosado cochinito, pero su encanto no disminuyó. Lo que más le gustaba era que le rascaran en el lomo; gruñía profundamente, alzando los ojos en éxtasis, luego empezaban a temblarle las piernas de gusto hasta que al fin se dejaba caer de costado.

La existencia de Nugent era principesca y solo había una nube en el cielo. El viejo Hodgkin, el jardinero, cuya actitud con los animalitos domésticos se

había visto amargada por el hecho de tener que lanzar anillas de goma para Tricki cada día, se encontró ahora nombrado criado personal de un cerdo. Era su obligación dar de comer y acostar a Nugent, y supervisar sus períodos de juego. La idea de hacer todo esto por un cerdo que nunca se convertiría en salchichas debió resultar casi insoportable para el viejo campesino; las duras líneas de su rostro se profundizaban al tomar la gamella.

En la primera de mis visitas profesionales me saludó con un melancólico: «¿Ha venido a ver a Nudista?». Conocía bastante a Hodgkin para comprender la imposibilidad de un juego de palabras; la verdad es que él trataba de captar aquel nombre pero, durante toda la larga carrera de mi sobrino el cerdo, este siguió siendo «Nudista» para el viejo.

Conservo un recuerdo especialmente delicioso de Nugent. El teléfono sonó un día poco después del almuerzo. Era la señora Pumphrey y, por su voz asustada, comprendí que algo terrible había sucedido: era la misma voz que me describiera los síntomas peculiarísimos del triquitraque y los flequitos en el culito de Tricki Woo.

—¡Oh, señor Herriot, gracias a Dios que está en casa! Se trata de Nugent. Me temo que esté terriblemente enfermo.

—Ah, ¿sí? Lamento oírlo. ¿Qué le ocurre?

Hubo un silencio, una respiración entrecortada, luego la señora Pumphrey habló de nuevo:

—Bueno, es que no puede... verá... no puede... hacer sus cositas.

Ya estaba familiarizado con su vocabulario de cosas y cositas.

¿Quiere decir que no puede orinar?

—Bueno... —Era obvio que se sentía muy apurada—. No del todo correcto.

—Es extraño —dije—. ¿Come bien?

—Creo que sí, pero... —Luego estalló de pronto—. ¡Oh, señor Herriot, estoy tan preocupada! Sé que hay hombres que se ponen muy enfermos... de eso mismo. Es una glándula, ¿verdad?

—Oh, no necesita preocuparse por eso. Los cerdos no tienen tal problema y, de todos modos, creo que un cerdo de cuatro meses es un poco joven para tener hipertrofia de la próstata.

—Oh, me alegro, pero algo se... algo se lo impide. Vendrá a verlo, ¿no es cierto?

—Salgo ahora mismo.

Tuve que esperar algún tiempo ante la pocilga. Nugent se había convertido en un cerdo bastante gordo que gruñía amistosamente al verme

ante la alambrada. Sin duda esperaba algún juego y, como se impacientaba, empezó a correr por todo su paseo particular.

Casi había decidido que mi visita era infructuosa cuando la señora Pumphrey, que no dejara de pasear arriba y abajo muy nerviosa y estrujándose las manos, se detuvo en seco y apuntó al cerdo con un dedo tembloroso.

—¡Oh, Señor! —suspiró—. Mire, ¡mire ahora! —Todo el color había desaparecido de su rostro, dejándola mortalmente pálida—. ¡Oh, es horrible, no puedo mirarlo! —Con un gemido se apartó y enterró el rostro entre las manos.

Examiné de cerca a Nugent. Se había detenido a medio galope y se aliviaba muy feliz de la orina, con esos chorrillos intermitentes del cerdo adulto normal.

Me volví a la señora Pumphrey:

—Pues no veo nada mal.

—Pero él... él... —Aún no se atrevía a mirar— lo hace como... lo hace espasmódicamente.

Ya tenía práctica en conservar la seriedad en presencia de la señora Pumphrey, y ahora me fue muy útil.

—Pero es que todos lo hacen así, señora Pumphrey.

Se volvió a medias y miró temblorosamente por el rabillo del ojo a Nugent.

—¿Quiere decir... que todos los cerditos...?

—Todos los cerditos que he conocido lo hacen así.

—¡Oh!... ¡oh!... Qué raro... qué raro... —La pobre se abanicaba con el pañuelo. El color le había vuelto al rostro, y además muy subido.

Para cubrir su confusión le hablé con naturalidad:

—Sí, sí, ya lo creo. Muchas personas cometen la misma equivocación, se lo aseguro. Bien, supongo que será mejor que me vaya ahora... Pero me he alegrado mucho de ver que el amiguito tiene un aire tan sano y feliz.

Nugent disfrutó de una vida larga y dichosa, y ya lo creo que satisfizo todas mis esperanzas. Fue igual de generoso o más que Tricki con sus regalos y, como en el caso del pequinés, acallé mi conciencia con el convencimiento de que yo le tenía verdadero cariño. Como siempre, la actitud sarcástica de Siegfried puso las cosas un poco difíciles. Yo había sufrido en el pasado al recibir las fotografías dedicadas del perrito... pero jamás me atreví a dejarle ver las del cerdo.

Angus Grier, miembro del Colegio Real de Cirujanos Veterinarios, no resultaba nunca una visión agradable, pero ahora, incorporado en la cama, el rostro lleno de manchas, y abrigado con una bata rosa, era suficiente para acobardar al más valiente. Especialmente a las ocho de la mañana, cuando solía efectuar mi primera audiencia diaria con él.

—Llega tarde otra vez —dijo, con su voz ronca—. ¿Es que no puede salir de la cama por la mañana? Le he dicho hasta cansarme que quiero verlo ya en la ronda para las ocho en punto.

Mientras murmuraba mis disculpas él se arreglaba rabioso el edredón y me miraba de arriba abajo con disgusto:

—Y otra cosa: lleva un par de calzones de montar horribles. Si es que tiene que llevar calzones para el trabajo, por el amor de Dios, vaya y que le haga un par un buen sastre. De todas formas, eso no es lo más adecuado para un veterinario.

Aquello sí que me hizo daño. Yo les tenía cariño a los calzones de montar. Había pagado treinta chelines por ellos en los Almacenes del Ejército y la Marina y acariciaba la secreta convicción de que me daban cierto aire. Y el ataque de Grier era más doloroso aún si teníamos en cuenta que aquel hombre disfrutaba gratis de mis servicios. Siegfried, estaba seguro, rechazaría cualquier oferta de pago.

Llevaba allí una semana y me parecía toda una vida. Mi memoria guardaba un vago recuerdo de otra existencia más alegre y feliz, pero este recuerdo iba difuminándose. Siegfried se había disculpado sinceramente aquella mañana ya lejana en Darrowby.

—James, tengo aquí una carta de Grier, de Brawton. Al parecer estaba castrando a un potro y aquel se lanzó sobre él; tiene un par de costillas rotas. Por lo visto su ayudante lo abandonó hace poco, de modo que no dispone de nadie para encargarse de su trabajo. Quiere que te envíe allí una o dos semanas.

—¡Oh, no! Sin duda hay un error. Ese hombre no me soporta.

—No soporta a nadie. Pero no hay error, ahí lo dice... Y, sinceramente, ¿qué puedo hacer?

—Pero es que la única vez que lo vi me metió en un horrible traje de goma y me hizo quedar como un imbécil.

Siegfried sonrió tristemente.

—Lo recuerdo, James, lo recuerdo. Es un viejo mezquino y me molesta hacerte esto, pero no puedo rechazar su petición.

En aquel momento no podía creerlo. Todo parecía irreal. Pero era bien real ahora que estaba al pie del lecho de Grier escuchando sus gruñidos. Ya empezaba de nuevo.

—Y otra cosa: mi esposa me ha dicho que no se tomó las gachas. ¿Es que no le gustan?

Restregué los pies contra el suelo.

—Oh, sí, estaban muy buenas. Es que no tenía hambre esta mañana —había revuelto aquella masa insulsa de cereales con la cuchara, había hecho todo lo posible por tragarla, pero me había derrotado al fin.

—Algo funciona mal en un hombre incapaz de tomarse una buena comida —Grier me examinó con suspicacia y luego levantó un papel—. Aquí tiene la lista de las visitas de esta mañana. Son pocas, de modo que no pierda el tiempo por ahí. Esta es de Adamson, en Grenton..., el prolapso de una vaca. ¿Qué haría usted?

Metí la mano en el bolsillo para coger la pipa pero la dejé vacía. A Grier le molestaba el humo.

—Bueno, le daría un anestésico epidural, lo pondría todo en su lugar y lo fijaría con suturas de retención a través de la vulva.

—¡Cielos, hombre! —Gruñó Grier—. ¡Cuánta tontería! No hay necesidad de todo eso. Sin duda lo habrá causado un poco de estreñimiento. Métele el prolapso, levante a la vaca con unas tablas tras las patas posteriores y póngala a un régimen de aceite de linaza por unos cuantos días.

—Pero se saldrá de nuevo si no lo coso —dije.

—¡En absoluto! ¡Que no, que no! —gritó Grier furioso—. Haga lo que le digo. Sé más de esto que usted.

Probablemente. Al menos debería saberlo... Se había graduado hacía treinta años y yo empezaba mi segundo año de veterinario. Contemplé su rostro enojado sobre la almohada y me maravillé por un instante ante el hecho de nuestras relaciones tan hostiles. Un hombre del Yorkshire que escuchara aquellos dos acentos tan escoceses —el seco de Aberdeen, en labios de Grier, el mío profundo de Clydeside— tal vez confiara en que existiera entre ambos

cierta corriente de simpatía, aunque solo fuera por un sentimiento nacional. Pero no había nada.

—De acuerdo, como usted diga —dejé la habitación y bajé a recoger el equipo.

Al partir para mi ronda experimenté la misma sensación de cada mañana: alivio al alejarme de aquella casa. Había ido de cabeza toda la semana para atender al trabajo, pero había disfrutado con ello. Los granjeros siempre se muestran dispuestos a disculpar la inexperiencia de un joven, y los clientes de Grier me habían tratado amablemente. Sin embargo, me veía obligado a volver al triste caserón a dormir y comer, y eso se me hacía cada vez más pesado.

La señora Grier me resultaba tan molesta como su marido. Era una mujer de labios muy apretados, de una delgadez sorprendente, y sus guisos eran espartanos. En las comidas figuraban las gachas de modo prominente. Teníamos aquella mesa para el desayuno y para la cena, y, en medio, una serie de cocidos acuosos, carne anémica y sopas inmencionables. Nada guisado por ella tenía sabor. Angus Grier había venido al Yorkshire hacía treinta años, un escocés sin dinero como yo, y adquirido una práctica lucrativa por el expediente clásico de casarse con la hija del jefe... Le entregaron en bandeja de plata la vida resuelta, sí, pero tuvo que cargar con la señora Grier.

Yo tenía la impresión de que ella creía estar aún al frente de todo, probablemente por haber vivido siempre en aquella casa con los recuerdos de su padre, que fue el que creara la clientela. Todos le parecíamos unos entrometidos, y no era de extrañar su reacción. Después de todo era una mujer sin hijos, no había disfrutado mucho de la vida y tenía a Angus Grier como marido. Sí, la compadecía.

Pero eso de nada servía, porque no podía quitármela de encima. Se lanzaba sobre mí a cada movimiento, como un espectro desaprobador. Cuando volvía de la ronda me aguardaba siempre con un tiroteo de preguntas: «¿Dónde ha estado todo este tiempo?»; o bien: «Ya me preguntaba dónde estaría... ¿es que se ha perdido?»; o bien: «Hay un caso urgente esperando. ¿Por qué es usted siempre tan lento?». Tal vez pensara que me había metido en un cine a perder un par de horas.

Al atardecer recibía en el dispensario a los animales pequeños y ella tenía la desagradable costumbre de quedarse junto a la puerta para oír lo que les decía a los clientes. Incluso entraba en el dispensario cuando quería y me vigilaba estrechamente, criticando mis prescripciones y metiéndose conmigo constantemente, por ser generoso en extremo con las drogas:

—Está poniendo demasiado clorodina... ¿No sabe que es muy caro?

Llegué a comprender plenamente al ayudante que se largara sin previo aviso. Los empleos eran difíciles, y los jóvenes graduados lo soportaban casi todo por tener un trabajo, pero adiviné que el pobre no había tenido más alternativa.

La granja de Adamson era una propiedad pequeña a la salida de la ciudad, y tal vez fuera por el recuerdo de Grier, pero el contraste del rostro paciente del viejo granjero y sus ojos amistosos me parecieron extraordinariamente atractivos. Salió a mi encuentro, vistiendo un chaquetón color caqui, y me estrechó la mano.

—Vaya, así que hoy tenemos a un chico nuevo, ¿eh? —Me miró unos segundos—. Yo diría que lleva poco tiempo en el trabajo.

—Es cierto —contesté—, pero aprendo aprisa.

Adamson sonrió.

—No se preocupe por ello, muchacho. Yo tengo fe en la sangre nueva y en las ideas nuevas... Eso es lo que necesitamos en la agricultura. Nosotros llevamos ya demasiado tiempo en la arena. Vamos, entre en el establo y le enseñaré la vaca.

Había como una docena allí, no Shorthorn sino Ayrshire, y estaban muy sanas y bien cuidadas. Fácil era reconocer a mi paciente por la protuberancia rosada del tamaño de un balón de fútbol en la pared vaginal, y el cuello uterino desviado. Pero el granjero no había perdido el tiempo después de pedir ayuda; la masa estaba limpia y no tenía el menor daño.

Me observó atentamente mientras cubría el prolapso con antiséptico y lo hacía desaparecer de la vista, luego me ayudó a construir una plataforma con planchas para las patas traseras de la vaca. Cuando terminamos, el animal quedó con el rabo más alto que la cabeza.

—Y, ¿dice que si le doy aceite de linaza unos cuantos días esa cosa no se le saldrá otra vez?

—Esa es la idea —dije—. Asegúrese de que se mantenga en esa posición.

—Claro que sí, muchacho, y muchísimas gracias. Estoy seguro de que ha hecho un buen trabajo y espero verle de nuevo.

De vuelta en el coche dejé escapar un gemido. ¡Un buen trabajo! ¿Cómo diablos aguantaría aquello sin unos puntos? Pero tenía que hacer lo que me mandaran y Grier, por desagradable que fuera, no era un completo idiota. Quizás tuviera razón. Traté de olvidarme de ello y me dirigí al resto de las visitas.

Menos de una semana más tarde, en la mesa del desayuno y mientras yo revolvía las inevitables gachas, Grier, que se había aventurado a bajar, vociferó repentinamente:

—Tengo aquí una tarjeta de Adamson. Dice que no está satisfecho con su trabajo. Será mejor que vayamos allí esta mañana y veamos qué ocurre. No me gustan estas quejas.

Su expresión normal de perpetua ofensa se agudizó y los grandes ojos pálidos se humedecieron; casi me sentí seguro de que se iba a echar a llorar sobre las gachas.

En la granja, el señor Adamson nos dirigió al establo.

—Bueno, ¿qué opina de esto, jovencito?

Miré el prolapso y el estómago se me encogió. La protuberancia rosada de aspecto inocuo se había transformado en una masa púrpura y sanguinolenta. Estaba llena de porquería y una fea herida le corría por un lado.

—No permaneció dentro mucho tiempo, ¿verdad? —dijo el granjero serenamente.

Yo estaba demasiado avergonzado para hablar. Era horrible haberle hecho tal faena a una buena vaca. Sentí que mi rostro enrojecía, pero afortunadamente el jefe estaba conmigo; él lo explicaría todo. Me volví hacia Grier, que murmuraba entre dientes, que parpadeaba y apartaba la vista..., pero que no decía nada.

El granjero siguió.

—Ya ve que ella misma lo ha dañado. Tal vez se lo haya pisado, o algo así. Le digo que no me gusta su aspecto.

Mostrarse desagradable iba contra su mismo carácter, pero era normal que estuviera preocupado.

—Tal vez sería mejor que se encargara usted del trabajo esta vez, señor Grier —dijo.

Este, que aún no había pronunciado una palabra inteligible, se lanzó ahora a la acción. Apartó el pelo en la base de la columna vertebral, insertó un anestésico epidural, lavó y desinfectó toda la masa y con gran esfuerzo la metió de nuevo en su lugar. Luego la fijó con varias suturas fuertes de retención y con pequeños tubos de goma para evitar que le cortaran la carne. El trabajo, una vez terminado, parecía de artesanía. El granjero me cogió amablemente por el hombro.

—Vaya, esto ya es algo. Ahora no es difícil creer que sí va a quedarse en su sitio, ¿verdad? ¿Por qué no hizo lo mismo cuando vino antes?

Me volví a Grier, pero en ese instante le dominó un violento ataque de tos. Seguí mirándolo, pero, como nada dijera, di media vuelta y salí del establo.

—Sin embargo no le guardo rencor, muchacho —continuó el señor Adamson—. Supongo que todos hemos de aprender y que no hay nada como la experiencia, ¿no es así, señor Grier?

—¡Oh, seguro, claro que sí! Sí, sí, de acuerdo, no hay duda —murmuró Grier. Nos metimos en el coche.

Me senté y aguardé alguna explicación de su parte. Estaba muy interesado en saber qué me diría exactamente. Pero la nariz de venas azuladas señalaba directamente hacia adelante y los ojos saltones se clavaban sin ver en la carretera ante nosotros.

Volvimos a la clínica en silencio.

No pasó mucho tiempo antes de que Grier hubiera de reintegrarse al lecho. Empezó a quejarse constantemente, sosteniéndose las costillas, y pronto quedó de nuevo instalado arriba, sobre las almohadas, con su bata abrochada hasta el cuello. El *whisky* era lo único que le aliviaba el dolor, y el nivel de la botella en la mesilla de noche bajaba a velocidad notable.

Se renovó la rutina diaria. Generalmente la señora Grier estaba levantada ya cuando yo había de hablar con su marido. Más allá de la puerta del dormitorio escuchaba susurros que se detenían al verme entrar. Recibía mis instrucciones mientras ella se atareaba alrededor del lecho guardando cosas, secándole la frente a su marido con un pañuelito y lanzándome miradas de disgusto. En cuanto yo salía por la puerta empezaban los susurros otra vez.

Era bastante tarde —hacia las diez de la noche— cuando recibimos la llamada telefónica de la señora Mallard. Su perro tenía un hueso en la garganta. ¿Podía ir el señor Grier, por favor? Empezaba a decirle que él estaba enfermo y que yo me encargaba del trabajo, pero de nada sirvió. Con un clic cortó la comunicación.

Grier reaccionó ante la noticia quedándose en una especie de trance. Con la barbilla hundida en el pecho siguió inmóvil durante casi un minuto, reflexionando cuidadosamente. Luego se enderezó de repente y me apuntó con el índice.

—No es un hueso en la garganta. Será solo un poco de laringitis que le hace toser.

Me sentí sorprendido ante su confianza.

—¿No cree que será mejor que me lleve unos fórceps, por si acaso?

—¡No, no, ya se lo he dicho! No habrá hueso alguno, así que prepare un poco de jarabe con algo de ipecacuana. Eso será cuanto necesite. Y otra cosa, si no encuentra nada mal, cállesele. Dígale a la señora que es faringitis y cómo tratarla. Hay que justificar las visitas, ya sabe.

Me sentía un poco desconcertado mientras llenaba una botellita en el dispensario, pero tomé un par de fórceps también. Había perdido mucha fe en

los diagnósticos a distancia de Grier.

Quedé sorprendido cuando la señora Mallard abrió la puerta de su casita de aspecto elegante. Por alguna razón había esperado hallar una anciana, y ante mí tenía a una rubia de muy buen aspecto, de unos cuarenta años, con el pelo recogido sobre la cabeza en rizos artísticos, según la moda de aquel tiempo. Y tampoco me esperaba el vestido largo de baile, de un verde brillante, los pendientes enormes, el rostro maquillado...

La señora Mallard pareció sorprendida también. Me miró, desconcertada, hasta que le expliqué la situación.

—He venido a ver a su perro. Soy el ayudante del señor Grier. Me temo que él se halle enfermo en estos momentos. Le costó muchísimo digerir la información, ya que siguió en el umbral como si no supiera de qué le estaba hablando; luego volvió en sí y abrió la puerta de par en par:

—¡Oh, claro, naturalmente! Lo lamento; entre, por favor. —Caminé tras ella a través de un muro casi palpable de perfume y entré en una habitación a la izquierda de la sala. El perfume era todavía más intenso aquí, pero hacía juego con la lámpara de pantalla rosa que lanzaba una luz débil sobre el amplio diván, muy cerca de la chimenea. Desde las sombras, una radio lanzaba suavemente las notas de «Cuerpo y Alma».

No había señales de mi paciente, y la señora Mallard seguía mirándome insegura y acariciándose uno de los pendientes.

—¿Quiere que lo examine aquí? —pregunté al fin.

—Oh, sí, naturalmente —abrió la puerta a un extremo de la habitación. Inmediatamente saltó sobre la alfombra un terrier escocés que se lanzó sobre mí encantado. Intentó lamerme la cara con una serie de saltos increíbles, y aquello podía haber durado mucho tiempo si no le hubiese cogido en el aire.

La señora Mallard sonrió nerviosamente:

—Ahora ya parece estar mejor —dijo.

Me dejé caer en el diván con el perrito en brazos y le abrí las mandíbulas. Incluso bajo aquella luz débil era patente que no tenía nada en la garganta. Le pasé el dedo suavemente por el fondo de la lengua y el terrier no protestó mientras le examinaba el gástrico. Luego lo dejé en la alfombra y le tomé la temperatura: normal.

—Bien, señora Mallard —dije—, desde luego no tiene ningún hueso en la garganta, ni fiebre —estaba a punto de añadir que el perro me parecía completamente sano cuando recordé la amonestación de Grier y me aclaré la garganta; había que justificar la visita—. Sin embargo, es posible que tenga un poco de faringitis, y eso le hace toser o sentir náuseas —abrí de nuevo la

boca del terrier—. Como ve, el fondo de la garganta está bastante inflamado. Tal vez haya habido algo de infección o se haya tragado algo irritante. Tengo una medicina en el coche que pronto lo dejará como nuevo... — Comprendiendo que empezaba a hablar como una cotorra, corté el discurso.

La señora Mallard me escuchaba atentamente, mirando ansiosa el hocico del perro y asintiendo una y otra vez:

—Oh, ya veo. Muchas gracias. ¡Qué suerte que le llamara!

A la tarde siguiente atendía yo en la clínica a los numerosos visitantes cuando un hombre grueso, con una chaqueta bastante detonante, entró y depositó sobre la mesa un pachón de ojos tristes.

—Mueve mucho la cabeza —dijo a gritos—. Debe tener alguna úlcera en el oído.

Cogí un otoscopio del armario del instrumental y había empezado a examinarle una oreja cuando el hombre habló de nuevo.

—Ya vi que anoche vino por mi barrio. Soy vecino de la señora Mallard.

—Oh, sí —dije, mirando por el tubo de metal—. Es cierto. Allí estuve.

Sus dedos tamborilearon un instante sobre la mesa.

—Ese perro debe estar muy enfermo. El coche del veterinario siempre está ante la casa.

—Pues yo no lo habría dicho. Me pareció un animalito muy sano — terminé de examinar un oído y me incliné sobre el otro.

—Sin embargo, ocurre como le digo —insistió—. El pobrecito siempre parece sufrir de algo, y lo curioso es que casi siempre le sucede por la noche.

Alcé la vista rápidamente. Había algo raro en el modo en que lo decía. Me miró por un instante con una especie de inocencia, luego todo su rostro se abrió en una sonrisa de malicia.

Lo miré fijamente.

—No querrá decir...

—No con ese viejo diablo tan feo, ¿eh? Cuesta aceptarlo, ¿verdad? —Los ojos guiñaban divertidos.

Dejé caer el otoscopio en la mesa con fuerza. Tenía los brazos inertes.

—No lo tome así, muchacho —gritó el hombre gordo, dándome un golpe amistoso en el pecho—. Este mundo es bien extraño.

Pero no era solo el pensamiento de Grier lo que me llenaba de horror sino el recuerdo de mí mismo en aquel ambiente de harén pontificando sobre la faringitis entre las notas de «Cuerpo y Alma» a una mujer que sabía bien que yo no decía más que tonterías.

Dos días después, Angus Grier estaba levantado y, al parecer, recuperado por completo. Había contratado además a otro ayudante que debía ocupar su puesto inmediatamente. Quedé libre, pues.

Como había dicho que me iría a primera hora de la mañana, dejé la casa a las 6,30 con objeto de llegar a Darrowby para el desayuno. No podía aguantar otro plato de aquellas gachas.

Mientras conducía hacia el oeste por la llanura de York empecé a mirar sobre los setos y entre los árboles a la cadena de los Peninos, que se alzaban contra el cielo de la mañana. Eran de un violeta pálido a esta distancia, y aún estaban cubiertos por la niebla, pero parecían darme la bienvenida. Y más tarde, cuando el cochecito empezó a trepar sobre el terreno empinado, y los árboles se hicieron más escasos, y los setos dieron paso a los muros de piedra, tuve la impresión, como todos los días, de que el mundo se abría ante mí. Y allá, al fin, estaba Darrowby durmiendo bajo la mole familiar del Herne Fell, y más allá los grandes pliegues verdosos de los valles.

Nada se movió cuando crucé la plaza del mercado y seguí por la callecita hacia Skeldale House, con la hiedra cayendo en desordenada profusión sobre sus viejos ladrillos y la placa de bronce colgando torcida sobre la verja: «Siegfried Farnon, M. R. C. V. S.».

Creo que hubiera corrido al galope por el pasillo después de abrir la puerta de cristal, pero tuve que abrirme paso entre los perros, los cinco, que se echaron sobre mí ladrando de delicia.

Casi tropecé con el bulto formidable de la señora Hall, que salía del comedor con la cafetera.

—Veo que ha vuelto —dijo, y comprendí que estaba realmente satisfecha, porque casi sonrió—. Bueno, pase y siéntese. Tengo un poco de tocino en la sartén para usted.

Ya tenía la mano en la puerta cuando oí las voces de los dos hermanos en el interior. Tristán murmuraba algo y Siegfried le contestaba a gritos.

—De todas formas, ¿dónde diablos estabas anoche? ¡Te oí entrar a las tres de la mañana y tu cuarto huele como una taberna! ¡Señor!, ojalá pudieras verte como estás... ¡Tus ojos parecen meadas en la nieve!

Abrí la puerta sonriendo y me acerqué a Tristán, que alzó la vista sorprendido cuando le cogí la mano y se la estreché una y otra vez. Parecía tan infantil e inocente como siempre, excepto los ojos que, aunque un poco hundidos, tenían el mismo brillo descarado de costumbre. Luego me acerqué a Siegfried, a la cabecera de la mesa. Indudablemente impresionado por mi entrada tan formal había intentado tragar lo que tenía en la boca y se había

atragantado. Muy rojo ahora, las lágrimas empezaban a correr por sus flacas mejillas y el bigotito rubio le temblaba. Sin embargo, se levantó de la silla, inclinó la cabeza y alargó la mano con la gracia de un marqués.

—Bien venido, James —dijo con dificultad, salpicándome ligeramente con migas de pan—. Bien venido a casa.

Había estado fuera solo dos semanas, pero eso bastó para convencerme de que el trabajo en la región montañosa encerraba para mí un encanto que no conseguía hallar en otra parte. Mi primera visita me llevó a uno de los estrechos caminos sin vallas que unen Sildale y Cosdale y, cuando hube llegado hasta la cumbre en primera, hice lo que hacía tan a menudo; dejé el coche estacionado sobre la hierba que bordeaba el camino y me bajé.

Ese dicho de que nadie tiene tiempo para detenerse a mirar el paisaje nunca se ha aplicado a mí. Creo que he pasado buena parte de mi vida — probablemente demasiada— dedicado tan solo a mirar a mi alrededor, y eso mismo hice esa mañana. Desde allí podía ver, sobre la llanura de York, toda la amplitud de las colinas de Hambleton, sesenta kilómetros hacia el este, mientras que a mis espaldas se extendían kilómetros y kilómetros de brezales hundiéndose y elevándose sobre las cumbres lisas de los páramos. En el año que llevaba en Darrowby debía haber estado ahí muchísimas veces y el panorama sobre la llanura siempre parecía distinto; a veces, en invierno, la región baja era un manchón oscuro entre los Peninos cubiertos de nieve y el brillo blanco y distante de las Hambleton, y en abril las lluvias caían en oleadas lentas y pesadas sobre el cuadro de verdes y marrones distintos. Hubo un día también en que permanecí bajo la brillante luz del sol contemplando un manto de niebla espesa como una capa de algodón de la que surgían las cimas de los montes y las copas de algunos árboles.

Pero ahora se extendía ante mí el tejido variopinto de los campos al sol, y el aire, incluso en la colina, estaba cargado con los aromas del verano. Yo sabía que debía haber gente trabajando en las granjas, allá abajo, pero no se veía ni un alma y la paz que siempre hallaba en el silencio y en el vacío de los brezales me dominó por completo.

En esas ocasiones me sentía a menudo como fuera de mí mismo, un espectador que estudiara con objetiva serenidad mis progresos. Fácil era recordar los años pasados, incluso la época en que decidiera hacerme veterinario. Podía recordar el momento exacto. Tenía trece años y estaba

leyendo un artículo sobre las diversas carreras que se ofrecían a los muchachos en la revista «Meccano», y, mientras leía, experimenté la firme convicción de que esto era para mí. Y, sin embargo, ¿en qué se basaba? Solo en que me gustaban los perros y gatos y no me interesaba demasiado la idea de una vida de oficina. Claro que era una base muy frágil sobre la que fundamentar una carrera. No sabía nada de agricultura ni de animales de granja y, aunque durante mis años en la escuela aprendí todo lo necesario, yo solo alcanzaba a ver un futuro: sería veterinario de animales pequeños. Esto duró hasta el momento en que me gradué: una especie de visión en la que yo trataba a los animalitos domésticos en mi propio hospital, en el que todo sería no solo moderno sino revolucionario. El quirófano de operaciones con un equipo perfecto, laboratorios, sala de rayos X... todo estaba claro como el cristal en mi mente hasta que obtuve el título.

¿Cómo demonios había llegado yo entonces a estar sentado en un brezal del Yorkshire en mangas de camisa y botas de goma, y oliendo ligeramente a vacas?

Mis perspectivas habían sufrido una rápida transformación, en realidad, casi inmediatamente después de mi llegada a Darrowby. La oferta del empleo me había parecido un don del cielo en aquella época en que tan difícil era conseguir uno, aunque en su día lo considerara un simple paso hacia mi ambición auténtica. Pero, como dije, todo esto cambió con la velocidad del rayo.

Tal vez tuviera algo que ver con la increíble suavidad de aquel aire que aún me cogía por sorpresa cuando salía al viejo jardín agreste de Skeldale House cada mañana; o tal vez el encanto de la vida en aquella casa de líneas graciosas, con mi jefe, tan dotado y tan excéntrico, y su hermano el estudiante chiflado. O también la convicción creciente de que tratar vacas, cerdos, ovejas y caballos encerraba una fascinación que jamás pude sospechar y me obligaba a pensar en mí mismo como una ruedecita en la gran maquinaria de la agricultura británica. En esto sí había una sólida satisfacción.

Probablemente es que yo nunca había soñado que existiera un lugar como aquellos valles. Nunca había creído posible que pudiera pensar en pasarme la vida en unas tierras altas y barridas por el viento, en las que siempre se percibía el aroma de la hierba y los árboles, y donde incluso bajo las lluvias invernales podía aspirar el aire y descubrir en él efluvios de plantas ignoradas que crecían ocultas en algún lado, acariciadas por el mismo aire al pasar.

Fuera como fuese todo había cambiado para mí, y mi labor consistía ahora en ir de granja en granja por aquel tejado de Inglaterra, con la creciente

convicción de que yo era un ser privilegiado.

Subí de nuevo al coche y repasé la lista de visitas. Era bueno estar allí de vuelta, y el día transcurrió con rapidez. Hacia las siete de la tarde, cuando pensaba que había terminado, recibí una llamada de Terry Watson, joven trabajador de una granja, que tenía dos vacas propias. Una de ellas, dijo, estaba con mastitis. A mediados de julio era un poco pronto para tal enfermedad, pero en los meses de pleno verano veíamos centenares de casos así; en realidad, muchos granjeros le llamaban «la bolsa de agosto». Era una enfermedad desagradable por ser prácticamente incurable, y generalmente daba por resultado que la vaca perdiera la parte de la ubre que provee de leche, y a veces incluso la vida.

La vaca de Terry Watson parecía muy enferma. Había venido cojeando del campo a la hora del ordeño, sacando hacia fuera la pata trasera derecha en un esfuerzo por alejarla de la ubre dolorida, y ahora temblaba de angustia en el establo, los ojos mirando ansiosamente ante ella. Tiré suavemente de la teta infectada y, en vez de leche, un chorrito de suero oscuro y maloliente vino a caer en la lata que yo sostenía.

—El olor es inconfundible, Terry —dije—. Desde luego es del tipo del verano —pasé la mano por la ubre caliente e hinchada y la vaca alzó la pata rápidamente al tocarle el tejido enfermo—. Y muy fuerte, además. Me temo que es algo muy malo.

El rostro de Terry era torvo al pasarle la mano por el lomo. Solo tenía veintitantos años, una esposa y un niño pequeño, y pertenecía a esa raza dispuesta a trabajar todo el día para el amo y luego volver a casa y empezar el trabajo con su propio ganado. Dos vacas y unos cuantos cerdos y gallinas suponían una gran diferencia para quien tenía que vivir con treinta chelines a la semana.

—No puedo entenderlo —murmuró—. Generalmente son las vacas secas las que lo cogen, y esta me daba unos diez litros al día. Se la habría cubierto de brea si hubiera estado seca. (Los granjeros solían frotar las tetas de sus vacas secas con brea para alejar a las moscas, a las que culpaban de la infección).

—No, la verdad es que todas las vacas pueden cogerlo, especialmente las que han empezado a secarse —dije; saqué el termómetro del recto: cuarenta y dos grados.

—Y ahora, ¿qué? ¿Puede hacer algo por ella?

—Haré lo que pueda, Terry. Le daré una inyección, y habrá que extirparle esa teta lo antes posible, pero tú sabes como yo que las perspectivas no son

muy buenas.

—Ah, lo sé muy bien —me observó tristemente mientras inyectaba una toxina piogénica en el cuello de la vaca. (Incluso ahora seguimos tratando del mismo modo la mastitis de verano, porque la triste realidad es que en toda la gama de antibióticos modernos no hay uno de efecto seguro)—. Perderá la ubre, ¿no?, y quizás incluso se muera.

Traté de mostrarme animado.

—Bueno, no creo que se muera y, aunque pierda una ubre, la compensará con las otras tres —pero experimentaba esa sensación de desamparo que se siente cuando uno apenas puede hacer nada por algo que sí importa mucho. Porque yo sabía que para el chico eso era un golpe muy duro; una vaca de tres tetas ha perdido mucho valor en el mercado. Y esto como mal menor. No me gustaba pensar en lo posibilidad de que el animal se muriera.

—Mire, ¿no hay nada que yo pueda hacer? ¿Es que ya no hay remedio? —Las mejillas flacas de Terry Watson estaban muy pálidas y, cuando miré la figura delgada, de hombros algo inclinados, pensé, y no por primera vez, que no parecía bastante robusto para tan duro trabajo.

—No puedo garantizar nada —dije—, pero lo mejor es un ordeño constante. Así que dedícate a ello esta tarde, cada media hora si te es posible. Ese líquido no puede hacerle mucho daño si vas sacándolo en cuanto se ha formado. Y creo que deberías bañarle la ubre con agua caliente y darle masaje también.

—¿Con qué le doy masaje?

—Oh, eso no importa. Lo principal es mover el tejido para sacarle ese líquido maloliente en cantidad. La vaselina le iría bien.

—Tengo un tazón de grasa de ganso.

—De acuerdo, utilízalo. —Me dije que debía haber un tazón de grasa de ganso en la mayoría de las granjas. Era el lubricante y linimento universal para hombres y bestias.

Terry pareció sentirse aliviado ante la oportunidad de hacer algo. Sacó un cubo viejo, se metió el taburete de ordeñar entre las piernas y se inclinó hacia la vaca. Luego alzó los ojos con una expresión extrañamente desafiante en ellos.

—De acuerdo —dijo—, empezaré ahora.

A la mañana siguiente me llamaron muy temprano para un caso de fiebre láctea y, al concluir, ya en camino a casa, decidí entrar en la pequeña casita de Watson. Eran como las ocho en punto y, al meterme en el establo, vi a Terry en la misma posición en que lo dejara la noche anterior. Tiraba de la teta

infectada con los ojos cerrados, apoyada la mejilla en el flanco del animal. Me miró como si despertara de un sueño cuando le hablé.

—¡Hola! Intentándolo otra vez, según veo.

La vaca volvió la cabeza al sonido de mi voz e inmediatamente vi con emoción y placer que estaba muchísimo mejor. Había perdido aquella mirada mortecina y me observaba con el interés casual de los animales sanos. Pero lo mejor de todo era que sus mandíbulas se movían con el rumiar lento y regular que a todo veterinario le encanta ver.

—¡Dios mío, Terry, parece mucho mejor! ¡Esta no es la misma vaca!

El joven parecía tener dificultad para mantener los ojos abiertos, pero sonrió.

—Sí, ya lo creo; venga y eche una mirada a este extremo. —Se levantó lentamente del taburete, enderezando la espalda poquito a poco y apoyó los codos en el flanco del animal.

Me incliné hacia la ubre, buscando cuidadosamente la hinchazón de la noche anterior, pero mi mano tropezó con una superficie suave y tensa. Con incredulidad cogí el tejido entre los dedos sin que el animal diera señales de incomodidad. Con sensación de desconcierto tiré de la teta con dos dedos; la ubre estaba casi vacía, pero conseguí lanzar un chorrillo de leche pura sobre la palma de mi mano.

—¿Qué pasa aquí, Terry? Tienes que haber cambiado la vaca. ¿Es que quieres gastarme una broma?

—No, señor —dijo el joven con su sonrisa lenta—. Es la misma vaca, ya lo creo. Solo que está mejor, eso es todo.

—Pero ¡es imposible! ¿Qué demonios le has hecho?

—Lo que usted me dijo. Frotar y ordeñar.

Me rasqué la cabeza.

—Pero es que su estado es completamente normal. Jamás había visto nada parecido.

—Ah, ya sé que no —era una voz de mujer y, al volverme, vi a la joven señora Watson de pie en la puerta, con el niño en brazos—. Nunca había visto a un hombre que ordeñe y le dé masaje a una vaca durante toda la noche, ¿verdad?

—¿Toda la noche?

Miró a su esposo con una mezcla de afecto y exasperación.

—Sí, ha estado sentado ahí en ese taburete desde que usted se marchó anoche. No se ha acostado, ni ha querido venir a comer. Yo he estado

trayéndole alguna cosa sólida y tazas de té. El muy tonto... Eso bastaría para matar a una persona.

Miré a Terry y mis ojos captaron desde el rostro muy pálido, y el cuerpo delgado que se tambaleaba ligeramente, hasta el tazón de grasa de ganso casi vacío a sus pies.

—¡Por Dios, hombre! —dije—. Has hecho lo imposible, pero debes estar muerto. De todas formas, tu vaca está como nueva; ya no necesitas hacerle nada más; así que puedes irte a descansar un poco.

—No, imposible —agitó la cabeza y enderezó los hombros—. Tengo que ir a mi trabajo y, en realidad, ya se me ha hecho un poco tarde.

No pude evitar el sentirme ligeramente orgulloso cuando saqué la pelotita de goma roja y brillante por la incisión hecha en el estómago del perro. Teníamos suficiente trabajo con animales pequeños en Darrowby para que supusiera una variación muy grata en nuestra labor diaria por las granjas, pero no lo bastante para hartarnos de ello. Sin duda, el hombre con una clientela abundante en la ciudad pensará en una gastrotomía como en un suceso rutinario y nada excitante, pero cuando vi aquella pelotita roja que corrió por la mesa y fue a rebotar en el suelo, la satisfacción más profunda me invadió.

Nos habían traído al cachorro de setter rojizo aquella misma mañana; su ama dijo que había estado triste, temblando y vomitando a veces durante dos días..., desde que la pelotita de su hijita desapareciera misteriosamente. El diagnóstico no había sido difícil.

Uní los bordes de la herida estomacal y empecé a cerrarla con una sutura continua. Me sentía muy relajado, al contrario que Tristán, incapaz de encender un Wodbine debido al éter que burbujeaba en la botella de cristal a sus espaldas y a la mascarilla de anestesia que sostenía sobre el hocico del perro. Miró tristemente al paciente y los dedos de su mano libre tamborilearon sobre la mesa.

Pero pronto me llegó el turno de ponerme nervioso, porque la puerta de la sala de operaciones se abrió de par en par y Siegfried entró a toda prisa. No sé por qué, pero cuando Siegfried me observaba yo perdía facultades. De todo su ser parecían surgir en oleadas la impaciencia, la frustración, las críticas y la irritación. Y aquellas oleadas venían hacia mí, aunque el rostro de mi jefe fuera inexpresivo. Estaba de pie y muy callado a un extremo de la mesa, pero, conforme fueron pasando los minutos, tuve la impresión de hallarme ante un volcán a punto de estallar. La erupción surgió cuando empezaba a coser la capa profunda del músculo abdominal. Sacaba una tira de catgut de un frasco de cristal cuando le oí inspirar profundamente.

—¡Que Dios nos ayude, James! —gritó—. Deja de tirar de esa maldita tripa. ¿Sabes a cuánto cuesta el metro? Bien, o no lo sabes o te morirías del

susto. Y esos polvos tan caros que malgastas así... Debe haber más de un cuarto de kilo dentro de ese perro —se detuvo y respiró pesadamente unos instantes—. Y otra cosa: si quieres restañar una herida, con un poco de algodón es suficiente; no necesitas más de un palmo cada vez. Vamos, déjame esa aguja. Déjame que te enseñe.

Se lavó las manos y ocupó mi sitio. Primero tomó un pellizquito de polvos de yodoformo y lo echó delicadamente en la herida, como una solterona que alimentara a sus pececitos de colores, luego cortó un diminuto pedazo de catgut e hizo una sutura en el músculo; apenas había dejado lo suficiente para atar el lazo, y era cosa de milímetros, pero lo consiguió tras unos momentos de concentración intensa.

El proceso se repitió unas diez veces al cerrar la herida de la piel con puntos separados. Su nariz casi tocaba al paciente mientras ataba laboriosamente uno de los extremos con los fórceps. Cuando hubo terminado, los ojos casi se le salían de las órbitas.

—De acuerdo, quita el éter, Tristán —dijo, sacando como medio centímetro de algodón para secar la herida.

Se volvió a mí y sonrió amablemente. Vi con angustia que un aire de paciencia infinita se extendía por su rostro.

—James, por favor, no me interpretes mal. Has hecho un buen trabajo con este perro, pero hay que tener en cuenta el aspecto económico de las cosas. Ya sé que ahora no te importa nada, pero algún día tendrás tu propia clínica y entonces comprenderás algunas de las preocupaciones que ahora llevo yo sobre los hombros —me dio un golpecito en el brazo y yo me preparé para lo que iba a venir cuando echó la cabeza a un lado y una mueca divertida se insinuó en su sonrisa—. Después de todo, James, estarás de acuerdo en que hay que lograr algunos beneficios.

Había pasado una semana y yo estaba arrodillado sobre el cuello de un potro dormido, en medio de un campo, bajo el sol ardiente que me escocía en la nuca, y mirando los ojos pacíficamente cerrados del animal, cuyos belfos desaparecían bajo la mascarilla del cloroformo. Eché unas gotitas más de anestesia en la esponja y tapé la botella. Ya había recibido suficiente.

Resultaba imposible contar las veces que Siegfried y yo habíamos repetido esta escena: el caballo sobre su lecho de hierba, mi jefe cortando en un extremo y yo vigilando la cabeza. Siegfried era una combinación única de jinete nato y de cirujano diestro con el que yo no podía competir, de modo que en esos casos me limitaba a ser su anestesista. Nos gustaba hacer las operaciones al aire libre, era más limpio y, si el caballo se volvía loco, tenía

menos oportunidades de herirse. Siempre confiábamos en tener buen tiempo, y hoy estábamos de suerte. A la luz brillante del sol miré los ranúnculos; el campo estaba lleno de ellos y era como estar sentado sobre un mar amarillo y reluciente. El polen había venido a caer sobre mis zapatos y el cuello del caballo.

Todo había salido poco más o menos como de costumbre. Ya había entrado en la casilla del potro, le había cogido por el morro y le había llevado pacíficamente hasta un punto bien nivelado del campo. Con un hombre sujetándole por la collera había echado la primera media onza de cloroformo en la esponja, viendo cómo el animal agitaba la cabeza ante el olor extraño. Mientras el hombre le hacía dar vueltas lentamente yo había seguido añadiendo un poco más de cloroformo, hasta que el potro empezara a vacilar. Esta etapa siempre necesitaba unos minutos, por lo que me dispuse a oír el discursito que Siegfried lanzaba en estos momentos. No se hizo esperar.

—No se caerá solo ¿sabes, James? ¿No crees que deberíamos tirarle de una de las patas delanteras?

Adopté mi política habitual de hacerme el sordo y, unos segundos después, el caballo se agitó por última vez y cayó de costado. Siegfried, relajado de su forzada inactividad, se lanzó a la acción.

—¡Siéntate sobre su cabeza! —gritó—. ¡Pásale tú una cuerda por esa pata y tira hacia adelante! Tú, acércame esa cubeta de agua. ¡Vamos,... moveos!

Era una transición violenta. Hacía unos segundos, reinaban la paz y el silencio, y, ahora los hombres estaban corriendo en todas direcciones, tropezando unos con otros, animados por sus gritos.

Treinta años después, aún sigo cloroformizando caballos para Siegfried, y él todavía sigue diciéndome: «No se caerá solo, James».

Ahora utilizo principalmente una inyección intravenosa de tiopentona, que deja dormido a un caballo en unos diez segundos. No queda mucho tiempo para la frasecita, pero Siegfried consigue introducirla casi siempre entre el séptimo y el décimo.

El caso de aquella mañana era una herida, pero bastante espectacular, y justificaba la asistencia general. El potro, cría de una magnífica yegua entrenada para las cacerías, había estado galopando por su recinto particular y había sentido el anhelo de visitar el mundo exterior. Pero había ido a elegir el único punto difícil y cortante de la valla para intentar saltar sobre él y había quedado allí, casi sobre las patas delanteras. En sus esfuerzos por escapar se había herido gravemente en la región del pecho que parecía ahora la muestra

de una carnicería, con la piel lacerada y los grandes músculos externos colgando como si los hubieran arrancado con garfios.

—Ponlo de espaldas —dijo Siegfried—; así está mejor —sacó una sonda de la bandeja sobre la hierba a su lado y exploró cuidadosamente la herida—. No hay daño en el hueso —gruñó, sin dejar de explorar hasta el fondo. Luego sacó un par de fórceps y recogió todos los trozos sueltos que pudo antes de volverse a mí.

—Ya no es más que cuestión de coser. Puedes empezar, si quieres.

Cuando cambiamos de lugar se me ocurrió que estaba desilusionado de que no fuera más interesante. No me lo imaginaba pidiéndome que me ocupara de una operación de costillas o algo así. Luego, al coger la aguja, mi mente recordó la gastrotomía del perro. Quizá me estaba poniendo a prueba por mi despilfarro. Esta vez estaría en guardia.

Enhebré la aguja con la mínima expresión de catgut, cogí una partecita del músculo y, con esfuerzo, lo cosí en su sitio. Pero era muy laborioso atar los extremos tan cortitos; me costaba al menos tres veces más de lo debido. Sin embargo, seguí en ello tercamente. Me habían avisado y no quería otra conferencia.

Había puesto así media docena de suturas cuando empecé a sentir las oleadas. Mi jefe estaba de rodillas sobre el cuello del caballo y su desaprobación me llegaba muy de cerca. Hice dos suturas más y Siegfried estalló en un susurro furioso:

—¿A qué diablos estás jugando, James?

—Pues estoy cosiendo. ¿Qué quieres decir?

—¿Qué memez es esa de coser con trocitos de catgut? ¡Estaremos aquí todo el día!

Hice otro nudito en el músculo.

—Razones de economía —dije, en un susurro virtuoso.

Saltó sobre el cuello como si el caballo le hubiera mordido.

—¡No puedo aguantar más! ¡Vamos, déjame a mí!

Se dirigió a la bandeja, eligió una aguja y cogió el extremo libre del catgut que colgaba del frasco. Con un movimiento brusco del brazo sacó una enorme tira haciendo que la bobina empezara a girar locamente en el interior del frasco, como si fuera la de una caña de pescar con un gran pez en el anzuelo. Volvió al caballo tropezando ligeramente cuando el catgut se le enredó en los tobillos, y empezó a coser. No fue fácil, porque ni con toda la longitud de su brazo podía apretar la sutura y había de tirar una y otra vez; para cuando hubo

cosido y dejado los músculos en su posición original, estaba sudando y pude ver las gotas en su frente.

—Hay un poco de sangre por ahí abajo —murmuró, y de nuevo fue a la bandeja, donde tiró salvajemente del rollo de algodón. Arrastrando algunos pedazos sobre los ranúnculos, volvió y limpió la herida con un ángulo de aquella masa.

Vuelta a la bandeja de nuevo.

—Unos polvos antes de coser la piel —dijo con aire ligero, y cogió un cartón de un kilo. Se detuvo un instante sobre la herida y empezó a lanzar los polvos con giros extravagantes de la muñeca. Una gran cantidad cayó en la herida pero la mayoría flotó sobre el cuerpo del caballo, sobre mí, sobre los ranúnculos y sobre la cara del tipo que sujetaba la pata del caballo. Cuando este dejó de toser, parecía un payaso.

Siegfried terminó de cerrar la piel, utilizando varios metros de seda y, cuando se retiró y contempló el resultado, vi que estaba de un humor excelente.

—Bueno, esto es magnífico. Un caballito así curará en seguida. No me sorprendería que no le quedara ni una señal.

Se acercó y se dirigió a mí, que lavaba los instrumentos en la cubeta.

—Siento haberte empujado así, James, pero, sinceramente, no conseguía comprender qué se había apoderado de ti; te conducías como una solterona. Sabes que no resulta muy correcto eso de trabajar con pedacitos de material. Uno debe operar con cierta... bien, elegancia, si puedo expresarlo así, y no lo conseguirás si andas con tanta tacañería.

Terminé de lavar los instrumentos, los sequé y los dejé en la bandeja. Luego la cogí y partí hacia la puerta, al extremo del campo, Siegfried, que iba a mi lado, me puso la mano en el hombro.

—Escucha, no creas que te culpo a ti, James. Probablemente es tu educación escocesa. Y no me interpretes mal: esa misma educación es la que te ha inculcado tantas cualidades que admiro: integridad; laboriosidad, lealtad. Pero estoy seguro de que serás el primero en admitir —y aquí se detuvo y agitó el índice ante mis narices— que los escoceses exageráis a veces un poco el ahorro —soltó una risita—. Así que recuérdalo, James, no seas... eh... demasiado mezquino cuando estés operando.

Lo miré de arriba abajo. Si soltaba la bandeja rápidamente, seguro que podía darle un buen puñetazo.

Siegfried continuó:

—Pero sé que no habré de insistir, James. Tú siempre prestas atención a todo lo que yo digo ¿verdad?

Agarré bien la bandeja y partí de nuevo.

—Sí —dije—. Ya lo creo. De eso sí puedes estar seguro.

—Veo que le gustan los cerdos —dijo el señor Worley cuando entré en la pocilga.

—Ah, ¿sí?

—Ya lo creo, lo conozco en seguida. En cuanto entró ahí tan sereno y le rascó la espalda a Reinecita y le habló bajito, me dije: He aquí un joven al que le gustan los cerdos.

—Ya entiendo. Bueno, en realidad tiene toda la razón, me gustan los cerdos.

La verdad es que había pasado con mucha cautela junto a Reinecita, preguntándome cómo reaccionaría. Era un animal enorme, y las cerdas que acaban de parir pueden mostrarse muy hostiles con los desconocidos. Al entrar yo en el edificio se había levantado de donde estaba amamantando a los cochinitos y me había mirado con un gruñido de aviso, recordándome las muchas ocasiones en que yo saliera de una pocilga más aprisa de lo que tardara en entrar. Una cerda furiosa, con las fauces abiertas, siempre me ha hecho mover con la velocidad del rayo.

Ahora que estaba dentro de aquella zahúrda estrecha, Reinecita parecía haberme aceptado. Gruñó de nuevo, pero pacíficamente; luego se dejó caer cuidadosamente sobre la paja y expuso las mamas a las ocho boquitas hambrientas. Ya en esta posición, pude examinarle bien la pezuña.

—¡Ah, esa es! —dijo el señor Worley ansiosamente—. Apenas podía apoyarse en ella cuando se levantó esta mañana.

No parecía haber mucho daño: Una parte de la callosidad de una pezuña había crecido en exceso y le dolía en la parte sensible, pero generalmente no se nos llamaba para una cosita así. Corté el exceso de callosidad y unté el lugar herido con una crema curalotodo, un sedante *ung pini*, mientras el señor Worley seguía todo el rato arrodillado junto a la cabeza de Reinecita, y le daba golpecitos cariñosos y casi le cantaba al oído. No conseguía descifrar sus palabras; tal vez era puro lenguaje porcino, porque la cerda parecía contestarle realmente con suaves gruñidos. De todas formas, aquello hizo más

efecto que un anestésico y todos nos sentimos felices, incluidos los cochinitos que chupaban ansiosamente en la doble fila de mamas.

—Eso es todo, señor Worley —me enderecé y le entregué el frasco. Siga frotándole con esto dos veces al día y creo que pronto estará bien.

—Gracias, gracias, estoy muy agradecido —me estrechó la mano vigorosamente, como si le hubiera salvado la vida al animal—. Me alegro de haberle conocido, señor Herriot. Naturalmente, hace un par de años que conozco al señor Farnon y tengo muy buena opinión de él. Ese hombre sí que ama a los cerdos, ya lo creo. Y su hermano menor ha estado aquí una o dos veces... Creo que también quiere a los cerdos.

—Con devoción, señor Worley.

—Ah, eso pensé. Siempre lo adivino —me miró un ratito con ojos húmedos y luego sonrió muy satisfecho.

Salimos a lo que era, en realidad, el patio posterior de una taberna. Porque el señor Worley no era un granjero habitual, era el propietario del Hotel Langthorpe y guardaba sus animales, a los que apreciaba mucho, en lo que en otros tiempos fueran los establos y cocheras de la fonda, todos eran Tamworths y, por cualquier puerta que uno entrara, tropezaba con los cerdos de rubio pelaje. Había algunos preparados ya para la matanza, pero el orgullo del señor Worley eran sus cerdas. Tenía seis: Reinecita, Princesa, Rubí, Marigold, Dalila y Primavera.

Durante años los granjeros expertos le habían estado asegurando que nunca conseguiría nada bueno con las cerdas. Si se dedicaba a la cría había de tener pocilgas auténticas; de nada servía meter a las cerdas en edificios aprovechados. Y durante años las cerdas del señor Worley habían respondido con lechigadas de un número y tamaño sin precedentes a los que criaban con el cuidado más tierno. Todas eran buenas madres que no estropeaban a sus crías ni las aplastaban torpemente bajo su cuerpo, de modo que, con toda regularidad, a las ocho semanas justas, el señor Worley disponía de doce lechones que llevar al mercado.

Aquello debía amargarles la vida a los granjeros. Ninguno de ellos conseguía igualarlo y, lo que aún les molestaba más, era que el propietario provenía del West Riding industrial, Halifax creo que era; un agente de prensa frágil, corto de vista, sin conocimientos agrícolas en absoluto. Según todas las leyes, no tenía posibilidad.

Saliendo del patio llegamos al punto del camino en que tenía estacionado el coche. Más allá, la carretera se hundía en un barranco bordeado de árboles donde el Darrow se retorció sobre un lecho de rocas en su paso hacia los

valles inferiores. No podía verlo desde donde estaba pero sí oír el débil rugir del agua e imaginar el acantilado alzándose desde el río espumeante y, en la otra orilla, la suave pradera donde la gente de las ciudades venía a sentarse y a contemplar el panorama.

Algunos estaban ahí ahora. Un coche grande y brillante había parado y sus ocupantes bajaban ya. El que conducía, un hombre grueso y de aspecto impresionante, se dirigió a nosotros y gritó:

—¡Nos gustaría tomar el té!

El señor Worley se volvió rápidamente.

—Y podrá tomarlo, señor, pero cuando yo esté dispuesto. Ahora estoy tratando un asunto muy importante con este caballero —le dio la espalda y empezó a pedirme instrucciones finales sobre la pata de Reinecita.

Aquel hombre quedó desconcertado, sin duda, y no puedo culparlo. Pensé que el señor Worley debía haber mostrado un poco más de tacto; al fin y al cabo atender a los clientes del hotel era su negocio, pero, cuando llegué a conocerlo mejor, comprendí que los cerdos venían en primer lugar y que todo lo demás no era sino una intrusión irritante.

Contar con la amistad del señor Worley tenía sus ventajas. Cuando más me apetece un vaso de cerveza no es por la noche, hora en que las tabernas están abiertas, sino hacia las cuatro y media de la tarde, cuando hace calor y he trabajado con el ganado en algún establo de aire cargado. Era delicioso retirarse, sudoroso y agotado, al santuario en sombras de la cocina del señor Worley y beberme una cerveza amarga, fresca, espumosa, traída directamente de la bodega.

Esta relajación de la ley era posible gracias a la actitud del policía de la localidad, P. C. Dalloway, hombre cuya disposición benigna e interpretación elástica de las leyes lo habían hecho muy apreciado en el distrito. En ocasiones se unía a nosotros, se quitaba la chaqueta del uniforme y, en mangas de camisa y tirantes, consumía una jarra con la dignidad peculiar en él.

Pero el señor Worley y yo estábamos casi siempre solos y, cuando ya había subido el jarro de la bodega, se sentaba y decía: «Bien, ahora hablemos como cerdos». Esta frase particular que repetía constantemente hacía que yo me preguntara si él mismo se burlaba de su preocupación obsesiva por la especie porcina. Tal vez, pero, en conjunto, nuestras conversaciones parecían causarle el mayor placer.

Hablábamos de erisipela y de fiebre porcina, de envenenamiento y paratifus, de los méritos relativos del salvado seco y el húmedo bajo las

fotografías de sus cerdas, con las rosetas de los premios que nos contemplaban desde los muros.

En una ocasión, y en medio de una charla muy profunda sobre la ventilación de la zahúrda durante el parto, el señor Worley se detuvo súbitamente y, guiñando rápidamente los ojos tras los gruesos cristales, estalló:

—¿Sabe, señor Herriot?, sentado aquí y hablando así con usted, me siento tan feliz como el rey de Inglaterra.

Su devoción daba por resultado que me llamara con frecuencia para asuntos muy triviales, y en una ocasión empecé a jurar por lo bajo cuando oí su voz al otro lado del hilo a la una de la madrugada.

—Marigold parió esta tarde, señor Herriot, y no creo que tenga mucha leche. Los lechoncillos parecen hambrientos. ¿Quiere venir?

Fui gruñendo desde la cama hasta el extremo del jardín y el patio. Para cuando saqué el coche ya había empezado a despertarme y, al llegar al hotel, pude saludar al señor Worley casi alegremente.

Pero el pobre hombre no respondió. A la luz de la lámpara de petróleo, su rostro estaba abrumado por la preocupación.

—Espero que pueda hacer algo pronto. De verdad que estoy muy preocupado por ella, echada ahí sin hacer nada. Y es una lechigada tan preciosa... Catorce ha tenido.

Comprendí todo su temor al llegar a la pocilga. Marigold estaba echada inmóvil, de costado, mientras los diminutos cerditos se empujaban en torno a las ubres. Algunos corrían de teta a teta apretando y cayendo unos encima de otros en su desesperada búsqueda de alimento. Y los cuerpecitos tenían ese aspecto estrecho y vacío que indicaba que nada tenían en el estómago. No me gustaba ver morir a una lechigada de pura inanición, pero podía suceder con facilidad. Llegaba el momento en que los pequeños dejaban de luchar y caían exhaustos por la zahúrda. A partir de ese instante, ya no había esperanza.

Arrodillándome junto a la cerda con el termómetro en el recto miré el flanco de pelo de un tono cobrizo a la luz de la lámpara.

—¿Comió algo esta noche?

—Sí, y se lo acabó, como de costumbre.

La lectura del termómetro era normal. Empecé a pasar las manos por la ubre tirando por turno de las mamas. Los hambrientos lechoncillos se cogían a mis dedos con unos dientecitos agudos al apartarlos a un lado, pero mis esfuerzos no consiguieron producir ni una sola gota de leche. La ubre parecía llena, incluso hinchada, pero no salía ni una gota.

—No hay nada ahí, ¿verdad? —susurró el señor Worley ansiosamente.

Me puse en pie y me volví.

—Esto no es más que una agalactia. No es una mastitis, ni Marigold está enferma realmente, pero hay algo que interfiere con el mecanismo expulsor de la leche. Tiene mucha, y sé de una inyección que la hará salir.

Intenté borrar la mirada de triunfo de mis ojos al hablar, porque este era uno de mis trucos favoritos. Parece cosa de magia el efecto de la inyección de pituitrina en estos casos; funciona en un minuto y, aunque no se requiere ningún arte, el efecto es espectacular.

Marigold no se quejó cuando le metí la aguja y le administré tres centímetros cúbicos en el muslo. Estaba demasiado ocupada conversando con su propietario, casi nariz contra nariz, intercambiando murmullos porcinos.

Después de haber sacado la jeringuilla y escuchado por algún tiempo aquellos arrullos, creí llegado el momento. El señor Worley alzó los ojos, sorprendido cuando tanteé de nuevo la ubre.

—¡Vaya, no puede ser! ¡Si apenas le ha hecho nada y está muy seca!

Esto iba a ser muy bueno. Un redoble de tambores hubiera sido lo adecuado en ese instante. Cogí con los dedos una de las mamas. Supongo que hay en mí cierta vena de exhibicionismo que siempre me hace lanzar el chorrito de leche contra la pared opuesta; esta vez pensé que sería más impresionante si la dirigía contra la oreja izquierda del propietario, solo que calculé mal la trayectoria y le salpiqué las gafas.

Se las quitó y las secó lentamente, como si no pudiera creer a sus ojos. Luego se inclinó y probó por él mismo.

—¡Esto es un milagro! —gritó, cuando la leche corrió abundante sobre su mano—. ¡Nunca había visto nada igual!

A los cerditos no les costó mucho tiempo aprovecharse. En cuestión de segundos habían terminado sus luchas y chillidos y formaban una larga fila silenciosa. Su expresión extática revelaba una sola decisión: iban a compensar todo el tiempo que habían perdido.

Entré en la cocina a lavarme las manos y estaba utilizando la toalla colgada tras la puerta cuando observé algo extraño: escuchaba un murmullo bajo de conversación de muchas voces. Parecía raro a las dos de la mañana, así que miré por las puertas entreabiertas del bar. El lugar estaba abarrotado. A la luz de una bombilla eléctrica vi una fila de hombres que bebían en la barra, mientras otros estaban sentados ante jarros de cerveza espumosa en las mesitas de madera contra los muros.

El señor Worley sonrió cuando me volví a él, asombrado.

—No esperaba ver a tanta gente ¿verdad? Bueno, se lo diré, los verdaderos bebedores no vienen hasta después de la hora del cierre. Sí, es la rutina. Cada noche la puerta principal y estos chicos entran por detrás.

Saqué la cabeza para echar otra mirada. Era como una galería de tipos curiosos de Darrowby. Todos los personajes dudosos de la ciudad parecían haberse reunido en aquella habitación, nombres que animaban con regularidad las columnas del periódico semanal con sus actividades. Borrachos y pependencieros, gente que no pagaba los impuestos, detenidos por asalto, por robo, por pegar a la esposa... Casi podía ver los titulares mientras mis ojos pasaban de un rostro a otro.

Pero ya me habían visto. Estallaron gritos de bienvenida algo confusos y me sentí consciente de que todos los ojos estaban fijos en mí en aquel ambiente cargado. Una voz de borracho gritó: «¿Qué, no viene a tomarse una copa?». Lo que yo deseaba ardientemente era meterme de nuevo en la cama, pero no hubiera estado bien cerrar la puerta e irme. Entré, pues, al bar. Parecía tener allí muchos amigos y, en cuestión de segundos, estaba en el centro de un alegre grupo y con un jarro en mano.

El vecino más próximo era un tipo famoso en Darrowby llamado *Gobber Newhouse*, un hombre exageradamente gordo que siempre había conseguido vivir sin trabajar en absoluto. Solo se dedicaba a beber, charlar y jugar. En este momento estaba de ánimo muy amistoso y su rostro, enorme y sudoroso, cercano al mío, se retorció en gestos de camaradería.

—Bueno, Herriot ¿cómo va ese negocio de perros? —preguntó cortésmente.

Nunca había oído que mi profesión pudiera describirse de ese modo y me preguntaba cómo responderle cuando observé que todo el grupo me miraba como esperando algo. La sobrina del señor Worley, que servía tras el bar, me miraba también.

—Seis pintas de la mejor cerveza, seis chelines, por favor —dijo para aclarar la situación.

Saqué el dinero del bolsillo. Por lo visto, mi primera impresión de que alguien me había invitado a tomar una copa con ellos había sido un error. Estudiando ahora aquellos rostros, no había forma de decir quién me había llamado y, cuando se hubieron tomado la cerveza, el grupo en torno al bar se deshizo como por arte de magia; todos se alejaron y me encontré solo. Ya no era objeto de interés; nadie me prestó atención cuando me tomé el resto de la jarra y salí.

En la oscuridad del patio me llegó el resplandor de la lucecita de la zahúrda y, al dirigirme hacia allí, el rumor suave de unos gruñidos y una voz humana me dijeron que el señor Worley todavía seguía hablando con su cerda. Alzó la vista cuando entré, y su rostro se mostraba en éxtasis.

—Señor Herriot —susurró— ¿no es un espectáculo maravilloso?

Señalaba los cerditos echados ahora, inmóviles en montón, unos sobre otros, los ojitos muy cerrados, repletos los estómagos con la buena leche de Marigold.

—Ya lo creo que sí —dije, tocando la masa de durmientes con un dedo y sin obtener más respuesta que un perezoso entreabrir de ojos—. Habría que ir muy lejos para superarlo.

Compartía su placer; este había sido uno de los trabajitos satisfactorios. Cuando me metí en el coche tuve la sensación de que aquella visita nocturna había valido la pena, aunque me hubieran engañado como un chino para que pagara una ronda sin la menor esperanza de que me invitaran en reciprocidad. Y no es que yo quisiera beber más: mi estómago no estaba acostumbrado a tomar cerveza a las dos de la madrugada, y ya me lo expresaba con ruiditos de sorpresa estilo con que aquellos caballeros se habían aprovechado de mí.

Sin embargo, cuando volvía a casa por los caminos vacíos y bañados por la luna, ignoraba que la amenaza de la retribución se cernía ya sobre aquella banda, pues, apenas diez minutos después de haber salido yo, hubo una incursión en la taberna del señor Worley. Quizás este sea un término algo dramático, pero el caso es que el policía de la localidad estaba de vacaciones y su sustituto, un muchacho que no compartía las opiniones liberales del señor Dalloway, se había acercado allí en bicicleta y había detenido a todos los ocupantes del lugar.

Disfruté leyendo el relato del proceso ante el tribunal en el *Darrowby and Houlton Times*. Gobber Newhouse y compañía fueron multados con dos libras cada uno y se les previno con cargos más graves en el futuro. Los magistrados, hombres sin duda de corazón duro, no se dejaron conmover por las protestas apasionadas de Grobber, el cual insistía en que toda la cerveza se había pedido y pagado antes de la hora del cierre, y que él y sus amigos se habían quedado charlando en torno a los jarros y hablando de temas triviales durante las cuatro horas siguientes.

También el señor Worley hubo de pagar una multa de quince libras, pero no creo que le importara realmente. Marigold y sus cerditos seguían muy bien.

Esta era la última puerta en el muro de piedra. Bajé a abrirla, ya que Tristán conducía el coche, y miré hacia la granja, ahora muy lejos de nosotros, y las marcas que nuestros neumáticos dejaran en la ladera cubierta de hierba. Eran extrañas, en verdad, algunas granjas de los valles; esta ni siquiera tenía un camino auténtico hacia ella, ni un sendero. Había que ir cruzando sobre los campos, de puerta a puerta, hasta llegar a la carretera principal sobre el valle. Y esta puerta era la última. Diez minutos más y estaríamos en casa.

Tristán hacía de chófer porque yo tenía la mano izquierda infectada de resultas de un difícil parto de vaca, y llevaba el brazo en cabestrillo. Ahora, en vez de atravesar la puerta, bajó del coche también, se apoyó en el muro a mi lado y encendió un Woodbine.

Por lo visto, no tenía prisa por partir. Con el sol calentándole la nuca y las dos botellas de Whitbread en el estómago, fácil era adivinar que se encontraba muy a gusto. En realidad, el trabajo en la granja había sido fácil. Tristán había extirpado unas verrugas de la teta de una vaquilla y el granjero le había comentado que lo hacía muy bien, para ser tan joven («¡Ah, pareces hecho para este trabajo, chico!») y luego nos había invitado a tomar una cerveza, ya que hacía tanto calor. Impresionado por la velocidad con que Tristán se tomara la primera botella, le había dado otra.

Sí, todo había ido muy bien, y comprendí que Tristán estaba muy satisfecho. Con una sonrisa de contento inspiró profundamente el aire de los brezales y el humo del cigarrillo y cerró los ojos.

Pero los abrió rápidamente cuando un sonido rechinante nos llegó del coche.

—¡Santo Dios! ¡Que se va, Jim! —gritó.

El pequeño Austin iba desplazándose suavemente ladera abajo. Debía haberse salido la marcha, y, prácticamente, no tenía frenos. Los dos saltamos tras él. Tristán, que era el que estaba más cerca, llegó a tocar el capó con un dedo, pero la velocidad era demasiado para él. Abandonamos el intento y observamos.

La ladera era empinada y el cochecito ganaba velocidad rápidamente, saltando como un loco sobre el terreno desigual. Contemplé a Tristán: su mente era muy rápida y clara, sobre todo en una crisis, y tuve buena idea de lo que estaba pensando. Solo hacía dos semanas que volcara el Hillman al acompañar a una chica a su casa después de un baile. El coche había quedado convertido en chatarra y los del seguro se habían mostrado bastante desagradables, y por supuesto Siegfried se había vuelto completamente loco y había terminado por despedirlo definitiva e irremisiblemente. No quería verlo más por allí.

Pero lo había despedido tan a menudo... Tristán sabía que solo tenía que mantenerse alejado de su vista por algún tiempo y su hermano se olvidaría. Y esta vez había tenido suerte, porque Siegfried, después de convencer al director del banco, había conseguido los fondos necesarios para comprarse un hermoso Rover nuevo, lo cual había borrado todo lo demás de su mente.

Sin embargo, y aquí estaba su desgracia, en estos momentos Tristán estaba técnicamente a cargo del Austin, ya que lo conducía. El coche parecía ir a cien kilómetros por hora, dando unos saltos increíbles sobre la verde ladera. Una a una fueron abriéndose las portezuelas hasta que todas estuvieron aleteando locamente, y el cochecito seguía bajando con el aspecto de un pájaro enorme y herido.

De las portezuelas abiertas caían en cascada botellas, instrumentos, vendas, algodón, que iban dejando huellas interrumpidas de su paso. De vez en cuando caía un paquete de nuez vómica y de polvos estomacales, que estallaba como una bomba, manchando de blanco la hierba.

Tristán abrió los brazos.

—¡Mira! ¡Ese maldito coche se va directo contra esa choza!

Inspiró profundamente el humo del Woodbine.

En realidad, no había más que un obstáculo en la desnuda colina: una pequeña construcción, casi al pie de la misma, donde la tierra ya se nivelaba, y el Austin, como atraído por un imán, iba en tromba contra ella.

No pude soportarlo. Antes del impacto aparté la vista y fijé los ojos en la colilla del cigarrillo de Tristán, de un rojo intenso en el momento del choque. Cuando miré de nuevo colina abajo, la construcción ya no estaba allí. Había quedado completamente aplanada, y a mi memoria acudieron visiones de casitas construidas con naipes. El cochecito yacía ahora pacíficamente de costado sobre las ruinas, con las ruedas girando aún locamente.

Mientras bajábamos al galope por la colina, fácil era adivinar los pensamientos de Tristán. No le hacía ninguna gracia tener que contarle a

Siegfried que había destrozado el Austin; en realidad era algo en lo que no quería ni pensar. Pero cuando nos acercábamos a la escena de devastación dejando atrás jeringuillas, escalpelos y botellas de vacuna, comprendimos que no había otra solución.

Al llegar al coche lo inspeccionamos con ansiedad. La carrocería ya estaba antes tan maltratada que no era fácil identificar las nuevas señales. Desde luego la parte trasera estaba muy hundida, pero eso no era demasiado patente. En realidad lo que más destacaba era un faro trasero hecho trizas. Con alguna esperanza nos dirigimos a la granja en busca de ayuda. El granjero nos acogió amablemente:

—Qué, muchachos, ¿habéis vuelto por más cerveza?

—No vendría mal —contestó Tristán—. Hemos tenido un accidente.

Entramos en la casa y aquel ser hospitalario abrió varias botellas más. No pareció preocuparse al saber la demolición de la casita.

—No es mía. Pertenece al club de golf... Sí, es la casita del club.

Las cejas de Tristán se alzaron al límite.

—¡Oh, no! ¡No me diga que he destrozado el cuartel general del Club de Golf de Darrowby!

—Pues seguro, chico. Es el único edificio de madera en estos contornos. Yo alquilo parte de mi tierra al Club, y han hecho un campo pequeño de nueve agujeros. No te preocupes, casi nadie juega en él... El director del banco es el único, y a mí no me gusta ese tipo.

El señor Prescott sacó un caballo del establo y volvimos al coche. Lo pusimos sobre las cuatro ruedas. Temblando ligeramente, Tristán subió y metió la llave de contacto. El motorcito rugió inmediatamente con un sonido que nos llenó de confianza, y él lo hizo salir cuidadosamente de aquellos muros destrozados, llevándolo hasta la hierba.

—¡Bien, muchas gracias, señor Prescott! —gritó—. ¡Por lo visto lo hemos conseguido!

—¡Eres un campeón, muchacho, un campeón! Está como nuevo —luego guiñó y levantó un dedo—. Ahora, ustedes no dicen nada del trabajo y yo no diré nada del accidente, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Vamos, Jim, sube. —Tristán apretó el acelerador y subimos de nuevo la colina.

Parecía pensativo durante la subida y no habló hasta que salimos a la carretera. Entonces se volvió a mí.

—Sí, Jim, todo está bien, pero yo aún tengo que confesarle a Siegfried lo del faro trasero. Y, claro, la emprenderá conmigo otra vez. ¿No crees que es

un poco injusta esa costumbre que tiene de culparme de todo lo que les pasa a los coches? Lo has visto cientos de veces. Me da una colección de cacharros viejos y, cuando empiezan a caerse en pedazos, siempre es culpa mía. Los malditos neumáticos están desgastados por completo pero, si yo tengo un pinchazo, parece que es por mi culpa. No es justo.

—Bueno, Siegfried no es un hombre capaz de sufrir en silencio, ya lo conoces —dije—. Ha de caer sobre alguien, y tú eres el que tiene más cerca.

Quedó silencioso por un instante, luego inspiró de nuevo el humo del cigarrillo, hinchó las mejillas y asumió una expresión juiciosa.

—Claro que no le niego la razón en lo referente al Hillman. Cogí esa curva tan cerrada en Dringley a ochenta kilómetros, y además abrazando a la enfermerita, pero en conjunto solo he tenido muy mala suerte. Jim, soy una víctima inocente de los prejuicios.

Siegfried estaba en muy baja forma cuando nos reunimos con él en la clínica. Había cogido un resfriado de verano y no hacía más que sonarse, y casi no oía ni podía hablar, pero aún consiguió aprovechar las energías que le quedaban al oír la noticia.

—¡Maldito y condenado maníaco! Ahora es el faro trasero, ¿no? ¡Que Dios me ayude! Creo que no trabajo más que para pagar las facturas que tú me traes. ¡Me arruinarás antes de haber terminado la carrera! ¡Vamos, lárgate! He terminado contigo.

Tristán se retiró con dignidad y siguió la política habitual de mantenerse alejado. No se dejó ver hasta la mañana siguiente. El estado de Siegfried había empeorado, el resfriado se le había fijado en la garganta, siempre su punto flaco, y estaba con laringitis. Llevaba el cuello cubierto con una compresa y, cuando Tristán y yo entramos en el dormitorio, repasaba con desgana las páginas del *Darrowby and Houlton Times*.

Habló en un susurro ahogado:

—¿Habéis visto esto? Dice que la casa del club fue derribada ayer, pero que aún se ignora cómo sucedió. Tiene gracia. Está en las tierras de Prescott... —Alzó repentinamente la cabeza de la almohada y miró furioso a su hermano—. ¡Tú estuviste ayer allí! —graznó; luego se echó atrás—. ¡Oh, no, no, lo siento! Es demasiado ridículo... y no debo culparte por todo.

Tristán lo miró atónito. Siegfried nunca le había hablado así. También yo experimenté cierta ansiedad. ¿Deliraría mi jefe? Ahora tragó saliva penosamente:

—Acabo de recibir una llamada urgente de Armitage, en Sorton. Tiene una vaca con fiebre láctea y quiere que lleves a James allí inmediatamente.

Vamos, fuera de aquí.

—Creo que es imposible —Tristán se encogió de hombros—. El coche de Jim está en el taller de Hammond. Le están arreglando esa luz... y aún tardará una hora.

—Ah, sí, y dijeron que no podían dejarnos uno. Bueno, Armitage está muy asustado... Esa vaca podría morir en una hora. ¿Qué diablos podemos hacer?

—Está el Rover —dijo Tristán suavemente.

El cuerpo de Siegfried se puso repentinamente rígido bajo las sábanas y el terror llenó sus ojos. Durante unos momentos agitó la cabeza de un lado a otro sobre la almohada y sus dedos largos y huesudos se aferraron nerviosamente al cubrecama; luego, con un esfuerzo, se puso de lado y miró a su hermano a los ojos. Habló lentamente, y aquel susurro agónico encerraba una amenaza terrible.

—De acuerdo, tienes que coger el Rover. Jamás pensé que llegaría el momento de permitir que un loco como tú lo condujese, pero voy a decirte una cosa: si le haces aunque solo sea una rayita, te mataré. Te mataré con mis propias manos.

Ya estaba como siempre. Tenía los ojos saltones y las mejillas enrojecían más y más, mientras el rostro de Tristán adquiría mayor inexpresividad.

Con los últimos restos de su fuerza Siegfried consiguió elevar un poco la voz.

—¿Crees de verdad que eres capaz de llevar ese coche a Sorton y volver, quince kilómetros en total, sin destrozarlo? De acuerdo, adelante, pero recuerda lo que he dicho.

Tristán se retiró en un silencio ofendido y, antes de seguirle, echó una última mirada a la figura acostada. Siegfried se había dejado caer de espaldas y miraba al techo con ojos febriles. Sus labios se movían débilmente, como si rezara.

Fuera de la habitación, Tristán se frotó las manos encantado.

—¡Qué suerte, Jim! ¡La oportunidad de mi vida! Nunca creí que me vería tras el volante de ese Rover ni en cien años —bajó la voz hasta un susurro—. Eso te demuestra que las cosas siempre salen a mi favor.

Cinco minutos más tarde daba marcha atrás cuidadosamente para salir del patio y, una vez en camino a Sorton, comprendí que empezaba a divertirme. A lo largo de tres kilómetros el camino se extendía ante nosotros muy recto y completamente libre, a excepción de un camión de leche acercándose en la

distancia; el lugar perfecto para ver qué daba de sí el Rover. Se retrepó en el hermoso asiento y apretó el acelerador.

Íbamos casi a ciento veinte sin el menor esfuerzo cuando vi que un coche trataba de adelantar al camión; era un vehículo anticuado, de techo cuadrado, una lata de galletas con ruedas, y no tenía por qué adelantar a nadie. Supuse que se retiraría, pero siguió adelante. Y el conductor del camión, sin duda con espíritu deportivo, inició la carrera con él.

Con alarma creciente vi cómo los dos vehículos iban a caer sobre nosotros sin apenas espacio entre ellos. Por supuesto, el coche viejo se retiraría tras el camión... tenía que hacerlo... no había otra salida... pero ¡sí que le costaba! Tristán echó los frenos. Si el camión hacía lo mismo, al otro coche le quedaría el sitio justo para pasar. Pero en pocos segundos comprendí que eso no sucedería y, cuando se lanzaron contra nosotros, me resigné horrorizado a una colisión de frente.

Justo antes de cerrar los ojos tuve la visión fugaz de un rostro muy alarmado tras el volante del coche viejo, luego algo golpeó la parte izquierda del Rover con un sonido lacerante.

Al abrir los ojos, estábamos parados. Solo Tristán y yo, mirando la carretera ante nosotros vacía y pacífica, en curva hacia el verde sereno de las colinas.

Quedé inmóvil escuchando los latidos de mi corazón y luego, volviendo la cabeza, vi que el camión desaparecía a toda velocidad en una curva distante; de paso estudié con interés el rostro de Tristán... Nunca había visto un color tan verde.

Al cabo de un rato, y sintiendo una corriente de aire a la izquierda, miré cuidadosamente en esa dirección. No había puertas... Una estaba echada en la carretera, pocos metros detrás de nosotros, y la otra colgaba de un gozne. Mientras la miraba, también esta cayó sobre el asfalto con un sonido definitivo. Lentamente, como en una pesadilla, me bajé y observé el daño. El lado izquierdo del Rover era un desgarrón de metales retorcidos por donde el coche viejo se había abierto camino.

Tristán se había dejado caer sobre la hierba, el rostro demudado. Una rayita en la pintura le habría hecho sentir pánico, pero aquella destrucción tan completa había embotado todos sus sentidos. Sin embargo, no duró así mucho tiempo; estrechó los ojos, parpadeó, buscó los cigarrillos. Su mente ágil trabajaba de nuevo y no era difícil seguir sus pensamientos. ¿Qué iba a hacer ahora?

Contemplando la situación pensé que tenía tres salidas posibles. La primera y más atractiva: largarse de Darrowby para siempre, emigrar incluso. Segunda: correr inmediatamente a la estación y coger un tren para Brawton, donde viviría serenamente con su madre hasta que todo hubiera pasado. Tercera, y esta era inimaginable: regresar a Skeldale House y decir a Siegfried que había destrozado su Rover nuevo.

Mientras sopesaba las posibilidades busqué al coche viejo causante del desastre. Estaba volcado a unos cincuenta metros. Corriendo hacia él escuché un loco cacareo en su interior, y recordé que era día de mercado y que muchos granjeros acudían a él con jaulas de gallinas y con veinte o treinta docenas de huevos para vender. Miramos por la ventanilla y Tristán quedó horrorizado. Un hombre gordo, ileso, yacía en un charco de huevos rotos. Su rostro se abría en una sonrisa amplia y tranquilizadora, en realidad como deseoso de congraciarse..., hasta donde podía verse a través de la masa de yemas y claras que cubría sus rasgos. El interior del coche estaba lleno de gallinas frenéticas que escaparan de las jaulas en el accidente y buscaban el modo de salir de allí.

El hombre gordo, sonriendo desde su lecho de huevos revueltos, gritaba algo pero resultaba difícil oírlo entre el cacareo. Conseguí captar alguna frase:

—Lo siento mucho..., fue todo culpa mía... Yo pagaré los daños... —Las palabras sonaban alegres mientras las gallinas saltaban por encima de su rostro sonriente y las yemas seguían resbalándole por la ropa.

Con esfuerzo consiguió Tristán abrir una portezuela e inmediatamente le atacaron las gallinas. Algunas salieron de estampida hasta perderse de vista, mientras sus compañeras, menos aventureras, empezaban a picotear filosóficamente junto al camino.

—¿Está bien? —gritó Tristán.

—Sí, sí, joven. No estoy herido. Por favor, no se preocupe por mí —en vano trataba de alzarse de aquella masa resbalosa—. ¡Vaya, lo siento mucho! Pero se lo pagaré todo, puede estar seguro.

Levantó una mano chorreosa y le ayudamos a salir del coche. A pesar de sus ropas empapadas y de los trozos de cáscara pegados al pelo y al bigote, no había perdido su entereza. En realidad irradiaba confianza, la misma confianza —pensé— que le hizo creer que su coche tan viejo podía adelantar a un camión a toda velocidad.

Apoyó la mano en el hombro de Tristán.

—Hay una explicación muy sencilla, ¿sabe? El sol me daba en los ojos.

Eran las doce del mediodía y había estado conduciendo hacia el norte, pero ¿de qué servía discutir?

Recogimos las puertas destrozadas, las metimos en el Rover, fuimos a Sorton, tratamos a la vaca con fiebre láctea y volvimos a Darrowby. Tristán me lanzó una sola mirada de desesperación, luego cuadró los hombros y entró directamente a la habitación de su hermano. Lo seguí.

Siegfried estaba peor. Tenía el rostro rojo de fiebre y los ojos hundidos en las órbitas. No se movió cuando Tristán se dirigió al pie del lecho.

—Bien, ¿cómo te ha ido? —El susurro era apenas audible.

—Oh, muy bien, la vaca estaba en pie cuando salimos. Pero hay algo más... Tuve un pequeño accidente con el coche.

Siegfried había estado respirando estertóreamente y mirando al techo, pero su respiración se cortó como si alguien le hubiera dado la vuelta a una llave. Hubo un extraño silencio; luego, de aquella forma inmóvil se escaparon dos palabras estranguladas:

—¿Qué sucedió?

—No fue culpa mía. Un tipo intentó adelantar a un camión no lo consiguió. Cogió todo un lado del Rover.

De nuevo el silencio, luego el susurro:

—¿Mucho daño?

—La aleta delantera y la trasera destrozadas... Las dos puertas del lado izquierdo desprendidas.

Como lanzado por un muelle poderoso, Siegfried se incorporó en la cama. Era como un cadáver que volviera a la vida, y el efecto era aún más notable merced a los extremos de la compresa que se habían soltado y le colgaban como guirnaldas del cuello. La boca se abrió en un grito casi inaudible:

—¡Maldito imbécil! ¡Estás despedido!

Se lanzó de nuevo contra la almohada como si el mecanismo hubiera girado a la inversa y quedó muy quieto. Le observamos unos instantes con ansiedad, pero cuando oímos que iniciaba de nuevo la respiración, salimos de puntillas del cuarto.

En el descansillo Tristán dejó escapar el aire de sus mejillas en un suspiro prolongado, y sacó un Woodbine.

—Una situación muy difícil, Jim, pero ya sabes lo que digo siempre —encendió una cerilla y aspiró el humo, satisfecho—. Las cosas suelen resultar mejor de lo que uno espera.

Muchas granjas de los valles eran anónimas y resultaba grato encontrar una tan claramente identificable: «Heston Grange» decía el letrero sobre la valla de piedra.

Bajé del coche y abrí la puerta. Una puerta muy cuidada también, que giraba con facilidad sobre los goznes en vez de tener que arrastrarla pesadamente con el hombro. El edificio estaba más abajo, sólido, de piedra gris, con un par de miradores que algún victoriano próspero añadiera a la estructura original.

Se alzaba sobre una gran extensión de tierra verde y llana en una curva del río y la frescura de la hierba y la fertilidad de los campos que la rodeaban contrastaban agudamente con los riscos elevados a su espalda. Robles y hayas enormes daban sombra a la casa, y un espeso pinar cubría las laderas bajas del barranco.

Recorrí los edificios gritando como siempre, ya que algunas personas consideraban un insulto sutil ir a la casa y preguntar si estaba el granjero. Los buenos granjeros solo están en la casa a la hora de la comida. Pero mis gritos no obtuvieron la menor respuesta, de modo que fui a llamar a la puerta, en un hueco profundo entre las viejas piedras.

Una voz contestó: «Entre», y al abrir me encontré en una cocina enorme, toda de piedra, con jamones y tiras de tocino colgando de ganchos en el techo. Una muchacha morena, con blusa de cuadros y pantalones verdes de hilo, amasaba en una artesa. Alzó la vista y sonrió.

—Siento no haber ido a abrirle; tengo las manos ocupadas —alzó los brazos, blancos de harina hasta el codo.

—No importa. Me llamo Herriot. He venido a ver un ternero. Dicen que está cojo.

—Sí, creemos que se ha roto la pata. Probablemente la metió en un agujero cuando iba corriendo por ahí. Si no le importa esperar un minuto, iré con usted. Mi padre y los hombres están en los campos. A propósito: soy Helen Alderson.

Se lavó y secó los brazos y se metió un par de botas cortas.

—Ocúpese del pan, Meg —dijo a una vieja que salía de otro cuarto—. Tengo que enseñarle el ternero al señor Herriot.

Ya en el exterior me miró y se echó a reír.

—Me temo que es un paseo un poco largo. Está en uno de los edificios más alejados. Mire, desde aquí puede verlo —señalaba un granero bajo y cuadrado, muy alto en la ladera. Yo conocía bien esos edificios muy repartidos por la región, y había hecho mucho ejercicio recorriéndolos. Se usaban para almacenar heno y otras cosas y como abrigo para los animales en los pastos de las colinas.

Contemplé a la chica:

—¡Oh, está bien! No me importa, no me importa en absoluto.

Atravesamos el campo hasta un puentecito que cruzaba el río y, yendo tras ella, me acometió un pensamiento: aquella moda de que las mujeres llevaran pantalones quizás fuera algo revolucionaria, pero podía decirse mucho en su favor. El sendero subía por el pinar, y aquí el sol formaba manchones brillantes entre los oscuros troncos, el rumor del río se debilitaba y nosotros caminábamos suavemente sobre una alfombra espesa de agujas de pino. Hacía fresco en el bosque, y el silencio era completo, excepto cuando la llamada de un pájaro resonaba entre los árboles.

Diez minutos de paseo rápido nos llevaron de nuevo al sol ardiente de los brezales abiertos, y el sendero se hizo más empinado en torno a las rocas. Yo empezaba a respirar con dificultad, pero la chica seguía a buen paso, caminando elásticamente. Me alegré cuando llegamos a la cumbre y el granero quedó a la vista.

Al abrir la media puerta vi a mi paciente en el oscuro interior cargado con la fragancia del heno apilado casi hasta el techo. Parecía muy pequeño y muy triste, con aquella pata que arrastraba inútil por el suelo cuando intentaba caminar.

—¿Quiere sostenerle la cabeza mientras lo examino, por favor? —dije.

La cogió con aire experto, una mano bajo la barbilla, la otra sujetándolo por una oreja. Al tantearle la pierna el pequeño empezó a temblar, y su rostro era la viva estampa del dolor.

—Bien, su diagnóstico era correcto. Una fractura limpia del cúbito y el radio, pero apenas hay desplazamiento, de modo que le quedará muy bien si lo enyesamos —abrí la bolsa y saqué unas vendas de yeso, luego llené un cubo con agua de un manantial cercano. Empapé unas vendas, las apliqué a la pata y lo envolví todo con una segunda y una tercera venda, hasta que el

miembro quedó encajado en una envoltura blanca que se endurecía rápidamente desde el codillo a la pezuña.

—Esperaremos un par de minutos hasta que esté bien duro, y luego lo soltaremos —tanteé todo el yeso hasta quedar convencido de que estaba duro como una piedra—. Muy bien —dije al fin—, ahora puede soltarlo.

La chica le soltó la cabeza y el animalito se alejó trotando.

—¡Mire! —gritó ella—. Ya vuelve a apoyar todo el peso de la pata. Y, ¡qué aire más feliz tiene ahora! —sonrió. Me pareció que realmente había hecho algo. El ternero ya no sentía dolor, una vez inmovilizados los extremos rotos del hueso, y el temor que siempre desmoraliza a un animal herido se desvanecía como por arte de magia.

—Sí —dije—, desde luego se ha recuperado rápidamente. —Mis palabras quedaron casi ahogadas por un mugido tremendo y el recuadro de azul de la media puerta se oscurecía al asomarse una cabeza enorme. Dos grandes ojos líquidos miraron ansiosamente al ternero, que contestó con un agudo balido. Pronto se inició entre ambos un diálogo ensordecedor.

—¡Es su madre! —gritó la chica por encima del estruendo—. Pobrecilla, ha estado rondando por aquí toda la mañana preguntándose qué habríamos hecho con el ternero. No le gusta estar separada de él.

Me incorporé y corrí el cerrojo de la puerta.

—Bueno, ahora puede entrar.

Casi me derribó en su ansia por pasar. Luego inició una cuidadosa inspección de su ternero, empujándole con el morro, dejando escapar un mugido profundo.

La criaturita se sometió feliz a la inspección y cuando esta terminó y la madre quedó satisfecha al fin, se acercó cojeando hasta la ubre y empezó a mamar ansiosamente.

—Pronto ha recuperado el apetito —dije, y los dos nos echamos a reír.

Lancé las latas vacías a la bolsa y la cerré.

—Tendrá que llevar el yeso un mes, así que llámeme entonces, por favor, y vendré a quitárselo. Usted vigílelo y asegúrese de que no se le irrita la pata por el borde del vendaje.

Al dejar el granero, el calor del sol y el dulce aire cálido nos acogieron como una oleada. Me volví y contemplé las alturas y riscos al otro lado del valle, como difuminados bajo el calor del mediodía. Bajo mis pies caían las laderas cubiertas de hierba hasta donde el río brillaba entre los árboles.

—Es maravilloso esto —dije—. Mire esa garganta, allí. Y aquella colina... Supongo que se la podría llamar montaña —señalé un gigante que

alzaba su cumbre muy por encima de los otros.

—Eso es Heskit Fell, de casi ochocientos metros. Y aquello es Eddleton, más allá, y Wedder Fell al otro lado, y Colver, y Sennor. —Los nombres, con su sonido nórdico y salvaje, salían con facilidad de sus labios; hablaba de ellos como de viejos amigos y yo sentía el afecto en su voz.

Nos sentamos sobre la hierba cálida de la ladera; la brisa suave agitaba las flores de los brezales y en algún lado cantó un chorlito. Darrowby, Skeldale House, mi labor de veterinario parecían estar a muchos kilómetros.

—Tiene suerte de vivir aquí —comenté—, pero creo que no necesita que yo se lo diga.

—No. Me encanta esta región. No hay nada parecido en ninguna parte — se detuvo y miró lentamente en torno—. Me alegro de que le guste también. Muchos la encuentran demasiado desnuda y salvaje. Casi les asusta.

Me eché a reír.

—Sí, lo sé, pero, por lo que a mí se refiere, compadezco a los miles de veterinarios que no trabajan en los valles del Yorkshire.

Empecé a hablar de mi trabajo; luego, sin saber por qué, me hallé hablando de mis días de estudiante, contándole todos los buenos ratos, describiéndole los amigos que allí hiciera y nuestras esperanzas y aspiraciones.

Me sorprendía aquella avalancha de palabras —generalmente yo no era muy charlatán—, y pensé que debía estar aburriéndola. Pero ella seguía sentada muy quieta, mirando al valle, los brazos en torno a sus piernas enfundadas de verde, y asintiendo en ocasiones como si comprendiera. Y se reía en los momentos adecuados.

También me sorprendí a mí mismo pensando que me gustaría olvidar el trabajo del resto del día y seguir sentado allí en aquella colina soleada. Había pasado mucho tiempo desde que me sentara a charlar con una muchacha de mi edad. Casi había olvidado lo que era aquello.

No me apresuré en el sendero al volver, ni en el pinar, pero pareció que el tiempo volaba y ya cruzábamos el puente de madera y el campo ante la granja.

Me volví con la mano en la portezuela del coche:

—Bien, hasta el mes que viene. —Pero ¡qué largo era un mes!

La muchacha sonrió.

—Gracias por lo que ha hecho. —Al poner en marcha el motor aún me saludó con la mano y luego se metió en la casa.

—¿Helen Alderson? —dijo Siegfried más tarde durante el almuerzo—. Claro que la conozco. Una chica encantadora.

Al otro lado de la mesa Tristán no hizo comentario alguno, pero dejó el cuchillo y el tenedor, alzó los ojos al techo con reverencia y soltó un largo silbido. Luego empezó a comer otra vez.

Siegfried continuó:

—¡Oh, sí, la conozco muy bien! Y la admiro. Su madre murió hace unos años y ella lleva la casa. Guisa y cuida de su padre y de sus dos hermanitos — se sirvió más patatas en el plato—. ¿Que si tiene amigos? ¡Vaya!, la mitad de los jóvenes del distrito van tras ella, pero no creo que tenga relaciones formales con ninguno. Es de las que les gusta elegir, creo.

Cuando recorría el campo del señor Kay por novena vez empecé a pensar que este no iba a ser mi día. Desde hacía algún tiempo yo era un L. V. I.,^[3] satisfecho propietario de un pequeño certificado que informaba a quien pudiera interesar que James Herriot, M. R. C. V. S., era un Inspector Veterinario de la Localidad, del Ministerio de Agricultura. Lo cual implicaba que me veía envuelto en mucho trabajo rutinario, como exámenes clínicos y pruebas de tuberculina. Y también venía a destacar algo que ya sospechaba desde hacía tiempo: que la actitud de los granjeros de los valles con respecto al tiempo era muy distinta de la mía.

Todo se deslizaba perfectamente cuando yo los visitaba para ver a un animal enfermo; generalmente estaban por allí esperándome y ya lo tenían encerrado en un edificio cuando yo llegaba. Sin embargo, era muy distinto cuando les enviaba una tarjeta diciendo que iba a inspeccionar sus vacas lecheras, o a hacer una prueba a su rebaño. La tarjeta decía claramente que los animales debían estar reunidos y a cubierto, y que yo estaría allí a tal hora; yo hacía el plan de la jornada de acuerdo con ello: unos quince minutos para la inspección y tantas horas para las pruebas, según el tamaño del rebaño. Si me hacían esperar diez minutos en cada inspección mientras traían a las vacas del campo, eso significaba sencillamente que, al cabo de seis visitas, ya llevaba una hora de retraso.

Así que, cuando llegué a la granja del señor Kay para una prueba de tuberculina y encontré a las vacas atadas en los establos, lancé un suspiro de alivio. Las examinamos en pocos minutos, y ya me decía que el día comenzaba muy bien cuando el granjero dijo que solo faltaban media docena de vaquillas muy jóvenes para completar el trabajo. Al salir del edificio y ver al grupo de animales de pelo rojizo comiendo alegremente en el extremo más alejado del campo, sentí una extraña premonición.

—Pensé que las tendría dentro, señor Kay —dije con reproche.

Sacudió la pipa en la palma de la mano y la rellenó con una mezcla de aspecto explosivo que apretó en la cazoleta.

—No, no —dijo, fumando apreciativamente—. No me gusta tenerlas ahí metidas en un día tan estupendo como este. Las llevaremos a aquella casita — señalaba un ruinoso establo de piedra gris en la cumbre de las tierras de pastos, a la vez que lanzaba una nube de humo maloliente—. No tardaremos mucho.

A esta última frase un escalofrío me bajó por la espalda. Había oído aquellas mismas palabras demasiadas veces. Pero quizás en esta ocasión tuviera razón. Nos dirigimos al extremo del campo y nos situamos tras los animales.

—¡Eh, eh! —gritó el señor Kay.

—¡Eh, eh! —añadí yo con ánimo, golpeándome los muslos fuertemente.

Las vaquillas dejaron de comer y nos miraron con cierto interés, moviendo perezosamente las mandíbulas, luego, en respuesta a nuestros gritos, empezaron a dirigirse lentamente colina arriba. Conseguimos llevarlas hasta la puerta del establo pero allí se detuvieron. La que parecía dirigirlas metió la cabeza un instante; luego se volvió súbitamente y salió corriendo colina abajo. Las otras la siguieron inmediatamente y, aunque nosotros bailábamos a su alrededor agitando los brazos, nos desdeñaron como si no existiéramos. Miré pensativamente a los animalitos que bajaban en tromba, con las colas muy altas, dándose con los talones, como si fueran potros salvajes. Estaban disfrutando con aquel juego nuevo.

Otra vez colina abajo, de nuevo hasta la puerta y vuelta a la repentina estampida. Esta vez fue una sola la que inició la bajada pero, cuando yo galopaba de un lado a otro intentando hacerla volver, las demás cargaron con gusto por el espacio abierto y bajaron la ladera de nuevo.

Era una colina alta y empinada y al recorrerla por tercera vez, el sol cayendo a plomo sobre la espalda, empecé a lamentar haberme mostrado tan consciente en la elección de la ropa. En las instrucciones a los nuevos inspectores, el Ministerio se mostraba explícito: esperaba de nosotros que fuéramos adecuadamente vestidos para llevar a cabo nuestra labor. Yo lo había tomado muy a pecho y me había provisto del uniforme requerido, pero ahora comprendía que un chaquetón largo de hule y las botas de goma no eran el equipo ideal para el trabajo presente. El sudor me caía de la frente y ya tenía toda la camisa pegada al cuerpo.

Cuando vi que las vaquillas bajaban, divertidas, la colina pensé que era hora de hacer algo al respecto.

—Un segundo —dije al granjero—. Me estoy asando.

Me quité la chaqueta, la enrollé y la dejé sobre la hierba, muy lejos del granero. Pero mientras hacía un montoncito muy aseado con la jeringuilla, la caja de tuberculina, las tijeras, el cuaderno de notas y el lápiz, seguía turbándome la idea de que me estaban engañando de alguna forma. Después de todo, el trabajo del Ministerio era fácil; cualquiera podía hacerlo. Uno no tenía que levantarse a medianoche, trabajaba a horas fijas y muy decentes y no necesitaba agotarse. En realidad era dinero por nada, un cambio agradable de la vieja rutina. Me sequé la frente cubierta de sudor y estuve unos segundos respirando agitadamente... Esto no era justo.

Empezamos de nuevo y, a la cuarta visita al granero, creí que habíamos ganado porque todos los animales, menos uno, entraron con docilidad. Pero a este no le dio la gana. Le empujamos, le imploramos, incluso nos acercamos lo suficiente para darle una palmada en el trasero, pero siguió en la entrada mirando el interior con suspicacia. Luego las cabezas de sus compañeras comenzaron a reaparecer en el hueco y comprendí que habíamos perdido de nuevo. A pesar de mis frenéticos movimientos y gritos una a una fueron saliendo y escaparon felices colina abajo. Esta vez sí que galopé tras ellas en una agonía de frustración.

Aún lo intentamos varias veces más y las vaquillas fueron introduciendo variaciones. En ocasiones, una de ellas iniciaba la bajada a media colina, o bien trotaba hasta la parte posterior del granero y nos miraba con frescura por detrás de las viejas piedras antes de emprender la carrera hacia abajo.

Después de la octava bajada miré, suplicante, al señor Kay, que rellenaba la pipa con serenidad y no parecía turbado en absoluto. Había echado por tierra mi horario, pero no creo que hubiera advertido siquiera que ya llevábamos en ello más de cuarenta minutos.

—Mire, así no vamos a ninguna parte —dije—, y yo tengo muchísimo trabajo esperándome. ¿No podríamos hacer algo?

Apretó el tabaco, dio unas profundas chupadas y luego me miró, asombrado.

—Bueno, podríamos traer al perro, pero no sé si servirá. Es muy pequeño aún.

Volvió a la granja y abrió la puerta. Un gozquecillo peludo salió como una catapulta, ladrando entusiasmado, y el señor Kay lo trajo al campo.

—¡Adelante! —gritó, haciendo un gesto hacia el ganado que había vuelto a su comida y rumiaba serenamente, y el perro se lanzó tras las vaquillas. Empecé a cobrar esperanzas conforme subíamos la colina con la figurita peluda trotando en torno, mordisqueándoles los talones, pero al llegar al

granero se repitió el juego. Comprendí que las vaquillas se habían dado cuenta de la inexperiencia del perro, y una de ellas se las arregló para soltarle una coza en el hocico cuando él se le acercó. El animalito aulló y su cola rozó el suelo. Luego quedó inseguro unos instantes mirando a aquellas bestias que ahora avanzaban contra él, agitando amenazadoras los cuernos, y al fin pareció llegar a una decisión y dio media vuelta. Todas se lanzaron tras él a velocidad creciente y por un instante contemplé el espectáculo extraordinario de un perro volando colina abajo con las vaquillas en estampida tras él. Al pie de la colina el perro saltó una valla y ya no volvimos a verlo.

—¡Señor! —grité—. ¡Nunca conseguiré hacerles ese test a los malditos animales! Tendré que dejarlo. No sé qué dirá el Ministerio, pero yo ya he tenido bastante.

El granjero me miró meditabundo, como si comprendiera que yo había llegado al límite.

—Sí, no hemos hecho nada —dijo, golpeando la pipa contra el talón—. Tendremos que llamar a Sam.

—¿Sam?

—Sí, Sam Broadbent. Trabaja para mi vecino. Él las meterá allí, ya lo creo.

—¿Y cómo lo conseguirá?

—Es que Sam puede imitar a una mosca.

Por un instante quedé desconcertado.

—¿Dijo usted «imitar a una mosca»?

—Eso es, una mosca furiosa, ya sabe. Es un chico un poco lerdo, pero por Dios que sabe imitar a una mosca. Iré y lo traeré... Solo está dos campos más allá.

Le vi alejarse, con incredulidad; luego me dejé caer sobre el suelo. En cualquier otro momento habría disfrutado de estar tumbado allí en la ladera, con el sol en el rostro y la hierba fresca contra mi espalda sudorosa; la brisa era serena, cargada con la fragancia del trébol, y ante mis ojos la curva suave del valle era una visión de paz. Pero mi mente era un torbellino. Me esperaba un día de mucho trabajo y ya iba retrasado más de una hora. Imaginaba la larga sucesión de granjeros que me esperaban, todos maldiciéndome de corazón. La tensión fue creciendo en mí hasta resultar insoportable. Me puse en pie de un salto y corrí a la valla. Desde allí veía el camino y me alivió descubrir que el señor Kay ya volvía.

Tras él venía lentamente un hombre grandote y grueso montado en bicicleta, los talones en los pedales. Los pies y rodillas saliendo en ángulo

recto. Una maraña de pelo negro y grasiento se escapaba en todas direcciones bajo una especie de gorra que parecía un bombín sin ala.

—Sam ha venido a echarnos una mano —dijo Kay con aire de triunfo.

—Buenos días —dije, y el hombre se volvió lentamente y asintió. En aquel rostro redondo y sin afeitar, los ojos eran vacuos e indiferentes, y decidí que en realidad sí era un poco lerdo. Difícil resultaba imaginar que pudiera servirnos de ayuda. Las vaquillas, ahora muy cerca, nos observaron con lánguido interés cuando cruzamos la puerta. Por lo visto habían disfrutado intensamente con la juerga de aquella mañana y parecían dispuestas a seguir si lo deseábamos, pero, claro, todo dependía de nosotros: a ellas les daba lo mismo.

Sam apoyó la bicicleta contra el muro de piedra y se adelantó solemnemente. Hizo un círculo con el pulgar e índice y se lo llevó a los labios. Sus mejillas se contrajeron como si estuviera colocando algo en su lugar, luego inspiró profundamente. Y de pronto, sin saber exactamente de dónde, se escuchó un sonido repentino y furioso, un zumbido terrible que me hizo mirar en torno alarmado buscando al insecto furioso que, al parecer, iba a atacarnos.

El efecto sobre las vaquillas fue electrizante. Su aire superior se desvaneció, reemplazado por una rígida ansiedad; luego, cuando el zumbido fue aumentando de volumen, se volvieron y subieron la colina en tromba. No con la alegría de antes, moviendo la cabeza de un lado a otro, con la cola al viento y pateando divertidas; esta vez se mantenían hombro con hombro en un bloque aterrado.

Kay y yo, trotando junto a ellas, las dirigimos de nuevo hasta el granero, donde formaron un grupo que miraba nerviosamente a su alrededor.

Tuvimos que esperar un poco hasta que llegara Sam. Indudablemente era un hombre tranquilo y subía la ladera sin prisa. En la cumbre se detuvo a recuperar el aliento, miró con indiferencia a los animales y volvió a ajustarse cuidadosamente los dedos en torno a la boca. Un momento de silencio tenso y luego el zumbido se inició de nuevo, más furioso e insistente que antes.

Las vaquillas comprendieron que estaban derrotadas. Con un coro de mugidos aterrados dieron media vuelta y entraron a toda prisa en el edificio, y yo cerré de golpe la puerta tras ellas. Me quedé apoyado en ella, incapaz de creer que mis problemas habían terminado. Sam se reunió conmigo y entramos al oscuro interior. Como para establecer definitivamente su dominio lanzó un toque repentino y agudo, esta vez sin los dedos, y sus víctimas se apiñaron aún más contra el muro del fondo.

Pocos minutos después Sam nos había dejado y yo les pellizcaba en el cuello y les inyectaba con la mayor facilidad. Miré al granjero.

—Oiga, apenas puedo creer lo que vi. Fue cosa de magia. Ese chico tiene un don maravilloso.

El señor Kay miró sobre la media puerta y yo seguí su mirada por la ladera hasta el camino. Sam se alejaba en bicicleta y apenas se alcanzaba a ver aquel extraño cubrecabezas por encima del muro.

—Sí, sabe imitar muy bien a una mosca. Pobrecito, es lo único que sabe hacer.

Cuando dejé al señor Kay y me dirigí hacia mi siguiente cita reflexioné que, si tenía que llegar con más de una hora de retraso, tenía suerte de que se tratara de los Hugill. Los cuatro hermanos y sus familias tenían un rebaño que, entre vacas, terneros y demás, debía llegar casi a los doscientos, y yo tenía que hacerles la prueba a todos, pero sabía que al menos no se mostrarían quisquillosos y resentidos con el retraso, porque los Hugill practicaban la tradicional cortesía de los valles de modo extraordinario. Cualquier forastero que llegara a sus puertas era tratado como un rey.

Al entrar en el patio vi que todos dejaban su tarea y avanzaban hacia mí con rostros sonrientes. Los hermanos iban delante y se detuvieron frente a mí cuando bajé del coche, y yo pensé, como de costumbre, que jamás había visto a unos hombres tan sanos, desde Walter, que tendría unos sesenta años, y luego Thomas y Fenwich, hasta William, el más joven, de unos cuarenta y tantos años. Por término medio todos pesarían unos cien kilos. Pero no estaban gordos tampoco; solo eran hombres grandes, macizos, de rostros colorados y brillantes ojos claros.

William se adelantó del grupo y supe lo que venía; este era siempre su trabajo. Se inclinó muy solemne y me miró al rostro.

—¿Cómo está usted hoy, señor? —preguntó.

—Muy bien, gracias, señor Hugill —contesté.

—¡Bien! —dijo William con fervor, y los demás repitieron «bien, bien, bien», con profunda satisfacción.

William inspiró profundamente.

—Y, ¿cómo está el señor Farnon?

—Oh, estupendamente, gracias.

—Muy bien —y la fusilada de respuestas a su espalda—. Bien, bien, bien...

William no había terminado todavía. Se aclaró la garganta.

—Y, ¿cómo está el señor Farnon, el joven?

—Realmente en plena forma.

—¡Magnífico! —Pero esta vez William se permitió una sonrisa gentil y tras él se oyeron unas risitas muy dignas. Walter cerró los ojos y sus grandes hombros se agitaron en silencio. Todos conocían a Tristán.

William se retiró a su puesto, cumplida ya la labor, y todos entramos en el establo. Me dispuse a la tarea mirando la larga fila de traseros, las colas que espantaban las moscas. Aquí sí que había trabajo.

—Siento haberme retrasado —dije al meter la tuberculina en la jeringuilla—. Me entretuvieron en la última cita. Es difícil predecir lo que pueden durar estas pruebas.

Los cuatro contestaron ansiosamente:

—Ah, ya lo creo, señor. Es difícil, sí que es difícil. Tiene razón, tiene razón, es difícil... —Y así siguieron hasta haber exprimido por completo el comentario.

Terminé de llenar las jeringuillas, saqué las tijeras y empecé a abrirme paso entre las dos primeras vacas. No había mucho sitio y me ahogaba en aquella atmósfera tan cargada.

—Hace calor aquí —dije.

Y de nuevo la marea de asentimiento.

—Tiene razón, señor. Hace calor. Sí que hace calor. Tiene razón...

Todo esto pronunciado con enorme convicción y muchas inclinaciones de cabeza, como si yo hubiera hecho un descubrimiento prodigioso. Cuando miré aquellos rostros graves e intensos meditando aún sobre mi brillante observación comprendí que la tensión empezaba a disolverse. ¡Qué suerte tenía de trabajar aquí! ¿En qué otro lugar más que en la región elevada del Yorkshire podría encontrar personas así?

Llegué hasta la cabeza de la vaca y le cogí la oreja, pero Walter me detuvo con una tosecita amable.

—No, señor Herriot. No tendrá que mirarles las orejas. Tengo apuntados todos los números.

—Ah, estupendo, eso nos ahorrará mucho tiempo. —Tener que rascar aquella superficie cerosa para encontrar los tatuajes de la oreja era muy pesado. Era magnífico que los Hugill se cuidaran de sus obligaciones. Había un apartado en el formulario del Ministerio que decía: «¿Están en orden los informes del ganado?». Yo siempre escribía: «Sí», cruzando los dedos a la espalda, recordando las cifras mal escritas en sobres viejos, en cuentas y recibos, en cualquier papel.

—Sí —dijo Walter—, los tengo apuntados en un libro.

—¡Fantástico! ¿Quiere ir por él?

—No hace falta, señor. Lo tengo aquí. —Walter era el jefe, no había duda al respecto. Todos parecían vivir en buena armonía, pero, en las dificultades, Walter ocupaba su lugar automáticamente. Era el organizador, el cerebro reconocido del equipo. El sombrero viejo que llevaba siempre en contraste con las gorras de los otros le daba un aire extra de autoridad.

Todo el mundo lo observó respetuosamente cuando, con toda lentitud y deliberación, sacó la funda de las gafas del bolsillo interior, la abrió y cogió un viejo par de gafas de montura de acero, quitándoles de un soplo fragmentos de heno y maíz que llenaban el interior de la funda. Su aire era sereno e importante cuando, sin la menor prisa, se las colocó sobre la nariz e hizo algunos guiños y gestos hasta enfocar bien la vista. Luego se metió la mano en el bolsillo del chaleco.

Cuando la sacó sostenía un objeto difícil de identificar, casi oculto bajo su enorme pulgar. Al fin vi que era un libro diario en miniatura de tapas negras, de unos cinco centímetros cuadrados, uno de esos detallitos que la gente se regala en Navidad.

—¿Ahí lleva los informes del ganado? —pregunté.

—Sí, todo está aquí —Walter pasó los dedos por las páginas, examinándolas a través de las gafas—. Vamos a ver, esa vaca... es la número ochenta y cuatro.

—Muy bien —dije—. Comprobaré esta y luego podemos seguir con el libro —le miré la oreja—. Tiene gracia, yo leo aquí el veintiséis.

Los hermanos echaron una mirada.

—Tiene razón, señor, tiene razón: Sí que es el veintiséis.

Walter apretó los labios.

—Pero esta es la hija de Campanilla Azul, ¿no?

—No —dijo Fenwich—. Es la de Ranúnculo.

—No puede ser —murmuró Thomas—. Ranúnculo fue vendida a Jim Jefferson antes de que esta naciera. Es hija de Brenda.

William agitó la cabeza.

—Pues yo estoy seguro de que se la compramos a Bob Ashby cuando era una vaquilla.

—De acuerdo —dije yo, levantando la mano—. Le pondremos el veintiséis —tenía que interrumpirlos. No es que aquella fuera una discusión; solo era un debate amistoso, pero podía durar mucho tiempo. Escribí el número en mi libreta e inyecté a la vaca—. ¿Y la siguiente? —pregunté.

—Bueno, a esa sí que la conozco —dijo Walter con confianza, leyendo una entrada en su diario—. No puedo equivocarme, es el número cinco.

Le miré en la oreja:

—Aquí dice ciento treinta y siete.

Al oír aquello empezó de nuevo.

—Esa la compramos, ¿no?

—No, no, esa es la de la vieja Dribbler.

—No opino lo mismo... Dribbler solo tuvo toros...

Levanté la mano de nuevo.

—Miren, creo que será mucho más rápido si les miro en la oreja a todas.

El tiempo corre.

—Sí, sí, tiene razón, señor, sí que corre el tiempo. —Walter se guardó el libro filosóficamente en el bolsillo del chaleco e iniciamos el laborioso trabajo de pellizcar e inyectar a cada animal después de frotar el interior de las orejas con un trapo empapado en alcohol para identificar los números que en ocasiones se habían borrado hasta no ser más que unos puntitos. De vez en cuando Walter se refería a su libro.

—¡Ah, sí, noventa y dos! Eso pensaba yo. Lo tengo todo apuntado ahí.

Luchar con los animales sueltos en los corrales en torno al patio fue como tomar un baño turco vestido de hule. Los hermanos cogían las bestias enormes sin el menor esfuerzo, y hasta el buey más grande se desanimaba pronto si intentaba luchar contra aquellos brazos poderosos. Pero observé un fenómeno extraño: los dedos de aquellos hombres eran tan gruesos y enormes que a menudo se les escapaba el hocico de los animales.

Nos costó muchísimo tiempo, pero al fin acabamos. El último ternero soltó un angustioso mugido al sentir la aguja, y ya estuve de nuevo al aire libre y lanzando la chaqueta al maletero del coche. Miré el reloj: las tres en punto. Iba casi dos horas retrasado ya, estaba sudoroso y agotado, me dolían todos los dedos del pie derecho porque me había pateado una vaca y tenía el empeine del otro destrozado por haber descansado en él todo el peso de Fenwich en el curso de un revoltijo especialmente violento. Al cerrar el maletero y dar la vuelta al coche cojeando sentí mis dudas acerca de aquel trabajo «fácil» del Ministerio.

Walter se inclinó hacia mí graciosamente.

—Pase y siéntese a tomar el té.

—Es muy amable de su parte, y ojalá pudiera, señor Hugill, pero me queda toda una cola de inspecciones y no sé cuándo acabaré con ellas. He fijado demasiadas para hoy y no he tenido en cuenta el tiempo necesario para esta prueba. Realmente soy un torpe.

Y los hermanos entonaron con sinceridad:

—Sí, sí, tiene razón, señor, tiene razón, tiene razón...

Bien, hoy ya no tenía más pruebas de tuberculina, pero sí diez inspecciones, y hacía dos horas que debía haber llegado a la primera. Salí a toda prisa sintiendo que el estómago se me contraía como siempre que iba contra reloj. Cogiendo el volante con una mano y registrando en el paquete del almuerzo con la otra, saqué un pedazo de la empanada de jamón y huevos de la señora Hall y empecé a comer mientras conducía.

Pero apenas había recorrido un kilómetro cuando la lógica se impuso. Esto no podía ser. La empanada era excelente y yo debía saborearla. Me salí del camino, paré el motor y abrí las ventanillas. La granja, ya lejos, era como una isla de actividad en aquel paisaje sereno y, ahora que estaba lejos del ruido y el mal olor de los edificios, el silencio y el vacío me envolvían como una nube sedante. Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y contemplé los cuadros de tonos distintos del verdor en las laderas de las colinas, que iban ascendiendo entre vallas de piedra hasta dar paso a las rocas y matorrales del paisaje salvaje más arriba.

Me sentía mejor cuando arranqué de nuevo y no me importó demasiado que el granjero de la primera inspección me acogiera con un gruñido.

—¡Esto no es la una en punto, señor! —gritó—. Mis vacas han estado dentro toda la tarde, y mire el lío que han organizado. Nunca conseguiré tener limpio este sitio otra vez.

Tuve que mostrarme de acuerdo cuando vi toda la porquería apilada tras las vacas, una de las consecuencias de meter animales bajo techo en verano. Y la expresión del granjero aún se ensombreció más cuando algunas alzaron los rabos como en señal de bienvenida y añadieron nuevo estiércol a los montones.

—No lo entretendré mucho tiempo —dije airosamente, y empecé a recorrer la fila. Antes de que se perfeccionaran las pruebas de tuberculina, estos exámenes clínicos eran el único modo de descubrir a las vacas tuberculosas, y yo pasaba de animal en animal palpando las ubres en busca de alguna dureza anormal. Los veterinarios llamaban en broma a este examen rutinario «pellizcar a las vacas» y era un trabajo que pronto se hacía tedioso.

El único modo de no volverme loco de aburrimiento era recordarme una y otra vez para qué estaba allí. De modo que cuando llegué a una vaca roja con una ubre colgante me enderecé y me volví al granjero.

—Voy a tomar una muestra de leche de esta. Tiene algo duro en el cuarto izquierdo.

—Como quiera. No le pasa nada, pero supongo que le servirá para algo.

Cuando llenaba de leche una botellita de dos onzas pensé en aquel amigo veterinario que siempre sacaba medio litro de la ubre más sana que podía encontrar a fin de tomársela con los bocadillos del almuerzo.

Puse la etiqueta en la botella y la metí en el coche. Teníamos una centrifugadora eléctrica en Skeldale House, y esa misma noche examinaría los sedimentos en un cristal. Probablemente no encontraría nada, pero a veces descubría la extraña emoción de mirar por el microscopio y ver los bacilos brillantes, iridiscentes y rojos. Cuando esto sucedía se sacrificaba inmediatamente a la vaca, y era un consuelo pensar que tal vez había librado a un niño de la muerte, o la meningitis, o la infección de los pulmones tan común en aquellos días.

Volviendo al establo, terminé la inspección examinando la pared delante de cada vaca.

El granjero me observaba, malhumorado.

—Y ahora, ¿qué es lo que busca?

—Bueno, si una vaca tiene tos, a veces se encuentran esputos en la pared. —En realidad había encontrado así más vacas tuberculosas que por cualquier otro medio, colocando un esputo en un cristalito y preparándolo como la leche.

El joven veterinario moderno no encuentra ahora vacas tuberculosas, gracias a Dios, pero eran muy comunes hace treinta años. Había pocas en los Peninos, pero en la llanura sí se las encontraba: vacas que «no cumplían», vacas de tos suave y de respiración algo acelerada. Con frecuencia eran buenas lecheras y comían bien, pero también eran asesinas y yo estaba aprendiendo a conocerlas. Y todavía quedaban las otras, animales grandes, hermosos que, sin embargo, llevaban la enfermedad. Asesinos del tipo más insidioso por ser difícil reconocerlos. Para estos se hacían las pruebas de tuberculina.

En los otros cuatro lugares que visité los granjeros se habían cansado de esperarme y habían vuelto a sacar a las vacas. Tuvieron que traerlas del campo, y vinieron lentas y a disgusto. No es que se repitiera el rodeo de la mañana con las vaquillas del señor Kay, pero sí perdimos mucho tiempo. Los animales se empeñaban en volver al campo mientras yo corría en torno a sus flancos como un perro pastor. Y todos los granjeros me decían lo mismo: que a las vacas solo les gustaba entrar a la hora del ordeño.

La hora del ordeño llegó al fin y examiné a tres de los rebaños mientras las ordeñaban, pero ya eran más de las seis cuando llegué cansado y hambriento a mi penúltima, inspección. Había un profundo silencio en el

lugar y, después de gritar por todos los edificios sin encontrar a nadie, me dirigí a la casa.

—¿Está su esposo, señora Bell? —pregunté.

—No. Ha tenido que ir al pueblo para que herraran al caballo, pero no tardará en volver. Ya le ha dejado las vacas dentro —me contestó.

Estupendo. Pronto acabaría con ellas. Entré casi corriendo en el establo e inicié la vieja rutina, sintiéndome asqueado ya de la vista y el olor de las vacas y harto de palparles las ubres. Trabajaba casi automáticamente cuando llegué a una vaca flaca y de aire rencoroso, con un morro estrecho y rojiblanco; podía ser un cruce de Shorthorn y Ayrshire. Apenas le había tocado la ubre cuando reaccionó con la velocidad del rayo y fue a darme justo sobre la rodilla.

Salté por todo el establo a la pata coja gimiendo y jurando de angustia. Pasó algún tiempo antes de que volviera a intentarlo de nuevo y esta vez le rasqué la espalda y le hablé cariñosamente antes de meterle la mano entre las patas. Pero sucedió lo mismo, solo que esta vez la pezuña subió un poco más arriba y me dio casi en el muslo.

Retirándome me apoyé contra la pared casi llorando de dolor y de rabia. Minutos después tomaba una decisión: al diablo con ella. Si no quería que la examinaran, que se las arreglara solita. Yo había tenido bastante por un día y no me apetecían las heroicidades.

Ignorándola, seguí, pues, por el establo hasta haber inspeccionado a las demás. Pero tenía que volver a pasar junto a ella, y me detuve a echarle una mirada. Ya fuera por pura cabezonería, o porque imaginé que se estaba riendo de mí, el caso es que decidí probar una vez más. Quizás no le gustara que fuera por detrás. ¿Y si me acercaba por delante?

Me introduje cuidadosamente entre ella y su vecina, gimiendo al sentir los huesos de la pelvis que se me clavaron en las costillas. Una vez en aquel espacio, pensé, estaría libre para llevar a cabo el trabajo. Pero esa fue mi gran equivocación. Porque en cuanto hube llegado allí la vaca se lanzó furiosa contra mí. Girando el lomo rápidamente para cortarme la salida empezó a patearme sistemáticamente de pies a cabeza. Coceaba hacia delante, llegando en ocasiones hasta el pecho cuando yo me apretaba contra la pared.

He sido pateado por toda una variedad de vacas, y en todo tipo de situaciones, pero nunca por una tan experta. Debe haber muy pocos bovinos realmente malvados, y cuando alguno utiliza las patas suele ser una reacción instintiva, por estar herido o asustado; por eso cocean ciegamente. Pero esta vaca calculaba la distancia antes de cada golpe, y su cálculo era certero. Si yo

trataba de acercarme a su cabeza me daba en la espalda con los cuernos por variar. Estoy convencido de que odiaba a la raza humana.

Era una situación desesperada. Estaba atrapado y las cosas aún se pusieron peor cuando la vecina, dócil al parecer, se metió en el juego empujándome con los cuernos si yo me apretaba contra ella.

No sé qué me hizo alzar la vista pero allí, en el espeso muro del establo, había un agujero de un medio metro cuadrado, por haberse desprendido algunas piedras. Subí a él con una agilidad que a mí mismo me sorprendió y, cuando salía de cabeza, una dulce fragancia llegó a mí. El edificio vecino estaba lleno de heno. Vi además un lecho muelle de trébol justo debajo del agujero, así que me dejé caer y di una auténtica vuelta en el aire antes de aterrizar de espaldas.

Echado allí, herido y sin aliento, todo el delantero del traje con huellas de pezuñas, abandoné finalmente cualquier ilusión que hubiese podido tener de que el trabajo del Ministerio fuera fácil.

Me ponía penosamente en pie cuando entró el señor Bell.

—Siento haber tenido que salir —dijo, mirándome con interés—. Pero es que ya pensé que no venía. Era muy tarde.

Me sacudí el polvo, quitándome briznas de heno del pelo además.

—Sí, lo siento, pero no importa. Conseguí hacer el trabajo.

—Pero ¿no estaba ahí durmiendo la siesta?

—No exactamente, es que tuve un problema con una de sus vacas —de nada servía escudarme en mi dignidad. Le conté la historia.

Hasta el granjero más amistoso se deleita escuchando los problemas de un veterinario, y el señor Bell me escuchó abriendo los ojos encantado. Para cuando terminé de hablar se partía de risa, golpeándose los calzones con ambas manos.

—Me lo imagino. ¡Esa cruzada de Ayrshire! Es una auténtica perra. La compré barata en el mercado, en primavera, y pensé que había conseguido una ganga, pero pronto la descubrí. Nos costó más de dos semanas atar a esa zorra.

—Bueno, ojalá lo hubiera sabido antes —dije apretando los labios.

El granjero alzó los ojos al agujero de la pared.

—Y saltó por... —Y le dio otra convulsión que duró algún tiempo. Luego se quitó la gorra y se secó los ojos.

—¡Oh, Señor! —murmuró débilmente—. ¡Cómo me hubiera gustado verlo!

Mi última visita era justo en las afueras de Darrowby y oí que el reloj de la iglesia daba las siete y cuarto cuando bajé rendido del coche. Después de una jornada de trabajo fácil al servicio del gobierno estaba destrozado física y mentalmente, y tuve que sofocar un grito al ver otra larga fila de vacas esperándome. El sol se ponía ya, y unas nubes negras de tormenta que se apilaban por el oeste dejaban el campo en profunda oscuridad. En aquel establo anticuado, de ventanas como ranuras, los animales parecían sombras informes y mal definidas.

Muy bien, a ello. Lo haría a toda velocidad y me iría a casa a comer algo y sentarme en un sillón. No tenía más ambiciones. Así que, la mano izquierda en el rabo, la derecha entre las patas, un rápido toque y a la siguiente. Con los ojos medio cerrados y la mente en blanco pasaba de vaca a vaca como un autómatas, anhelando llegar al fondo del establo como a la tierra prometida.

Y finalmente llegué a la última, ya junto a la pared. La mano izquierda en el rabo, la derecha entre las patas. Al principio, mi cerebro cansado no captó el hecho de que esto era algo distinto, pero, sí, lo era... y mucho. El espacio era mayor, y en vez de la ubre, lo que colgaba estaba profundamente hendido y sin tetas.

Me desperté de pronto y miré el flanco del animal. Una enorme cabeza peluda se volvía hacia mí, y dos ojos muy separados me escudriñaron. En la penumbra apenas alcancé a ver el anillo de cobre en el morro.

El granjero, que me observaba en silencio, habló ahora.

—Pierde el tiempo, joven. No le pasa nada a las bolsas de este.

La tarjeta colgaba sobre la cama de la anciana. Decía «Dios está cerca», pero no tenía el aspecto del texto religioso habitual. No estaba escrito en letras muy adornadas, ni tenía marco. Era solo una tarjeta de cartón, de unos veinte centímetros, con letras sencillas que igual podían haber dicho: «Prohibido fumar», o «Salida», y colgaba de una lámpara de gas antigua, de modo que la señorita Stubbs, desde el lecho en que yacía, pudiera leer «Dios está cerca», escrito en mayúsculas negras, con solo alzar la vista.

No es que viera mucho más: quizás unos metros del seto de alheña por la abertura de las cortinas deshilachadas, pero solo eso, aparte del cuartito desordenado que había sido su mundo durante tantos años.

La habitación estaba en el piso bajo y en la parte delantera de la casa y, cuando crucé el terreno salvaje que en otros tiempos fuera un jardín, vi a los perros observándome desde la cama de la vieja. Al llamar a la puerta la casa se venía abajo con sus ladridos. Siempre ocurría lo mismo. Llevaba más de un año visitándola con regularidad y la rutina no variaba nunca: primero el coro de ladridos escandalosos, luego la señora Broadwith —que cuidaba de la señorita Stubbs— se llevaba a todos los animales a la cocina, excepto al que iba a examinar, y me abría la puerta, y entonces yo entraba y saludaba a la señorita Stubbs, que estaba en la cama, en un rincón, con la tarjeta a la vista.

Llevaba allí mucho tiempo y ya no se levantaría. Pero ella jamás mencionaba su dolor ni su enfermedad; toda su preocupación la constituían sus tres perros y los dos gatos.

Hoy se trataba del viejo Príncipe, y también a mí me preocupaba. Era el corazón... la insuficiencia mitral más espectacular con que me tropezara en la vida. Me esperaba cuando entré, satisfecho de verme como siempre, su cola larga y peluda agitándose suavemente.

La vista de aquella cola me hacía pensar que debía haber algo de setter irlandés en Príncipe, pero siempre cambiaba de opinión al ver el cuerpo enorme, blanco y negro, y la cabeza con sus orejas alsacianas. La señorita Stubbs lo llamaba a veces «Heinz» y aunque tal vez no hubiera en él

cincuenta y siete razas, su mezcla había contribuido a mantenerlo en buena forma. Porque, con aquel corazón, debía haberse muerto hacía tiempo.

—Pensé que debía llamarle, señor Herriot —dijo la señora Broadwith. Era una viuda ya vieja, de rostro rubicundo y cuadrado que contrastaba agudamente con los rasgos afilados sobre la almohada—. Ha estado tosiendo mucho toda la semana, y esta mañana vacilaba un poco: Pero sigue comiendo bien.

—Seguro que sí —dije, pasando la mano por los rollos de grasa sobre las costillas—. Se necesitaría algo muy drástico para quitarle el apetito al viejo Príncipe.

La señorita Stubbs se rio desde la cama y el viejo perro, con la boca abierta y los ojos alegres, pareció unirse a la broma. Le pasé el estetoscopio sobre el corazón y escuché, sabiendo muy bien lo que iba a oír. Se supone que un corazón ha de hacer «tic, tac, tic, tac», pero el de Príncipe sonaba como «zas... zas... zas...». Parecía que se escapaba tanta sangre como la que entraba en el sistema circulatorio. Y otra cosa, aquel sonido irregular era mucho más rápido que la última vez. Le daba digitalina por vía oral, pero no le servía de mucho.

Con melancolía creciente seguí auscultándolo. Como la mayoría de los perros viejos con alguna enfermedad del corazón, tenía una bronquitis crónica, y escuché sin alegría aquella sinfonía de silbidos, chirridos y burbujas que era el funcionamiento de sus pulmones. El perro se mantenía muy erecto y orgulloso, la cola agitándose lentamente. Siempre aceptaba mi examen como un cumplido, y no había la menor duda de que ahora se estaba divirtiendo. Afortunadamente, la enfermedad no era dolorosa.

Incorporándome le di un golpecito en la cabeza y él respondió inmediatamente tratando de ponerme las patas en el pecho. No lo consiguió e incluso aquel esfuerzo ligero lo dejó con una respiración aún más fatigosa y la lengua colgante. Le di una inyección intramuscular de digitalina y otra de clorhidrato de morfina, que aceptó con placer aparente, como parte del juego.

—Espero que esto le tranquilice el corazón y que respire mejor, señorita Stubbs. Quizás lo vea un poco como drogado el resto del día, pero eso también le ayudará. Siga con las tabletas, y voy a dejarle alguna cosa más para la bronquitis. —Le entregué una botella de mi mezcla de ipecacuana y acetato amónico.

Ahora se inició la segunda etapa de la visita, pues ya venía la señora Broadwith de la cocina con el té, y tras ella el resto de los animales: Ben; un terrier, y Sally, un cocker spaniel, iniciaron inmediatamente un concurso

ensordecedor de ladridos con Príncipe. Y luego los gatos. Arthur y Susie, que entraron graciosamente y empezaron a frotarse contra mis piernas.

Era el marco habitual para las muchas tazas de té que tomara con la señorita Stubbs bajo la tarjeta colgada a la cabecera de su cama.

—¿Cómo se encuentra hoy? —le pregunté.

—¡Oh, mucho mejor! —contestó; e inmediatamente, como siempre, cambió de tema.

Le gustaba hablar sobre todo de sus animalitos, y de los que conociera desde su infancia. También de la época en que vivían sus familiares. Le encantaba describir las travesuras de sus tres hermanos, y ahora me mostró una fotografía que la señorita Broadwith encontrara en el fondo de un cajón.

La cogí y tres muchachos, con los pantalones bombachos y las gorritas clásicas de los años noventa, me sonrieron desde la fotografía amarillenta. Todos llevaban algún instrumento músico, y el paso de los años no había borrado su expresión humorística y descarada.

—Sí que parecen muchachos inteligentes, señorita Stubbs —dije.

—¡Oh, eran unos auténticos pillos! —exclamó. Echó atrás la cabeza y se rio y, durante un instante, su rostro quedó radiante, transfigurado por los recuerdos.

Vinieron a mi memoria todos los relatos que oyera en el pueblo acerca del padre rico, de la familia próspera que había vivido en la gran mansión hacía muchos años. Luego el fracaso de las inversiones en el extranjero; el repentino cambio de circunstancias. «Cuando el padre murió estaba casi en la miseria —había dicho un viejo—. No queda mucho dinero ahí».

Probablemente solo el suficiente para mantener a la señorita Stubbs y a sus animales y para pagar a la señora Broadwith. Pero no lo bastante para cuidar el jardín, ni pintar la casa, ni permitirse lujo alguno.

Sentado allí, tomando el té con los perros en círculo junto a la cama y los gatos acomodándose sobre la misma, me sentí como de costumbre temeroso ante la responsabilidad que tenía. Lo que daba un poco de alegría a la vida de aquella viejecita animosa era la devoción patente de sus perros, cuyos ojos jamás se apartaban de su rostro. Y la dificultad consistía en que todos eran muy viejos.

En realidad habían sido cuatro perros, pero uno de ellos, un labrador realmente anciano, había muerto hacía pocos meses. Ahora yo debía cuidar del resto, y ninguno de ellos contaba menos de diez años.

Estaban bastante bien, pero todos mostraban señales de vejez: Príncipe con su corazón, Sally que empezaba a beber agua en exceso, lo que hacía que

yo me preguntara si no sería un comienzo de piohemia; y Ben cada día más y más delgado por la nefritis. No podía darle unos riñones nuevos y no tenía demasiada fe en las tabletas de urotropina que le prescribiera. Y otra cosa peculiar de Ben era que siempre tenía que estar cortándole las uñas: crecían a velocidad extraordinaria.

Los gatos estaban mejor, aunque Susie estaba demasiado flaca y yo le vigilaba el abdomen por miedo a hallar señales de linfosarcoma. Arthur era el mejor conservado del grupo; nunca parecía dolerle nada. Solo le molestaban los dientes.

También esto debió ocurrírsele a la señorita Stubbs porque, cuando hube terminado el té, me pidió que lo examinara. Le alcé de la cama y le abrí la boca.

—Sí, tiene un poco de sarro. Se lo quitaré, ya que estoy aquí.

Era un gato gris y enorme, la negativa viviente de esas teorías de que los gatos son por naturaleza fríos, egoístas y todo lo demás. Sus ojos magníficos, enmarcados en la cara más ancha que yo había visto en la vida, miraban al mundo con una benevolencia y tolerancia que lo abarcaba todo. Había una gran dignidad en sus movimientos.

Cuando empecé a rascarle los dientes su pecho hizo eco con el ronroneo de un motor distante. No había necesidad de que nadie lo sujetara. Se quedó allí plácidamente sentado y solo se movió una vez, cuando utilicé los fórceps para arrancarle un pedacito de sarro de un diente y por accidente le cogí la encía. Alzó una pata enorme como diciéndome: «Ten cuidado, muchacho», pero no sacó las uñas.

Volví a la casa apenas un mes más tarde y en respuesta a una llamada urgente de la señora Broadwith a las seis de la tarde. Ben había sufrido un colapso. Salté al coche y, en menos de diez minutos, me abrí camino entre las hierbas crecidas del jardín delantero, mientras todos los animales me observaban desde la ventana. Estalló el coro de ladridos, pero faltaba el de Ben. Al entrar en la habitación lo vi echado de lado, muy quieto, junto al lecho.

«H. M.» solíamos escribir en el libro: Hallado muerto. Solo dos palabras que cubrían toda clase de situaciones, el final de una vaca con fiebre láctea, de un buey hinchado, de un ternero con un ataque. Y hoy significaba que ya no le cortaríamos más las uñas al viejo Ben.

No era frecuente que estos casos de nefritis terminaran de ese modo tan súbito, pero la albúmina había subido peligrosamente en la orina en las últimas semanas.

—Bien, fue muy rápido, señorita Stubbs. Estoy seguro de que el pobre viejo no sufrió en absoluto —mis palabras sonaban huecas.

La vieja dama estaba muy serena. No había lágrimas; solo una expresión algo fija al mirar desde el lecho a su compañero de tantos años. Tenía el propósito de sacarlo de allí lo más rápidamente posible, de modo que lo cubrí con una manta y lo levanté. Cuando ya salía dijo la señorita Stubbs: «Un momento». Se puso de lado con esfuerzo y miró a Ben. Sin cambiar de expresión estiró la mano y le acarició ligeramente la cabeza. Luego se echó atrás serenamente, mientras yo salía a toda prisa de la habitación.

En la cocina, en la parte de atrás, tuve una conferencia apresurada y susurrante con la señora Broadwith:

—Correré al pueblo y haré que Fred Manner venga a enterrarlo —dijo ella—. Si usted tiene tiempo, ¿quiere quedarse con la señora mientras yo estoy fuera? Háblele; eso le hará bien.

Volví y me senté junto al lecho. La señorita Stubbs miró por la ventana unos instantes, luego se volvió a mí.

—Mire, señor Herriot —dijo con calma—, ahora me toca a mí.

—¿Qué quiere decir?

—Bien, que hoy ha sido Ben y yo seré la siguiente. Lo sé.

—Vamos, vamos. Se siente deprimida, eso es todo. Suele ocurrirnos a la mayoría cuando sucede algo así —aseguré. Pero estaba turbado. Jamás antes la había oído hablar de ese modo.

—No tengo miedo —dijo—. Sé que me espera algo mucho mejor. Nunca tuve la menor duda —hubo un silencio entre nosotros mientras ella seguía allí tumbada, alzados los ojos hacia la tarjeta colgada de la lámpara de gas.

Luego volvió la cabeza de nuevo hacia mí:

—Solo tengo un temor —y su expresión cambió repentinamente, como si se hubiera quitado una máscara. Aquel rostro resultaba casi irreconocible. Una especie de terror brillaba en sus ojos, y su mano se aferró a la mía—. Mis perros y gatos, señor Herriot. Me temo que no volveré a verlos cuando muera, y eso me preocupa. Verá, sé que me reuniré con mis padres y hermanos, pero... pero...

—Bien y, ¿por qué no con sus animales?

—Eso es —agitó la cabeza sobre la almohada y por primera vez vi lágrimas en sus mejillas—. Dicen que los animales no tienen alma.

—¿Quién lo dice?

—Bueno, lo he leído, y sé que muchas personas religiosas así lo creen.

—Pues yo no lo creo —di unos golpecitos en aquella mano que aún se aferraba a la mía—. Si tener alma significa ser capaz de sentir amor, lealtad y gratitud, entonces los animales son mejores que muchos seres humanos. No tiene por qué preocuparse.

—Espero que tenga razón. A veces no duermo por la noche pensando en ello.

—Sé que tengo razón, señorita Stubbs, y no discuta conmigo. A nosotros los veterinarios nos enseñan todo lo referente a las almas de los animales.

La tensión abandonó su rostro y se echó a reír con su antigua vivacidad.

—Lamento aburrirle con esto y nunca volveré a hablarle de ello. Pero, antes de que se vaya, quiero que sea absolutamente sincero conmigo. No deseo que me tranquilice... Solo la verdad. Sé que usted es muy joven, pero, por favor, dígame: ¿cuáles son sus creencias? ¿Estarán conmigo mis animales en el más allá?

Me miró intensamente a los ojos. Me removí inquieto en la silla y tragué saliva un par de veces.

—Mire, señorita Stubbs, me temo que mi fe es un poco vaga —dije—, pero de una cosa sí estoy completamente seguro. Adondequiera que usted vaya, ellos irán también.

Siguió mirándome, pero su rostro era ya sereno de nuevo.

—Gracias, señor Herriot. Sé que es sincero conmigo. Eso es lo que cree de verdad, ¿no es cierto?

—Lo creo —dije—. Lo creo con todo mi corazón.

Un mes más tarde, y además por pura casualidad, me enteré de que había visto a la señorita Stubbs por última vez. Cuando muere una vieja pobre y solitaria la gente no se apresura a pararse por la calle para decírtelo. Me hallaba haciendo mi ronda de visitas y un granjero mencionó, como de pasada, que la casa de Corby estaba en venta.

—Pero ¿y la señorita Stubbs? —pregunté.

—Oh, se murió de repente hace unas tres semanas. Dicen que la casa está en muy mal estado, que no ha recibido el menor cuidado en muchos años.

—¿De modo que la señora Broadwith no vive en ella?

—No, creo que vive ahora en el otro extremo del pueblo.

—Y, ¿sabe qué ha sido de los perros y gatos?

—¿Qué perros y gatos?

Acorté la visita. Y no me fui directamente a casa, aunque era casi la hora del almuerzo. Obligué a mi cochecito quejumbroso a ir a toda velocidad a Corby y allí pregunté a la primera persona que encontré dónde vivía la señora

Broadwith. Era una casita diminuta pero atractiva, y ella misma me abrió la puerta.

—¡Oh, pase, señor Herriot! ¡Qué amable al visitarme! —Entré y nos sentamos frente a frente ante una mesa muy limpia.

—Fue muy triste lo de la vieja señora —dijo.

—Acabo de enterarme.

—De todas formas, tuvo un final muy tranquilo. Murió durante el sueño.

—Me alegro de saberlo.

Miró en torno.

—Tuve mucha suerte de encontrar este lugar. Es justo lo que siempre deseé.

No pude contenerme más.

—Y, ¿qué ha sido de los animales? —pregunté.

—Oh, están en el jardín —dijo con el rostro sereno—. Hay un gran trozo de terreno en la parte de atrás —abrió la puerta y vi entrar, aliviado, a mis viejos amigos.

Arthur se lanzó como un rayo a mis rodillas, frotándose estáticamente contra mi brazo mientras se escuchaba el suave ronroneo a pesar de los ladridos de los perros. Príncipe, débil como siempre, la cola cortando el aire, me sonreía entre ladridos.

—Están muy bien, señora Broadwith. ¿Cuánto tiempo van a estar aquí?

—Estarán aquí siempre. Yo los quería tanto como la vieja señora y no he podido separarme de ellos. Aquí tendrán un buen hogar mientras vivan.

Contemplé aquel rostro típico del Yorkshire, aquellas mejillas arrugadas bajo unos ojos amables.

—Es maravilloso —dije—, pero ¿no encontrará algo... eh... caro... alimentarlos?

—Oh, no se preocupe por eso. Tengo ahorrado un poquito.

—Muy bien; yo vendré de vez en cuando para ver cómo siguen. Paso por el pueblo cada dos o tres días —dije; me puse en pie y me dirigí a la puerta.

La señora Broadwith alzó la mano.

—Solo hay una cosa que me gustaría que hiciera antes de que empiecen a vender todo lo que hay en la casa. ¿Quiere ir a recoger lo que queda de sus medicinas? Están en la habitación delantera.

Tomé la llave y fui al otro extremo del pueblo. Al abrir la verja rechinante del jardín e iniciar el camino a través de la hierba, la casa me pareció extrañamente muerta sin los hocicos de los perros en la ventana y, cuando la

puerta se abrió con un crujido y entré, el silencio lo cubría todo como un pesado manto.

Nada habían movido aún. El lecho, con las sábanas revueltas, seguía en el rincón. Me moví por la habitación recogiendo botellas medio vacías, un jarro de unguento, la caja con las tabletas del viejo Ben..., ¡para lo que le habían servido! Cuando lo tuve todo pasé lentamente la vista en torno al cuartito. Ya no volvería más; y en la puerta me detuve y leí por última vez la tarjeta que colgaba sobre el lecho vacío.

Me hallaba pasando la tarde del martes como todos los martes sin falta: contemplando la parte posterior de la cabeza de Helen Alderson en la Sociedad Musical de Darrowby. Era un modo bastante lento de llegar a conocerla mejor, pero no se me había ocurrido otra idea.

Desde aquella mañana en los brezales en que le escayolara la pata al ternero había registrado con regularidad el libro diario con la esperanza de realizar otra visita a la granja. Pero los Alderson tenían por lo visto un ganado insultantemente sano, así que hube de contentarme con el pensamiento de que a fin de mes iría a quitarle el yeso. Lo más terrible fue que el padre de Helen llamó para decirme que, como el ternero iba muy bien, él mismo le había quitado el yeso. Estaba muy satisfecho de comunicarme que la fractura se había unido perfectamente y no había señales de cojera.

Yo admiraba ya para entonces la iniciativa de los hombres de los valles, pero ahora la maldije. Y me uní a la Sociedad Musical. Había visto a Helen entrar en el aula donde se celebraban las reuniones y, con el valor de la desesperación, la seguí hasta allí.

De eso hacía semanas, reflexioné tristemente, y no había hecho el menor progreso. Ni recordaba ya cuántos tenores, sopranos y coros masculinos habían pasado por la sala, y en una ocasión incluso la banda de la localidad se había apretujado en el estrado y casi me había dejado sordo; pero yo no adelantaba nada.

Un cuarteto de cuerda se esforzaba industriosamente esta noche, pero apenas los oía. Mis ojos, como de costumbre, estaban enfocados en Helen, unas cuantas filas delante de mí y sentada entre las dos señoras que siempre parecían acompañarla. Esto era parte del problema: siempre estaban allí las otras dos arruinando cualquier oportunidad de conversación particular, incluso en el intervalo para el té. Y luego, el ambiente general del lugar. Los socios eran viejos casi todos, y además estaba el olor insoportable y fuerte del aula: tinta y cuadernos, tiza y lápices. La clase de lugar donde uno no podía decir de sopetón: «¿Qué va a hacer usted el sábado por la noche?».

Se detuvo la música y todo el mundo aplaudió. El vicario se levantó de la primera fila y sonrió al público con benevolencia.

—Y ahora, señoras y caballeros, creo que podemos descansar unos quince minutos, pues veo que nuestros ayudantes voluntarios han preparado el té. El precio, como de costumbre, será de tres peniques. —Hubo risas y un retirar general de sillas.

Me dirigí al fondo de la sala con los demás, dejé los tres peniques en el plato y recibí la taza de té y una galleta. En esos momentos era cuando intentaba acercarme a Helen con la esperanza ciega de que algo pudiera suceder. No siempre era fácil, porque en ocasiones me acaparaban el director de la escuela y algunos otros que encontraban curioso e interesante que a un veterinario le gustara la música, pero esa noche conseguí introducirme como por accidente en su grupo.

Me miró sobre el borde de su taza.

—Buenas noches, señor Herriot. ¿Le ha gustado? —Señor, ¡siempre decía lo mismo! Y además «señor Herriot». Pero ¿qué podía hacer yo? «Llámeme Jim», sería lo adecuado. Contesté como siempre:

—Buenas noches, señorita Alderson. Sí, ha estado muy bien, ¿verdad? — Todo iba mal de nuevo.

Me tomé la galleta mientras las viejas hablaban de Mozart. Todo se desarrollaría como los otros martes. Ya era hora de que abandonara. Estaba derrotado.

El vicario se acercó muy sonriente a nuestro grupo.

—Me temo que necesito a alguien para lavar los platos y tazas. Quizás nuestros dos amigos jóvenes quisieran encargarse esta noche... —Su mirada amistosa pasó de Helen a mí.

La idea de lavar tazas de té nunca ha encerrado mucho atractivo para mí, pero de pronto fue como ver la tierra prometida.

—Sí, por supuesto, encantado... Es decir, si a la señorita Alderson le parece bien.

Helen sonrió.

—Claro que sí. Todos hemos de hacerlo por turno, ¿no?

Llevé el carrito con las tazas y platos a la cocinita. Era un lugar muy estrecho, con una pila y varios estantes, y apenas cabíamos los dos dentro.

—¿Qué prefiere, lavar o secar? —preguntó Helen.

—Lavaré yo —contesté, y empecé a llevar la pila de agua caliente. No será muy difícil, pensé, llevar ahora la conversación a donde yo quería. Nunca

tendría una oportunidad mejor que esta, apretujado en aquel cuartito con Helen.

Pero a veces resulta desconcertante cómo pasa el tiempo. Cinco minutos enteros y no habíamos hablado más que de música. Con frustración creciente comprobé que habíamos acabado con toda la pila de loza y que no había conseguido nada. Casi me dominó el pánico cuando saqué la última taza del agua jabonosa.

Tenía que ser ahora. Le entregué la taza y ella fue a cogerla, pero yo seguí aferrado al asa, aguardando la inspiración. Helen tiró suavemente, pero la retuve, tenaz. Aquello parecía una guerra fría. Luego oí una especie de graznido que apenas reconocí como mi propia voz:

—¿Puedo verla en alguna ocasión?

Por un instante no contestó e intenté leer en su rostro. ¿Estaría sorprendida, enojada, ofendida incluso? Enrojeció y contestó:

—Sí, si usted quiere.

Y de nuevo escuché aquel graznido:

—El sábado por la noche. —Helen asintió, secó la taza y desapareció.

Volví a mi asiento; el corazón me latía locamente. Los del cuarteto seguían destrozando a Haydn. ¡Ya lo había logrado! Pero ¿le apetecería de verdad? ¿O se habría visto forzada contra su voluntad? Me encogí de vergüenza ante esta idea, pero me consoló la sensación de que, para lo mejor o para lo peor, era un paso adelante. Sí, lo había conseguido al fin.

Cuando me senté a desayunar observé cómo la neblina otoñal se disolvía ante los primeros rayos del sol. Iba a hacer buen día, pero la casa estaba fría esta mañana, un poco helada, como si nos hubieran tocado unos dedos de hielo para recordarnos que el verano se había ido ya y que nos esperaban unos meses muy duros.

—Dice aquí —comentó Siegfried colocando cuidadosamente el ejemplar del *Darrowby and Houlton Times* contra la cafetera— que los granjeros no tienen sentimientos con sus animales.

—¿Que son crueles con ellos, quieres decir?

Unté una tostada con mantequilla y lo miré.

—No exactamente, pero este tipo afirma que, para un granjero, el ganado no es más que su negocio, que no hay sentimiento ni afecto en su relación con ellos.

—Bueno, las cosas no irían demasiado bien si todos fueran como el pobre Kit Bilton, ¿verdad? Se volverían locos.

Kit era un conductor de camión que, como la mayoría de los trabajadores de Darrowby, criaba un cerdo en el fondo del jardín para el consumo familiar. Lo malo era que, cuando llegaba el momento de la matanza, Kit se pasaba tres días llorando. Por casualidad entré una vez en su casa en una de esas ocasiones y encontré a su esposa y a su hija muy afanadas cortando la carne para las salchichas y empanadas mientras Kit se encogía tristemente junto al hogar, con los ojos brillantes de lágrimas. Era un tipo enorme que podía lanzar un saco de cien kilos a la carreta con un simple movimiento de los brazos, pero sollozó: «No puedo soportarlo, señor Herriot. Aquel cerdo era como un cristiano, señor..., justo como un cristiano».

—No, estoy de acuerdo —Siegfried adelantó la mano para coger una rebanada del pan casero de la señora Hall—, pero Kit no es un granjero auténtico. Este artículo habla de gentes con un gran número de animales. La cuestión es esta: ¿es posible que unos hombres así se sientan emocionalmente involucrados? El granjero que ordeña quizás a cincuenta vacas ¿puede

encariñarse realmente con alguna de ellas, o solo las mira como unidades productoras de leche?

—Es una cuestión interesante —dije—, y creo que has puesto el dedo en la llaga con lo del número. Hay muchos granjeros en la región alta que solo tienen unas cuantas. Siempre les dan un nombre a sus vacas: Daisy, Mabel... El otro día incluso me tropecé con una llamada Sortijita. Creo que esos pequeños granjeros sí sienten afecto por sus animales, pero no parece lo mismo al tratarse de grandes propietarios.

Siegfried se levantó de la mesa y se desperezó a gusto.

—Probablemente tienes razón. De todas formas, esta mañana voy a enviarte a un verdadero propietario. John Skripton, de Dennaby Close, tiene animales que necesitan un raspado de dientes. Un par de caballos viejos que han perdido facultades. Será mejor que te lleves todos los instrumentos; tal vez sea algo importante.

Me fui a la pequeña habitación al fondo del pasillo y repasé los instrumentos para los dientes. Siempre me sentía un ser medieval cuando me dedicaba a la odontología con los animales grandes, y en los días del caballo de tiro la tarea era bastante corriente. Uno de los trabajos más comunes consistía en quitar el diente de lobo a los potros. No tengo idea de dónde tomé este nombre, pero ese dientecito se encontraba justo delante de los molares y, si un caballo joven no se desarrollaba bien, siempre se le echaba la culpa.

No servía de nada que los veterinarios protestaran de que un objeto tan diminuto no podía afectar a la salud del caballo, y que el problema se debía probablemente a las lombrices. Los granjeros se mostraban firmes: había que quitarlo.

Para hacerlo sujetábamos al caballo en un rincón, le metíamos un fuerte golpe en la barra con un mazo absurdamente grande. Como el diente no tenía lo que pudiera llamarse raíz, la operación no era muy penosa; pero al caballo sí le molestaba. Generalmente alzaba las patas contra nosotros y nos amenazaba a cada golpe.

Lo más enojoso era que, después de haber hecho el trabajo y haberle repetido al granjero que solo llevábamos a cabo este resto de magia negra por darle gusto, el caballo mejoraba repentinamente y florecía a partir de entonces. Los granjeros solían mostrarse reticentes cuando nuestros esfuerzos tenían éxito, por temor a que cargáramos la mano en la cuenta, pero en estos casos echaban a un lado toda precaución. Y nos gritaban de un extremo a otro de la plaza del mercado: «¡Eh! ¿Se acuerda de aquel caballo al que le quitó el diente de lobo? Pues eso lo arregló».

Contemplé de nuevo, con disgusto, los instrumentos para los dientes: los enormes fórceps con brazos de dos palmos, las tenazas horribles, los aciales, martillos y escoplos, las limas y raspadores, todo un muestrario de la Inquisición. Teníamos una caja grande de madera con asas, para llevar los instrumentos, y, con una buena selección partí, vacilando, hacia el coche.

Dennaby Close no era solo una granja magnífica; era el monumento a la tenacidad y capacidad de un hombre. La casa antigua y hermosa, los amplios edificios, las extensiones de hierba fragante en las laderas que bajaban hasta el torrente, eran pruebas de que el viejo John Skripton había conseguido lo imposible. Había comenzado como un trabajador a sueldo y sin educación, y ahora era un rico propietario de tierras.

El milagro no había ocurrido con facilidad. El viejo John llevaba sobre los hombros toda una vida de duro trabajo que habría matado a muchos hombres; vida en la que no hubo lugar para una esposa, ni para una familia o las comodidades, pero todavía había algo más: su inteligencia en asuntos agrícolas lo había convertido en una leyenda en el distrito. «Cuando todo el mundo sigue por un camino, yo cojo el otro», era una de sus citas favoritas, y lo cierto era que las granjas de Skripton habían logrado salir adelante y ganar una fortuna en épocas ruinosas para otros. Dennaby no era más que una de las tantas granjas de John; tenía dos tierras de labor, de unas ciento sesenta hectáreas cada una, más abajo en el valle.

Había triunfado, sí, pero muchos opinaban que él había sido vencido en el proceso. Había batallado contra la adversidad durante tantos años y con tanta vehemencia que ya no sabía detenerse. Ahora hubiera podido disfrutar de toda clase de lujos y comodidades, pero no tenía tiempo. Decían que el más pobre de sus trabajadores vivía mejor que él.

Me detuve al bajar del coche y quedé en pie mirando la casa como si nunca la hubiera visto, maravillándome de nuevo ante la elegancia con que había resistido más de trescientos años de aquel clima tan duro. La gente venía de lejos para ver Dennaby Close y tomar fotografías de la graciosa mansión con sus ventanas altas y emplomadas y las chimeneas elevadas sobre su tejado, o pasear por el descuidado jardín y subir los escalones de la entrada con el arco de piedra sobre la gran puerta.

Debía de haber habido una hermosa mujer con uno de aquellos gorros de la época en los miradores que sobresalían del edificio, o un caballero paseando junto al muro, con sus zapatos puntiagudos. Pero solo estaba el viejo John, que ya venía impaciente hacia mí, con su chaqueta, vieja y sin botones, asegurada con una cuerda en torno a la cintura.

—¡Venga en seguida, joven! —gritó—. ¡Tengo que pagarle una cuentecita!

Me encaminó hacia la parte posterior de la casa y yo lo seguí, preguntándome por aquella costumbre de los hombres del Yorkshire, que siempre hablaban de «una cuentecita». Entramos por una cocina de grandes losas a una habitación espaciosa y de líneas nobles, pero amueblada tan solo con una mesa, unas cuantas sillas de madera y un sofá en ruinas.

El viejo corrió a la repisa de la chimenea y retiró un fajo de papeles de detrás del reloj. Los repasó, lanzó un sobre encima la mesa y luego sacó el talonario de cheques y lo colocó ante mí. Yo hice lo acostumbrado, es decir, llené el cheque y se lo pasé para que firmara. Escribió con concentración, el rostro de rasgos pequeños y arrugados muy bajo sobre la mesa, la visera de la gorra tocando casi la pluma. Sus pantalones algo cortos mostraban las pantorrillas huesudas y los tobillos desnudos. No llevaba calcetines bajo las pesadas botas.

Cuando me hube guardado el cheque se puso en pie de un salto:

—Tendremos que bajar al río; los caballos están allí —y salió de la casa casi al galope.

Saqué la caja de instrumentos del maletero. Tenía gracia, pero, siempre que llevaba un instrumental muy pesado, mis pacientes estaban lejos. La caja parecía llena de plomo y el peso no disminuiría a lo largo del camino a través de los pastos.

El viejo cogió una horquilla, la clavó en una bala de heno y se la cargó sin esfuerzo sobre el hombro, partiendo otra vez al mismo paso rápido. Atravesamos las puertas de las vallas de piedra una tras otra, a menudo cortando los campos en diagonal. John no reducía la marcha y yo vacilaba tras él, respirando entrecortadamente y tratando de alejar el pensamiento de que al menos tendría cincuenta años más que yo.

Hacia la mitad del camino tropezamos con un grupo de hombres metidos en la eterna tarea de «vallar», es decir reparar los huecos de esos muros de piedra que van trazando los caminos por todas partes en las verdes laderas de los valles. Uno de ellos alzó la vista.

—Buenos días, señor Skripton —canturreó alegremente.

—Nada de buenos días; adelante con el trabajo —gruñó John en respuesta, y el viejo sonrió tan feliz como si hubiera recibido un cumplido.

Me alegré al llegar a terreno llano, en el fondo. Creo que mis brazos habían crecido varios centímetros y ya sentía el círculo de sudor en la frente.

John no parecía afectado en absoluto y se pasaba la horquilla de un hombro a otro. La bala iba dejando su estela sobre la hierba.

Los dos caballos se volvieron hacia nosotros al sonido de nuestros pasos. Estaban metidos en las aguas poco profundas de un arroyo que formaba allí como una ensenada junto a la verde alfombra de hierba espesa. El acantilado que venía a caer detrás del arroyo era una defensa magnífica contra el viento mientras que, a cada lado, unos grupos de robles y hayas ofrecían su sombra a los ardores del sol otoñal.

—Es un sitio precioso, señor Skripton —dije.

—Sí, aquí pueden estar frescos si hace calor, y en invierno tienen el granero —señalaba un edificio bajo, de muros gruesos y con una sola puerta—. Ahí entran y salen cuando quieren.

El sonido de su voz atrajo a los caballos del río con un trote rápido y, cuando se acercaron, pude comprobar que eran realmente viejos. La yegua era castaña y el caballo castrado era de tono bayo, pero ambos tenían la piel tan manchada de gris que casi parecían roanos. Aún era más pronunciado el efecto en sus cabezas, donde los pelos blancos, los ojos hundidos y la profunda cavidad sobre los mismos les daban un aspecto realmente venerable.

Aparte de eso, se acercaron a John con aire débilmente retozón, agitando las patas, moviendo las cabezas y empujándole la gorra con el morro.

—¡Fuera, fuera, malditos vejestorios! —gritó, pero acarició con aire ausente el morro de la yegua y le pasó la mano brevemente por el cuello del caballo.

—¿Cuándo trabajaron por última vez? —pregunté.

—Yo diría que hace unos doce años.

Lo miré.

—¡Doce años! Y ¿han estado aquí abajo desde entonces?

—Pues sí. Como si estuvieran retirados. Se lo han ganado bien —por un momento permaneció silencioso, hundidos los hombros, las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta; luego habló bajito, como para sí—. Eran dos esclavos cuando yo era un esclavo —se volvió a mirarme y, por un segundo revelador, leí en aquellos pálidos ojos azules algo de la agonía y la lucha que compartiera con aquellos animales.

—Pero ¡doce años! De todos modos, ¿qué edad tienen?

La boca de John se torció en las comisuras.

—Bueno, usted es el veterinario. Dígamelo.

Me acerqué con confianza, mi mente repasando las muescas de Galvayne, la forma y tamaño de las marcas, el ángulo de inclinación y todo lo demás.

Cogí el belfo de la yegua y le miré los dientes.

—¡Santo cielo! —grité—. ¡Nunca había visto nada parecido!

Los incisivos eran enormemente largos y se proyectaban hacia adelante hasta encontrarse en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados. No había marcas en absoluto... Habían desaparecido hacía tiempo.

Me reí y me volví al viejo:

—No sirve de nada, solo trataría de adivinarlo. Tendrá que decírmelo usted.

—Bueno, ella tiene unos treinta años, y el caballo uno o dos menos. La yegua tuvo quince potros magníficos y jamás estuvo enferma, excepto un poco de dolor de muelas. He hecho que le limaran los dientes una o dos veces, y ya es hora de hacerlo de nuevo, supongo. Los dos han perdido facultades, y van dejando caer de la boca comida medio masticada. El caballo es el que está peor; le cuesta muchísimo comer.

Metí la mano en la boca de la yegua, le cogí la lengua y la aparté a un lado. Una rápida exploración de los molares reveló lo que había sospechado: los bordes exteriores de los dientes superiores habían crecido en exceso y le irritaban las mejillas, mientras que los bordes interiores de los molares inferiores, en estado muy similar, le exoriaban la lengua.

—Pronto la pondré más cómoda, señor Skripton. Una vez limados esos bordes agudos, quedará como nueva.

Saqué el raspador de la caja, le sostuve la lengua con una mano y trabajé sobre aquella dura superficie, comprobando de vez en cuando con los dedos hasta que ciertos puntos quedaron suficientemente reducidos.

—Ahora ya está bien —dije minutos después—. No quiero dejarlos demasiado suaves, o no podría masticar.

John gruñó:

—De acuerdo. Ahora veamos el otro. Creo que está mucho peor.

Tanteé los dientes.

—Lo mismo que la yegua. Pronto quedará bien.

Al empujar el raspador tuve la sensación incómoda de que algo iba mal. Aquello no entraba hasta el fondo de la boca; algo lo impedía. Dejé de raspar y exploré de nuevo, llegando con los dedos hasta donde me fue posible. Y tropecé con algo muy extraño, algo que no debía haber estado allí. Era como un trozo de hueso que saliera proyectado desde el paladar.

Bien, habría que echar una mirada. Saqué la linterna de bolsillo y la situé sobre el fondo de la lengua. Ahora veía bien el problema: el último molar superior desbordaba sobre el inferior dando como resultado un crecimiento

excesivo del borde posterior. Allí tenía algo semejante a una púa, afilada como un sable, de unos siete centímetros de longitud, que se le clavaba en el tejido tierno de la encía.

Había que quitarlo... y en seguida. Se desvaneció toda la confianza que sentía y reprimí un temblor. Aquello significaba utilizar las horribles tenazas, aquellas cosas de mango largo con una rosca que se manejaba girando una barra. Me ponían nervioso porque soy una de esas personas que no pueden soportar la vista de alguien haciendo estallar un globo, y esto era algo semejante, solo que peor. Había que fijar las dos hojas finas de la tenaza en torno del diente y empezar a girar la barra lentamente, lentamente. El diente empezaba a crujir y rechinar bajo la tremenda presión y, en pocos segundos, se rompía, y entonces era como si alguien te disparara un rifle junto al oído. Ahí empezaba la lucha con el caballo furioso, pero afortunadamente, este era un caballo tranquilo y yo no esperaba que se pusiera a bailar sobre mí con sus patas posteriores. El animal no sufría dolor alguno porque esta parte crecida no tenía nervio... Era el ruido el que causaba el problema.

Volviendo a la caja saqué el terrible instrumento y un abridor de bocas que inserté en los incisivos e hice funcionar hasta que la boca quedó abierta del todo. Pude entonces ver con toda claridad y, por supuesto, allí estaba: otro hueso grande al otro lado, exactamente igual que el primero. Vaya, vaya..., ahora tenía dos que cortar.

El viejo caballo aguantaba pacientemente, los ojos entrecerrados, como si ya lo hubiera visto todo y nada de este mundo pudiera molestarlo. Efectué todos los movimientos y cuando se oyó el crac espantoso, los ojos bordeados de blanco se abrieron de par en par, pero solo como sorprendidos. Ni siquiera se movió. Cuando lo repetí en el otro lado no me prestó la menor atención. En realidad, y con el abrebocas sujetándole las mandíbulas, parecía exactamente que bostezara de aburrimiento.

Mientras guardaba los instrumentos, John recogió los trozos de hueso de la hierba y los estudió con interés.

—Bueno, pobre amigo. Muy bien hecho, joven. Supongo que ahora se sentirá mucho mejor.

De regreso, y aliviado del peso del heno, el viejo John pudo ir mucho más aprisa y subió a gran velocidad, utilizando la horquilla como bastón. Yo le seguía fatigosamente detrás, pasándome la caja de una mano a otra cada pocos pasos.

Casi a mitad del camino se me resbaló, lo que me dio la oportunidad de detenerme para recuperar el aliento. Mientras el viejo murmuraba impaciente,

miré atrás y pude ver a los dos caballos. Habían vuelto al arroyo y estaban jugando juntos, persiguiéndose animadamente y salpicando el agua. El acantilado era como el fondo oscuro de un cuadro, con el río brillante, los árboles de bronce y oro y el verde suave de la hierba.

Allá en la granja John se detuvo con repentina timidez. Inclino la cabeza una o dos veces y dijo:

—Gracias, joven.

Luego se volvió bruscamente y se alejó.

Guardaba con gratitud la caja en el maletero cuando vi al hombre que nos hablara al bajar. Estaba sentado, tan alegre como siempre, en un rincón soleado, la espalda apoyada en una pila de sacos y sacando el almuerzo de una vieja mochila militar.

—Una visita a los jubilados, ¿eh? Por Dios, que el viejo John se conoce bien el camino.

—Los visita con regularidad, ¿no?

—¿Con regularidad? Todos los días que usted quiera puede verlo bajar hasta allí. Con lluvia, con viento, con nieve... no falla. Y siempre les baja algo: un poco de paja, un saco de grano...

—¿Y lleva doce años haciéndolo?

El hombre abrió el termo y se sirvió una taza de té.

—Sí, esos caballos no han trabajado nada en todo ese tiempo, y podía haber cobrado buen dinero por ellos del comerciante de carne de caballo. Una chifladura, ¿verdad?

—Tiene razón —dije yo—. Una chifladura.

Pero, hasta qué punto lo fuera, fue algo que me hizo pensar mucho en el camino de regreso a la clínica. Repasé mi conversación con Siegfried aquella mañana; habíamos decidido que el dueño de muchos animales era imposible que sintiera afecto por algunos individuos entre ellos. Y aquellos edificios estaban llenos de animales de John Skripton... Debía tener centenares.

Sin embargo, ¿qué le hacía bajar la colina cada día, hiciera el tiempo que hiciera? ¿Por qué había llenado de paz y belleza los últimos años de aquellos dos caballos viejos? ¿Por qué les había dado una vida fácil en su ancianidad, unas comodidades que se negara a sí mismo?

Solo podía ser por amor.

Cuanto más tiempo trabajaba en Darrowby más me conquistaba el encanto de aquellos valles. Y había otra ventaja de la que me sentía consciente a diario: los granjeros de los valles eran todos muy diestros con el ganado. Sabían realmente manejar a los animales y, para un veterinario cuyos pacientes están constantemente tratando de derribarlo o de herirlo, aquella era una bendición especial.

De modo que esta mañana contemplé con satisfacción a los dos hombres que sostenían a la vaca. No era un trabajo difícil —solo una inyección intravenosa de lactato de magnesio—, pero resultaba tranquilizador contar con dos tipos fuertes para que me ayudaran. Maurice Bennison, no muy grande pero tan recio como cualquiera de sus propias bestias, se aferraba a un cuerno con la mano derecha mientras le sujetaba el morro con la izquierda. Yo tenía la impresión de que la vaca no saltaría demasiado cuando le metiera la aguja: Su hermano George, cuyo trabajo consistía en hacer resaltar la vena, sostenía el torniquete entre sus manos tan enormes que parecían manojos de zanahorias. Me sonrió amablemente desde su altura de dos metros.

—De acuerdo, George —dije—, sujeta bien esa cuerda y apóyate contra la vaca para impedir que venga contra mí —me abría paso entre el animal y su vecina, pasando junto al bulto firme de George, y me incliné sobre la yugular que destacaba perfectamente. Apoyé la aguja sintiendo que el codo de George se me clavaba en el hombro al inclinarse él para mirar, y la hundí rápidamente en la vena.

—¡Estupendo! —grité al surgir la sangre en chorro y caer sobre el lecho de paja—. Afloja la cuerda, George —dije, metiendo la mano en el bolsillo para sacar la ampolla—, pero, por favor, no te apoyes en mí.

Porque George había decidido por lo visto dejar caer sobre mí, y no sobre la vaca, sus ciento y pico de kilos y, mientras trataba desesperadamente de meter el tubo en la aguja, comprendí que mis rodillas no iban a resistir tanto peso. Grité de nuevo, desesperado, pero George seguía inerte, la barbilla descansando en mi hombro y su respiración estertórea en mis oídos.

Aquello solo podía terminar de un modo. Caí de bruces y me quedé en el suelo retorciéndome bajo el cuerpo inmóvil. De nada servían mis gritos: George se había desmayado.

Atraído por la conmoción, el señor Bennison entró en el establo justo a tiempo de verme salir a rastras de debajo de su hijo mayor.

—¡Sáquenlo rápidamente —grité— antes de que lo pisotee la vaca! —Sin una palabra, Maurice y su padre lo cogieron por las piernas y tiraron al unísono. George salió de debajo de la vaca, la cabeza golpeando sobre las piedras, atravesó el canal del estiércol y siguió durmiendo en el suelo del establo. El señor Bennison se acercó al animal y esperó a que yo continuara con la inyección, pero la presencia de aquel cuerpo tirado allí me impedía concentrarme.

—Oiga, ¿no podríamos incorporarle contra el muro y ponerle la cabeza entre las piernas? —sugerí, en tono de disculpa. Los otros se miraron y, como si hubieran decidido seguirme la corriente, cogieron a George por los hombros y lo levantaron del suelo con la experiencia de hombres acostumbrados a tirar sacos de fertilizante y de patatas. Incluso apoyado contra las duras piedras, la cabeza inclinada hacia adelante y los enormes brazos colgando inertes, el pobre chico seguía teniendo muy mal aspecto.

Yo no podía evitar el sentirme un poco responsable.

—¿No creen que sería mejor darle algo de beber?

Pero el señor Bennison ya había aguantado bastante.

—No, no, pronto estará bien —murmuró malhumorado—. Sigamos con el trabajo.

Indudablemente, opinaba que ya habíamos mimado demasiado a George.

El incidente me hizo pensar en esa cuestión de la reacción de la gente a la vista de la sangre o de alguna circunstancia desagradable. Aunque apenas me hallaba en mi segundo año de práctica ya había formulado ciertas reglas y una de ellas era que el hombre más grande siempre era el que caía primero. (Para ese entonces, ya había formulado también algunas teorías quizá poco científicas; por ejemplo: las personas que vivían en casitas pequeñas siempre tenían perros muy grandes, y viceversa; los clientes que me decían «no importan los gastos» nunca pagaban la cuenta; cuando preguntaba el camino en los valles y me decían «no tiene pérdida» seguro que me hallaba al poco rato irremediabilmente perdido).

Empezaba, pues, a preguntarme si las gentes del campo, a pesar de su íntimo contacto con las cosas fundamentales, no serían tal vez más susceptibles que los de la ciudad, y ello desde que Sid Blenkhorn entrara una

tarde en Skeldale House. Su rostro estaba mortalmente pálido y era obvio que había sufrido una terrible experiencia.

—¿Tiene una gota de *whisky* a mano, Jim? —dijo temblando; y cuando le hube llevado a una silla y Siegfried le puso una copa entre las manos, nos dijo que había asistido a una conferencia de primeros auxilios que estaba dando el Dr. Allison a pocas manzanas de nuestra casa—. Se puso a hablar de venas, de arterías y cosas así —gimió Sid, pasándose la mano por la frente—. ¡Señor, fue horrible!

Por lo visto, a los diez minutos de empezar habían sacado desmayado a Fred Ellison, el pescadero, y el mismo Sid apenas había conseguido llegar sin ayuda a la puerta. Todo un espectáculo.

Y esto me interesaba mucho porque era el pan nuestro de cada día. Supongo que los veterinarios tenemos más problemas que los doctores a este respecto porque, en la mayoría de los casos, cuando nuestros colegas han de operar envían a los pacientes al hospital, mientras que el veterinario se quita la chaqueta y opera allí mismo. Lo cual implica que los propietarios de los animales y sus ayudantes han de echar una mano y presenciar ciertas cosas desagradables a las que no están acostumbrados.

Por eso, aun con mi corta experiencia, había llegado a ser toda una autoridad en aquellas diversas manifestaciones de «empiezo a sentirme mal». Supongo que era un poco pronto para empezar a recoger estadísticas, pero nunca había visto desmayarse a una mujer ni a un hombrecillo, aunque manifestaran diversos grados de temor y angustia. El tipo grandote era el que caía siempre, sobre todo el tipo presumido y con exceso de confianza.

Recuerdo claramente una tarde de verano en que tuve que llevar a cabo una gastrotomía en una vaca. Como regla general me inclinaba a esperar algún tiempo cuando existía la sospecha de un cuerpo extraño. Había tantas otras condiciones como síntomas similares que nunca tenía prisa por hacerle un agujero al animal. Pero esta vez el diagnóstico era fácil: disminución repentina de la leche, ausencia de la segunda masticación y el aspecto rígido y con los ojos hundidos de la vaca. Y, para colmo, el granjero me dijo que había estado reparando un gallinero en los pastos y clavándole unas tablas sueltas. Ya sabía a dónde había ido a parar uno de los clavos.

La granja, justo en la calle principal del pueblo, era el lugar favorito de reunión para los chicos de la localidad. Mientras yo disponía los instrumentos en una toalla limpia colocada sobre una paca de paja, una fila de rostros sonrientes me observaban por encima de la cancilla del establo; y no solo me observaban sino que me animaban con sus bromas. Cuando ya estaba

dispuesto a comenzar se me ocurrió que un par de manos extra me servirían de gran ayuda y me volví hacia la puerta:

—¿Qué tal os parecería si uno de vosotros fuera mi ayudante?

Aumentaron los gritos, luego se abrió la puerta y un mozo pelirrojo se metió en el establo. Tenía un aspecto magnífico, con los hombros anchos y un cuello hercúleo y tostado por el sol sobre la camisa abierta. Solo necesitaba los brillantes ojos azules y aquel rostro de pómulos altos para recordarme a los invasores que corrieran por los valles hacía mil años. Aquí tenía a un auténtico vikingo.

Le vi subir las mangas y mojarse las manos en un recipiente lleno de agua caliente y de antiséptico, mientras yo inyectaba anestesia local en el flanco de la vaca. Cuando le di los fórceps para las arterias y las tijeras para que me las sostuviese empezó a saltar de un lado a otro haciendo como que se disponía a pinchar a la vaca, y carcajeándose.

—¿Qué, te gustaría hacerlo? —pregunté.

El vikingo cuadró los hombros.

—No me importaría probarlo —contestó, y las cabezas sobre la cancilla le aplaudieron con gritos de entusiasmo.

Cuando finalmente apoyé el escalpelo de hoja afiladísima en la vaca el ambiente estaba cargado de bromas ingeniosas. Yo había decidido que esta vez haría la incisión valiente y decidida que recomiendan los libros de cirugía; ya era hora de dejar atrás la etapa de picotear nerviosamente la piel. «Un verdadero tajo» había descrito un autor erudito. Bien, pues así sería ahora.

Apoyé la hoja en el lugar que sujetaba con la mano izquierda y, con un rápido giro de la muñeca, abrí un corte de veinticinco centímetros. Me retiré por unos segundos, admirando los bordes de la piel limpiamente sajada, con unos capilares lanzando sangre sobre los brillantes músculos abdominales que se agitaban ante mis ojos. Y al mismo tiempo observé que los gritos y bromas de los chicos habían cesado en seco, reemplazados por un silencio impresionante que solo rompió un golpetazo terrible a mis espaldas.

—Fórceps, por favor —dije extendiendo la mano. Pero nada sucedió. Miré en torno. La media puerta estaba vacía..., ni una cabeza a la vista. Solo contemplaba ahora al vikingo desmayado en el suelo, brazos y piernas en cruz, la barbilla señalando al techo. Era una actitud tan teatral que pensé que estaba haciendo el tonto, pero un examen más detenido me aclaró toda duda: el vikingo estaba desmayado de verdad. Debía haberse caído hacia atrás como un árbol derribado.

El granjero, un hombrecillo de hombros inclinados que apenas pesaría más de cincuenta kilos, había estado sujetando la cabeza de la vaca. Me miró con un guiño divertido en los ojos.

—Parece que solo quedamos usted y yo, jefe.

Ató el ronزال a una anilla en la pared, se lavó las manos metódicamente y ocupó su lugar a mi lado. Durante toda la operación me pasó los instrumentos, secó la sangre que caía y sujetó las suturas, silbando desafinado entre dientes, como aburrido. La única vez que demostró algo de emoción fue cuando saqué el clavo causante del daño de la profundidad del retículo. Alzó ligeramente las cejas diciendo: «Vaya, vaya...», y luego empezó a silbar de nuevo.

Estábamos demasiado ocupados para hacer nada por el vikingo. A mitad de la operación se incorporó, agitó la cabeza unas cuantas veces, luego se puso en pie y salió con fingida indiferencia del establo. El pobre parecía confiar en que tal vez no nos hubiésemos dado cuenta de nada.

Supongo que, de todas formas, yo nada podía haber hecho para que volviera en sí. Solo en una ocasión descubrí el medio de que alguien desmayado se recuperara instantáneamente, y eso por casualidad.

Fue cuando Henry Dickson me pidió que le enseñara a castrar a un cerdo con hernia. Henry trataba en cerdos a lo grande y tenía la ardiente ambición de adquirir la habilidad de un veterinario.

Cuando me mostró al cerdo joven con la gruesa hinchazón escrotal quise desanimarlo.

—Mira, me parece que esto es trabajo para un veterinario, Henry. Castra a los cerdos normales, por supuesto, pero no creo que en este caso puedas hacerlo bien.

—Y, ¿por qué no?

—Bueno, en primer lugar has de tener en cuenta la anestesia local y, además, el peligro de infección... Realmente hay que tener conocimientos de anatomía para saber lo que se hace.

En el brillo de sus ojos creí ver el cirujano frustrado que había en Henry, cuando dijo:

—Pues me gustaría saber hacerlo.

—Está bien —dije—. ¿Qué te parece si yo castro este como demostración y así puedes decidir? Le daré anestesia general y no tendrás que sostenerlo.

—De acuerdo, es una buena idea —ahora meditó unos segundos—. ¿Qué me cobrará por hacerlo?

—Siete chelines y seis peniques.

—Bueno, supongo que se ha de ganar la vida. Adelante.

Inyecté unos cuantos centímetros cúbicos de nembutal en el peritoneo del cerdo que, después de tambalearse unos instantes, cayó sobre la paja y se quedó muy quieto. Henry había dispuesto una mesa en el patio y allí colocamos al animal dormido. Me disponía a empezar cuando Henry sacó un billete de diez chelines.

—Será mejor que le pague antes de que se me olvide.

—De acuerdo, pero ahora tengo ya las manos limpias. Métemelo en el bolsillo y te daré el cambio al terminar.

Me entusiasmé con mi papel de profesor al entregarme a la tarea. Con todo cuidado hice un corte en la piel sobre el conducto inguinal y saqué el testículo intacto en su envoltura.

—Mira, Henry, los intestinos han bajado por el conducto y están aquí con el testículo —señalé la tira de intestino, de un rosa pálido a través de la membrana traslúcida—. Ahora bien, si hago esto se meten otra vez dentro del abdomen y, si aprieto aquí, vuelven a salirse, ¿lo ves? Mira, ya han desaparecido; ahora han salido de nuevo. Los hago volver una vez más y ¡ya!, aquí los tenemos otra vez. Bien, con objeto de retenerlos de modo permanente en el abdomen cojo el cordón espermático y lo ato en su cubierta muy apretado hasta...

Pero ya no tenía público. Henry se había dejado caer sobre un barril de aceite y yacía sobre la mesa con la cabeza hundida entre los brazos. Experimenté una profunda desilusión y llevé a cabo el trabajo e inserté las últimas suturas con el triste anticlímax de mi estudiante desvanecido al extremo de la mesa.

Volví el cerdo a su pocilga y recogí el equipo; entonces recordé que no le había devuelto el cambio a Henry. No sé por qué lo hice pero, en vez de media corona, saqué un chelín y seis peniques y los dejé en la mesa a pocos centímetros de su rostro. El ruido le hizo abrir los ojos y miró mareado las monedas durante unos segundos, luego, con brusquedad aterradora, se incorporó de un salto, el rostro ceniciento pero muy alerta.

—¡Eh! —gritó—. ¡Que falta un chelín!

Los veterinarios son criaturas inútiles, parásitos de la comunidad agrícola, especialistas muy caros que en realidad no saben nada de animales ni de sus enfermedades. Lo mismo da llamar a Jeff Mallock, el desguazador, que al veterinario.

Al menos esa era la opinión de la familia Sidlow, que no se recataban al expresarla con frecuencia. En realidad, y para ser sinceros, la única persona en muchos kilómetros que sabía tratar a las bestias enfermas era el mismo señor Sidlow. Si alguna de sus vacas o caballos enfermaba, el señor Sidlow los atendía con todo un equipo de remedios soberanos. Tenía un prestigio casi sobrehumano ante su esposa y su familia numerosa, y para ellos era artículo de fe que el padre era infalible en esos asuntos. El único que podía compararse con él en sabiduría era el abuelo Sidlow, muchos años difunto y del que su padre aprendiera tantas curas.

Ahora bien, Sidlow era un hombre justo y muy humano. Después de cinco o seis días de cuidados delicados durante los cuales metía un cuarto de kilo de manteca de cerdo y pasas por la garganta de la vaca tres veces al día, le frotaba vigorosamente la ubre con trementina o le cortaba quizás el extremo del rabo para acabar con el mal, al final siempre llamaba al veterinario. No es que eso fuera a servir de nada, claro, pero quería darle al pobre bicho todas las oportunidades.

Cuando llegaba el veterinario se encontraba invariablemente con una criatura moribunda de ojos hundidos, y el tratamiento desesperado que pudiera intentar podría compararse a la administración de los últimos ritos. El animal se moría siempre, y así los Sidlow se reafirmaban en su opinión: los veterinarios no servían para nada.

La granja estaba situada fuera del sector normal de nuestra práctica y nosotros éramos la tercera firma con la que tratara Sidlow. Primero había sido cliente de Grier, en Brawton, pero este le pareció muy caro, por lo que se pasó a Wallace, allá en Mansley. Wallace le había desilusionado profundamente y entonces había decidido probar en Darrowby. Llevaba con nosotros más de un

año pero eran unas relaciones bastante incómodas, ya que Siegfried había conseguido ofenderlo profundamente en su primera visita. Se trataba de un caballo moribundo, y Sidlow, al describir el tratamiento que llevara a cabo, dijo que le había estado metiendo cebollas crudas por el recto. No comprendía por qué no podía sostenerse en pie. Siegfried le había indicado que, si él insertara una cebolla cruda por el recto del señor Sidlow, tampoco este podría sostenerse sobre sus piernas.

Fue un mal comienzo, pero realmente ya no quedaban más veterinarios. Así que siguió con nosotros.

Yo me sentía muy afortunado porque ya llevaba en Darrowby más de un año y aún no había tenido que visitar su granja. Sidlow no solía llamar durante las horas normales de trabajo, ya que, después de luchar con su conciencia durante unos días, siempre parecía perder la batalla hacia las once de la noche (con una excepción: a veces llamaba los domingos por la tarde) y siempre había coincidido con las noches de servicio de Siegfried. Y este había salido en varias ocasiones jurando entre dientes y regresado de madrugada con los ojos ligeramente saltones.

De modo que, cuando finalmente me llegó el turno, no acudí con demasiado entusiasmo y aunque se trataba de un buey que se ahogaba y que no ofrecería dificultades. (Esto ocurre cuando a una bestia se le atraganta un pedazo de nabo o una patata en el esófago, impidiendo la regurgitación de los gases y originando una hinchazón que puede ser fatal. Generalmente lo curábamos mediante una punción estomacal, o empujando suavemente la obstrucción hasta el estómago con un instrumento largo y flexible llamado una sonda esofágica). Por lo visto, en esta ocasión habían comprendido que era imposible esperar unos cuantos días y, por variar, nos llamaron a las cuatro de la tarde.

La granja estaba más cerca de Brawton que de Darrowby, situada en la región baja, ya en la llanura de York. No me gustó el aspecto del lugar; había algo deprimente en el ruinoso edificio de ladrillo, en la monotonía de las tierras de labor con solo algún montón de patatas aquí y allá para aliviar la extensión llana.

Al ver por primera vez a Sidlow recordé que él y su familia pertenecían a una secta religiosa terriblemente fanática. Yo había visto ya aquellos rostros flacos de azuladas mejillas y ojos torturados en las páginas de mis libros de historia hacía tiempo. Tuve la impresión de que Sidlow me quemaría en la hoguera sin el menor escrúpulo.

El buey estaba en un establo oscuro junto al patio. Varios miembros de la familia habían entrado con nosotros, dos jóvenes de unos veinte años y tres muchachitas, todos agraciados al estilo gitano pero todos con el mismo rostro tenso y serio que su padre. Al ir de un lado a otro examinando al animal observé una peculiaridad más: todos me miraban a mí, luego al buey, luego unos a otros de reojo, subrepticamente, sin mover la cabeza. Nadie decía nada.

Me hubiera gustado romper el silencio pero no se me ocurría nada alegre que decir. Esto no tenía el aspecto de una obstrucción corriente. Podía percibir la patata claramente desde el exterior, a mitad del esófago, pero a su alrededor había una masa edematosa que se extendía hacia arriba y hacia abajo por todo el lado izquierdo del cuello. No solo eso, sino que de la boca le caía una espuma sanguinolenta. Había algo raro aquí.

De pronto me asaltó una idea.

—¿Han estado tratando de empujar la patata hacia abajo con algo?

Casi pude sentir la fusilada de miradas de reojo, y los músculos de la mandíbula de Sidlow se endurecieron repentinamente.

—Sí, probamos un poco.

—¿Qué utilizaron?

Otra vez se apretaron los músculos bajo la oscura piel.

—El mango de la escoba y un trozo de manguera. Como siempre.

Eso bastó. La sensación de fatalidad me sobrecogió. Hubiera resultado agradable ser el primer veterinario que dejara una buena impresión pero no iba a ser posible. Me volví al granjero:

—Me temo que le han desgarrado el esófago. Es un tubo muy delicado, ya saben, y solo con que lo empujen un poco demasiado fuerte ya lo han atravesado. Vea ese fluido que se ha reunido ahí.

Un silencio de temor acogió mis palabras. Continué:

—He visto suceder esto antes. Las perspectivas no son buenas.

—De acuerdo —gruñó Sidlow—. ¿Qué va a hacer al respecto?

Eso es: ¿qué iba a hacer yo al respecto? Quizás ahora, treinta años más tarde, hubiera sido posible reparar el esófago, llenar la herida con polvos antibióticos y darle toda una serie de inyecciones de penicilina, pero entonces y allí, en aquel lugar tristón, mirando al paciente animal que intentaba tragar penosamente y que tosía sangre, comprendí que estaba vencido. Un esófago roto era algo mortal por necesidad. Registré en mi mente para hallar las palabras adecuadas.

—Lo siento, señor Sidlow, pero no puedo hacer nada al respecto —las miradas empezaron de nuevo y el granjero aspiró el aire por la nariz; no necesitaba que me dijeran lo que pensaban todos: otro veterinario inútil, inspiré profundamente a mi vez—. Aunque lograra sacarle la patata, la herida se contaminaría cuando la bestia intentara comer. Inmediatamente surgiría la gangrena, y eso significa una muerte muy dolorosa. Ahora está en muy buenas condiciones... En su lugar yo lo llevaría al matadero inmediatamente.

La única respuesta fue toda una exhibición de su brusco cerrar los dientes. Intenté otra salida:

—Le daré un certificado. Estoy seguro de que el carnicero aceptará la carne.

Nadie acogió mi observación con gritos de gozo. Si acaso la expresión de Sidlow aún se hizo más fría.

—Este animal no está todavía para el matadero —susurró.

—No, pero pronto tendrá que enviarlo allí, quizá dentro de un mes. Estoy seguro de que no perderá mucho. Mire —dije con un vano intento de mostrarme animado—, si me permite que entre en la casa, le escribo el certificado ahora y acabamos con esto. Realmente no se puede hacer otra cosa.

Me volví y me dirigí, a través del patio, hacia la cocina de la granja. Sidlow y su familia me siguieron en silencio. Escribí el certificado rápidamente, mientras sentía que caían sobre mí oleadas de desaprobación en la habitación silenciosa. Cuando doblaba el papel tuve la repentina convicción de que Sidlow no prestaría la menor atención a mis consejos. Esperaría un día o dos para ver qué tal se resolvía aquello. Pero la idea del pobre animal, grande y desconcertado, tratando en vano de tragar mientras aumentaban su hambre y su sed, fue demasiado para mí. Me dirigí al teléfono, junto a la ventana.

—Llamaré a Harry Norman, al matadero. Estoy seguro de que vendrá inmediatamente si se lo pido —hice todas las disposiciones, colgué el teléfono y me dirigí hacia la puerta, hablando solo al perfil de Sidlow al salir—. Ya está arreglado. Harry vendrá dentro de media hora. Es mejor que lo hagan inmediatamente.

Al cruzar el patio tuve que luchar con el impulso de echar a correr. Cuando me metía en el coche recordé el consejo de Siegfried: «En las situaciones peliagudas dale siempre la vuelta al coche antes de examinar al animal. Deja el motor en marcha si es necesario. Es esencial que puedas salir a toda prisa». Tenía razón. Me llevó mucho tiempo dar la vuelta y hacer toda

la maniobra bajo la batería de aquellos ojos. No suelo enrojecer con facilidad, pero el rostro me ardía cuando al fin me vi fuera de la granja.

Era mi primera visita a los Sidlow y rogué porque fuera la última. Pero se me había acabado la suerte. A partir de entonces, cada vez que nos llamaban daba la casualidad que era mi turno de vigilancia. Prefería no hablar de los casos que trataba allí y me limitaba a anotar por escrito lo que había ido mal en cada ocasión. El mismo nombre de Sidlow llegó a ser sinónimo de maleficio para mí. Por mucho que lo intentara, nada me salía bien en aquella granja, así que al poco tiempo toda la familia me consideraba la peor amenaza de la población animal con que habían tropezado. Ya no tenían buena opinión de los veterinarios en general, y habían conocido a algunos magníficos, pero es que yo era con mucho el peor. Nadie podía quitarme el título del idiota más grande de todos.

Las cosas se pusieron tan mal que, si veía a alguno de los Sidlow en la ciudad, me metía por una callejuela para evitar tropezarme con ellos, y un día, en la plaza del mercado, sufrí la experiencia terrible de coincidir con toda la familia embutida en un coche grande y viejo que pasó a pocos metros de mí. Los rostros miraban rígidamente al frente, pero yo sabía que me contemplaban por el rabillo del ojo. Afortunadamente yo estaba ante Las Armas de Drovers, así que pude meterme allí a toda prisa y tranquilizarme con medio litro de cerveza.

Sin embargo, me había olvidado por completo de ellos un sábado por la mañana cuando Siegfried me preguntó si quería ir como funcionario a las carreras de Brawton.

—Me han pedido que lo haga, ya que Grier está de vacaciones —dijo—, pero he prometido ir a ayudar a Dick Henley, en Casborough, con una operación de costillas. No puedo abandonarle ahora. Ese trabajo de las carreras no es mucho en realidad; el veterinario oficial del hipódromo estará allí y él te librá de todo.

Apenas había desaparecido cuando hubo una llamada telefónica del hipódromo. Uno de los caballos se había caído al sacarlo de su casilla y se había dañado en una rodilla. ¿Querría ir en seguida?

Ni siquiera ahora soy experto en caballos de carreras, que forman por sí mismos toda una rama de la práctica con sus propias tensiones, su propia mística. En el corto tiempo que llevaba en Darrowby apenas había tenido que ver con ellos, ya que Siegfried se sentía fascinado por todo lo equino y generalmente se mostraba siempre deseoso de intervenir en todas las oportunidades que surgían. Así que mi experiencia práctica era nula.

Y no me alivió en absoluto la vista de mi paciente. Aquella rodilla era una visión espantosa. Había tropezado al final de la rampa y caído con todo su peso sobre el suelo de piedra. La piel lacerada colgaba en girones sanguinolentos dejando a la vista toda la articulación de la rodilla en un desgarrón de unos quince centímetros, y los tendones extensores brillaban a través de la capa aponeurótica. Aquel hermoso caballo de tres años sostenía el miembro en alto temblando, la pezuña tocando apenas el suelo. La rodilla herida era un violento contraste con la piel fina y maravillosamente cuidada.

Al examinar la herida y tantear con delicadeza la articulación me sentí inmediatamente agradecido por una cosa: era un animal tranquilo. Algunos caballos son tan nerviosos que el roce más ligero los hace saltar por el aire, pero ese apenas se movió mientras yo intentaba reunir aquel lío de pedazos de piel. Otro golpe de suerte: no faltaba nada.

Me volví al encargado de los establos, un tipo pequeño y cuadrado que me observaba fijamente con las manos metidas en los bolsillos.

—Limpiaré la herida y la coseré, pero necesitará la atención de un experto cuando se lo lleve a casa. ¿Puede decirme quién va a tratarlo?

—Sí, señor, el señor Brayley-Reynolds. Él se encarga del animal.

Me enderecé de un salto. Aquel nombre era como una trompeta que despertaba ecos de mis días de estudiante. Cuando uno mencionaba los caballos generalmente acababa hablando de Brayley-Reynolds más pronto o más tarde. Me imaginaba al gran hombre inspeccionando mi trabajo: «Y ¿quién dice que lo trató? ¿Herriot...? ¿Herriot...?».

Me puse al trabajo latíendome el corazón mucho más aprisa. Afortunadamente, la rótula y los tendones no estaban dañados, no había escape de sinovia. Utilizando una solución de Chinosol limpié a fondo las últimas grietas de la herida hasta que el suelo a mi alrededor quedó blanco de restos de algodón, luego puse polvos de yodoformo y uní los extremos sueltos de la aponeurosis. Ahora tenía que hacer un buen trabajo con la piel para evitar la desfiguración si era posible. Elegí seda muy fina y una aguja de sutura finísima y me puse de nuevo de rodillas.

Supongo que estuve casi una hora cosiendo los girones de piel cuidadosamente en su sitio y uniéndolos con innumerables suturas diminutas. Hay cierta fascinación en reparar una herida en girones, y yo siempre me entregaba a ello con entusiasmo, incluso sin un imaginario Brayley-Reynolds mirando por encima de mi hombro. Cuando al fin me puse en pie lo hice lentamente, como un viejo, librándome poco a poco de la tensión en los

músculos del cuello y la espalda. Con las rodillas temblorosas miré al encargado del establo casi sin reconocerlo. Estaba sonriendo.

—Lo ha hecho estupendamente —dijo—. Parece nuevo. Quiero darle las gracias, señor. Es uno de mis favoritos, no solo porque es un buen caballo, sino por ser tan tranquilo —le dio unos golpecitos en el lomo.

—Espero que quede bien —saqué un paquete de gasas y una venda—. Voy a cubrirle la herida con esto y luego puede ponerle un vendaje fuerte de establo. Le daré una inyección antitetánica, y eso es todo.

Estaba guardando los instrumentos en el coche cuando el encargado se puso de nuevo a mi lado.

—¿Es usted aficionado a hacer apuestas?

Me eché a reír.

—Casi nunca lo hago. No entiendo nada de eso.

—Bueno, no importa —miró en torno y bajó la voz—. Voy a decirle por quién ha de apostar esta tarde. Kemal, en la primera carrera. Es uno de los nuestros y va a ganar. Lo pagarán bien.

—Gracias. Eso me dará algo que hacer. Apostaré media corona.

El rostro de aquel hombrecillo se arrugó en una mueca de disgusto.

—No, no. Apueste cinco libras. Le aseguro que no falla. No se lo diga a nadie, pero apueste cinco libras a ese caballo.

Se alejó rápidamente.

No sé qué locura se apoderó de mí pero, para cuando volví a Darrowby, estaba decidido a seguir su consejo. Había habido algo convincente en aquel susurro ahogado y en la confianza total de los ojillos negros. Aquel hombre trataba de hacerme un buen favor. Yo había observado que miraba mi chaqueta vieja y los pantalones arrugados de franela, tan distintos del elegante atuendo del típico veterinario de caballos. Quizá pensaba que yo necesitaba el dinero.

Me detuve en el Midland Bank y saqué cinco libras que, en aquel tiempo, representaban aproximadamente la mitad de mi cuenta. Corrí a hacer las visitas que quedaban, tomé rápidamente el almuerzo y me puse mi mejor traje. Aún quedaba mucho tiempo para llegar al hipódromo, saludar a los funcionarios y apostar mis cinco libras a Kemal antes de la primera carrera de las 2,30.

En el momento en que iba a dejar la casa sonó el teléfono. Era Sidlow. Tenía una vaca con diarrea que necesitaba atención inmediatamente. Claro, pensé con tristeza, en aquel momento de ansiosa precipitación había de caer sobre mí el maleficio. Y sábado por la tarde además, por supuesto. Pero traté

de darme ánimos: la granja estaba cerca de Brawton y no me llevaría mucho tiempo tratar una diarrea. Aún llegaría a la carrera.

Al bajar del coche en la granja mi aspecto imaculado despertó una fusilada de miradas oblicuas de toda la familia, mientras los labios rígidos y los hombros cuadrados de Sidlow decían bien a las claras que se disponía a recibir otra de mis visitas con valor.

Quedé atónito al entrar en el establo, y atónito seguí mientras Sidlow me explicaba cómo había batallado contra los repetidos ataques de diarrea de aquella vaca a lo largo de varios meses, cómo había empezado por darle cáscaras de huevo hasta llegar a su remedio poderoso: vitriolo azul y té amargón sin que sirviera de nada. Casi no lo oía porque a la primera mirada había visto claro que lo que la vaca tenía era la enfermedad de Jöhne.

Nadie podía estar del todo seguro, naturalmente, pero el enflaquecimiento avanzado del animal, especialmente en los cuartos traseros, y la corriente de diarrea fétida que había eyectado al entrar yo, eran en sí un diagnóstico. Instintivamente le levanté el rabo y le metí el termómetro en el recto. No es que me interesara demasiado su temperatura, pero eso me daría un par de minutos para pensar.

Sin embargo, en este caso solo dispuse de cinco segundos, porque, sin previo aviso, el termómetro desapareció de entre mis dedos. Una succión repentina lo había hundido en el interior de la vaca. Introduje los dedos en el recto: nada. Metí a toda prisa la mano, pero sin éxito. Con pánico creciente me subí la manga y registré en vano.

No quedaba otro remedio: tenía que pedir una cubeta de agua caliente, jabón y una toalla, y desnudarme como si me dispusiera a hacer una larga operación. En los treinta y tantos años que llevo en la práctica recuerdo muchas ocasiones en las que he quedado como un idiota, pero ninguna puede compararse con aquel cuadro: yo, desnudo hasta la cintura en el centro de un círculo de miradas hostiles y registrando frenéticamente el interior de aquella vaca. Y en lo único en que podía pensar era en que estaba en casa de los Sidlow; todo era aquí posible. Con el desconcierto mental más absoluto había olvidado todos mis conocimientos de patología y anatomía y solo era capaz de imaginar el pequeño tubo de cristal recorriendo a toda velocidad los intestinos hasta atravesar al fin algún órgano vital. Y aún se me ocurría otra perspectiva no menos horrible: tener que llevar a cabo una operación de importancia, una laparotomía a gran escala, para recuperar el termómetro.

Casi resulta imposible describir la sensación de alivio que me inundó cuando al fin lo atrapé entre los dedos. Lo saqué, sucio y chorreante, y miré

estúpidamente la temperatura.

Sidlow se aclaró la garganta.

—Bueno, ¿qué dice? ¿Tiene fiebre?

Di media vuelta y le miré con ojos penetrantes. ¿Era posible que hablara en broma por una vez? Pero el rostro, torvo y ceñudo, era inexpresivo.

—No —murmuré en respuesta—. No tiene fiebre.

El resto de la visita ha quedado siempre misericordiosamente confuso en mi mente. Sé que me lavé y me vestí, y que dije a Sidlow que, en mi opinión, su vaca tenía la enfermedad de Jöhne, y que, por tanto, era incurable, pero que me llevaría una muestra para asegurarme. Los detalles están confusos, pero sí recuerdo que en ningún momento disfruté de luz ni de esperanza.

Dejé la granja muy desanimado y, sintiéndome como nunca víctima de un maleficio, conduje sin levantar el pie del acelerador hasta Brawton. Entré rugiendo en el estacionamiento del hipódromo, corrí a toda prisa a la entrada de propietarios y entrenadores y cogí al portero por la manga.

—¿Ha empezado ya la primera carrera? —dije, casi sin aliento.

—Acaba de terminar —contestó alegremente—. Kemal la ganó. La están pagando diez a uno.

Me volví y crucé lentamente el césped. ¡Cincuenta libras! Una fortuna que el destino cruel me había arrebatado de entre los dedos. Y, para rematar la tragedia, el espectro de Sidlow. Podía perdonarle que me hubiera hecho salir de casa a horas indecibles; podía perdonarle que me hubiera presentado una larga sucesión de casos desesperados que me hundieron la moral al límite; podía perdonarle que me juzgara el idiota mayor del Yorkshire y que voceara esta opinión por todos lados. Pero jamás podría perdonarle que me hubiese hecho perder esas cincuenta libras.

—El Reniston, ¿eh? —dije inquieto—. Un poco impresionante, ¿no te parece?

Tristán estaba tumbado más que sentado, en su sillón favorito, y me miró entre una nube de humo.

—Naturalmente que es impresionante. El hotel más lujoso de todo el país, sin contar los de Londres, pero el único lugar posible para tus propósitos. Mira, esta noche es tu gran oportunidad, ¿no? Quieres impresionar a esa chica, ¿verdad? Bien, pues llámala y dile que la vas a llevar al Reniston. La cocina es maravillosa y los sábados por la noche hay baile durante la cena. Y hoy es sábado —se incorporó repentinamente, abriendo los ojos de par en par—. ¿No te lo imaginas, Jim? La música del trombón de Benny Thornton y tú, lleno de langosta a la termidor, flotando por la pista estrechando a Helen entre los brazos. Lo único malo es que te costará un riñón pero, si estás dispuesto a gastarte el sueldo de dos semanas, puedes pasar una noche inolvidable.

Apenas oí esta última parte, pues solo me concentraba en la encantadora visión de Helen apoyada en mí. Era una imagen capaz de borrar algo tan material como la cuestión económica, y me quedé con la boca abierta, como si ya escuchara el trombón. La verdad es que lo oía con toda claridad.

Tristán interrumpió mis sueños.

—Hay otra cosa..., ¿tienes traje de etiqueta? Vas a necesitarlo.

—No estoy muy bien en esa cuestión. En realidad, y para ir a la fiesta de la señora Pumphrey, tuve que alquilar un traje en Brawton, pero ahora no tengo tiempo para eso —me detuve y pensé por un momento—. Aún conservo mi traje de etiqueta, pero me lo hicieron cuando tenía diecisiete años y no sé si ahora cabré en él.

Tristán rechazó la idea. Inspiró el humo del cigarrillo hasta el fondo de los pulmones y lo fue soltando de mala gana en círculos, a la vez que hablaba.

—Eso no tiene importancia, Jim. Mientras lleves traje de etiqueta te dejarán entrar y, tratándose de un chico alto y bien parecido como tú, no tiene importancia cómo te sienta el traje.

Subimos y lo sacamos del fondo de mi baúl. Yo lo había utilizado mucho en los bailes de la escuela y, aunque hacia final de curso ya me venía muy apretado, seguía siendo un auténtico traje de etiqueta y, como tal, exigía cierto respeto. Pero ahora tenía un aire patético. Había cambiado la moda y lo que se llevaba en esta época eran chaquetas más bien sueltas y camisas sin almidonar. Mi traje pertenecía totalmente a la vieja escuela e incluía un chaleco absurdamente pequeño con solapas y una camisa rígida, de cuello alto y duro.

Mis problemas empezaron en realidad en cuanto me lo hube puesto. El trabajo constante, el aire de los Peninos y los sabrosos guisos de la señora Hall me habían hecho engordar, y faltaba un buen palmo para poder abrocharme la chaqueta sobre el estómago. Por lo visto también había crecido, ya que quedaba un generoso espacio entre el borde del chaleco y los pantalones, que me quedaban tensos sobre los muslos y en cambio formaban bolsas más abajo.

La confianza de Tristán se evaporó mientras yo daba la vuelta ante él, así que decidió pedirle consejo a la señora Hall. Esta era una mujer muy ecuánime que soportaba la vida irregular de Skeldale House sin reacciones visibles, pero cuando entró en el dormitorio y me miró, sus músculos faciales sufrieron un espasmo. Tras unos instantes de lucha superó aquella debilidad y empezó a hablar con toda formalidad.

—Un pequeño ensanche, un escudete en la parte trasera de los pantalones, hará maravillas, señor Herriot, y creo que si le bordeo la chaqueta con cordón de seda por la parte de delante le quedará mejor. Verá, no es que vaya a sobrarle sitio, pero eso no debe preocuparle. Y le daré un buen planchado... Eso supone siempre una gran diferencia.

Nunca me ha interesado demasiado mi aspecto, pero esa noche me lancé realmente al trabajo lavándome, poniéndome colonia y probando a hacerme la raya, ya en este lado ya en el otro, antes de quedar satisfecho. Por lo visto, Tristán se había nombrado a sí mismo maestro de ceremonias y me subió el traje tiernamente, caliente aún de la plancha de la señora Hall. Luego, como un sirviente profesional, me ayudó a vestirme. El cuello alto fue lo que más nos costó, y me arrancó varios juramentos mientras me lo abrochaba, no sin cogerme a la vez la carne del cuello con el botón.

Cuando al fin quedé dispuesto me hizo dar la vuelta varias veces, tirando y alisando la tela, y haciendo delicados ajustes aquí y allá.

Al fin se detuvo y me examinó de frente. Nunca le había visto tan grave.

—Magnífico, Jim, magnífico. Estás estupendo. Ya sabes, distinguido. No todo el mundo sabe llevar un traje de etiqueta; la mayoría parecen camareros. Pero tú no. Espera un minuto y te traeré el abrigo.

Había quedado en recoger a Helen a las siete y, al bajar del coche en la oscuridad ante su casa, me dominó una inquietud. Esto era distinto. Yo había venido aquí antes como veterinario, como un hombre con conocimientos que es necesario y que viene a prestar ayuda en un momento de apuro. Nunca se me había ocurrido que aquello afectara a mi aspecto al entrar en una granja. Pero estas circunstancias eran bien distintas. Yo iba allí a recoger a la hija de aquel hombre. Tal vez a él no le gustara; quizás incluso se hallara positivamente resentido.

Ante la puerta de la granja inspiré profundamente. La noche era muy oscura y silenciosa. No se escuchaba sonido alguno entre los árboles y solo el rugir distante del Darrow cortaba el silencio. Las lluvias abundantes y recientes habían transformado el tranquilo río en un torrente atronador que en algunos sitios desbordaba las orillas e inundaba los pastos cercanos.

El hermanito de Helen me hizo pasar a la cocina. Se tapaba la boca con la mano intentando ocultar la sonrisa. Por lo visto, hallaba muy graciosa la situación. Su hermanita, sentada a la mesa y haciendo los deberes, simulaba concentrarse en los libros, pero también ella sofocaba una sonrisilla al mirar las páginas.

El señor Alderson estaba leyendo el *Farmer and Stockbreeder*, con los calzones de montar desabrochados en parte y los pies, sin calcetines, extendidos hacia los leños ardientes. Alzó la vista por encima de las gafas.

—Pase, joven, y siéntese junto al fuego —dijo como abstraído. Yo tuve la sensación, algo incómoda, de que para él era una experiencia frecuente y aburrida el recibir a los jóvenes que venían a recoger a su hija mayor.

Me senté al otro lado de la chimenea y el señor Alderson volvió a su estudio de la revista de ganadería. El sonoro tictac de un gran reloj de pie cortaba el silencio. Miré al fondo en llamas de la chimenea hasta que empezaron a dolerme los ojos, luego fijé la vista en un cuadro de marco dorado colgado sobre la repisa: unas vacas hundidas hasta las rodillas en un lago de un azul extraordinariamente brillante; tras ellas una cordillera de montañas terribles y absurdas, las cumbres cubiertas por una niebla sulfurosa e irreal.

Apartando la vista fui examinando una a una las tiras de tocino y los jamones que colgaban de ganchos fijos al techo. El señor Alderson volvió una página. El reloj siguió con su tictac. En la mesa, los niños ahogaban la risa.

Había pasado como un siglo cuando oí pasos en la escalera y luego Helen entró en la habitación. Llevaba un vestido azul, de aquellos sin hombros que parecían sostenerse en su sitio como por arte de magia. Los cabellos oscuros brillaban bajo la única lámpara que había en la cocina, cayendo suavemente sobre la curva del cuello y de los hombros. Llevaba al brazo un chaquetón de pelo de camello.

Quedé atónito. Era como una joya exótica en aquel marco grosero de suelo de losas y muros encalados. Me sonrió serena y amistosamente y se dirigió a mí.

—¡Hola! Confío en no haberle hecho esperar demasiado tiempo.

Murmuré algo en respuesta y la ayudé a ponerse el chaquetón. Se inclinó a besar a su padre, que ni siquiera alzó la vista y que la despidió con un gesto vago. Hubo otro estallido de risitas en la mesa. Salimos.

En el coche me sentí más nervioso que nunca y, a lo largo de dos o tres kilómetros, tuve que echar mano a observaciones triviales sobre el tiempo para que no faltara la conversación. Empezaba a relajarme cuando pasé por un puente muy elevado y fui a caer en una hondonada en el camino. El coche se paró de repente. El motor aún ronroneó unos segundos y luego nos quedamos sentados en silencio e inmóviles en la oscuridad. Pero había otra cosa: notaba los pies más y más helados.

—¡Dios mío! —grité—. ¡Nos hemos metido en un camino inundado! Está entrando agua en el coche —me volví a Helen—. Lo lamento muchísimo... Debe tener los pies empapados.

Pero ella se echó a reír. Había subido los pies al asiento y las rodillas casi le tocaban la barbilla:

—Sí, estoy un poco mojada, pero no arreglamos nada sentados aquí. ¿No sería mejor que empezáramos a empujar?

Vadear en aquellas aguas negras y heladas era una pesadilla, pero no había otro remedio. Afortunadamente era un coche pequeño y entre los dos conseguimos sacarlo del hoyo inundado. Entonces, echando mano de la linterna, sequé las bujías y puse de nuevo el motor en marcha.

Helen temblaba al meternos otra vez en el coche.

—Me temo que habrá que volver y cambiarme de zapatos y medias. Y usted también. Hay otro camino por Fensley. Coja la primera desviación a la izquierda.

De nuevo en la granja, el señor Alderson, que seguía leyendo el *Farmer and Stockbreeder*, apoyó el dedo en la lista de los precios de los cerdos mientras me lanzaba una mirada amenazadora por encima de las gafas.

Cuando supo que había venido a pedirle prestado un par de zapatos y calcetines, lanzó, exasperado, la revista y se levantó gruñendo de la silla. Cuando salió de la habitación oí que iba murmurando entre dientes al subir las escaleras.

Helen lo siguió y yo me quedé solo con los dos niños, que miraban, muertos de risa, mis pantalones empapados. Ya me había escurrido la mayor parte del agua, y el resultado final era un desastre. La raya perfecta que dejara la plancha de la señora Hall llegaba justo hasta debajo de la rodilla; después venía el caos. Desde ese punto los pantalones caían en una masa arrugada e informe y, cuando me puse ante el fuego para que se secaran, me envolvió una nube de vapor. Los niños me miraban con los ojos de par en par, felices. ¡Aquella era una gran noche en verdad!

Reapareció al fin el señor Alderson y dejó caer unos zapatos y calcetines a mis pies. Me puse rápidamente los calcetines, pero me eché atrás al ver los zapatos. Eran en realidad zapatillas de baile de principios de siglo, y su piel, ya cuarteada, estaba rematada por unos lazos negros de seda.

Abrí la boca para protestar, pero el señor Alderson ya se había dejado caer en el sillón y buscaba el sitio exacto de su examen de los precios de los cerdos. Tuve la impresión de que, si le pedía otro par de zapatos, me atacaría con el atizador. Así que me los puse.

Tuvimos que coger otra desviación para evitar las inundaciones, pero mantuve el pie fijo en el acelerador y, media hora después, dejábamos los valles a nuestra espalda y nos dirigíamos a la llanura. Empecé a sentirme mejor. No era demasiado tarde y el cochecito, quejándose y gimiendo, marchaba bien. Pensaba que al fin llegaríamos a buena hora, cuando el volante dejó de obedecerme.

Tenía un pinchazo casi a diario e inmediatamente reconocí los síntomas. Era ya todo un experto en cambiar ruedas y, con una palabra de disculpa a Helen, salté del coche como un rayo. Manipulando el gato con destreza saqué la rueda en tres minutos. La superficie del neumático estaba totalmente desgastada y en algunos lugares se veía incluso la cámara. Trabajando como un demonio coloqué la de repuesto, gimiendo interiormente al ver que esta se hallaba en las mismas condiciones que la otra. Pero me negué rotundamente a pensar qué ocurriría si aquellas fibras frágiles cedían en la lucha.

De día, el Hotel Reniston dominaba Brawton como una enorme fortaleza medieval, con las banderas ondeando en sus cuatro torres, pero esta noche era como un acantilado oscuro con una caverna iluminada al nivel de la calle, donde los Bentleys aguardaban a sus acaudalados propietarios. No conduje el

vehículo a la entrada principal sino que lo introduje disimuladamente en el fondo del estacionamiento. Un portero de aspecto imponente nos abrió la puerta y los dos cruzamos silenciosamente la gruesa alfombra del vestíbulo.

Nos separamos para depositar nuestros abrigos y, ya en el lavabo, me froté frenéticamente las manos grasientas. No me sirvió de mucho; el cambio de rueda había dejado un cerco negro a las uñas que desafiaba al agua y el jabón. Y Helen estaba esperándome.

Miré por el espejo al criado de chaqueta blanca que me sostenía la toalla. El hombre, indudablemente fascinado por mi aspecto, tenía los ojos clavados en los zapatos de payaso y en la parte baja y arrugada de los pantalones. Al entregarme la toalla sonrió generosamente, como agradecido de que le hubiera distraído un poco en su monótona vida.

Me reuní con Helen en el vestíbulo y nos dirigimos al mostrador de información.

—¿A qué hora comienza la cena con baile? —pregunté.

La muchacha de recepción pareció bastante sorprendida con mi pregunta.

—Lo siento, señor, hoy no hay baile. Solo es una vez cada dos sábados.

Me volví a Helen, deprimido, pero ella sonrió animosamente.

—No importa —dijo—. Realmente no me importa lo que hagamos.

—De todas formas, podemos cenar —dije, tratando de dar un tono alegre a mis palabras. Pero una nubecita negra empezaba a formarse sobre mi cabeza. ¿Es que nada saldría bien esta noche? Mi moral estaba por los suelos mientras caminábamos sobre la lujosa alfombra, y la vista del comedor todavía me deprimió más.

Parecía tan grande como un campo de fútbol, con enormes columnas de mármol que sostenían un techo de laboriosa talla. El Reniston había sido construido a finales del período victoriano, y toda la opulencia y esplendor de aquellos días se conservaba en esta inmensa habitación. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por la clientela habitual, mezcla de la aristocracia del condado y de los industriales del West Riding. Nunca había visto tantas mujeres hermosas, tantos hombres de aspecto dominante, bajo el mismo techo que yo, y observé con alarma que, aunque había toda una gama de trajes oscuros e incluso chaquetas deportivas de *tweed*, nadie iba de etiqueta.

Una figura mayestática de chaqué se nos acercó. Una melena blanca y abundante, una frente elevada, la nariz ganchuda, la expresión imperiosa; parecía exactamente un emperador romano. Sus ojos me examinaron con experiencia y habló en tono monótono:

—¿Desea una mesa, señor?

—Sí, por favor —murmuré, deteniéndome a tiempo de no decirle también «señor»—. Una mesa para dos.

—¿Está usted aquí, señor?

La pregunta me desconcertó. ¿Cómo podría cenar si no estuviera allí?

—Sí, estoy aquí.

El emperador tomó nota en su libreta.

—Por aquí, señor.

Nos dirigió con dignidad por entre las mesas mientras yo le seguía abyectamente con Helen. Era un camino muy largo e hice todo lo posible por ignorar las cabezas que se volvían a echarme una mirada al pasar. Era el escudete de la señora Hall lo que más me preocupaba, ya que estaba convencido de que todos podían verlo por debajo de la chaqueta tan corta. Para cuando llegué a la mesa me hacía el efecto de que llevaba el trasero al rojo vivo.

La mesa estaba muy bien situada y una nube de camareros cayó sobre nosotros retirando las sillas, instalándonos en ellas, desdoblándonos las servilletas y colocándolas en nuestro regazo. Cuando se hubieron dispersado, el emperador se hizo cargo de nuevo, alzando el lápiz sobre la libreta.

—¿Puede darme el número de su habitación, señor?

Tragué saliva con dificultad y lo miré por encima de la pechera de mi camisa, que ahora se hinchaba peligrosamente.

—¿Número de habitación? Oh, es que yo no vivo en el hotel.

—Ah, no está aquí —me lanzó una mirada severa, los ojos muy fríos, antes de tachar algo en la libreta con violencia innecesaria. Murmuró algo al oído de uno de los camareros y se alejó.

Entonces fue cuando el abatimiento me dominó por completo. Aquella nubecita negra sobre mi cabeza fue creciendo y creciendo hasta envolverme en una densa nube de tristeza. Toda la noche había sido un desastre, y probablemente aún acabaría peor. Debía haber estado loco para venir a este lugar suntuoso vestido de mamarracho. Con aquel traje horrible no podía pensar más que en mí vergüenza y en el botón del cuello que se me clavaba espantosamente bajo la nuez.

Cogí la minuta que me tendía el camarero y la sostuve, tratando de esconder a la vez las uñas sucias. Todo estaba en francés, y, en el estado en que me hallaba, no conseguía entender una sola palabra pero, todavía ignoro cómo, el caso es que encargué la cena y, mientras cenábamos, intenté desesperadamente mantener la conversación. Pero el silencio era frecuente

entre nosotros; parecía que solo Helen y yo estábamos callados en aquel ambiente de risas y animación que nos rodeaba.

Lo peor de todo era aquella vocecita en mi interior que seguía diciéndome que, de todas formas, Helen nunca había querido salir conmigo. Había aceptado mi invitación por pura cortesía y estaba pasando una noche muy aburrida, con su mejor voluntad.

El regreso a casa fue el broche adecuado para la velada. Los dos mirábamos al frente mientras los faros iluminaban el camino serpenteante hacia los valles. Hacíamos algunas observaciones superficiales... y el silencio caía de nuevo entre ambos. Para cuando nos detuvimos frente a la granja me dolía espantosamente la cabeza.

Nos estrechamos la mano y Helen me dio las gracias por una noche deliciosa. Hubo un temblor en su voz, y a la luz de la luna creí ver su rostro ansioso y agotado. Le dije buenas noches, me metí rápidamente en el coche y me alejé de la granja a gran velocidad.

Solo con que el coche hubiera tenido frenos habría disfrutado contemplando el pueblo de Worton desde la cumbre. Las viejas casas de piedra que se alzaban desiguales sobre el escarpado hasta la orilla del río formaban un hermoso conjunto de color gris sobre el verde del valle, y los jardincitos con sus cuadros de césped suavizaban la aspereza del barranco al otro lado del valle.

Pero toda la escena estaba nublada a mis ojos por el pensamiento de que tenía que bajar por el camino de pendiente endiablada y con cuatro curvas cerradísimas. Era como una serpiente venenosa bajando de cabeza desde el punto en que me hallaba. Y, como dije, yo no llevaba frenos. Naturalmente, el vehículo sí había estado provisto en principio de los medios necesarios para detenerlo en seco, y, durante la mayor parte del año en que lo condujera, una presión violenta sobre el pedal había conseguido el efecto deseado... con algún patinazo sobre el camino. Pero la respuesta se había ido haciendo más y más débil, y ahora era nula.

En el período hasta llegar al estado actual de deterioro yo había sacado a relucir el tema de vez en cuando en mis conversaciones con Siegfried, y este se había mostrado comprensivo y preocupado.

—Eso no puede ser, James. Hablaré de ello con Hammond. Déjame a mí.

Pocos días después tuve que acudir a él de nuevo.

—¡Oh, Dios mío! Sí, me proponía decírselo a Hammond. No te preocupes, James, me ocuparé de ello.

Finalmente tuve que decirle que no servía de nada, por mucho que apretara el pedal del freno, y que el único modo que tenía de parar era meter de golpe la primera.

—¡Qué mala suerte, James! Debe ser terrible para ti. Pero no importa, yo lo arreglaré.

Algún tiempo después pregunté al señor Hammond, en el taller, si había sabido algo de Siegfried. Nada. Sin embargo, el mecánico se metió en el

coche, lo sacó y lo condujo lentamente calle abajo. Pero a unos cincuenta metros lo detuvo bruscamente y se bajó. No demostró la menor intención de volver a subir y caminó pensativamente hacia mí. Hombre por lo general imperturbable, se había puesto bastante pálido y me miraba con extrañeza.

—Y, ¿usted pretende decirme que hace todas las rondas en ese coche?

—Sí.

—Pues deberían darle una medalla. Yo no cruzaría ni la plaza del mercado en ese maldito cacharro.

Pero es que yo no podía hacer nada. El coche era propiedad de Siegfried y había que esperar su beneplácito. Por supuesto, ya había sufrido anteriormente experiencias similares, como aquel asiento móvil que llevaba en su propio coche cuando yo llegara a Darrowby. Ni siquiera parecía darse cuenta cuando yo me iba de espaldas cada vez que subía en él, y no creo que hubiese hecho nada al respecto a no ser por un incidente. Un día de mercado, al ver a una vieja que entraba a pie en Darrowby con una gran cesta de verduras, detuvo el coche y con toda cortesía se ofreció a llevarla.

—Los pies de la pobre señora volaron por el aire y ella desapareció en la trasera del coche. Me costó muchísimo sacarla de allí; llegamos a creer que habría que llamar a una grúa. Coles y coliflores por todo el coche...

Contemplé de nuevo el empinado camino. Lo más sensato, naturalmente, sería volver a Darrowby y coger el otro camino más largo hacia Worton. Allí no había peligro. Pero eso significaba dar una vuelta de casi quince kilómetros y ya alcanzaba a ver la pequeña propiedad a la que me dirigía a unos trescientos metros más abajo. El ternero con una articulación enferma estaba en aquel establo con la puerta verde... En realidad, veía incluso al señor Robinson que salía de la casa con un cubo. Casi lo tenía al alcance de la mano.

Pensé, y no por primera vez, que si uno tenía que conducir un coche sin frenos el último lugar de Inglaterra en que desearía hallarse sería en los valles del Yorkshire. Incluso en la llanura era bastante malo pero me había acostumbrado en un par de semanas y a veces incluso lo olvidaba. Como el día en que estaba ocupado con una vaca y el granjero se metió en mi coche para cambiarlo de sitio a fin de que uno de sus hombres pasara con un tractor. No dije ni una palabra cuando el hombre dio marcha atrás con toda tranquilidad y confianza y se estrelló bruscamente contra el muro de la granja con un golpetazo ensordecedor. Con la típica serenidad de los hombres del Yorkshire, todo lo que dijo fue: «Sus frenos no andan demasiado bien, señor».

Bueno, tendría que decidirme. ¿Volvía a Darrowby o continuaba desde aquí? La disyuntiva se había hecho habitual en mí, que a diario sufría la experiencia de hallarme ante el volante en el borde de una colina y con el corazón latiendo tan locamente como ahora. Sin duda aquellas gargantas habían presenciado muchos de estos dramas sin testigos. Por fin puse en marcha el motor e hice lo que hacía siempre... Tomé el camino más rápido colina abajo.

Pero esta colina era realmente excepcional, un punto soberbio incluso en esta región, y cuando me lancé de cabeza, el mundo entero pareció alejarse de mí. Con la marcha bien metida y la mano apretada sobre la palanca corría con la boca seca por aquel camino que ahora parecía casi vertical.

Es sorprendente la velocidad que se puede alcanzar en primera si no hay nada que lo retenga a uno, y, al llegar a la primera curva, el motorcito inició un grito de protesta. Una vez metido en ella giré el volante en redondo y desesperadamente a la derecha, los neumáticos saltaron por un segundo sobre las piedras y tierra suelta del borde y luego quedaron sobre el camino otra vez.

Ahora venía un trecho más largo e incluso más empinado, y era como viajar por la Osa Mayor y con la sensación de no poder nada contra el destino. Al meterme en la otra curva juzgué ridícula la idea de girar a esta velocidad, pero o lo hacía o saltaba por el borde. Dominado por el pánico cerré los ojos y eché el volante a la izquierda. Esta vez se levantó un lado del coche y estuve seguro de que me iba, luego cayó con fuerza hacia el otro, y por unos segundos siguió bamboleándose indeciso hasta que al fin optó por enderezarse y me vi de nuevo en camino.

Todavía quedaba otra pendiente. Pero mientras el coche seguía bajando entre los rugidos del motor advertí en mí una curiosa sensación de embotamiento. Había alcanzado ya los últimos límites del terror y casi no lo noté cuando me metí en la tercera curva. Un trecho más y luego el terreno se niveló, la velocidad menguó rápidamente y, en la última curva, apenas iba a más de veinte. Lo había logrado.

Estaba ya en la recta final cuando vi las ovejas. Cientos de ovejas que llenaban el camino. Una marea de lomos lanudos de lado a lado. Estaban a pocos metros de mí y yo iba colina abajo. Sin la menor vacilación giré el volante y me empotré en el muro.

Este no sufrió mucho daño. Solo unas cuantas piedras cayeron de él mientras el motor quedaba en silencio.

Me hundí en el asiento lentamente, aflojando la presión de las mandíbulas, soltando el volante dedo a dedo, las manos entumecidas. Las ovejas seguían pasando y yo eché una mirada de reojo al hombre que las conducía. No lo reconocí, y rogué al cielo que tampoco él me reconociera, ya que en aquel momento yo solo podía pasar por loco a sus ojos. Mejor no decir nada. Aparecer por una curva e ir a estrellarse deliberadamente contra la pared no es buena base para una conversación.

Seguían pasando las ovejas y oí que el hombre llamaba a sus perros. «Vamos, Jess. Vamos, Nell», pero mantuve los ojos fijos en las piedras aunque él pasó a pocos metros del coche.

Supongo que algunas personas me habrían preguntado a qué demonios estaba jugando, pero no un pastor de los valles. Continuó serenamente sin invadir mi aislamiento pero, cuando miré por el espejo unos momentos más tarde, pude verle en medio del camino contemplándome, olvidado por un instante de sus ovejas.

Siempre me ha sido fácil recordar aquel período sin frenos. Hay una claridad en la visión de aquellos días que lo ha mantenido fresco a través de los años. Supongo que solo duró unas semanas pero podía haber continuado indefinidamente si el mismo Siegfried no se hubiera visto involucrado en ello.

Íbamos juntos a una visita. Por alguna razón decidió coger mi coche y se sentó ante el volante. Yo me instalé con aprensión junto a él cuando partió a su velocidad habitual.

La granja de Hinchcliffe está a kilómetro y medio de la carretera principal antes de llegar a Darrowby. Es un lugar enorme, con un amplio camino para coches que lleva hasta la casa. No íbamos a ella pero cuando Siegfried avanzaba a toda velocidad vi al señor Hinchcliffe delante de nosotros en su gran Buick que iba muy tranquilo por el medio de la carretera. Cuando Siegfried le indicó que pretendía adelantarlo, el granjero sacó de pronto la mano e inició el giro hacia la derecha... directamente ante nosotros. Siegfried clavó el pie en el pedal del freno y sus cejas se alzaron violentamente al ver que nada sucedía. Estábamos ya al lado del Buick y no quedaba sitio para girar a la izquierda.

No se dejó dominar por el pánico. En el último momento giró a la derecha con el Buick y los dos coches entraron rugiendo uno junto al otro en el camino particular; el señor Hinchcliffe nos miraba aterrado, muy de cerca. Él se detuvo ante la casa, pero nosotros seguimos adelante y le dimos toda la vuelta... porque no teníamos otro remedio.

Afortunadamente, era uno de esos lugares donde uno puede dar la vuelta en redondo, así que fuimos a salir de nuevo ante la fachada de la casa detrás del señor Hinchcliffe, que había bajado del coche y miraba por el otro ángulo para ver a dónde habíamos ido. Su rostro expresó un asombro profundo y nos observó pasar con la boca abierta, pero Siegfried, que jamás perdía el aplomo, inclinó la cabeza y le saludó antes de salir de nuevo por el camino.

Cuando llegábamos a la carretera principal me volví a mirar a Hinchcliffe. Seguía contemplándonos y había cierta rigidez en su persona que me recordó al pastor de mi accidente.

Ya en la carretera Siegfried se echó cuidadosamente a un lado y paró el motor. Durante unos momentos miró directamente al frente sin decir una palabra y comprendí que le costaba cierta dificultad adoptar su aire de paciencia infinita, pero cuando al fin se volvió a mí su rostro estaba transfigurado, casi místico.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos al verlo sonreír, al ver sus ojos amables.

—Realmente, James —dijo—, no consigo comprender por qué has de ser tan reservado. Solo Dios sabe el tiempo que tu coche llevará en estas condiciones, y nunca me has dicho nada —alzó el índice y una actitud de doloroso reproche sustituyó a su mirada paciente—. ¿No te das cuenta de que podíamos habernos matado ahí detrás? Creo que debías habérmelo dicho antes...

No creo que sea lo más adecuado que un millonario se dedique a rellenar quinielas de fútbol, pero ese era uno de los móviles principales en la vida del viejo Harold Denham. Lo cual contribuía a que nos sintiéramos muy unidos porque, a pesar de su devoción a las quinielas, Harold no sabía nada de fútbol, jamás había visto un partido y ni siquiera conocía el nombre de un solo jugador de la liga; de modo que cuando descubrió que yo podía hablar con conocimiento de causa no solo del Everton y del Preston North End, sino incluso del Arbroath y del Cowdenbeath, el respeto con que siempre me tratara se transformó en una deferencia muy patente.

Naturalmente, nos habíamos conocido debido a sus animales. Tenía toda una colección de perros, gatos, conejos y peces de colores que me obligaban a visitar con frecuencia la descuidada mansión cuyas torretas victorianas, surgiendo entre los bosques que rodeaban la casa, podían verse desde kilómetros a la redonda. Cuando lo conocí las circunstancias de mis visitas eran completamente normales: un fox-terrier se había herido en una pata, o la gata gris sufría de sinusitis, pero poco después empecé a sentirme extrañado. Me llamaba tan a menudo los miércoles, y la excusa era en ocasiones tan trivial, que comencé a sospechar en serio que a los animales no les pasaba nada pero que Harold tenía dificultades con los pronósticos de los partidos.

No podía estar seguro, claro, pero era curioso que siempre me recibiera con las mismas palabras:

—Ah, señor Herriot, ¿cómo van sus quinielas?

Solía pronunciar esa palabra como regodeándose en ella, alargándola, con cariño. Todo comenzó cuando yo gané dieciséis chelines una semana con tres empates. Nunca olvidaré el maravillado asombro con que leyó mi quiniela y la incredulidad con que miró el giro postal. Fue la única vez que ganara en la vida, pero eso no suponía diferencia alguna; yo era el oráculo supremo e invencible. Harold nunca ganaba nada.

Los Denham eran una familia de solera en el Yorkshire. Los industriales acaudalados del siglo pasado se habían convertido en los dirigentes del

mundo de la agricultura. Eran «caballeros granjeros» que utilizaban su dinero para criar rebaños de buena raza, vacas lecheras o cerdos. Ellos eran también los que trabajaban y fertilizaban las tierras altas y hacían que dieran buenas cosechas, los que desecaban los pantanos para sembrar en ellos patatas y nabos. Y seguían siendo presidentes de comités, anfitriones de la caza del zorro y dirigentes de la vida social del condado.

Pero Harold se había emancipado a muy temprana edad. Rechazando el antiguo proverbio de que nadie puede ser feliz sin hacer nada, se dedicaba todo el día —y todos los días— a pasear por la casa y las pocas hectáreas mal cuidadas que tenía, sin interesarse por el mundo exterior, apenas consciente de lo que pasaba en sus inmediatos alrededores, y tan contento. No creo que nunca concediera un pensamiento a las opiniones de los demás, lo cual era justo, ya que no solían ser muy amables. Su hermano, el eminente Basil Denham, se refería invariablemente a él llamándole «ese maldito idiota» y las gentes del pueblo le describían como «un perfecto inútil, bueno para nada».

Personalmente yo siempre encontraba algo atractivo en él. Era amable, amistoso, tenía sentido del humor y yo disfrutaba yendo a su casa. Él y su esposa tomaban todas las comidas en la cocina —en realidad pasaban allí la mayor parte del tiempo—, así que yo entraba generalmente por la parte trasera de la casa.

Ese día en particular me había llamado para que atendiera a su gran perra danesa, que acababa de tener cachorros y, por lo visto, no se encontraba bien. Como no era miércoles supuse que la cosa era grave y me apresuré a ir. Harold me recibió con las palabras de costumbre; tenía una voz muy atractiva, rotunda, llena, melodiosa, como la de un obispo, y por centésima vez pensé en lo extraño que era oír aquellas cuerdas vocales pronunciando incongruencias tales como los nombres de los diversos equipos de fútbol.

—¿No querría aconsejarme, señor Herriot? —dijo, cuando salíamos de la cocina a un corredor largo y mal iluminado—. Busco un ganador seguro y estoy dudando entre Sunderland y Aston Villa.

Me detuve y quedé en actitud meditativa, mientras Harold me miraba con ansiedad.

—Verá, no estoy seguro, señor Denham —dije al fin—. Sunderland es muy bueno, pero da la casualidad de que sé que la tía de Raich Carter se encuentra enferma en la actualidad, y eso podría afectar a su juego este sábado.

Pareció alicaído y asintió gravemente unas cuantas veces, luego me miró de cerca unos segundos y estalló en carcajadas.

—¡Vamos, señor Herriot, ya me está tomando el pelo otra vez! —Me cogió el brazo, apretándolo cariñosamente, y siguió por el corredor riendo alegremente.

Atravesamos un laberinto de corredores sombríos y llenos de telarañas hasta llegar a un cuartito que era la armería. Mi paciente estaba echado en un lecho de tablas sobre el suelo y la reconocí: la enorme perra que saltara a mi alrededor en visitas anteriores. Nunca la había tratado pero, cuando la vi por primera vez, comprendí que era un duro golpe para una de mis teorías: que nunca se encuentran perros grandes en casas grandes. En innumerables ocasiones había visto salir como una catapulta a enormes mastines alsacianos y a perros pastores de las casitas más diminutas de Darrowby, y arrastrando a sus propietarios al extremo de la correa; mientras que en las habitaciones espaciales y en los amplios terrenos de las mansiones no veía más que terriers escoceses y Russells. Pero, claro, Harold había de ser original.

Acarició la cabeza de la perra.

—Tuvo los cachorros ayer, y ahora está con una hemorragia muy fuerte. Come bien, pero me gustaría que la examinara.

Los daneses, como la mayoría de los animales grandes, son generalmente tranquilos y la perra no se movió cuando le tomé la temperatura. Estaba tumbada de costado, escuchando satisfecha los grititos de su prole, criaturitas aún ciegas que saltaban unas sobre otras en su afán de llegar a las tetas.

—Sí, tiene un poco de fiebre y es cierto lo de la hemorragia —le palpé suavemente el hueco en el flanco—. No creo que haya otro cachorro ahí, pero sería mejor que la examinara por dentro para estar seguro. ¿Quiere traerme agua caliente, jabón y una toalla, por favor?

Cuando salió miré ociosamente en torno a la habitación. No era mucho mayor que un armario y, como otra característica de Harold era que nunca mataba nada, estaba vacía de armas. Las cajas de cristal solo contenían volúmenes polvorientos de la revista *Country Life*. Seguí así unos diez minutos, pensando por qué tardaría tanto el viejo, y me volví a mirar un grabado sobre la pared, la habitual escena de caza. La examinaba a través del cristal algo sucio, preguntándome por qué siempre pintarán a los caballos saltando una corriente con unas patas tan absurdamente largas, cuando oí un sonido a mis espaldas.

Era un gruñido débil pero amenazador. Me volví y vi que la perra se alzaba lentamente del lecho. No se ponía en pie al modo habitual en un perro sino como si la alzarán con cuerdas desde el techo, enderezando las patas imperceptiblemente, el cuerpo rígido, los pelos de punta. Me miraba sin

pestañear y por primera vez en mi vida comprendí el significado de unos ojos llameantes. Solo había visto algo así en otra ocasión, en la cubierta de un viejo ejemplar de *El perro de los Baskerville*. Entonces había juzgado al artista ridículamente caprichoso y fantástico pero aquí tenía ahora dos ojos iguales, con el mismo fuego amarillo, clavados en los míos.

Naturalmente, pensaba que yo había ido a robarle los cachorros. Después de todo su amo se había marchado y solo quedaba allí este desconocido inmóvil y silencioso en un ángulo de la habitación y planeando sin duda algo malo. De una cosa estaba seguro: caería sobre mí en cualquier instante, por lo que bendije a la suerte que me había llevado sin querer hasta la puerta. Alargaba con cuidado la mano izquierda hacia ella cuando la perra se levantó un poco más con terrible lentitud rugiendo roncamente. Casi tocaba la manilla cuando cometí la equivocación de cogerla rápidamente. En cuanto toqué el metal la perra saltó de la cama como un cohete y me clavó los dientes en la muñeca.

La golpeé en la cabeza con el puño derecho y me soltó, pero se me agarró al muslo. Aquello sí me hizo lanzar un grito, y no sé cómo habría terminado de no haberme apoderado de la única silla que había en la habitación. Era vieja y desvencijada pero me salvó. Cuando la perra, cansada al parecer de morderme la pierna, trató de saltar a mi rostro, levanté la silla y la golpeé con ella.

El resto de mi estancia en aquel cuarto de armas fue una especie de parodia de la actuación de un domador de leones en un circo, y un observador imparcial la habría juzgado sin duda muy divertida. En realidad, y en años posteriores, me hubiera gustado tener a mi disposición una película de aquel episodio, pero en esos momentos, con el gran animal tratando de saltar sobre mí en aquellos pocos metros, la pierna sangrándome y sin más que una débil silla para protegerme, yo no lo encontraba divertido en absoluto. Había una especie de obsesión en el modo con que cargaba contra mí, y aquellos ojos en los que brillaba la locura no se apartaban de mi rostro ni por un instante.

Los cachorros, furiosos ante la repentina retirada de la fuente de calor y alimento, se revolcaban ciegamente en el lecho aullando y gimiendo lo más alto que podían. Aquello constituía un estímulo para la perra y, cuanto más gritaban, más apremiaba ella el ataque. Cada pocos segundos se lanzaba contra mí y yo daba un salto atrás amenazándola con la silla, como en el circo. En un punto determinado me acorraló contra la pared, con silla y todo; sobre sus patas traseras era casi tan alta como yo, y tuve la visión horrenda de sus mandíbulas abiertas y rugientes.

Mi mayor preocupación era que la silla empezaba a dar muestras de agotamiento; la perra había roto ya dos de las barras sin el menor esfuerzo y no quería ni pensar en lo que sucedería si aquello se desintegraba. Pero ya estaba de nuevo junto a la puerta y, cuando tanteé la manilla a la espalda, comprendí que tenía que hacer algo. Di un grito final para intimidarla, le arrojé los restos de la silla a la cabeza y me lancé al corredor. Cuando cerré la puerta y quedé apoyado en ella aún sentí cómo temblaban sus paneles en el momento en que el animal se arrojó contra el obstáculo.

Estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared del corredor, los pantalones por los tobillos y examinando mis heridas, cuando vi a Harold que se aproximaba lentamente desde el extremo más alejado con una vasija de agua muy caliente ante él y una toalla colgada al hombro. Ahora comprendía por qué había tardado tanto: seguro que había estado vagando de un lado a otro. Tratándose de Harold, era posible incluso que se hubiera perdido en su propia casa. O quizás andaba preocupado por las quinielas.

De vuelta en Skeldale House tuve que soportar algunas observaciones poco amables de Siegfried sobre mi aspecto pero, ya en el dormitorio, la sonrisa abandonó su rostro cuando me examinó la pierna.

—¡Hasta aquí, Dios mío! —dijo con un largo silbido de horror—. ¿Sabes, James?, a menudo bromeamos sobre lo que un perro furioso nos hará algún día. Bueno, muchacho, pues hoy ha estado a punto de sucederte a ti.

Era mi segundo invierno en Darrowby, de modo que ya no sufrí el mismo choque cuando el tiempo empezó a ser realmente crudo en noviembre. Mientras apenas lloviznaba allá en la llanura, las regiones altas quedaban cubiertas en pocas horas por un manto blanco que invadía las carreteras, borraba los hitos familiares de los caminos y transformaba nuestro mundo en un espacio nuevo y desconocido. A eso se referían los que hablaban por la radio de «nieve en las regiones altas».

Las primeras nevadas copiosas y constantes tuvieron un efecto paralizador en todo el distrito. El tránsito se deslizaba trabajosamente entre los montones lanzados por los quitanieves. El Herne Fell amenazaba a Darrowby como una ballena gigantesca y, en la ciudad, la gente cavaba senderos profundos hasta la puerta del jardín y limpiaba la nieve ante sus puertas. Lo hacían con naturalidad y sin quejarse por ello, con la calma de la costumbre y el conocimiento de que probablemente tendría que hacerlo de nuevo a la mañana siguiente.

Cada otoño suponía un nuevo aluvión de trabajo para los veterinarios. Conseguíamos llegar hasta la mayoría de los casos, pero sudábamos mucho en el proceso. A veces teníamos suerte y podíamos ir dando tumbos por el surco que dejara el quitanieves municipal, pero la mayoría de las veces íbamos en coche hasta donde podíamos y seguíamos a pie el resto del camino.

La mañana en que nos llamó el señor Clayton, de Pike House, había estado nevando toda la noche.

—Un animal joven con un ligero resfriado —dijo—. ¿Quieren venir?

Para ir a su casa había que cruzar el Pike Edge y luego bajar a una hondonada. Era un camino delicioso en verano, pero ahora...

—¿Cómo está el camino? —pregunté.

—¿Camino? ¿Camino? —Como de costumbre, Clayton le quitó importancia a la cosa. Los granjeros de los lugares menos accesibles siempre rechazaban tales preguntas—. Está bastante bien. Tenga un poco de cuidado, eso sí, y llegará aquí sin problemas.

Siegfried no estaba tan seguro.

—Desde luego, tendrás que cubrir la cumbre a pie, y dudo que los quitanieves hayan limpiado el camino inferior. Decide tú.

—¡Oh, probaré! No tengo mucho trabajo esta mañana y me apetece un poco de ejercicio.

En el patio vi que el viejo Boardman había hecho un gran trabajo a su modo callado: había estado cavando ante las grandes puertas dobles y limpiado un camino para sacar los coches. Puse en una pequeña mochila todo lo que juzgué necesario: una mezcla expectorante, un tubo de electuario, una jeringuilla y algunas ampollas de suero para la pulmonía. Luego lancé al maletero lo más importante de mi equipo de invierno —una capa— y partí.

Los caminos principales habían sido ya despejados por los quitanieves, que empezaran a circular ante Skeldale House desde el amanecer, pero era difícil avanzar por aquella superficie, y seguí una marcha lenta y desigual. Había más de quince kilómetros hasta la granja de Clayton y era uno de esos días en que la escarcha se endurecía en el parabrisas, borrándolo todo en cuestión de minutos. Pero esta mañana me dominaba la sensación de triunfo. Acababa de adquirir un invento reciente y maravilloso, un par de varillas metálicas montadas en una tira de baquelita y unidas al parabrisas con émbolos de goma. Funcionaban con las baterías del coche y me dejaban libre un espacio de visión.

Solo tuve que bajar del coche cansadamente y frotar y rascar el cristal helado a cada kilómetro poco más o menos. Por lo demás contemplaba encantado el campo que, a través de un semicírculo de unos veinte centímetros, parecía deslizarse ante mí como una película: los grandes pueblos de piedra silenciosos y retirados bajo su manto blanco, las ramas de los árboles inclinadas bajo el peso de la nieve junto a la carretera.

Disfrutaba tanto con ello que apenas observé cómo me dolían los pies. Los pies helados era algo bastante corriente en aquellos días de los coches sin calefacción, especialmente cuando uno veía el camino a través de los agujeros del suelo. En los viajes largos lo pasaba realmente mal hacia el final y así me sentía cuando bajé del coche al pie del camino de Pike Edge. También los dedos de las manos me latían dolorosamente. Empecé pues a dar vueltas pateando y golpeándome el cuerpo con los brazos.

Los quitanieves no habían intentado siquiera limpiar el pequeño camino secundario que subía hasta la cumbre y bajaba después a la hondonada. Aquella extensión blanca y cremosa parecía decir: «No, no puedes subir aquí», con esa decisión que había llegado a conocer tan bien. Pero, como

siempre, aunque desilusionado, contemplé con asombro las formas que el viento esculpiera durante la noche; pliegues de serena suavidad que se extendían de un punto a otro, huecos de bordes cortantes, despeñaderos sobre cuyos márgenes colgaban los témpanos transparentes en su delicadeza.

Al colgarme la mochila al hombro sentí renovadas mis energías. Con una chaqueta de piel abrochada hasta el cuello y un par extra de calcetines gruesos bajo las botas de goma, me sentía dispuesto a todo. Sin duda juzgaba que había mucha osadía y valor en el cuadro del veterinario joven y cumplidor, con sus pociones mágicas a la espalda, batallando contra la adversidad para socorrer a un animal en apuros.

Me quedé por un instante mirando el páramo de curva clara, muy frío bajo el cielo gris. Un silencio de expectación cubría los campos, el río helado y los árboles inmóviles, cuando inicié la marcha.

Caminaba a buen paso. Primero crucé un puente, el río blanco y silencioso allá abajo, y seguí subiendo, tanteando el camino sobre la nieve ya que en ocasiones me hundía en un hueco invisible. A pesar del frío, el sudor empezaba a correrme por la espalda cuando llegué a la cumbre.

Miré en torno. Había estado allí varias veces en junio y julio y recordaba el sol, el olor de la hierba caliente y el aroma de las flores y pinos que ascendía por la ladera desde el valle.

Pero resultaba difícil relacionar aquel paisaje alegre y sonriente del verano con esta desolación.

La tierra llana en lo alto del páramo era una inmensidad blanca que se extendía hasta el horizonte, el cielo muy bajo sobre ella como una manta oscura. Vi la granja allá abajo, en una hondonada, y también parecía distinta, pequeña, remota, como un trozo de carbón caído entre los bultos blancos y suavizados de las colinas. El bosque de pinos era otra mancha oscura en las laderas, pero la escena carecía de la mayoría de sus rasgos familiares.

Solo veía el camino en algunos lugares, pues los muros de piedra estaban cubiertos en casi toda su longitud, pero la granja seguía visible todo el camino. Había recorrido casi un kilómetro hacia ella cuando un repentino golpe de viento levantó la superficie del suelo en una nube de finas partículas de nieve. Por unos segundos me hallé completamente solo. La granja, las tierras que la rodeaban, todo desapareció y tuve la extraña sensación de aislamiento hasta que se aclaró el velo.

Era difícil caminar por la nieve y en algunos lugares me hundía hasta el borde de las botas. Seguí adelante con la cabeza inclinada hasta que me hallé a unos centenares de metros del edificio de piedra. Pensaba ya que todo había

sido bastante fácil en realidad cuando alcé la vista y vi cómo una cortina vibrante de muchos puntos negros que caía sobre mí. Apresuré el paso y justo antes de que la ventisca me atacara señalé la posición de la granja. Pero al cabo de diez minutos de caminar a tropezones comprendí que me había despistado. Me dirigía a una forma irreal, que solo estaba en mi mente.

Me detuve unos instantes experimentando de nuevo la helada sensación de aislamiento. Estaba convencido de que me había ido demasiado a la izquierda y, después de respirar a fondo y con dificultad unas cuantas veces, me lancé a la derecha. No pasó mucho tiempo sin que comprendiera que otra vez iba en dirección equivocada. Empecé a hundirme en hoyos más profundos, quedando metido hasta los sobacos en la nieve y recordé que el terreno no era realmente llano en aquellas regiones elevadas.

Mientras luchaba por levantarme y seguir me dije que todo aquello era ridículo. No podía estar tan lejos de la chimenea caliente de la granja, esto no era el Polo Norte. Pero recordaba la gran extensión de terreno más allá de la casa y tuve que ahogar una sensación de pánico.

Aquel frío estremecedor borraba la noción del tiempo. No hubiera sido capaz de decir los minutos u horas que llevaba hundiéndome en los hoyos o saliendo de ellos. E ignoraba que cada vez me resultaba más difícil salir. Por momentos se me hacía más y más tentadora la idea de sentarme y descansar, incluso dormir. Había algo hipnótico en el modo en que los copos grandes y suaves caían silenciosos sobre mi piel cubriendo con una venda espesa mis ojos cerrados.

Trataba de ahogar la convicción de que si volvía a caerme ya no me levantaría cuando una forma oscura se me apareció de pronto delante. Los brazos extendidos tocaron algo duro y áspero. Sin poderlo creer aún fui siguiendo el camino que me marcaban los bloques cuadrados de piedra hasta que llegué a una esquina. Más allá había un cuadro de luz: la ventana de la cocina de la granja.

Al llamar a la puerta me apoyé contra ella, la boca abierta, respirando con dificultad. Creo que el alivio que sentía bordeaba la histeria porque me pareció que, cuando me abrieran, lo más adecuado sería dejarme caer de cabeza dentro de la habitación. Ya veía en la imaginación el cuadro de toda la familia rodeando mi figura caída y atiborrándome de coñac...

Sin embargo, cuando la puerta se abrió, algo me mantuvo en pie. El señor Clayton me miró durante unos segundos, nada conmovido al parecer por la vista del hombre de las nieves.

—Ah, es usted, señor Herriot. No podía haber llegado en mejor momento. Acabo de terminar la cena. Espere un minuto para que me ponga algo. La bestia está al otro lado del patio.

Buscó tras la puerta, se caló un sombrero viejo, se metió las manos en los bolsillos y se lanzó al exterior silbando. Descorrió el cerrojo del establo y, con profunda sensación de alivio, pasó del frío indecible, de los torbellinos de nieve, al calor animal y al olor del heno.

Mientras me libraba de la mochila cuatro bueyes de pelo largo me miraban tranquilamente por encima del tablón divisorio, sin dejar de mover las mandíbulas rítmicamente. Parecían tan impertérritos ante mi presencia como su propietario. Mostraban un poco de interés; nada más. Detrás de ellos vi un animal pequeño envuelto en sacos, de cuya nariz se escapaba una hemorragia purulenta.

Aquello me recordó la razón de mi visita. Cuando mis dedos ateridos buscaban el termómetro en el bolsillo, una ráfaga de viento hizo temblar la puerta cuyo cerrojo tintineó suavemente, y nos lanzó nieve en polvo al oscuro interior.

El señor Clayton se volvió y frotó con la manga el cristal de la única ventanita. Hurgándose los dientes con la uña contempló la tormenta ululante.

—Ah —dijo, eructando con placer—. Un día bastante bueno...

Mientras esperaba que Siegfried me diera la lista de la mañana me subí la bufanda hasta que casi me cubrió las orejas, volví el cuello del abrigo y lo abroché bajo la barbilla. Luego saqué un par de guantes de lana.

Un fuerte viento del norte arrastraba la nieve salvajemente, haciéndola volar paralela al suelo y llenando la calle y las casas de grandes copos que giraban en remolinos.

Siegfried se inclinó sobre el libro diario.

—Bueno, vamos a ver qué tenemos aquí: Barnett, Gill, Sunfer, Dent, Cartwright... —empezó a escribir en un cuaderno—. Ah, y será mejor que vea al ternero de Scruton. Ya sé que tú has estado visitándolo, pero voy a pasar por allí. ¿Qué me dices de él?

—La respiración muy acelerada y una temperatura de unos cuarenta; no creo que sea neumonía. En realidad sospecho que puede ser difteria... Tenía un poco de hinchazón en la mandíbula e inflamadas las glándulas de la garganta.

Mientras le explicaba, Siegfried seguía escribiendo en el cuaderno, y solo se detuvo un instante para hablar en susurros con la señorita Harbottle. Luego alzó los ojos.

—Neumonía, ¿eh? ¿Cómo la has tratado?

—No, dije que no creía que fuera neumonía. Le he estado inyectando Prontosil y les dejé algo de linimento para que le frotaran la región de la garganta.

Pero Siegfried escribía de nuevo con concentración. No dijo nada hasta haber hecho las dos listas. Separó una del cuaderno y me la dio.

—De acuerdo, le has aplicado linimento al pecho. Supongo que le habrá ido bien. ¿Qué linimento exactamente?

—Sales de metilo, pero se lo han aplicado a la garganta, no al pecho. — Sin embargo, Siegfried se había vuelto de nuevo para indicarle a la señorita Harbottle el orden de sus visitas y descubrí que solo le hablaba a la nuca.

Finalmente se enderezó y se alejó de la mesa.

—Está bien. Aquí tienes tu lista; vámonos. —Pero, a medio camino se detuvo y se volvió a mí—: Y, ¿por qué demonios frotas con linimento la garganta del ternero?

—Bueno, creí que podría reducirle la inflamación.

—Pero, James, ¿por qué había de tener ahí una inflamación? ¿No crees que el linimento le iría mucho mejor en el pecho? —preguntó, y de nuevo tenía su rostro aquel aire paciente.

—No. En un caso de difteria no.

Echó la cabeza a un lado y una sonrisa de dulzona santidad cubrió su rostro. Me puso la mano en el hombro.

—Mi querido James, creo que sería una buena idea que empezaras por el principio. Tómate todo el tiempo que necesites... No hay prisa. Habla lenta y tranquilamente y así no te confundirás. Me decías que estabas tratando a un ternero con neumonía... Ahora sigamos a partir de ahí.

Hundí las manos en los bolsillos del abrigo y empecé a estrujar y revolver los termómetros, tijeras y botellitas que siempre llevaba allí.

—Mira, te dije exactamente que no creía que fuera neumonía sino que sospechaba un principio de difteria. Que, además, tenía un poco de fiebre: cuarenta grados.

Siegfried miraba ahora por la ventana.

—¡Santo cielo, mira esa nieve! Nos va a costar, un poco ir hoy por ahí —volvió los ojos a mi rostro—. Y, ¿no crees que con una temperatura de cuarenta debías inyectarle algo de Prontosil? —Alzó los brazos y los dejó caer—. No es más que una sugerencia, James... Por nada del mundo interferiría en tu tratamiento, pero creo, honradamente, que esa situación exige el Prontosil.

—Pero ¡demonios, es que ya estoy utilizándolo! —grité—. Te lo dije hace mucho rato, pero no me escuchabas. He hecho todo lo posible por metértelo en la cabeza, pero ¿qué maldita oportunidad me has dado...?

—Vamos, vamos, muchacho, vamos. No hace falta que te pongas nervioso —el rostro de Siegfried estaba transfigurado por un brillo interior. Dulzura y caridad, perdón, tolerancia y afecto, salían de él en oleadas. Batallé contra el impulso de darle un puñetazo en la barbilla.

—James, James —la voz era melosa—, no tengo la menor duda de que, a tu estilo peculiar, trataste de hablarme de este caso, pero no todos tenemos el don de la comunicación. Eres un muchacho excelente, pero en esto debes aplicarte. Solo es cuestión de calibrar los hechos y de presentarlos de modo ordenado. Así no te confundirías ni lo mezclarías todo como esta mañana. Es

cuestión de práctica, estoy seguro —me hizo un gesto de despedida y de ánimo y se fue.

Me dirigí rápidamente al almacén y, al ver una caja vacía de cartón en el suelo, le di una furiosa patada. Tanta era mi rabia que la atravesé con el pie, y estaba intentando librarme de ella cuando entró Tristán. Había estado atizando el fuego y había sido testigo de la conversación.

Me observó en silencio mientras yo saltaba por la habitación jurando e intentando desprenderme de la caja.

—¿Qué pasa, Jim? ¿Es que Siegfried te pone nervioso?

Me libré al fin de la caja y me senté en uno de los estantes.

—No lo sé. ¿Por qué habría de ponerme nervioso ahora? Hace ya mucho que lo conozco y siempre ha sido igual. Ha actuado así otras veces, pero nunca me había molestado... Por lo menos, no tanto. En otra ocasión me habría limitado a reír. ¿Qué demonios me pasa ahora?

Tristán dejó el cubo de carbón y me miró pensativamente.

—No es que te pase nada, Jim, pero si me permites que te diga algo... Has estado un poco nervioso desde que saliste con esa chica Alderson.

—¡Oh, Dios mío! —gemí y cerré los ojos—: No me lo recuerdes. De todas formas, ni la he visto ni he sabido de ella desde entonces, así que todo ha terminado y no le echo a ella la culpa.

Tristán sacó los cigarrillos y se sentó junto al cubo de carbón.

—Todo eso está muy bien, pero piensa en ti mismo. Estás sufriendo mucho y no hay motivo. De acuerdo, fue una noche desastrosa y ella te ha rechazado. ¿Y qué? ¿Sabes cuántas veces me han rechazado a mí?

—¿Rechazado? Ni siquiera habíamos iniciado nada.

—Muy bien, pero tú sigues yendo de acá para allá como un buey con dolor de tripas. Olvídate de ello, muchacho, y lánzate al mundo. La vida entera te está esperando ante la casa. Ya he estado observándote siempre trabajando y, cuando no, estudiando tus casos en libros de texto, y te digo que eso de ser un veterinario tan aplicado está muy bien hasta cierto punto. Pero tienes que vivir un poco. Piensa en todas las muchachas encantadoras de Darrowby..., ¡no has de correr mucho para encontrarlas! Y todas y cada una esperando que un chico guapo como tú se las lleve en su caballo blanco. No las desilusiones —se inclinó hacia mí y me dio un golpecito en la rodilla—. Ea, ¿por qué no me dejas que te arregle algo? Una salidita de dos parejas... Eso es lo que necesitas.

—No lo sé. Realmente no me apetece.

—Tonterías —dijo Tristán—, no sé por qué no lo he pensado antes. Esta existencia monacal no es buena para ti. Déjame a mí todos los detalles.

Esa noche decidí acostarme muy pronto, pero, a las once, me despertó la repentina caída de un cuerpo pesado sobre la cama. La habitación estaba a oscuras pero me envolvió el humo de tabaco con fuerte olor a cerveza. Tosí y me incorporé.

—¿Eres tú, Triss?

—Desde luego —dijo la figura vaga a los pies de la cama—. Y te traigo buenas noticias. ¿Te acuerdas de Brenda?

—¿Esa enfermerita con la que te he visto a veces?

—La misma. Bueno, pues tiene una amiga, Connie, que aún es más guapa. Los cuatro vamos a ir a bailar a Poulton el martes por la noche —la voz estaba espesa de cerveza y de triunfo.

—¿Quieres decir que yo también?

—Pues claro que sí, y vas a pasar la mejor noche de tu vida. Yo me cuidaré de ello —me lanzó una última humareda pestilente a la cara y se marchó riendo.

—Vamos a cenar bien y a celebrarlo.

Mi reacción ante aquellas palabras me sorprendió profundamente. Despertaban en mí una mezcla de emociones, todas agradables: éxito, una aceptación dichosa, casi un triunfo.

Ahora sé bien que no hay la menor oportunidad de que nadie me invite a ser presidente de la Escuela Real de Veterinarios pero, si lo hicieran, no creo que me sintiera más complacido que cuando oí aquello de la cena.

Supongo que la razón era que estas palabras reflejaban la actitud de un típico granjero de los valles hacia mí. Y esto era importante porque, apenas al cabo de un año, ya empezaban a aceptarme como veterinario. Yo me sentía consciente siempre del abismo que había de existir entre las gentes de las colinas y un producto de la ciudad como yo. Por mucho que les admirara no dejaba de comprender que éramos muy distintos. Era inevitable, por supuesto y, por eso mismo, una expresión de amistad sincera por parte de uno de ellos siempre me llegaba al corazón.

Especialmente si venía de alguien como Dick Rudd. Había conocido a Dick el invierno anterior en el umbral de Skeldale House, a las seis de una mañana helada, cuando los veterinarios rurales empiezan a preguntarse si no se han equivocado de profesión. Temblando como siempre que la corriente del pasillo me daba en las piernas, solo cubiertas con el pijama, encendí la luz y abrí la puerta. Vi una figura pequeña, hundida en un viejo capote del ejército y apoyada en una bicicleta. El círculo de luz iluminaba unos metros de acera brillante bañada por la lluvia que caía en salvajes oleadas.

—Perdone que llame a esta hora, jefe —dijo—. Mi nombre es Rudd, de la granja Birch Tree, en Coulston. Tengo una vaquilla que está dando a luz y parece que tiene dificultades. ¿Quiere venir?

Miré el rostro delgado, las mejillas por las que corría el agua, la nariz goteante.

—De acuerdo, me vestiré e iré en seguida. Pero ¿por qué no deja la bicicleta aquí y viene conmigo en el coche? Coulston está a unos seis

kilómetros, ¿no?, y debe estar calado hasta los huesos.

—No, no, está bien —el rostro se abrió en la sonrisa más alegre del mundo, y bajo el empapado sombrero brillaron un par de ojos azules muy vivaces—. Tendría que volver por ella otra vez. Me voy ahora y seguro que usted no llega mucho antes que yo.

Montó de nuevo en la bicicleta y salió a toda prisa. La gente que cree que la agricultura es un medio de vida fácil y agradable debería haber estado allí para ver cómo aquella figura inclinada desaparecía en la oscuridad y bajo la lluvia. Sin coche ni teléfono, toda la noche levantado por la vaquilla, doce kilómetros pedaleando bajo la lluvia y un día agotador ante él. Cuando pensaba en la existencia del pequeño granjero mis propias actividades me parecían una carga muy leve en verdad.

Aquella primera mañana conseguí un hermoso ternero vivo para Dick y más tarde, bebiendo agradecido una taza de té muy caliente en la cocina de la granja, me sorprendió ver a los pequeños Rudd trabajando a mi alrededor. Había siete, y mayores de lo que yo hubiera esperado. La hija mayor tendría unos veintitantos, y el chico menor unos diez, y yo no habría pensado que Dick tuviera más de treinta. A la luz de la puerta de Skeldale House y, más tarde, en el establo iluminado únicamente por una lámpara de petróleo humeante, sus movimientos vivos me habían parecido los de un hombre joven aún. Sin embargo, al mirarlo ahora, vi sus cabellos cortos manchados de gris y la masa de arruguitas que bajaban de los ojos a las mejillas.

En sus primeros años de casados los Rudd, ansiosos como todos los granjeros de hijos varones, habían observado con creciente desilusión la llegada de cinco hijas sucesivas. «Casi lo dejamos entonces», me confió Dick en una ocasión. Pero no lo hicieron, y su perseverancia fue recompensada al fin con la aparición de dos magníficos muchachos. Un granjero trabaja para sus hijos varones, y Dick tenía ahora algo por lo que trabajar.

Cuando llegué a conocerlos mejor me hacía feliz contemplar a aquella familia. Las cinco chicas eran altas, de miembros largos, y guapas, y los dos pequeños prometían también alcanzar una buena altura. Luego miraba a los padres, pequeños y frágiles («No salen a nosotros, desde luego», solía decir la señora Rudd), y me preguntaba cómo habría ocurrido aquel milagro.

También me maravillaba el hecho de que la señora Rudd, armada solamente con el dinero de la leche de las pocas vacas de Dick, consiguiera alimentarlos a todos y lograr que alcanzaran tal estado de perfección física. Un día tuve la primera pista cuando, después de examinar a varios terneros, me invitaron a «tomar una cenita» con ellos. Un plato de carne era algo

excepcional en las granjas de las colinas, y yo estaba familiarizado con el expediente habitual para llenar los estómagos hambrientos antes del plato fuerte: el budín del Yorkshire, o bien una empanada grasienta. Pero la señora Rudd tenía su propio método: un budín de arroz con mucha leche fue el *hors d'oeuvres*. Esto era nuevo para mí y comprobé que la familia iba sintiéndose satisfecha al comerlo. Yo también tenía hambre cuando me senté, pero después del arroz contemplé el resto de la comida sin gran interés.

Dick era un firme creyente en los consejos del veterinario, así que yo visitaba con frecuencia la granja Birch Tree. Después de cada visita el ritual era invariable: me invitaban a pasar a la casa y tomar una taza de té, y toda la familia acercaba las sillas y se sentaba a observarme. En los días de trabajo la chica mayor estaba fuera, en su empleo; y los chicos en la escuela, pero los domingos la ceremonia alcanzaba todo su esplendor: yo tomaba el té y los nueve Rudd formaban a mi alrededor lo que podríamos llamar un círculo de admiradores. Cualquier observación por mi parte era acogida con sonrisas y gestos de asentimiento. Indudablemente era magnífico para mi ego el tener a toda una familia literalmente pendiente de mis labios pero, al mismo tiempo, aquello hacía que me sintiera curiosamente humilde.

Supongo que era por el carácter de Dick. No es que él fuera único en ningún aspecto —había miles de pequeños granjeros como él—, pero parecía encarnar en su persona las mejores cualidades de los hombres de los valles: indestructibilidad, una serena filosofía, generosidad sin doblez y hospitalidad. Y, además de ello, sus cualidades propias: la integridad que siempre podía leerse en su mirada firme, y el humor, que no faltaba nunca. Si le pedía que me sostuviera el morro de una vaca decía solemnemente: «Lo intentaré», y recuerdo una ocasión en que yo trataba de levantar un madero que separaba a un ternero en una esquina y él dijo: «Espere que le levante la verja», y estalló en una risa que transformó maravillosamente sus rasgos vulgares.

Cuando estaba rodeado de mi público en la cocina, la familia entera, tan parecida a Dick en su risa abierta y generosa, me maravillaba de su propio contento. Ninguno de ellos había conocido jamás la vida muelle y fácil, pero eso no importaba. Me miraban como a un amigo, y yo me sentía orgulloso de ello. Al salir de la granja siempre encontraba algo en el asiento del coche: un par de pasteles caseros, tres huevos... Ignoro cómo se las arreglaba la señora Rudd, pero nunca dejaba de hacerlo.

Dick tenía una ambición ardiente: mejorar su ganado hasta tener un rebaño de vacas lecheras que satisficiera su ideal. Sin contar con el capital necesario sabía que sería un proceso muy lento, pero estaba decidido.

Probablemente no sucedería durante su vida pero algún día, quizás cuando sus hijos fueran mayores, la gente vendría a contemplar con admiración las vacas de Birch Tree.

Y yo estuve allí para ver el principio. Cuando Dick me paró en el camino una mañana y me pidió que lo acompañara a su casa comprendí, por su aire de excitación reprimida, que algo grande había sucedido. Me llevó al establo y guardó silencio. No necesitaba decir nada porque yo contemplaba un aristócrata bovino sin poder dar crédito a mis ojos.

Dick había ido reuniendo sus vacas a través de los años, y eran toda una mezcla. Muchas de ellas eran animales viejos rechazados por granjeros más prósperos por sus ubres colgantes o porque eran «vacas de tres tetas». Otras habían sido criadas por Dick, y esas tendían a ser de pelo duro y pescuezo largo. Pero a mitad del establo, en un contraste casi violento con sus vecinas, estaba lo que me pareció una perfecta vaca lechera Shorthorn.

En estos tiempos en que las vacas holandesas han inundado Inglaterra como una marea blanca y negra, llegando incluso a los valles, el hogar mismo de las Shorthorn, ya no se ven vacas como la que yo miraba en casa de Dick Rudd, pero ella representaba toda la gloria y orgullo de su casta: la pelvis amplia, los hombros finos y una cabeza delicada, la ubre saliendo entre las patas traseras y el magnífico color, roano oscuro. A este solían llamarle «buen color» y allí donde yo traía al mundo un ternero roano oscuro, el granjero decía: «Es uno de buen color», y por tanto más valioso. Los entendidos en genética tienen perfecta razón, naturalmente: las vacas de color roano oscuro no dan más leche que las rojas o las blancas, pero nosotros las apreciábamos y eran hermosas.

—¿De dónde ha salido, Dick? —pregunté sin dejar de mirarla.

Su voz sonaba muy casual:

—Oh, fui a la granja de Weldon, en Granby, y la elegí. ¿Le gusta?

—Es todo un espectáculo, una vaca de concurso. Nunca he visto otra mejor. —Los Weldon eran los mejores criadores de vacas de buena raza en los valles, y no quise preguntar a Dick si había amenazado al director del banco o si había estado ahorrando durante años solo por esto.

—Sí, dará más de treinta litros en cuanto se ponga a ello, y leche muy cremosa además. Supongo que valdrá por dos de las otras vacas, y un ternero suyo será digno de verse —se adelantó y pasó la mano por aquel lomo perfectamente liso y de carne fina—. Tiene un nombre muy complicado en los libros, pero mi señora la ha bautizado Fresa.

En aquel establo primitivo de suelo desigual, con sus separaciones de madera y muros de piedra, yo sabía que no estaba mirando solo a una vaca sino al fundamento de un nuevo rebaño, la esperanza de Dick Rudd para el futuro.

Había pasado un mes apenas cuando me telefoneó:

—Quiero que venga a echarle una mirada a Fresa. Hasta ahora lo ha estado haciendo muy bien, pero esta mañana le ocurre algo raro.

La vaca no parecía enferma, en verdad, e incluso estaba comiendo cuando la examiné, pero observé que tragaba con un poco de dificultad. La temperatura era normal y los pulmones estaban limpios pero, cuando me puse junto a la cabeza, percibí un sonido débil, como un ronquido.

—Es la garganta, Dick —dije—; quizás no sea más que un poco de inflamación, pero existe la posibilidad de que se le haya desarrollado ahí un pequeño absceso. —Mi tono era ligero, pero no me sentía feliz. Los abscesos *post-faríngeos*, según mi limitada experiencia, eran muy graves. Estaban situados en un lugar inaccesible, justo detrás de la garganta y, si crecían en exceso, llegaban a impedir gravemente la respiración. Hasta entonces había tenido suerte con los pocos que tratara; o bien habían sido pequeños y habían disminuido, o se habían abierto espontáneamente.

Le di una inyección de Prontosil a la vaca y me volví a Dick Rudd:

—En este punto, tras el ángulo de la mandíbula, quiero fomentos de agua caliente y además friegas con este unguento. Puede que así consigas que se abra. Hazlo por lo menos tres veces al día.

Seguí visitándola durante diez días más y vi claramente que el absceso seguía creciendo. La vaca no estaba todavía gravemente enferma, pero comía mucho menos, estaba más delgada y había perdido leche. En esos momentos yo me sentía bastante inútil, porque sabía que solo la ruptura del absceso la aliviaría y que las inyecciones que le daba apenas servían de nada. Pero le estaba costando mucho reventar.

Sucedió que precisamente entonces se fue Siegfried a un cursillo sobre caballos que duraría una semana; los primeros días estuve muy ocupado y apenas tuve tiempo de pensar en la vaca de Dick hasta que él vino a verme una mañana en su bicicleta. Se mostraba tan alegre como de costumbre, pero su rostro estaba tenso.

—¿Quiere venir a ver a Fresa? Ha perdido mucho estos tres últimos días. No me gusta su aspecto.

Salí a toda velocidad y ya estaba en el establo de Birch Tree antes de que Dick se hallara a medio camino. La vista de la vaca me dejó clavado en el

suelo y, con la boca abierta y seca, contemplé a la que en tiempos fuera una vaca de concurso. La carne había desaparecido de modo increíble y apenas era ahora un esqueleto cubierto de piel. Su respiración ahogada se oía en todo el establo y exhalaba el aliento con una curiosa hinchazón de las mejillas que nunca había visto. Sus ojos asustados miraban fijamente al muro ante ella. De vez en cuando soltaba una penosa tosecilla y la saliva le caía de la boca.

Debí estar allí mucho tiempo porque me di cuenta de que Dick ya se hallaba junto a mí.

—Es la peor de todas ahora —dijo amargamente.

Me encogí interiormente.

—Demonios, Dick, lo siento; no tenía idea de que hubiera llegado a este punto. No puedo creerlo.

—Bueno, casi ha sido de repente. Tampoco yo había visto que una vaca empeorara así de prisa.

—El absceso debe estar en el período máximo —dije—. Ya no le queda mucho espacio para respirar. —Mientras hablaba, los miembros de la vaca empezaron a temblar y por un momento creí que iba a caerse. Corrí al coche y cogí una lata de emplasto de caolín—. Vamos, le meteremos esto en la garganta. Quizás lo arregle.

Cuando terminamos miré a Dick.

—Creo que será esta noche. El absceso tiene que reventar.

—Y, si no lo hace, se morirá mañana —gruñó. Mi rostro debió expresar lo abrumado que me sentía porque de pronto se abrieron sus labios en una sonrisa—: No importa, muchacho, usted ha hecho todo lo que ha podido.

Pero, al alejarme de allí, no estaba tan seguro. Encontré a la señora Rudd junto al coche. Era su día de amasar y me metió una hogaza en la mano. Con eso aún hizo que me sintiera peor.

Aquella noche me senté solo a meditar en la gran sala de Skeldale House. Siegfried seguía fuera, no tenía a nadie a quien recurrir y yo necesitaba saber qué podría hacer con la vaca de Dick a la mañana siguiente. Para cuando subí a acostarme había decidido que, si nada sucedía, tendría que meter el escalpelo tras el ángulo de la mandíbula.

Sabía exactamente dónde estaba el absceso pero era un largo camino en el que estaban además cosas tan horribles como la arteria carótida y la vena yugular. Intenté en vano apartarlas de mi mente pero me perseguían en sueños, latiendo, pulsando, su precioso contenido amenazando con estallar en cualquier momento por sus paredes frágiles. Me desperté a las seis y, después de una hora de mirar tristemente al techo, no pude soportarlo más. Me levanté y, sin bañarme ni afeitarme, corrí en coche a la granja.

Al entrar temerosamente en el establo vi aterrado que la casilla de Fresa estaba vacía. De modo que era el fin. Había muerto. Después de todo ya se veía venir. Me volvía cuando Dick me llamó desde la puerta.

—La tengo en un establo al otro lado del patio. Pensé que estaría un poco más cómoda allí.

Casi corrí sobre las piedras y, cuando nos acercábamos a la puerta, el sonido de la terrible respiración llegó a nosotros.

Fresa estaba ahora echada. Había agotado sus últimas fuerzas al caminar hasta allí y yacía sobre el pecho, la cabeza estirada ante ella, los ollares dilatados, los ojos fijos, las mejillas hinchadas en su búsqueda desesperada de aliento.

Pero estaba viva, y el alivio que experimenté me lanzó a la acción y me hizo olvidar mis vacilaciones.

—Dick —dije—, no tengo más remedio que operar a tu vaca. Este maldito absceso no reventará a tiempo, así que es ahora o nunca. Pero hay una cosa que quiero que sepas: el único modo en que puedo hacerlo es desde detrás de la mandíbula. Nunca lo he hecho antes. Nunca lo he visto hacer, y

nunca he sabido de nadie que lo hiciera. Si pincho cualquiera de los vasos sanguíneos, la mataré en un minuto.

—No puede vivir mucho tiempo así —gruñó Dick—. No hay nada que perder. Adelante con ello.

En la mayoría de las operaciones con los grandes bovinos hay que derribar al animal con cuerdas y utilizar mucha anestesia general, pero nada de esto fue necesario con Fresa. Estaba ya medio muerta. Solo la empujé suavemente por el hombro y ella se tumbó de lado y quedó quieta.

Rápidamente inyecté anestesia local desde detrás de la oreja hasta el ángulo de la mandíbula y luego preparé los instrumentos.

—Ponle la cabeza recta y un poco hacia atrás, Dick —dije; arrodillándome sobre la paja hice una incisión en la piel, corté cuidadosamente la capa del músculo braquicefálico y sostuve las fibras a un lado y otro con retractores. Por ahí estaba mi objetivo y traté de representar claramente en mi mente la anatomía de esa región. Las venas maxilares corrían a juntarse para formar la gran yugular y, más abajo, más peligrosa aún, estaba la carótida con sus ramificaciones. Si metía el cuchillo tras la glándula salivar, daría en el sitio. Pero cuando sostenía la hoja agudísima sobre el pequeño espacio que dejara claro, las manos empezaron a temblarme. Intenté afirmarlas, pero era como si tuviera malaria. Había que enfrentarse con el hecho de que estaba demasiado asustado para seguir adelante. Dejé el escalpelo, levanté un par de largos fórceps de arterias y los introduje con firmeza por el agujero del músculo. Me pareció haber recorrido un camino increíblemente largo cuando, casi sin poder creerlo, vi un débil hilillo de pus por el brillante metal. Había llegado al absceso.

Abrí los fórceps al máximo para agrandar el agujero y al hacerlo el hilillo se convirtió en un torrente cremoso que saltó sobre mi mano, sobre el cuello de la vaca y hasta la paja. Estuve muy quieto hasta que se detuvo; entonces retiré los fórceps.

Dick me miró desde el otro lado de la cabeza.

—¿Y ahora qué, jefe? —preguntó suavemente.

—Bien, ya lo he vaciado —dije— y hay muchas probabilidades de que pronto esté mucho mejor. Vamos, pongámosla de nuevo sobre el pecho.

Cuando dejamos a la vaca instalada cómodamente con un montón de paja bajo el hombro la miré casi cariñosamente. Seguramente pronto se la vería mejor. Debía sentir alivio con aquella evacuación. Pero Fresa parecía exactamente igual. Si acaso, aún respiraba peor.

Metí los instrumentos en un recipiente de agua caliente y antiséptico y empecé a lavarlos.

—Ya sé lo que ocurre. Las paredes del absceso se han endurecido por haberlo tenido ahí tanto tiempo. Tendremos que esperar a que se reduzcan.

Al día siguiente, cuando pasaba por el patio, me sentía muy confiado. Dick salía del establo y le grité:

—Bien, ¿cómo está esta mañana?

Vaciló, y mi moral se fue al suelo. Sabía lo que significaba eso. El pobre trataba de encontrar algo bueno que decir.

—Pues creo que igual.

—Pero ¡maldita sea! —estallé—, debería estar mucho mejor. Vamos a verla.

La vaca no estaba igual; estaba peor. Y aparte de todos los demás síntomas tenía los ojos horriblemente hundidos, generalmente la señal de una muerte inminente en los bovinos.

Los dos nos quedamos mirando aquella ruina de una vaca en otros tiempos hermosa, luego Dick rompió el silencio hablando con suavidad:

—Bien, ¿qué le parece? ¿Se la llevamos a Mallock?

El sonido de aquel nombre añadió una nota final de desesperación. En realidad Fresa parecía uno de los animales que aquel hombre iba a recoger.

Restregué los pies contra el suelo tristemente.

—No sé qué decir, Dick. Ya no hay nada más que pueda hacer. —Eché otra mirada a la cabeza fija, la masa de espuma en torno a los labios y ollares—. Tú no quieres que sufra más y yo tampoco. Pero no llames a Mallock... todavía. Está muy enferma, pero no sufre, y quiero darle otro día. Si está igual mañana se la envías. —Las mismas palabras parecían fútiles; el instinto me decía que no cabía la menor esperanza. Me volví para marcharme con la sensación de fracaso más grande que jamás había conocido. Al salir al patio Dick me dijo:

—No se preocupe, muchacho, son cosas que pasan. Gracias por todo lo que ha hecho.

Las palabras fueron como un latigazo. Si me hubiera maldecido a gusto me habría sentido mucho mejor. ¿Por qué tenía que darme las gracias con aquella vaca muriéndose allí, la única vaca buena que tuviera en la vida? El desastre hundiría a Dick Rudd, y él me decía que no me preocupara.

Cuando abrí la puerta del coche vi una col en el asiento. La señora Rudd también seguía igual. Apoyé el hombro en el techo del coche y empecé a hablar. Como si la vista de aquella col me hubiera hecho tocar fondo en el

pozo de mi frustración, dirigí un soliloquio al vegetal en el que confesé toda mi incompetencia. Señalé la injusticia de aquella situación: personas amables como los Rudd, tan necesitados de un veterinario, habían llamado al señor Herriot y este había respondido fallándoles de plano. Y recalqué el hecho de que los Rudd, en vez de tirarme de allí como merecía, me daban las gracias sinceramente y encima me regalaban coles.

Seguí así mucho rato y, cuando al fin callé, me sentí un poco mejor. Pero no mucho porque, cuando llegué a casa, no conseguía hallar la menor esperanza. Si las paredes de aquel absceso fueran a reducirse, ya lo habrían hecho para ahora. Yo debí haberla matado... De todas formas la vaca estaría muerta por la mañana.

Estaba tan convencido de esto que no me apresuré a ir a Birch Tree al día siguiente. Hice casi toda mi ronda, y era mediodía cuando crucé las puertas. Sabía lo que iba a encontrar, los signos habituales del fracaso de un veterinario: las puertas del establo abiertas y las marcas por donde Mallock arrastraba el cadáver por el patio hasta la camioneta. Pero todo estaba como siempre y, cuando me dirigí al establo silencioso, cuadré los hombros. El descuartizador aún no había llegado, pero con toda seguridad que mi paciente yacía muerta allí. Era imposible que hubiera durado hasta ahora. Mis dedos temblaron al correr el cerrojo, como si algo en mí se negara a mirar dentro pero, con un impulso, abrí de par en par.

Fresa estaba en pie comiendo heno del pesebre, y no solo comiendo sino arrancándolo de entre los barrotes casi juguetonamente, como hacen las vacas cuando realmente disfrutan con la comida. Parecía como si no pudiera tragar bastante aprisa, cogiéndolo a grandes puñados y metiéndolo en la boca con la lengua rasposa. Al mirarla, dentro de mi cabeza empezó a sonar la melodía de un órgano, y no solo un órgano pequeño sino un instrumento poderoso, de notas fuertes que surgían entre las sombras de la catedral. Entré en el establo, cerré la puerta tras de mí y me senté en la paja en un rincón. Había esperado esto durante mucho tiempo y ahora iba a disfrutarlo.

La vaca era casi un esqueleto viviente con la hermosa piel roana muy tensa sobre los huesos salientes. La ubre, antes poderosa, era una bolsita que colgaba inútil entre sus jarretes. Mientras estaba en pie temblaba de pura debilidad, pero había una luz en sus ojos, una serena intensidad en su modo de comer, que me daba la seguridad de que pronto lucharía por recuperar su antigua gloria.

Estábamos los dos solos en el establo y Fresa volvía de vez en cuando la cabeza hacia mí y me miraba fijamente sin dejar de mover rítmicamente las

mandíbulas. Parecíame una mirada amistosa... En realidad no me habría sorprendido que me hubiera guiñado un ojo.

No sé cuánto tiempo estuve allí, pero saboreé cada minuto. Me llevó algún tiempo comprender que lo que veía no era un sueño, que sucedía realmente, que tragaba sin dificultad; no había salivación, ni ruido en su respiración. Cuando al fin salí y cerré la puerta a mis espaldas el órgano de la catedral cantaba por todos sus tubos despertando ecos en la impresionante cúpula.

La vaca se recuperó de modo asombroso. La vi tres semanas más tarde y, como por arte de magia, los huesos estaban ya recubiertos de carne, la piel brillaba y, lo más importante de todo: la ubre magnífica estaba turgente, con un pezón orgullosamente erecto en cada ángulo.

Me sentía muy satisfecho conmigo mismo pero, naturalmente, el frío análisis del caso solo demostraría una cosa: que yo apenas había hecho nada bien del principio al fin. Mucho antes debía haberle abierto la garganta con el cuchillo, pero entonces no sabía cómo. En años posteriores he abierto muchos de esos abscesos yendo por la boca y con un escalpelo atado a los dedos. Era algo bastante heroico, pues a la vaca o al toro no les gustaba nada y parecían ir a cerrar la boca conmigo metido allí hasta el hombro. Sí, era pedir sencillamente un brazo roto.

Cuando hablo de esto a los jóvenes veterinarios actuales casi siempre me miran sin comprender, porque la mayoría de esos abscesos tenían indudablemente un origen tuberculoso y, desde las pruebas de tuberculina, apenas se ven. Pero creo que mis contemporáneos sí sonreirán amargamente al refrescarles la memoria.

La operación *post-faríngea* tenía el atractivo de que la recuperación era espectacular y rápida, y yo he tenido alguna partecilla en esos pequeños triunfos. Pero ninguno de ellos me causó tanta satisfacción como este caso en el que actué tan mal.

Habían transcurrido unas cuantas semanas desde el episodio de Fresa y yo había vuelto a mi antiguo sitio en la cocina de los Rudd, con la familia en torno. Esta vez no estaba en situación de dejar caer mis perlas de sabiduría habituales porque trataba de acabarme un trozo enorme de tarta de manzana hecho por la señora Rudd. Yo sabía muy bien hasta qué punto eran deliciosas sus tartas, pero es que esta era del tipo especial que hacía para los momentos de «faena», para llevárselas a Dick y a los hijos cuando trabajaban en los campos. Había tragado pasta hasta sentir totalmente seca la boca. Sin duda que allá en lo más profundo habría manzana, pero aún no había sido capaz de

encontrarla. No me atrevía a hablar por si acaso dejaba escapar una nube de migas, y, en el silencio que siguió, me pregunté si alguien me ayudaría. Y fue la señora Rudd la que habló.

—Señor Herriot —dijo con su sencillez habitual—, Dick tiene algo que decirle.

Este se aclaró la garganta y se enderezó en la silla. Me volví a él con expectación, las mejillas distendidas aún por aquella masa espesa. Parecía muy serio y experimenté cierta aprensión.

—Lo que quiero decir es esto: Pronto serán nuestras bodas de plata y vamos a celebrarlo por todo lo alto. Queremos que sea nuestro invitado.

Casi me ahogo.

—¡Dick, señora Rudd, qué amables! Me encantará... Me sentiré muy honrado en venir.

Dick inclinó la cabeza gravemente. Parecía que aún había de decir algo importante.

—Bien, creo que nos divertiremos, porque va a ser algo especial. Hemos tomado una mesa en La Cabeza del Rey, en Carsley.

—¡Caray, eso suena magnífico!

—Sí, mi señora y yo lo hemos preparado todo —cuadró los estrechos hombros y alzó la barbilla orgullosamente—. Vamos a cenar bien y a celebrarlo.

Conforme pasaba el tiempo y yo cubría los huesos desnudos de mis conocimientos teóricos con la carne de la experiencia empecé a comprender que había otro aspecto de la práctica veterinaria que no mencionaban los libros. Y eso tenía algo que ver con el dinero. El dinero siempre ha formado una barrera entre el granjero y el veterinario. Creo que obedece a que hay una convicción grabada profundamente, tal vez subconscientemente, en la mente de muchos granjeros de que ellos saben más de su ganado que cualquier extraño, de modo que pagar algo por cuidarlos es una pura admisión de su derrota.

Esa barrera era bastante difícil de salvar en aquellos tiempos en los que tenían que pagar a los médicos que trataban las enfermedades humanas y en los que no había un servicio de consejos agrícolas gratuito. Pero es peor ahora, cuando está el Servicio Médico y la Seguridad Social, y el veterinario queda expuesto como el único hombre al que hay que pagar.

La mayoría de los granjeros, naturalmente, se tragan la píldora y sacan el talonario de cheques, pero hay una proporción, quizás un diez por ciento, que hacen todo lo posible por evitarlo.

Teníamos nuestro propio diez por ciento en Darrowby y era una irritación pequeña pero constante. Como ayudante yo no estaba financieramente involucrado y a Siegfried no parecía molestarle exageradamente..., a no ser cuando se enviaban las cuentas trimestrales. Entonces se enfurecía.

La señorita Harbottle solía escribir a máquina las cuentas y presentárselas en un montoncito aseado, y ahí empezaba todo. Él las repasaba una por una y era una experiencia terrible el observar cómo le iba subiendo gradualmente la tensión arterial.

Lo hallé encogido sobre su mesa una noche. Eran hacia las once y había tenido un día muy duro. Su resistencia había llegado al límite. Estudiaba cada cuenta antes de colocarla boca abajo en un montón a su izquierda. A la derecha había un montoncito más pequeño y, cuando colocaba una allí, lo

acompañaba de murmullos ahogados o con un violento estallido de vez en cuando.

—¿Puedes creerlo? —Gruñó cuando entré—. Henry Branson..., hace más de dos años que no nos ha pagado un penique y, sin embargo, vive como un sultán. Jamás deja de ir al mercado en muchos kilómetros, se emborracha como una cuba varias noches a la semana y lo vi apostar diez libras a un caballo en las carreras del mes pasado.

Dejó caer el pedazo de papel y siguió con su trabajo, respirando pesadamente. Luego quedó helado al ver otra cuenta.

—Y ¡mira este! El viejo Summers, de Low Ness. Apuesto a que tiene miles de libras ocultas bajo la cama pero, por Dios, que no quiere darme ni una parte.

Quedó silencioso unos momentos al colocar varias hojas en el montón principal; luego se volvió en redondo hacia mí con un grito agudo, agitando un papel ante mi rostro.

—¡Oh, no, James, esto es demasiado! Este Bert Manson me debe veintisiete chelines y seis peniques. Tengo que haber gastado más de esa cantidad enviándole la cuenta cada año y, como sabes, ayer le vi pasar ante la clínica con un coche nuevo. ¡El maldito bribón!

Lanzó la cuenta de un manotazo y empezó su escrutinio de nuevo. Observé que solo usaba una mano, ya que con la otra se mesaba furiosamente los cabellos. Recé con fervor para que tropezara pronto con una serie de buenos pagadores, porque no creía que su sistema nervioso pudiera aguantar mucho más. Y por lo visto así era, porque pasaron varios minutos en los que solo le oí repasar las hojas con serenidad. Luego se enderezó repentinamente en la silla y se quedó inmóvil, mirando fijamente la mesa. Alzó una cuenta y la sostuvo varios segundos ante los ojos. Me preparé. Debía ser algo especial.

Pero, con gran sorpresa por mi parte, Siegfried empezó a reír suavemente, luego echó atrás la cabeza y soltó una carcajada. Rio hasta que pareció que ya no tenía fuerzas para seguir; al fin se volvió a mí.

—Es el mayor, James —dijo débilmente—, el querido y viejo mayor. ¿Sabes?, no puedo dejar de admirar a ese hombre. Debía bastante dinero a mi predecesor cuando yo adquirí la práctica, y aún sigue debiéndolo. Y nunca he recibido un céntimo por todo el trabajo que he hecho por él. La cuestión es que hace lo mismo con todo el mundo y, sin embargo, sale adelante con ello. Es un artista genuino..., los demás no son sino torpes aficionados en comparación.

Se levantó, fue al armarito sobre la repisa de la chimenea y sacó la botella de *whisky* y dos vasos. Sin el menor cuidado lanzó una buena porción en ellos y me entregó uno; luego se hundió en el sillón sonriendo aún. El mayor había restaurado mágicamente su buen humor.

Tomándome el *whisky* reflexioné que sin duda el carácter del mayor Bullivant tenía una cualidad atractiva. Presentaba al mundo su fachada de elegante patricio, una hermosa voz de actor shakesperiano, unos modales impecables y mucha apostura. Cuando fuera que se dignara dirigirme una palabra amistosa me sentía honrado, aunque sabía que trabajaba gratis para él.

Tenía una granja pequeña y cómoda, una esposa siempre vestida de *tweed* y varias hijas propietarias de caballos y miembros activos de las cacerías de la localidad. Todo en su casa era correcto y adecuado. Pero nunca pagaba a nadie.

Llevaba unos tres años en el distrito y, a su llegada, los comerciantes de la localidad, atraídos por su fachada, habían competido para ganárselo como cliente. Después de todo parecía ser su tipo porque, en Darrowby, preferían la riqueza heredada. En contraste a lo que siempre hallara en Escocia, el hombre que se había hecho a sí mismo era mirado aquí con profunda suspicacia y no había nada más definitivo entre las gentes de la ciudad que este comentario susurrado entre dientes: «No tenía nada cuando vino a vivir aquí».

Naturalmente, una vez que las vendas cayeron de sus ojos, todos se echaron atrás, pero en vano. El taller de reparaciones de la localidad se apoderó del antiguo Rolls-Royce del mayor y se aferró fieramente a él durante algún tiempo, pero este consiguió recuperarlo a fuerza de derrochar encanto. Su único fracaso era que siempre le estaban cortando el teléfono. La Central de Comunicaciones era una de las pocas empresas inmunes a su encanto.

Pero la suerte se le acaba incluso al más experto. Pasaba yo un día en coche por Hollerton, ciudad a unos quince kilómetros de nosotros, y observé que las muchachas Bullivant iban por las tiendas armadas de cestas enormes. Por lo visto el mayor tenía que echar la red un poco más lejos y entonces me pregunté si no estaría pensando en trasladarse. Eso hizo en realidad; desapareció del distrito pocas semanas después, dejando a mucha gente lamiéndose las heridas. No sé si pagó a algunos antes de irse, pero Siegfried no recibió nada.

Ni siquiera después de su partida se sintió amargado mi jefe, que prefería considerar al mayor un fenómeno único, un maestro en su propio género. «Después de todo, James —me dijo en una ocasión—, y dejando aparte las

consideraciones éticas, has de admitir que un hombre que puede llegar a tener una cuenta pendiente de cincuenta libras por afeitadas y cortes de pelo en la barbería de Darrowby tiene derecho a cierto respeto».

La actitud de Siegfried con sus deudores era notablemente ambivalente. En ocasiones estallaba rabioso a la mención de sus nombres, en otras los miraba con cierta benevolencia amarga. A menudo decía que, si alguna vez daba una fiesta para los clientes, tendría que invitar en primer lugar a los que no pagaban, porque eran todos unos tipos encantadores.

Sin embargo, luchaba inexorablemente contra ellos mediante una serie de cartas graduadas según la severidad; lo que él denominaba su sistema CMA (o sea: de una carta cortés, otra molesta y la tercera de amenaza legal) en el que tenía gran fe. Sin embargo, lo triste es que el hecho no solía funcionar en los casos auténticamente difíciles, muy acostumbrados a recibir cartas amenazadoras con el correo de la mañana. Esas personas bostezaban ante las corteses y molestas y no se dejaban impresionar por las de amenaza legal porque sabían por experiencia que a Siegfried le repugnaba acudir a la ley.

Cuando fallaba el sistema CMA, Siegfried se inclinaba a seguir ciertas ideas muy poco ortodoxas para cobrar el dinero tan duramente ganado. Como el plan que ideó para Dennis Pratt. Dennis era un hombrecillo gordito y fanfarrón que demostraba la elevada opinión que tenía de sí mismo en el modo de estirar al límite su metro cincuenta y siete de estatura. Siempre parecía tratar de estirarse: andaba con el pecho muy salido, el estómago muy metido, y el trasero en un ángulo extraordinario.

Dennis debía a la clínica una buena cantidad de dinero y hacía unos dieciocho meses se le había sometido a todo el rigor del sistema CMA. Esto le había inducido a separarse de cinco libras «a cuenta», pero desde entonces nada más había llegado. Siegfried estaba en apuros porque no quería mostrarse demasiado duro con un hombre tan alegre y hospitalario.

Dennis estaba siempre riéndose o a punto de reír. Recuerdo cuando tuvimos que anestesiar a una vaca en su granja para quitarle un tumor. Siegfried y yo fuimos juntos y, por el camino, hablamos de algo que nos divirtió. Al bajar del coche ambos reíamos sin poder evitarlo, y justo entonces se abrió la puerta de la granja y salió Dennis.

Estábamos en el extremo más alejado del patio, a unos treinta metros de él. Era imposible que hubiera oído nuestra conversación pero, cuando nos vio reír, echó atrás la cabeza y se unió a nosotros con la carcajada más fuerte de todas. Se agitaba tanto al cruzar el patio que pensé que iba a caerse. Al llegar a nosotros le corrían lágrimas por las mejillas.

Después de un trabajo siempre nos pedía que probáramos un pastel de la señora Pratt. En realidad, en los días fríos solía tener un termo de café caliente dispuesto para nuestra llegada, y tenía el hábito de verter ron con liberalidad en cada taza antes de servir el café.

—No se puede llevar a un hombre así a los tribunales —decía Siegfried—, pero hemos de hallar algún modo de hacer que suelte la pasta —miró pensativamente al techo por unos momentos, luego se golpeó la palma de la mano con el puño—. ¡Creo que ya lo tengo, James! Sabes que es muy posible que jamás se le ocurra pagar una cuenta. Así que voy a meterlo en un ambiente en el que no tenga más remedio que pensar en ello. Acaban de salir las cuentas y le voy a citar a él aquí a las dos en punto el próximo día de mercado. Le diré que quiero discutir ese problema suyo de la mastitis. Estará en medio de todos los demás granjeros mientras estos pagan las cuentas y lo dejaré deliberadamente con ellos durante media hora o así. Estoy seguro de que eso le dará la idea.

No pude evitar el sentir ciertas dudas. Conocía a Siegfried el tiempo suficiente para comprender que algunas de sus ideas eran brillantes y otras no, y él tenía tantas ideas, y le acudían a la mente en un tropel tan constante, que a veces era difícil distinguir unas de otras. Desde luego en este caso se proponía actuar exactamente igual que el doctor que abre el grifo de agua a toda presión para inducir a un paciente a que orine en una botella.

El plan podía tener éxito... Tal vez la vista de los talonarios de cheques, el tintinear de las monedas, el crujir de los billetes, sirviera de estímulo a aquel pozo de deudas bien enterrado en Dennis y consiguiera extraer de él un buen chorro. Pero lo dudaba.

Y esta duda debió reflejarse en mi rostro, porque Siegfried se echó a reír y me dio un golpecito en el hombro.

—No estés tan preocupado... Al menos podemos probar. Y saldrá bien, ya lo verás.

El día de mercado, después del almuerzo, miraba yo por la ventana cuando vi a Dennis que venía hacia la casa. La calle estaba abarrotada con la muchedumbre habitual en ese día, pero era fácil distinguirlo. La barbilla muy alzada, sonriendo en torno beatíficamente, el paso alegre y como de puntillas, era una figura notable. Le abrí la puerta principal y pasó ante mí por el corredor, su chaqueta deportiva formando un pliegue muy curioso sobre su prominente trasero.

Siegfried le hizo sentar estratégicamente junto a la señorita Harbottle, con lo que veía perfectamente toda la mesa. Luego se excusó diciendo que había

de atender a un perro en la sala de operaciones. Me quedé en el despacho para contestar las preguntas de los clientes y ver cómo se desarrollaba aquello. No tuve que esperar mucho; los granjeros empezaron a entrar unos tras otros con el talonario en la mano. Unos aguardaban pacientemente junto a la mesa, otros se sentaban en las sillas dispuestas en torno a los muros, esperando su turno.

Era un típico día de pago, con la cuota habitual de quejas. La expresión más corriente era que el señor Farnon «se había mostrado un poquitín exagerado en la cuenta», y algunos pedían «un pequeño descuento». La señorita Harbottle echaba mano de su discreción en aquellos asuntos y, si el animal había muerto o la cuenta le parecía en realidad exagerada, concedía algún descuento.

Pero hubo un hombre que no se salió con la suya. Había exigido con aire truculento «algún alivio» en una cuenta, pero la señorita Harbottle lo miró fijamente, con ojos fríos.

—Señor Brewiss —dijo—, usted nos debe esta cuenta desde hace más de un año. Realmente debería estar pagando intereses. Solo puedo conceder un descuento cuando la deuda se paga al contado. Ya está bien, habiendo dejado pasar tanto tiempo.

Dennis, sentado muy tieso con las manos sobre las rodillas, se mostraba plenamente de acuerdo con cada palabra. Apretó los labios en gesto de desaprobación al mirar al granjero y se volvió a mí con expresión positivamente escandalizada.

Entre las quejas hubo algún detalle conmovedor. Un hombre viejo y de hombros inclinados que recibiera una de las cartas corteses nos abrumó con sus disculpas:

—Lamento haberme retrasado en el pago unos meses. El veterinario acude inmediatamente cuando yo le llamo; así que reconozco que no es justo que yo le haga esperar.

Vi también que Dennis estaba plenamente de acuerdo con el modo de pensar del viejo. Asintió vigorosamente y lo miró benevolencia.

Otro granjero, un tipo de aspecto grosero, se marchaba sin recibo cuando la señorita Harbottle le hizo volver.

—Será mejor que se lo lleve o tal vez le pidamos que nos pague de nuevo —dijo, tratando de mostrarse graciosa.

El hombre se detuvo ante la puerta.

—Voy a decirle algo, señora. Ya puede dar las gracias de que lo ha conseguido una... Jamás le pagaría dos veces.

Dennis presidía la reunión. Observaba muy atento cuando los granjeros dejaban caer sus talonarios en la mesa para que la señorita Harbottle escribiera la cantidad (ellos jamás redactaban sus propios cheques), y luego los firmaban lenta y penosamente. Miraba con fascinación patente los montoncitos de billetes que ella guardaba en el cajón de la mesa y yo seguía haciéndole observaciones algo provocativas como: «Es agradable ver cómo entra el dinero. No podemos vivir sin eso, ¿verdad?».

La cola empezó a reducirse y en ocasiones nos quedábamos solos en la habitación. En esos momentos charlábamos de muchas cosas: el tiempo, el ganado de Dennis, la situación política... Finalmente entró Siegfried y yo me fui a mi ronda.

Cuando volví, mi jefe estaba cenando. Yo estaba ansioso de oír el resultado de su plan, pero él se mostraba extrañamente reticente. Al fin no pude aguantar más.

—Bueno, ¿cómo fue? —pregunté.

Cogió un pedacito de carne con el tenedor y le puso un poco de mostaza.

—Cómo fue, ¿qué?

—Bueno, Dennis. ¿Cómo quedaste con él?

—Oh, muy bien. Repasamos a fondo el problema de la mastitis. Voy a ir a la granja el martes por la mañana para inyectar una solución de acriflavina en todos esos cuartos infectados que tienen las vacas de su rebaño. Es un tratamiento nuevo... Dicen que excelente.

—¡Eh!, ¡que tú sabes muy bien a qué me refiero! ¿Es que no dio señales de pagar la cuenta?

Siguió masticando impasible unos instantes. Luego tragó.

—No, ni la menor señal —dejó el cuchillo y tenedor, y un aire de tristeza se extendió por su rostro.

—No sirvió de nada, ¿verdad?

—Bueno, no importa —contestó.

—Como dijiste, había que probar algo —vacilé—. Hay otra cosa más, Siegfried. Me temo que vas a enojarte conmigo. Sé que me has dicho que no debo dar medicamentos a los que no nos pagan, pero el caso es que me convenció para que le permitiera llevarse un par de botellas de tónico para la fiebre láctea. No sé qué me ocurrió.

—Conque sí, ¿eh? —Siegfried miró al espacio por un segundo, luego sonrió como avergonzado—. Bien, no te preocupes. A mí me sacó seis latas de polvos estomacales.

Teníamos un cliente al que, desde luego, no habríamos invitado a la fiesta de los deudores: el señor Horace Dumbleby, el carnicero de Aldgrove. Como moroso inveterado tenía las mejores calificaciones para el primer puesto, pero carecía en absoluto de encanto.

Su carnicería, en la calle principal del pintoresco pueblo de Aldgrove, estaba siempre llena y el negocio era próspero, pero él comerciaba sobre todo en los pueblos vecinos y más pequeños y entre las granjas esparcidas por el distrito. La esposa del carnicero y su hija casada solían encargarse de la tienda mientras el señor Dumbleby hacía personalmente la ronda. Yo veía con frecuencia su camioneta azul con la puerta trasera abierta mientras la esposa de un granjero aguardaba a que él cortara la carne, inclinándose sobre la tabla su cuerpo enorme e informe. En ocasiones alzaba la vista y podía echar una ojeada a su rostro sanguinolento y a sus ojos melancólicos.

Era también un granjero en pequeña escala. Vendía leche de las seis vacas que tenía en un establo pequeño y muy limpio en la parte de atrás de la tienda y engordaba unos cuantos bueyes y cerdos que más tarde aparecían en forma de salchichas, solomillos y chuletas en el escaparate. En realidad, el señor Dumbleby parecía ser muy próspero y se decía que tenía propiedades en todo el lugar. Pero Siegfried solo conseguía ver una partecita mínima de ese dinero.

Y todos los pagadores morosos tenían algo en común: no toleraban el menor retraso en los veterinarios. Cuando estaban en apuros exigían acción inmediata: («¿Quiere venir en seguida?». «¿Cuánto tardará?». «No me tendrá esperando, ¿verdad?». «Quiero que venga inmediatamente»). En ocasiones me sentía alarmado cuando veía que las venas de la frente de mi jefe se hinchaban peligrosamente y que sus nudillos se ponían blancos al apretar rabiosamente el teléfono.

Después de una de esas sesiones con el señor Dumbleby, a las diez de la noche de un domingo, se había dejado llevar por la cólera y se había desahogado a gusto con él. Con ello no aflojó los cordones de la bolsa del

carnicero y lo único que consiguió fue herirlo profundamente en sus sentimientos. A partir de ese momento Dumbleby se consideró ofendido y dondequiera que me lo tropezaba con su camioneta por el campo volvía lentamente la cabeza y me miraba como si no me viera_ hasta que nos perdíamos de vista. Y, cosa extraña, cada vez me lo tropezaba con más frecuencia... Aquello era enervante.

Y había algo peor. Tristán y yo solíamos frecuentar la pequeña taberna de Aldgrove donde el ambiente del bar era muy agradable y la cerveza cumplía los requisitos exigidos por Tristán. Nunca habíamos hecho demasiado caso del señor Dumbleby, siempre sentado en el mismo rincón, pero ahora, cada vez que alzaba la vista veía aquellos grandes ojos tristes fijos en mí con desaprobación. Trataba de olvidarme de ellos y de escuchar a Tristán, que contaba chistes apuntados en sobres viejos, pero seguía sintiendo su mirada sobre mí. Entonces se me cortaba la risa y miraba angustiado en torno. Y la excelente cerveza era como vinagre en mi boca.

En un intento por escapar de él pasé a refugiarme en el salón de té y abandoné el bar, y Tristán, demostrando gran nobleza de alma, se vino conmigo a un lugar que le resultaba extraño, un sitio alfombrado, con la gente sentada en torno a las mesas brillantes, todos bebiendo ginebra y sin una jarra de cerveza a la vista. Pero el sacrificio fue en vano porque Dumbleby cambió de posición en el bar hasta situarse frente al salón de té, que podía ver a través de la puerta de comunicación. Las horas que yo pasaba allí adquirieron una cualidad macabra. Era como un hombre que trataba desesperadamente de olvidar. Pero por mucho que bebiera, que charlara, que riera o incluso que cantara, algo en mi interior aguardaba con aprensión el momento en que sabía que habría de mirar en torno. Y, cuando lo hacía, el rostro sombrío se me aparecía aún más formidable enmarcado por los lados de la puerta. Aquella mandíbula colgante, los rollos de grasa bajo la barbilla, los ojos enormes y melancólicos... quedaban agrandados en su aislamiento por aquel trozo de pared.

De nada servía y tuve que dejar de ir a aquel lugar. Lo cual fue muy triste porque Tristán solía ponerse lírico alabando cierto sabor y amargor especial de aquella cerveza. Pero el lugar había perdido todo su encanto para mí. No podía aguantar más al señor Dumbleby.

En realidad hice todo lo posible por olvidarme del caballero pero hube de recordarlo por fuerza cuando en una ocasión oí su voz por teléfono a las tres de la madrugada. Casi siempre se trataba de lo mismo cuando el teléfono de la mesilla de noche estallaba en mi oído a esas horas: un parto.

La llamada del señor Dumbleby no era excepcional, pero sí más perentoria de lo que cualquiera habría esperado. Ni siquiera se disculpó por llamar de madrugada, como hacían la mayoría de los granjeros. Le dije que iría inmediatamente, pero no bastó; quiso saber exactamente cuántos minutos tardaría. Con un intento de sarcasmo algo velado por el sueño empecé a recitarle un programa de tantos minutos para levantarme y vestirme, tantos para bajar y sacar el coche, etc., pero me temo que malgasté mi ingenio con él.

Cuando entré en el pueblo dormido brillaba una luz en el escaparate de la carnicería. El señor Dumbleby salió corriendo a la calle y se puso a pasear de un lado a otro nerviosamente y murmurando mientras yo sacaba las cuerdas e instrumentos del maletero. «Muy impaciente —me dije— para ser un hombre que no ha pagado las cuentas del veterinario en más de un año».

Tuvimos que cruzar la tienda para llegar al establo en la parte posterior. Mi paciente era una vaca grande y gruesa que no parecía demasiado molesta por su situación. De vez en cuando hacía fuerza, expulsando un par de patitas a pocos centímetros de su vulva. Eché una mirada a aquellas extremidades, siempre la primera indicación de lo duro que podría ser el trabajo. Dos enormes pezuñas sobresaliendo de una vaquilla siempre me han borrado la sonrisa del rostro. Estas eran bastante grandes pero no demasiado, y en realidad la madre parecía disponer de sitio suficiente. Me pregunté qué sería lo que impedía su salida natural.

—He metido la mano dentro —dijo el señor Dumbleby— y hay una cabeza ahí, pero no consigo girarla. He estado tirando de las patas durante más de una hora.

Mientras me desnudaba hasta la cintura —todavía se consideraba algo afeminado el ponerse un mono de trabajo para los partos—, reflexioné que la cosa podía ser mucho peor. Me había tenido que desnudar incontables veces en edificios muy primitivos y llenos de corrientes de aire pero este era un establo moderno y las seis vacas nos proveían de buena calefacción central. Y había electricidad en vez de la lámpara de aceite humeante de costumbre.

Cuando me hube enjabonado y desinfectado los brazos hice la primera exploración, y no fue difícil hallar la causa del problema.

Había una cabeza y dos patas, sí, pero pertenecían a terneros distintos.

—Tenemos gemelos —dije—, y usted ha estado tirando de los cuartos traseros de uno de ellos. Una presentación posterior.

—¿Que viene de culo, quiere decir?

—Como quiera. El ternero que viene bien tiene esas dos patas a los lados. Habré de empujarlo hacia atrás y sacar al otro primero.

Iba a ser algo muy apretado. Normalmente me gusta un parto doble porque los terneros son por regla general muy pequeños, pero estos parecían bastante grandes. Puse la mano contra el morrito con el que tropezara en aquel pequeño espacio, le metí un dedo en la boca y me vi recompensado por el movimiento convulso de la lengua; por lo menos estaba vivo. Empecé a empujarle con firmeza de vuelta al útero, preguntándome al mismo tiempo qué entendería la criatura de aquello. Casi había salido al mundo —sus ollares habían estado a cinco centímetros del aire exterior— y ahora se le volvía a su punto de partida.

A la vaca tampoco le gustó mucho la idea porque inició una serie de presiones con objeto de frustrarme. Y lo hizo bastante bien, ya que una vaca es mucho más fuerte que un hombre, pero mantuve el brazo rígido contra el ternero y, aunque cada presión me hacía retroceder, seguí empujando hasta que lo tuve de nuevo en los bordes de la pelvis.

Me volví al señor Dumbleby hablando con dificultad:

—Ya he quitado esa cabeza de en medio. Tire ahora de estas patas y saque al otro ternero.

El carnicero se adelantó con aire de importancia y sus manos grandes y fuertes se aferraron a las patas. Luego cerró los ojos y, con muchas contorsiones faciales y resoplidos, como si hiciera un esfuerzo sobrehumano, empezó a tirar. El ternero no se movió y se me cayó el alma a los pies. Dumbleby no era más que un «gruñidor» (esta expresión tuvo su origen un día en que Siegfried y un granjero agarraban cada uno la pata de un ternero que se resistía a nacer y el granjero no hacía más que gruñir y lamentarse sin esforzarse en lo más mínimo, por lo que Siegfried se había vuelto a él y le había dicho: «Ea; pongámonos de acuerdo. Ahora usted tira y yo me dedico a gruñir»).

Estaba claro que no iba a conseguir de él la menor ayuda, así que decidí hacerlo por mí mismo. Tal vez tuviera suerte. Solté el morro y agarré a toda velocidad aquellas patitas traseras, pero la vaca fue demasiado rápida para mí. Apenas había cogido los miembros resbaladizos cuando con un solo esfuerzo expulsivo lanzó al ternero número dos de nuevo al pasaje. Ya estábamos de vuelta al principio.

Una vez más empujé el húmedo morrito e inicié el penoso proceso. Mientras luchaba contra los esfuerzos de la vaca recordé que eran las cuatro de la madrugada y que ninguno de los dos se sentía muy fuerte. Para cuando

había vuelto la cabeza a la boca de la pelvis me sentía ya débil y agarrotado, como si alguien me hubiera quitado la mayor parte de los huesos del brazo.

Esta vez me tomé unos segundos para recuperar la respiración antes de intentar coger las patitas de nuevo, pero no sirvió de nada. La vaca me venció con una contracción maravillosamente calculada: Y otra vez la cabeza que estorbaba quedó encajada en el pasaje.

Ya había tenido bastante. Pensé además que la criaturita, allá dentro, debía estar también cansada de tanto ir y venir. Crucé la tienda fría y vacía, volví a la calle silenciosa y recogí la anestesia local del coche. Ocho centímetros cúbicos en el espacio epidural y la vaca, con el útero completamente dormido, perdió todo interés en el proceso. En realidad incluso cogió un poco de heno del pesebre y empezó a mordisquear como abstraída.

A partir de ese momento fue como trabajar dentro de una bolsa de correos. Lo que yo empujaba se quedaba allí y quieto en vez de retroceder impulsado contra mí. La única pega era que, una vez todo bien colocado, no había contracciones uterinas que me ayudaran. Había pues que tirar. Cogiendo de una de las patas traseras, y con el señor Dumbleby respirando agónicamente en la otra, el que venía mal quedó pronto fuera. Había tragado bastante fluido de la placenta pero lo sostuve cabeza abajo hasta que lo hubo expulsado todo. Cuando le dejé en el suelo del establo agitó la cabeza vigorosamente e intentó sentarse.

Luego tuve que ir a buscar a mi viejo amigo, el segundo ternero. Por lo visto ahora se sentía muy a gusto allí dentro. Cuando al fin le saqué tosiendo y pateando a la luz no me habría extrañado nada que me gritara: «¡Oiga!, ¿por qué no se decide de una vez?».

Secándome el pecho contemplé con el mismo placer de siempre a los dos animalitos húmedos que luchaban por alzarse del suelo mientras Dumbleby los frotaba con un puñado de paja.

—Muy grandes para ser gemelos —murmuró.

Incluso esta expresión tan modesta de aprobación me sorprendió y pensé que tal vez pudiera aprovechar la situación.

—Sí, dos terneros muy grandes. Los gemelos suelen nacer muertos cuando vienen tan enredados... Buena suerte fue que los sacáramos vivos —me detuve un momento—. ¿Sabe?, esos deben valer bastante.

Dumbleby quedó silencioso y no capté bien si la flecha había dado en el blanco.

Me vestí, recogí el equipo y lo seguí desde el establo hasta la tienda silenciosa, más allá de las filas de solomillos colgados de ganchos, las bandejas de asadura, los montones de salchichas frescas. Junto a la puerta exterior, el carnicero se detuvo y permaneció irresoluto un instante. Parecía pensar a toda prisa. Luego se volvió.

—¿Le gustaría llevarse unas cuantas salchichas?

Casi me caigo del asombro.

—Sí, muchas gracias, ya lo creo. —No era posible, pero debía haberle tocado el corazón.

Se fue, cortó como medio kilo, las envolvió rápidamente en papel grueso y me entregó el paquete.

Lo contemplé sintiendo el peso de las salchichas frías en la mano. Aún no podía creerlo. Luego se me ocurrió un pensamiento indigno. Era injusto, lo sabía —el pobre tipo no había conocido el lujo de muchos impulsos generosos—, pero algún demonio interior me hizo ponerlo a prueba. Me metí la mano en el bolsillo del pantalón, hice sonar el dinero y lo miré a los ojos.

—Y, ¿cuánto es esto? —pregunté.

El rostro enorme de Dumbleby quedó repentinamente helado y, durante unos segundos, todo su cuerpo se inmovilizó. Los rasgos eran inexpresivos, pero un músculo que empezó a agitarse en una mejilla y la angustia que lentamente se abrió paso en sus ojos traicionaron la batalla interna que estaba luchando. Cuando habló lo hizo en un murmullo ahogado, como si las palabras salieran forzadas, como si le obligara a pronunciarlas un poder que escapaba a su dominio.

—Eso —dijo— serán dos chelines y seis peniques.

Para mí era una experiencia nueva hallarme ante el hospital esperando que las enfermeras salieran del trabajo, pero era bastante normal para Tristán, a quien se podía encontrar allí varias noches a la semana. La costumbre que tenía se manifestaba en toda su actitud y, sobre todo, en el lugar que eligiera para esperar: el ángulo más oscuro de la puerta de las oficinas de la Compañía de Gas, justo fuera del alcance de la luz que lanzaba la farola de la calle. Desde allí contemplaba directamente, al otro lado de la calle, la entrada cuadrada del hospital y el largo corredor blanco que llevaba a la sección de las enfermeras. Y había otra ventaja: si Siegfried pasaba por allí por casualidad, Tristán quedaba invisible y seguro.

A las siete y media me dio un codazo. Dos chicas que habían salido ya del hospital bajaban los escalones y se quedaban de pie esperando en la calle. Tristán miró en ambas direcciones antes de cogerme del brazo.

—Vamos, Jim, ahí están. Esa es Connie, la de la izquierda, la rubia, una chiquilla encantadora.

Nos acercamos y Tristán me presentó con su encanto característico. Tuve que admitir que, si la salida de esa noche se había dispuesto con fines terapéuticos, yo ya empezaba a encontrarme mejor. Había algo reconfortante en el modo en que me miraban aquellas dos chicas tan bonitas, con los labios entreabiertos y los ojos brillantes, como si yo fuera la respuesta a todas sus plegarias.

Eran muy parecidas, a excepción del color de sus cabellos. Brenda era muy morena y Connie muy rubia, con reflejos dorados allá donde caía sobre ella la luz de la puerta. Las dos eran la imagen misma de la salud: mejillas frescas, dientes blancos, ojos vivaces, y algo más que yo encontraba especialmente delicioso: el sencillo deseo de complacer.

Tristán abrió la puerta posterior del coche con un floreo:

—Ten cuidado con este, Connie; parece un tipo tranquilo pero es un diablo con las mujeres. Famoso como amante apasionado en todo el país.

Las chicas soltaron una risita y me estudiaron aún con mayor interés. Tristán saltó al volante y partimos a velocidad de vértigo.

Cuando la oscura campiña empezó a pasar ante las ventanillas me apoyé en un ángulo y escuché a Tristán, que hablaba a gritos. Quizás trataba amablemente de alegrarme o tal vez era que se lo pedía el cuerpo, pero su charla era incesante. Las chicas constituían un público ideal, porque reían encantadas de todo cuanto decía. Yo sentía el cuerpo de Connie estremecido por la risa junto a mí. Estaba sentada muy cerca, con un trozo de asiento vacío al otro lado. El cochecito giró en una curva y la lanzó contra mí, y ella se quedó allí con toda naturalidad, la cabeza apoyada en mi hombro, su pelo contra mi mejilla. No utilizaba mucho perfume sino que olía a jabón y antiséptico. Mi mente volvió a Helen. No pensaba demasiado en ella en estos días. Era solo cuestión de práctica: apartar el pensamiento de Helen en cuanto surgía. Y me estaba haciendo todo un técnico en la materia. Fuera como fuese todo había terminado..., terminado incluso antes de empezar.

Pasé el brazo en torno a Connie y ella alzó el rostro hacia mí. «Ah, bien», me dije; y la besé. La voz de Tristán se alzó cantando tras el volante, Brenda soltó una risita y el viejo coche siguió a toda marcha gimiendo sobre el camino tan áspero y difícil.

Al fin llegamos a Poulton, pueblo en camino a ninguna parte. Su única calle ascendía colina arriba hasta un punto en el que había un jardín circular con una antigua cruz de piedra y un montículo sobre el que se alzaba el instituto.

Allí era donde se celebraba el baile, pero Tristán tenía primero otros planes.

—Hay una tabernita estupenda por aquí. Tomaremos una copa para alegrarnos. —Bajamos del coche y Tristán nos metió en un edificio de piedra.

No había nada elegante aquí, sino solo una habitación grande, cuadrada, de muros encalados, con una cocina junto a la brillante chimenea y un sofá de respaldo de madera ante ella. Sobre la chimenea había una viga inmensa comida por el paso de los años y ennegrecida por el fuego.

Entró el patrón. Iba vestido para andar por casa, sin chaqueta, con la camisa a rayas sin cuello y sus pantalones sujetos con tirantes, y, además, con un ancho cinturón de piel. Su rostro alegre se iluminó a la vista de Tristán.

—Bueno, señor Farnon, ¿se encuentra usted bien?

—Nunca mejor, señor Peacock, y, ¿qué tal sigue usted?

—Estupendamente, señor. No puedo quejarme. Y creo reconocer al otro caballero. Usted ha estado aquí antes, ¿verdad?

Entonces lo recordé. Un día que estuve haciendo pruebas en el distrito de Poulton había venido aquí a comer, helado y muerto de hambre después de horas de luchar con los animales jóvenes en las tierras altas. El patrón me había recibido con serenidad y había puesto a toda prisa la sartén sobre el hogar mientras yo contemplaba su espalda, los tirantes y el cinturón de piel. Una vez servida la comida había ocupado toda la mesa de roble ante el fuego: una buena tira de jamón curado sobresalía del plato con dos huevos fritos bien colocados en el centro; una hogaza recién sacada del horno, el cuchillo clavado en ella; un plato de mantequilla casera, mermelada, una buena tetera llena y todo un queso de Wensleydale, circular, blanco como la nieve y de más de un palmo de altura.

Recuerdo que comí y comí sin dar crédito a mis ojos durante largo tiempo y que terminé con una cortada tras otra del queso de más delicado sabor. Toda la comida me había costado cinco chelines.

—Sí, señor Peacock, he estado aquí antes y, si alguna vez estoy muriéndome de hambre en una isla desierta, creo que aún recordaré la maravillosa comida que me dio.

Se encogió de hombros.

—Pero si no fue mucho, señor. Lo corriente. —Sin embargo, parecía complacido.

—Estupendo entonces —dijo Tristán con impaciencia—, pero no hemos venido a comer; hemos venido a beber, y el señor Peacock tiene la mejor Magnet del Yorkshire. Me gustaría tu opinión al respecto, Jim. ¿Quiere ser tan amable de traernos dos jarras de medio litro y dos de cuarto, señor Peacock?

Observé que ni siquiera se le había ocurrido preguntar a las chicas qué querían tomar, pero que ellas parecían felices con el arreglo. El patrón volvió pronto de la bodega. Llevaba una enorme jarra blanca de esmalte de la que sirvió el líquido marrón con gran destreza hasta dejar una capa blanca y espumosa en cada jarra.

Tristán alzó la suya y la miró con reverencia. La olió respetuosamente, luego tomó un sorbo que retuvo en la boca unos segundos a la vez que movía los labios. Después de tragarla chasqueó los labios varias veces, con la mayor solemnidad, luego cerró los ojos y trasegó otro buen sorbo. Mantuvo los ojos cerrados algún tiempo; al abrirlos estaban estáticos, como si hubieran contemplado una hermosa visión.

—Es toda una experiencia el venir aquí —susurró—. Conservar la cerveza en las barricas de madera es un proceso difícil, pero usted, señor Peacock, es

un artista.

Este inclinó la cabeza modestamente y Tristán, alzando la jarra en gesto de brindis, la vació con un rápido movimiento de la muñeca.

Las chicas soltaron un «¡Oh!», admirativo, pero comprobé que tampoco ellas tenían demasiada dificultad para vaciar las suyas. Con esfuerzo comencé a beberme la mía y la jarra de esmalte se puso en funcionamiento otra vez.

Siempre me había considerado en desventaja en compañía de un virtuoso como Tristán pero, conforme fue pasando el tiempo y el patrón siguió visitando la bodega con su jarra, todo se me hizo más fácil. En realidad, muchísimo tiempo después, tomé confiadamente mi jarra número ocho y me pregunté por qué habría tenido tanta dificultad en el pasado para trasegar gran cantidad de líquido. Aquello resultaba fácil, sedante y consolador. Tristán tenía razón: esto era lo que yo necesitaba.

Me sorprendió no haber comprendido hasta entonces que Connie era una de las criaturas más hermosas que conociera en la vida. En la calle ante el hospital la había juzgado atractiva, pero sin duda con aquella luz tan débil no había podido observar la perfección de su cutis, el verde misterioso y profundo de sus ojos y el pelo maravilloso con reflejos dorados y tonos bronceados gracias al fuego brillante. Y aquella boca reidora de dientes iguales y brillantes, y su lengüita rosa... no dejaba de reír como no fuera para beber. Todo lo que yo decía era ingenioso, muy divertido, y me miraba constantemente por encima del borde de la jarra con patente admiración. Yo me sentía muy seguro de mí mismo.

La cerveza corría pero el tiempo no; parecía ir más y más despacio hasta detenerse por completo, y ya no hubo pasado ni futuro, solo el rostro de Connie y un presente abrigado y sin problemas.

Miré sorprendido a Tristán cuando me tiró del brazo. Me había olvidado de que él estaba allí y al mirarme me ocurrió lo mismo que con Connie... Solo vi su rostro que flotaba como separado del cuerpo en una habitación vacía. Solo el rostro muy rojo, hinchado y de mirada vidriosa.

—¿Te gustaría que imitara a un director de orquesta chiflado? —dijo aquel rostro.

Me conmovió profundamente. He aquí otra prueba de su afecto por mí. De todo el repertorio de Tristán, la imitación de un director de orquesta chiflado era la más notable. Suponía un tremendo derroche de energías y, como Tristán no estaba acostumbrado en absoluto a la actividad física, casi acababa con él. Sin embargo, allí estaba, dispuesto a sacrificarse. Una oleada de sentimentalismo meloso me inundó y por un segundo me pregunté si no

sería lo más adecuado que me echase a llorar, pero me contenté con estrecharle calurosamente la mano.

—Nada me gustaría más, mi querido amigo —dije trabajosamente—, y aprecio en lo que vale tu generoso ofrecimiento. Y quiero aprovechar esta oportunidad para decirte que, en mi opinión, en todo el Yorkshire no hay un caballero mejor que Tristán Farnon.

Aquel rostro rojizo se tornó solemne.

—Me honras con estas palabras, viejo amigo.

—En absoluto —tartamudeé—. Mis frases vacilantes son incapaces de expresar la elevada opinión que tengo de ti.

—Eres demasiado amable —insistió Tristán entre dos hipidos.

—Nada de eso. Es un privil... un privilegio conocerte.

—Gracias, gracias. —Tristán asintió a una distancia de apenas diez centímetros. Nos mirábamos a los ojos con intensa absorción y la conversación hubiera seguido así durante mucho tiempo de no habernos interrumpido Brenda.

—¡Eh!, cuando hayáis terminado de frotaros la nariz me gustaría tomar otra copa.

Tristán la miró fríamente.

—Tendrás que esperar unos minutos. Hay algo que debo hacer. —Se levantó, afirmó el cuerpo y caminó con dignidad hasta el centro de la sala. Cuando se volvió a enfrentarse con el público parecía exaltado. Comprendí que esta iba a ser su mejor actuación.

Alzó los brazos y miró imperiosamente a su orquesta imaginaria, captando los instrumentos de cuerda, de viento, de metal y los timbales de una sola ojeada. Luego, con un violento movimiento, los lanzó a la obertura. Rossini esta vez, pensé, o quizás Wagner, ya que le vi mover la cabeza furiosamente de un lado a otro dando la entrada a los violines con el puño cerrado, exhortando, a las trompetas con la mirada y con la mano extendida y temblorosa.

Siempre era hacia la mitad de la pieza cuando la cosa se ponía buena y observé encantado que el rostro se le contorsionaba ya y que sus labios dejaban escapar un ronquido. El movimiento de los brazos se hizo más y más convulso hasta que todo el cuerpo se agitó de modo irrefrenable. Comprendí que se acercaba el fin; los ojos de Tristán giraban locamente en sus órbitas, el pelo le caía por todo el rostro y ya no conseguía dominar la música que estallaba en torno suyo. De pronto se puso rígido, los brazos cayeron bruscamente a los lados del cuerpo y se fue al suelo de bruces.

Me uní al aplauso y las risas generales cuando observé que Tristán seguía muy quieto. Al aproximarme a él vi que se había dado de cabeza contra la pata de roble del sofá y que estaba inconsciente. Las enfermeras se lanzaron rápidamente a la acción. Brenda le levantó la cabeza mientras Connie corría a buscar agua caliente y un paño. Cuando Tristán abrió los ojos las dos le estaban bañando un tierno chichón sobre la oreja. El señor Peacock insistía ansiosamente:

—¿Está bien? ¿No puedo yo hacer nada?

Tristán se puso en pie y tomó débilmente un sorbo. Estaba muy pálido.

—Dentro de un segundo me habré repuesto, y sí hay algo que usted puede hacer: darnos otra última jarra. Luego nos hemos de ir al baile.

El patrón se fue corriendo y volvió con la jarra rebosante. Esta jarra final revivió milagrosamente a Tristán y pronto estuvo en pie. Entonces dimos la mano afectuosamente al señor Peacock y nos fuimos. Después de la luz de la fonda, la oscuridad cayó sobre nosotros como un manto y esperamos agrupados en los escalones hasta que pudimos ver el instituto sobre su colina llena de hierba. Débiles rayos de luz escapaban a través de las rendijas de las cortinas de las ventanas, y oímos la música y el sonido de los pies de los que bailaban.

Un alegre granjero aceptó nuestro dinero en la puerta y, en cuanto entramos al salón, nos envolvió una espesa masa de bailarines. El lugar estaba abarrotado de jóvenes de traje oscuro, algo rígidos, y chicas con vestidos floreados girando felices al son de la música.

En el estrado, a un extremo, cuatro músicos tocaban con todas sus fuerzas: piano, acordeón, violín y tambor. Al otro extremo, varias señoras de mediana edad presidían tras una mesa montada sobre caballetes en la que había bocadillos de jamón y pan casero, tortas caseras, jarras de leche y pastelillos muy rellenos de crema.

En torno a las paredes había aún más chicos de pie mirando a las muchachas que estaban solas. Reconocí a un cliente.

—¿Cómo se llama este baile? —grité por encima del estruendo.

—Los tres pasos de Eva —fue la respuesta.

Era nuevo para mí, pero me lancé confiadamente a ello con Connie. Todo eran vueltas y saltos y, cuando los hombres lanzaban sus botas pesadas sobre el suelo, el salón temblaba y el ruido era ensordecedor. Pero me encantaba... Estaba en plena forma y hacía girar a Connie sin el menor esfuerzo entre la gente. Podía advertir que tropezaba constantemente con los demás, pero, por mucho que lo intentara, apenas notaba que mis pies tocaran el suelo. La

sensación de flotar era deliciosa. Decidí que nunca había sido tan feliz en la vida.

Después de media docena de bailes me sentí hambriento y fui flotando con Connie hasta la barra. Nos comimos un enorme bocadillo de jamón y huevos, tan exquisito que repetimos; luego unos pasteles de crema, y de nuevo nos lanzamos al torbellino. Estaba a mitad de otro baile cuando empecé a sentir mis pies sobre el suelo otra vez, muy pesados y como si se arrastraran. Connie se sentía pesada también. Se dejó caer entre mis brazos.

De pronto alzó la vista y vi un rostro muy pálido.

—Me siento un poco... rara. Perdona —se apartó y empezó a dirigirse erráticamente hacia el tocador de señoras; pocos minutos después salía de allí y su rostro ya no estaba blanco; estaba verde; vino hacia mí vacilando—. Necesito aire fresco. Sácame de aquí.

La llevé a la oscuridad exterior y fue como si me hubiera subido a un barco. El terreno vacilaba bajo mis pies y había de abrir mucho las piernas para mantenerme erecto. Sosteniendo a Connie por el brazo me retiré apresuradamente hasta la pared del instituto y me apoyé en ella. Esto no ayudó demasiado porque también la pared empezó a vacilar. Las náuseas se apoderaron de mí. Pensé en el jamón y los huevos y gruñí en voz alta.

Con la boca abierta, tragando aire fresco, contemplé el cielo estrellado, limpio y austero, y unas nubecillas que cubrían la luna.

—¡Oh, Señor! —murmuré a las estrellas—, ¿por qué bebería yo tanta maldita cerveza?

Pero había de cuidar de Connie. Le pasé el brazo por la cintura.

—Vamos, será mejor que caminemos un poco. —Empezamos a circular ciegamente en torno al edificio, deteniéndonos de vez en cuando mientras yo recuperaba la respiración y agitaba la cabeza violentamente a fin de aclararme el cerebro.

Pero nuestro caminar era errático y se me olvidó que el instituto estaba colocado sobre una pequeña colina empinada. Hubo un instante en que caminamos sobre la nada y luego caímos en el barro. Terminamos hechos un lío en la oscuridad del fondo.

Me quedé echado allí pacíficamente hasta que oí unos lamentables gemidos a mi lado. ¡Connie! Probablemente una fractura doble por lo menos. Pero cuando la ayudé a levantarse descubrí que no estaba herida ni, por extraño que parezca, tampoco yo. Después de tanto alcohol debíamos haber caído tan relajados como perros de trapo.

Volvimos al instituto y nos quedamos justo al lado de la puerta. Connie estaba irreconocible, el hermoso pelo le colgaba en húmedos mechones sobre el rostro, los ojos miraban vacíos y las lágrimas corrían lentamente por las mejillas manchadas de barro. Mi traje estaba lleno de barro también y notaba algunas manchas en las mejillas. Nos quedamos muy juntos, tristemente apoyados el uno en el otro en el umbral. Los bailarines eran una visión nebulosa ante nuestros ojos. Mi estómago seguía protestando.

Luego oí que alguien me decía:

—Buenas noches. —Era una voz de mujer, y muy cercana. Dos figuras nos observaban con interés. Por lo visto acababan de entrar.

Me concentré intensamente hasta enfocarlos por unos segundos. Eran Helen y un hombre rubio. Su rostro, correcto y de buen color, el pelo brillante aplastado a ambos lados de la raya, hacían juego con el abrigo británico e impecable. Me miraba con desdén. Su imagen se me desenfocó de nuevo y otra vez oí la voz de Helen:

—Íbamos a entrar aquí unos momentos para ver qué tal estaba el baile. Y usted, ¿se está divirtiendo?

Inesperadamente la vi de pronto con toda claridad. Sonreía amablemente, pero sus ojos estaban tensos y miraba a Connie y volvía a mirarme a mí. Yo era incapaz de hablar, solo podía seguir allí mirándola tristemente, viendo su belleza serena en medio de aquel ruido y vulgaridad. Por un instante me pareció lo más natural del mundo la idea de cogerla entre mis brazos, pero la rechacé y asentí estúpidamente a su pregunta.

—Bien, tenemos que irnos —dijo Helen, y sonrió de nuevo—. Buenas noches.

El hombre rubio me saludó fríamente y se marcharon.

Parecía que iba a volver a la carretera después de todo. Y me sentía agradecido por ello, ya que las siete de la mañana, con el sol apenas asomándose, no era el mejor momento para sacar el coche de la nieve.

Este camino estrecho y sin vallas corría sobre una tierra alta para llegar a unas pocas granjas solitarias al final de unos senderos todavía más estrechos. Realmente no había estado nevando cuando me llamaran por teléfono muy temprano —una hemorragia uterina de una vaca—, pero el viento había ido aumentando y ahora barría furioso la superficie del manto de nieve que cubriera las cumbres durante semanas. Mis faros habían captado los montoncitos de nieve que avanzaban poco a poco hasta cubrir de un lado a otro el camino.

Así es cómo se bloqueaban los pasos y, ya en la granja, mientras inyectaba pituitrina y limpiaba el útero sanguinolento con una sábana limpia, oía el viento que golpeaba violentamente la puerta del establo y me preguntaba si podría volver a casa.

En el sendero, los montoncitos de nieve habían dejado de ser un detalle pintoresco a los lados y cruzaban ya el camino, pero mi cochecito había conseguido pasar sobre ellos vacilando en ocasiones, patinando un poco, y ahora veía la carretera principal a pocos metros, muy oscura bajo la luz pálida.

Pero justo a la izquierda, al extremo de un campo, se hallaba Cote House. Había allí un buey al que yo estaba tratando —había comido nabos helados— y ahora tenía que hacerle una visita. No me apetecía volver si podía evitarlo, y en la ventana de la cocina había luz, de modo que la familia estaba levantada. Giré en redondo y crucé el patio.

La puerta de la granja estaba bajo un pequeño pórtico y el viento había arrastrado la nieve hasta allí, depositando un montón contra la puerta. Al inclinarme para llamar, la superficie del montón tembló un poco, luego empezó a abrirse. Había algo dentro, algo muy grande. Era una sensación extraña permanecer allí entre dos luces viendo cómo se separaba la nieve para

revelar al fin un cuerpo peludo. Alguna criatura del bosque debía haberse acercado a la casa buscando calor, pero era mayor que un zorro o cualquier animal en que pudiera pensar.

Justo entonces se abrió la puerta y cayó sobre mí la luz de la cocina. Peter Trenholm me hizo pasar y su esposa me sonrió en el interior. Eran una pareja joven y alegre.

—¿Qué es eso? —dije, señalando al animal que se sacudía la nieve vigorosamente.

—Eso —sonrió Peter— es nuestro Tip.

—¿Tip? ¿Su perro? Pero ¿qué está haciendo bajo un montón de nieve?

—Pues se le caería encima, supongo. Ahí duerme, ya sabe, justo ante la puerta.

Me quedé mirándole.

—¿Pretende decirme que duerme fuera, al aire libre, todas las noches?

—Eso es. Verano e invierno. Pero no me mire así, señor Herriot, que es porque quiere. Los otros perros tienen un lecho caliente en el establo, pero Tip ni soñarlo. Tiene quince años ahora y ha estado durmiendo ahí desde que era un cachorro. Recuerdo que, cuando vivía mi padre, intentó conseguir por todos los medios que durmiera dentro, pero de nada sirvió.

Miré atónito al perro. Ahora lo veía con mayor claridad; no era el típico perro ovejero; tenía los huesos más grandes y el pelo más largo, y proyectaba una ardiente vitalidad que no iba con sus quince años. Resultaba difícil creer que cualquier animal que viviera en estas regiones frías prefiriera dormir fuera..., y seguir viviendo. Tuve que mirar muy de cerca para ver señales de ancianidad. Había una ligera rigidez en el paso al moverse por allí, tal vez un aire de debilidad en la cabeza y el rostro y, naturalmente, cierta opacidad de visión en el fondo de los ojos. Pero la impresión general era de viveza invencible.

Se sacudió los últimos copos de nieve y se acercó alegre al granjero lanzando un par de ladridos. Peter Trenholm se echó a reír.

—Ya ve que está dispuesto a salir... Es muy trabajador el buen Tip.

Nos dirigió en el camino hacia los establos y yo lo seguí, tropezando contra los surcos helados, duros como el hierro bajo la nieve e inclinando la cabeza contra el viento cortante como un cuchillo. Fue un alivio abrir la puerta del establo y entrar al dulce calor bovino.

Había una buena mezcla de animales en el amplio edificio. Las vacas lecheras ocupaban la mayor parte; luego venían unas vaquillas muy jóvenes, algunos bueyes y, finalmente, en un extremo vacío y profundamente cubierto

de paja, los otros perros de la granja. Y gatos también, así que aquello tenía comodidad para un gato, y allí los tenía, pelotas peludas sobre la paja. En el mejor lugar además, contra la tabla divisoria por donde les llegaba el calor de los grandes animales.

Tip se lanzó confiado entre sus colegas y una pareja de cachorros. Pude ver que él era el jefe.

Mi paciente, uno de los bueyes, parecía estar mejor. Cuando le viera la víspera, su estómago había estado completamente estático y atónico debido a la ingestión de nabos helados. El animal se sentía incapaz de deglutir y mugía de dolor. Pero hoy, cuando apoyé el oído en su flanco izquierdo, escuché el rumor normal en vez del silencio mortal del día anterior. El lavado gástrico debía haber arreglado las cosas y comprendí que otro más lo pondría bien del todo. Con mimo preparé los ingredientes de uno de mis tratamientos favoritos, hace tiempo desaparecido ante el avance del progreso: una onza de formalina, un cuarto de sal común, una lata de triaca negra del barril que solía encontrarse en la mayoría de los establos, todo mezclado en un cubo con un litro de agua caliente.

Metí el embudo de madera en la boca del buey y lo sujeté por los cuernos. Mientras Peter sostenía las asas pasé el tubo estomacal hasta el primer estómago y metí allí la mezcla. Cuando hube terminado el buey abrió los ojos sorprendido y empezó a agitar los cuartos traseros. Escuchando de nuevo a su lado pude oír el tranquilizador blub-blub-blub del contenido de su estómago. Sonreí satisfecho. Funcionaba como siempre.

Mientras secaba el tubo escuché el hiss-hiss-hiss del ordeño diario al que se dedicaba el hermano de Peter que, cuando me disponía a salir, cruzó el establo con un cubo lleno en camino al refrigerador. Al pasar junto a los perros dejó caer un poco de leche caliente en sus platos, y Tip se acercó a tomar el desayuno. Mientras bebía, el perro más joven trató de acercarse también, pero un sopapo silencioso de una garra de Tip vino a darle casi en la nariz y se retiró al otro plato. Observé sin embargo que el viejo perro no protestaba cuando la hembra y los cachorros se unieron a él. Los gatos, negro y blanco, marrón y gris, se levantaron de la paja desperezándose y se acercaron en círculo a observar. Ya les llegaría el turno.

La señora Trenholm me invitó a una taza de té y, cuando salí, ya era pleno día. Pero el cielo estaba de un color gris muy cargado y los árboles, escasos junto a la casa, agitaban sus ramas desnudas contra el viento que caía en oleadas heladas sobre kilómetros de brezales. Era lo que los hombres del Yorkshire llamaban «un viento fino» y a veces «un viento perezoso» que no

se molesta en soplar en torno a ti, sino que te atraviesa. Todo me hacía sentir que el mejor lugar de la tierra era junto a la chimenea brillante en la cocina de la granja.

La mayoría de la gente así lo habría pensado, pero no el viejo Tip. Daba vueltas en torno a Peter mientras este cargaba un carro con pacas de heno para el ganado joven en los establos más alejados y, cuando agitó las riendas y la jaca empezó a cruzar los campos, el perro saltó a la trasera del carro.

Al lanzar el equipo al maletero miré al viejo perro, las patas muy abiertas contra el traqueteo, agitando la cola y ladrando en desafío al mundo helado a su alrededor. Me llevé el recuerdo de Tip, que desdeñaba las comodidades y dormía en el que consideraba su lugar de honor..., a la puerta de su amo.

Pequeños incidentes como este iluminaban siempre mis jornadas de trabajo y, afortunadamente, en mi profesión suelen suceder cosas así. Y a veces ni siquiera es un suceso... Solo una frase luminosa.

Como el día en que estaba examinando a una vaca mientras se ordeñaba a su vecina. El ordeñador era un viejo, y tenía problemas. Estaba sentado muy metido bajo la vaca, la cabeza enterrada en el flanco, el cubo muy apretado entre las rodillas, pero el taburete se agitaba de un lado a otro porque la vaca se resistía. Dos veces le volcó ella el cubo y además se las arregló para levantar el rabo lleno de heces líquidas y azotar con él la cara del viejo.

Finalmente este no pudo soportarlo más. Poniéndose en pie de un salto dio un puñetazo al lomo del animal y lanzó este grito desesperado:

—¡Estáte quieta, vaca de mierda, que no sabes más que cagar!

O el día en que tuve que visitar a Luke Benson en su pequeña propiedad en el pueblo de Hillom. Luke era un hombretón de unos sesenta años que tenía la peculiaridad de hablar siempre con los dientes cerrados. Articulaba cada palabra sin mover más que los labios, mostrando una fila de dientes cuadrados y caballunos, muy apretados. Esto daba una intensidad peculiar a sus palabras y, cuando hablaba, le brillaban los ojos.

Casi toda su conversación consistía en criticar a los demás habitantes de Hillom. En realidad parecía sentir un disgusto cordial contra la raza humana en general. Sin embargo, yo le hallaba un hombre muy razonable con el que tratar; aceptaba mi diagnóstico de las enfermedades de sus animales sin protesta y trataba de mostrarse amistoso conmigo llamándome siempre «Jems», que era todo lo mejor que podía pronunciar mi nombre con los dientes apretados.

Reservaba todo su odio para su vecino y compañero de propiedad, un hombrecillo cojo llamado Gill, al que Luke se refería invariablemente y sin

amabilidad como «ese joven saltarín». La enemistad entre ambos era ya muy antigua y yo solo había visto sonreír a Luke en dos ocasiones: una cuando la cerda de Gill perdió su lechigada, y otra cuando se le quemó un granero.

Cuando la esposa de Gill se fugó con un hombre que iba por las granjas vendiendo cepillos, originó un gran escándalo. Nunca había sucedido nada parecido en Hillom y una ola de horror morboso barrió el pueblo. Esto, me dije, habría sido el mejor acontecimiento en la vida de Luke Benson y, cuando tuve que ir a visitar a una de sus vaquillas, esperaba verlo rebotante de gozo. Pero lo hallé más bien melancólico.

Mientras yo examinaba y trataba al animal, permaneció silencioso, y solo habló cuando entré en la cocina a lavarme las manos. Miró cansadamente a su esposa, una mujer delgada y de rostro severo que aplicaba grafito a la parrilla del hogar.

—Habrás oído decir que la esposa del joven saltarín se ha largado, ¿no? — dijo.

—Sí —contesté—, eso me han dicho.

Esperaba que se alegrase, pero seguía mostrándose extrañamente inquieto. Luchó hasta que yo hube terminado de lavarme las manos, luego me miró y apretó los dientes.

—Le diré algo, Jems —gruñó—: ¡Ojalá que alguien se llevara a la mala bestia de la mía!

Y luego la carta de los Bramley... Eso sí que me hizo sentir bien. Ahora ya no se encuentran gentes como los Bramley; la radio, la televisión y el coche han llevado el mundo exterior hasta los lugares más aislados, de modo que las personas sencillas que uno solía encontrar en las granjas solitarias se están convirtiendo rápidamente en gentes como todas las demás. Quedan unos pocos, claro, personas de edad que se aferran al estilo de vida de sus padres y, cuando tropiezo con ellos, me gusta tener alguna excusa para sentarme y conversar y escuchar los viejos dichos y expresiones del Yorkshire, que casi han desaparecido.

Pero incluso en los años treinta, cuando había muchos lugares aún no alcanzados por la oleada del progreso, los Bramley eran en cierto modo únicos. Eran cuatro, tres hermanos, todos solterones de mediana edad, y una hermana mayor, también soltera, y su granja estaba en una gran hondonada en las colinas. Se podían ver las piedras antiguas de Scar House, entre las ramas más altas de los árboles que la rodeaban, desde la puerta de la taberna en el pueblo de Drewburn, y en verano era posible bajar allí cruzando los campos hasta las granjas. Yo lo había hecho unas cuantas veces, las botellas en el

maletero girando y saltando mientras el coche bailoteaba sobre los surcos. También se podía llegar al lugar desde el otro lado, a través de la propiedad del señor Broom y siguiendo por un sendero de baches tan profundos que solo un tractor podía aventurarse por allí.

En realidad no había camino hasta la granja pero eso no molestaba a los Bramley, porque el mundo exterior no tenía el menor atractivo para ellos. La señorita Bramley iba de vez en cuando a Darrowby en los días de mercado, a comprar provisiones, y Herbert, el hermano mediano, había ido a la ciudad en la primavera de 1929 para que le sacaran una muela; pero, aparte de esas salvedades, se quedaban muy contentos en casa.

Una llamada de Scar House nos molestaba bastante porque significaba que al menos se perdían dos horas de trabajo ese día. Como el tiempo no fuera muy seco, valía más dejar el coche en la propiedad del señor Broom y hacer el viaje a pie. Una noche de febrero, hacia las ocho, me abrí yo camino por aquel sendero sintiendo que el barro me entraba por el borde de las botas; iba a ver un caballo con cólico y llevaba los bolsillos llenos de todo cuanto pudiera necesitar: arecolina, ampollas de morfina, una botella de parafiroxia. Llevaba los ojos semicerrados contra la lluvia y la cellisca constantes, pero a un kilómetro podía ver ya las luces de la casa guiñando entre los árboles.

Después de veinte minutos de hundirme y salir de los charcos invisibles, de abrir una serie de puertas de las vallas, rotas y atadas con cuerdas, llegué al patio de la granja y crucé hasta la puerta. Iba a llamar cuando me detuve con la mano en el aire. Estaba mirando por la ventana de la cocina y en el interior, iluminado por una vieja lámpara de petróleo, los Bramley estaban sentados en fila.

No agrupados alrededor del fuego sino apretados en un largo banco de madera de respaldo alto contra la pared del fondo. Lo más extraño era la similitud casi idéntica de sus actitudes: los cuatro tenían los brazos cruzados, la barbilla descansando sobre el pecho, los pies extendidos ante ellos. Los hombres se habían quitado las pesadas botas e iban con calcetines, pero la señorita Bramley llevaba un par de zapatillas de fieltro.

Miré fascinado la curiosa inmovilidad del grupo. No estaban dormidos, ni hablando, ni leyendo, ni escuchando la radio —en realidad no la tenían—; solo estaban sentados.

Nunca había visto antes gentes que solo estuvieran sentadas, y me quedé allí unos minutos para ver si movían algún miembro, o si hacían algo, lo que fuera, pero nada sucedió. Se me ocurrió que probablemente esta era una

noche típica: trabajaban muy duro todo el día, cenaban, y luego se sentaban hasta la hora de irse a la cama.

Un mes o dos más tarde descubrí otra peculiaridad insospechada de los Bramley cuando empezaron a tener problemas con los gatos. Sabía que les gustaban los gatos por el número y variedad que llenaban el lugar y que se subían con toda confianza al capó de mi coche en los días fríos, con su instinto por los lugares cálidos. Pero no estaba preparado para la desolación de la familia cuando los gatos empezaron a morir. La señorita Bramley estaba en el umbral de Skeldale House prácticamente cada día, con una cesta de huevos que contenía otro paciente lamentable, un gato, a veces unos gatitos, gimiendo en su interior.

Incluso hoy en día, con toda la gama de modernos antibióticos, el tratamiento de la enteritis felina es difícil, y yo tuve poco éxito con mis salicilatos y con las inyecciones poco específicas. Hice todo lo posible. Incluso me llevé algunos de los gatos y los retuve en la clínica con objeto de atenderlos varias veces al día, pero el índice de mortalidad fue muy elevado.

Los Bramley estaban dominados por el pánico al ver que disminuían sus gatos. Me sorprendía su dolor, porque la mayoría de los granjeros miraban a los gatos como cazadores de ratones y nada más. Pero cuando la señorita Bramley acudió una mañana con una nueva tanda de inválidos estaba en estado lamentable. Me miró sobre la mesa de la clínica y sus manos toscas se abrían y cerraban en torno al asa del cesto.

—¿Van a morir todos? —gimió.

—Bueno, es algo muy infeccioso y parece que la mayoría de los pequeños lo pasarán de todos modos.

Por un momento pareció que luchaba consigo misma, luego empezó a temblarle la barbilla y todo su rostro sufrió unas contorsiones que no podía dominar. No es que llorara realmente pero sus ojos brillaban y un par de lágrimas corrieron entre la red de arrugas de sus mejillas. La miré, incapaz de hacer nada, mientras ella seguía allí con el pelo gris muy desordenado bajo un sombrero absurdo que llevaba hundido hasta las orejas.

—Son los gatitos de Topsy los que me preocupan —consiguió decir al fin—. Cinco, y los mejores que tenemos.

Me froté la barbilla. Había oído hablar mucho de Topsy, que pertenecía a una familia de cazadores insuperables de ratas y ratones. Sus crías tenían solo diez semanas, y si algo sucedía sería un golpe terrible para los Bramley. Pero ¿qué diablos podía hacer yo? Todavía no había una vacuna protectora contra

la enfermedad... o, veamos, ¿no la había? Recordé el rumor de que Burroughs Wellcome estaba trabajando en algo.

Le acerqué una silla.

—Siéntese unos momentos, señorita Bramley. Voy a hacer una llamada telefónica.

Pronto me pusieron con el Laboratorio Wellcome y casi di por sentado que solo iba a recibir una respuesta sarcástica. Pero se mostraron amables y cooperativos. Habían tenido resultados muy alentadores con la nueva vacuna y estaban dispuestos a enviarme cinco dosis si luego les informaba del resultado.

Me apresuré a volver junto a la señorita Bramley.

—He pedido algo para los gatitos. No puedo garantizar nada, pero es lo único que podemos hacer. Tráigamelos aquí el martes por la mañana.

Llegó en seguida la vacuna y, mientras inyectaba a las diminutas criaturas, la señorita Bramley se extendió hablando de las virtudes de la raza de Topsy.

—¡Mire el tamaño de sus orejas! ¿Ha visto alguna vez gatitos con unas tan grandes?

Tuve que admitir que no. Las orejas eran enormes, como velas, lo que hacía que los lindos rostros parecieran aún más pequeños.

La señorita Bramley asintió y sonrió con satisfacción.

—Sí, siempre se les distingue por eso. Es una señal segura de buen cazador.

La inyección se repitió una semana más tarde. Los gatitos seguían bien.

—Bueno, esto es todo —dije—; ahora solo tenemos que esperar. Pero recuerde: quiero saber el resultado; así que, por favor, no se olvide de comunicármelo.

No supe de los Bramley durante varios meses y casi me había olvidado del experimento cuando tropecé con un sobre grosero que, al parecer, me habían metido por debajo de la puerta de la clínica. Era el informe prometido y, a su estilo, un modelo de concisión. Comunicaba toda la información requerida sin adornos ni florilegios.

Con una letra cuidadosa y retorcida decía simplemente: «Querido señor; los gatitos ya son gatos grandes. Sinceramente, R. Bramley».

Cuando detuve el coche junto al grupo de gitanos me dio la impresión de que estaba mirando algo que debía haber sido captado por una cámara. El prado era muy amplio en esta vuelta del camino y vi a cinco de ellos sentados en torno al fuego: podían ser los padres y tres niñas pequeñas. Estaban sentados muy quietos mirándome tranquilamente a través del humo de la hoguera mientras los copos de nieve caían sobre la escena e iban a depositarse perezosamente en el pelo revuelto de las niñas. Algo irreal flotaba en el ambiente de aquel cuadro vivo y quedé inmóvil en el asiento, mirando por el cristal, olvidando la razón que me llevara allí. Al fin bajé la ventanilla y me dirigí al hombre.

—¿Es usted el señor Myatt? Creo que tiene un caballito enfermo.

—Sí, es cierto. Allí está —asintió; era un acento extraño, sin la menor huella del Yorkshire. Se levantó del fuego, una figura pequeña, de piel oscura, sin afeitar, y se acercó al coche sosteniendo algo en la mano. Era un billete de diez chelines que reconocí como gesto de buena fe.

Los gitanos que se acercaban de vez en cuando a Darrowby eran mirados siempre con cierta suspicacia. Al contrario que los Myatt, solían venir sobre todo en verano; acampaban junto al río y vendían sus caballos, y ya nos habían tomado el pelo más de una vez. Muchos se llamaban «Smith» y no era raro volver al día siguiente y encontrarse con que paciente y propietario habían desaparecido. En realidad, Siegfried, me había gritado al salir yo de casa esta mañana: «¡Cobra al contado, si puedes!», pero no necesitaba preocuparse; Myatt era muy cumplidor.

Bajé del coche y lo seguí sobre la hierba más allá del viejo carromato con el perro atado a la rueda, hasta donde había unos cuantos caballos y potrillos atados. Fácil era discernir a mi paciente, un hermoso pío de unos trece palmos, con piernas finas y esbeltas y cierto aire de clase en él. Pero se hallaba en un estado lastimoso. Mientras los otros animales se movían en torno a sus estacas observándonos con interés, él permanecía clavado en el suelo como si fuera de piedra.

Incluso a distancia adiviné lo que le ocurría. Solo una despeadura aguda podía dar origen a aquella postura encogida y, cuando me acerqué, comprobé que los cuatro cascos estaban afectados probablemente, ya que tenía las patas traseras muy metidas bajo el cuerpo en un esfuerzo desesperado por apoyar todo el cuerpo en los pulpejos.

Le metí el termómetro en el recto.

—¿Ha comido algo de más, señor Myatt?

—Sí, una bolsa de avena, anoche.

El hombre me mostró un gran saco medio vacío en la parte de atrás del carro. No era fácil entenderle pero consiguió hacerme saber que el caballo se había soltado y se había hartado de avena. Entonces le había dado una dosis de aceite de ricino, que él pronunció a su manera.

El termómetro marcaba casi cuarenta grados y el pulso era rápido. Pasé la mano sobre los cascos temblorosos sintiendo el calor anormal, luego miré la cabeza tensa, los ollares dilatados, los ojos velados por el terror. Cualquiera que haya visto una infección así tendrá idea de la agonía por la que pasa un caballo cuando la lámina sensible del pie se inflama y late dolorosamente contra la pared inflexible del casco.

—¿Quiere hacerlo mover un poco? —pedí.

El hombre cogió la collera y tiró, pero el caballito se negó a caminar.

Cogí el otro lado de la collera.

—Vamos, siempre es mejor si se consigue que se mueva.

Tiramos juntos y Myatt le dio una palmada en el trasero. El animal dio un par de pasos, pero era como si el suelo estuviera al rojo vivo; gemía cuando sus patas se apoyaban en él. En pocos segundos quedó encogido de nuevo dejando todo el peso apoyado en los pulpejos.

—Creo que no puede aguantarlo —di media vuelta y regresé al coche. Tenía que hacer lo posible por aliviarlo, y lo primero era librarlo de aquella indigestión de avena. Saqué la botella de arecolina y le di una inyección en el músculo del cuello, luego indiqué al gitano que le envolviera los cascos en unos paños y los remojará constantemente con agua fría.

Después me retiré y miré de nuevo al caballito. Su salivación era abundante debido a la arecolina y ya había levantado la cola y evacuado el vientre, pero el dolor no cesaba y así continuaría hasta que se rebajara la tremenda inflamación..., si es que lo hacía. Había visto casos así en los que el suero empezaba a exudar por la corona del casco, lo cual implicaba generalmente el desprendimiento de los mismos e incluso la muerte.

Mientras daba vueltas a estos tristes pensamientos en mi mente las niñas se acercaron al caballito. La mayor le pasó los brazos en torno al cuello y apoyó allí la mejilla, mientras las otras le acariciaban los temblorosos flancos. No había lágrimas en sus ojos, ni se había modificado su expresión, pero no era difícil ver lo mucho que el caballito significaba para ellas.

Antes de irme le di una botella de tintura de acónito.

—Dele una dosis cada cuatro horas, señor Myatt, y siga poniéndole agua fría en los cascos. Volveré a verlo por la mañana.

Cerré la puerta del coche y miré de nuevo por la ventanilla al humo que ascendía lentamente, los copos de nieve que iban a depositarse en el suelo y las tres niñas vestidas de harapos y con el pelo revuelto acariciando al caballito.

—Celebro que cobraras, James —dijo Siegfried durante el almuerzo, metiéndose el billete de diez chelines en un bolsillo bastante abultado—. Por cierto, ¿qué le pasaba al caballo?

—El peor caso de despeadura que he visto en la vida. No pudimos hacer que se moviera y está pasando por un infierno. He hecho todo lo habitual, pero estoy seguro de que no será suficiente.

—No es un pronóstico muy alentador ¿verdad?

—Es horrible. Aunque superara esta gravedad, apuesto a que queda con los pies deformados, los cascos acanalados, la planta desprendida, todo. Es un animal magnífico, de un color precioso. Ojalá pudiera hacer algo.

Siegfried cortó dos gruesas rebanadas de cordero y me las puso en el plato. Me miró pensativamente por un momento.

—Has estado muy preocupado desde que volviste. Hay cosas muy desagradables, lo sé, pero de nada sirve entristecerse.

—No es eso exactamente; es que no puedo apartarlo de la mente. Tal vez sea esa gente, los Myatt. Son algo nuevo para mí. Como si vivieran fuera de este mundo. Y esas niñas harapientas, tan encariñadas con el caballo... No va a gustarles nada.

Mientras Siegfried mordisqueaba el cordero advertí de nuevo aquel brillo en sus ojos, algo que sucedía siempre que se hablaba de caballos. Yo sabía que no iba a interferir; solo aguardaba a que yo hiciera el primer movimiento. Lo hice:

—Me gustaría que vinieras y le echaras una mirada conmigo. Quizá podrías sugerir algo, ¿no crees?

Dejó el cuchillo y tenedor y miró fijo ante él por unos segundos; luego se volvió a mí:

—¿Sabes, James?, es posible. Indudablemente es un caso muy difícil y los remedios ordinarios no van a servir de nada. Habremos de improvisar algo, y tengo una idea. Solo hay un obstáculo —siguió con una risita maliciosa—, y es que tal vez no te guste nada.

—No te preocupes por mí —dije—; tú eres el técnico en caballos. Si puedes ayudar a este, no me importa lo que hagas.

—De acuerdo. Come entonces y nos lanzaremos juntos a la acción.

Terminamos el almuerzo y nos metimos en el cuarto del instrumental. Me sorprendió verle abrir el armario donde se guardaban los instrumentos antiguos del señor Grant. Era una especie de museo.

Cuando Siegfried adquiriera la práctica del viejo veterinario que había trabajado hasta después de cumplir los ochenta, estos instrumentos habían entrado en el trato y estaban allí en filas ordenadas sin que nadie los utilizara, pero limpios. Lo más lógico habría sido tirarlos, pero creo que Siegfried sentía por ellos lo mismo que yo. Las cajas pulidas de madera con escalpelos brillantes de formas extrañas, los enemas y duchas con la goma pasada, las agujas de ajuste, los antiguos hierros de cauterizar..., eran un silencioso testamento de sesenta años de lucha. Con frecuencia abría yo aquel armario y trataba de imaginarme al viejo luchando con mis mismos problemas, recorriendo los mismos senderos estrechos que yo. Lo había hecho absolutamente solo y durante sesenta años. Yo estaba empezando apenas, pero ya sabía un poco de triunfos y fracasos, del asombro maravillado y la preocupación, de esperanzas y desilusiones..., y de trabajo duro. De todas formas, el señor Grant ya había muerto y desaparecido llevándose con él todo su arte y conocimientos que yo intentaba acumular.

Siegfried metió la mano hasta el fondo y sacó una caja larga y plana. Sopló el polvo de la tapa de piel y soltó el cerrojo. En el interior había una lanceta brillante en su lecho de bayeta verde junto a una pulida varilla.

Miré a mi jefe con asombro.

—¿Vas a sangrarlo?

—Sí, muchacho. Voy a volverte a la Edad Media —contempló mi rostro asustado y me puso la mano en el hombro—, y no empieces a atacarme con todos los argumentos científicos contra las sangrías. Mis opiniones al respecto no son demasiado firmes.

—Pero ¿lo has hecho alguna vez? Jamás te he visto utilizar este equipo.

—Lo he hecho. Y he visto algunos resultados muy curiosos —se apartó de mí como si rechazara la discusión. Limpió la lanceta a fondo y la metió en el

esterilizador. Su rostro era inexpresivo mientras permanecía en pie escuchando el sonido del agua hirviendo.

Los gitanos estaban de nuevo agrupados en torno al fuego cuando llegamos allí. El señor Myatt, comprendiendo que habían venido refuerzos, se puso en pie y se dirigió a nosotros sosteniendo en la mano otro billete de diez chelines.

Siegfried lo rechazó.

—Veamos qué hay, señor Myatt —gruñó.

Cruzó la hierba hasta donde el caballito seguía temblando, todo encogido. No había mejorado. En realidad los ojos estaban aún más aterrorizados y pude oír un débil gemido mientras trataba de aliviarse descansando ya en una pata ya en otra.

Siegfried habló suavemente sin mirarme:

—Pobrecillo. No exagerabas, James. ¿Quieres traerme la caja del coche?

Cuando volví estaba atando un torniquete en la base del cuello del caballo.

—Tira fuerte —dijo. Al alzarse la yugular, tensa y turgente, cortó el pelo rápidamente y desinfectó una zona pequeña, e insertó en ella anestesia local. Finalmente abrió la caja de piel y extrajo la lanceta envuelta en hila estéril.

Todo se desarrolló bruscamente entonces. Colocó la pequeña hoja de la lanceta contra la vena saliente y sin vacilación le dio un golpe seco con la varilla. Inmediatamente surgió del agujero una alarmante cascada de sangre que empezó a formar un charco oscuro sobre la hierba. El señor Myatt dejó escapar un grito y las niñas se pusieron a hablar al unísono. Podía comprender cómo se sentían. En realidad, yo me preguntaba cuánto tiempo podría soportar el caballito aquella pérdida tan tremenda sin caer.

Pero, por lo visto, Siegfried pensaba que aún no salía con bastante rapidez, porque sacó otra varilla del bolsillo, la metió en la boca del caballo y empezó a trabajar en las mandíbulas. Y cuando el animal se puso a mover los belfos la sangre corrió con mayor liberalidad.

Cuando ya había salido como medio litro, Siegfried pareció satisfecho.

—Suelta la cuerda, James —gritó; luego cerró rápidamente la herida del cuello con una sutura. Después corrió sobre la hierba y miró por encima de la valla de piedra—. Eso me figuré —dijo—, hay un pequeño arroyo en aquel campo. Tenemos que llevarlo allí. Vamos, echen todos una mano.

Indudablemente se estaba divirtiendo, y su presencia hizo el efecto habitual. Los Myatt se lanzaron repentinamente a la acción y empezaron a correr de acá para allá tropezando unos con otros. Me dominó una tensión

repentina e incluso el caballito pareció interesarse por primera vez por cuanto lo rodeaba.

Los cinco gitanos tiraron de la collera, Siegfried y yo apoyamos las manos en las ancas del animal, dimos todos gritos de ánimo y por fin inició esta marcha. Fue un proceso penoso pero siguió avanzando, pasó la puerta y llegó al campo y hasta el arroyo que corría en su centro. No había orillas en realidad y fue fácil meterlo allí. Cuando se hubo parado, con el agua helada formando remolinos en torno a los cascos inflamados, imaginé que podía leer en sus ojos la impresión de que sus sufrimientos iban a terminar al fin.

—Ahora debe quedarse ahí en pie durante una hora —dijo Siegfried—, y luego tendrán que hacerlo pasear por el campo. Después, otra hora en el agua. Cuando vaya mejorando, que haga más y más ejercicio, pero hay que volver al agua. Eso será mucho trabajo, ya lo sé, así que ¿quién va a hacerlo?

Las tres niñas se acercaron tímidamente y lo miraron con los ojos muy abiertos. Mi jefe se echó a reír.

—Las tres queréis encargarnos, ¿no? Muy bien, os diré lo que habéis de hacer.

Sacó la bolsa de caramelos, siempre presente en el equipo que abarrotaba su bolsillo, y me dispuse a una larga espera. Le había visto en acción con los niños de las granjas y, cuando sacaba a relucir aquella bolsa de caramelos, todo se detenía. Era el único momento en que Siegfried no tenía prisa.

Las niñas tomaron solemnemente un caramelo, luego, mi jefe se sentó en el suelo y empezó a hablarles como un profesor a su clase. Pronto se animaron ellas y comenzaron a hablar por sí mismas. La más pequeña se lanzó a un relato casi ininteligible de las cosas que el caballito hiciera de pequeño, y Siegfried lo escuchó con todo interés, asintiendo gravemente de vez en cuando. ¡Teníamos todo el tiempo del mundo!

Indudablemente se hizo entender bien de ellas porque, en días sucesivos, a cualquier hora que pasara junto al campamento de gitanos, veía a las tres figuritas salvajes agrupadas en torno al caballito en el arroyo o arrastrándolo por el campo. Yo no necesitaba intervenir... Se le veía mejorar a pasos agigantados.

Poco más o menos una semana después vi a los Myatt que salían de Darrowby, el carromato rojo tambaleándose por la plaza del mercado con Myatt al frente con su gorra de terciopelo negro y llevando a su esposa al lado. Atados a los lados del carromato iban todos los caballos y en la parte trasera el pío, un poco rígido quizá, pero mejorando. Se pondría del todo bien.

Las niñas se asomaban por la puerta trasera y, cuando vi que me miraban, las saludé con la mano. No me sonrieron hasta casi haber doblado la esquina; entonces una de ellas alzó la mano. Las otras siguieron su ejemplo y tuve una última visión de las tres saludando ansiosamente.

Entré en Las Armas de Drovers y me bebí pensativo una jarra de cerveza en un rincón. Siegfried había hecho el truco muy bien, pero yo no sabía qué deducir de ello porque, en la práctica veterinaria, es difícil sacar conclusiones definitivas, incluso después de resultados espectaculares. ¿Fue mi imaginación o aquel caballo se sintió mejor casi inmediatamente después de la sangría? ¿Habríamos conseguido que se moviera sin aquello? ¿Sería realmente lo adecuado en esos casos abrir un agujero en la yugular y sacar un pozo de tan precioso fluido? Todavía no tengo las respuestas porque nunca me atreví a intentarlo por mí mismo.

—¿Podría el señor Herriot examinar a mi perro, por favor?

Unas palabras bastante familiares provenientes de la sala de espera, pero la voz fue lo que me hizo detenerme en seco justo ante la puerta.

No podía ser, no, claro que no, pero parecía la voz de Helen. Me eché atrás de puntillas y acerqué los ojos sin vacilar a la rendija de la puerta. Tristán estaba de pie hablando con alguien que yo no alcanzaba a ver. Todo lo que divisaba era una mano apoyada en la cabeza de un perro pastor de aire cachazudo, el borde de una falda de *tweed* y dos piernas enfundadas en medias de seda.

Eran piernas muy bonitas, no demasiado delgadas, y que fácilmente podían pertenecer a una muchacha tan alta como Helen. Mi meditación quedó cortada en seco cuando una cabeza se inclinó para decirle algo al perro y tuve una clara visión del perfil, la naricita recta, el pelo oscuro cayendo sobre la tersura cremosa de la mejilla.

Aún seguía contemplándola encantado cuando Tristán salió rápidamente de la habitación y tropezó conmigo. Ahogando un juramento me cogió por el brazo y me arrastró por el pasillo hasta el dispensario. Cerró la puerta y habló en un susurro ahogado.

—¡Es ella! ¡La chica Alderson! ¡Y quiere verte! No a Siegfried, ni a mí; solo a ti, al señor Herriot en persona.

Me miró con los ojos de par en par por unos instantes; luego, como yo siguiera vacilando, abrió la puerta e intentó empujarme por el pasillo.

—¿A qué demonios estás esperando? —siseó.

—Bueno, es un poco embarazoso ¿no? Después de aquel baile, quiero decir. La última vez que me vio yo estaba hecho un asco, la mirada turbia y sin poder hablar.

Tristán se golpeó la frente con la mano.

—¡Dios nos asista! ¡Y ahora te preocupas por esos detalles! Ha pedido verte a ti..., ¿qué más quieres? Vamos, entra ahí.

Todavía vacilaba cuando él alzó la mano.

—Espera un minuto. Quédate donde estás.

Salió a toda prisa y volvió en unos segundos sosteniendo una bata blanca de laboratorio.

—Acaba de llegar de la lavandería —dijo, obligándome a meter las manos en las mangas tiesas por el almidón—. Tienes un aspecto maravilloso con esto, Jim; el joven cirujano immaculado.

Seguí sin resistirme mientras me abrochaba, pero me aparté cuando trató de enderezarme la corbata. Al dejarlo me lanzó un saludo final de ánimo antes de salir por la parte de atrás.

No me concedí más tiempo para pensarlo sino que entré directamente en la sala de espera. Helen alzó la vista y me sonrió. Y era exactamente la misma sonrisa. Nada había cambiado. La sonrisa amistosa, la misma mirada sincera que cuando la conocí.

Nos miramos en silencio unos momentos; luego, como yo nada dijera, ella señaló a su perro.

—Ahora se trata de Dan —dijo—. Es nuestro perro pastor, pero lo queremos tanto que es como de la familia.

El perro agitó la cola entusiastamente al escuchar su nombre, pero gimió al acercarse a mí. Me incliné y le acaricié la cabeza.

—Veo que encoge una pata trasera.

—Sí, saltó sobre una valla esta mañana y ha estado así desde entonces. Creo que es grave... No puede apoyar el peso en ella.

—Vamos con él a la otra habitación y lo examinaré. Pero llévelo delante de mí, por favor, y así veré cómo camina.

Sostuve la puerta abierta y ella pasó ante mí con el perro.

En los primeros metros me distraje observando caminar a Helen, pero era un corredor muy largo y, para cuando habíamos llegado a la segunda curva, yo ya conseguía fijar mi atención en el paciente.

Tenía la cadera dislocada. No podía ser otra cosa con aquel encogimiento del miembro y el modo de llevarlo metido bajo el cuerpo, la pata rozando apenas el suelo.

Mis pensamientos eran confusos. La lesión era importante pero, por otra parte, había muchas oportunidades de que yo pudiera arreglarlo rápidamente y lucirme además en el proceso. Porque en mi breve experiencia había descubierto que uno de los procedimientos más espectaculares en la práctica era la reducción de una cadera dislocada. Quizás había tenido suerte pero, en los pocos casos que tratara, había podido transformar a un animal cojo en otro completamente sano como por arte de magia.

En la sala de operaciones subí a Dan a la mesa y el animal estuvo muy quieto mientras le examinaba la cadera. No había la menor duda... La cabeza del fémur se había desplazado hacia arriba y hacia atrás y era fácil y dolorosamente palpable bajo mi pulgar.

El perro solo volvió la cabeza una vez —cuando hice un débil intento por flexionar el miembro—, pero apartó la vista inmediatamente y miró con resolución ante él. Tenía la boca muy abierta y jadeaba nerviosamente pero, como la mayoría de los animales que llegaban a la mesa de operaciones, parecía haberse resignado a su destino. Tuve la impresión de que aunque empezara a cortarle la cabeza no protestaría.

—Un perro de buen carácter —dije—, y bonito también.

Helen acarició la hermosa cabeza con el flequillo blanco sobre la cara; la cola iba furiosamente de un lado a otro.

—Sí —dijo—, aparte de trabajar con las ovejas, lo tenemos como animal doméstico. Espero que no se haya hecho demasiado daño.

—Bueno, tiene la cadera dislocada. Es algo muy grave pero, con un poco de suerte, tal vez pueda arreglársela.

—Y, ¿qué sucederá si no es posible?

—Se le formará ahí una unión falsa. Estará muy cojo durante meses y probablemente siempre tendrá una pata ligeramente más corta que las otras.

—Señor, no me gustaría eso —dijo Helen—. ¿Cree que se pondrá bien? Miré al animal dócil que seguía mirando fijamente al frente.

—Creo que tiene muchas posibilidades, principalmente porque usted no ha esperado demasiado antes de traérmolo. Cuanto antes se traten estas cosas, mejor.

—Estupendo. ¿Cuándo empezará?

—Ahora mismo —me acerqué a la puerta—. Llamaré a Tristán. Es un trabajo para dos personas.

—¿No podría ayudarme yo? —dijo Helen—. Me gustaría mucho, si no le importa.

La miré, dudoso:

—Bueno, no lo sé. Quizá no le gustaría que ambos tiráramos en direcciones contrarias con Dan en medio. Estará anestesiado, desde luego, pero hay que tirar mucho.

Se echó a reír.

—¡Oh, tengo mucha fuerza! Y no soy miedosa. Estoy acostumbrada a los animales, como sabe, y me gusta trabajar con ellos.

—De acuerdo —dije—. Póngase esta bata y empezaremos.

El perro no se quejó cuando le metí la aguja en la vena y, conforme fue entrando el nembusal, su cabeza cayó sobre el brazo de Helen y las patas resbalaron sobre la superficie de la mesa. Pronto estuvo de lado e inconsciente.

Mantuve la aguja en la vena mirando al animal ya dormido.

—Quizá tengamos que darle un poco más. Ha de estar profundamente dormido para poder vencer la resistencia muscular.

Otro centímetro cúbico y Dan quedó como un tronco. Cogí la pata afectada y hablé:

—Quiero que mantenga las manos bajo este muslo y que lo retenga fijo cuando yo tire, ¿de acuerdo? Vamos entonces.

Se necesita una fuerza enorme para sacar la cabeza de un fémur desplazado sobre el borde del acetábulo. Mantuve una tracción firme con la mano derecha, presionando al mismo tiempo la cabeza del fémur con la izquierda. Helen hizo su papel con eficiencia, manteniéndose firme contra el tirón, los labios apretados con concentración.

Supongo que debe haber un método a prueba de fallos para hacer este trabajo, un método que funcione a la primera, pero nunca he podido encontrarlo. Siempre he alcanzado el éxito después de un largo período de pruebas y errores, y eso mismo me ocurrió entonces. Intenté toda suerte de ángulos, giros y rotaciones de aquel miembro flácido, tratando de no pensar en cómo quedaría si resultaba incapaz de colocar en su sitio precisamente esta pata. Me preguntaba qué pensaría Helen, todavía aferrada con decisión a su extremo, de esta especie de lucha, cuando oí el clic ahogado. Un sonido dulce y anhelado.

Hice flexión en la unión de la cadera una o dos veces. Ni la menor resistencia. La cabeza del fémur descansaba de nuevo suavemente en su hueco.

—Bien, ya está —dije—. Espero que quede en su sitio... Crucemos los dedos. De vez en cuando hay uno que vuelve a salirse, pero tengo la impresión de que este quedará bien.

Helen pasó la mano sobre las orejas sedosas y el cuello del perro dormido.

—Pobre y viejo Dan. No habría saltado sobre esa valla esta mañana de haber sabido lo que le esperaba. ¿Cuánto tardará en despertarse?

—Oh, estará así el resto del día. Cuando empiece a despertarse esta noche quiero que esté allí para tranquilizarlo, no se vaya a caer y se le salga de nuevo. Quizá sería mejor que me telefonara. Me gustaría saber cómo andan las cosas.

Cogí a Dan en brazos e iba por el corredor vacilando bajo su peso cuando tropecé con la señora Hall. Llevaba una bandeja con dos tazas.

—Estaba tomando una taza de té, señor Herriot —dijo—, y pensé que tal vez usted y la señorita desearan tomarlo también.

La miré con suspicacia. Esto era algo extraordinario. ¿Sería posible que se hubiera confabulado con Tristán para hacer de Cupido? Pero el rostro amplio y moreno era tan inexpresivo como siempre. No me decía nada.

—Bien, muchas gracias, señora Hall. Dejaré primero el perro.

Salí y deposité a Dan en el asiento trasero del coche de Helen. Solo el hocico y los ojos sobresalían de la manta en que lo envolví, y parecía en paz con el mundo.

Helen estaba ya sentada con una taza en la mano y yo recordé aquella otra ocasión en que tomara el té en esta habitación con una chica. Fue el día de mi llegada a Darrowby. Se trataba de una de las admiradoras de Siegfried y seguramente la más constante de todas.

Esto era muy distinto. La lucha en la sala de operaciones me había permitido observar a Helen muy de cerca y había descubierto que su boca se torcía en ocasiones en las comisuras como si fuera a sonreír o acabara de hacerlo, y también que el azul profundo y cálido de sus ojos bajo el arco suave de las cejas se conjugaba maravillosamente con el tono castaño de su pelo.

Y esta vez no faltó la conversación. Tal vez porque yo estaba en mi propio terreno —creo que nunca me he sentido del todo cómodo a menos que hablara de algún animal—, pero el caso es que me encontré hablando sin esfuerzo, como hiciera en aquella colina el día en que nos conocimos.

La tetera de la señora Hall estaba vacía y había desaparecido la última galleta antes de dejar a Helen en su coche e iniciar mi ronda.

La misma confianza serena perduraba en mí aquella noche cuando oí su voz por teléfono.

—Dan está levantado y caminando —dijo—. Aún sigue un poquito mareado, pero la pata le ha quedado perfectamente.

—¡Oh, magnífico! Ya ha vencido la primera etapa. Creo que todo irá bien. Hubo una pausa al extremo de la línea, luego:

—Muchísimas gracias por lo que ha hecho. Estábamos muy preocupados por él, especialmente mis hermanitos. Nos sentimos muy agradecidos.

—De nada, de nada. Yo estoy encantado también. Es un perro estupendo —vacilé un momento..., tenía que ser ahora—. Oh, ¿recuerda que hoy hablamos de Escocia? Bien, cuando pasaba por el Plaza esta tarde vi que

están poniendo una película sobre las Hébridas. Pensé que quizá..., me preguntaba si..., si le gustaría venir a verla conmigo.

Otra pausa mientras el corazón se me disparaba de modo absurdo.

—De acuerdo —dijo Helen—. Sí, me gustaría mucho. ¿Cuándo? ¿El viernes por la tarde? Muchas gracias... Adiós hasta entonces.

Dejé el teléfono con mano temblorosa. ¿Por qué me afectarían tanto estas cosas? Pero no importaba... Ya estaba metido de nuevo en ello.

El reumatismo es algo terrible para un perro. Ya es bastante penoso en los seres humanos, pero un ataque agudo puede reducir a un perro —por otra parte sano— a una inmovilidad terrible y aterradora.

Los animales muy musculosos son los que más sufren, de modo que exploré con todo cuidado los tríceps y glúteos del pequeño terrier de Staffordshire. Normalmente un perrito muy sano y valiente, siempre amistoso y deseoso de lamerle en la cara a la gente con saltos poderosos, hoy estaba rígido y tembloroso y solo miraba ansiosamente ante él. Apenas intentaba mover la cabeza un poco y soltaba un gemido de angustia.

Por suerte aquello podía arreglarse, y rápidamente además. Metí novalgina en la jeringuilla y le inyecté. El perrito, olvidado de todo menos de aquellas punzadas reumáticas agudas como cuchillos, no se agitó al pinchazo. Puse unas tabletas de salicilato en una caja, escribí la dosis en la tapa y entregué la caja al propietario del animal.

—Dele una de estas en cuanto la inyección lo haya tranquilizado, señor Tavener. Repítalo dentro de cuatro horas. Estoy casi seguro de que se sentirá mucho mejor para entonces.

La señora Tavener le arrebató la caja apenas su marido empezaba a leer las instrucciones.

—Déjame ver —gruñó—; sin duda seré yo la que tenga que encargarse de ello.

No había visto otra actitud desde que entrara en aquella hermosa mansión, cuyos jardines escalonados bajaban hasta el río. La esposa le había estado atacando constantemente mientras el señor Tavener me sostenía el perro. En cuanto el animal gemía decía ella: «¡Vamos, Henry, no agarres así al pobrecillo, que le estás haciendo daño!». Le había hecho entrar y salir en varias ocasiones a buscar esto y aquello y, en cuanto él nos dejaba, aún decía: «En realidad, todo esto es por culpa de mi marido; por dejar que el perro se meta en el río. Yo ya sabía lo que iba a ocurrir».

Hacia la mitad de la visita había entrado Julia, su hija, y bien claro quedó desde el principio de parte de quién estaba. Había colaborado con su madre con una serie de: «¡Mira que dejar que se mojara así, papá!» y «¡Por el amor de Dios, papá!». Cuando la señora Tavener no estaba chillando ella ocupaba su lugar.

Los Tavener tendrían unos cincuenta años. Él era un hombre grande y bien parecido que había ganado millones en los astilleros Tyneside antes de retirarse a vivir a este lugar encantador. A mí me había gustado instantáneamente. Esperaba encontrarme con un titán de los negocios, duro y dominante, y había hallado a un hombre amable, amistoso, curiosamente vulnerable y preocupadísimo por su perro.

Pero no estaba demasiado seguro acerca de la señora Tavener, a pesar de su belleza aún notable. Su sonrisa tenía cierto rictus burlón, y había demasiado acero en el azul de sus ojos. Me había parecido menos preocupada por el perro que por la necesidad de echarle la culpa a su marido.

Julia, copia fiel de su madre, deambulaba por la habitación con ese aire aburrido y carente de propósitos de la niña mimada, contemplando estúpidamente al perro, mirándome, asomándose a la ventana y curioseando el suave césped, la pista de tenis, la banda oscura del río bajo los árboles.

Di al perrito un golpecito cariñoso y tranquilizador en la cabeza y me levanté. Al dejar la jeringuilla, Tavener me cogió del brazo.

—Bueno, esto es magnífico, señor Herriot. Le estamos muy agradecidos por habernos tranquilizado. Le confieso que creí que al pobrecillo le había llegado la hora cuando empezó a gemir. Y ahora, acompáñeme a tomar una copa antes de irse.

La mano de aquel hombre temblaba sobre mi brazo mientras hablaba. Ya lo había advertido cuando le sostuviera la cabeza al perro y me había preguntado si sería la enfermedad de Parkinson, o los nervios, o la bebida. Desde luego se estaba sirviendo un vaso de *whisky* con generosidad pero, al levantar la botella, le venció la mano un temblor todavía más violento y dejó caer algo de líquido sobre el pulido aparador.

—¡Oh, Señor! ¡Oh, Señor! —estalló la señora Tavener.

Había una nota desagradable en aquellas palabras; se oyó un «¡Otra vez!», y Julia se llevó las manos a la frente y alzó los ojos al cielo. Tavener lanzó una mirada de temor a las mujeres y luego sonrió al entregarme la copa.

—Venga y siéntese, señor Herriot —dijo—. Estoy seguro de que tendrá tiempo de relajarse unos minutos.

Nos trasladamos junto al fuego y Tavener habló a sus anchas de perros, del campo y de los cuadros que colgaban en los muros de la gran habitación. Estos cuadros eran célebres en el distrito; la mayoría estaban firmados por pintores famosos y habían llegado a ser el interés principal en la vida de Tavener. Tenía también otra pasión: los relojes y, cuando contemplé en aquella habitación unas piezas raras y hermosas entre los elegantes muebles de estilo, di crédito a los rumores que oyerá sobre la riqueza encerrada en aquellos muros.

Las mujeres no se habían sentado a beber con nosotros, pues desaparecieron en cuanto se sirvió el *whisky* pero, cuando acababa mi copa, se abrió la puerta algo bruscamente y aparecieron las dos, muy semejantes en su atuendo elegante de *tweed* y los sombreros de piel. La señora Tavener, que se ponía un par de guantes de conducir, miró con disgusto a su marido.

—Nos vamos a Brawton —dijo—. No sé cuándo volveremos.

Tras ella, Julia contemplaba fríamente a su padre; sus labios se curvaban en una sonrisita despectiva.

Tavener no contestó. Continuó inmóvil mientras llegaba a nosotros el ruido del motor y el chasquido de la grava levantada por el coche más allá de la ventana. Luego alzó los ojos, el rostro sin expresión, y miró con ojos vacíos la nube de humo y polvo que desaparecía por el camino.

Había algo en aquel rostro que me dio frío. Dejé la copa y me puse en pie.

—Me temo que es hora de que me vaya, señor Tavener. Gracias por la copa.

Como si de pronto se hubiera dado cuenta de mi presencia, la sonrisa amistosa volvió a su rostro.

—De nada, de nada. Gracias a usted por cuidar del pobrecillo. Ya parece estar mejor.

En el espejo retrovisor miré aquella figura pequeña y solitaria sobre los escalones que llevaban a la puerta principal, hasta que el seto del jardín lo ocultó a mi vista.

Ahora tenía que visitar a un cerdo enfermo allá en Marstang Fell. El camino me llevó al principio por el fértil suelo del valle, serpenteando entre los árboles, pasando ante granjas muy prósperas y ricos pastos pero, al dejar la carretera y tomar el camino empinado, colina arriba, el paisaje empezó a transformarse y la transición fue bastante violenta, pues árboles y arbustos, disminuían hasta desaparecer y dar paso a la desnudez rocosa de la ladera y los kilómetros de vallas de piedra.

Aunque el valle estallaba de verdor con las hojas nuevas, aquí aún no estaban abiertos los botones y las ramas desnudas se extendían contra un cielo todavía del color del invierno.

La granja de Tim Alton estaba en lo más alto del sendero y, cuando bajé ante la puerta de la valla me pregunté, como tantas otras veces, cómo podría ganarse la vida con aquellas hectáreas de tierra dura, de hierba aplastada y amarilla por el viento que nunca dejaba de soplar. El caso es que muchas generaciones habían realizado ese milagro, y habían vivido y luchado y muerto en aquella casa con sus edificios recogidos al socaire de un grupo de árboles agostados por el viento, pero soportando con sus piedras firmes tres siglos de clima infernal.

¿Por qué querría nadie edificar una granja en este lugar? Me volví después de abrir la puerta de la valla y contemplé el sendero que giraba entre los muros de piedra hasta muy abajo, donde las piedras blancas del río brillaban bajo el sol de primavera. Quizás el constructor había estado aquí, mirando aquel panorama despejado, respirando el aire frío y dulce, y había juzgado que eso era suficiente.

Vi a Tim Alton que venía por el patio. No había habido necesidad de echar guijarros o cemento aquí; se habían limitado a quitar la fina capa de tierra y dejado una extensión rocosa entre los edificios para el ganado y la casa principal. Aquella superficie era más que duradera... Era eterna.

—¿De modo que esta vez es el cerdo, Tim? —dije, y el granjero asintió gravemente.

—Sí, ayer estaba en buena forma y esta mañana parecía muerto. Ni siquiera levantó los ojos cuando le llené la gamella, y cuando un cerdo no empieza a gruñir al divisar la comida, es que algo va mal.

Se metió las manos en el cinturón ancho de piel que recogía los pantalones demasiado anchos, y que parecía a punto de partirle el cuerpo en dos, y me precedió con aire tristonoso hacia la pocilga. A pesar de llevar una existencia tan mísera y difícil era un hombre que siempre se tomaba la desgracia con serenidad. Nunca le había visto así, pero me dije que la razón era obvia. Y es que el cerdo de la familia es algo personal.

Los pequeños propietarios como Tim Alton se ganaban la vida mal que bien con unas vacas, vendían la leche a las grandes lecherías o hacían mantequilla. Y todos mataban un cerdo o dos al año y los curaban por sí mismos para consumirlos en casa. En los lugares más pobres creo que apenas comían otra cosa. Con cualquier comida que me tropezara, mañana o tarde, el olor de lo que se guisaba siempre era el mismo: grasa de cerdo.

Por lo visto se había hecho cuestión de orgullo el engordar lo más posible al cerdo; en realidad, en aquellas granjas barridas por el viento donde la gente, las vacas y los perros eran todos flacos, el cerdo era lo único gordo a la vista.

Yo ya conocía al cerdo de Alton. Había estado curándole las ubres a una vaca hacía quince días y Tim me había dado un golpecito en el hombro y susurrado: «Ahora venga conmigo, señor Herriot, y verá algo bueno», y los dos habíamos contemplado en la pocilga a un monstruo de ciento cincuenta kilos que vaciaba sin el menor esfuerzo una gamella enorme. Recordaba el orgullo de los ojos del granjero, y cómo escuchaba aquel gruñir y chasquear como si fuera música celestial.

Hoy era distinto. El cerdo aún parecía más enorme —si eso hubiera sido posible— tumbado de lado, los ojos cerrados, llenando el suelo de la zahúrda como una ballena varada. Tim agitó con un palo la comida que había en la gamella y le animó a voces, pero el animal ni se movió. El granjero me miró muy preocupado.

—Está mal, señor Herriot. Sea lo que fuere, creo que se trata de algo grave.

Yo había estado tomándole la temperatura y, cuando leí el termómetro, solté un silbido.

—¡Casi cuarenta! Es mucha fiebre.

Tim se quedó sin color.

—¡Oh, diablos! ¡Cuarenta! Entonces no hay esperanza. Todo ha terminado.

Yo había estado tocando el flanco del animal, y ahora sonreí, tranquilizándolo:

—No, no te preocupes, Tim. Creo que se pondrá bien. Tiene erisipela. Mira, pon la mano aquí, en el lomo. ¿Ves todas esas hinchazones en la piel?... Las ampollas. Tendrá una erupción fabulosa en pocas horas, pero de momento no se le ve, solo se le siente.

—Y ¿puede hacer algo para curarlo?

—Estoy casi seguro de que sí. Le daré una dosis de suero y te apuesto lo que quieras a que tendrá el morro metido en la comida dentro de un par de días. La mayoría de ellos se recuperan muy bien.

—¡Eso son buenas noticias! —dijo Tim, y una amplia sonrisa le cortó el rostro—. ¡Menudo susto me dio con eso de los cuarenta grados!

Me eché a reír.

—Lo siento, Tim, no quería asustarte. Muchas veces me siento más tranquilo al ver una temperatura muy alta que cuando es baja. Pero tiene

gracia lo de la erisipela en este tiempo; normalmente ocurre en verano.

—De acuerdo, que sea ahora. Venga a lavarse.

Al entrar en la cocina bajé la cabeza, pero no pude evitar el tropezar con la tira de tocino que colgaba del techo de vigas. La masa pesada giró lentamente en el gancho; en algunos trozos medía hasta veinte centímetros de espesor, todo pura grasa blanca. Solo mirándolo muy de cerca podía distinguirse una fina tirita de carne magra.

La señora Alton me sirvió una taza de té y, mientras la tomaba, miré a Tim, que se había dejado caer en una silla con los brazos colgando. Por un momento cerró los ojos y su rostro fue la imagen del cansancio. Pensé por centésima vez en la labor interminable que era la vida para estos pequeños granjeros. Alton no tendría más de cuarenta años, pero su cuerpo ya estaba inclinado y vencido por las exigencias constantes, y la historia de aquel hombre podía leerse en los brazos de músculos como cuerdas, en los dedos comidos por el trabajo. En una ocasión me dijo que la última vez que faltara al ordeño diario había sido hacía doce años, y eso por el funeral de su padre.

Me iba ya cuando vi a Jennie. Era la hija mayor de los Alton y bombeaba con entusiasmo una rueda de su bicicleta apoyada en la pared, justo ante la puerta de la cocina.

—¿Vas a alguna parte? —pregunté, y la chica se enderezó de pronto, apartándose los rizos de la frente. Tenía unos dieciocho años y era de rasgos delicados y ojos grandes y expresivos; en su belleza salvaje había algo de los chorlitos cantarines, del viento y el sol y la amplitud de los brezales.

—Voy al pueblo —y con un gesto de cabeza me indicó la cocina— a comprar una botella de cerveza para papá.

—¡El pueblo! Es un viaje muy largo para ir por una cerveza Guinness. Deben ser tres kilómetros, y luego has de subir toda la colina. ¿Y vas a hacerlo solo por una botella?

—Sí, solo por una —dijo calladamente, contando seis peniques en la palma de la mano con serena concentración—. Papá ha estado en pie toda la noche con el parto de la vaquilla y está agotado. No tardaré mucho, y se puede tomar la cerveza con la cena. Eso es lo que más le gusta —me miró con aire de conspiración—. Será una sorpresa para él.

Mientras hablaba, su padre, tumbado aún en la silla, volvió la cabeza y la miró. Sonrió y, por un momento, vi serenidad en aquellos ojos agotados, nobleza en aquel rostro.

Jennie le miró unos segundos, los ojos alegres bajo las cejas fruncidas. Luego dio la vuelta rápidamente, montó en su bicicleta y se lanzó colina abajo

a velocidad notable.

La seguí lentamente, el coche —en segunda— saltando y vacilando sobre las piedras. Miraba fijamente al frente perdido en mis pensamientos: No podía por menos de comparar las dos casas que acababa de visitar: la hermosa mansión junto al río y la granja ruinoso que dejaba ahora; Henry Tavener con sus ropas elegantes y las manos cuidadas, sus libros, cuadros y relojes, y Tim Alton con los pantalones viejos y heredados recogidos por aquel cinturón, y la lucha diaria, mensual y anual, por mantenerse vivo en aquella colina azotada por el viento.

Pero mi mente volvía a las hijas, al desprecio en los ojos de Julia Tavener cuando miraba a su padre, a la ternura en los de Jennie Alton.

No era tan fácil llegar a una conclusión, en realidad se me hacía muy difícil decidir quién obtenía más de la vida, de aquellas dos vidas tan distintas. Pero cuando el coche atravesó los últimos metros de sendero y salió al fin al cemento firme de la carretera, lo vi con claridad inesperada. Teniéndolo todo en cuenta, la elección no era dudosa: yo me quedaba con los pobres.

Tristán estaba desempacando botellas de un producto llamado M. U. G., recipientes llenos de un fluido de color rojo que constituía nuestra última línea de defensa en la batalla contra las enfermedades animales. Su nombre completo, Medicina Universal para el Ganado, destacaba en la etiqueta con grandes letras negras, y debajo se detallaba que era altamente eficaz para tos y resfriados, diarreas, fiebre láctea, neumonía, panadizos y timpanismo. Terminaba con una nota que aseguraba confiadamente: «Remedio infalible», y habíamos leído la etiqueta tan a menudo que casi lo creíamos.

Una pena que no sirviera de nada, porque había algo atractivo en aquel tono rojo rubí cuando uno lo levantaba a la luz, y el olor de amoníaco y alcanfor obligaba a los granjeros a cerrar los ojos y agitar la cabeza diciendo: «Caray, eso sí que es fuerte», con profundo respeto. Pero nuestros remedios específicos eran tan escasos y tantas las posibilidades de error que resultaba reconfortante en caso de duda poder entregar una dosis de aquel remedio antiguo y curalotodo. Cuando en el libro diario aparecía una entrada de Siegfried o mía en la que se leía: «Visita a vaca enferma; consejo: M. U. G.», era probable que no sabíamos qué tenía el animal.

Las botellas eran altas, de forma muy bonita y venían en fundas elegantes de cartón, mucho más impresionantes que las que contienen los antibióticos y éteres que utilizamos hoy. Tristán estaba sacándolas del armario y poniéndolas en los estantes en una fila doble. Cuando me vio dejó el trabajo, se sentó en el arcón y sacó un paquete de Woodbines. Encendió uno; inspiró profundamente el humo y luego me miró con unos ojos que nada decían.

—Así que te la llevas al cine.

Sintiéndome algo incómodo bajo su mirada, lancé un montón de botellas vacías al cesto.

—Eso es. Dentro de una hora.

—Mm... —Cerró los ojos contra el humo que escapaba lentamente de sus labios—. Mm..., comprendo.

—Bueno, ¿por qué me miras así? —dije en tono defensivo—. ¿Hay algo malo en que la lleve al cine?

—No..., no. No..., no. Nada en absoluto, Jim. Nada, nada. El proyecto me parece perfecto.

—Pero tú no crees que debiera llevar allí a Helen.

—Nunca he dicho eso. No, estoy seguro de que lo pasaréis bien. Solo que... —Se rascó la cabeza—... creo que podías haberte lanzado a algo más..., un poco más..., bien..., impresionante.

Lancé una carcajada amarga:

—Mira, ya probé algo más impresionante en el Reniston. ¡Oh, no es que te culpe, Triss!; tu intención era buena, pero, como sabes, aquello fue un gran fracaso. Y no quiero que nada salga mal esta noche. Así que voy a lo seguro.

—Bien, no te lo discuto —dijo Tristán—. Desde luego, no hay nada más seguro que el Plaza de Darrowby.

Más tarde, temblando en la bañera en el enorme cuarto de baño lleno de corrientes de aire, no conseguía rechazar el pensamiento de que Tristán tenía razón. Llevar a Helen al cine de la localidad era una especie de cobardía, un apartarse miedoso de la realidad y preferir lo que yo confiaba que fuera una intimidad segura en la oscuridad. Pero, mientras me secaba, dando saltos para entrar en calor, y miraba entre la vistaria al jardín ya en sombras, experimentaba cierto consuelo ante la idea de que aquello suponía otro principio, por pequeño que fuera.

Cuando cerré la puerta de Skeldale House y salí a la calle, donde las primeras luces de las tiendas parecían llamarme en la oscuridad, sentí que mi corazón se regocijaba como si un aliento de las cercanas colinas me hubiera alcanzado. La suave fragancia decía que el invierno se iba ya. Aún hacía frío —siempre hacía frío en Darrowby hasta bien entrado mayo—, pero teníamos la promesa del sol, de la hierba caliente, de los días cálidos.

Uno había de mirar con cuidado o pasaba sin ver el Plaza, incrustado como estaba entre la ferretería de Pickersgill y la farmacia de Howarth. No había habido delirios de grandeza en su construcción, y la entrada apenas era más ancha que la fachada de una tienda corriente. Pero lo que me sorprendió al acercarme era que el lugar estuviera tan oscuro. Llegaba a buena hora, desde luego, pero es que el espectáculo tenía que empezar dentro de diez minutos y no había señales de vida.

No me había atrevido a confesar a Tristán que había llegado al extremo de quedar con Helen en la puerta del cine por temor a que algo fuera mal. Con un coche como el mío siempre dudaba de llegar puntual a cualquier cita... o de

llegar en absoluto, si vamos a ver, y había creído más prudente eliminar los riesgos del transporte.

«La esperaré delante del cine». ¡Dios mío!, no había sido muy brillante, ¿verdad? Esta situación me volvía a la infancia, a la primera vez en que invitara a una chica. Tenía solo catorce años y, en camino a encontrarme con ella, entregué mi única moneda de media corona a un maldito conductor de tranvía de Glasgow y le pedí un billete de un penique. Con toda calma se puso a registrar en su cartera y me devolvió el cambio en monedas de medio penique. De modo que, cuando la cola del cine me llevó ante la taquilla, tuve que pagar las dos entradas de a chelín —mi amiguita y todos los demás observándome— con puñados de calderilla. La vergüenza que pasé fue todo un trauma para mí; transcurrieron cuatro años antes de que me atreviera a invitar a otra chica.

Pero estos negros pensamientos se borraron en cuanto vi a Helen que venía a través de la plaza del mercado. Sonrió y me saludó afectuosamente como si una invitación al Plaza de Darrowby fuera el acontecimiento más deseable en la vida de una muchacha y, cuando llegó a mi lado, sus mejillas estaban deliciosamente sonrojadas y le brillaban los ojos.

Todo me pareció maravilloso de pronto. Sentí la convicción repentina de que la noche se desarrollaría perfectamente, que nada iba a estropearla. Después de que nos saludamos dijo que Dan corría ya como un cachorro, sin asomo de cojera, y esa noticia fue una nueva ola en la marea de mi euforia.

Lo único que me turbaba era el aspecto vacío y desolado de la entrada del cine.

—Es raro que no haya nadie por aquí —dije—. Casi es hora de empezar. Supongo que el lugar estará abierto.

—Debe estarlo —dijo Helen—. Lo abren todas las noches, menos el domingo. De todas formas, estoy segura de que estas personas también están esperando.

Miré en torno. No había cola, solo grupitos aquí y allá, varias parejas, gente sobre todo de mediana edad y un puñado de críos que se pegaban en la acera. Nadie parecía preocupado.

En realidad no había razón para ello. Exactamente dos minutos antes de la hora señalada para comenzar la película apareció por la esquina una figura con impermeable, pedaleando furiosamente, y dio la vuelta con la cabeza inclinada, las piernas a toda marcha, la bicicleta en un ángulo peligroso sobre el suelo. Se detuvo en seco ante la entrada, metió una llave en la cerradura y abrió las puertas de par en par. Ya dentro le dio a un conmutador y un tubo

solitario de neón parpadeó temblorosamente sobre nuestras cabezas y se apagó. Lo repitió varias veces, y parecía dispuesto a continuar, pero el hombre se alzó de puntillas y lo obligó a obedecer con un diestro puñetazo. Luego se quitó el impermeable, revelando un traje impecable. Había llegado el empresario.

Mientras ocurría esto salió de no sé dónde una señora muy gruesa y se instaló en la taquilla. El espectáculo podía comenzar. Empezamos a entrar todos. Los críos pagaron la entrada y se metieron, empujándose unos a otros, por una cortina que llevaba al patio de butacas, más barato, mientras el resto subíamos decorosamente al piso alto y principal, a las entradas de un chelín y seis peniques. El administrador, con camisa blanca y solapas brillantes, nos sonreía y saludaba con cortesía al pasar.

Nos detuvimos ante una fila de perchas, al final de la escalera, donde algunos colgaron los abrigos. Me sorprendió ver allí a Maggie Robinson, la hija del herrero, recogiendo las entradas, y también ella pareció intrigada al vernos. Soltó una risita, miró a Helen e hizo de todo menos darme un codazo. Por fin corrió las cortinas y entramos.

Inmediatamente me llamó la atención el empeño de la empresa de que sus clientes no pasan frío, porque, de no haber sido por ese olor a butacas viejas que lo impregna todo, podíamos haber entrado en una selva tropical. Maggie nos hizo avanzar entre el calor opresivo hasta nuestro sitio y, al sentarme, observé qué no había brazo entre las dos butacas.

—Son los asientos para novios —soltó Maggie sin la menor consideración, y salió corriendo llevándose la mano a la boca. Las luces aún estaban encendidas y pasé la vista en torno. No había más que una docena de personas por la sala sentados en silencio paciente bajo los muros sencillamente pintados al temple. Junto a la pantalla, las saetas de un reloj se mantenían con resolución en las cuatro y veinte.

Pero se estaba muy bien sentado allí con Helen. Me encontraba muy a gusto, aunque casi respiraba como un pez a punto de ahogarse, por aquel aire tan cargado. Nos instalábamos cómodamente cuando un hombrecillo, sentado delante de nosotros con su esposa, se volvió lentamente. Un rostro agotado, unos labios muy apretados, un gesto hosco y unos ojos que se clavaron en los míos con mirada larga y desafiadora. Así estuvimos varios segundos en silencio hasta que al fin se decidió a hablar.

—Se ha muerto —dijo.

Un escalofrío de horror me dominó.

—¿Muerto?

—Sí, ya está muerta —pronunciaba esta palabra lentamente, con una especie de satisfacción morbosa, sin apartar sus ojos de los míos.

Tragué saliva un par de veces.

—Bueno, cuánto lo siento. De verdad que lo siento muchísimo.

Asintió secamente y siguió mirándome con intensidad peculiar, como si esperara que le dijera algo más. Luego, con disgusto aparente, se volvió y se instaló en su asiento.

Miré en vano aquella espalda rígida, los hombros huesudos y estrechos ahogados bajo un pesado abrigo. En nombre de Dios, ¿quién sería? Y ¿de qué hablaba? La cara me resultaba conocida de alguna parte... Debía ser un cliente. Pero ¿quién había muerto? ¿Una vaca? ¿Una oveja? ¿Una cerda? Empecé a repasar mentalmente los casos que visitara la semana anterior, pero aquel rostro no encajaba en ninguno de ellos.

Helen me miraba como interrogándome y conseguí ofrecerle una ligera sonrisa. Pero el encanto había quedado destruido. Empezaba a decirle algo cuando el hombrecillo se volvió de nuevo con deliberación amenazadora.

Clavó otra vez en mí sus ojos hostiles.

—Y no creo que tuviera nada en el estómago —declaró.

—Ah, ¿no?

—No, jovencito, no —apartó los ojos a disgusto de mi rostro y se volvió hacia la pantalla.

El efecto de aquel segundo ataque quedó recalcado porque las luces se apagaron súbitamente y una explosión increíble atronó mis oídos. Era el Noticiario. La máquina del sonido, como el sistema de calefacción, habían sido diseñados sin duda para un local del tamaño del Albert Hall y, por un instante, me encogí ante el ataque. Mientras una voz nos refería los detalles de los acontecimientos de la última semana, cerré los ojos y traté de nuevo de identificar al hombre que tenía ante mí.

A menudo tenía problemas para dar nombre a las gentes fuera de su marco habitual, y en una ocasión había discutido el problema con Siegfried.

Este no le había dado importancia.

—Hay un método muy sencillo, James. Tú pídeles que te deletreen el nombre. Así no tendrás el menor problema. Solo una vez lo intenté, y el granjero lanzó una mirada extraña, me contestó: «S-M-I-T-H», y se largó corriendo. De modo que no tenía más remedio que seguir sentado, sudando, los ojos fijos en aquella espalda desaprobadora y registrando la memoria. Cuando terminaron las noticias con un estallido de música yo había

retrocedido en mi memoria hasta las visitas de tres semanas atrás sin el menor resultado.

Hubo un respiro —que todos agradecemos— de unos segundos antes de que el escándalo empezara de nuevo. Esta era la película principal —el documental sobre Escocia venía después—, y los anuncios la habían descrito como una tierna historia de amor. No recuerdo el título pero había muchos besos, y todo hubiera ido bien a no ser que cada uno de ellos iba acompañado de un grosero chasquear de labios de los chiquillos del piso de abajo. Los menos románticos soltaban silbidos.

Y cada vez hacía allí más calor. Me abrí del todo la chaqueta y me desabroché el cuello, pero, decididamente, empezaba a sentirme mareado. El hombrecillo de delante, todavía enfundado en su pesado abrigo, seguía imperturbable. Dos veces se cortó la proyección y contemplamos la pantalla negra durante varios minutos mientras los pateos y silbidos de los de abajo ascendían hasta nosotros.

Maggie Robinson, de pie junto a las cortinas y bajo la lucecita de la entrada, parecía fascinada por habernos visto juntos a Helen y a mí. Cuantas veces alzaba la vista hallaba sus ojos fijos en nosotros con sonrisita de complicidad. Hacia media película, sin embargo, su concentración quedó turbada por una conmoción al otro lado de la cortina y casi se vio arrojada al suelo al entrar una forma enorme.

Con incredulidad reconocí a Gobber Newhouse. Ya había tenido una experiencia de su falta de respeto por las leyes de licencia de bebidas y estaba claro que se las había saltado de nuevo. Pasaba casi todas las tardes en la parte trasera de las tabernas de la localidad y aquí le teníamos ahora dispuesto a relajarse después de una buena sesión.

Se metió por el pasillo y, con gran desilusión por mi parte, entró en nuestra fila, se apoyó brevemente en el regazo de Helen, me dio un pisotón y finalmente dejó caer su corpachón en el asiento a mi izquierda. Por fortuna también aquel era para novios, sin brazo central que le estorbara; sin embargo, hallaba ciertas dificultades para encontrar una posición cómoda. Se revolvía de un lado a otro y su respiración fatigosa y sus gruñidos en la oscuridad podían haber sido los de una piara de cerdos. Al fin encontró acomodo y, con un eructo cavernoso y final, se dispuso a dormir.

La tierna historia de amor no tenía demasiadas oportunidades de triunfo, pero Gobber le dio la puntilla. Con sus ronquidos reverberando en mi oído y la nube de cerveza agria que caía sobre mí, fui incapaz de apreciar su ternura y delicadeza.

Cuando después del último primer plano leímos «Fin» y se encendieron las luces fue un alivio. Helen me preocupaba un poco. A lo largo de la sesión había observado que sus labios tendían a curvarse en las comisuras y de vez en cuando fruncía las cejas profundamente. Me pregunté si estaría molesta. Providencialmente apareció Maggie con una bandeja colgada al cuello y se inclinó hacia nosotros sonriendo picarescamente mientras yo le compraba dos helados de chocolate.

Apenas había dado un bocadito cuando observé que se movía el abrigo delante de mí. Aquel hombrecillo volvía al ataque. Los ojos que me miraban desde el rostro sombrío seguían tan helados como antes. Y continuó:

—Justo desde el principio supe que usted iba por mal camino.

—Conque sí, ¿eh?

—Sí. Llevo cincuenta años entre bestias y nunca se mueren así cuando es del estómago.

—Conque no, ¿eh? Probablemente tiene razón.

Se incorporó en el asiento y por un instante creí que iba a saltar sobre mí. Alzó el índice.

—En primer lugar, una bestia con el estómago enfermo siempre caga muy duro.

—Claro.

—Y, si lo recuerda, esta cagaba muy blando, muy blando en verdad.

—Sí, sí, mucho —apresuradamente miré a Helen... ¡Puc, qué bien! Justo lo que se necesitaba para completar un ambiente romántico.

El hombre apretó los labios y se instaló de nuevo en su asiento y, otra vez, como si lo hubiéramos ensayado, la oscuridad nos inundó y estalló el estruendo. Me echaba atrás temblando cuando comprendí que algo iba mal. ¿Qué significaba la música estridente del Oeste? Entonces apareció el título en la pantalla: *Los rifles de Arizona*.

Me volví alarmado a Helen.

—¿Qué pasa? Esta había de ser la película sobre Escocia, ¿no? La que hemos venido a ver.

—Supongo que sí —se volvía a mí con una sonrisita—, pero me temo que no lo será. El problema es que a veces cambian la película de relleno sin previo aviso. A nadie parece importarles.

Me hundí cansadamente en el asiento. Ya la había organizado otra vez. No hubo baile en el Reniston... Esta noche no ponían la película que esperábamos... Era un genio, a mi propio estilo.

—Lo siento —dije—. Espero que no te moleste demasiado.

Agitó la cabeza.

—En absoluto. De todas formas, démosle una oportunidad. A lo mejor está bien.

Pero, conforme fue desarrollándose la eterna comedia de caballos con su mensaje lleno de viejos tópicos, abandoné toda esperanza. Esta iba a ser otra de esas noches. Observé con apatía que el protagonista galopaba por cuarta vez ante la misma roca y me cogió desprevenido la ensordecedora fusilería que se organizó a continuación y que me hizo saltar en el asiento e incluso despertó a Gobber de su siesta.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! —tartamudeó, agitándose y abriendo nervioso los brazos. Un bofetón en el lado izquierdo de la cabeza me lanzó violentamente contra el hombro de Helen y empezaba a disculparme cuando la vi apretar de nuevo los labios y fruncir las cejas. Pero esta vez no consiguió dominarse y empezó a reírse muy bajito sin poder evitarlo.

Nunca había visto a una chica reír tan a gusto, como si fuera algo que hubiera deseado hacer durante mucho tiempo. Se abandonó por completo a ello, echándose hacia atrás con la cabeza sobre el respaldo, las piernas extendidas y los brazos colgando a los lados. Se tomó su tiempo y esperó a quedarse bien tranquila antes de volverse a mirarme.

Me puso la mano en el brazo.

—Mira —dijo débilmente—, la próxima vez, ¿por qué no nos limitamos a ir de paseo?

También yo me eché atrás. Gobber se había dormido de nuevo y sus ronquidos, más fuertes que antes, competían con los bang-bang y los aullidos de la pantalla. Seguía sin la menor idea de quién era el hombrecillo de delante, y tenía la impresión de que no había terminado conmigo. El reloj seguía señalando las cuatro y veinte. Maggie continuaba mirándonos y el sudor me inundaba la espalda.

El marco no era en absoluto lo que yo hubiera deseado, pero no importaba. ¡Habría una próxima vez!

Siegfried tenía la costumbre de tirarse del lóbulo de la oreja y mirar fijamente ante sí cuando estaba preocupado. Y eso hacía ahora; la otra mano, extendida, aplastaba unas miguitas de pan en el plato.

Generalmente no interfería con las meditaciones de mi jefe y además quería irme a la ronda de la mañana, pero había algo intrigante en su rostro que me obligó a hablar.

—¿Qué pasa? ¿Te ocurre algo?

Volvió lentamente la cabeza y sus ojos brillaron desconcertados unos instantes hasta que pareció reconocermme. Dejó en paz la oreja, se puso en pie, se dirigió a la ventana y contempló la calle vacía.

—Pues sí, James, en realidad, sí. La verdad es que pensaba pedirte consejo sobre una carta que he recibido esta mañana —se registró los bolsillos con impaciencia, sacando pañuelos, termómetros, billetes de banco arrugados y listas de llamadas, hasta encontrar un largo sobre azul—. Toma, léelo.

Abrí el sobre y repasé rápidamente la única hoja que contenía. Alcé la vista desconcertado.

—Lo siento, no lo entiendo. Todo lo que dice aquí es que H. S. St. J. Ranson, general, solicita el placer de tu compañía el sábado en las carreras de Brawton. No hay problema, ¿verdad?, a ti te gustan las carreras.

—Ah, pero no es tan sencillo —dijo Siegfried, tirándose de nuevo de la oreja—. En realidad, se trata de una prueba. El general Ranson es uno de los tipos importantes del Circuito de Carreras del Noroeste y va a traer algún amigo suyo el sábado para probarme. Van a examinarme para ver si les sirvo.

Sin duda mi rostro expresó alarma porque sonrió.

—Mira, será mejor que empiece por el principio: seré breve. Los funcionarios del Circuito del Noroeste están buscando un cirujano veterinario para que supervise las carreras. Tú sabes que el de la localidad asiste a ellas si hay un hipódromo en la ciudad, y que se le llama en caso de accidente de un caballo, pero esto sería distinto. Este veterinario supervisor se encargaría de

casos especiales, sospechas de drogas y cosas así... En realidad tendría que ser un especialista. Bien, me ha llegado el rumor de que ellos creen que yo podría ser el hombre adecuado para el trabajo, y de eso se tratará el sábado. Conozco al viejo Ranson, pero nunca he visto a sus colegas. La idea es que pasemos el día juntos en las carreras para examinarme.

—Si aceptas el trabajo, ¿significará eso que dejas la práctica general? — pregunté. Y un viento helado me bajó por la espalda ante la idea.

—No, pero implicaría pasarme algo así como tres días a la semana en los hipódromos, y me pregunto si no sería demasiado.

—Bueno, no sé —terminé el café y retiré la silla—. Realmente no soy el indicado para aconsejarte en esto. Nunca he tenido mucha experiencia con los caballos de carreras, y estas no me interesan. Tú mismo tendrás que decidir. Pero has hablado con frecuencia de especializarte en caballos, y te encanta el ambiente de los hipódromos.

—En eso tienes razón, James, me encanta. Y no hay duda de que el dinero extra me vendría muy bien. Es lo que toda práctica necesita: un contrato de alguna clase, unos ingresos regulares por algún lado para no depender tanto de que los granjeros paguen las cuentas —se apartó de la ventana—. De todas formas, iré a las carreras de Brawton con ellos el sábado y veremos qué resulta. Y tú tienes que venir también.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Bueno, la carta dice «y compañía».

—Eso significa una mujer. Seguro que ellos llevan a sus esposas.

—No me importa lo que quiera decir, James: tú vienes conmigo. Un día de salida, una invitación a comer y el aire libre te sentarán bien. Tristán puede defender el fuerte durante unas horas.

Era casi mediodía del sábado cuando acudí a la llamada del timbre. Al recorrer el pasillo me fue fácil identificar a los que esperaban ante el cristal de la puerta.

El general Ranson era bajo y cuadrado, con un bigote de negrura sorprendente sobresaliendo con agresividad del labio superior. El coronel Tremayne era alto, de nariz ganchuda y hombros inclinados, pero compartía con su compañero esa aura casi tangible de autoridad que proviene de toda una vida de mando. Dos mujeres con atuendo muy deportivo se hallaban en el escalón inferior.

Abrí la puerta sintiendo que se me cuadraban los hombros y que casi entrechocaba los talones bajo aquella batería de miradas fieras y graves.

—¿El señor Farnon? —Ladró el general—. ¿Esperándonos, supongo?

Me retiré un paso y los hice entrar.

—Oh, sí, sí, claro; por favor, pasen.

Las dos mujeres entraron primero, la señora Ranson tan cuadrada, tan gorda e incluso más dominante que su marido; luego, la señora Tremayne, mucho más joven y atractiva, aunque sin estilo. Todos me ignoraron por completo excepto el coronel, que fue el último y que clavó en mí unos ojos suspicaces.

Me habían dado instrucciones de que sirviera jerez y, una vez en la sala, empecé a servirlo. Íbamos ya por la segunda copa cuando entró Siegfried. Casi derramo el jerez. Mi jefe se había esmerado realmente para esta ocasión. Cubría su delgado cuerpo un traje de montar de corte impecable, el rostro alargado y de fuertes huesos recién afeitado, el pequeño bigote rubio muy bien cortado. Se quitó un sombrero hongo nuevo al entrar y yo dejé la botella y lo miré con orgullo de propietario. Ignoro si hay algunos duques en el árbol genealógico de su familia pero, sea como fuere, los dos militares parecieron al instante inferiores y un poco groseros.

El general se le acercó con marcada deferencia:

—Farnon, mi querido amigo, ¿cómo está? Me alegro de verle de nuevo. Permítame que le presente a mi esposa, a la señora Tremayne y al coronel Tremayne.

Con sorpresa vi que este conseguía fruncir los duros rasgos en una sonrisa retorcida, pero mi interés se centraba principalmente en la reacción de las señoras. La señora Ranson, que alzó la vista cuando Siegfried se inclinó hacia ella, casi se desmaya. Parecía increíble que aquella fortaleza formidable se derrumbara al primer tiro, pero así fue: las arrugas de desaprobación se borraron de su rostro y sonrió bobaliconamente como si fuera la abuelita de todos.

La respuesta de la señora Tremayne fue distinta, pero no menos dramática. Cuando los firmes ojos grises cayeron sobre ella palideció y un espasmo de exquisito dolor contrajo sus mejillas. Se dominó con esfuerzo pero miró a Siegfried con hambre ansiosa al volverse este a los hombres.

Entonces empecé a servir violentamente el jerez en las copas. ¡Maldita sea, ya la teníamos otra vez! Lo de siempre. Pero ¡si él no hacía nada! Solo las miraba. ¡No era justo!

Terminado el jerez salimos y nos instalamos en el Rover de Siegfried, al que, desde el desastre del verano anterior, le habían hecho una reparación completa, a fondo. Era un marco impresionante. Después de toda una mañana de trabajos forzados de Tristán con la manguera y los paños, brillaba como un

espejo. Siegfried, en el volante, se despidió de él con un gesto elegante al alejarnos. No pude evitar la impresión de que el único objeto superfluo era yo, sentado muy incómodo en una pequeña banqueta abatible frente a los dos militares muy rígidos en el asiento posterior, sus hongos colocados con meticulosa corrección. Entre ellos, la señora Tremayne contemplaba, intrigada, la espalda de Siegfried.

Comimos en el hipódromo, Siegfried a sus anchas con el salmón, el pollo frío y el champaña. No cabía duda de que había logrado un éxito tremendo durante la comida, hablando de carreras con todo conocimiento con los hombres y derramando encanto entre las dos esposas por igual. La señora Ranson suspiraba audiblemente cuando Siegfried le dedicaba su atención. Desde luego que, si el nombramiento dependía de su conducta en la jornada, la votación realizada en ese momento lo habría enviado a casa con el triunfo.

Después del almuerzo cruzamos el césped y echamos una mirada a los caballos que desfilaban en espera de la primera carrera. Siegfried disfrutaba con la escena: la muchedumbre, los gritos de los apostadores, los hermosos animales dando vueltas, los *jockeys*, pequeños y cubiertos de colores brillantes, charlando con los entrenadores. Había bebido lo suficiente durante el almuerzo para afinar su apreciación, y era la misma estampa del hombre que sabe que va a tener un gran éxito.

Merryweather, el veterinario del hipódromo, se unió a nosotros para observar la primera carrera. Siegfried lo conocía ligeramente y estaban hablando después de la carrera cuando apareció la señal de «Se necesita al veterinario». Un hombre corría ya hacia Merryweather.

—El caballo que resbaló en la última curva sigue caído y no da señales de levantarse —dijo.

El veterinario se dirigió a su coche, que estaba estacionado y dispuesto muy cerca de nosotros. Pero, al ir a subir, se volvió:

—¿Quieren venir ustedes dos? —Siegfried miró dudoso al grupo y recibió un gesto gracioso y general de asentimiento. Nos unimos a nuestro colega.

En unos segundos corríamos por la pista hacia la última curva. Merryweather, aferrado al volante y conduciendo a toda prisa sobre la hierba, gruñó para sí:

—Demonios, espero que no tenga una fractura... Si hay algo que odio mortalmente es tener que matar a un caballo.

Cuando llegamos, aquello no tenía buen aspecto. El magnífico animal yacía de lado sin el menor movimiento aparte de su fatigoso respirar. El

jockey, corriéndole la sangre de un corte en la frente, estaba de rodillas a su lado.

—¿Qué opina, señor? ¿Se ha roto una pata?

—Echemos una mirada —Merryweather empezó a palpar los miembros extendidos dejando correr los dedos ya sobre un hueso ya sobre otro, flexionando cuidadosamente las uniones de las cernejas, rodilla, brazuelo y jarrete—. No hay nada malo aquí. Desde luego, no hay fractura —luego señaló súbitamente la cabeza—. Miremos los ojos.

Miramos. Estaban vidriosos y había un nistagmo ligero pero inconfundible.

—¿Una contusión? —apuntó Siegfried.

—Eso es, solo ha recibido un golpe en la cabeza. —Merryweather se puso en pie; parecía más feliz—. Vamos, haremos que se ponga sobre el pecho. Creo que podría levantarse con un poco de ayuda.

Hubo muchos ayudantes entre la multitud y el caballo quedó pronto descansando sobre el esternón, las patas delanteras extendidas hacia adelante. Después de pasar unos minutos en esa posición luchó por ponerse en pie y se quedó así vacilando ligeramente. Un muchacho de los establos se lo llevó. Merryweather se echó a reír.

—Bueno, no fue tan malo. Buen caballo ese. Creo que estará bien con un poco de descanso.

Siegfried se disponía a contestarle cuando oímos un «¡Psst! ¡Psst!», desde detrás de la barandilla. Miré y vi una figura gruesa, el rostro colorado, que nos hacía señas furiosas.

—¡Eh! ¡Eh! —gritaba—. ¡Vengan aquí un momento!

Nos acercamos. Había algo en aquel rostro que intrigaba a Siegfried. Examinó con interés aquellos rasgos sonrientes y abotargados, los mechones de pelo negro y aceitoso que caían sobre la frente, y gritó encantado:

—¡Santo cielo! ¡Stewie Brannon! Ven, James, ven a conocer a otro colega... Fuimos a la escuela juntos.

Me había contado muchas cosas de Stewie Brannon. Tantas, en realidad, que creí estrechar la mano de un viejo amigo. A veces, cuando nos apetecía, Siegfried y yo nos quedábamos sentados casi hasta el amanecer ante una botella, en la sala de Skeldale House, rememorando viejos tiempos y hablando de los personajes pintorescos que conociéramos. Recuerdo que me contó que había adelantado a Stewie hacia mitad del primer curso y que se había graduado cuando aquel todavía batallaba con el tercer año. Siegfried lo había descrito como un hombre totalmente carente de ambiciones; contrario al

estudio, poco afecto a lavarse y a afeitarse; en realidad su idea del joven que jamás alcanzaría el éxito. Pero había habido algo peculiar en él, la ingenuidad de un niño, un afecto que abrazaba a la totalidad de la raza humana y una alegría que lo impregnaba todo.

Siegfried llamó a Merryweather:

—¿Quiere presentar mis disculpas a mis amigos cuando vuelva? Hay aquí un chico con el que me gustaría hablar... Solo serán diez minutos.

Merryweather asintió, se metió en el coche y volvió por la pista mientras nosotros pasábamos bajo la barandilla. Siegfried cogió a aquella figura gruesa por el brazo.

—Vamos, Stewie, ¿dónde podemos tomarnos una copa?

Entramos en el bar alargado y bajo de techo que había bajo la tribuna y yo experimenté un choque de sorpresa. Esta era la sección más barata, y el ambiente era muy distinto del de la parte principal. Prácticamente todos comían y bebían de pie, y la cocina consistía casi únicamente en pasteles y salchichas. Siegfried se abrió camino hasta el bar y pidió tres vasos de *whisky*. Nos sentamos en una de las pocas mesas disponibles, una estructura de metal bastante inestable. En la mesa inmediata, un tipo de rasgos agudos estudiaba el cuaderno de apuestas mientras bebía a sorbos ruidosos de una jarra y se comía groseramente un pastel de cerdo.

—Bueno, muchacho —dijo mi jefe—, ¿qué has estado haciendo los últimos seis años?

—Veamos —dijo Stewie, bebiéndose abstraído todo el *whisky* de un trago—. Llegué a los exámenes finales poco después de que salieras tú, y no lo hice tan mal, realmente. Dos los aprobé a la primera, luego tuve algunos problemas con la cirugía, un par de veces, pero me lanzaron entre la población animal —pobrecillos— hace cuatro años. He dado muchas vueltas desde entonces, Norte, Sur..., incluso seis meses en Irlanda. He estado intentando encontrar un lugar que me dé para vivir. Tres o cuatro libras a la semana no es mucho cuando uno tiene una familia que mantener.

—¿Familia? Entonces, ¿te has casado?

—Desde luego. ¿Recuerdas a la pequeña Meg Hamilton...? Solía llevarla a los bailes de la escuela. Nos casamos cuando yo estaba en el último año. Ahora tenemos cinco críos y otro en camino.

Siegfried casi se ahoga con el *whisky*.

—¡Cinco críos! ¡Por el amor de Dios, Stewie!

—Ah, sí, es realmente maravilloso, Siegfried. Probablemente te preguntarás cómo conseguimos subsistir. Bueno, pues no puedo explicártelo. Ni yo mismo lo sé. Pero siempre nos hemos mantenido un poco por delante de la ruina completa y hemos sido felices, además. Creo que ahora estaremos

muy bien. Clavé mi placa en Hensfield hace unos meses y me va muy bien. La economía doméstica funciona, y eso es lo que importa.

—Hensfield, ¿eh? —dijo Siegfried. Yo recordé la triste ciudad del West Riding. Un terreno salvaje, edificios ruinosos, chimeneas de fábrica. Aquello era el otro Yorkshire—. Principalmente animales pequeños, supongo.

—Oh, sí. Me gano el pan de cada día a base, y sobre todo, de castrar a los gatos. Gracias a mí, las gatitas de Hensfield pueden caminar por la calle sin que nadie las moleste.

Siegfried soltó una carcajada y cogió por el brazo a la única camarera del lugar cuando pasaba junto a nosotros a toda prisa. Se volvió furiosa y con gesto agrio a punto de insultarnos, pero sus rasgos se suavizaron de pronto y sonrió:

—¿Diga, señor?

Mi jefe la miró al rostro, gravemente, por unos instantes, sin soltarla del brazo. Luego habló serenamente:

—Me pregunto si sería tan amable de traernos tres vasos grandes de *whisky* y seguir repitiéndolo siempre que vea que los tenemos vacíos. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Por supuesto, señor, por supuesto. —La camarera tendría más de cuarenta años pero había enrojecido como una colegiala.

Las tres barbillas de Stewie temblaron con su risa silenciosa.

—Farnon, viejo cabrón, ¡cómo me rejuvenece ver que no has cambiado!

—Ah, ¿no? Bueno, resulta muy agradable oírlo.

—Y lo más gracioso es que creo que ni siquiera lo intentas.

—¿Intentar? ¿Intentar qué?

—Oh, nada... déjalo. Aquí está el *whisky*.

Y las bebidas siguieron llegando y ellos hablando y hablando. Yo no intervenía, me limitaba a estar allí sentado y escuchando, dejándome invadir por una euforia deliciosa y acercando de vez en cuando mi vaso lleno a Stewie, que lo vaciaba con un simple giro de la muñeca.

Cuando Siegfried le habló de sus progresos me dejó atónito la total ausencia de envidia en aquel hombre. Estaba encantado de oírle hablar de su clientela creciente, de la casa tan agradable, de su ayudante. Siegfried lo había descrito como «gordito» en sus tiempos de estudiante, pero ahora era un hombre gordo a pesar de su pobreza. Y yo había oído hablar también de aquel abrigo, el «de la marina», su única protección durante los años pasados en la escuela. No podía haber sido muy bueno entonces, pero ahora era una ruina; las costuras estallaban bajo los rollos de carne.

—Mira, Stewie —dijo Siegfried, que jugueteaba incómodo con el vaso—, estoy seguro de que vas a triunfar en Hensfield pero, si por alguna estupidez, se te ponen las cosas difíciles, espero que no vaciles en acudir a mí. Yo no estoy tan lejos en Darrowby, ya sabes —se detuvo y tomó un sorbo—. ¿Estás bien, de verdad? Si unas libras te pueden ayudar, te aseguro que las llevo encima.

Stewie se tragó lo que debía ser el décimo *whisky* doble y miró a su viejo amigo con amable benevolencia.

—Eres un cabrón estupendo, Siegfried, pero no, gracias. Como te dije, nos hemos puesto al día y vamos a vivir muy bien. Pero te lo agradezco. Siempre fuiste muy amable. Un tipo extraño, pero amable.

—¿Extraño? —Siegfried se mostraba interesado.

—No, extraño no. No es esa la palabra. Diferente. Eso es, tú eras de lo más diferente.

—¿Diferente? —repitió Siegfried tragándose el *whisky* como si hubiera dejado de saberle a nada hacía tiempo—. Estoy seguro de que te equivocas en eso, Stewie.

—¡Bah, no te preocupes! —dijo este y lanzó el brazo sobre la mesa para darle un golpecito en el hombro. Pero calculó mal y de un manotazo le quitó el sombrero de la cabeza. Fue a caer a los pies del hombre en la mesa próxima.

Durante nuestra conversación me había dado cuenta de que el tal caballero comía a toda prisa, volvía lentamente a su estudio del folleto y renovaba su ataque a la comida y bebida. Ahora miró el sombrero. Su rostro era la viva imagen de la tristeza y la frustración originada por un exceso de cerveza, cerdo semimasticado y unas inversiones imprudentes. Pisoteó con rabia el sombrero e inmediatamente se sintió mucho mejor.

El hongo, totalmente arruinado ahora, volvió rodando hasta Siegfried, que lo cogió y se lo puso de nuevo en la cabeza con aplomo. No parecía enojado en absoluto; por lo visto consideraba normal la reacción de aquel hombre.

Nos pusimos en pie y quedé algo sorprendido cuando todo a mi alrededor empezó a girar y vacilar. Una vez que se quietaron las cosas tuve otra gran sorpresa: el gran bar estaba casi vacío, los grifos de cerveza cubiertos con paños blancos, y las camareras recogían los vasos vacíos.

—Stewie —dijo Siegfried—, la reunión ha terminado. ¿Te das cuenta de que hemos estado charlando aquí durante más de dos horas?

—Y ha sido estupendo, además. Mucho mejor que regalar a los apostadores la calderilla tan duramente ganada.

Al ponerse en pie se aferró a la mesa, y guiñó y parpadeó durante unos segundos.

—Pero hay una cosa —dijo Siegfried—: mis amigos... Vine aquí con un grupo, y deben estar preguntándose dónde me he metido. Verás, ven con nosotros y te los presentaré. Lo comprenderán todo en cuanto se enteren de que no nos habíamos visto en muchos años.

Volvimos, pues, al cercado de césped. No había señales del general y compañía. Finalmente los encontramos en el estacionamiento, agrupados muy serios en torno al Rover. La mayoría de los otros coches se habían ido ya. Siegfried se acercó a ellos con toda confianza, el hongo, hecho trizas, en un ángulo atrevido.

—Lamento haberles dejado, pero el caso es que me ocurrió algo maravilloso. Me gustaría presentarles al señor Stewart Brannon, colega profesional y muy querido amigo.

Cuatro miradas se clavaron en Stewie. Su rostro enorme y grasiento estaba más rojo que nunca y sonreía dulcemente, con las mejillas bañadas en sudor. Observé que se había abrochado mal aquel abrigo de la marina; había un ojal vacío en la parte superior y todos los demás estaban cojos. Con ello la vieja prenda parecía aún más grotesca.

El general inclinó secamente la cabeza, al coronel le rechinaron los dientes, las señoras se apartaron con frialdad manifiesta.

—Sí, sí, está bien —gruñó el general—, pero llevamos esperando aquí bastante tiempo y queremos ir a casa.

Sacó la mandíbula y el bigote aún se puso más tieso.

Siegfried agitó la mano.

—Seguro, seguro, no faltaba más. Saldremos en seguida —se volvió a Stewie—. Bueno, adiós de momento, muchacho. Nos reuniremos pronto de nuevo. Te telefonaré.

Empezó a registrarse los bolsillos en busca de la llave. Comenzó sin prisa, pero pronto lo hizo frenéticamente. Después de haber explorado todos los bolsillos unas cinco veces se detuvo, cerró los ojos y se entregó a una meditación intensa. Luego, como si hubiera decidido hacerlo sistemáticamente, comenzó a depositar el contenido de los bolsillos, uno a uno, utilizando el capó del coche como mesa y, conforme iba creciendo el montón, crecía mi convicción de que la catástrofe se avecinaba.

No era solo la llave lo que me preocupaba. Siegfried había consumido mucho más *whisky* que yo y, como un hombre de reflejos lentos, ahora empezaba a manifestarse en él. Se balanceaba ligeramente, el hongo le había

resbalado hacia adelante sobre una ceja y seguía sacando y sacando cosas del bolsillo y examinándolas con ojos atontados.

Un hombre con una escoba y un carrito caminaba lentamente en torno al estacionamiento cuando Siegfried lo cogió del brazo.

—Mire, quiero que haga algo por mí. Tome cinco libras.

—No faltaba más, señor —el hombre se embolsó el dinero—. ¿Qué quiere que haga?

—Encontrar la llave de mi coche.

Empezó a mirar en torno a los pies de Siegfried.

—Haré todo lo posible. Se le cayó por aquí, ¿no?

—No, no. No tengo la menor idea de dónde se me cayó —Siegfried hizo un ademán—. Está por algún lado de la pista.

El hombre pareció desconcertado por un instante, luego miró todas aquellas hectáreas de terreno llenas de desperdicios, la alfombra de boletos de apuestas perdidas, de entradas rotas. Se volvió a Siegfried y soltó una risita repentina; luego se alejó sin poder evitar las carcajadas.

Eché una mirada a nuestros compañeros. Habían observado la búsqueda en un silencio hostil y ninguno de ellos parecía divertido. El general fue el primero en estallar:

—¡Santo cielo, Farnon! ¿Tiene esa maldita llave o no? Si la condenada se ha perdido, será mejor que nos las arreglemos solos. No podemos tener aquí de pie a las señoras.

Una tosecilla sonó tras ellos. Stewie aún seguía allí. Se acercó y susurró algo al oído de su amigo y, tras un instante, Siegfried le estrechó la mano calurosamente.

—¡Dios mío, Stewie, sí que eres amable! Has salvado la situación —se volvió al grupo—. No hay por qué preocuparse. El señor Brannon se ha ofrecido amablemente a proveernos de transporte. Va a recoger su coche del otro estacionamiento —señaló triunfante, la espalda del abrigo lleno de brillos que se dirigía vacilante hacia las verjas.

Siegfried hizo todo lo posible por mantener la conversación, pero en vano. Nadie contestaba a ninguna de sus palabras triviales, y se detuvo en seco cuando vio que una mirada de rabia e incredulidad cubría el rostro del general. Stewie había regresado.

El coche era un pequeño Austin Seven, más empequeñecido aún por el cuerpo enorme ante el volante. Por la pintura descascarillada y las ventanillas rotas juzgué que debía haber sido uno de los primeros modelos, un «turista»

cuyo techo se había desintegrado hacía tiempo y estaba reemplazado por una lona atada a los salientes de los lados con unos cordeles.

Salió Stewie con cierta dificultad, abrió la portezuela del otro lado e inclinó la cabeza con orgullo modesto, señalando un montón de sacos que cubrían el suelo donde se suponía que debía estar el asiento del pasajero. Tampoco había asientos atrás, solo un par de cajones de madera con etiquetas de colores que decían «Las mejores manzanas norteamericanas». De las cajas sobresalía un montón de botellas de medicina, estetoscopios, polvos y cajas de jeringuillas.

—He pensado —dijo Stewie— que si ponemos los sacos sobre las cajas...

El general no le dejó terminar:

—¡Maldita sea!, ¿qué es esto, una burla? —Su rostro estaba como la grana y las venas del cuello se hinchaban peligrosamente—. ¿Es que trata de insultar a mi amigo y a estas damas? ¡Necesita usted una buena zurra por la faena de esta tarde, Farnon! Eso es lo que le hace falta..., ¡unos buenos latigazos!

Se detuvo en seco ante el repentino rugir del motor del Rover. El coronel, hombre de recursos, como correspondía a su rango, había conseguido ponerlo en marcha. Por suerte, las puertas no estaban cerradas.

Las señoras ocuparon sus asientos atrás con el coronel, y yo me dejé caer tristemente en la banqueta. El general había recuperado el dominio de sí mismo.

—Vamos, yo conduciré —ladró a Siegfried, como si se dirigiera a un cabo idiota.

Pero mi jefe levantó la mano deteniéndolo.

—Un momento —susurró—, el parabrisas está muy sucio. Se lo limpiaré primero.

Las damas lo observaron en silencio cuando se dirigió a la parte trasera y empezó a revolver en el maletero. El amor había muerto en sus ojos. No sé por qué se tomó la molestia; posiblemente porque, a través de la nube de *whisky*, pensó que debía restablecer su posición como miembro competente del grupo.

Pero el esfuerzo cayó en el vacío. El efecto quedó totalmente arruinado. Porque estaba limpiando el cristal con una gallina muerta.

Un par de semanas después, también en la mesa del desayuno, Siegfried, que leía el periódico de la mañana con la tercera taza de café, me llamó:

—Dice aquí que Herbert Jarvis, miembro del Real Colegio de Veterinarios, antiguo capitán de remonta, ha sido nombrado cirujano

veterinario supervisor para el Circuito del Noroeste. Conozco a Jarvis. Un tipo estupendo. El hombre adecuado para ese trabajo.

Miré a mi jefe esperando algún gesto de desilusión o pena. No vi ninguno.

Dejó la taza, se secó los labios con la servilleta y suspiró de contento:

—¿Sabes, James?, las cosas suceden siempre para lo mejor. El viejo Stewie fue enviado por la Providencia, por el Cielo, como quieras llamarlo. Nunca fui el indicado para ese trabajo y me habría sentido muy triste de haberlo conseguido. Vamos, chico, vámonos ya a esas colinas.

Después de mi noche en el cine con Helen tomé la costumbre de acercarme a verla con naturalidad de vez en cuando hacia el atardecer. Y, antes de comprender lo que estaba sucediendo, aquello se había convertido en una rutina: hacia las ocho de la tarde mis pies se dirigían como por sí solos hacia Heston Grange. Naturalmente, yo luchaba contra el impulso... No iba todas las tardes. Por una parte estaba mi trabajo, que en ocasiones me mantenía ocupado toda la noche; por otra, un sentimiento de decencia; y luego el señor Alderson.

El padre de Helen era un hombre callado y ensimismado, sobre todo desde la muerte de su esposa, ocurrida hacía pocos años. Era muy diestro en el manejo del ganado y su granja podía compararse con la mejor, pero buena parte de su mente parecía estar en ocasiones lejos de allí. Y había adquirido ciertas peculiaridades. Cuando las cosas no iban bien hablaba largamente en susurros consigo mismo y, cuando se sentía especialmente satisfecho por algo, se ponía a cantar con voz alta y desentonada. Era un sonido penetrante y en mis visitas profesionales solía localizarlo siguiendo su voz escandalosa entre los edificios de la granja.

Al principio, cuando empezaron mis visitas a Helen, estoy seguro de que ni siquiera me advirtió; yo era uno más entre la multitud de jóvenes que cortejaban a su hija. Pero, conforme fue pasando el tiempo y mis visitas se hicieron más frecuentes, pareció sentirse de pronto consciente de mi presencia y comenzó a mirarme con un interés que rápidamente se transformó en alarma. Realmente no podía culparlo. Quería muchísimo a Helen y es natural que deseara un buen partido para ella. Y entre sus pretendientes había uno, por lo menos, el joven Richard Edmundson, cuyo padre era antiguo amigo de los Alderson y tenía también una granja de casi cuatrocientas hectáreas. Era una familia rica e influyente, y Richard se mostraba, en verdad, muy interesado. Comparado con él, un joven veterinario pobre y desconocido no era un rival digno de tener en cuenta.

Cuando el señor Alderson andaba por allí yo me sentía algo incómodo. Siempre estábamos mirándonos por el rabillo del ojo; si me volvía hacia él, siempre lo pescaba en el momento de apartar la vista y he de admitir que, si él me miraba de pronto, tampoco yo podía evitar el apartar los ojos.

Era una lástima, porque instintivamente me gustaba. Tenía un carácter amable y totalmente inofensivo, que resultaba muy atrayente, y en otras circunstancias nos habríamos llevado muy bien. Pero no podía negarse el hecho de que se sentía resentido por mi presencia. Y no es que quisiera conservar a Helen para siempre... No era tan egoísta y, de todas formas, tenía una excelente ama de casa en su hermana, que enviudara hacía poco y se viniera a vivir con los Alderson. Tía Lucy tenía una gran personalidad y era perfectamente capaz de llevar la casa y cuidar de los dos niños pequeños. Pero, claro, él se había hecho ya a la idea —muy agradable— de que un día su hija se casaría con el hijo de un viejo amigo y viviría con dinero y sin problemas, y tal vez un punto de terquedad en el señor Alderson se rebelaba fieramente ante cualquier perspectiva de cambio.

De modo que era un alivio cuando Helen y yo salíamos de la casa. Entonces todo se desarrollaba bien; íbamos a los bailes del instituto del pueblo, caminábamos kilómetros y kilómetros por los viejos senderos de las colinas bordeados de prados o, en ocasiones, me acompañaba a hacer las visitas de la tarde. No había nada espectacular que hacer en Darrowby, pero gozábamos de una total falta de tensión, y teníamos la sensación de bastarnos a nosotros mismos, en una existencia cómoda y propia, que hacía que todo tuviera significado y valiera la pena.

Las cosas podían haber seguido así indefinidamente a no ser por una conversación que tuve con Siegfried. Estábamos sentados en la gran sala de Skeldale House, como hacíamos a menudo antes de irnos a la cama, hablando de los sucesos del día, cuando de pronto se echó a reír y se dio una palmada en la rodilla.

—Esta noche vino aquí el viejo Harry Forster, a pagar la cuenta. Se puso muy gracioso mirando en torno a la habitación y diciendo: «¡Qué nidito tan agradable tiene aquí, señor Farnon! Un nidito muy agradable en verdad»; y luego, con una sonrisa maliciosa: «Ya es hora de que haya un pajarito en este nido ¿sabe? Debería haber un pajarito aquí».

Yo me eché a reír también.

—Bueno, ya debías haberte acostumbrado. Eres el soltero más solicitado de Darrowby. La gente siempre está pinchándote..., y no serán felices hasta que te vean casado.

—Espera un minuto, no corras tanto —Siegfried me miraba pensativamente—; no creo ni por un momento que Harry hablara de mí. Era en ti en quien pensaba.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, piensa un poco: ¿no me dijiste que te habías tropezado con ese hombre una noche en que paseabas con Helen por sus tierras? No podía desaprovechar una ocasión así. Opina que ya es hora de que te dejes atrapar, eso es todo.

Me eché atrás en el sillón y solté una carcajada.

—¡Yo! ¡Casado! ¡Esta sí que es buena! ¿Te lo puedes imaginar? ¡Pobre Harry!

Siegfried se inclinó hacia mí.

—Oye, oye, ¿de qué te ríes, James? Tiene mucha razón..., ya va siendo hora de que te cases.

—¿Cómo? —Le miré incrédulo—. ¿Qué te propones ahora?

—Es muy sencillo —dijo—. Estoy diciendo que deberías casarte, y pronto.

—¡Oh, vamos, Siegfried! Estás de broma.

—¿Y por qué?

—Pero ¡maldita sea!, solo estoy empezando la carrera. No tengo dinero, no tengo nada. Nunca he pensado en ello.

—¿Que nunca has pensado...? Pero, dime, ¿estás cortejando a Helen Alderson o no?

—Bueno yo..., yo..., ¡oh!, supongo que podríamos llamarlo así.

Siegfried se retrepó en el sillón, unió los dedos y asumió una expresión juiciosa.

—Bueno, bueno... Admites que estás cortejando a la chica. Ahora, un paso más: según mis observaciones, ella es muy atractiva..., en realidad, casi organiza un tapón de tránsito cuando cruza la plaza en día de mercado. Y es de conocimiento de todos que es inteligente, de carácter ecuánime y una cocinera excelente. ¿No estás de acuerdo, quizás?

—Claro que sí —dije, fastidiado por su aire de superioridad—. Pero ¿qué significa todo esto? ¿Por qué te comportas como un juez del Tribunal Supremo?

—Solo intento establecer un punto, James, y es que tienes al alcance de la mano a la esposa ideal y no haces nada al respecto. En realidad, por no seguir hablando en abstracto, me gustaría que dejaras de hacer el tonto y pasaras a la acción.

—Pero ¡no es tan sencillo como todo eso! —dije, empezando a levantar la voz—. Te he dicho ya que tendría que estar en mejor situación y, de todas formas, ¿qué oportunidad he tenido? Solo llevo unas semanas yendo a su casa... Seguramente uno no empieza a pensar en casarse tan pronto. Y hay otra cosa: a su padre no le gusto.

Siegfried echó la cabeza a un lado y yo apreté los dientes cuando una expresión de santidad empezó a inundar su rostro.

—Vamos, muchacho, no te enfades; hay algo que debo decirte por tu propio bien. La prudencia suele ser una virtud, pero en tu caso estás llevándola demasiado lejos. Es un pequeño fallo de tu carácter que se demuestra en muchos detalles. En tu modo de enfocar los problemas del trabajo, por ejemplo... Siempre eres demasiado aprensivo, vas temerosamente paso a paso cuando deberías lanzarte de cabeza y con valentía. Sigues viendo peligros donde no los hay... Tienes que aprender a aprovechar las oportunidades, a dominarlas. De momento tú mismo reduces el campo de tus actividades debido a tus propias dudas.

—El clásico tipo lento, ¿no?

—Oh, vamos, James, no dije eso pero, ya que estamos hablando, hay otro puntito que me gustaría sacar a relucir. Sé que no te sabrá mal que te lo diga. A menos que te cases me temo que no lograré conseguir todo el beneficio de tu ayuda en la práctica porque, francamente, cada día estás más atontado y distraído, hasta el punto de que estoy seguro de que la mitad del tiempo no sabes ni lo que haces.

—¿De qué diablos estás hablando? Jamás he oído tal...

—Escúchame con calma, James. Lo que digo es perfectamente cierto. Vas por ahí como un sonámbulo y has cogido la molesta costumbre de quedarte mirando al espacio cuando yo hablo contigo. Solo hay una cura para eso, muchacho.

—¡Una cura muy sencilla, claro! —grité—. Sin dinero, sin casa propia, pero ¡lánzate al matrimonio con un grito de felicidad! ¡Que no hay que preocuparse!

—¡Ah..., ah! ¿Lo ves?, ya estás otra vez buscando dificultades —soltó una risita y me miró con afecto y compasión—. Sin dinero, dices. Bueno, uno de estos días vas a ser mi socio. Tu placa colgará también en esa verja ante la casa, de modo que no te faltará el pan de cada día. Y, en cuanto a un hogar..., mira todas las habitaciones vacías de esta casa. Podrías tener toda una serie de habitaciones particulares en el piso alto, sin el menor problema. Eso son detallitos sin importancia.

Me pasé la mano nervioso por el pelo. La cabeza empezaba a darme vueltas.

—Según tú, todo es sencillo.

—Pero es que *sí* es sencillo —se levantó de un salto—. Vamos, lárgate y declárate a esa chica sin más dilación y llévatela a la iglesia antes de que acabe el mes —agitó el índice ante mis ojos—. Aprende a disfrutar de la vida, James. Manda a paseo todas tus vacilaciones y recuerda —apretó el puño y adoptó una actitud declamatoria—: Hay un momento en la vida de los hombres en que, con la pleamar...

—De acuerdo, de acuerdo —dije, levantándome cansadamente de la silla—, ya tengo bastante. Recibí el mensaje. Ahora me voy a la cama.

No creo que sea la primera persona cuya vida haya quedado para siempre y fundamentalmente influida por uno de los estallidos casuales de Siegfried. En ese momento juzgué ridículas sus opiniones, pero él plantó una semilla que germinó y floreció casi de la noche a la mañana. No hay duda de que él es el responsable de que yo fuera ya padre de familia cuando aún era muy joven, porque, cuando hablé de la cuestión con Helen, ella dijo que sí, que le gustaría casarse conmigo, y ambos nos decidimos por una fecha próxima. Pareció sorprendida al principio: sin duda tenía de mí la misma opinión que Siegfried, y había contado con que me costaría años decidirme.

Sea como fuere, y antes de meditar más en ello, me encontré con que todo estaba arreglado, y descubrí que había pasado bruscamente de reírme de la idea a hacer planes para amueblar nuestro hogar futuro en Skeldale House.

Fue una época estupenda, y solo había una nubecita en el horizonte, pero una nube que se hacía grande y amenazadora. Cuando Helen y yo paseábamos cogidos de la mano y yo me sentía en el séptimo cielo, ella me hacía bajar a tierra con una mirada de súplica.

—Oye, James, tendrías que hablar con papá... Ya es hora de que él lo sepa.

Me habían avisado, mucho antes de graduarme, de que la práctica rural era un trabajo sucio y maloliente. Yo había aceptado ese hecho y me había adaptado a él, pero en ocasiones aquel aspecto de mi vida adquiría una importancia inusitada y se me hacía casi insoportable. Como ahora: seguía oliendo muy mal después de un largo baño.

Al salir del agua hirviendo me olí los brazos y allí estaba: el recuerdo maloliente de una desinfección en la granja de Tommy Dearlove vencía al jabón y al antiséptico y estaba tan fresco y penetrante como a las cuatro de la tarde. Solo el tiempo se encargaría de borrarlo.

Pero algo en mí se rebelaba a la idea de meterme en la cama en esas condiciones y rebusqué desesperadamente entre la fila de botellas del estante del cuarto de baño. Me detuve ante las sales de baño de la señora Hall, de un violeta brillante en la botella. Jamás las había probado, y eché un puñado pequeño en el agua hacia donde tenía los pies. Por un momento se me fue la cabeza cuando el cuarto de baño se llenó súbitamente de un aroma dulzón y agresivo; luego, en un impulso, lancé la mayor parte del contenido del jarro en la bañera y me metí de nuevo bajo la superficie del agua.

Por algún tiempo seguí allí oliéndome de vez en cuando mientras el líquido oleoso se agitaba en torno. Ni siquiera el olor producido por la desinfección de la vaca sobreviviría a este tratamiento.

El proceso hizo en mí el mismo efecto que si hubiera fumado opio, y ya estaba medio dormido cuando me dejé caer dormido como un tronco y, cuando el teléfono de la mesilla estalló en mi oído, la sensación de injusticia, de afrenta personal, fue más fuerte de lo acostumbrado. Parpadeando y medio dormido, miré el reloj: la una y cuarto de la madrugada. Alcé el receptor y murmuré un «Diga...», pero de pronto me sentí completamente despierto al oír la voz del señor Alderson. Candy estaba de parto y algo iba mal. ¿Podía ir en seguida?

Las llamadas nocturnas siempre han sido para mí como una voz que dijera: «Esto es lo mío». Y cuando los faros del coche barrían los guijarros de

la plaza del mercado desierta, experimenté de nuevo la sensación de volver a lo fundamental; de ser yo realmente. Las casas silenciosas, las cortinas muy corridas, la calle larga y vacía que daba paso a las vallas de piedra de la carretera, pasaban interminablemente a cada lado. En esos momentos vivía generalmente en un estado de semivigilia, lo bastante despierto para mantener el coche en buena dirección, pero esta noche me sentía completamente alerta, la mente trabajando a toda velocidad.

Porque Candy era algo especial. Era la vaca de la casa, una linda jersey, y la niña de los ojos del señor Alderson. Era el único miembro de su raza en todo el rebaño pero, en tanto que la leche de las Shorthorns iba a los grandes recipientes que se enviaban a la lechería del distrito, el producto cremoso de Candy aparecía en el desayuno familiar cada mañana o en pasteles y tartas, o se convertía en mantequilla, una mantequilla cremosa y dorada que le hacía soñar a uno.

Pero, aparte de todo eso, el señor Alderson quería al animal. Generalmente se detenía frente a ella al salir del establo y cantaba para sí y le daba un golpecito cariñoso en la cabeza al pasar. Lo cual era muy comprensible, porque, en ocasiones, también yo hubiese deseado que todas las vacas fueran de jersey, criaturas pequeñas, amables, de ojos suaves, que uno podía empujar a un lado y a otro sin problemas, de huesos redondeados y miembros frágiles. Aun si te pateaban era como un golpecito cariñoso comparado con el trompazo de una vaca holandesa furiosa.

Esperaba que el trabajo fuera sencillo porque el señor Alderson no me miraba con buenos ojos y yo estaba convencido de que reaccionaría favorablemente si empezaba por lucirme en el parto de su favorita. Rechacé mis temores. En el caso de un jersey no solía haber problemas de obstetricia.

El padre de Helen era un granjero eficiente. Al detenerme en el patio vi que, en la casilla iluminada en un rincón del establo, había ya dos cubetas de agua hirviendo esperándome, una toalla dispuesta sobre la media puerta y Stan y Bert, encargados de las vacas desde hacía tiempo, aguardándome junto a su jefe. Candy estaba muy bien instalada sobre un grueso montón de paja. No hacía esfuerzos, y no se veía nada en la vulva, pero la vaca tenía un aspecto preocupado, como si algo no anduviera bien.

Cerré la puerta tras de mí.

—¿La ha tanteado por dentro, señor Alderson?

—Sí, ya le he metido la mano un par de veces.

—¿Nada en absoluto?

—Nada. Lleva así unas cuantas horas sin el menor resultado, de modo que le metí la mano. Y no hay cabeza, ni patas, nada. Y tampoco mucho sitio. Por eso lo llamé.

Aquello sonaba muy extraño. Colgué la chaqueta de un clavo y empecé a desabrocharme la camisa pensativamente. Cuando me la sacaba por la cabeza observé que el señor Alderson fruncía la nariz. Los granjeros empezaron también a oler y a mirarse entre ellos con suspicacia. Las sales de baño de la señora Hall, aprisionadas bajo mis ropas, estallaban ahora en fuertes oleadas, llevando su mensaje a aquel espacio reducido. Comencé a lavarme los brazos a toda prisa con la esperanza de que desapareciera el aroma fortísimo, pero fue peor, pues todavía surgió más potente al mojarme la piel, en contraste marcado e incongruente con el honrado olor de la vaca, el heno y la paja. Nadie dijo nada. Aquellos hombres no eran de los que gastan una broma que le permita a uno echarse a reír y contarlo todo. El aroma no era ambiguo, desde luego; era voluptuosamente femenino, y Bert y Stan me contemplaron con la boca abierta. El señor Alderson, los labios muy apretados retorciéndose en las comisuras, las aletas de la nariz temblando, mantenía los ojos fijos en el muro.

Lamentándolo en mi interior, me arrodillé junto a la vaca y, al instante, olvidé mi apuro. La vagina estaba vacía, luego un pasaje que se estrechaba rápidamente hasta una abertura muy pequeña y apenas lo bastante ancha para admitir la mano, y más allá las patas y la cabeza de un ternero. Se me cayó el alma a los pies. Torsión del útero. No me esperaba una victoria fácil.

Me apoyé en los talones y me volví al granjero:

—Torsión del útero. Hay un ternero vivo ahí, sí, pero no hay modo de sacarlo. Apenas puedo pasar la mano.

—Sí, ya pensé que había algo peculiar. —El señor Alderson se frotó la barbilla y me miró pensativamente—. ¿Qué podemos hacer entonces?

—Tendremos que intentar corregir esa torsión haciendo girar a la vaca mientras yo sostengo al ternero. Ya es suerte que seamos tantos.

—Y eso lo arreglará todo, ¿verdad?

Tragué saliva. No me gustaban estos trabajos. El movimiento ayudaba a veces, y a veces no. En aquellos tiempos aún no nos habíamos habituado a hacerles la cesárea a las vacas. Si no triunfaba, me esperaba el trabajito de decirle al señor Alderson que enviara a Candy al carnicero. Rechacé el pensamiento a toda prisa.

—Lo arreglará todo —dije. Tenía que hacerlo. Envié a Bert a las patas delanteras, a Stan a las traseras, y dije al granjero que sujetara la cabeza de la

vaca sobre el suelo. Luego me tumbé sobre las piedras, metí una mano y cogí las patitas del ternero.

—Ahora, gírenla —dije, y los hombres tiraron de las patas en sentido del reloj. Sostuve fieramente aquellas patitas cuando la vaca cayó de lado. Pero no logramos nada.

—Vuelvan a ponerla sobre el pecho —dije.

Stan y Bert le metieron con habilidad las patas bajo la vaca y la hicieron girar y, en cuanto quedó instalada, solté un grito de dolor.

—¡Giren otra vez, rápido! ¡Vamos por mal camino!

La suave banda de tejido se había endurecido en torno a mi muñeca y me la oprimía poderosamente. Por un instante tuve la horrible impresión de que nunca podría sacarla de allí.

Pero ellos reaccionaron como el rayo. En pocos segundos Candy estaba tumbada de nuevo en su posición original, mi brazo ya no sufría torsión..., y estábamos como antes.

Apreté los dientes y volví a coger las patas del ternero. Esta vez el giro fue en sentido contrario al reloj y llegamos hasta 180 grados sin que nada sucediera. Yo continuaba aferrado a las patitas y la resistencia era tremenda. Inspirando profundamente durante unos segundos me lancé de bruces mientras el sudor me bañaba la espalda, enviando nuevos vapores exóticos de las sales de baño.

—Muy bien, ¡otra vez! —grité, y los hombres movieron a la vaca un poco más.

Y ¡oh, qué maravilla sentir que todo se desencajaba como por arte de magia y que tenía el brazo libre en un útero amplio ahora, con todo el sitio y más de lo necesario, y con el ternero deslizándose hacia mí!

Candy se hizo cargo de la situación inmediatamente y, por primera vez, hizo un esfuerzo decidido. Sintiendo la victoria a la vuelta de la esquina lo repitió y lanzó al ternero, húmedo y tembloroso, entre mis brazos.

—¡Por Dios que terminamos rápido! —murmuró el señor Alderson con admiración. Cogió un puñado de heno y empezó a secar a la criaturita.

Con inmensa gratitud me enjaboné los brazos en una de las cubetas. Después de cada parto siempre se experimenta una sensación de alivio, pero en este caso era insuperable. Ya no importaba que el establo oliese como un salón de belleza. Ahora me sentía estupendamente bien. Me despedí de Bert y Stan, que se volvieron a la cama sin dejar de olisquearme con aire de incredulidad al pasar junto a mí. El señor Alderson iba de un lado a otro charlando con Candy, acariciando al ternero que ya había secado varias veces.

Parecía fascinado con él. Y no era extraño, porque era como un personaje de Disney, el cervatillo pálido y dorado, increíblemente pequeño, de ojos grandes límpidos y oscuros y una expresión de dulce inocencia. Era un macho, además.

El granjero lo levantó como si fuera un perrito de juguete y lo colocó junto a la cabeza de su madre. Candy lo olfateó de pies a cabeza, su garganta emitiendo ruiditos de satisfacción, y empezó a lamerlo. Observé al señor Alderson. Estaba de pie, las manos cruzadas a la espalda, balanceándose sobre los talones, encantado con la escena. Ahora es el momento pensé. Y tuve razón. Estalló la canción desentonada, más alto incluso que de costumbre, como un himno de gozo.

De pronto me enderecé. No habría jamás un momento mejor. Solté una tosecilla nerviosa y empecé a hablar con firmeza.

—Señor Alderson —dije, y él apenas volvió la cabeza—, quiero casarme con su hija.

La canción se cortó en seco y se volvió lentamente hasta quedárase mirando. No habló, pero sus ojos estudiaron mi rostro tristemente. Luego se inclinó con dificultad, cogió las dos cubetas, las vació y se dirigió a la puerta.

—Será mejor que entre en la casa —dijo.

La cocina de la granja parecía inmensa y abandonada, con toda la familia en la cama. Me senté en una silla de respaldo alto junto a la chimenea apagada, mientras el señor Alderson dejaba en su sitio las cubetas, colgaba la toalla y se lavaba las manos metódicamente en la pila; luego pasó a la salita y oí ruido de cristales en un aparador. Cuando reapareció llevaba una bandeja ante él, en la que descansaban dos vasos y una botella de *whisky*. La bandeja daba al acontecimiento cierto aire de formalidad que acentuaba el cristal tallado de los vasos y el estado virgen de la botella.

Dejó la bandeja en la mesa de la cocina, que arrastró hasta nosotros, antes de instalarse en su sillón al otro lado de la chimenea. Ninguno de los dos hablaba. Aguardé en el silencio prolongado mientras él contemplaba el tapón de la botella como si jamás hubiera visto una, y la destapaba con lentitud y aprensión, como temiendo que fuera a estallarle en el rostro.

Finalmente sirvió dos vasos con la mayor gravedad y precisión, inclinando la cabeza frecuentemente para comparar el nivel del líquido y, con un último toque ceremonioso, me acercó la bandeja.

Tomé el vaso y aguardé, expectante.

El señor Alderson contempló la chimenea vacía por unos segundos, y luego dirigió la vista al viejo cuadro de vacas que colgaba sobre la repisa.

Apretó los labios como si fuera a silbar, pero cambió de opinión, y, sin más, se tomó un sorbo de *whisky* que lo lanzó a un paroxismo de tos, del que le costó algún tiempo recuperarse. Cuando su respiración se hubo vuelto normal se incorporó y fijó en mí dos ojos muy brillantes. Se aclaró la garganta y me dominó la aprensión.

—Bueno, bueno —dijo—, un tiempo magnífico para el heno.

Me mostré de acuerdo con él, que volvió a examinar la cocina como si no la reconociera. Terminada la inspección, tomó otro sorbo generoso, hizo una mueca, cerró los ojos, agitó la cabeza violentamente un par de veces y luego se inclinó hacia adelante.

—Aunque —dijo— una noche de lluvia nos vendría muy bien.

Corroboré que así sería, indudablemente, y el silencio cayó de nuevo entre nosotros. Esta vez aún duró más, y mi anfitrión siguió bebiendo *whisky* como si ahora ya fuese acostumbrándose. Y comprendí que ejercía en él un efecto relajador; las líneas de la tensión empezaban a borrarse de su rostro y sus ojos perdían la expresión de temor.

Nada dijo hasta haber rellenado de nuevo los vasos, midiendo meticulosamente, como antes, el nivel del líquido. Ahora tomó un sorbito, miró la alfombra y habló con voz apenas audible.

—James —dijo—. Yo tuve una esposa excepcional.

Me quedé tan sorprendido que apenas sabía qué decir.

—Sí, lo sé —murmuré—; he oído hablar mucho de ella.

Siguió hablando con la vista baja, la voz llena de dulce anhelo.

—Sí, era la mejor chica en muchos kilómetros, y la más guapa —alzó la vista repentinamente, con el fantasma de una sonrisa—. Nadie pensó que aceptaría a un chico como yo, ¿sabes? Pero lo hizo —y apartó la vista—. Ah, sí, me aceptó.

Empezó a hablarme de su difunta esposa. Me hablaba serenamente, sin compadecerse, pero con una inmensa gratitud por la felicidad que había conocido. Y descubrí que el señor Alderson era muy distinto de todos los granjeros de su generación, porque no decía que ella hubiera sido «muy trabajadora». A la mayoría de las mujeres de aquellos tiempos se las juzgaba principalmente por su capacidad para el trabajo y, cuando llegara a Darrowby, me había quedado escandalizado al darle el pésame a un viudo. Se había enjugado unas lágrimas y había dicho: «Sí, sí, ella era muy trabajadora».

Pero el señor Alderson dijo solamente que su esposa había sido hermosa, que había sido amable, y que él la había amado mucho. Habló también de Helen, de las cosas que ella hiciera y dijera cuando era una niña, de lo muy

parecida que era a su madre en todos los sentidos. Jamás dijo nada de mí, pero tuve la impresión de que todo aquello me iba dirigido especialmente, y el mismo hecho de que hablara con tanta libertad parecía buena señal de que las barreras empezaban a bajarse.

En realidad, hablaba demasiado, porque iba ya por la mitad del tercer *whisky* y, según mi experiencia personal, los hombres del Yorkshire no sabían habérselas con él. Había visto a hombres que se bebían cinco litros de cerveza en las tabernas de la localidad y caer de rodillas después de un sorbito del fluido ambarino, y el pequeño señor Alderson apenas bebía nunca. Empezaba a preocuparme.

Pero nada podía hacer, así que lo dejé que siguiera hablando feliz. Estaba ahora retrepado en el sillón, totalmente relajado, los ojos brillantes por los recuerdos, mirando a algún punto sobre mi cabeza. En realidad, estoy convencido de que se había olvidado de mi presencia, porque, después de un largo párrafo, bajó los ojos, me vio y me miró un instante sin reconocermelo. Cuando consiguió situarme recordó sus deberes como anfitrión. Pero, al echar mano de la botella, sus ojos se fijaron en el reloj de la pared.

—¡Vaya, pero si son las cuatro! Hemos estado aquí bastante tiempo. Casi no vale la pena volver a la cama, pero supongo que será mejor que durmamos una hora o dos.

Se echó lo que quedaba del *whisky* por la garganta, se puso rápidamente en pie, miró en torno unos momentos como buscando algo y luego se lanzó de cabeza al suelo con un ruido ensordecedor.

Me adelanté horrorizado a levantar a la pequeña figura que luchaba por incorporarse sobre la chimenea, pero no tenía por qué preocuparme, ya que se puso en pie en unos segundos y me miró a los ojos como si nada hubiera sucedido.

—Bien, será mejor que me vaya —dije—. Gracias por la copa.

No había motivo para seguir allí pues comprendí que las oportunidades de que el señor Alderson dijera «Dios te bendiga, hijo mío», o algo parecido, eran muy remotas. Pero tenía la impresión reconfortante de que todo iría bien.

Al dirigirme a la puerta, el granjero intentó con todas sus fuerzas acompañarme, pero le falló el sentido de dirección y se alejó de mí antes de caer contra el estante de los platos. Bajó una fila de platos con un curioso diseño de saucos, su rostro me miraba con sincero desconcierto.

Vacilé y me volví.

—Le acompañaré arriba, señor Alderson —dije con la mayor naturalidad posible, y él no hizo resistencia cuando le cogí del brazo y lo guie hacia la

puerta, en el ángulo más lejano.

Cuando subíamos vacilantes tropezó, y se hubiera caído de nuevo si no le cojo yo por la cintura. Al sentirse seguro alzó la vista hacia mí, gruñó «Gracias, muchacho», y ambos sonreímos por un segundo, antes de reemprender la marcha. Lo acompañé así por el descansillo hasta la puerta del dormitorio, y él se detuvo allí, vacilante, como a punto de decir algo. Pero al fin solo inclinó la cabeza un par de veces antes de meterse en su cuarto.

Aguardé ante la puerta escuchando con cierta ansiedad el ruido de tropezones y caídas del interior, pero me tranquilicé al oír una melodía desentonada a través de la puerta. Desde luego que todo saldría bien.

Teniendo en cuenta que pasamos la luna de miel haciendo pruebas de tuberculina, fue un gran éxito. En cualquier caso, pudo compararse favorablemente con la experiencia de mucha gente que conozco, que celebró ese hito en su vida haciendo un crucero de un mes por los mares del Sur y lo consideró tiempo perdido. Para nosotros contó con todos los ingredientes necesarios: alegría, realización y camaradería. Sin embargo, solo duró una semana. Y, como dije, la pasamos haciendo pruebas de tuberculina.

Todo surgió una mañana en la mesa del desayuno, cuando Siegfried, los ojos enrojecidos tras una mala noche con una yegua con cólico, abrió el correo de la mañana. La respiración se le cortó bruscamente cuando un grueso rollo de formularios cayó de un sobre oficial.

—¡Dios Todopoderoso! ¡Mira todas estas pruebas! —Alzó los formularios sobre el mantel y leyó febrilmente la larga lista de nombres de las granjas—. Y quieren que las iniciemos en Ellerthorpe la semana próxima, sin falta; es muy urgente —me miró unos segundos—. Entonces es cuando te casas, ¿no?

Me agité, incómodo, en la silla.

—Sí, me temo que sí.

Cogió una tostada de la bandeja y se puso a cubrirla de mantequilla, como un albañil desesperado lanza el cemento sobre los ladrillos:

—Pues, qué bien, ¿verdad? La clínica abarrotada, unas pruebas de una semana en el norte, en el sur de los valles y aún más allá, y tu maldita boda por en medio. ¡Te largarás alegremente de luna de miel, sin la menor preocupación del mundo, mientras yo voy corriendo de aquí para allá hasta caerme sobre el trasero! —Arrancó un pedazo de tostada y empezó a morder furioso.

—Lo siento, Siegfried —dije—, no me proponía dejarte en la estacada. No podía saber que la práctica iba a complicarse precisamente ahora, y no esperaba que nos lanzaran todas estas pruebas.

Dejó de masticar y me señaló con el índice.

—Eso es, James, ese es tu defecto, que nunca miras al futuro. Sigues adelante tan tranquilo, sin concederle ni un pensamiento. Ni siquiera te apuras cuando se trata de esa maldita boda... ¡Oh, no!, adelante con ello, al diablo las consecuencias —se detuvo para toser y expulsar unas cuantas migas, que se le habían atragantado en su nerviosismo—. En realidad no sé a qué obedece tanta prisa. Tienes todo el tiempo del mundo para casarte, no eres más que un muchacho. Y otra cosa: apenas conoces a esa chica, solo la has visto con regularidad durante unas semanas...

—Pero, aguarda un minuto, tú dijiste...

—No, déjame terminar, James. El matrimonio es un paso muy serio en el que no hay que embarcarse sin consideraciones prolongadas y graves. En nombre de Dios, ¿por qué tiene que ser la semana próxima? El año que viene ya habría sido bastante pronto y habrías disfrutado de un largo noviazgo. Pero no, tienes que correr a atar el lazo que luego no se desata fácilmente, como sabes.

—¡Diablos, Siegfried, esto es demasiado! Sabes perfectamente que fuiste tú...

—Un momento más. Esos arreglos maritales tan precipitados van a causarte muchos dolores de cabeza, pero, créeme, te deseo todo el bien. Espero que resulte lo mejor, a despecho de tu completa falta de previsión, pero debo recordarte el viejo refrán: «El que se casa deprisa, se arrepiente a la larga».

No pude aguantarlo más. Me puse en pie de un salto, pegué un puñetazo en la mesa y grité:

—Pero ¡maldita sea, si fue idea tuya! Yo prefería retrasarlo, pero tú...

Siegfried ya no me escuchaba. Se había ido serenando entre tanto, y ahora su rostro se abrió en seráfica sonrisa:

—Vamos, vamos, vamos, James, ya estás poniéndote nervioso otra vez. Siéntate y cálmate. No debes molestarte porque te hable así... Eres muy joven y ese es mi deber. No has hecho nada malo, en absoluto; supongo que es lo más natural del mundo que la gente de tu edad actúe sin pensar en el futuro y se lance a todo sin la menor prudencia. Claro, la ligereza de la juventud.

Siegfried solo tenía unos seis años más que yo, pero se había vestido con el manto de la omnisciencia de la ancianidad sin el menor esfuerzo.

Me clavé las uñas en las rodillas y renuncié a seguir con el tema. De todas formas, no tenía la menor oportunidad, y además empezaba a preocuparme ya un poquito la idea de largarme y dejarlo hundido bajo el trabajo. Me levanté y me dirigí a la ventana, desde donde vi al viejo Will Varley empujando la

bicicleta calle arriba con un saco de patatas en equilibrio sobre el manillar, como lo viera tantas veces antes. Luego me volví a mi jefe. Había tenido una idea..., lo que no era frecuente.

—Mira, Siegfried. No me importaría pasar la luna de miel en los alrededores de Ellethorpe. El lugar es maravilloso en esta época del año y podríamos quedarnos en el Hostal Wheat Sheaf. Podría hacer las pruebas desde allí.

Me miró con profundo asombro.

—¿Pasar la luna de miel en Ellethorpe? ¿Y haciendo las pruebas? Imposible. ¿Qué diría Helen?

—No le importaría. En realidad podría ayudarme, se encargaría de escribirlas. Íbamos a irnos de viaje en el coche, de modo que no hemos hecho planes en concreto y, además, tiene gracia, pero Helen y yo hemos hablado en ocasiones de que nos gustaría quedarnos en el Wheat Sheaf por algún tiempo... Hay algo atractivo en esa pequeña fonda.

Siegfried agitó la cabeza con decisión.

—No, James. No quiero ni oír hablar de ello. En realidad, ya empiezas a hacer que me sienta culpable. Yo me las arreglaré con todo el trabajo, así que podéis olvidaros de todo y divertiros.

—No. Ya he tomado mi decisión. Te digo que la idea empieza a gustarme —estudié la lista rápidamente—. Puedo empezar haciendo las pruebas en la granja de Allen y luego en las pequeñas de por allí el martes, casarme el miércoles y volver a la segunda inyección y a las lecturas el jueves y viernes. Habré terminado con la lista para el fin de semana.

Siegfried me miró como si nunca me hubiera visto. Discutió y protestó pero, por una vez, me salí con la mía. Cogí las tarjetas de notificación del Ministerio del cajón de la mesa y empecé a hacer los arreglos para mi luna de miel.

El martes a las doce del mediodía había terminado de hacer las pruebas de tuberculina a todo el rebaño de Allen, que cubría kilómetros de páramos en la parte superior del valle, y me instalaba con aquella gente hospitalaria para el inevitable «almuercito». El señor Allen presidía la limpia mesa y, frente a mí estaban sus dos hijos, Jack de unos veinte años, y Robbie, de diecisiete. Los dos eran muchachos muy fuertes y duros, y toda la mañana había observado con cierto temor cómo manejaban las bestias salvajes que corrían de un lado a otro, persiguiéndolas y capturándolas incansablemente hora tras hora. Había visto con incredulidad cómo Jack perseguía a una vaquilla al galope en campo abierto, la cogía por los cuernos y la obligaba lentamente a echarse a tierra

para que yo le inyectara. Se me ocurrió más de una vez que era una lástima que los seleccionadores de atletas para los Juegos Olímpicos no anduvieran jamás por estos remotos rincones de las tierras altas del Yorkshire: aquí había material suficiente para vencer al mundo entero.

Ya en otras ocasiones se había burlado de mí la señora Allen. Era una mujer alegre y charlatana, y en mis visitas anteriores me había tomado el pelo sin piedad, por ser un poco lento con las chicas. Era una vergüenza que solo contara con una ama de llaves para que me cuidara. Sabía que hoy empezaría otra vez a meterse conmigo, pero estaba bien preparado: tenía una carta de triunfo en la manga. Acababa ella de abrir la puerta del horno llenando la habitación de una fragancia deliciosa cuando, al dejar una enorme pieza de jamón asado en la mesa, me miró con una sonrisa.

—Vamos, señor Herriot, ¿cuándo va a casarse? Ya es hora de que encuentre una buena chica. Siempre estoy metiéndome con usted, pero es que no hace el menor caso —soltó una risita y se volvió hacia el hogar en busca de una fuente de puré de patatas.

Esperé a que se hubiera vuelto a nosotros antes de dejar caer la bomba.

—Bueno, en realidad, señora Allen —dije como si nada—, he decidido aceptar su consejo. Me caso mañana.

La buena mujer, que servía patatas en mi plato, se detuvo con el cucharón en el aire.

—¿Que se casa mañana?

Su rostro era todo un estudio del más profundo desconcierto.

—Así es. Pensé que le gustaría saberlo.

—Pero..., pero..., usted va a volver aquí el jueves y el viernes.

—Por supuesto, tengo que terminar las pruebas, ¿no? Y mi esposa me acompañará. Ya estoy deseando presentársela.

Hubo un silencio. Los dos jóvenes me miraron. El señor Allen dejó de cortar el jamón y me miró con firmeza; luego su esposa soltó una risita insegura.

—¡Oh, vamos, no lo creo! Se está burlando de nosotros. Se iría de luna de miel si se casara mañana.

—Señora Allen —dije con dignidad—, yo no hablaría en broma de un asunto tan serio como este. Permítame que se lo repita: mañana es el día de mi boda y traeré aquí a mi esposa el jueves, para que usted la vea.

Completamente desconcertada, llenó nuestros platos y todos quedamos en silencio. Pero yo sabía que la pobre mujer estaba sufriendo; seguía lanzándome miraditas y era obvio que deseaba preguntarme más detalles.

También los muchachos parecían intrigados. Solo el señor Allen, un hombre alto y tranquilo al que, estoy seguro, no le habría importado que yo robara un banco al día siguiente, continuaba devorando tranquilamente su comida.

Nada más se dijo hasta que estuve a punto de irme; entonces la señora Allen me puso la mano en el brazo.

—No hablaba en serio, ¿verdad? —Su rostro estaba tenso.

Me subí al coche y hablé por la ventanilla:

—Adiós y muchas gracias. La señora Herriot y yo estaremos aquí a primera hora del jueves.

No recuerdo muchos detalles de la boda. Fue algo muy sencillo, y lo que más grabado se me quedó fue el deseo que sentía de acabar con todo ello lo más rápidamente posible. Solo tengo el recuerdo clarísimo de Siegfried, justo detrás de mí en la iglesia, lanzando su «Amén» a intervalos regulares durante la ceremonia, la única ocasión en que he sabido que un padrino hiciera eso.

Fue un alivio increíble el momento en que Helen y yo emprendimos la marcha en el coche y, cuando pasábamos ante Skeldale House, ella me cogió de la mano.

—¡Mira! —gritó excitada—. ¡Mira ahí!

Debajo de la placa de bronce de Siegfried, siempre un poco torcida sobre los hierros de la verja, había otra totalmente nueva. Era del tipo moderno, de bakelita con fondo negro, y tenía unas letras blancas que decían: «J. Herriot, M. R. C. V. S., Cirujano Veterinario», y estaba firmemente clavada y muy recta sobre los hierros.

Miré desde la calle intentando ver a Siegfried, pero ya nos habíamos dicho adiós y tendría que darle las gracias más tarde. Así que salí de Darrowby con una sensación de orgullo, porque sabía lo que significaba aquella placa: ya era su socio, un hombre con un lugar auténtico en el mundo. La idea me dejó casi sin aliento. En realidad Helen y yo estábamos un poco mareados y recorrimos la campiña durante horas bajando donde nos apetecía, paseando entre las colinas y sin hacer el menor caso de la hora. Serían como las nueve de la noche, y ya la oscuridad iba cubriéndolo todo, cuando comprendimos que nos habíamos alejado mucho de nuestro camino.

Tuvimos que recorrer unos quince kilómetros más sobre un brezal desolado, en la cumbre, y ya era noche cerrada cuando entramos por el camino empinado y estrecho que lleva a Ellerthorpe. El Wheat Sheaf era un edificio más, y nada ostentoso, de la única calle larga del pueblo, un edificio de piedra gris, bajo, sin luz sobre la puerta y, cuando entramos en el vestíbulo que olía ligeramente a moho, escuchamos el ruidito agradable de las copas

que entrechocaban en el bar, a la izquierda. La señora Burn, una viuda madura propietaria del lugar, salió desde la parte trasera y nos examinó sin la menor emoción.

—Ya nos conocemos, señora Burn —dije, y ella asintió. Me disculpé por llegar tan tarde, y me preguntaba si me atrevería a pedir unos cuantos bocadillos a esa hora de la noche, cuando la vieja señora habló, imperturbable.

—No —dijo—, no se disculpen. Les estábamos esperando y ya tienen la cena dispuesta.

Nos acompañó al comedor, donde su sobrina Beryl trajo inmediatamente una comida caliente: sopa de lentejas muy espesa, seguida de lo que hoy se denominaría probablemente un «goulash», pero que era sencillamente un guisado delicioso con setas y verduras, y preparado indudablemente por un genio culinario. Tuvimos que renunciar a la tarta de grosellas con crema.

Y así fue todo el tiempo que estuvimos en el Wheat Sheaf. El lugar era agresivamente anticuado, necesitaba una buena mano de pintura y estaba lleno de horribles muebles victorianos, pero fácil resultaba comprender la reputación que se había ganado. No tenía huéspedes elegantes, pero los hombres gruesos y amables del West Riding industrial llevaban allí a sus esposas los fines de semana y se dedicaban a pescar o a respirar tan solo aquel aire incomparable entre las horas de las comidas, que eran los mejores momentos del día. Había únicamente un huésped cuando estuvimos allí, y permanente, un comerciante en paños retirado de Darlington que siempre acudía puntual a la mesa con una enorme servilleta anudada bajo la barbilla y los ojos brillantes al observar a Beryl, que le servía la cena.

Pero no era solo el jamón casero, el queso de Wensleydale, los filetes succulentos y las tartas de riñones, los pasteles de arándanos y los enormes pasteles del Yorkshire lo que nos cautivaba a Helen y a mí, sino la paz, el soñoliento encanto que impregnaba el hostel y que siempre recordamos con felicidad. Todavía paso con frecuencia ante el Wheat Sheaf y, cuando contemplo la vieja fachada de piedra, inalterable aún con el paso de estos últimos treinta años, los recuerdos perduran cálidos en mi memoria: nuestros pasos despertando ecos en la calle vacía cuando dábamos el último paseo por la noche, el amplio lecho de metal que casi llenaba la habitación, el borde de las colinas recortándose contra el cielo nocturno ante nuestra ventana, y las risotadas de los granjeros en el bar del piso bajo.

También disfruté sobremanera en nuestra primera mañana, cuando llevé a Helen a hacer las pruebas en la granja de Allen. Al bajar del coche vi a la

señora Allen mirando cautelosamente por entre las cortinas de la ventana de la cocina. Pronto estuvo en el patio y abrió los ojos de par en par cuando le presenté a mi esposa. Helen fue una adelantada de los pantalones femeninos en los valles, y esa mañana vestía uno de color púrpura brillante que, según se dice ahora, se llevaba todas las miradas. La esposa del granjero quedó en parte atónita y en parte fascinada, pero pronto descubrió que Helen estaba hecha de su misma pasta, y pocos segundos después las dos charlaban animadamente. Por el modo en que la señora Allen asentía vigorosamente y por su sonrisa cada vez más amplia, comprendí que Helen la satisfacía al explicarle todas las circunstancias. Pero necesitó mucho tiempo, y al fin el señor Allen tuvo que interrumpir la conversación.

—Si es que vamos, habrá que ir —dijo con un gruñido, y nos dispusimos a comenzar el segundo día de pruebas.

Empezamos en una ladera soleada donde habían reunido previamente un grupo de animales jóvenes. Jack y Robbie se lanzaron entre las bestias mientras el señor Allen se quitaba la gorra con toda cortesía y frotaba con ella la parte superior de la valla de piedra.

—Su señora puede sentarse ahí —dijo.

Me detuve cuando estaba a punto de comenzar las mediciones. ¡Mi señora! Era la primera vez que alguien lo decía. Miré a Helen, que se había sentado con las piernas cruzadas en las duras piedras, la libreta sobre las rodillas, el lápiz dispuesto y, cuando ella se retiró la melena brillante de la frente, se dio cuenta de que la miraba y sonrió, y yo le devolví la sonrisa, y de pronto advertí la maravilla de la amplitud de los valles en torno a nosotros, y su olor a trébol y hierba cálida, más embriagador que el vino. Y me pareció que mis dos primeros años en Darrowby no habían sido más que la preparación para este momento; que el primer paso importante de mi vida se completaba exactamente aquí, con Helen sonriendo y con el recuerdo, fresco en mi mente, de la placa nueva colgada ante la fachada de Skeldale House.

Así hubiera permanecido indefinidamente, en una especie de trance, a no ser porque Allen se aclaró la garganta de modo significativo y me volvió al trabajo presente.

—De acuerdo —dije, colocando el calibrador contra el cuello de la bestia—. Número treinta y ocho, siete milímetros y circunscrito. —Luego grité a Helen—: Número treinta y ocho, siete, C.

—Treinta y ocho. Siete, C —repitió mi esposa e, inclinándose sobre la libreta, comenzó a escribir.



James Alfred Wight (Sunderland, 3 de octubre de 1916-Thirsk, 23 de febrero de 1995), veterinario y escritor inglés.

Vivió en Glasgow, en Escocia. Hizo estudios en la Yoker Primary School y en la Hillhead High School. En 1939, con 23 años, se diplomó en cirugía veterinaria en el Glasgow Veterinary College. Al año siguiente ejerció de veterinario de campaña en Thirsk, Yorkshire del Norte, donde pasó el resto de su vida. El 5 de noviembre de 1941 se casó con Joan Catherine Anderson Danbury, de la que tuvo dos hijos, James, que será también veterinario, y Rosie, que seguirá la carrera de medicina.

En 1969 escribió *If Only They Could Talk*, el primer libro de una serie semiautobiográfica que trataba sobre su oficio de veterinario en la Yorkshire de los años cuarenta y su vida en la RAF durante la II Guerra Mundial.

En sus libros se presenta con el pseudónimo de James Herriot, y cambia el nombre de su villa de Thirsk a Darrowby, pues la ley inglesa prohíbe la publicidad para los veterinarios.

Sus libros, de lenguaje llano y sencillo, están llenos de anécdotas cómicas e incidentes representativos de la vida de un veterinario y alcanzaron un éxito inmenso; fue uno de los autores más vendidos en el Reino Unido y los Estados Unidos, a pesar de lo cual siguió practicando la veterinaria hasta su

muerte junto a su colega Donald Sinclair (llamado Siegfried Farnon en los libros de Herriot).

En cuanto a su hermano Brian, veterinario también, le dio en sus obras el nombre de Tristan Farnon.

Sus libros fueron adaptados al cine en dos ocasiones y a la televisión en una serie de la BBC (*All Creatures Great and Small, Todas las criaturas grandes y pequeñas*). Por otra parte, sus libros suscitaron numerosas vocaciones de veterinarios en todas partes del mundo.

Notas

[1] Miembro del Real Colegio de Veterinarios. <<

[2] British Veterinary Association. <<

[3] Local Veterinary Inspector. Inspectores veterinarios locales. <<